pijoan

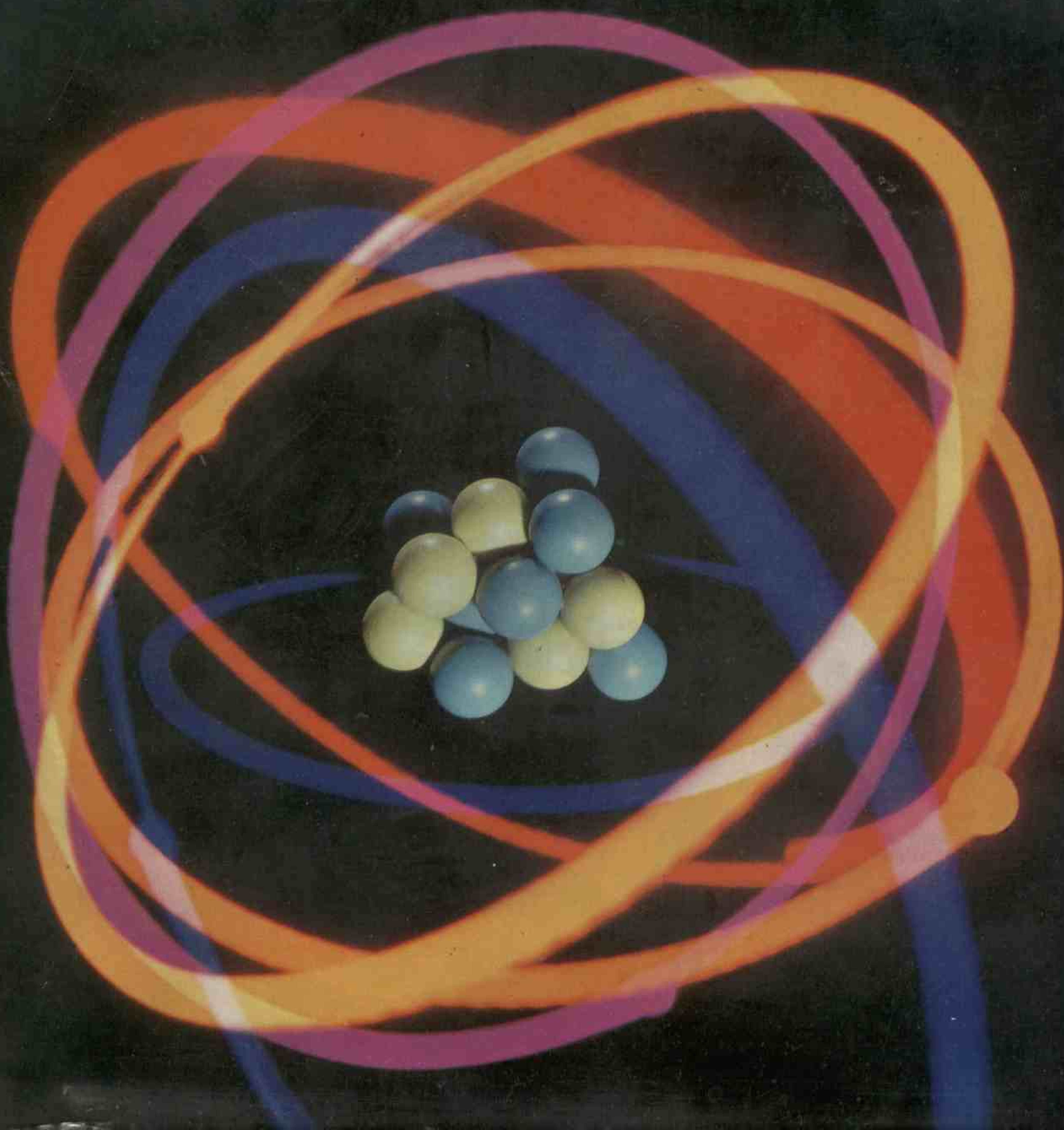
historia del mundo

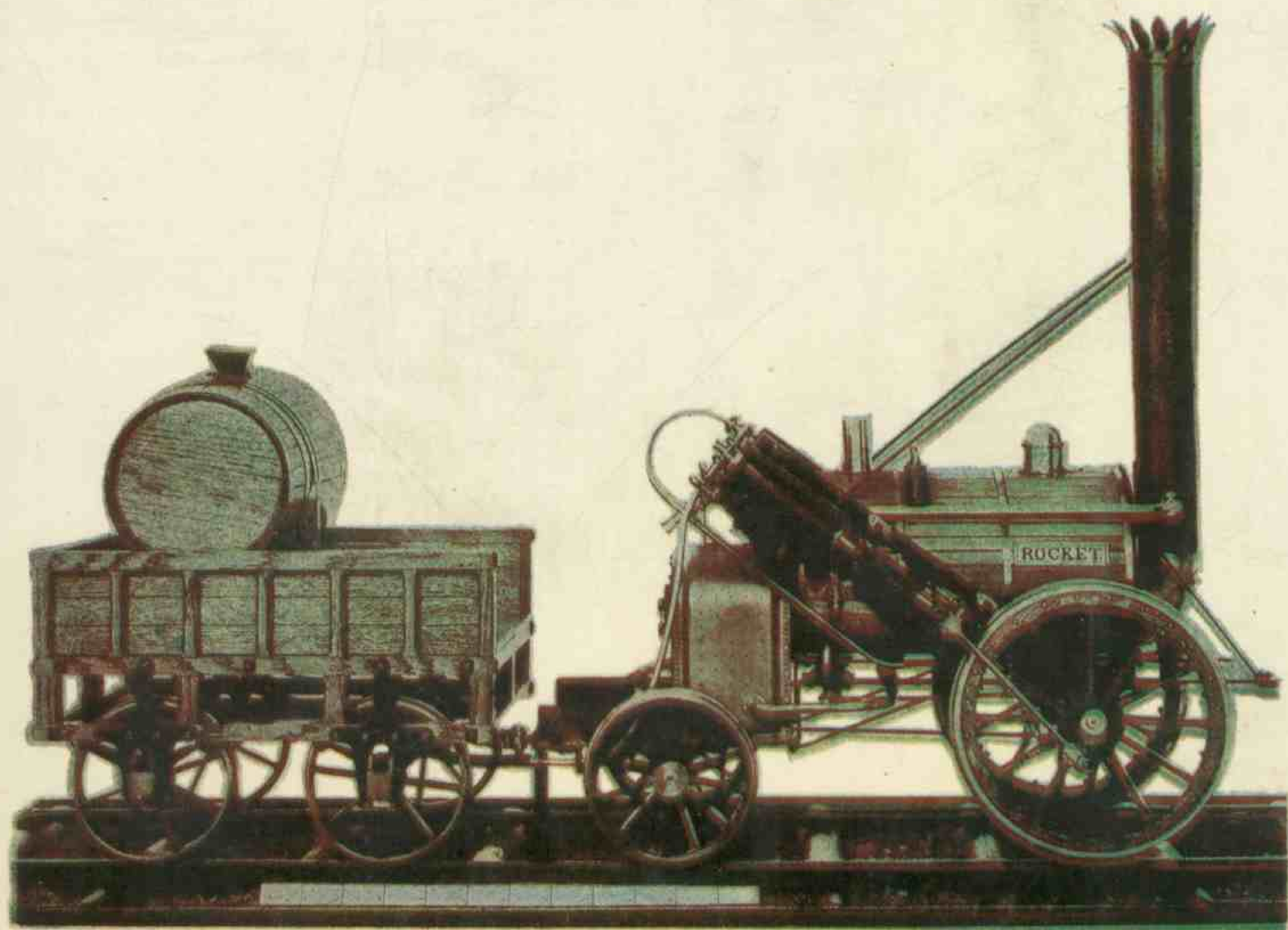
5

salvat

historia del mundo

pijoan




ROCKET

TOMO QUINTO

11. Luchas parlamentarias entre capitalismo y socialismo

12. Expansión del Imperio Ruso

13. El fin de siglo en el occidente europeo

14. Esfuerzos pacifistas y alianzas políticas de fin de siglo

15. La primera Guerra Mundial. La Sociedad de Naciones

16. 1918-1938: veinte años de paz precaria en Europa

17. La segunda Guerra Mundial

18. Fronteras de la ciencia contemporánea


19. El mundo de la posguerra


PIJOAN

HISTORIA DEL MUNDO

5

SALVAT







historia del mundo



Torres de gasificación de naftas de la Catalana de Gas y Electricidad, Barcelona.

pijoan

historia del mundo

5



BARCELONA - MADRID
BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Primera edición	. .	1926-1930
Segunda edición	.	1950
Tercera edición	. .	1952
Cuarta edición	. .	1955
Quinta edición	. .	1960
Sexta edición	. . .	1961
Séptima edición	. .	1962
Octava edición	. .	1963
Novena edición	.	1965

Depósito Legal B. 3.467. — 1965 (5)

N.º R.º B. 59. — 65 (5)

Imprenta Hispano-Americana, S. A. — Barcelona
PRINTED IN SPAIN



El «Thunderbird», proyectil dirigido inglés.

INDICE DE CAPITULOS



Choque de trenes, en el ferrocarril de París a Versalles, el 5 de mayo de 1848. Estampa de Thierry Frères.

1 COMIENZOS DEL INDUSTRIALISMO MODERNO. LA MAQUINA DE VAPOR Y LOS FERROCARRILES

El cúmulo de sacudidas políticas y sociales del siglo XVIII y principios del XIX contribuyeron a transformar el mundo tanto o más que el invento de la máquina de vapor y otras invenciones prácticas. La independencia de las colonias inglesas en América, la Revolución francesa y, sobre todo, las guerras napoleónicas, obligaron a buscar nuevas rutas para el comercio y fomentaron el progreso de las industrias. Casi todas las naciones se vieron obligadas a fabricar lo que antes importaban del extranjero; otras tuvieron que abrirse nuevos mercados para los productos que exportaban a naciones enemigas. Inglaterra, viéndose boicoteada en Europa por Napoleón, buscaba en Sudamérica, El Cabo y la India salida para sus productos. El bloqueo inglés obligó a Francia a fabricar con remolacha el azúcar, que antes llegaba de las Antillas... ¡Entonces se empezó a emplear la achicoria como substitutivo del café! Aunque estas dificultades no tenían mucha importancia por ser artículos de lujo, eran síntomas que casi excusarían de explicar lo que pasó con los de primera necesidad: papel, vidrio, jabón, tejidos y metales. Cada nación forzó su industria a producir más y mejor de lo que antes fabricaba.

Pero erraría quien creyera explicar el gran cambio que se verificó en aquella época en Europa por una sucesión de hechos históricos perfectamente encadenados. Ni el determinismo político, ni el fatalismo económico de los sociólogos modernos que hacen historia con cifras de precios y jornales, pueden explicar la fenomenal transformación de Europa a principios del siglo XIX. Los datos de los economistas aparecen como una madeja embrollada. Los

acontecimientos y descubrimientos, tal como los explican los historiadores, son una trama confusa en la que una mano invisible va tejiendo el hilo del progreso; pero no se puede explicar por qué esta mano se mueve, ni las leyes que rigen su acción civilizadora. No podemos hacer más que agrupar los hechos y descubrimientos de un mismo género, procurando ordenarlos todo lo posible por turno cronológico.

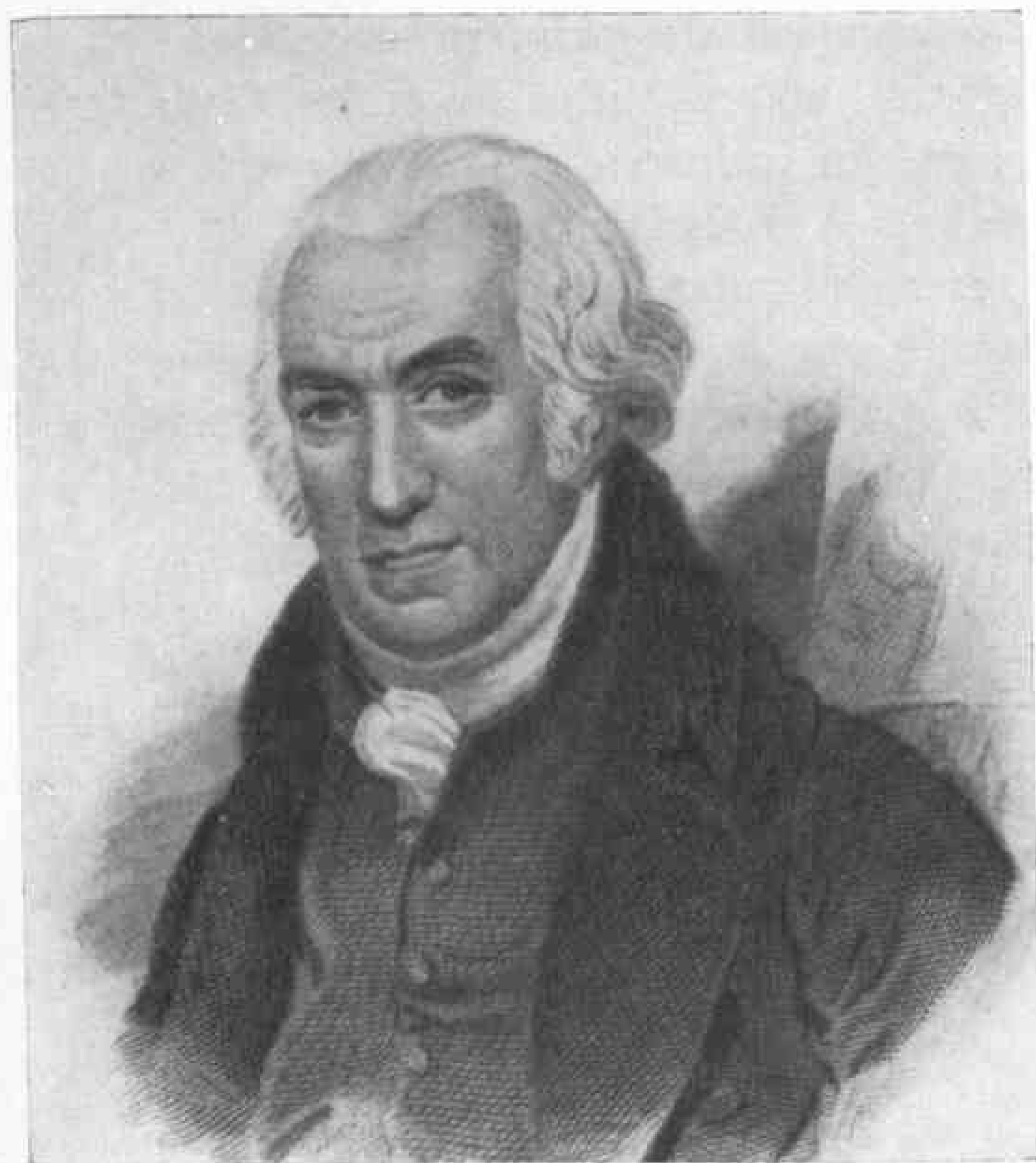
El invento más conspicuo de esta época es, sin duda, la máquina de vapor. Se ha llamado el *siglo del vapor* al siglo XIX; la electricidad no ha allegado todavía beneficios comparables a los que allegó el empleo del vapor. El efecto mecánico de la fuerza de expansión del vapor de agua había sido observado desde muy antiguo, pero no se había conseguido aprovechar para usos prácticos. El descubrimiento de la máquina de vapor se hizo gradualmente. En un principio sólo se pensó en utilizarlo para producir el vacío por la condensación del vapor dentro de un émbolo, de modo que la presión atmosférica le obligara a retroceder. En 1690 Denis Papin, con su famosa marmita, producía el vacío dentro de un recipiente que llenaba de vapor y después condensaba enfriándolo. Parece que Papin ya tuvo la idea de utilizar su aparato para producir fuerza motriz y emplearla en la propulsión de navíos. Pero los marineros de Munden, creyendo que la invención de Papin podía quitarles trabajo, destruyeron un barco de cuatro ruedas que había construido, y no sabemos lo que hubiera resultado de su invención. En cambio, pocos años más tarde Savery consiguió elevar agua con una máquina fundada en el principio de la marmita de Papin. Después de hecho el vacío en el recipiente, el agua empujada por la presión atmosférica subía para llenarlo. En 1717 Newcomen imaginó otro artificio, que ya fue un gran progreso respecto del de Savery: el vapor empujaba un émbolo, se condensaba, y la presión de la atmósfera hacía caer el émbolo, produciéndose un movimiento de balancín, que movía una palanca. Esta hacía subir y bajar el pistón de una bomba para elevar el agua. El cilindro del émbolo de la máquina de Newcomen quedaba abierto por un lado, y así el vapor servía para empujar en una dirección; para retroceder se contaba con el vacío que producía el vapor al condensarse.

James Watt nació en 1736. Su padre era un comerciante acomodado de Edimburgo,



Joseph-Marie Jacquard.

James Watt (1736-1819), el inventor de la máquina de vapor.

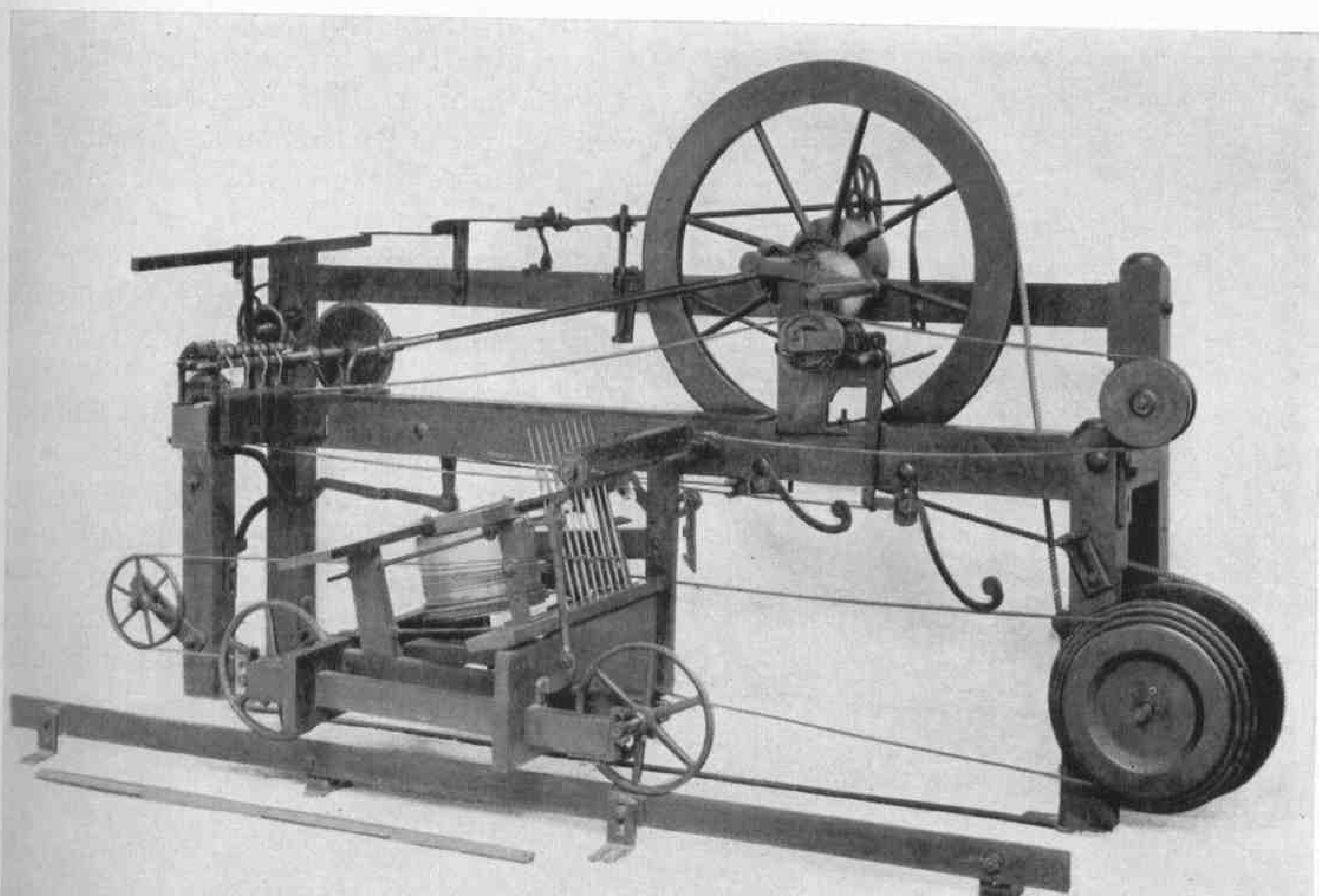


pero perdió su fortuna y tuvo que enviar el niño a Londres. Allí aprendió el oficio de fabricante de instrumentos de física, y algo más, porque Watt no era un simple mecánico. Hizo también descubrimientos de química. A su regreso, los maestros de Edimburgo no quisieron reconocer el aprendizaje que Watt había hecho en Londres. Por ello Watt tuvo que encontrar ocupación como reparador de aparatos en el gabinete de física de la Universidad y allí inventó la máquina de vapor, pues al componer una de las máquinas de elevar agua de Newcomen se le ocurrieron varias mejoras por las que pidió patente de invención. Consistían, esencialmente, en cerrar el émbolo por ambos lados, obligando al vapor a empujarlo en ambas direcciones. Así podía conseguir fuerzas mucho mayores que la de la presión atmosférica en el vacío. Otra gran invención de Watt fue la de un brazo articulado que podía transformar el simple movimiento de palanca de la máquina de Newcomen en un movimiento giratorio. En realidad, la máquina de Watt era ya la máquina de vapor que hemos usado hasta nuestros días. Se perfeccionó con doble émbolo, se le añadió un condensador, se inventó la caldera tubular, se le dieron proporciones gigantescas; pero el principio siempre fue el descubierto por Watt.

En 1775 Watt encontró un socio capitalista, Matthew Boulton, y la sociedad *Boulton and Watt*, de Birmingham, tuvo el monopolio de la construcción de máquinas de vapor por medio siglo. La continuaron los hijos de los fundadores. Las máquinas de Watt funcionaban a la perfección; sin embargo, al principio se emplearon casi únicamente en las minas de carbón. Servían para extraerlo a la superficie, en lugar de hacerlo las mujeres y niños con capazos, y para achicar el agua de las galerías inundadas. La famosa lámpara de Humphrey Davy, inventada en 1815, que disminuyó los riesgos del grisú, acabó de abaratar el carbón al hacer posible la explotación de minas que antes se consideraban peligrosas.

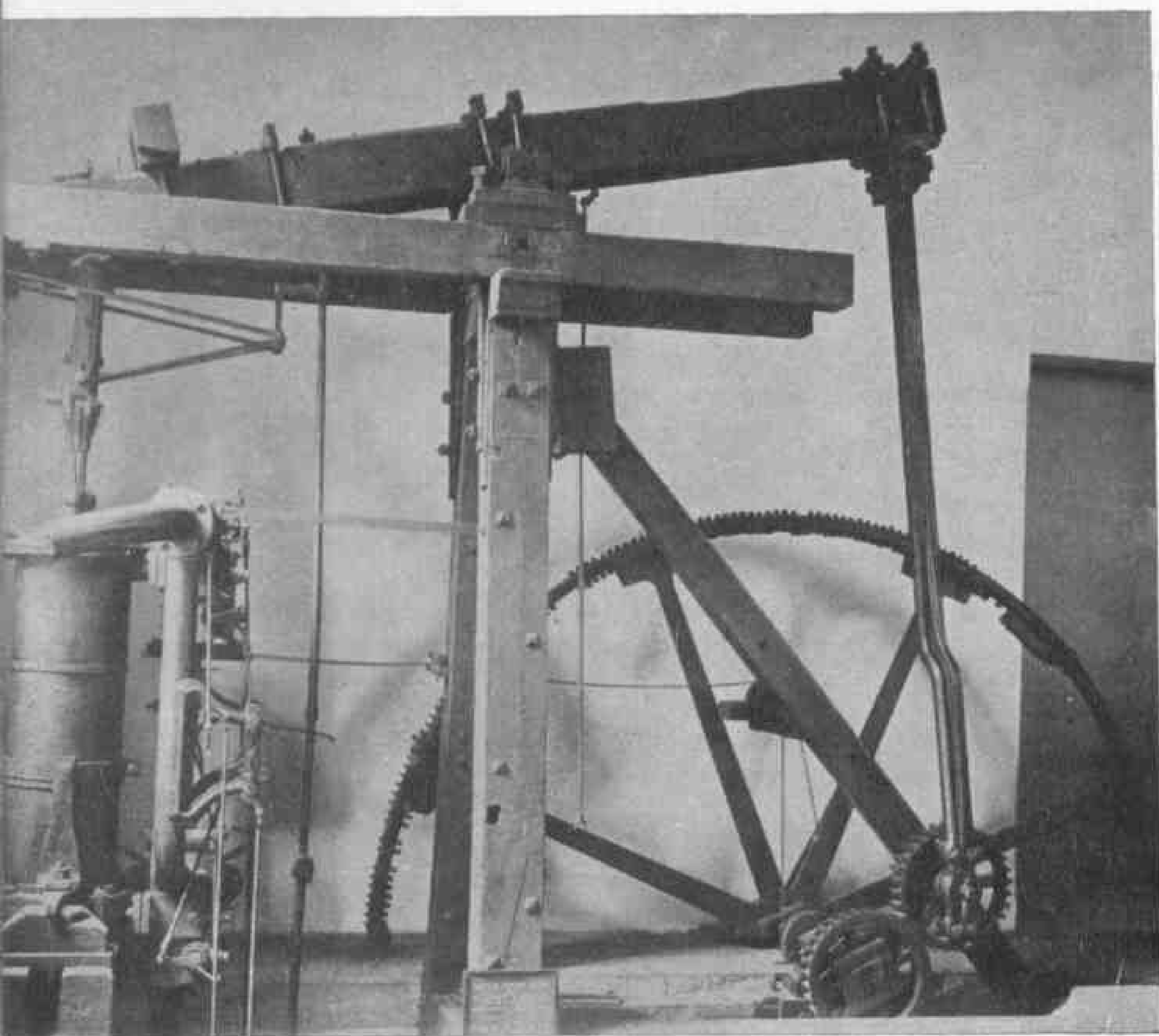
Las primeras industrias en utilizar la máquina de vapor fueron las de hilados y tejidos. Un carpintero, que también era tejedor, James Hargreaves, había inventado una

Modelo de la «mule», de Crompton. The Science Museum. Londres.



máquina para hilar ocho cabos a la vez en lugar de las prehistóricas rueda y rueca, que se empleaban todavía. Otro humilde inventor, Richard Arkwright, en 1771, se ingenió para enlazar la máquina de hilar de Hargreaves con un salto de agua. El mecanismo, perfeccionado después por Crompton en 1779, se llamó *mula* porque era el acoplamiento de dos artefactos, y exigía la vecindad de un curso de agua. Así, cerca de los arroyos se construyeron las primeras hilanderías, de las que aún se ven innumerables ruinas en el norte de la Gran Bretaña. Para substituir el agua se emplearon máquinas de vapor y las hilanderías pudieron trasladarse a las ciudades. Empezaba el verdadero industrialismo moderno con todas sus consecuencias. Las *mulas* de hilar eran un gran progreso, pero no eliminaban al obrero enteramente. Este hilaba más hilos, pero era él quien hilaba. La hilandera *automática* data de 1834. En un período de agitación obrera, los patronos recomendaron a la casa constructora de máquinas Sharp y Compañía que les fabricara una *mula* que requiriera el mínimo de atención por parte del operario. Pocos meses después uno de los socios de la casa Sharp, llamado Roberts, inventaba la máquina prodigiosa que no sólo hilaba, estiraba y torcía los hilos, sino que hasta los ensartaba, «como si tuviera cerebro, sentimiento y tacto superiores al de los obreros más experimentados». El «hombre de hierro», como le llamaban a la *mula* automática, consternó a los trabajadores, pero el invento, en lugar de perjudicarlos, les favoreció a la larga. La industria textil de la Gran Bretaña, con la superioridad mecánica que le daba la máquina de Roberts, pudo trabajar más barato, exportar, pagar más y emplear más trabajadores de los que antes ocupaba.

Una de las primeras máquinas de vapor construidas por *Boulton and Watt* en 1798. The Science Museum. Londres.



Los inventos que habían perfeccionado las máquinas de hilar habían sido acompañados de otros en los telares, pero éstos llegaron más tarde y fueron recibidos con menos entusiasmo. El telar a mano todavía se usa hoy en ciertas partes de Escocia para hacer el tejido casero. El autor de este libro ha visto grandes fábricas de tejidos en España que, a principios del siglo xx, empleaban exclusivamente telares a mano. Esto es una anomalía; a pesar de la resistencia del telar a mano, el telar mecánico ha acabado por triunfar y hoy es una máquina tan perfeccionada como la moderna hilandera. El que inventó el primer telar mecánico, en el año 1784, fue un clérigo inglés llamado Cartwright. Tales fueron los beneficios que suponía haber recibido Inglaterra de su invención, que el Parlamento, en 1809, le votó un premio de diez mil libras esterlinas. Sin embargo, según estadísticas, en 1813 había en Inglaterra sólo 2.300 telares mecánicos, y 15.000 en 1823, mientras que el número de telares a mano por las mismas fechas era todavía de 200.000 y de 250.000.

Las industrias de hilados y tejidos no progresaron regularmente. A mediados del siglo XVIII no se podía tejer algodón sin urdimbre de lino. Las nuevas máquinas permitieron fabricar tejidos enteramente de algodón y dieron tal desarrollo a esta industria, que el empuje conseguido por la fa-

bricación de tejidos de algodón en Inglaterra, en pocos años, acaso sea la página más extraordinaria en los anales de la industria humana. En 1780 el precio total del algodón que se importaba en Inglaterra era sólo de 17 millones de libras. En 1810 había ascendido a 123 millones. Hacia esta época en las fábricas de tejidos de algodón en Inglaterra había empleados 212.800 obreros.

Mientras la Gran Bretaña se especializaba en los tejidos de algodón, Francia intensificaba la producción de telas de seda y de lana. Disponía de un telar inventado por Jacquard, inmejorable para tejidos con dibujos de colores. El buen gusto de los franceses por las cosas lindas y graciosas les hizo tan superiores en esta industria de lujo, que llegaron a convertirla en un gran negocio. En 1812 había en Francia 12.000 telares Jacquard, que se triplicaron en veinte años; la mitad de ellos estaban en Lyon. Las sederías de Lyon exportaban en 1822 por valor de 100.000.000 de francos.

Francia, al mismo tiempo, daba impulso a la fabricación de telas de lana. Hasta entonces había importado la lana de España porque se creía que los merinos no producirían la fina calidad del vellón al ser aclimatados; pero pronto se vio que, al contrario, la lana de las ovejas importadas mejoraba de generación en generación, y si la cantidad de tejidos de lana se triplicó en Francia desde 1812 a 1830, en cambio el precio se redujo a la mitad.

En 1750 la metalurgia en toda Europa se hallaba en un estado tan primitivo como en la Edad Media. La pirita de hierro se beneficiaba en hornos pequeños con carbón vegetal y fuelles a mano. El primer adelanto en la fabricación de hierro fue la introducción de fuelles movidos con máquinas de vapor. El segundo, ya un gran invento, fue el pudelado, que consiste en inyectar aire a través del hierro fundido para que, absorbiendo oxígeno, se convierta en hierro maleable. Este método se empezó a usar en Inglaterra en 1783, y al año siguiente se emplearon ya rodillos en lugar de martillos para forjar. Con tales procedimientos los

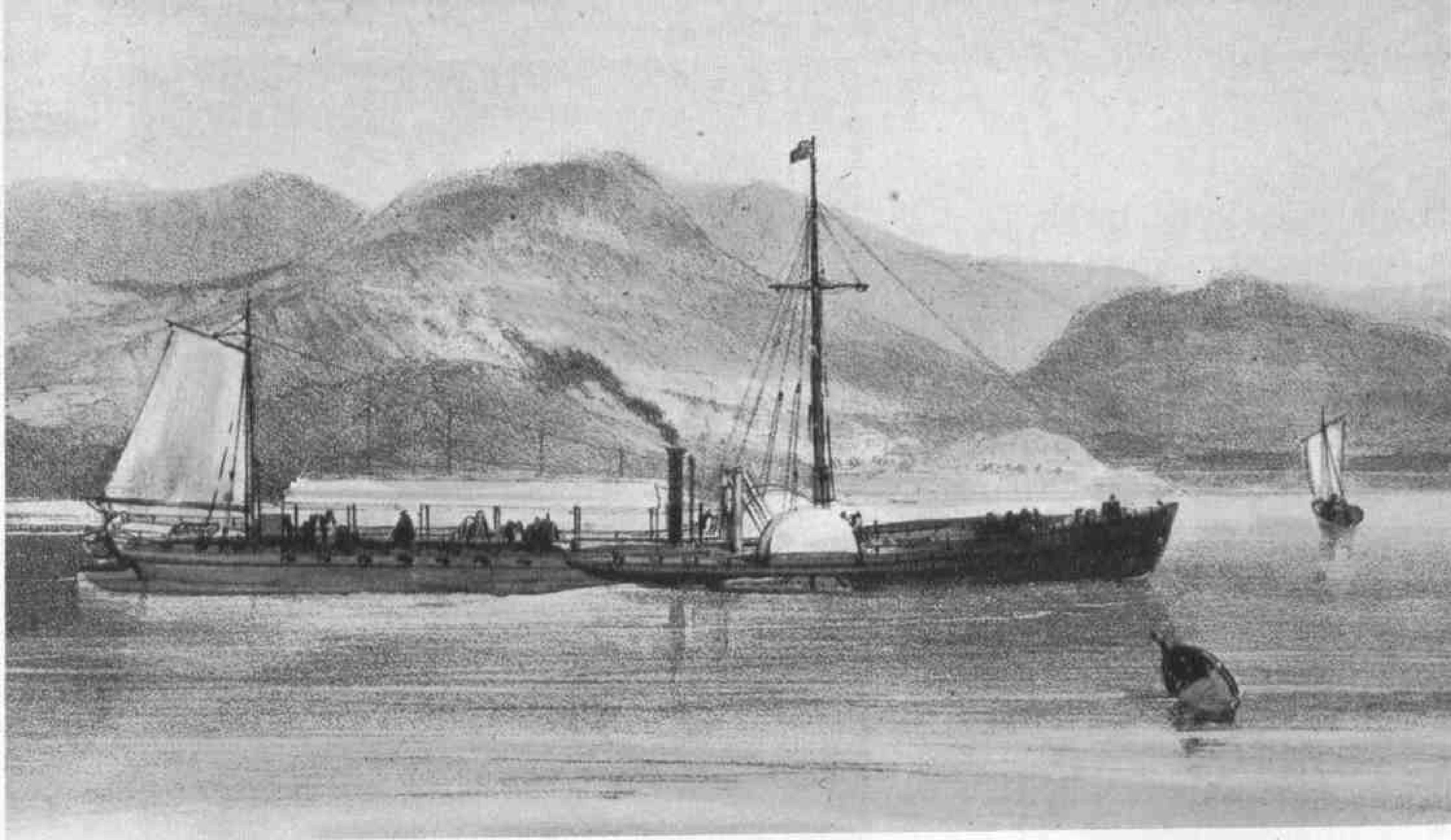


Robert Fulton, inventor del primer buque de vapor.

ingleses se pusieron a la cabeza de la metalurgia, que hasta entonces habían casi monopolizado Francia y Suecia. Expuesta en cifras, la producción de hierro en la Gran Bretaña (que en 1750 era de 17.000 toneladas) en 1816 se elevó a 17 millones, y en 1830 había más que duplicado la producción últimamente mencionada: 139 millones de toneladas!

Estimulados por la competencia inglesa, los forjadores franceses aplicaron el pudelado y hasta fueron más allá, empleando hulla en lugar de carbón vegetal para la fundición. En 1841 los hermanos Schneider, del Creusot, inventaron el martillo de vapor; después vinieron los hornos Siemens y demás inventos, que hicieron del siglo XIX el siglo del hierro.

El Imperio germánico, mal organizado por el Congreso de Viena en una vaga confederación de treinta y ocho Estados con fronteras y aduanas entre unos y otros, más bien retrocedió que progresó en los años que van desde 1815 a 1834. Los antiguos



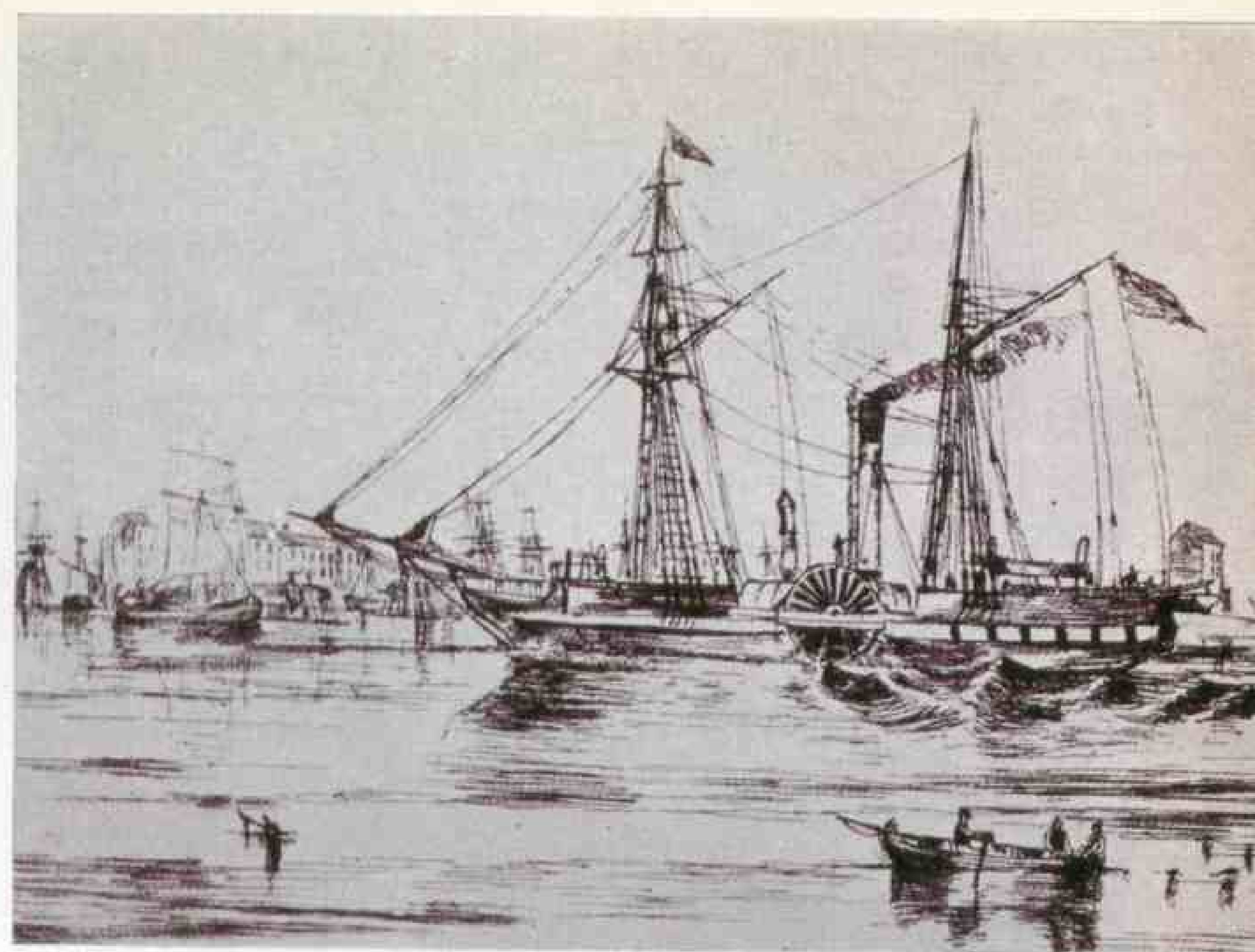
El primer buque de vapor, *Clermont*, construido por Robert Fulton, navegando en el río Hudson el año 1807.

gremios, que habían sido antes el nervio de los oficios en Alemania, con las ideas revolucionarias estaban en plena decadencia. Además, el industrialismo naciente de principios del siglo XIX necesitaba mercados exteriores y, sobre todo, capitales. Estos no faltaban en la Europa Central; había sufrido mucho con las guerras napoleónicas, pero quedaban grandes ahorros ocultos, aunque los barones alemanes preferían emplearlos en sus tierras; no eran, como los aristócratas ingleses, aventureros románticos que se lanzaban a colonizar y a empresas industriales.

El comienzo de la moderna industria alemana data de la instauración de la Unión Aduanera o *Zollverein,* con el libre paso de mercancías de un Estado alemán a otro. Desde entonces, hilaturas, metalurgia, fabricación de productos químicos, azúcar de remolacha, aumentan en Alemania en galope furioso de cifras. En Prusia el número de telares de lana empleados inmediatamente después del Congreso de Viena era de 18.000 y bajó a 15.000 en 1831, pero después del Zollverein volvió a subir y ya fue de 21.000 en 1843. La fundición Krupp, inaugurada en 1810 con una docena de obreros, ocupaba ya doscientos ochenta en 1843 y pronto se contaron por miles.

La transformación de la industria, convertida de oficio manual y doméstico en trabajo en gran escala con máquinas de vapor, exigía la correspondiente expansión en el comercio. Para esto se necesitaban vías de comunicación. Acaso sea un resabio de mentalidad de otras edades que primero se pensara en el transporte por agua que por tierra. La iniciativa de construir canales la tomó el duque de Bridgewater. Tenía unas minas de carbón a siete millas de Manchester y la hulla se llevaba a la ciudad a lomos de mulos. Tal fue el éxito del canal hasta Manchester, que el duque lo continuó hasta Liverpool. El transporte de una tonelada desde Manchester a Liverpool, que por mulo costaba 40 chelines, con el canal se redujo a 6. El éxito del canal de Bridgewater estimuló la construcción de otros análogos. El Parlamento otorgaba concesiones a compañías particulares para que pudieran atravesar los terrenos que les conviniese a cambio de especiales tarifas de transporte. La construcción de canales acabó por convertirse en un negocio de Bolsa, con especu-

El «Lirius», barco de vapor con ruedas, construido en 1837.



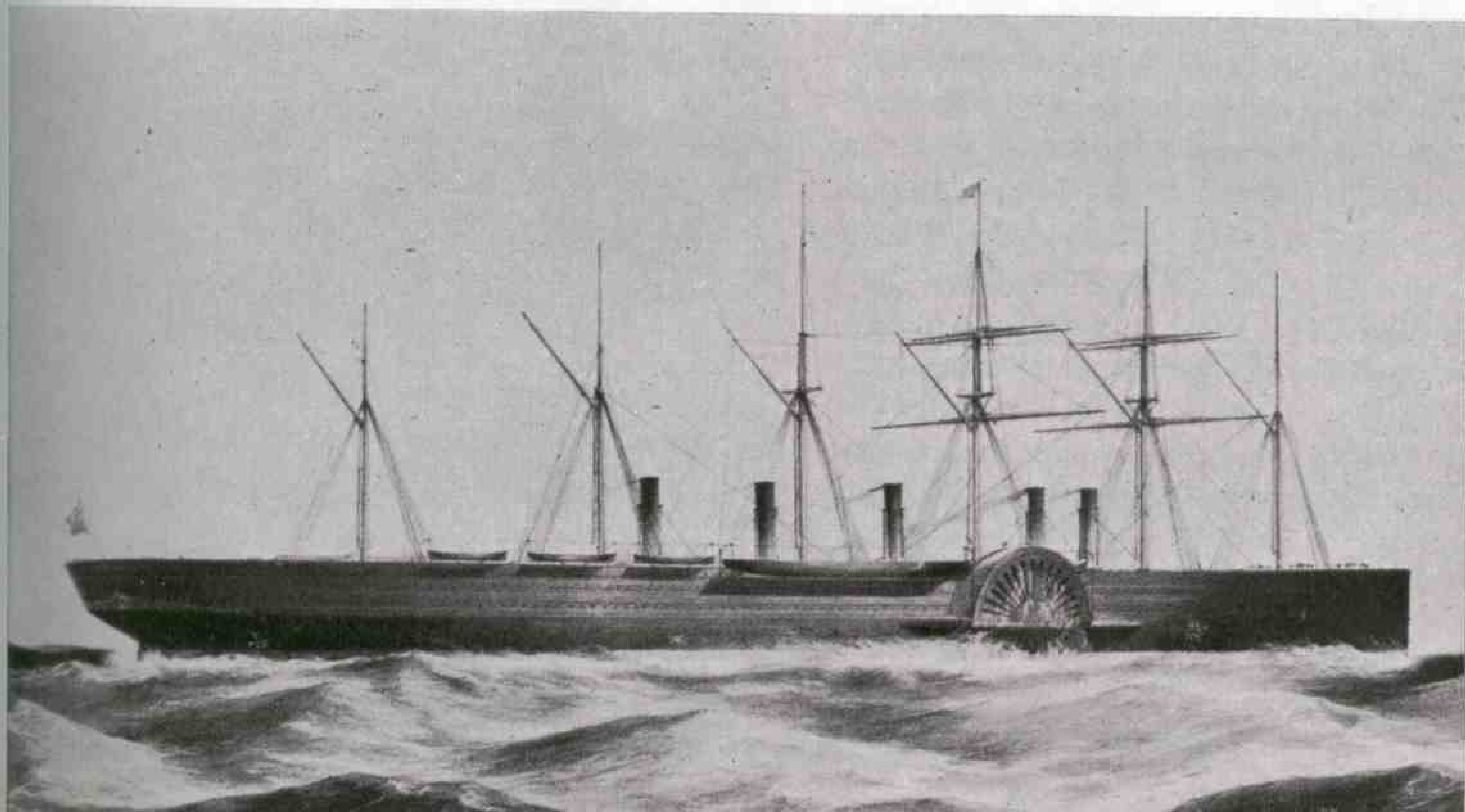
lación en las acciones, ruinosa para muchos. De todos modos, en 1830, Inglaterra y el País de Gales contaban ya con más de tres mil millas de canales, que enlazaban los lugares más importantes del país.

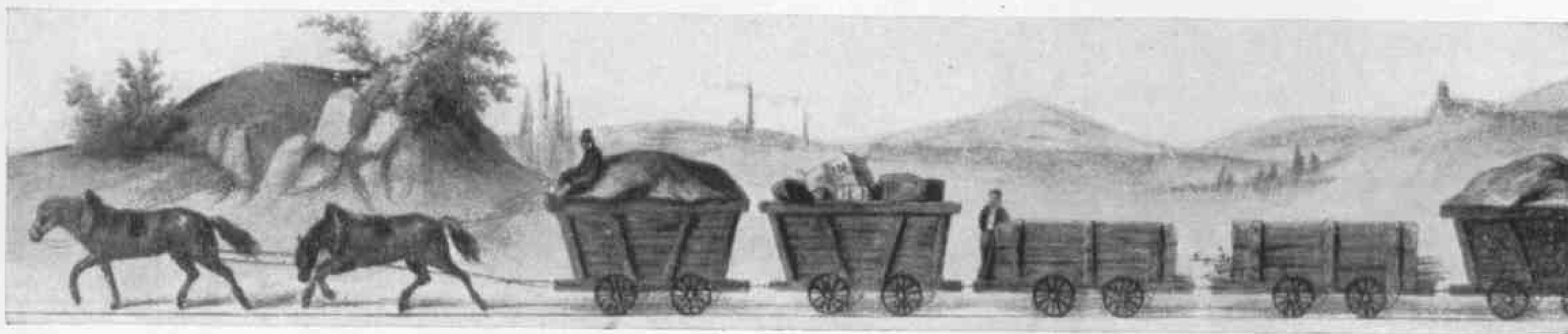
Francia había empezado ya su red de canales en tiempo de Colbert con el famoso *Canal du Midi,* que unía el Atlántico al Mediterráneo. Poco se hizo durante el período revolucionario y las guerras napoleónicas, pero los Borbones, apenas restaurados, ordenaron el estudio de un sistema de canales al que se pensaba dedicar la suma de mil millones. No se llegó a este extremo, entre otras razones, porque los ferrocarriles hicieron menos interesante el transporte por vías fluviales.

Hasta en España, donde las novedades europeas llegan tarde y amortiguadas, se construyó el canal de Aragón, que todavía sirve para riego. Es interesante que se lanzaran proyectos de canales fantásticos, probablemente con el solo objeto de especular, como el de Reus al mar, para el que no había una sola gota de agua.

La necesidad de comunicaciones rápidas movió a otros a mejorar los antiguos caminos. En Escocia, donde por su suelo montañoso los canales no eran tan prácticos como en Inglaterra, se inventaron los métodos de afirmado de carreteras empleados durante todo el siglo XIX. El más popular lleva todavía el nombre de su inventor, John Mac Adam, que vivió entre 1756 y 1836. Macadamizar una carretera consiste en remover el suelo hasta 20 centímetros de

El *Great Eastern,* primer transatlántico de hierro movido por ruedas y hélice.





Camino de hierro con rieles para transportar mercancías, primer paso para la invención de los ferrocarriles.

profundidad y allí poner una capa de grava de 10 centímetros y después otra capa de gravilla cubierta con tierra apisonada. Las nuevas carreteras permitieron a los correos y diligencias velocidades que todavía hoy nos asombran, dados los medios de locomoción de entonces. El coche entre Londres y Edimburgo, una distancia de 395 millas (650 kilómetros), hacía el servicio en cuarenta y dos horas. El *Mercurio,* entre Londres y Brighton (80 kilómetros), salvaba la distancia en tres horas cuarenta minutos. Análogas mejoras se hicieron en Francia; en el año 1830 se habían construido 60.000 kilómetros de excelentes carreteras y caminos vecinales. La construcción de puentes fue facilitada por el invento de la cal hidráulica y del cemento Portland en 1824. Estos productos permitían construir cimientos debajo del agua.

Otro gran invento, consecuencia de la baratura del carbón, fue el gas del alumbrado. El procedimiento de destilar el gas del carbón de piedra se descubrió casi al mismo tiempo en Inglaterra y Francia. Boulton y Watt se anticiparon a los demás industriales de la época iluminando sus talleres de Birmingham con gas desde el año 1802. La fabricación de gas fue perfeccionada por el ingeniero francés Felipe Lebon, que registró su patente en 1799. El secreto de Lebon pasó a Inglaterra y allí se iluminó primeramente con gas el puente de Westminster en 1813. Tres años después, las calles de Londres estaban ya enteramente iluminadas con gas de alumbrado.

Los primeros ensayos para aplicar la máquina de vapor a los transportes se hicieron por la vía fluvial; hubo embarcaciones movidas por vapor antes, mucho antes de que se pensara utilizarlo para arrastrar vehículos sobre carriles. Ya hemos dicho que Papin tuvo la idea de mover un buque con su artefacto. Se dice también que, entre 1776 y 1783, el marqués de Jouffroy hizo experi-

Curioso grabado de la locomotora de Trevithicks datado en 1808.

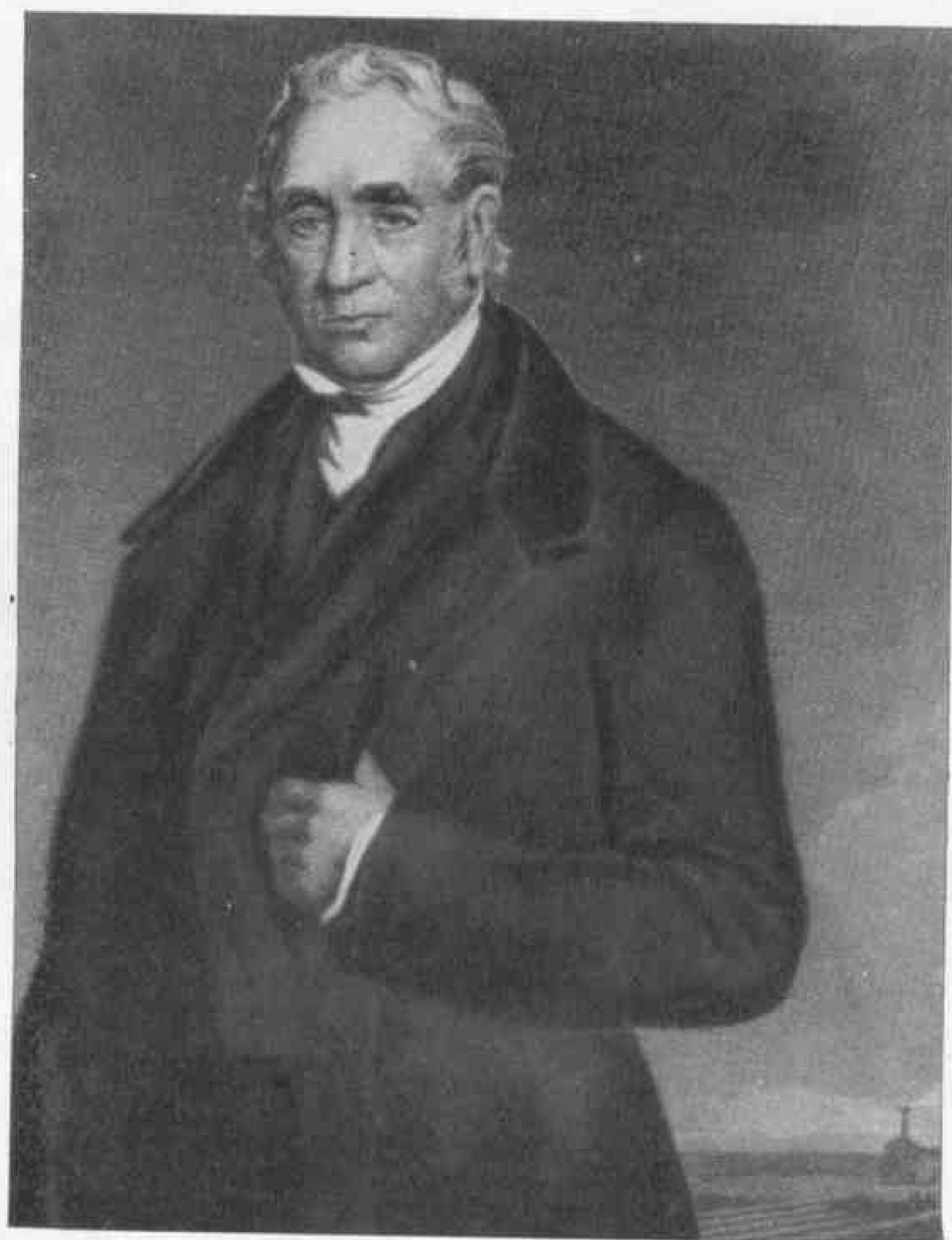


mentos con dos barcos que se movían con fuego en el río Doubs y el Saona. James Ramsay, en 1786 en los Estados Unidos, y John Fitch, en Inglaterra en 1787, hicieron también tentativas, que no llegaron a nada práctico. Pero es evidente que el mover un buque por un procedimiento mecánico era una preocupación general, y cuando el espíritu humano se convence de una necesidad, no tarda mucho en encontrar manera de satisfacerla.

En 1805, Roberto Fulton, platero, pintor y mecánico de Pennsylvania, atraído hasta París por la gloria de Napoleón, demostró la posibilidad de la navegación de vapor delante de unos delegados de la Academia de Ciencias. El buque de Fulton navegó por el Sena a una velocidad de tres nudos (seis kilómetros) por hora. Era el momento en que Napoleón pensaba invadir Inglaterra. ¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido si los *sabios* hubieran hecho más caso del invento del joven platero norteamericano!

Fulton no se desanimó por su poco éxito en París. Marchó a Inglaterra y en el taller de Watt hizo construir una máquina de dieciocho caballos, cuyos planos facilitó él mismo. Con ella regresó a su país y allí equipó un nuevo buque, el *Clermont*, que hizo el primer viaje de Nueva York a Albany en agosto de 1807. La distancia entre ambas ciudades, por el río Hudson, es de 120 millas; el *Clermont* recorrió el trayecto de ida y vuelta en treinta y dos horas. Llevaba a bordo muy pocos pasajeros porque se temía que estallaran las calderas. Pero pronto el servicio de navegación por el Hudson se regularizó con otros barcos: el *Carro de Neptuno*, el *Ravitan*, el *Paragon*, y se extendió a otros ríos, sobre todo el Mississippi. Veinticinco años después del primer viaje de Fulton de Nueva York a Albany los norteamericanos contaban con una flota de ochocientos buques movidos por vapor que desplazaban entre todos 160.000 toneladas.

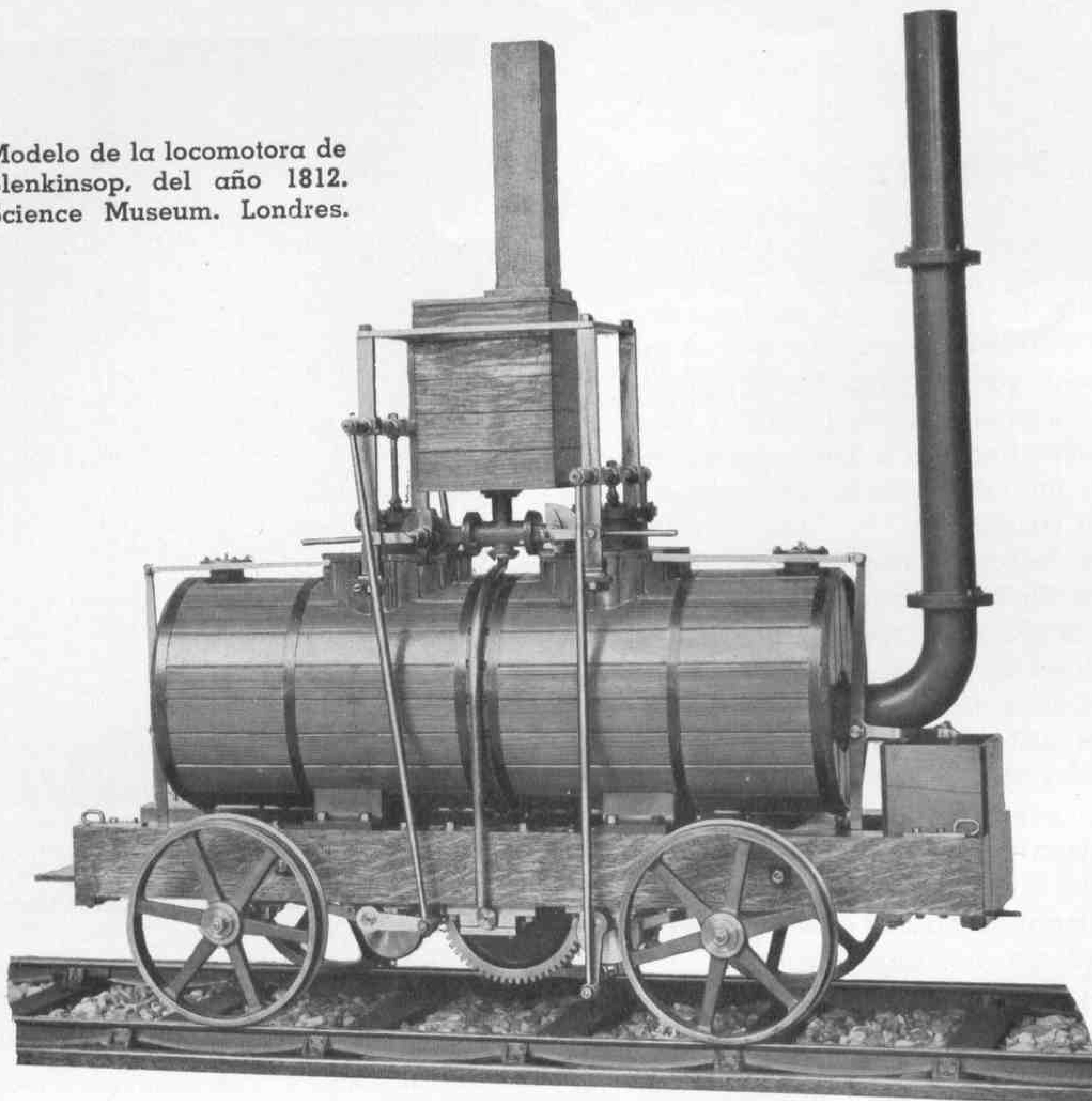
Se tardó más en aplicar la máquina de vapor a la navegación de altura, porque era enojoso ver que, apenas conseguido en los de vela un gran adelanto en el trazado de la quilla y de disponer el velamen, un nuevo invento amenazaba invalidar aquellos progresos. A fines del siglo XVIII los veleros, pesados, lentos y de poca cabida, tardaban cuarenta días en ir de América a Europa. El servicio era también irregular y estaba sujeto a alternativas meteorológicas. Fue un gran paso que la *Black Ball Line* se decidiera, en 1816, a enviar cada primero de mes un barco de Liverpool a Nueva York. El negocio resultaba provechoso, obligando a doblar el servicio con otro barco el 15 de cada mes. Empezó la competencia, que dura todavía. En 1828 la *Red Star Line* iniciaba sus travesías el 21 de cada mes; la *Swallow Line* las hacía semanales al siguiente año. Los franceses inauguraron sus servicios El Havre-Nueva York también por aquella época.



George Stephenson, inventor de la máquina locomotora.

Pero los barcos de estas compañías eran todavía veleros y anchos de quilla. Los europeos no se atrevían a construirlos más estrechos porque temían que se quebraran por la mitad en caso de temporal. Los nor-

Modelo de la locomotora de Blenkinsop, del año 1812. Science Museum. Londres.



teamericanos entraron en la liza con sus *clippers,* de formas afiladas y grandes velámenes. Conseguían velocidades mucho mayores que los *bricks* europeos. Estaban orgullosos de su *Great Republic,* que hacía el viaje de Nueva York a Liverpool en catorce días. El *Flying Cloud* avanzaba a un promedio de 30 kilómetros por hora. Las velas recogían viento en 64 metros cuadrados de superficie. Todavía quedan por los mares supervivientes de aquellos veleros norteamericanos que despiertan nuestro entusiasmo. No es extraño que en sus días de gloria las gentes creyeran que los feos barcos de vapor con su paleteo de ruedas nunca podrían llegar a competir con los últimos veleros, graciosos y ligeros.

Sin embargo, uno de aquellos feos y ruidosos barcos con ruedas, el *Savannah,* hizo el primer viaje de Liverpool a Nueva York en 1819. Llevaba también velas por si acaso. Empleó en la travesía más días que un velero, pero pronto otras embarcaciones del mismo tipo fueron ganando tiempo. El 25 de abril de 1838, el *Sirius* y el *Great Western,* ambos movidos por vapor, llegaban simultáneamente a Nueva York: el uno había salido de Cork el 5 y el otro de Bristol el 8 del mismo mes; habían empleado, por lo tanto, veinte y diecisiete días en la travesía.

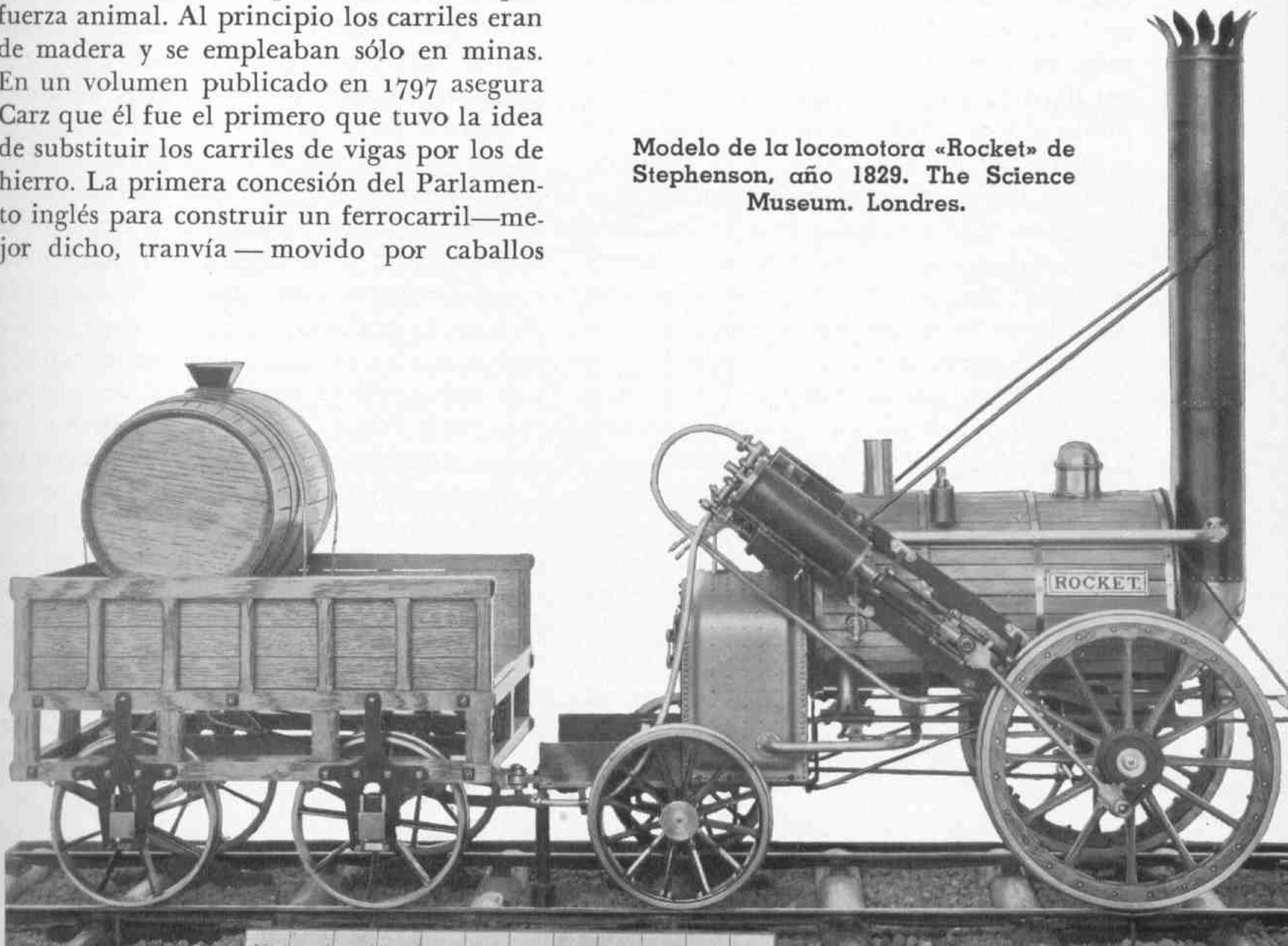
Lo que hacía más difícil la navegación transatlántica de los buques de vapor era que se movían impulsados por ruedas, que exigen menos espacio para las transmisiones en el interior del buque y son todavía más apropiadas para ríos; pero para oleajes de alta mar no son prácticas. La hélice, que tenía que substituir a las ruedas, fue inventada casi a la vez, en 1837, por el sueco Ericson y el inglés Smith. Conocemos lo que originó el invento en el caso de Smith. Fue

una casualidad. Había imaginado hacer avanzar una pequeña lancha con una hélice de varias vueltas, casi como un juguete. Puesta en la popa, movida naturalmente con máquina de vapor, Smith creía que el artefacto empujaría al agua y ésta haría avanzar la embarcación por el antiguo principio del Tornillo de Arquímedes. Mientras el tornillo estuvo entero, el buque se movió muy lentamente, pero se rompieron los anillos, excepto el último, y entonces con gran sorpresa de Smith, la velocidad se multiplicó. Smith aplicó cuatro aletas en el eje como las aspas de un molino de viento... y la hélice marítima quedó inventada.

Un año después, en 1838, un buque de guerra, el *Arquímedes,* impulsado por hélices, hacía pruebas satisfactorias para el Almirantazgo inglés. Fue en veinte horas de Gravesend a Portsmouth, una distancia de 400 kilómetros. Casi al mismo tiempo Ericson lograba resultados análogos en los Estados Unidos, donde, para recompensarlo, le dieron inmediatamente el derecho de ciudadanía.

Los ferrocarriles empezaron movidos por fuerza animal. Al principio los carriles eran de madera y se empleaban sólo en minas. En un volumen publicado en 1797 asegura Carz que él fue el primero que tuvo la idea de substituir los carriles de vigas por los de hierro. La primera concesión del Parlamento inglés para construir un ferrocarril—mejor dicho, tranvía — movido por caballos es del año 1801. Iba de Wandsworth a Croydon, con unos 13 kilómetros de carriles, y costó 60.000 libras. A este *tranvía* siguieron otros; algunos recorrían distancias mucho mayores con ramales por toda una región. El invento era un gran negocio.

Muchos se preocupaban del empleo del motor de vapor para los coches sobre carriles, pero la locomotora verdaderamente práctica fue inventada hacia el año 1814 por Jorge Stephenson. También empezó usándose primero en las minas. La locomotora de Stephenson podía arrastrar 30 toneladas de carbón a una velocidad de 7 kilómetros por hora. Los resultados eran más que suficientes para justificar el uso de las máquinas en otros servicios. Sin embargo, hasta 1821 el Parlamento no autorizó la construcción de una vía con carriles entre Stockton y Darlington, con una cláusula como apostilla del decreto que permitía ensayar el empleo de la tracción por vapor. La línea se inauguró en el año 1825 con una máquina maniobrada por el propio Stephenson. El tren era de



Modelo de la locomotora «Rocket» de Stephenson, año 1829. The Science Museum. Londres.



El primer ferrocarril en Alemania, entre Nuremberg y Fürth, inaugurado el 7 de diciembre de 1835. El tren al llegar a la estación de Ludwigs.

treinta y cuatro pequeños vagones e iba precedido de un postillón a caballo a la velocidad de 10 ó 12 millas por hora.

En los cinco años siguientes el Parlamento autorizó la construcción de veintitrés líneas de ferrocarril, sobre todo la famosa entre Liverpool y Manchester, que fue inaugurada en 1830. Copiamos algunos párrafos del libro de Porter, *Progress of the Nation*, publicado en 1838, donde se cuentan por primera vez los resultados de la construcción de ferrocarriles en Inglaterra:

«Es un detalle singular que en los ferrocarriles construidos hasta la inauguración de la línea Liverpool-Manchester nadie había pensado en transportar pasajeros.» Se creía que los vagones sobre vías, arrastrados por caballos, eran más seguros que los que movían las locomotoras. «Los constructores de la línea Liverpool-Manchester osaron aventurar en el prospecto en que lanzaban las acciones al mercado, que era probable que la mitad del público que viajaba en coche, entre las dos ciudades, acabaría por emplear el tren, pues el precio del transporte sería menor. Los directores de la empresa previeron un beneficio extraordinario de 20.000 libras por billetes de pasajeros, pero el principal negocio esperaban hacerlo todavía transportando algodón, tejidos, carbón y ganado.»

«El resultado superó las previsiones: los beneficios (el 10 por 100) de la compañía Liverpool-Manchester derivaron principalmente del tráfico de pasajeros. Desde entonces se ha observado también que, al construirse una línea de ferrocarril entre dos ciudades, el número de viajeros en aquel trayecto se ha cuadruplicado.» «Podía sospecharse — sigue diciendo cándidamente Porter — que con la mayor facilidad de comunicaciones directas y personales que ofrecía el ferrocarril, se disminuiría el número de cartas cruzadas entre las ciudades. Nada de esto; la correspondencia, en lugar de disminuir, ha aumentado...» «El primer correo por ferrocarril se envió el 11 de noviembre del año 1830... Los jefes de correos no se demoraron en aprovechar el nuevo invento. Las cartas de Londres que se echan en el buzón antes de las ocho de la noche llegan ahora (en 1838) a Manchester a tiempo para repartirlas al día siguiente antes del mediodía... Se envían cada día 740 sacos de correo por aquella línea solamente.»

Respecto al método de concesiones empleado en Inglaterra para la construcción de ferrocarriles, creemos útil añadir aquí un

párrafo de Porter. Espíritu independiente, en todo caso conservador, Porter no se dejaba llevar por la pasión en sus juicios; empero, en 1838, dice: «El *laisser faire*, sistema que prevalece en Inglaterra, donde se cree que el Gobierno no debe emprender nada que puedan ejecutar los particulares, ha sido funesto para la nación cuando se han tenido que construir los ferrocarriles. Acaso nunca hubo una ocasión en que el Gobierno pudiese justificar su intromisión con un derecho tan legítimo como era el de armonizar intereses contradictorios. Se hubieran evitado grandes daños para el público, resultantes de verificarse una revolución completa de los transportes sin dirección ni participación del Estado. Esto no afirma que el Gobierno hubiera debido tomar a su cargo la construcción de todos o algunos ferrocarriles necesarios para la comunidad, pero sí que se hubiera beneficiado la nación estructurando un plan general de ferrocarriles de antemano por técnicos competentes y desinteresados en su ulterior explotación.» (*The Progress of the Nation,* tomo III, página 70.)

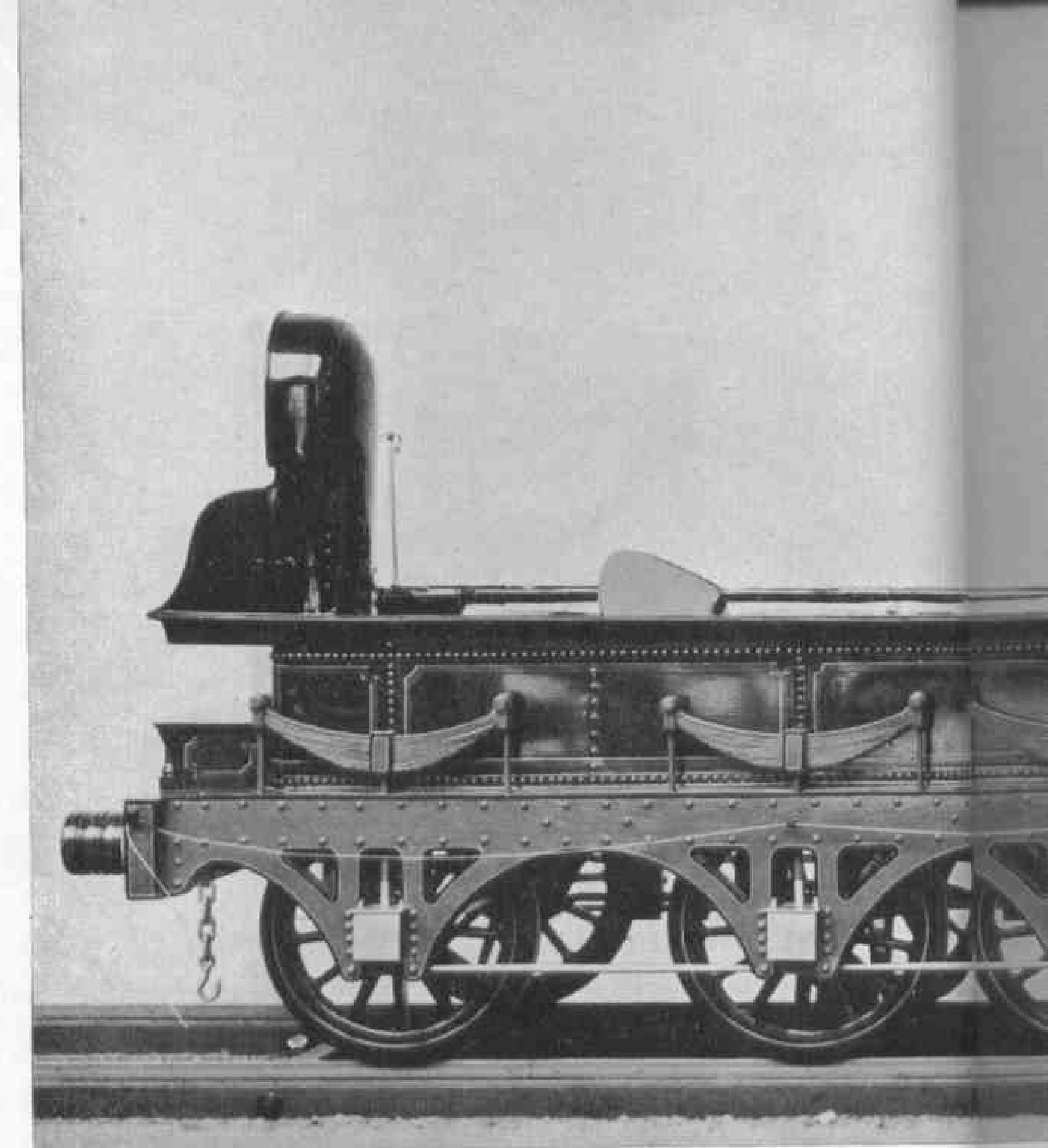
Porter añade que la obtención de las concesiones del Parlamento para construir ferrocarriles costó sumas fabulosas, que se hubieran ahorrado de haberse iniciado la empresa por el Gobierno. Asombra lo que tuvo que gastarse en abogados y acaso en propinas para obtener cada concesión. He aquí las cifras, que son mucho más enormes si se tiene en cuenta el valor de la moneda en aquella época: el *Great Western* costó de gastos preliminares casi ochenta y nueve mil libras; el *London and Birmingham,* setenta y dos mil; el *London and Southampton,* treinta y nueve mil.

Los ferrocarriles eran al principio de vía estrecha y sólo admitían velocidades de 15 a 20 kilómetros por hora; pero cuando escribe Porter, ya había el propósito de ensanchar las vías para conseguir una velocidad de 25 millas por hora, o sea de unos 40 kilómetros. La primera nación continental en aprovecharse del invento de los ingleses fue

El primer tranvía europeo. El Havre, 1878. Grabado de *L'Illustration.*



Modelo de la locomotora «Hirondelle» del *Great Western Railway*, año 1848, ya muy perfeccionada respecto de sus antecesoras.



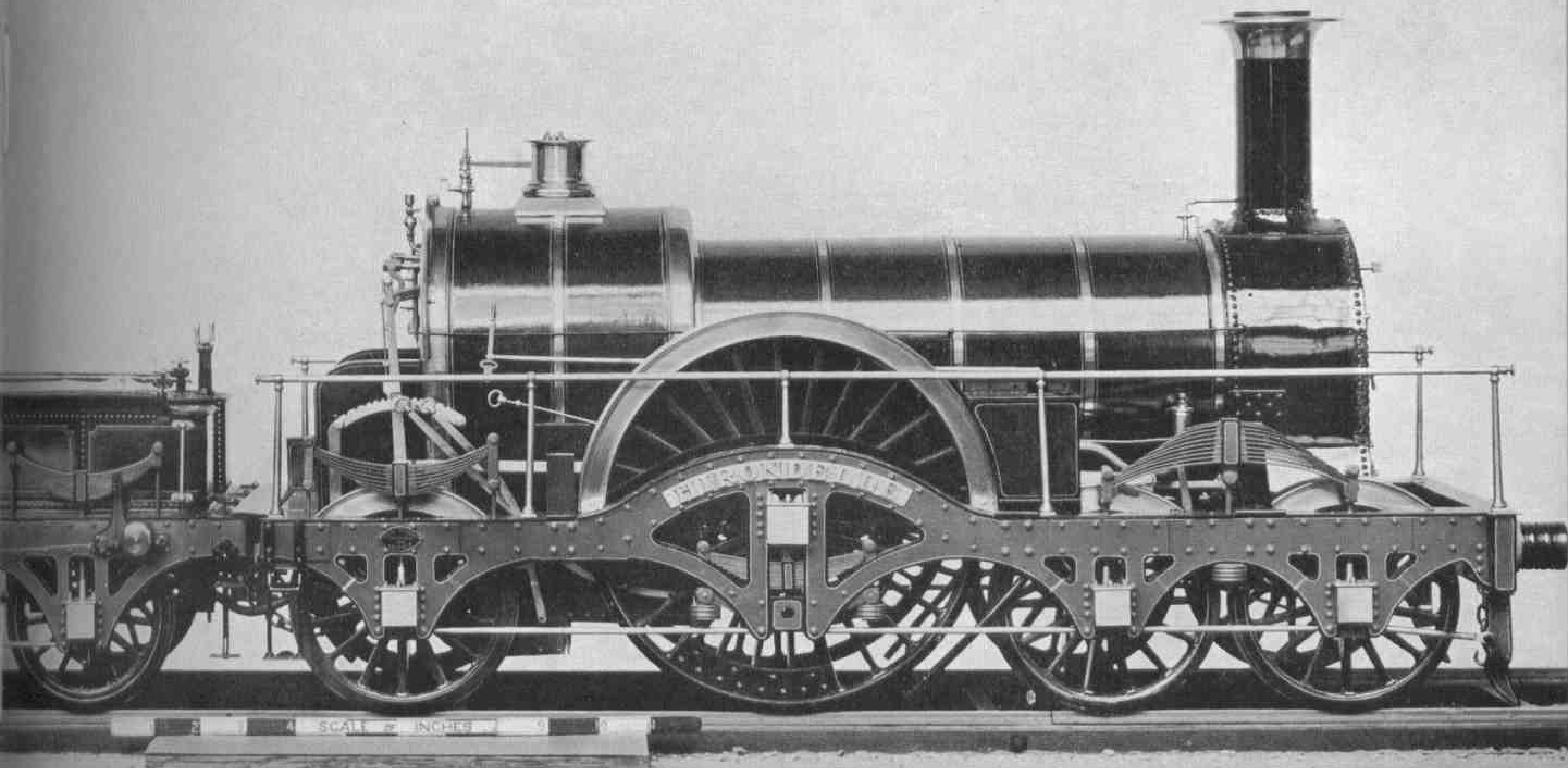
Bélgica. En 1835 funcionaban ya las dos líneas de Bruselas a Malinas y de Malinas a Amberes. El primer año transportaron cerca de 70.000 pasajeros. Dada la topografía del país, enteramente llano, las vías habían costado poquísimo y el precio del billete de Bruselas a Amberes (42 kilómetros) costaba sólo un franco: con todo, el beneficio para el Estado ascendía al 16 por 100.

En Francia, los ferrocarriles entraron con retraso porque las carreteras nacionales y departamentales estaban perfectamente macadamizadas. Entre los años 1826 y 1832 se concedieron varios permisos para construir algunas líneas con carriles y tracción animal, pero al mismo tiempo el Gobierno ordenaba el estudio de un plan general de ferrocarriles que sirviera a los intereses nacionales. Después de varios años de investigación y discusión quedó el plan formulado en el año 1837; pero el Gobierno no manifestaba prisas por su ejecución. Los capitalistas, impacientes de aprovecharse de aquella nueva oportunidad de especular, importunaban al Gobierno para que no demorara la ejecución del proyecto. Este, en substancia, consistía en la construcción de nueve líneas principales de París hacia el Rin, el Atlántico y el Mediterráneo. El Estado contribuía con 150.000 francos por kilómetro para el replanteo, construcción, túneles y puentes. Las Compañías privadas aportaban los carriles, edificios y material rodado, cuyo coste venía a ser de 100.000 francos por kilómetro. Después de cuarenta años de explotación, sin grandes cortapisas, todo el sistema pasaba a propiedad del Estado.

El proyecto se discutió en la Cámara. Thiers, que estaba en la oposición, lo combatió con razonamientos de político de derecha. Según él, Francia, que había gastado durante su gobierno mil millones en la *defensa nacional*, no podía hacer aquel gasto. No era contrario a la locomoción por vapor — aunque la creía más peligrosa que la tracción animal —, pero le asustaba el gasto. Probablemente quería implantarla más tarde, cuando él volviera a gobernar.

La oposición seria al proyecto la hicieron los románticos socialistas sansimonianos. Formaban una pequeña minoría en la Cámara. Lamentaban que los ferrocarriles no fueran desde el primer día *nacionales*, construidos y administrados por el Estado en interés general. Uno de los sansimonianos, Toussenel, enjuició el proyecto de la construcción de ferrocarriles con esta frase: «El Estado hace el gasto de construir una vía—la del Norte — que le costará ciento cincuenta millones de francos, y la cederá a M. de Rothschild por cuarenta años; M. de Rothschild contribuirá con cien millones de francos, que le serán reembolsados al final de los cuarenta años... Por este anticipo, M. de Rothschild cobrará beneficios de explotación que se estiman en quince o veinte millones por año.»

Participaron en la discusión Carnot, Arago y otros *científicos*, sin hacer gran daño ni al Gobierno ni a los capitalistas. En cier-



to modo salvaron el proyecto desviando la atención a un problema secundario: el de si sería mejor nacionalizar las vías principales o los ramales... En definitiva, se aprobó que las ocho grandes líneas se concedieran a empresas particulares.

El Gobierno no llegó a construir los ramales, sino que los construyeron también las grandes compañías o empresas particulares, y en 1857 toda la red estaba consolidada en seis grandes Compañías: Norte, Este, Oeste, Lyon-Mediterráneo, Orleáns y Midi. Preocupadas por la reversión al Estado a los cuarenta años, las Compañías descuidaron los servicios y la construcción de nuevos ramales. Para obligarlas, en 1859 se tuvo que acceder al plan de un tal De Francqueville. Consistía en prolongar noventa y nueve años el plazo de los cuarenta de reversión y garantizar el Gobierno el interés del 4 por ciento a las obligaciones ferroviarias. Además, el Estado se comprometió a pagar las obligaciones a su vencimiento. Por fin, después de las guerras mundiales, cuando los ferrocarriles franceses no producían más que pérdidas, se han nacionalizado.

En Alemania, el primer ferrocarril se construyó en 1835. Era una línea de 7 kilómetros de Nuremberg a Fürth y hasta 1839 no se construyó una de verdadera importancia: la de Dresde a Leipzig. Dada la condición política de la confederación, cada Estado era libre de construir sus vías de comunicación y el trazado se limitaba a servir intereses locales. Sin embargo, los Estados de Alemania del Sur comprendieron, desde el primer momento, que el servicio de comunicaciones por ferrocarril era de importancia nacional y los Gobiernos proyectaron y administraron las líneas. En Prusia, en el año 1848, se construyó el ferrocarril de Berlín a la frontera rusa, y como tenía gran importancia estratégica, fue construido y administrado por el Estado.

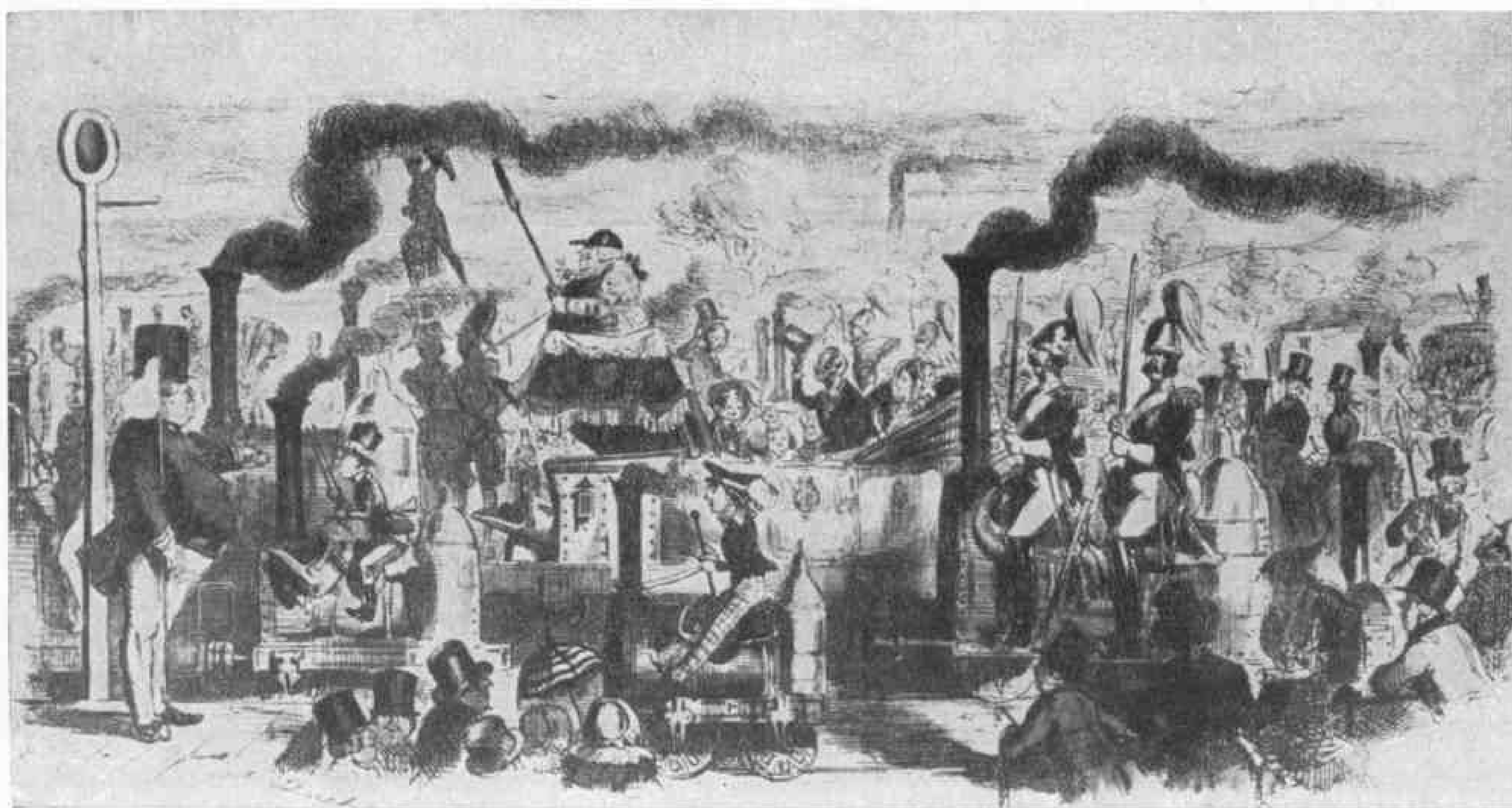
La red, mejor dicho, la telaraña de ferrocarriles alemanes, fue motivo de grandes preocupaciones para Bismarck, que no cesó hasta consolidar y nacionalizar las líneas prusianas. Al retirarse, sólo el 6 por 100 de los ferrocarriles alemanes continuaban en manos particulares.

En España, los ferrocarriles se construyeron como concesiones privadas, con subvenciones y la reversión fijada para el término de los cien años. Pero también recibieron anticipos en diferentes ocasiones, que hu-

bieran debido tenerse en cuenta para la reversión. Ultimamente se han nacionalizado con una generosidad excesiva.

En América la construcción y explotación de ferrocarriles constituyó el tipo de negocio más escandaloso que se ha perpetrado en el Nuevo Mundo. Se facilitaba la operación de lanzar emisiones cediendo a las Compañías parcelas de terreno del dominio público a lo largo de los trayectos. Así, la especulación con los terrenos donde se esperaba que surgirían ciudades enardeció a muchos a proyectar vías de comunicación, y se construyeron algunas líneas que sólo aprovecharon a los banqueros. Estos vendían las acciones en la Bolsa después de adquirirlas en bloque y de producir una alza ficticia. A continuación venía la quiebra; los mismos banqueros compraban otra vez las líneas, lanzaban otra emisión, quebraban otra vez... Algunas líneas sirvieron hasta para una docena de *operaciones*. Finalmente, las grandes redes, como las de Pennsylvania, de Santa Fe, Central de Nueva York, se han estabilizado..., pero ninguna produce grandes rendimientos; hasta se ha hablado ya varias veces de unificarlas y nacionalizarlas. Mala señal, porque el capitalista no acepta nunca la nacionalización del negocio que rinde.

La locomoción interurbana con coches sobre raíles fue mucho más lenta en generalizarse que el ferrocarril. El primer ensayo de tranvía tirado por caballos se hizo en El Havre en el año 1878. Los periódicos describieron el acontecimiento con gran admiración; se aprobaba que los coches tuvieran unas plataformas delante y detrás para fumadores. El trayecto interurbano costaba 35 céntimos.



El Hyde Park en Londres, como se imaginaba en 1850 que sería con el tiempo, congestionado por vehículos de vapor y cada paseante con su locomotora.



Asalto del fuerte Malakoff por los franceses durante el sitio de Sebastopol, el día 8 de septiembre de 1855. Litografía contemporánea por E. Marin.

2 SEGUNDO IMPERIO NAPOLEONICO. PRIMEROS TRATADOS DE COMERCIO

Las máquinas no habían disminuido los sufrimientos y miserias de las clases trabajadoras. Obreros y hasta políticos de pacotilla achacaban a las máquinas todas las antiguas y modernas injusticias sociales. Durante los motines que acompañaron la revolución de 1830, se destruyeron en París las nuevas prensas de imprimir recién llegadas de Alemania. En la revolución de 1848 los soliviantados demagogos se ensañaron otra vez en las máquinas. Talleres de imprenta tuvieron que defenderse contra nuevas agresiones; se quemaron hilanderías y fábricas de tejidos hasta en Barcelona; en otras partes se atentó contra los ferrocarriles... En Inglaterra la destrucción de maquinaria se organizó con simpatía de gran parte de la nación. Se necesitó medio siglo para que se reconocieran sus beneficios.

La exasperación de los obreros estaba, hasta cierto punto, justificada. La clase media, al reemplazar a la antigua aristocracia en la responsabilidad de dirigir la economía nacional, empleaba la mano de obra con una falta de respeto a la dignidad humana, que hoy creeríamos imposible si no estuviéramos documentados. En Inglaterra les costó veinte años a Owen y sus discípulos conseguir una jornada máxima de once horas y reducir el trabajo de los niños menores de ocho años para que fueran a la escuela dos horas. En Francia se decía que era atenta-



Uno de los primeros coches ómnibus en París. Dibujo en el Museo Carnavalet.

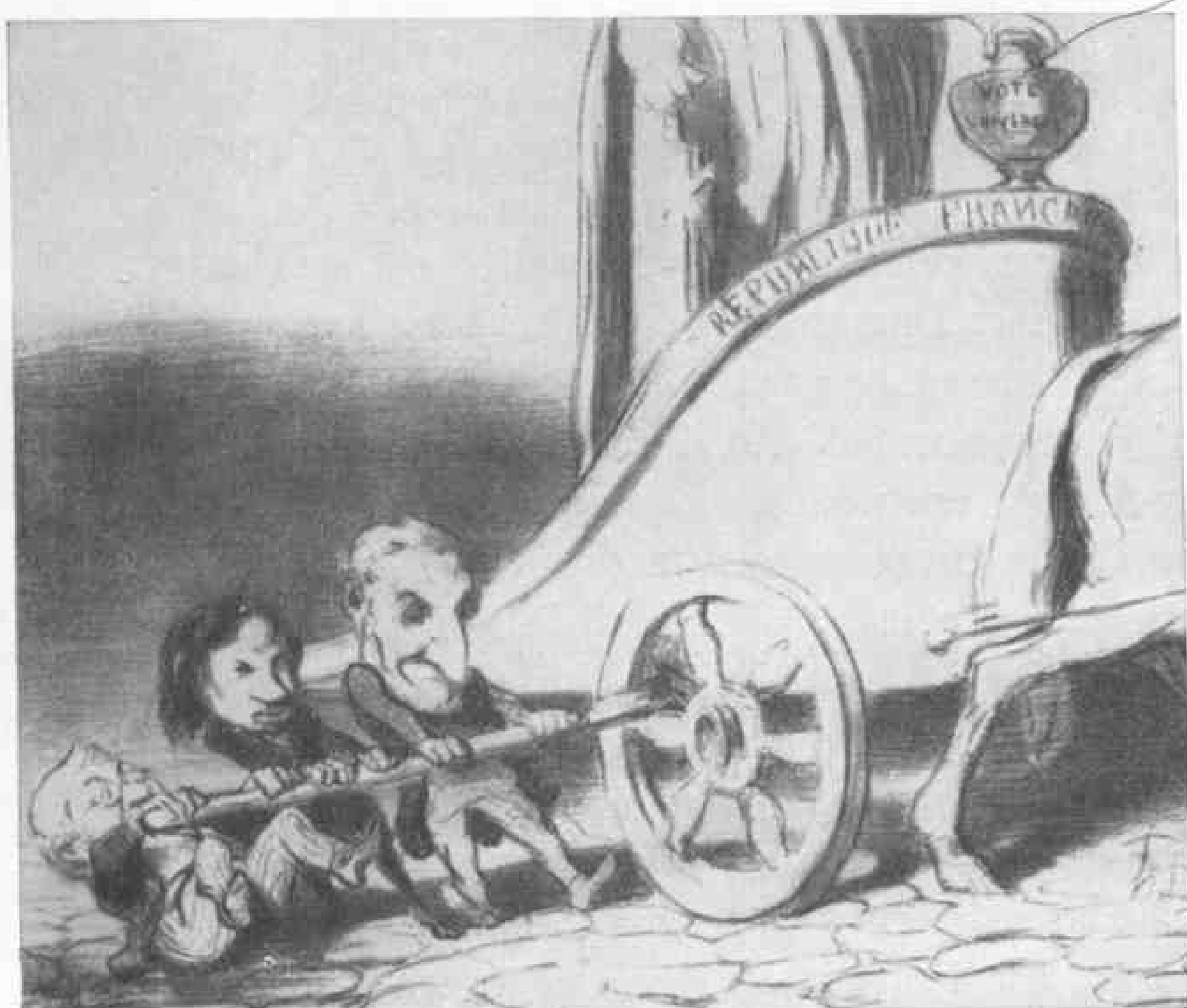
torio a la libertad de contratar entre obreros y patronos que éstos no pudieran conseguir más que jornadas de dieciséis horas con jornales de dos a tres francos.

El libro clásico de Villermé sobre el *Estado físico y moral de los obreros,* publicado en 1840, contiene párrafos como éstos: «En Mulhouse las hilanderías y fábricas de tejidos abren por la mañana a las cinco y cierran a las ocho o nueve de la noche... La jornada dura quince horas con media hora para el desayuno y una hora para la comida. Trabajan, pues, por lo menos trece horas.»

«Hay que verles llegar todavía de noche en días lluviosos y ateridos de frío. Vienen con ellos grupos de mujeres pálidas, delgadas, descalzas, que se cubren la cabeza con las faldas, y una caterva de niños tan sucios del aceite de las máquinas, que sus andrajos son impermeables a la lluvia.»

Villermé describe los camaranchones en que viven las familias de obreros de Mulhouse, pero creemos más convincente este párrafo: «Su miseria es tan *profunda,* que,

La República Francesa, habiendo roto los impedimentos que le ponían Thiers, Guizot y sus acólitos orleanistas, marcha en el carro triunfal del sufragio sin restricciones. Dibujo de 1849, antes del golpe de Estado napoleónico.



mientras en las familias de la clase media la mitad de los nacidos llega a la edad de veintinueve años, en las familias de tejedores e hiladores la mitad muere antes de los dos años.» Condiciones análogas a las de Mulhouse predominaban en Lille, Roubaix, Saint-Quentin y Ruán. Villermé no era *filósofo* ni socialista. Era católico y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París y puede considerársele conservador. Su descripción de los sótanos, donde se hacinaban por la noche los obreros de Lille, es aterradora. Lo peor es que Villermé no relata nada excepcional. La condición del obrero en los demás países de Europa se consideraba peor que la del esclavo de la antigüedad. En Inglaterra se publicaban folletos ponderando el bienestar del esclavo negro en las colonias, mucho mejor tratado que el obrero blanco.

Estas injusticias, censuradas por lores, clérigos, filósofos y economistas, tenía que conducir a la reforma o la revolución. Lo primero ocurrió en Inglaterra, lo segundo en Francia.

El nubarrón parlamentario acumulado por la política conservadora del último ministerio de Luis Felipe, ya lo hemos visto, desencadenó la revolución de 1848. El rey escapó con su familia, y Francia tuvo otra vez que reorganizarse en República. Los sansimonianos y fourieristas impusieron en los primeros días de la República algunas medidas humanitarias. Se decretó la jornada de diez horas para los obreros de París, y de once a doce para los de provincias. Se dio libertad a los esclavos de las colonias indemnizando a los propietarios. Se prohibieron los castigos corporales en el ejército y la marina y las penas degradantes en la justicia civil. La abolición de la pena de muerte ya no pasó de proyecto, pero se suprimió la prisión por deudas.

Es asombroso el número de periódicos que se empezaron a publicar en París así que saltó la mordaza de la Prensa con la revolución de 1848. Los títulos de estos periódicos ya dan idea de su espíritu: *L'Acusateur Public, L'Ami du Peuple, L'Apôtre du Peuple, L'Arlequin Démocratique, Le Bien Public, Le Bonnet Rouge, La Bouche de Fer, Le But Social, Le Canard, La Cause commune, Le Censeur Républicain, Le Christ Républicain, Le Conciliateur, La Concorde, La Conspiration des Poudres* y un centenar más por el estilo.

Aunque la Revolución aumentó el número de beneficiarios o de *candidatos a la felicidad,* no mejoró la situación de los obreros; al contrario, la agravaba por el pánico que producía en las clases adineradas. Los obreros habían dicho que soportarían tres meses de sufrimiento por la República; contaban que con tres meses habría tiempo suficiente para establecer un nuevo régimen que acabaría con su miseria. En el Gobierno provisional no sólo había filántropos como el astrónomo Arago y el matemático Carnot, sino hasta un socialista profesional, Louis Blanc, e incluso un obrero, Albert.

Las dos prensas empleando las mismas palabras, pero puestas en sentido inverso. Caricatura del *Charivari* del año 1851.



Un remedio al paro y al hambre de París se creyó encontrar con la fundación de *talleres nacionales,* que habían de ser vastos talleres de todas las industrias organizados y mantenidos por el Gobierno. Pero como no había nada preparado, ni el Gobierno provisional tenía recursos, los *talleres nacionales* se redujeron a obras de desmonte y terraplén en el sector de París, llamado Campo de Marte. Allí se dio trabajo, o mejor dicho, jornal sin trabajar, a cincuenta o sesenta mil desocupados. Estuvieron parados varios meses, hasta que con elecciones por sufragio universal se reunió otra Asamblea Constituyente. Esta pensó por un momento en aprovechar las escuadras de obreros de los llamados *talleres nacionales* en algo más útil; incluso se pensó en nacionalizar los ferrocarriles, casi quebrados en aquel momento. Las Compañías no protestarían de una expropiación ruinosa con tal de deshacerse de las líneas; el Gobierno podía mejorarlas y extender sus ramales... Pero ni esto se hizo. Se decidió emprender en provincias otros trabajos del tipo de los que se habían hecho en París y enviar allí a los obreros sobrantes de la capital, especialmente los contaminados de socialismo. Poco a poco los parados fueron absorbidos por la industria privada o reclutados como soldados, y no se volvió a hablar de los *talleres nacionales.* He aquí otra revolución fracasada por falta de plan y de técnicos.



Luis Napoleón, después Napoleón III, jurando como presidente de la República. Delante, otros tres príncipes Bonaparte.



El príncipe Luis Napoleón, en la época de la elección presidencial del 10 de diciembre del año 1848.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente demostraron ya que la revolución que había comenzado democrática y radical viraba hacia la burguesía y la derecha. Las primeras proclamas del Gobierno provisional habían hecho alarde de querer estable-

cer el régimen de la libertad en Francia para que sirviera de modelo a toda Europa. Con la máxima vaguedad que permite el estilo revolucionario, ofrecían *ayuda y apoyo moral* a los pueblos oprimidos, que no eran pocos. Francia se reservaba el decidir cuándo y cómo tenía que concedérseles la ayuda y el apoyo moral (15 de mayo de 1848). ¿Quería decir esto que Francia les *apoyaría* cuando les conviniera a ellos o cuando le conviniera a ella, esto es, cuando los necesitara como aliados? Seguros por lo menos del *apoyo moral* de la República recién establecida en Francia, todos los pueblos oprimidos se lanzaron a la rebelión animados por las proclamas del Gobierno provisional. Pero la República — republicana, como ella misma se llamaba — no ayudó ni podía ayudar a nadie. Los belgas revolucionarios que pretendieron entrar en su patria fueron internados; los polacos y los húngaros, exterminados; los italianos del Piamonte que se lanzaron contra Austria fueron derrotados.

Pronto las elecciones a la presidencia de la República, que se verificaron limpiamente, con sufragio universal, acabaron de demostrar el carácter burgués y derechista de Francia en 1849. El candidato socialista Ledru-Rollin obtuvo 370.000 votos, el liberal republicano Cavaignac, 1.400.000, y el príncipe Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I, 5.400.000. En realidad la elección era un voto de censura al Gobierno provisional. Francia se impacientaba con otra revolución de oradores y literatos. El elegido no tenía otros méritos que su parentesco con el gran Emperador, ni era personaje que el pueblo hubiera llegado a estimar por su conducta anterior. En 1848 fue elegido miembro de la Asamblea Constituyente sólo por el nombre que llevaba; allí no se distinguió ni como orador ni como político; en su campaña electoral no manifestó más cualidades que la de saber disimular su ambición. No tenía dinero; había llegado lleno de deudas y con una amante inglesa que había instalado en Saint-Cloud, a la que por poco le embargan los muebles. Pagó su elección con 50.000 francos que le prestó el embajador español Narváez...

Durante los tres primeros años de su presidencia, Luis Bonaparte gobernó ateniéndose a las normas de la Constitución elaborada en 1848. Establecía una Asamblea Legislativa con 750 representantes elegidos por tres años; un Consejo de Estado, que proponía las leyes a la Asamblea, y el Presidente, que elegía sus ministros. El primer ministerio de Luis Napoleón estaba compuesto principalmente de monárquicos; la Asamblea era dócil; el Consejo de Estado legislaba a gusto del presidente. Ya en 1849 se promulgaron varias leyes de tendencia absolutista. En este sentido fue más importante la ley de Instrucción Pública. Establecía la *libertad de enseñanza*, pero con este título se disimulaba el casi privilegio de dar a las órdenes religiosas la enseñanza privada, pues eran las únicas que estaban or-

Pasquín callejero después del golpe de Estado (diciembre de 1851) que sirvió para establecer el Segundo Imperio napoleónico.





Walewski, hijo natural de Napoleón I, ministro de Estado de Napoleón III.

ganizadas y tenían dinero para colegios. Por lo que toca a la escuela pública, quedó (según la ley de 1849) bajo la inspección del párroco del pueblo, con lo que se creía hacer de la escuela una dependencia de la Iglesia; mas no fue así: creó una rivalidad entre el cura y el maestro que dura todavía en Francia. Puede decirse que en Francia hay aún en cada pueblo un párroco y un antipárroco, que son el cura y el maestro *(curé* y *anticuré);* representan dos tendencias opuestas: el catolicismo y el liberalismo.

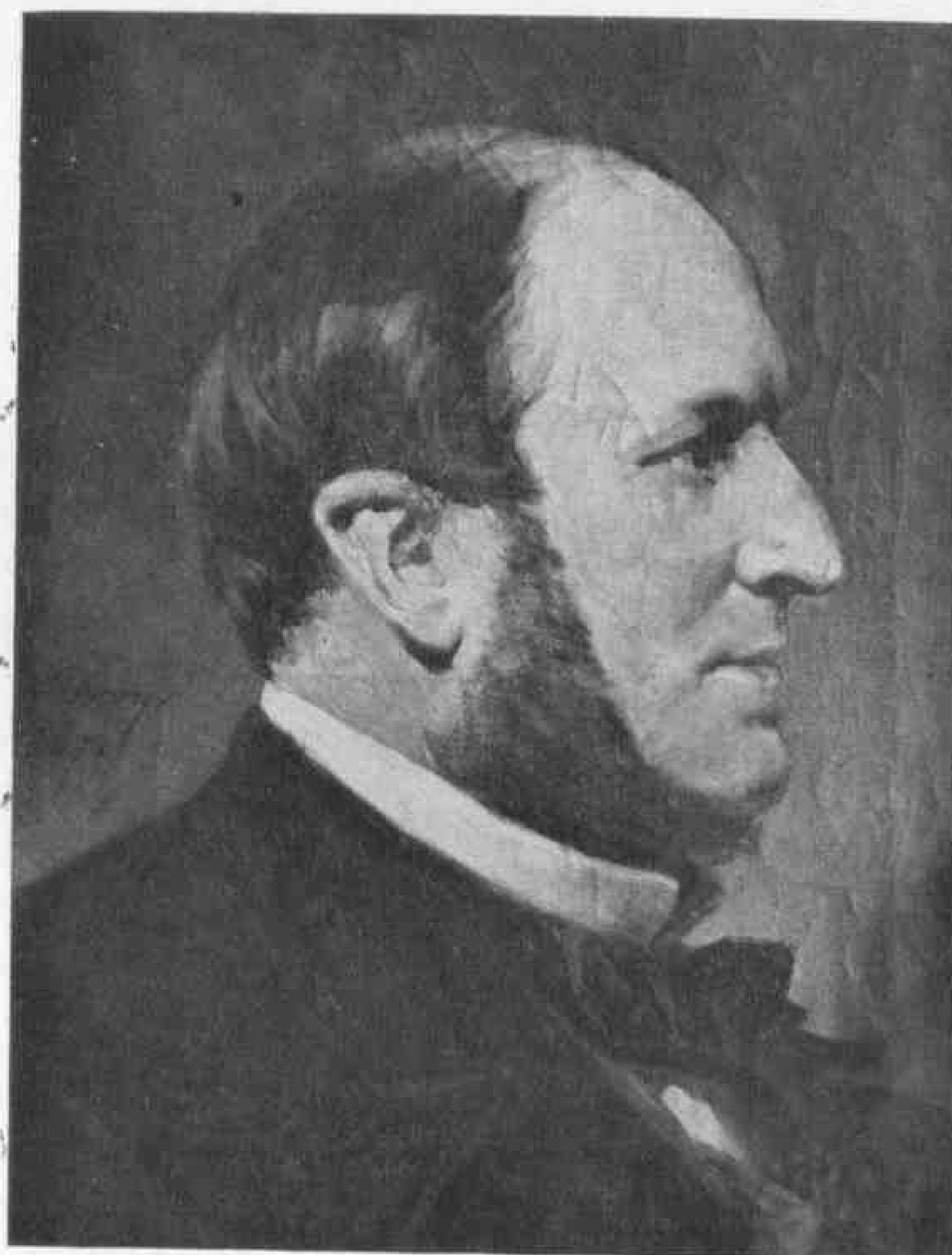
El mismo año, el príncipe presidente decidió la primera intervención de la nueva República Francesa en política internacional. Ya hemos dicho que las proclamas del Gobierno provisional en 1848 prometían «ayuda y apoyo moral» a las naciones oprimidas. Los patriotas de los Estados Pontificios se habían amotinado, confiando en aquellas promesas, como tantos otros. Habían proclamado una república romana. El papa Pío IX se había refugiado en Gaeta, ciudad del rey de Nápoles. Las tropas francesas republicanas (obsérvese: todavía republicanas) marcharon a reponerlo. Explicamos en detalle este episodio para que se vea cuán aprisa se olvidaban en Francia el espíritu y las promesas de la revolución.

En 1851 el presidente ya preparaba, con un jefe de policía adicto y un ministerio de partidarios, la restauración bonapartista. La técnica del golpe de Estado de Luis Napoleón fue la misma empleada por Napoleón. Ante todo manifestó no desear este poder que ambicionaba. Sus protestas familiarizaban al pueblo con la idea que aparentaba combatir. Primero sus manifestaciones fueron en el sentido de que rehusaría el poder si se le ofrecía; más tarde manifestó que lo aceptaría, si llegaba el caso, por pura necesidad; finalmente, acabó amenazando con tomárselo para el bien de Francia, no por su interés personal: «Si el país me impone *deberes,* sabré cumplirlos.» «Acaso un día yo os diga: ¡Marchad, que yo sigo!... o bien, seré yo el que marche y diga: ¡Seguidme!» Era evidente que nadie le ofrece-

El duque de Morny, hermanastro de Napoleón III y su ministro de Hacienda.



Haussmann, que realizó con arterias radiales la reforma de París.



ría el poder, pero que tampoco encontraría gran oposición si lo tomaba.

El golpe se dio la noche del día 2 de diciembre de 1851, aniversario de la batalla de Austerlitz. Sorprendió en la cama a los pocos que podían estorbar; no sólo a los republicanos de oposición, sino hasta parlamentarios como Thiers, que habían aceptado otros cambios y podían sentirse ofendidos porque no se les había consultado. Unos y otros, alrededor de setenta y cinco, fueron a la cárcel de Mazas, preparada de antemano. Por la mañana un gran despliegue de fuerza militar en París dio a entender a los parisienses que había ocurrido algo grave. La proclama del presidente, pegada en las esquinas, explicaba el porqué. Luis Napoleón quería más autoridad que la que le concedía la Constitución para «mantener la República..., salvar al país..., evitar la anarquía..., respetando la voluntad del pueblo..., los designios de la Providencia..., la soberanía nacional..., garantizar la libertad..., dar reposo y prosperidad... y sobre todo crear instituciones que durasen más que los hombres». El pueblo no protestó.

Hubo algunos motines en París, y en provincias buscaron y fusilaron a unos cuantos impenitentes republicanos. Varios miles fueron deportados a Guayana y Argelia; pero el golpe fue refrendado por dos plebiscitos. En 1851 se preguntaba: «¿Quiere el pueblo de Francia el mantenimiento de la autoridad de Luis Napoleón Bonaparte y le delega los poderes para reformar la Constitución?» 7.400.000 votaron sí, 647.000 votaron no. Un año después se preguntó: «¿Quiere el pueblo francés la restauración de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleón Bonaparte con derecho a herencia en su sucesión directa o adoptada?» 7.824.000 votaron sí, 250.000 votaron no... Se forzó algo el voto, hubo abstenciones, pero se tiene que reconocer que aquellos resultados reflejaban la voluntad del pueblo francés... La República de 1848 había abdicado, deslumbrada por un solo nombre: ¡Napoleón!

Desde aquel momento Napoleón III (el segundo Napoleón, hijo de Napoleón I, no llegó a reinar) gobernó con poder personal sin restricciones. Promulgó una Constitución, pero era sólo para facilitar su gobierno personal y disimular los excesos de su camarilla. Mantuvo una sombra de Asamblea elegida por sufragio universal, pero el Gobierno proponía candidatos oficiales recomendando a los prefectos y alcaldes que favorecieran su elección. Se permitía la elección de algunos republicanos y legitimistas monárquicos, pero no podían tomar posesión sin jurar fidelidad al Emperador. La elección duraba dos días; por la noche, entre el primero y el segundo, los alcaldes se llevaban las urnas a su domicilio particular. Puede calcularse que no era para guardarlas intactas sabiendo que el Gobierno nombraba los alcaldes.

Así y todo, alguna oposición se infiltró en la Cámara; pero la Prensa no podía publicar más reseñas de las sesiones que las



Eugenia de Montijo y Guzmán, condesa de Teba, que casó con Napoleón III y actuó muy discretamente como emperatriz hasta 1870.

que facilitaba el Gobierno. Además de corromperles con dinero, el Gobierno tenía una arma terrible contra los periódicos: la famosa Ley de Advertencias. El prefecto o gobernador advertía al periódico rebelde una vez, sólo una vez, sin consecuencias; a la segunda advertencia podía suspenderlo sin recurso de apelación.

El Emperador gobernaba con un ministerio de parientes y amigos. Uno de ellos era el famoso duque de Morny, hijo natural de la reina Hortensia, y por tanto, su hermanastro. Hombre de talento, financiero sin escrúpulos, arbitraba dinero para sí y el Gobierno, a cambio de permitir todas las inmoralidades. Alfonso Daudet, que había sido por algún tiempo secretario del duque de Morny, ha descrito este personaje en su novela *El Nabab:* fue un potentado francés de tipo oriental. Otro colaborador de Napoleón III fue el conde Walewski, hijo del gran Napoleón y de la famosa condesa polaca Walewska, fiel a Bonaparte aun después de la deserción de María Luisa. Walewski era, pues, primo hermano del Emperador y le sirvió discretísimamente en embajadas difíciles y en el ministerio de Negocios Extranjeros. Los colaboradores del golpe de Estado, el secretario confidente Persigny, el jefe de policía Maupas y el general de la guarnición de París, Saint-Arnaud, recibieron carteras de ministro. Después fueron ministros gentes de tipo más intelectual: el universitario Víctor Duruy y el ex republicano Camilo Olivier.

Napoleón III contrajo matrimonio en el año 1852 con una española mucho más joven que él, la condesa de Montijo. Por los retratos de Winterhalter comprendemos que era una perfecta belleza andaluza. El embajador austríaco Hübner la describe diciendo que tenía «perfil de camafeo y ojos almendrados...» Añade que hablando «pasaba de uno a otro asunto, como hacen las mujeres españolas, que tienen más gracia que juicio». A pesar de este *elogio austríaco,* el embajador reconoce que la emperatriz demostraba estar al corriente de los negocios importantes del Gobierno; y no parece haber intrigado ni influido para decidir ningún asunto. En algunas ocasiones actuó como regente con gran discreción. En 1856 nació el príncipe imperial, regulándose así la sucesión prevista por el plebiscito de 1852. La Corte se estableció en las Tullerías, y aunque la rancia nobleza legitimista nunca reconoció al Imperio, no faltaron damas de los nuevos ricos, esposas de generales y hasta aristócratas de segunda clase para llenar los salones. Se bailaba al son de un órgano mecánico que movían un general y el maestro de ceremonias, «porque el Emperador detestaba los músicos», pues decía «cuentan más tarde por la calle todo lo que han visto en el salón y lo que no han visto». Se representaban *cuadros vivos,* y se daban sesiones de espiritismo con mesas parlantes.

Para apaciguar la *fiera revolucionaria,* el Segundo Imperio francés hizo grandes obras públicas, sobre todo en París. La reforma de París la llevó a cabo un prefecto con poderes dictatoriales llamado Haussmann. Era

de origen alsaciano. Sin patrimonio local que le inclinara a conservar el París pintoresco de plazuelas con mercados, conventos con tapias y jardines y callejas estrechas, especialmente buenas para días de barricadas, construyó espaciosos bulevares, que además de un anillo de vías a propósito para la circulación, comunicaban fácilmente las varias estaciones de ferrocarril. Haussmann manejó sin escrúpulos recursos casi ilimitados porque los Bancos y capitalistas hacían negocios fabulosos con la expropiación y el aumento de valor de los terrenos de la reforma. Se terminó el Louvre, se construyó la Opera y los grandes mercados. El París actual es todavía el París del Segundo Imperio, mejor dicho, el París de Haussmann. Se rehabilitaron los ferrocarriles con subvenciones y alargando el plazo de reversión. Innumerables empresas de orden industrial o económico fueron sostenidas o patrocinadas por el Gobierno. Toda iniciativa que pudiera a la larga producir riqueza, aunque representara un privilegio escandaloso disfrazado de interés público, estaba segura de encontrar el apoyo oficial.

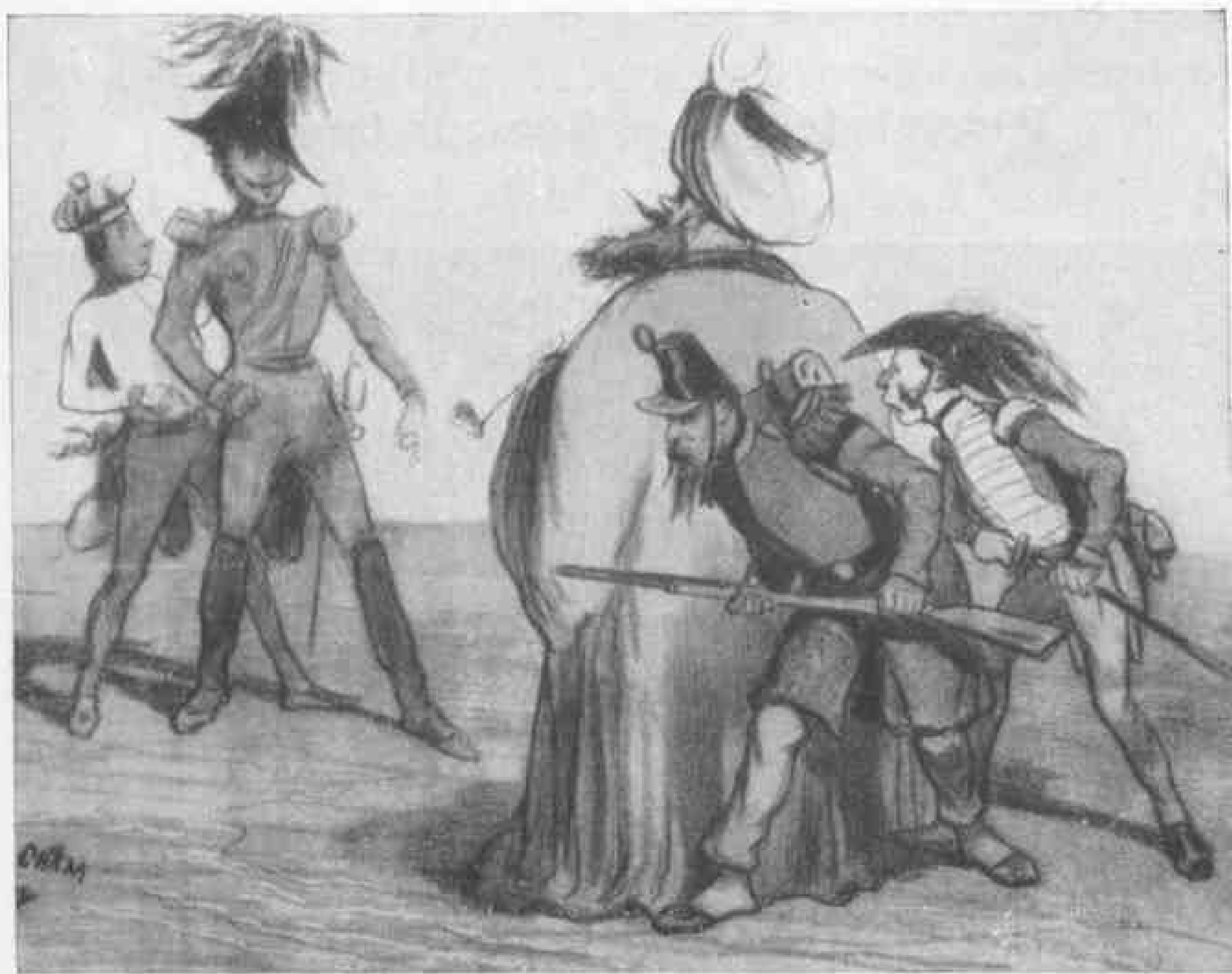
Se fundaban compañías por acciones para toda clase de empresas, que muchas veces resultaban provechosas sólo por su carácter de monopolio. De todas éstas, la más importante es la del canal de Suez, realizada con capital francés en su mayor parte. El jedive contribuyó con labor forzada; 25.000 hombres se vieron obligados a trabajar por cuenta del Estado. Como propina, el Estado egipcio recibió una participación de 176.000 acciones de las 400.000 de la compañía del canal, pero encontrándose el jedive en dificultades financieras, vendió sus acciones al Gobierno inglés por cuatro millones de libras esterlinas. Esta transacción no sólo proporcionó a los ingleses el dominio del canal, sino que fue económicamente un gran negocio. Hubo años que produjo el 50 por 100. El canal de Suez fue inaugurado en 1869 por la emperatriz. El director fue Fernando de Lesseps, a quien vimos entre los discípulos de Saint-Simon, pero los sansimonianos no tenían escrúpulos en participar en los grandes negocios del Segundo Imperio, aunque ellos eran de honradez casi mística. Mientras una obra representara un progreso, poco les importaba que costase demasiados millones; su moral no era la del bien y el mal, sino del más o el menos progreso. Los adelantos científicos

Una velada bajo el Segundo Imperio.



impondrían otra justicia; lo esencial era la marcha adelante en lugar de la marcha atrás. Con la civilización, las reformas sociales no se tendrían que conceder; políticamente serían inevitables. Al lado de los ferrocarriles se instalaba el telégrafo público, hecho más importante que discutir un punto de filosofía. La moral era colectiva; el individuo no contaba.

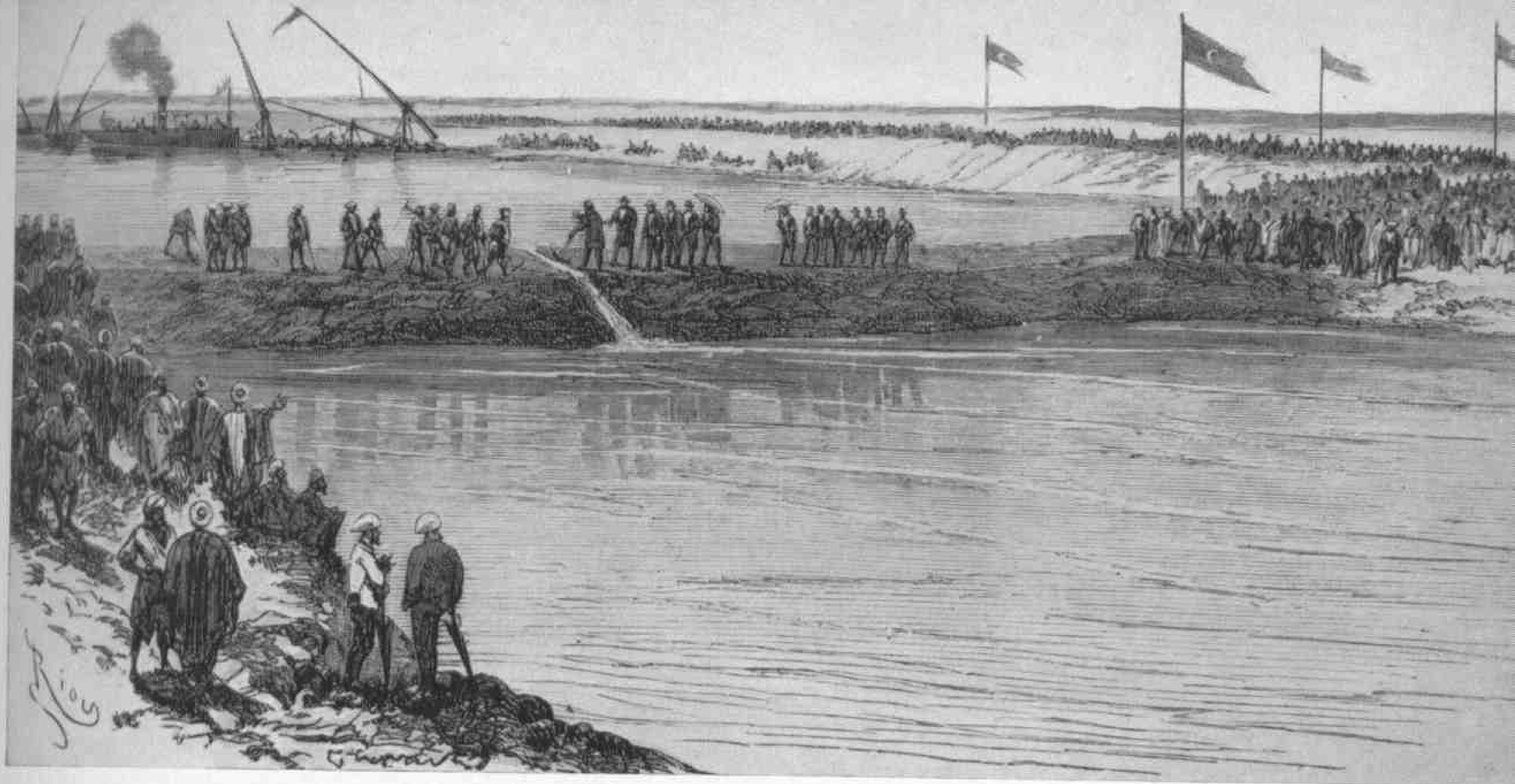
La política exterior compensaba a los franceses de la atonía del Parlamento y la disminución de su libertad en Francia. La revolución de 1848 había sido una chispa de poca duración, pero había encendido otras hogueras mucho más revolucionarias por toda Europa. De grado o por fuerza, Francia tenía que intervenir en Italia, en Grecia y hasta en México y en Oriente. En otros capítulos detallaremos la parte que tomó Francia en las revoluciones de México e Italia. Pero la guerra de Crimea requiere ser tratada aquí porque representa la primera cooperación militar de Francia e Inglaterra, que parecía imposible después de Waterloo.



«¡Cuidado, Zar, que parece que veo a alguien detrás del Gran Turco!» Caricatura de la época de la guerra de Crimea.

La guerra de Crimea tuvo por objeto detener a Rusia en su proyecto de avanzar hasta los Dardanelos. En el famoso programa de expansión que se llamó en Rusia «el testamento de Pedro el Grande», se presupone la anexión de Constantinopla y el acceso de Rusia al Mediterráneo. En 1850 el Imperio turco era ya «una nación enferma» que Rusia creía poder maltratar sin peligro, devolviéndola al lugar de su origen: las altas planicies de Anatolia. El zar proseguía una política desenfadada «protegiendo a cristianos» en tierra de turcos, según convenía a su política. En 1853, con la excusa de defender a los cristianos de Tierra Santa, envió un ultimátum feroz a Turquía, la cual, sintiéndose apoyada por Inglaterra y Francia, declaró la guerra. Al cabo de seis meses de escaramuzas sin consecuencia en las llanuras rumanas, los aliados, ingleses, franceses y turcos, se encontraron sitiando al ejército ruso encerrado en Sebastopol, fortaleza de Crimea. El sitio de Sebastopol duró casi un año. Los aliados sufrieron frío y enfermedades, pero no hubo grandes combates. Las flotas inglesa y francesa abastecían de víveres y municiones a los ejércitos sitiadores. Sebastopol tarde o temprano tenía que rendirse, pero si los rusos hubieran movilizado un segundo ejército la campaña hubiera podido continuar. Quién sabe si no hubieran acabado peleándose los aliados entre sí.

Tal como terminó, la guerra de Crimea fue un éxito personal de Napoleón III. Si convenía, podía llamarse gran victoria militar para fines políticos. Presidió la *Conferencia de la paz,* reunida en París, aquel ya mencionado Walewski, bastardo de Napoleón el Grande. Fue ocasión de grandes fiestas. Asistieron a ella no sólo compromisarios de las naciones beligerantes, sino también de Austria, Prusia y Piamonte. En el tratado se consignó la neutralización del mar Negro, donde ni Rusia ni Turquía podían tener marina de guerra; se garantizó la integridad del Imperio otomano, aunque concediendo autonomía a la provincia turca que después fue Rumania... Resulta-



El jedive de Egipto dando el último golpe de pico al canal de Suez, que vierte las aguas del mar Rojo en el Mediterráneo. Dibujo de *L'Illustration* del año 1869.

dos poco gloriosos. Se discutió secretamente sobre Polonia e Italia. Cavour no perdió la ocasión de hablar personalmente con el Emperador y se estableció aquella amistad sincera entre el gran político piamontés y Napoleón III, que acabó por decidir a éste a intervenir varias veces en Italia.

Pero, como ya queda dicho, el más importante resultado de la guerra de Crimea fue que se echaron las bases de una *inteligencia* entre Francia e Inglaterra. El Emperador había pasado su juventud entre los ingleses y no sentía deseo de *venganza* contra los implacables enemigos de su tío. La reina Victoria, joven todavía, admiraba al Emperador porque carecía de la «versatilidad y ligereza de los franceses». Decía que Napoleón «no tenía como ellos atrofiado el sentido moral». Durante el verano del sitio de Sebastopol (1854) la reina Victoria, acompañada del príncipe consorte Alberto, hizo su primer viaje a la ciudad de París y regresó entusiasmada de la familia imperial, considerada como familia modelo.

Estas relaciones, empezadas con un fin político, tuvieron la consecuencia menos esperada. Acabaron con un tratado de comercio, el primer tratado puramente comercial efectuado entre naciones de la época moderna.

El asunto es tan importante, que, para que el lector comprenda toda su trascendencia, tenemos que ponerle en antecedentes. Será preciso empezar con algo que parece muy lejano a nuestro asunto: luchas económicas en Inglaterra que dieron, sin embargo, el impulso inicial para llegar a un tratado de comercio con Francia.

Hacía tiempo que en Inglaterra, Cobden, apoyándose en las teorías de Adam Smith, había conseguido disminuir o hacer desaparecer muchos derechos de aduanas. Cobden, como Adam Smith, tenía el convencimiento de que el comercio exterior, desarrollado sin trabas, se regularía por la ley natural de la oferta y la demanda.

En Francia, las doctrinas de Adam Smith y la propaganda de Cobden encontraron un admirador en Federico Bastiat. Publicaba el *Journal des Economistes* y había formado una *Liga para libertad del intercambio* a imitación de la Liga de Cobden. Sin embar-



Víctor Cousin, el filósofo académico y conservador del Segundo Imperio.

go, los librecambistas ingleses no esperaron los resultados de la propaganda de Bastiat... Cobden fue a París para convencer al Emperador en 1859. Este se manifestó en su entrevista con Cobden enteramente convencido de la superioridad del régimen del libre cambio sobre el del mercantilismo proteccionista, pero dijo: «Aquí no es posible; en Inglaterra hacéis transformaciones del régimen; en Francia sólo hacemos revoluciones.»

No obstante, las negociaciones de Cobden produjeron un resultado formidable: el tratado de comercio entre Francia e Inglaterra del año 1860. Se necesitó toda la autoridad del Gobierno *tiránico* del Segundo Imperio napoleónico para imponerlo. Y aún, obsérvese, no fue la puerta abierta entre las naciones que pedían Adam Smith, Cobden y Bastiat, sino la puerta entreabierta. El tratado era por diez años; establecía que no había prohibiciones para nada; los derechos de aduana para los productos ingleses no podían pasar del 30 por 100 *ad valorem* los primeros cinco años; desde el año 1864, el máximo sería del 25 por 100; Inglaterra se beneficiaba de toda reducción concedida a cualquier otra nación; era la cláusula que, andando el tiempo, en los tratados de comercio de alcance internacional ha recibido el nombre de cláusula de *nación más favorecida*.

Familiarizados como estamos hoy con la idea de los tratados de comercio, este tratado de Inglaterra con Francia no parece más que un simple convenio entre naciones, sin trascendencia y *sin consecuencias*. Sin embargo, con él empezaba a tejerse la red de convenios comerciales que ha acercado a los pueblos acaso más que las predicaciones de paz y amistad de los filósofos. La Humanidad reunida así por tratados fue rebajando las vallas de las fronteras y acostumbrándose a una vida de eficaz colaboración.

A pesar de sus cambios dinásticos y revoluciones, Francia, casi sin darse cuenta, reconstruía el imperio colonial deshecho por las guerras del siglo XVIII y de Napoleón. Después de Waterloo no quedaban a Francia más que cinco establecimientos en la India, de los que uno solo, Pondichery, era ciudad. En las Antillas, perdida Haití y Santo Domingo, conservaba las islas de Martinica y Guadalupe, de mínima importan-

Ferdinand de Lesseps.



cia. Habiéndose visto obligada a evacuar Canadá y vendida Luisiana, no tenía en América más que los islotes de San Pedro y Miquelón y el desierto inhabitable de Guayana. En Africa mantenía un puesto en la costa del Senegal y era francesa la isla de Borbón.

Pero, ¡cosa rara!, los franceses, que en cierto modo fracasaron en su política europea y en su gobierno interior, han revelado durante el siglo XIX un extraordinario talento para entenderse con los indígenas de remotos países. Así, Francia consiguió establecer un imperio colonial en Africa y el Extremo Oriente que aparentaba ser más sólido que el de los ingleses con sus *dominions,* enteramente independientes.

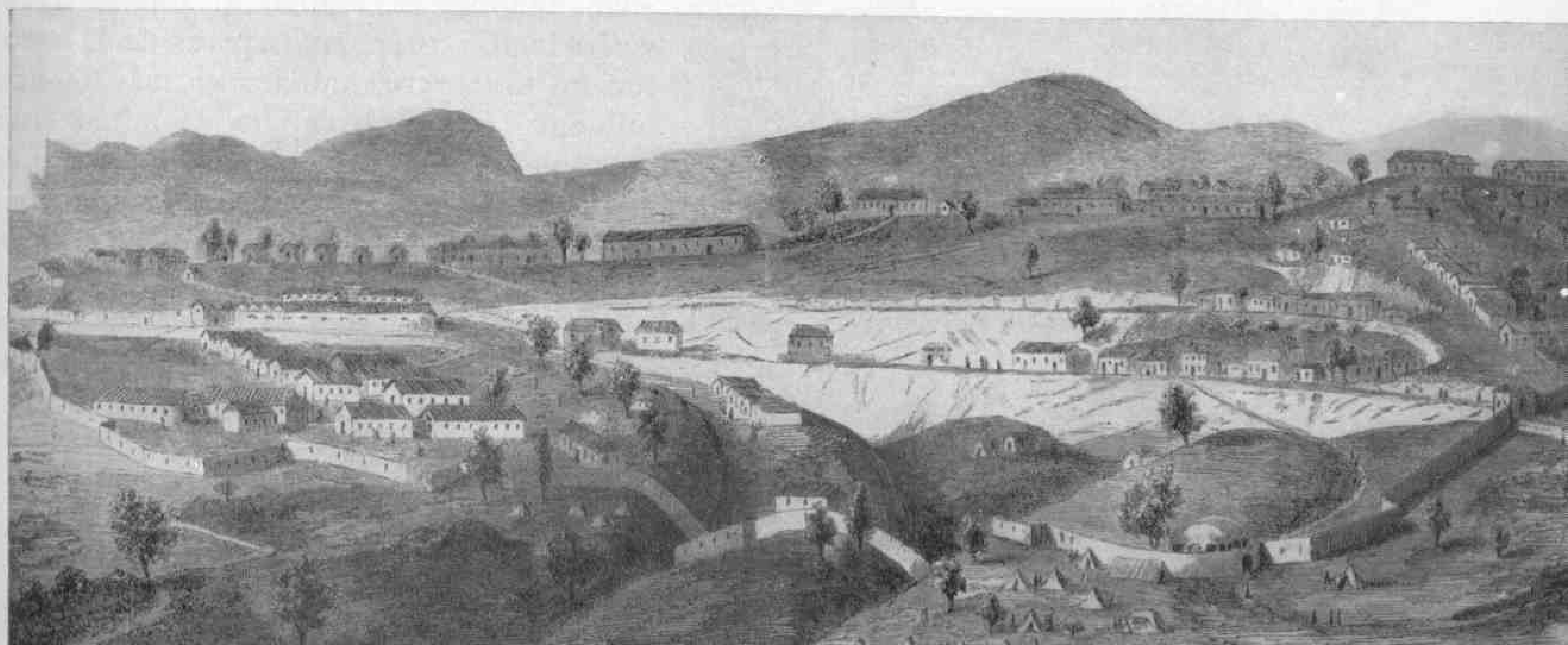
La primera aventura colonial francesa en el siglo XIX es la conquista de Argelia. Puede decirse que Argelia fue una especie de laboratorio para experimentar, uno tras otro, todos los métodos propuestos para obligar a las razas indígenas a cooperar con los europeos.

La conquista de Argelia fue una secuela de la Santa Alianza. En el Congreso de Aquisgrán de 1818 se decidió que Francia e Inglaterra harían una demostración naval ante el dey de Argel para que libertara los esclavos cristianos que retenía y cesara de fomentar el corso protegiendo a los piratas. El dey de Argel era nominalmente un feudatario del sultán de Turquía, y se sintió lo bastante fuerte para no hacer caso de los reproches de los ingleses y franceses. No sólo continuó la piratería, sino que exigió que los franceses desmantelaran sus puestos de comercio y que para continuar traficando pagaran una contribución mucho mayor que el pequeño canon que venían pagando como derechos de pesquería y aterraje.

Francia no tuvo más remedio que organizar una expedición de conquista o de castigo, que salió de Tolón en mayo de 1830. Se componía de 37.000 hombres, iban más de cien barcos de guerra y trescientos transportes. La conquista de la ciudad de Argel y algunos puntos de la costa fue rápida, pero la completa pacificación del interior no se logró hasta 1860. Al principio, después de haber destituido al dey o a sus tres representantes, Francia trató de substituirlos por tres príncipes turcos que importó de Túnez, creyendo que con gobernantes más acomodaticios podría mantener a Argel como un simple protectorado. Pero se levantó un enemigo común de turcos y franceses: Abd-el-Kader, de pura raza árabe, supuesto descendiente del profeta, de gran fuerza física y tremenda fuerza moral. Esto impuso otra clase de política.

Abd-el-Kader combatió a los franceses con

El fuerte Napoleón, en Argelia, uno de los puestos militares y de comercio en la cabila de Argelia. Grabado de *L'Illustration*.



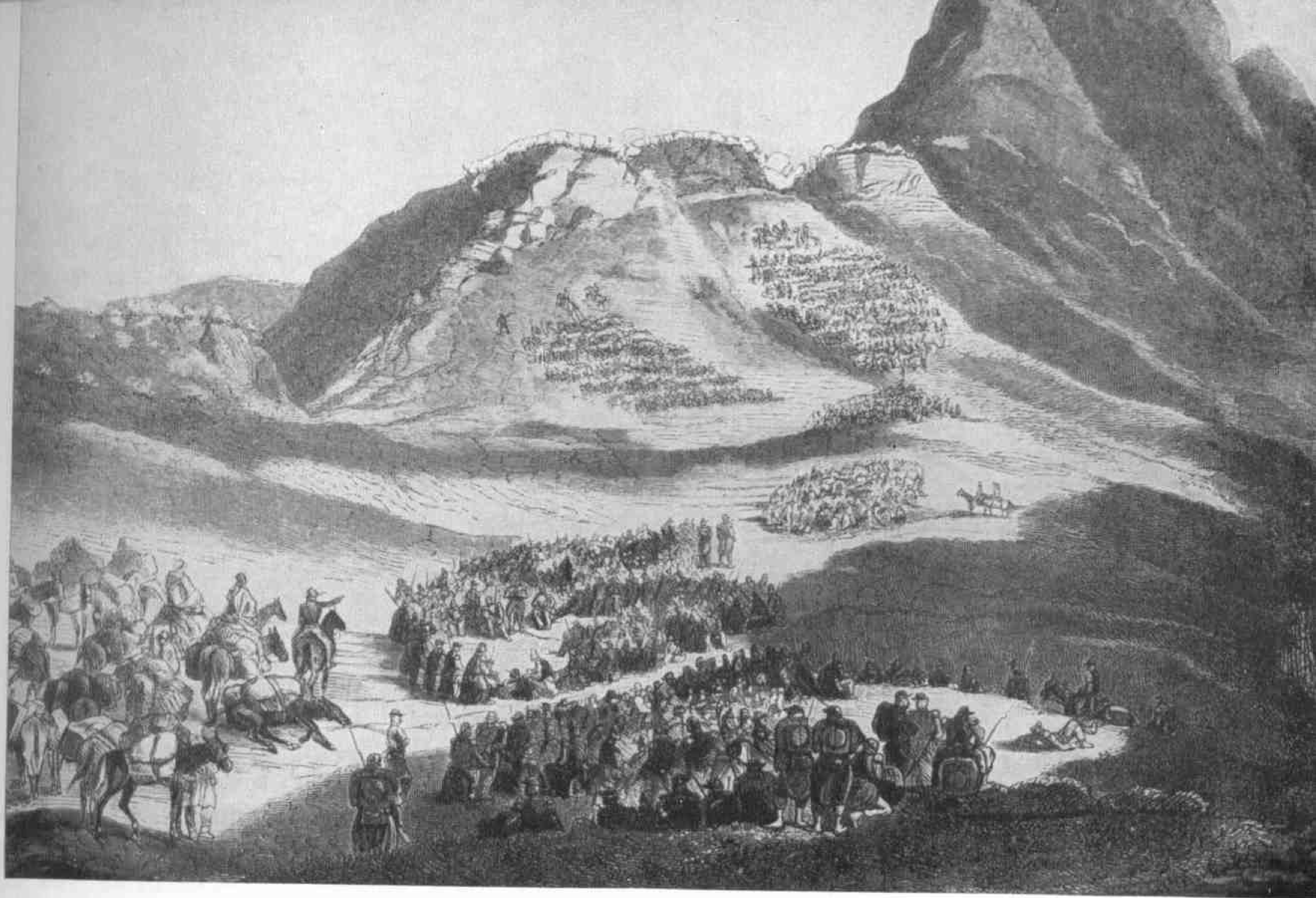
fortuna varia durante casi veinte años. En ocasiones se resignó a transigir, repartiéndose el territorio y la autoridad con los franceses, pero luego se rebelaba otra vez y ponía en peligro la permanencia de las guarniciones de la costa. En Francia había partidarios de abandonar la colonia; no hay duda que si Abd-el-Kader hubiera sido más tratable, hubiese acabado por ser un soberano independiente con la sola molestia de un residente francés que habría consentido a todo menos a lo que podía perjudicar al comercio. Pero Abd-el-Kader había hecho de joven su peregrinación y, en cierto modo, era más mahometano que Mahoma. Porque, según los ulemas o doctores de la mezquita de Kairuán en Túnez, el Corán no impone a los musulmanes una resistencia indefinida; pueden aceptar la dominación extranjera cuando no es posible triunfar. Esta sentencia fue confirmada por la universidad árabe de Al-Azhar en El Cairo y aun por los doctores de Medina, Bagdad y Damasco, reunidos en la misma Meca para el caso de Abd-el-Kader.

Un beduino de París, de la tribu de los Beni Mouffetard, en la orilla izquierda del Sena. Alusión al barrio de negocios y alta banca de París. *Charivari*, 1857.



He aquí cómo después del primer experimento de emplear mahometanos acomodaticios, Francia se vio obligada a emplear el segundo método, el de la represión y el terror, contra el intransigente Abd-el-Kader. Exigió campañas larguísimas de exterminio en las que se acreditaron varios gobernadores y generales. Por fin se descubrió el tercer método, que fue establecer centros o lugares fuertes de penetración, de donde partían las columnas en expediciones radiales de policía y adonde acudían los indígenas para traficar en horas pacíficas. Así, poco a poco, se familiarizaron los argelinos no sólo con los métodos de gobierno, sino también con la higiene y otros beneficios que les proporcionaban los conquistadores. Este régimen dio resultados: Abd-el-Kader consintió en abandonar a Argelia y se fue a vivir a Egipto. Los colonos y mercaderes acabaron la obra de pacificación conviviendo con los naturales del país. Demostrada la bondad del método utilizado en Argelia, Francia lo empleó después en todas sus penetraciones coloniales.

Pero hay que reconocer que, si bien en el tratamiento de las colonias por los funcionarios de administración y militares, Francia ha demostrado una mayor capacidad para comprender los problemas de la asimilación de los indígenas, por lo que toca a inmigrantes que van a beneficiarse del país, Francia ha estado muy por debajo de los holandeses e ingleses. Para empezar, el campesino francés no emigra; y raras veces el hombre de los bajos fondos de las ciudades francesas consentirá en coger el arado, roturar el suelo y radicar en lo que sería una Nueva Francia si supiera aprovecharla. En 1847, en vísperas de la revolución de febrero, había poco más de cien mil europeos en Argelia y la mitad eran españoles. En 1861 se habían duplicado, y en 1870, el día de la caída del Segundo Imperio napoleónico, los europeos de las tres provincias de Argel, Constantina y Orán sumaban sólo 300.000. Era poquísimo dada la vecindad del Africa del Norte y los esfuerzos colonizadores del Gobierno de Pa-



Asalto de la cabila de Igil-Guefri por dos batallones de zuavos. Grabado de *L'Illustration*, de 1856.

rís. Se habían construido mil kilómetros de ferrocarril y carreteras para llegar a los lugares más apartados. El Ministerio de las Colonias ayudaba a las compañías colonizadoras. El Gobierno repartía tierras a particulares en lotes de 2 a 12 hectáreas y además aperos de labranza, semillas y víveres para mantenerse hasta que el suelo produjera. Se calculó, sin embargo, que con 27 millones de francos se habían establecido sólo 27.000 colonos. Se edificaron ciudades militares como las construidas en Argelia por los romanos; se crearon *centros* de población; se estudió el país, su pasado, sus posibilidades futuras; se estimuló la *europeización* de los naturales con escuelas y granjas modelo.

El mismo sistema de penetración colonial empleó el general Faidherbe en el Senegal. Estableció fuertes a lo largo del río para desde allí irradiar prestigio y mercancías. Estas, naturalmente, acompañadas de castigo en caso de rehusarlas. Así penetró hasta el Níger. Creó una Escuela de Rehenes destinada a formar los intérpretes partidarios de Francia. Eran muchachos de familias poderosas cuyos padres eran obligados a entregarlos para garantizar la adhesión. Los rehenes aprendían francés, se bautizaban con un mínimo de catolicismo, pero quedaban deslumbrados por la urbanidad y maneras de sus amos europeos. De todos modos, la europeización conseguida con este método no fue completa.

En mayor escala, esta obra de adaptación de los franceses a la cultura de un país y de reconocimiento por parte de los indígenas de la superioridad de la civilización francesa se realizó en Indochina. Los tres reinos de Siam, Annam y Cambodge, que constituían la Indochina, estaban, en 1850, en igual condición de independencia con

respecto a China que estaba el dey de Argel con respecto a Turquía al comenzar el siglo. Pero ni la China podía hacer valer su autoridad en Siam, Annam y Cambodge, ni los tres reyezuelos de estos países eran más que muñecos manejados por ministros ladrones y opiómanos. Su autoridad se derrumbó al aparecer los primeros barcos de guerra. No hubo allí necesidad de establecer fuertes militares ni expediciones de castigo. Los franceses supieron conservar admirablemente todo lo que no era en Indochina escandalosa supervivencia de un pasado infame. Crearon escuelas para los indígenas, un Colegio de Intérpretes para hacer letrados, jurisconsultos y funcionarios, un Instituto de Estudios Superiores, etc. Hasta el año 1945, la Indochina francesa estuvo formada por la colonia de Cochinchina y los protectorados de Annam, Tonquín, Cambodge y Laos. Siam, estado tapón entre las posesiones francesas e inglesas, logró, precisamente por este hecho, mantener su independencia.

Y, sin embargo, este Imperio próspero, relumbrante, cayó barrido, no por un huracán revolucionario, ni por ataques repetidos de enemigos exteriores, sino por un simple bufido de Bismarck. La frivolidad política y moral lo había agrietado. No era sólo la corrupción política la que le hacía presa del fiero alemán: era la inmoralidad personal, en los negocios, en la familia, en el hogar. La única libertad que quedaba a los franceses del Segundo Imperio era para el libertinaje. Fue la gran época de las cortesanas y del triángulo sentimental. Desde el Emperador, que hasta en su vejez y enfermo protegía a concubinas de ocasión, hasta el tendero, todos creían que tenían que mantener su prestigio con una dosis mayor o menor de adulterio. La Iglesia condenaba este régimen social — sin divorcio y concubinato —, pero con cierta timidez, para no dañar la buena causa con violencias. Lo hacía con oradores elocuentes y sacando partido de conversiones dramáticas. Estas eran referidas con grandes detalles en los insípidos periódicos, y comentadas en Notre-Dame por oradores famosos.

«Para estas zorras se ensanchan las calles de París.» Caricatura por Gavarni.





Napoleón III en la batalla de Solferino. Cuadro de Meissonier. Museo del Louvre.

3 «RISORGIMENTO» Y UNIDAD ITALIANA

La liquidación del período napoleónico por el Congreso de Viena había dejado a la Península Italiana sojuzgada y dividida. Austria conservaba a Lombardía y el Véneto como provincias del Imperio. Los ducados de Parma, Módena y Toscana estaban regidos por archiduques austríacos; el Papa no sólo gobernaba como en la Edad Media los Estados Pontificios, sino que extendía su gobierno a las provincias del Adriático llamadas *legaciones.* En Nápoles y Sicilia, eliminado el peligro de Murat (establecido allí por Napoleón), volvían a gobernar los Borbones según sus métodos tradicionales.

Todos estos monarcas eran enemigos de las ideas democráticas y se sentían autorizados a su represión por los principios de la Santa Alianza. Hasta el Piamonte, que con Saboya, Génova y Cerdeña formaba un reino casi italiano, toleraba con dificultad la propaganda del régimen constitucional. En las provincias austríacas el mayor crimen era hablar de constitución e independencia. Las prisiones de Austria dejaron gran fama de crueldad. A un prisionero incomunicado, Maroncelli, se le quitaron los lentes para que no pudiera distraerse leyendo. A Silvio Pellico el carcelero le pasó una carta de su padre con dirección y firma solamente; todo lo demás había sido censurado. A otro, Bachiega, por orden real se le quitó un gorrión que había conseguido entrar por la aspillera de la celda y se había acostumbrado a vivir en compañía del recluso.

En Parma, que era un centro de libertinaje, se era inexorable con los liberales. Stendhal, en su novela *La Cartuja de Parma,* ha descrito vivamente aquella corte donde todo era alegría, menos el castillo

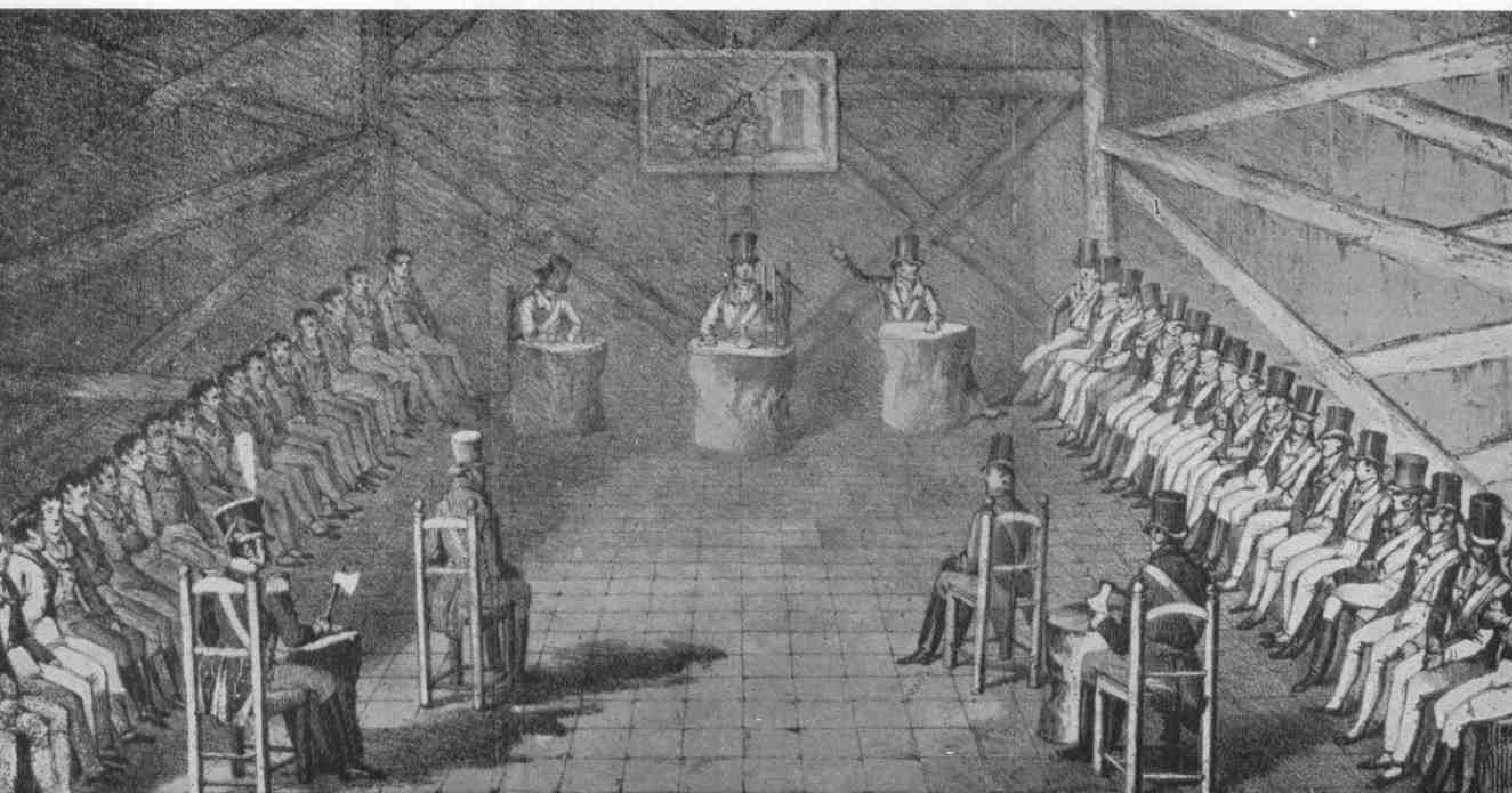
prisión. En la corte de Módena, además de los antiguos métodos de tortura, se empleaban drogas para obtener delaciones provocando el delirio en los conspiradores. El duque de Toscana era el déspota más benévolo y sus súbditos los más flojos; lo aceptaban con «pacífica beatitud», pero, según G. Caponi, Toscana era un paraíso sin los árboles de la vida y del conocimiento.

En otros Estados italianos la detención de los prisioneros no acostumbraba ser tan larga como en las prisiones de Austria, donde se retenía a los reclusos doce o quince años. La *maffia* y la *camorra,* los *banditi* y *sicarii,* despachaban a los sospechosos ya antes de ser encarcelados. Los que llegaban a entrar *morían* con relativa facilidad.

Sin embargo, continuaban propagándose las ideas revolucionarias. Todo lo facilitaba; el progreso material imponía su correlativo progreso en las instituciones. En el Piamonte se introdujeron las máquinas de hilar y tejer de Inglaterra, y la mayor producción requería más vasto mercado, que sólo podía ser la Italia unificada. Los ferrocarriles facilitaron las comunicaciones y con ellas la unificación de los diversos Estados. No debe, pues, sorprendernos que los príncipes reaccionarios y absolutistas los aceptaran a regañadientes. El primer ferrocarril en la Península fue el de Nápoles a Pórtici, inaugurado en 1839; pero el Gobierno borbónico consideraba el invento como peligroso para la moral, y así sometió su desenvolvimiento a una serie de restricciones, como la prohibición de que los trenes viajaran de noche o en domingo. El ferrocarril de Milán a Venecia fue empezado por los austríacos en 1840, y el de Liorna a Pisa, por el gran duque de Toscana en 1844. El Piamonte, que hubiera debido ser el iniciador de este progreso, llegó tarde, pero en seguida se pensó en una línea a lo largo de la costa, desde Génova a Nápoles, y en horadar el Apenino. Los partidarios de la nueva Italia decían que los ferrocarriles «coserían el cuero de la bota» del mapa de la Península.

Con la excusa de *Congressi degli Scienziati,* se reunían patriotas de todos los Estados para tratar de problemas de economía y ciencias, de los que quedaba en Italia algún rescoldo desde las escuelas del Renacimiento. Pero hasta los temas más

Logia carbonaria celebrando sesión en una *barraca* del sur de Italia con una pintura de San Teobaldo, patrón de los masones. Litografía del año 1832.







Fortaleza de Spielberg, en Brno (Checoslovaquia), donde estuvo preso Silvio Pellico con otros patriotas italianos, y lápida conmemorativa en la celda que ocupó.

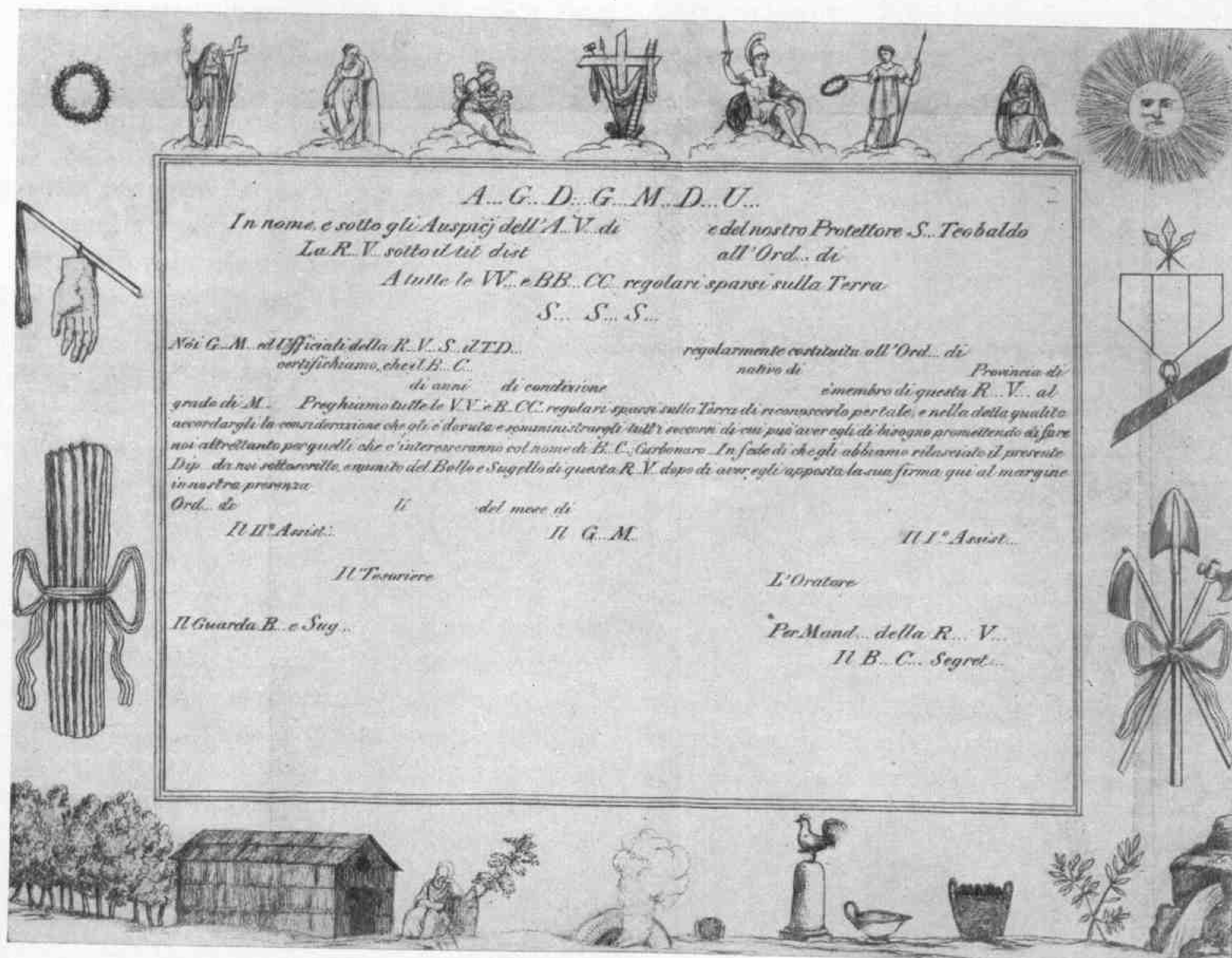
inocentes llevaban a los congresistas a discutir el régimen político; muchos congresistas eran carbonarios y masones, y todos liberales. Por esto el Papa y el duque de Módena prohibieron a sus súbditos reunirse en congresos científicos y Austria los permitía con gran sospecha de carácter diabólico. Los primeros congresos científicos se celebraron en Pisa y Turín los años 1839 y 1840; al congreso de Nápoles, de 1845, acudieron mil cuatrocientos *Scienziati*, demasiados para hablar sólo de ciencia; el último, de 1847, fue ya en Venecia en pleno dominio austríaco y en vísperas de la revolución. A consecuencia de algunos discursos que habían pronunciado durante la celebración del congreso, los dos principales agitadores vénetos, Manin y Tommaseo, fueron encarcelados.

Las sociedades secretas tuvieron mayor eficacia en la difusión de las ideas revolucionarias, porque muchos italianos eran todavía analfabetos y no podían comprender la literatura patriótica que circulaba clandestinamente. Todas las sociedades secretas tenían en común la fraseología obscura de las fórmulas de iniciación, que atraía al público con el misterio de sus símbolos y la jerarquía de los grados. Los *carbonarios* de Nápoles habían empezado por reunirse

en chozas de carboneros con un tronco de árbol por sillón presidencial. Las logias se llamaban *barracas* o *ventas,* y al lado de la cruz de Cristo se veía una hacha y un martillo. Cristo, decían, había sido la primera víctima de los tiranos, y en el juramento del grado supremo había la cláusula de exterminar a los reyes. Los carbonarios se extendieron hacia el norte de Italia y aun fuera de la Península; pero, en algunos Estados, la masonería local, aunque menos pintoresca, les hacía la competencia; en el Piamonte había *Adelfos,* en Lombardía *Federales* y en Módena y Parma *Güelfos.* Todos conspiraban al mismo fin: derribar los tronos absolutistas y establecer un régimen constitucional.

El romanticismo, que en Italia se confundía con el llamado *Risorgimento literario,* tomaba allí involuntariamente carácter político. Temas en apariencia puramente históricos y literarios se encontraban llenos de alusiones a la «esclavitud y tiranía». Donde no se toleraba la crítica se empleaba la sátira, y los asuntos más inocentes se interpretaban con malicia. La novela de Manzoni *I promesi sposi,* cuyo argumento es de los tiempos de la dominación española, se leía como si los extranjeros fueran austríacos. Los autores clásicos tomaban un valor inesperado de profetas revolucionarios. Cuando el cardenal Mai descubrió en el Vaticano un libro perdido de Cicerón, Leopardi le aclamó como un héroe; le llama en su oda famosa *italo ardito.* Más cercanos, más estimulantes, eran todavía los autores del Renacimiento, como Maquiavelo y Guicciardini, que habían gemido y gritado contra la dominación extranjera. Aun la música servía para propaganda: en los coros de ciertas óperas se alteraban las palabras para que tuvieran significado político.

Diploma de maestro de una logia carbonaria.



A... G.. D... G... M... D... U...

In nome, e sotto gli Auspicj dell'A..V.. di *e del nostro Protettore S... Teobaldo*
La R..V.. sotto il tit. dist *all'Ord... di*

A tutte le VV... e BB... CC... regolari sparsi sulla Terra

S... S... S...

Noi G..M.. ed Ufficiali della R..V..S.. il T.D... *regolarmente costituita all'Ord... di* *certifichiamo, che il B... C...* *nativo di* *Provincia di* *di anni* *di condizione* *è membro di questa R...V... al grado di M...* *Preghiamo tutte le V.V... e B..CC... regolari sparsi sulla Terra di riconoscerlo per tale, e nella detta qualità accordargli la considerazione che gli è dovuta e somministrargli tutti i soccorsi di cui può aver egli di bisogno promettendo di fare noi altrettanto per quelli che c'interesseranno col nome di B..C.. Carbonaro. In fede di che gli abbiamo rilasciato il presente Dip.. da noi sottoscritto, munito del Bollo e Sugello di questa R..V.. dopo di aver egli apposta la sua firma qui al margine in nostra presenza*

Ord... di *li* *del mese di*

Il II° Assist... *Il G...M...* *Il I° Assist...*

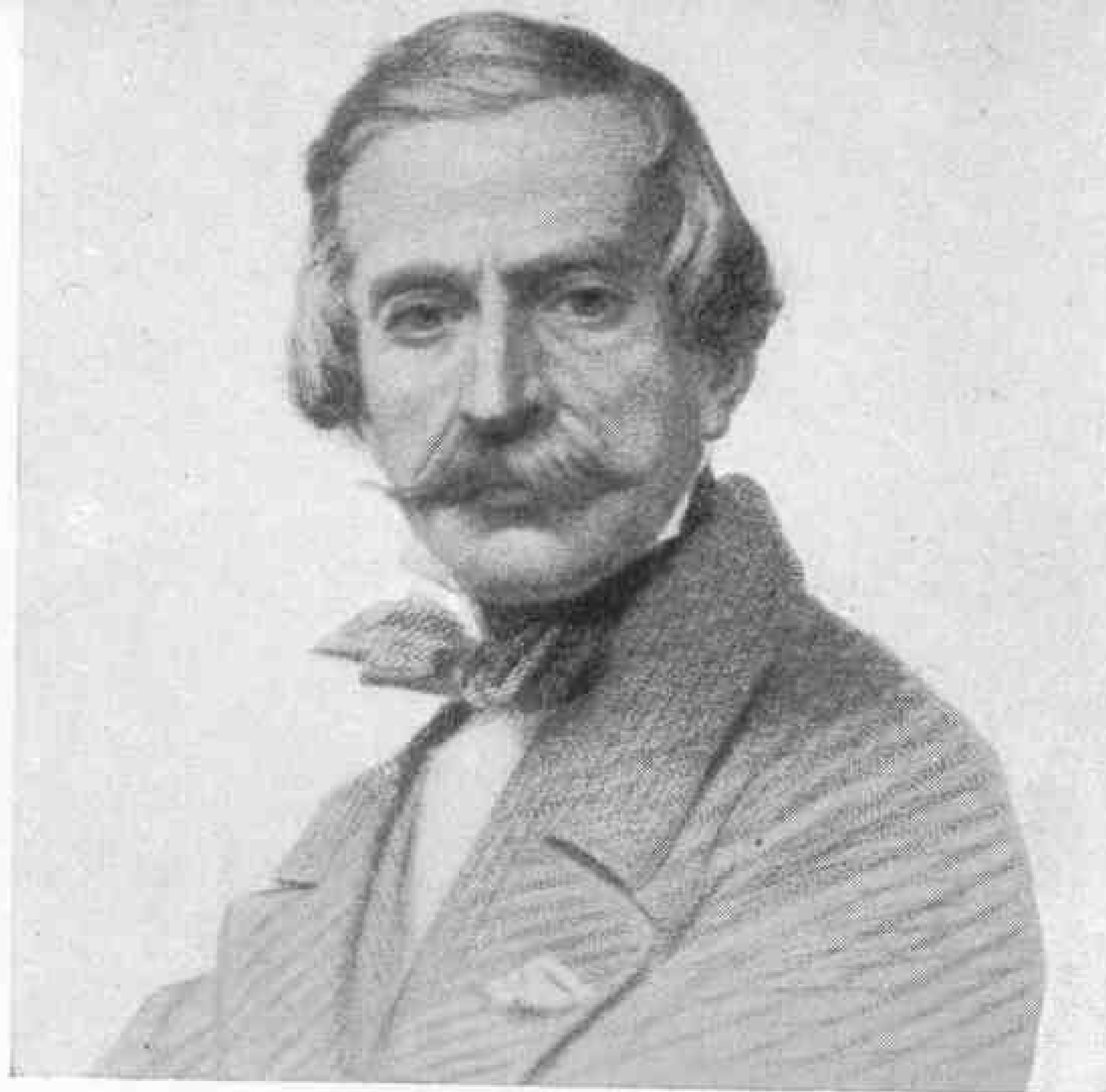
Il Tesuriere *L'Oratore*

Il Guarda B... e Sug... *Per Mand... della R... V...*
Il B... C... Segret...

Sobre todo, lo que unía a los italianos era la lengua. Podían estar separados por fronteras, con monarcas extranjeros impuestos por la Santa Alianza, pero todos los tiranos de la tierra no podían desposeerles de aquella *divina favella* en la que hablaron Dante, Boccaccio y Petrarca. El mayor de todos, Dante, había deplorado como ninguno la triste condición de la Italia de su tiempo, ni mejor ni peor que la de entonces: *Italia, Italia, di dolore ostello, — barca senza nochier in gran tempesta, — non luogo di consiglio, ma bordello.* (Italia, Italia, de dolor hospicio, — barco sin timonel en gran tormenta, — no lugar de consejo, sino burdel.)

¿Pero quién podía ser el timonel de la nueva Italia a mediados del siglo XIX? ¿Dónde establecer el consejo para acabar con el burdel? Se proponían tres soluciones: una, la federación de los Estados italianos con el Papa a la cabeza, que era la solución de Gioberti; otra, la República unitaria, liberal y constitucional, que era la solución de Mazzini y, por último, la anexión de todos los demás Estados italianos al Piamonte, que era el único que había reconocido la necesidad de la unificación. Esta era la solución de Massimo d'Azeglio que Cavour hizo prevalecer.

La federación de los Estados italianos bajo los auspicios del Papa parecía la más viable y tenía, antes de la revolución de febrero (1848), muchos partidarios. Era el programa de los güelfos de la Edad Media, modernizado con una base filosófica por Vincenzo Gioberti en *La primacía de Italia* y por Cesare Balbo en *La esperanza de Italia.* Gioberti quería aceptar el hecho real de la división y aun la variedad de los italianos, compensada con la existencia en Italia del poder unificador del papado. Los italianos podían ser súbditos de diferentes señores, pero todos eran católicos y ninguno quería aparecer como enemigo del Papa. ¿Por qué, pues, improvisar un Estado nuevo, cuando el de la Iglesia podía servir de eje, centro, corazón y cerebro de una Italia confederada?



Massimo d'Azeglio, ministro del rey del Piamonte, que proponía la anexión.

Gioberti había, como tantos otros, recibido la influencia de los discípulos de Saint-Simon: el papado podía convertirse en organización de tipo sansimoniano casi socializante, y por el papado Italia ser la nación primada de una católica Humanidad.

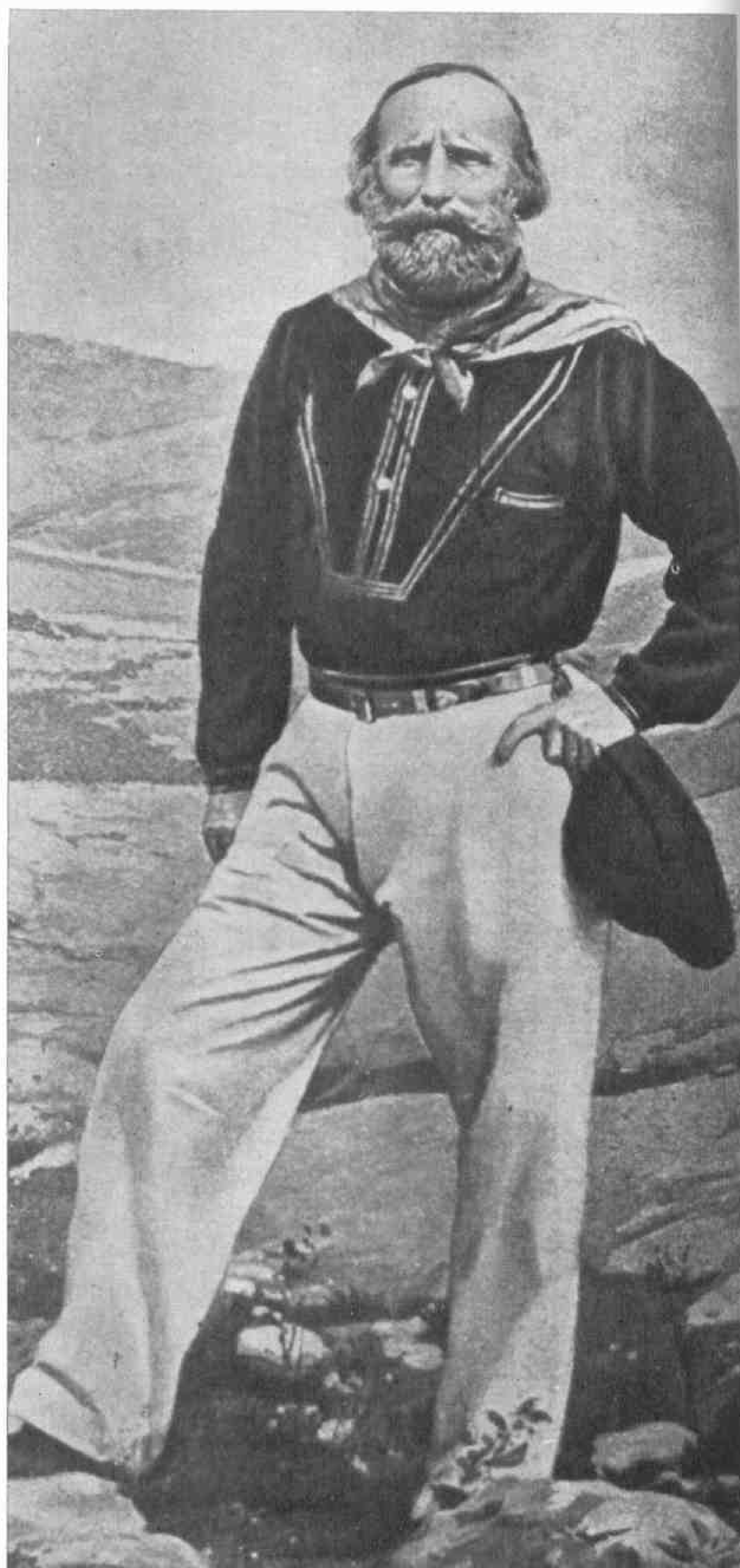
Estos neogüelfos estaban animados por el carácter del nuevo papa Pío IX. Elegido en 1846, de familia liberal, en su juventud había tenido amistad con los revolucionarios. Inteligente, culto, buen orador, era de salud delicada y naturalmente poco entusiasta para la obra que le exigían sus partidarios de transformar Italia y el papado: «Quieren hacer de mí un Napoleón, y no soy más que un sacerdote.» Sin embargo, al principio, para manifestar que no sería Papa obscurantista ni reaccionario, abolió la censura de la Prensa, libertó a setecientos prisioneros encarcelados por ideas liberales, prometió apoyo a los congresos científicos y nombró una comisión para estudiar la red de ferrocarriles. «Pío IX — decía Gioberti — ha reconciliado la Humanidad con la religión, porque es amigo del progreso.»

Pero no bastaba con un Papa casi liberal: era necesario que la Curia romana consintiera en aceptar una constitución y tolerar funcionarios laicos en el gobierno de las cosas temporales. Sin esto no podían



Mazzini, en el período de su emigración en Londres.

resados en conservar fronteras dentro de la Península. Esto era difícil; ya se había visto en Francia. Las revoluciones republicanas de 1789 y 1830 habían acabado con restauraciones monárquicas. Europa, cuando predicaba Mazzini, no estaba madura para repúblicas. La revolución de 1848, al derribar por tercera vez el trono de Francia y enviar a Luis Felipe al destierro, evolucionaba hacia el Segundo Imperio de Luis Napoleón, que fue la recaída en el régimen monárquico. Además, en Italia había la in-



Una de las fotografías que muestran más verazmente a Garibaldi.

Gioberti y sus amigos proponer el Estado Pontificio como centro de atracción de los demás Estados de la Península. Los revolucionarios eran liberales; no sólo querían unidad de Italia, sino también constitución. El patriotismo local en Toscana, en Sicilia, en Venecia, era todavía muy intenso; los soberanos absolutistas no eran todos despóticos y reaccionarios. Era quizá demasiado exigir a los italianos que renunciaran a sus tradiciones locales para agregarse al Estado de la Iglesia, que no era el que ofrecía precisamente más garantías de liberalismo, no por la persona del Papa, sino por la Curia, que era algo muy distinto de él y no quería transigir con las nuevas ideas. Su resistencia terminó por prevalecer y el Papa acabó por asustarse de haber entrado en la pendiente constitucional. Los tumultos republicanos de noviembre de 1848, que obligaron al Papa a huir de Roma, desvanecieron toda duda, y desde entonces ya no se volvió a hablar de güelfismo o de federación con el Papa a la cabeza.

La segunda solución, propuesta por Mazzini, era la república italiana unitaria, barriendo de una vez los tronos, únicos inte-



El conde de Cavour, en la época de la entrevista de Plombières.

mensa dificultad del papado. Si el Papa no era cabeza de la nueva Italia, sería un huésped difícil de mantener dentro de la República. Sus derechos eran reconocidos por toda la cristiandad católica, y al atacarlo la revolución italiana se suicidaría, porque un ejército internacional acudiría a defender al Pontífice amenazado.

Estas dificultades no arredraban a Mazzini. Conspiraba en favor de una Italia unificada, constitucional y con Roma por capital. Sus escritos inflamados, elocuentes, eran sinceros: «Yo podré engañarme — decía al comenzar su *Tratado de los Derechos del Hombre* —, pero no puedo engañaros.» Toda la filosofía de Mazzini es de un sentimentalismo vago, cuya eficacia hoy no se explica, porque nuestra mentalidad es diferente de la de su generación. No basta con que la semilla sea buena, ni es suficiente que caiga en tierra fértil; cada simiente requiere una composición apropiada en el suelo destinado a recibirla. La semilla de Mazzini no ha perdido su valor, pero nuestras almas no tienen las misma cualidades receptivas que tenían las de los discípulos de Mazzini. Sus conceptos de Dios, de la Humanidad, de la libertad y del deber nos parecen propios de un orate. Pero prueba de que las semillas eran buenas es que fueron estímulo irresistible para que se sacrificase toda una generación. Mazzini quería para los italianos la primacía, el lugar de honor y de peligro en la tierra; mas para conseguirlo era preciso que los italianos se anticiparan con sus virtudes al resto de la Humanidad.

Con este ideal de una Italia unificada y una Italia guía, maestra de la *Europa joven,* Mazzini viajó y predicó incesantemente. No era rico: nacido en Génova de un médico burgués que nunca comprendió los extremismos de su hijo, vivió de una pequeña pensión que a hurtadillas le pasaba su madre, o de socorros de sus amigos. Expulsado del Piamonte y aun de Suiza, tuvo que refugiarse en Londres: allí trabó amistad con Carlyle y otros influyentes intelectuales ingleses. Pactó alianza con los revolucionarios de otros países, sobre todo húngaros y polacos, y logró hostigar a Austria con revueltas simultáneas en Hungría y Polonia siempre que le pareció conveniente para la causa italiana.

La *Joven Italia,* como se llamaba el partido de Mazzini, tenía ramificaciones más o menos secretas por toda la Península. Los carbonarios y masones, no hay que decirlo, simpatizaban con la *Joven Italia* porque era francamente revolucionaria. Mazzini contaba reclutar tantos adeptos a la *Joven Italia,* que un día toda la población se podría levantar *en masa* y acabar de una vez con los monarcas absolutistas.

Hoy parece que Mazzini, de salud endeble y poco a propósito para la acción, tenía que haber adoptado como ejecutor providencial de sus planes a Garibaldi, pero no fue así. Mazzini y Garibaldi eran demasiado diferentes en educación y maneras para que pudieran estar de acuerdo en lo que no



Carlos Alberto de Saboya, rey de Cerdeña.

fuera la unidad de Italia y la revolución. Garibaldi había empezado como grumete y marino, mientras Mazzini había seguido la carrera de abogado; Garibaldi había luchado en las guerras civiles del Uruguay y la Argentina, hasta llegar a general; Mazzini había conseguido todas sus victorias con folletos y discursos... Reaparecía en ellos el eterno conflicto entre intelectuales y guerrilleros que ha hecho fracasar tantas revoluciones. Pero Garibaldi no era un guerrillero vulgar y perdonaba la incomprensión de Mazzini. Bajo la camisa roja del caudillo de la Pampa palpitaba el corazón de un niño. Incapaz de doblez, de envidia o ambición, Garibaldi comprendió el papel que le tocaba en los campos de batalla de Italia saturada de civilización. El *general* Garibaldi tenía que convertirse en un forajido y bandido y forzar el curso de los acontecimientos con sus imprudencias. Sin señor ni amo, no dependiendo de nadie, se arriesgaba con unas cuantas *camisas rojas,* y si conseguía triunfar era Italia la que salía ganando; si, en cambio, era vencido, era él quien perdía.

Sin embargo, después de varios golpes fracasados, Mazzini y Garibaldi comprendieron que Italia nunca conseguiría desembarazarse de Austria sin un monarca con ejército regular que se pusiera decididamente de parte de la revolución. Y éste no podía ser más que el rey del Piamonte. El Gobierno de Turín se dio cuenta de que la revolución era inevitable, mejor dicho, que ya estaba en marcha. Cuando un país consigue el estado de agitación revolucionaria que conmovía a Italia, poco antes de 1848, no se debe tratar de detenerla en modo alguno, sino más bien de aprovecharla. Parecía que era sólo cuestión de obrar en momento oportuno. *Italia farà da se* (Italia obrará por sí misma).

Se creyó que había llegado el momento cuando se recibieron las noticias de la revolución de febrero de 1848 en París, con la correspondiente secuela de los motines en Viena y la dimisión de Metternich. Venecia se sublevó, y el pueblo de Milán, amotinado contra los austríacos, obligaba, después de cinco días de lucha por las calles — ¡las *cinque giornate* gloriosas! —, al gobernador Radetzky con su guarnición de veinte mil soldados a retirarse al cuadrilátero fortificado por Austria entre los ríos Mincio y Adigio.

Toda la Italia revolucionaria se movilizó en leva tumultuosa electrizada por los sucesos de Milán y Venecia. Mazzini y Garibaldi acudieron precipitadamente a Lombardía con sus bandas de insurrectos. El entusiasmo popular era irresistible. El Piamonte, poniéndose a la cabeza de todos los enemigos de Austria y haciéndose eco de sus deseos, declaró la guerra el día 25 de marzo...

El 9 de agosto todo estaba perdido; Radetzky había recibido refuerzos de Viena y el rey del Piamonte, Carlos Alberto, no tuvo más remedio que firmar un armisticio. Las

hostilidades recomenzaron al año siguiente para acabar con una completa derrota de los piamonteses en los llanos de Novara. Carlos Alberto abdicó en el campo de batalla y marchó a morir a Portugal. Su hijo Víctor Manuel II trató con Radetzky.

Las condiciones eran las siguientes: retirada al otro lado del Tessino; ocupación por los austríacos de la fortaleza de Alessandria en el corazón del Piamonte, y pagar los piamonteses los gastos de la guerra, que se habían calculado en setenta y un millones.

La lección que el Piamonte y toda Italia sacó de las guerras del 48 y 49 fue que no bastaba el concurso de un príncipe italiano para que triunfara la revolución: nunca se podrían libertar las provincias sujetas a la dominación austríaca sin el apoyo de una potencia extranjera con un ejército fuerte.



Víctor Manuel II, primer rey de Italia.

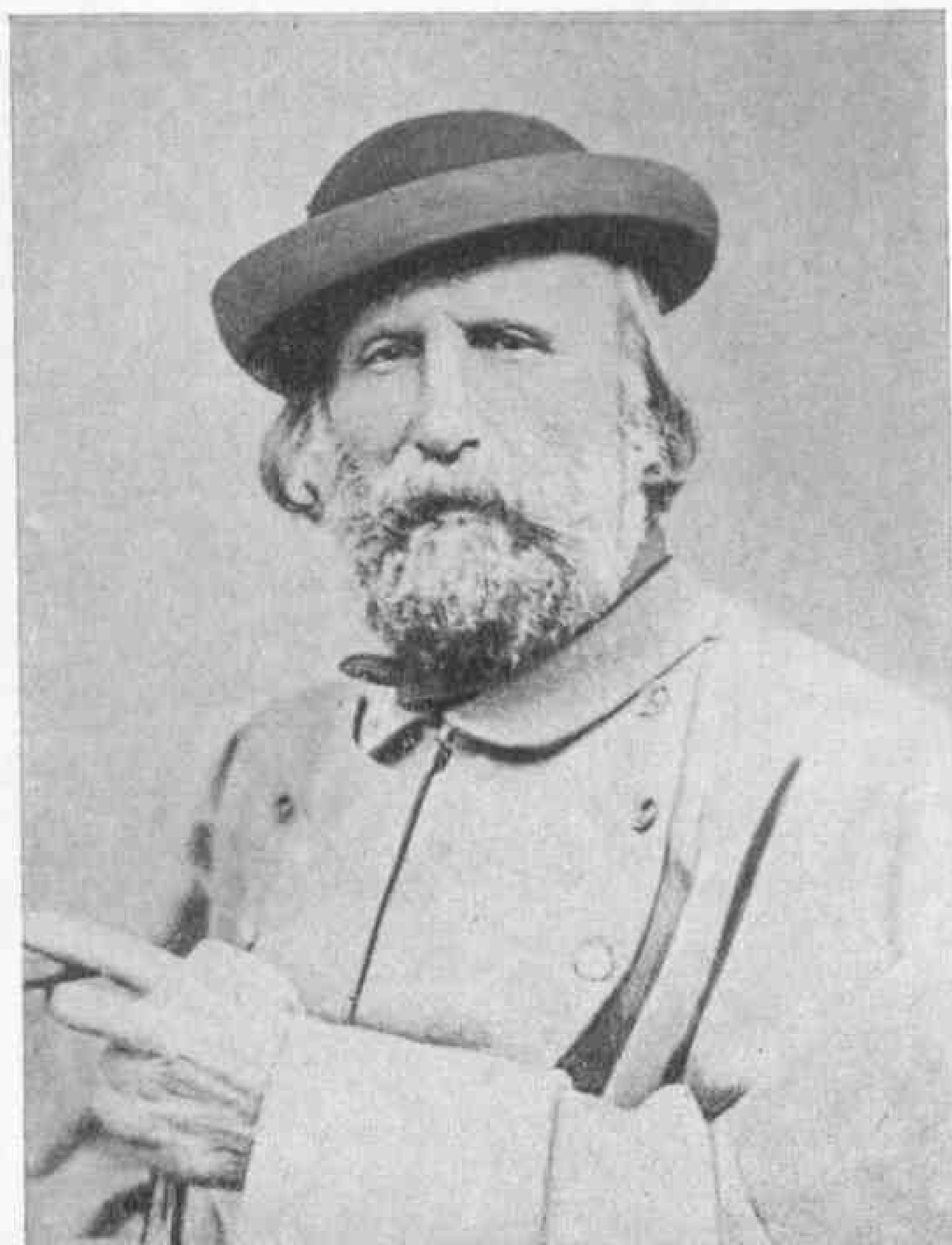
Los sucesos de Milán llamados las *cinque giornate* de 1848.

El *Italia farà da se* no era, en el fondo, más que una frase...

Esta convicción quedó bien clara en la mente del primer ministro de Víctor Manuel, el conde de Cavour, liquidador del desastre de Novara. Europa, en equilibrio inestable, sufriría una guerra en la que Austria tomaría parte; y entonces el Piamonte, aliado con los enemigos de Austria, fueran quienes fuesen, conseguiría expulsarlos de Italia a cambio de los servicios militares que prestara.

Los acontecimientos no vinieron exactamente en esta forma; Cavour tuvo que prestar los servicios antes de sacar provecho del conflicto que esperaba. En una palabra, ayudó a los que debían ayudarle a él después, sin pedir nada de momento. La ayuda fue asociarse el Piamonte, Francia e Inglaterra en la guerra de Crimea, donde el Gobierno de Turín y los demás de la Italia *irredenta* tenían poco o nada que ganar. Quince mil piamonteses fueron al sitio de Sebastopol y costó la campaña varios millones al Piamonte. Cavour defendió la intervención y los gastos en discursos breves, sencillos, persuasivos, razonables. Claro está que el fondo secreto de sus motivos no lo exponía categóricamente a la Cámara; se necesitaba la lucidez de vidente más que de político que tenía Cavour para comprender que atacando a los rusos en Sebastopol se atacaba a los austríacos en Milán y Venecia. Cuando le decían que Austria no participaba en la guerra de Crimea y que aun estaba al lado de Francia e Inglaterra, respondía: «Tanto mejor; esto probaría que Austria había cambiado, no nosotros...» Puro sofisma, es verdad, pero sólo para explicar la profunda convicción de su ánimo de que los austríacos eran por naturaleza enemigos de lo que en aquel momento representaban los franceses, ingleses e italianos: la idea liberal.

Garibaldi, el año 1860 en Londres, con el poncho y sombrero gauchos.



He aquí un párrafo de Cavour en su discurso del 26 de febrero de 1855 defendiendo la participación del Piamonte en la guerra de Crimea: «Si las cuestiones políticas y el destino de los pueblos estuvieran regulados por tribunales imparciales, como los que juzgan cuestiones de derecho privado, no haría falta intervenir, pero sabemos desgraciadamente que los consejos de la diplomacia y los congresos de las naciones no están regulados por normas de derecho estricto, sino que pronuncian sentencias que no son justas y, para mayor desgracia, inapelables.»

Con objeto de evitar sentencias contrarias a los intereses de Italia, Cavour había incluido en el tratado de alianza con Francia e Inglaterra que el Piamonte tendría voz y voto como las grandes potencias en el congreso de la paz después de la guerra turco-rusa. Quince mil soldados y unos cuantos millones compraron, pues, la silla de Cavour en el Congreso de París del año 1856. Allí defendió la causa de Italia *a viso aperto,* pero sin arrebatos meridionales. Se hizo estimar de todo el mundo y estableció las amistades que debían después proteger al Piamonte en sus anexiones. Tenía su plan sin precisarlo.

Hubo que esperar todavía. Fueron años



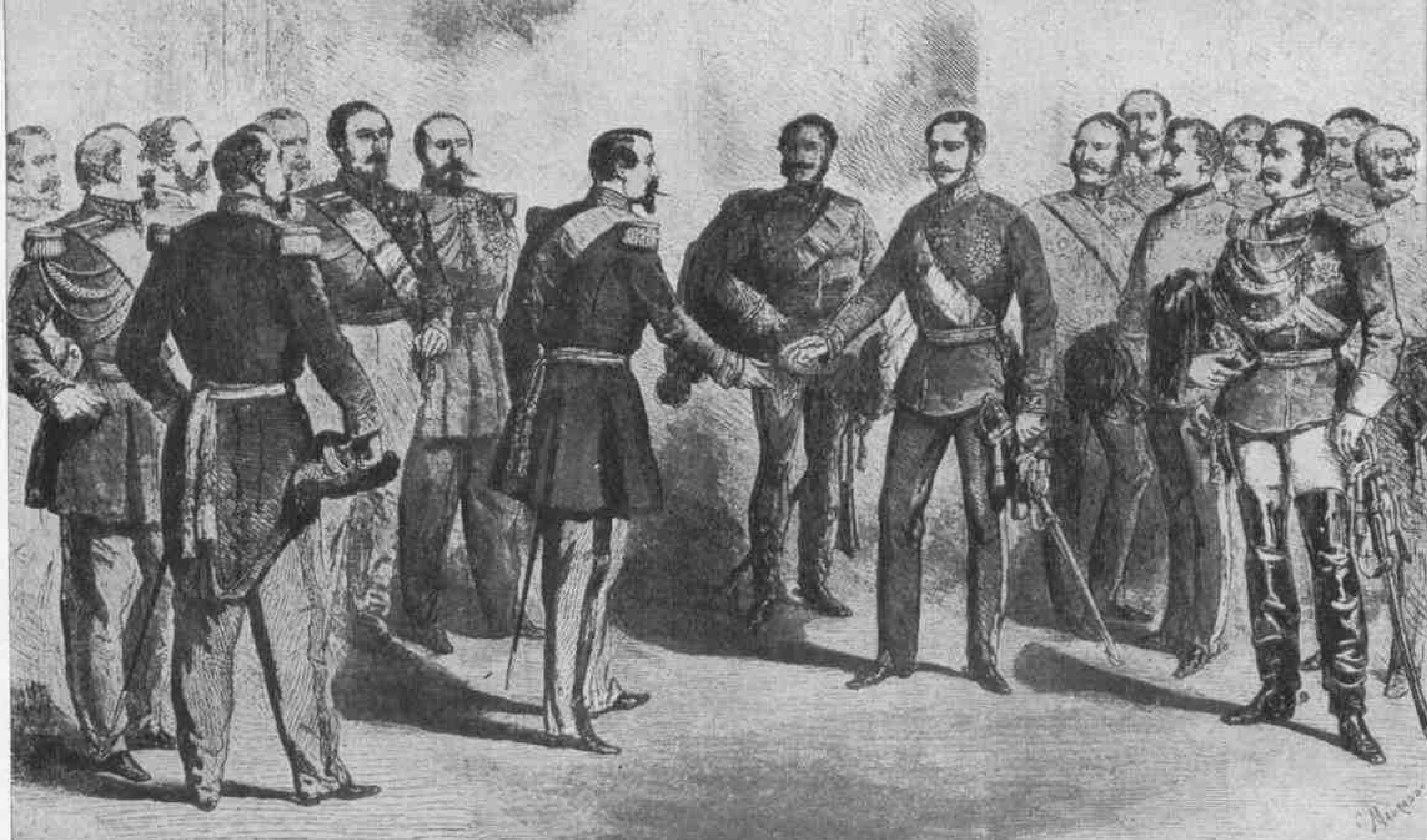
Entrada de Víctor Manuel II y Napoleón III en Milán. Cuadro de G. Bertini.

dificilísimos para todos; hubo conspiraciones, motines y represiones sin cuento. La política de Cavour desde la derrota de Novara, en 1849, enviando ejércitos a Rusia en lugar de invadir las provincias austríacas en Italia, y acudiendo a congresos diplomáticos en lugar de conspirar con Garibaldi y Mazzini, parecía verdadera traición. Por fin, el año 1859, Napoleón III, en el pináculo de su prestigio, llamaba a Cavour para tratar de la guerra contra Austria.

La entrevista se celebró en Plombières, balneario de los Vosgos, donde el Emperador aparentó ir por motivos de salud. Cavour llegó de riguroso incógnito. Las cláusulas del contrato, mantenido secretísimo, eran que Francia atacaría a Austria con un ejército de 200.000 hombres y el Piamonte aportaría 100.000. Austria tendría que ceder Lombardía y Venecia al Piamonte. Con Toscana y los ducados se haría un reino para un primo de Napoleón. El Papa quedaría señor de sus Estados, y Nápoles y Sicilia continuarían borbónicos, a menos que una revolución reclamase al hijo de Murat. Sin embargo, Garibaldi se encargaría de fomentarla y darle un final muy diferente.

Aparentemente un mal negocio, porque establecía un príncipe francés en Toscana, retrasando más que nunca la unificación. Mas, para Cavour, lo importante era expulsar a los austríacos y hacer del Piamonte, con la anexión de Lombardía y Venecia, un reino de once millones de habitantes en lugar de los tres millones que tenía en aquel momento.

La guerra empezó en abril de 1859. Napoleón III y Víctor Manuel, al frente de los contingentes estipulados en Plombières, derrotaron a los austríacos en Magenta y Solferino. De haber continuado las hostilidades, es seguro que podían expulsar a los austríacos hasta del último terruño de Italia; pero Prusia movilizaba y Napoleón, sin consultarlo con sus aliados piamonteses, concertó un armisticio con el emperador de



Napoleón III con el emperador de Austria Francisco José en la entrevista de Villafranca. Dibujo en *Le Monde Illustré*, de un corresponsal de guerra.

Austria. Una entrevista de ambos en Villafranca y el tratado de Zurich convinieron los términos de la paz. Una *media paz*, según decía Cavour. Por el tratado de Zurich, Austria cedía a Francia—la cual a su vez la cedía al Piamonte — la Lombardía. Todo lo demás de Italia quedaba igual. Venecia continuaba austríaca. Era, por tanto, sólo una parte de lo que se había convenido en Plombières.

Pero el tratado de Zurich había demostrado que Austria podía perder y el Piamonte podía ganar. La revolución haría el resto. Y, en efecto, en marzo de 1860, Toscana y los ducados en rebelión descarada expulsaron a sus antiguos dueños, y Austria ya no estaba allí para restablecerlos. Según lo convenido en Plombières, con Toscana y los ducados de la Italia Central se tenía que formar un reino para un primo de Napoleón. Pero los toscanos pedían la anexión al Piamonte — el grito era «Italia y Víctor Manuel» — y el Piamonte se *resignaba* a aceptarlos. Los ingleses — mejor dicho, los amigos ingleses de Cavour — propusieron la solución: un plebiscito. Celebrado éste, fue casi unánime en favor del Piamonte.

Para recompensar a Napoleón III por no haberse formado en la Italia Central el reino para su primo, Cavour tuvo que cederle a Niza y Saboya. Fueron los momentos más amargos de su vida. Niza era la patria de Garibaldi y Saboya era el solar antiguo de la dinastía del Piamonte. Estaban ambos territorios al otro lado de los Alpes, es verdad, pero eran tierras casi italianas. «Somos traficantes o bandidos», dijo Cavour al firmar la cesión. También allí se justificó el traspaso de nacionalidad con un plebiscito. Saboya se declaró francesa casi por unanimidad. Niza también aceptó y es todavía hoy muy francesa.

Por otra parte, los sucesos se precipitaban; no permitían vacilaciones ni regateos. La cesión de Niza y Saboya se había tratado en marzo de 1860, y en mayo del mismo año, Garibaldi, con 1.027 voluntarios, la mayor parte muchachos estudiantes, habían desembarcado en Sicilia y desencadenado allí una revolución. Los ejércitos borbónicos, impotentes, se habían retirado a tierra

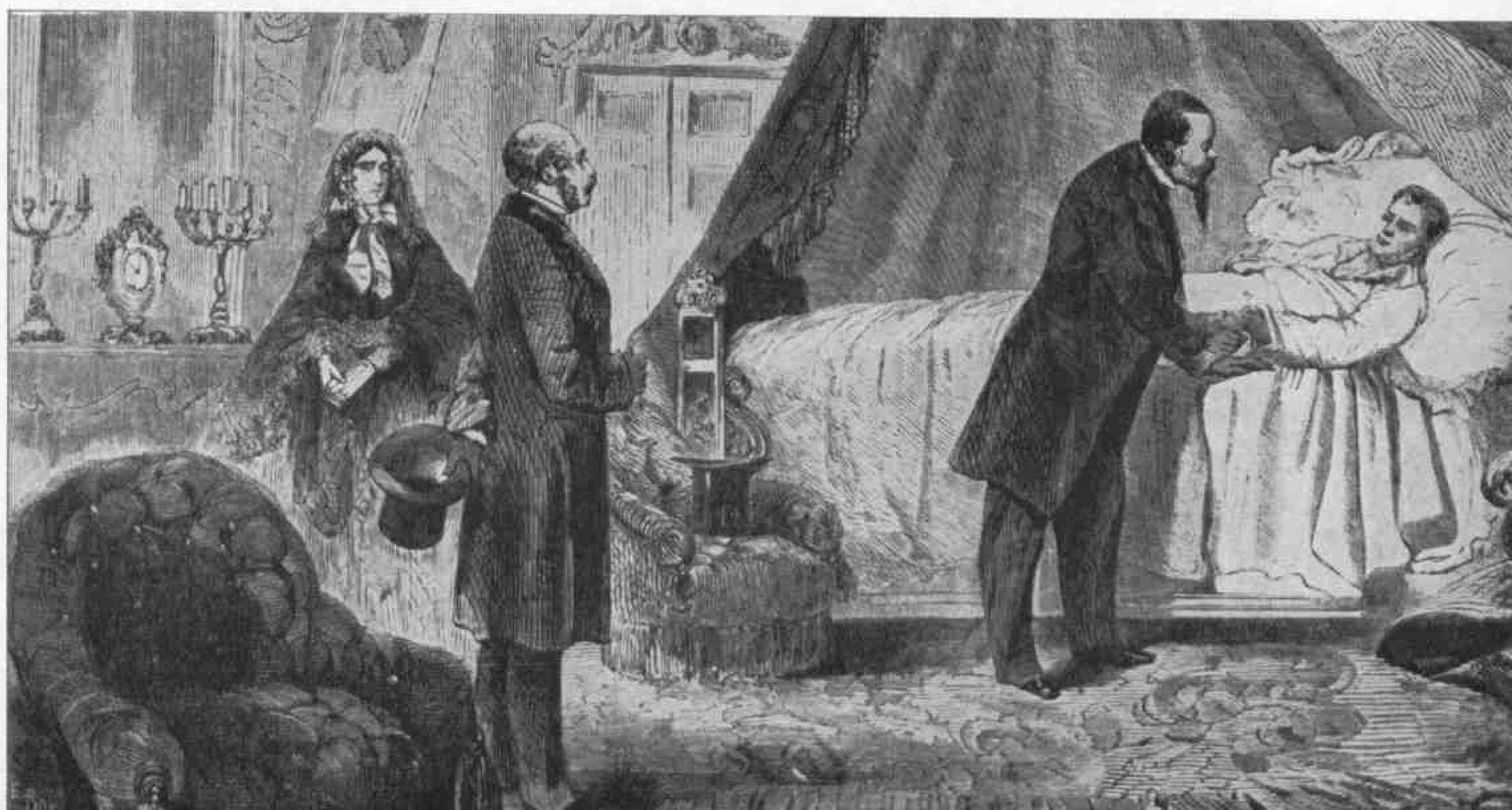
firme. Garibaldi cruzaba el estrecho de Mesina el 22 de agosto, y el 7 de septiembre entraba en Nápoles. En octubre el rey del Piamonte Víctor Manuel invadía el territorio napolitano, después de ocupar gran parte del Estado pontificio, y pocos días más tarde Garibaldi salía a recibirle saludándolo con el título de «Rey de Italia».

Así, a fines de 1860 toda Italia estaba unida al Piamonte, con la excepción de Roma, todavía pontificia, y Venecia, todavía austríaca. Había que esperar. Cavour nunca perdió las esperanzas de que ambas a poco tardar se reunirían a Italia; pero murió en 1861, agotado por inquietudes y zozobras.

Italia obtuvo a Venecia como consecuencia lejana del convenio de Plombières. En 1866, aliada con Prusia, declaró la guerra a Austria, y sufrió varios reveses; pero Austria, vencida en Sadowa, pidió a Napoleón III que intercediera cerca de Bismarck para obtener mejores condiciones de paz, y ofreció Venecia como premio. A su vez Napoleón III cedió Venecia a Víctor Manuel. Para Roma se tuvo que esperar a que Francia pasara por la crisis del año 1870. Napoleón III, instigado por su esposa, había decidido mantener el poder temporal del Papa; pero, después de la guerra franco-prusiana, este apoyo francés desapareció y el Pontífice, sin recibir ayuda extranjera, ya no pudo defenderse de las bandas de garibaldinos en agresión descarada y los ejércitos de Víctor Manuel. Roma cayó el 20 de septiembre del año 1870.

La situación del Papa después de la toma de Roma por los italianos debía quedar reglamentada con la llamada Ley de Garantías; pero fue un convenio unilateral, porque la Curia pontificia no lo quiso aceptar. Según la Ley de Garantías, se asignaba al Papa un importante subsidio en concepto de indemnización, y se le aseguraba libre comunicación con el mundo católico; el Papa conservaba en Roma cinco edificios: el Vaticano, el Letrán, la Cancillería, el Santo Oficio y la Propaganda. Dentro de ellos — terreno extraterritorial — tenía los honores de soberano. Según la Ley de Garantías, su categoría de monarca reinante no había disminuido, sólo que su dominio quedaba reducido a aquellos cinco palacios. Estaban éstos en distintos barrios de Roma, y como quiera que para ir de uno a otro tenía que pisar territorio italiano, y sus idas y venidas hubieran ocasionado dificultades, prefirió quedar prisionero voluntario dentro

Víctor Manuel II visita a Cavour en su lecho de muerte. (Grabado de *Le Monde Illustré*.)



del Vaticano. La incómoda situación, aunque se suavizara poco a poco a partir de 1905, no se resolvió hasta el Tratado de Letrán de 1929, que dio origen al Estado de la Ciudad del Vaticano. Para legitimar la usurpación, el Gobierno italiano convocó un plebiscito. De los 167.000 romanos con voto, 133.000 votaron por la anexión al reino de Italia; sólo 1.500 por la continuación del gobierno pontificio.

La poca resistencia que opusieron las naciones católicas a reconocer el hecho consumado de Roma capital de Italia se debió a la coincidencia de estar Francia desangrada, España con revolución y el Papa enemistado con Austria por haber aceptado ésta una constitución pocos años antes. Pío IX había ido tomando resueltamente una posición antiliberal; en el *Syllabus* y en la encíclica *Quanta cura,* publicados conjuntamente en 1864, se condenaban el indiferentismo religioso, la legislación laica y regalista y el principio de separación de Iglesia y Estado.

Diez años antes, en 1854, se había declarado dogma la Concepción Inmaculada de María, esto es, que la Madre de Jesús había sido concebida en el seno de su madre sin el pecado original inherente a la naturaleza humana por el pecado de Adán.

La Iglesia se fue dando cuenta de que su proceder y su fuerza estaban en el orden puramente espiritual. Como consecuencia de esto, convocó el Concilio Vaticano, que dio como resultado la definición del dogma de la infalibilidad del Papa. Este asunto merece que le concedamos alguna atención.

Desde los primeros años de su pontificado, Pío IX había tenido la ilusión de convocar un Concilio ecuménico para resolver los problemas de su época. El tiempo fue pasando sin que llegara la oportunidad. Por fin, el Concilio fue convocado para diciembre de 1869, un año antes del gran cataclismo de la guerra franco-prusiana y de la toma de Roma por los italianos. Al Concilio no fueron invitados los soberanos de Estados católicos, ni había en él representantes del poder civil como los hubo en Trento. No se trató ya de libe-

La brecha de las murallas de Roma, por donde entró el ejército italiano el 20 de septiembre de 1870. Grabado contemporáneo de la *Leipziger Illustrierte Zeitung.*



Embarco de los *Mil* en Quarto, para la conquista de Sicilia bajo el mando de Garibaldi. Cuadro de Induno en el Museo del Risorgimento, Milán.

ralismo, sino que las sesiones del Concilio se centraron sobre el punto de la infalibilidad del Pontífice cuando habla *ex cathedra*. Al principio no había unanimidad, pero pronto se llegó al asentimiento de la gran mayoría de los prelados asistentes. Fuera del Concilio algunos grupos de católicos se manifestaron en contra del nuevo dogma, como el escritor tradicionalista francés Montalembert, y en Alemania y Suiza surgió el cisma de la pequeña minoría de los «viejos católicos». Newman, el insigne prelado de la Iglesia católica inglesa, que al principio opinó en contra, una vez definido el dogma lo acató obedientemente.



Pío IX.

El Concilio Vaticano de 1869, que condenó los errores modernos y definió la infalibilidad del Papa.

Monseñor Fessler, organizador del Concilio Vaticano.



El texto finalmente aprobado es como sigue: «Por revelación divina se declara dogma que cuando el Romano Pontífice habla *ex cathedra,* esto es, cuando ejercita su oficio de pastor maestro de la Cristiandad definiendo la fe o la moral que ha de mantener la Iglesia, está, por la asistencia divina prometida a San Pedro, poseído de la infalibilidad... y por tanto, sus definiciones son inalterables y no necesitan el consentimiento de la Iglesia.» Esta definición fue aprobada por unanimidad.

Provisto de esta infalibilidad, el Papa ob-

tuvo la máxima autoridad para atajar los progresos del constitucionalismo y liberalismo político. Era, sobre todo, la corriente llamada *modernismo,* término inapropiado, puesto que los modernistas católicos deseaban un retorno a la simplicidad evangélica, cuando la Iglesia estaba descentralizada y los laicos tenían más participación en los asuntos eclesiásticos. Los modernistas reconocían la autoridad del Papa y no discutían ya su infalibilidad, declarada por Concilio ecuménico, pero hubieran querido que en cada iglesia las personas de fe acrisolada fueran consultadas para los asuntos que no eran de orden teológico.

Además, los modernistas católicos insinuaban que nada que fuera progreso y conocimiento positivo podía estar en desacuerdo con la revelación. Algunos proponían interpretarla a su manera, como los que decían que la fórmula «Dios es una persona» debe interpretarse hoy como «tratad a Dios



León XIII, que con su autoridad impidió el progreso del modernismo católico.

Sesión de una de las comisiones de ponentes del Concilio Vaticano.



como si fuera una persona», pero nunca llegaron a ponerse de acuerdo y establecer una base mínima de doctrina modernista. En una reunión que tuvieron en 1907 en Molveno, se manifestaron una gran variedad de matices de pensamiento. Tan endeble doctrina no podía seducir a muchos. El modernismo fue condenado por la encíclica de Pío X *Pascendi,* en 1907, la cual, como cura y previsión de toda recaída, proponía «que la teología escolástica fuera la base de las ciencias religiosas». La *Pascendi* confirmaba la encíclica de León XIII *Aeterni Patris,* que para «la defensa y adorno de la fe católica, para el bien de la sociedad y para el progreso de todas las ciencias», proponía el restaurar «la sabiduría dorada de Santo Tomás, propagándola con todas las fuerzas disponibles y hasta los más remotos confines». Así se originó el *neotomismo,* que es la escolástica medieval purificada de anacronismos y adaptada con gran acierto a las necesidades y problemas del mundo de nuestro tiempo.

Tumba de Garibaldi en Caprera (Cerdeña).





Proclamación del rey de Prusia Guillermo I como emperador de Alemania en la Sala de los Espejos del palacio de Versalles.

4 FORMACION DE LA MODERNA ALEMANIA. BISMARCK

LAS revoluciones de julio (1830) y febrero (1848) en Francia repercutieron en Alemania. Hubo motines populares para conseguir cartas constitucionales que concedieran Parlamentos elegidos por sufragio restringido y con poca eficacia legislativa. Las querellas con los diferentes soberanos de los Estados libres llenan páginas de historia local. Estos conflictos entre la revolución y el absolutismo en Alemania cuentan, sin embargo, poco para el resto de Europa. Lo importante fue la unificación de los diversos reinos, principados, ducados y ciudades libres en un Imperio alemán, impuesto y mantenido por Prusia al margen de la revolución. Fue la obra de un solo hombre, Bismarck, luchando a veces enteramente solo contra la fantasía revolucionaria, otras veces secundado por revolucionarios románticos que veían en el nuevo Imperio la reviviscencia del pasado... pero nunca Bismarck fue el agente, el ejecutor de una fuerza nacional revolucionaria que le empujara a obrar o que, cuando menos, le defendiera en sus horas de desaliento. Encontró una Germania disgregada y feudal y dejó una Alemania imperial y confederada.

Napoleón había barrido ya muchos de los minúsculos Estados alemanes. Eran más de trescientos antes de las guerras napoleónicas: el Congreso de Viena los restauró sólo en parte. Así y todo, Alemania, por obra de Metternich, quedó dividida en treinta y ocho Estados muy diferentes por su importancia y tradición. Contribuía también a diferenciarlos el carácter que les habían imbuido por su distinto temperamento los príncipes de las diferentes familias reinantes. Algunos eran autoritarios y fanáticos por naturaleza; otros, aficionados a la eru-

dición; unos eran luteranos, otros eran católicos; pródigos o avaros; místicos o galantes. El catálogo de los soberanos alemanes a mediados del siglo XIX comprendía los más extraordinarios y disparatados tipos de complejo espiritual. El territorio de los diferentes Estados variaba desde el de las ciudades libres hasta el de Prusia, con diecisiete millones de habitantes. Seguía Baviera, con cuatro millones; Hannóver, con millón y medio; Sajonia, castigada por sus veleidades en favor de Napoleón, se había visto reducida a poco más de un millón de habitantes; Würtemberg contaba con igual número.

El Congreso de Viena hizo demasiado o hizo poco. Sin acabar de organizar una Alemania nueva, hubo de transigir con las exigencias de los tiempos. Los treinta y nueve Estados en que la dejó desmenuzada el Congreso de Viena quedaron asociados en un *Deutscher Bund* (que quiere decir «Liga-alianza germánica», pero que se traduce por Confederación). Ciertamente que no era una confederación alemana, como la entendió después Bismarck, lo que se propusieron hacer de Alemania primero Metternich y después Stein, el ministro prusiano, de 1815 a 1848. Francfort, ciudad alegre, aristocrática, conserva todavía el palacio semibarroco donde se reunía la *Bundesversammlung*, o Dieta federal. Los representantes de los treinta y nueve Estados, mejor dicho, de los treinta y nueve soberanos, votaban según instrucciones que recibían de ellos directamente. Las sesiones de la Asamblea de Francfort eran más reuniones de embajadores que congresos de diputados federales. Presidía el representante de Austria; los de los cinco reyes de Prusia, Baviera, Würtemberg, Hannóver y Sajonia tenían un voto cada uno. Los demás, personando a príncipes, duques y ciudades, votaban en grupos, porque entre todos los reunidos no se contaban más que diecisiete votos. Esta Asamblea hubiera podido organizar gradualmente un Imperio alemán si los soberanos o los patriotas de los diversos países se hubiesen empeñado en conseguir lo; pero los príncipes estaban todos celosos de sus privilegios, y los intelectuales y los patriotas eran demasiado románticos para precisar la organización de una Alemania unificada y liberal. Las dos potencias mayores, Austria y Prusia, antes de Bismarck tampoco tenían convicción para imponerse a las demás. Austria contaba con su carácter secular y sus derechos imperiales, pero para continuar siendo árbitro de las naciones germánicas creía que le bastaba su heredado prestigio histórico. No sospechaba que fuera necesario hacer méritos para mantener su hegemonía. Prusia, por su parte, no se había dado cuenta de su fuerza y de la oportunidad que le ofrecía la inevitable decadencia de Austria, debilitada por su ultramontanismo y por los enemigos interiores, cuales eran las provincias italianas y Hungría, que conspirando y amenazando constantemente le impedían atender a sus



Bismarck en la época de la guerra franco-prusiana de 1870-1871.



La intelectualidad prusiana aclamando al rey Federico Guillermo IV.

Dieffenbach Schönlein Meyerbeer A. de Humboldt Schelling Tieck Ranke W. Grimm J. Grimm

derechos de cabeza del *Bund*. Austria era un país rico que para conservar su tesoro se empobrecía; para preservar sus posesiones en Italia o mantener a Hungría bajo su dependencia se debilitaba y enervaba. El daño que le inferían dichas provincias se manifestó en su imposibilidad de participar en el *Zollverein,* o unión aduanera, de los demás pueblos germánicos. Mientras el *Bundesversammlung* de Francfort debatía con impotencia diplomática negocios de alta política, Prusia, entendiéndose con sus vecinos, había conseguido convencerlos de la necesidad de formar una unión aduanera. El *Zollverein* pasó por diferentes etapas de crecimiento. Empezando modestamente en el año 1818 entre pocos, creció a partir de 1833, estimulado por los ferrocarriles, y alcanzó su máximo y definitivo esplendor en 1853. Austria comprendía el peligro de aquella unión aparentemente comercial encabezada por Prusia; hubiera querido entrar en ella para esterilizarla; pero se lo impedían sus posesiones, Hungría e Italia. Tal era la fuerza de los prejuicios seculares del antiguo Imperio, que no se concebía que los territorios no germánicos de Austria pudieran formar parte del *Bund* ni de la unión aduanera.

La guerra de Crimea desprestigió y debilitó aún más a Austria. Lo que pudieron hacer Prusia y demás Estados del *Bund,* permaneciendo estrictamente neutrales, no podía hacerlo Austria. Su proximidad y sus intereses en Oriente la obligaban a participar en el conflicto. Se mantuvo vacilando entre rusos y aliados durante los años de la guerra, y el resultado fue que el Piamonte, poniéndose al lado de los aliados, consiguió libertar del yugo austríaco la mayor parte de Italia.

Todos estos cambios eran observados con malicia en Francfort por el representante de Prusia en la Dieta del *Bund,* que entonces era Bismarck. Nacido en 1815, con escasos estudios en Göttingen y un poco de aprendizaje en ministerios prusianos, Bismarck no era entonces, ni lo fue nunca, el hombre taciturno y malhumorado que ha creado la leyenda. En 1850-1852, cuando estaba en Francfort, era un agigantado prusiano de pelo obscuro y ojos negros. Montaba a caballo como un antiguo escita, y cuando caía decía que lo único desagradable

era sentir encima el peso del caballo. Francote, gran bebedor, gran fumador, gran hablador, era mucho más sincero y explícito que los diplomáticos perfumados de la escuela de Metternich. Tal era la cordialidad de las conversaciones de Bismarck, que las gentes no llegaban a creer que sus genialidades pudieran expresar verdaderamente lo que pensaba. Las frases de Bismarck parece imposible que llegara a pronunciarlas, y se diría que son estratagemas de un furioso que desea que lo inhabiliten; y, sin embargo, eran expresión de lo que pensaban los demás sin atreverse a confesarlo. Un día, desde Francfort, le escribía a su soberano: «Vuestra Majestad debería absolutamente exigir que sus ministros bebieran más champaña; yo quisiera que ninguno de ellos fuera al Consejo sin haber tomado media botella; entonces nuestra política sería más respetable.» Algunas de las frases que se le atribuyen, como la famosa *Macht geht vor Recht* (Fuerza prevalece contra derecho), son interpretaciones de sus palabras comentadas por sus enemigos. Raramente Bismarck pronunciaba frases lapidarias; era demasiado natural, primitivo, para concretar su pensamiento en una fórmula filosófica.

En septiembre de 1862 Bismarck fue nombrado ministro de Estado de Prusia. La Corona se encontraba en una situación difícil: el rey Guillermo I se había empeñado en mantener un ejército permanente de 63.000 hombres, y para ello necesitaba recursos que le negaba el Parlamento. Al ofrecer el puesto de confianza a Bismarck, el rey le dio a leer antes su acta de abdicación, pues estaba decidido a renunciar al trono si no encontraba un ministro que gobernara sin el Parlamento o que le proporcionara recursos sin autorización parlamentaria. Bismarck se ofreció a realizar este enojoso servicio. Su primer discurso en el Parlamento prusiano defendiendo los créditos militares contiene frases poco a propósito para tranquilizar a una asamblea de burgueses: «La situación geográfica de Prusia nos obliga a mantener en pie una fuerte milicia... El resto de Alemania no admira a Prusia por su liberalismo... Las graves cuestiones de nuestra época no serán resueltas con discursos y votos de mayoría, sino con sangre y hierro.»

Esta alusión a la sangre y al hierro produjo malísimo efecto. Hasta el propio rey se atribuló por la intemperancia de su ministro. Es la frase que más tarde dio a Bismarck el título de *canciller de hierro*. El Parlamento votó casi por unanimidad contra los créditos militares y las palabras de Bismarck no pudieron convencerle. El Ponente de la mayoría de la comisión de presupuesto decía: «Sólo aquel Gobierno que mantenga la Constitución en toda su integridad podrá contar con el hierro y la sangre de la nación para defender el territorio.»

Bismarck gobernó así, con cámaras hostiles, la mayor parte de su vida política. El rey lo sostenía. Bismarck para legalizar su acción se valía de la cámara alta, la cámara de señores, senado aristocrático que votaba todo lo que se le pedía. Con el rey y los señores frente al pueblo y al Parlamento no había peligro. Bismarck trató de explicar su conducta diciendo que no podía aceptar que el soberano se reconociera sujeto a la voluntad de un Parlamento. «Tanto valdría como que los Hohenzollern abdicaran en favor de una asamblea», decía. Por no querer aceptar este principio, Carlos I de Inglaterra perdió la corona y la cabeza; sobre todo si los créditos no se justificaban con victorias, el ejército de Guillermo I podía llevarlo al mismo fin. En cambio, si las guerras producían el engrandecimiento de Prusia — primer ideal de Bismarck —, y ya una vez engrandecida Prusia heredaba la posición de núcleo del Imperio germánico que Austria no sabía o no podía desempeñar, entonces todo el mundo aprobaría la política antiparlamentaria. Bismarck explica en sus Memorias — más de lo que generalmente hacen los estadistas — cómo provocó las guerras, cómo venció y cómo se aprovechó de las victorias sin piedad para con el vencido. Las guerras bismarckianas fueron tres en siete años: la de 1863 contra Dinamarca, la de 1866 contra Austria y la de 1870

contra Francia. En tres jugadas elevó a Prusia a la categoría imperial. A primera vista Bismarck parece más grande, más eficaz que Cavour, pero Bismarck contaba con más medios y, sobre todo, sus dificultades eran mucho menores. Cavour tenía la enorme complicación internacional del Papado, y Austria era un gigante al lado del pequeño Piamonte. En cambio, las víctimas de Bismarck no tenían categoría superior a la suya, fueron forzadas a combatir y sacrificadas porque convenía al engrandecimiento de Prusia.

La guerra contra Dinamarca tuvo por excusa una cuestión de nacionalismo, de países de frontera. Entre Prusia y Dinamarca había unos ducados, Schleswig y Holstein, de ambigua nacionalidad. Eran tierras como Alsacia, el Tirol y Silesia, eternamente descontentas. Ambos, Holstein y Schleswig, formaban entonces parte de Dinamarca; pero, mientras Holstein estaba habitado casi exclusivamente por alemanes, Schleswig tenía sólo una fuerte minoría de población de raza germánica. Después de la guerra del año 1914, el tratado de Versalles impuso un plebiscito a una parte de Schleswig, y éste, a pesar de casi cincuenta años de forzada germanización, votó por su anexión a Dinamarca. En la época de Bismarck las dificultades eran mayores, porque a la cuestión de nacionalidad se añadía el legitimismo dinástico. Los ducados fronterizos tenían un pretendiente: el príncipe de Augustenburg, que aspiraba a ser duque de Schleswig-Holstein. Austria y otros países alemanes pensaron que, una vez libertado de Dinamarca, el Schleswig-Holstein, alemán o semialemán, entraría a formar parte como miembro de la Confederación germánica, y que de este modo el *Bund* tendría simplemente un soberano más. Pero mucho antes de comenzar la guerra, Bismarck se había ya formado la idea de anexar los ducados a Prusia. Embrolló de tal manera la situación, que obligó a Dinamarca a declarar la guerra. Fue aparentemente una guerra de liberación de pueblos oprimidos. El *Bund* y Prusia contra Dinamarca, que representó



H. v. Moltke, mariscal del ejército prusiano.

el papel de verdugo... Austria cooperó con un ejército de 23.000 hombres; los otros Estados alemanes aportaron contingentes menores. La dirección de las operaciones militares corrió a cargo de Moltke, que con Bismarck y el rey Guillermo es el tercer factor de la unidad alemana.

Moltke ha sido también desfigurado por la leyenda. No era un hombre frío ni un estratega. Consideraba la guerra más bien como una obligación que como una profesión. A la edad de cuarenta y un años casó con una muchacha de dieciséis que se enamoró de él. Apasionado por el arte y la música, conocía a fondo a Bach y a Beethoven. Cuando la guerra de los Ducados, Moltke tenía sesenta y cuatro años. Era alto, fornido, con gran nariz aguileña, labios finos y cerrados, gestos tranquilos y acompasados; parecía más bien magistrado que militar. Había previsto las guerras. Decía: «Todos estos tapujos diplomáticos de Bismarck nos traerán la guerra, y si Prusia no



El general Wrangel, generalísimo prusiano en la guerra contra Dinamarca (1863). Grabado de la época.

vence, está perdida; en cambio, si vence se pondrá al frente de la Confederación germánica, como conviene.»

Bismarck, al contrario, conociendo lo difícil que era hacer aquellos tapujos que despreciaba Moltke, creía que lo arduo era provocar la guerra, llevar a los pueblos a un callejón sin salida donde no tuvieran más remedio que pelear. «Unos cuantos hombres empuñan el fusil, otros acuden en apoyo de sus camaradas, viene después otra compañía y he aquí una batalla... ¡la guerra!», decía, fumando y bebiendo jovialmente. Lo difícil era la paz.

La guerra de los Ducados acabó con la derrota definitiva de Dinamarca. Pero, ¿qué hacer después con el botín? ¿Dar los Ducados a Augustenburg para que fuera otro miembro, otro estorbo en la Dieta de Francfort? Esta era la teoría de Austria, mientras Prusia sostenía que los vencedores los retuvieran en su poder; en la convención de Gastein se acordó que Austria administraría el Holstein y Prusia el Schleswig. En realidad, el convenio de Gastein no satisfizo a nadie y Austria y Prusia se prepararon para la guerra. Es curioso que Francia sostuviera a Prusia en sus pretensiones. Bismarck había pasado años en la embajada de París, había contraído amistad íntima con Napoleón III y se había asimilado de los franceses la aparente ligereza y buen humor, que ocultaban el apasionamiento y la ambición. Bismarck visitó a Napoleón en Biarritz en 1865, y después envió a Roon, ministro de la Guerra prusiano, para discutir personalmente con el Emperador el asunto de los Ducados. Francia consentía y hasta animaba a Prusia a anexarlos. Napoleón creía que Austria vencería y Francia conseguiría obtener ventajas en la zona del Rin.

Bismarck, deseoso también de esta nueva guerra, una vez obtenida la aquiescencia del emperador de los franceses, concertó una alianza con Piamonte, elevado a la categoría de reino de Italia. Bismarck contaba con que cuando llegara la guerra, y los prusianos atacaran a Austria por el frente, los italianos podrían atacarla por la espalda invadiendo las provincias que todavía conservaba en Italia.

Los desaciertos del Gobierno de Viena favorecieron a Bismarck. Creyéndose maestros de diplomacia, los austríacos equivocaban cada movimiento de las piezas del tablero cancilleresco. Era evidente que la antigua diplomacia empezaba a fallar con los nuevos elementos de formar la opinión: la Prensa y el Parlamento. Bismarck los aprovechaba de manera admirable. Tenía un verdadero gabinete de prensa que redactaba notas, artículos sensacionales y reseñas tendenciosas de acontecimientos. A menudo su técnica consistía en lanzar en un periódico local de provincias noticias sensacionales falsas que los periódicos más leídos recogían aplastando al pobre diario con comentarios injuriosos. Así se promovían controversias patrióticas que Bismarck no dejaba de explotar publicando una contranoticia para excitar la opinión en el sentido que convenía a su política. Pero no bastaba esta técnica mefistofélica; hacía falta genio, visión, perspectiva, que parecía haber monopoliza-

do Bismarck en detrimento de los petimetres de Viena. Jugaba con los sucesores de Metternich como el gato juega con los ratones.

Bernstein dice que Bismarck practicaba el truco de todos los diplomáticos y pícaros redomados, que consiste en hacer alarde a veces de una sinceridad desconcertante para poder en otras emplear el mismo lenguaje para disimular las verdaderas intenciones.

La guerra contra Austria no era popular en Alemania como lo había sido la guerra contra Dinamarca. Era, pues, necesario que fuera Austria la que atacara, cosa difícil en una nación acostumbrada más bien a triunfar defendiéndose. Austria llevó sus quejas a la Dieta de Francfort, y allí, en 1866, denunció la convención de Gastein y propuso la resolución del problema de los ducados. Al mismo tiempo Prusia presentó un proyecto de constitución unitaria de Alemania. La Dieta votó en favor de Austria y Prusia se declaró separada de la Confederación germánica.

A ello siguió la guerra. Esta vez Prusia sola contra Austria y los demás Estados alemanes del *Bund,* que tibiamente continuaban a remolque de Viena. Italia, según lo convenido, mantuvo en jaque algunas fuerzas austríacas; pero, acaso porque Cavour había muerto años antes, no atacó con el ímpetu que esperaba Bismarck. No hizo falta. El ejército prusiano, maravillosamente preparado, movilizó rápidamente, y después de varias escaramuzas y marchas y contramarchas, Moltke, con la batalla decisiva de Königgrätz o de Sadowa, acabó el 3 de julio de 1866 con la resistencia del Imperio austríaco. Sus aliados alemanes, desorientados y sin nadie que combinara sus esfuerzos, fueron cediendo gradualmente. Austria pidió a Napoleón III que interviniera, y las negociaciones de paz terminaron con la adquisición por Prusia del Schleswig-Holstein, el reino de Hannóver, el electorado de Hesse, Nassau y Francfort. Austria, además de perder sus derechos a los Ducados, cedía el Véneto a Italia y quedaba eliminada de Alemania.



El príncipe heredero de Prusia Federico, que peleó a las órdenes del general Wrangel. Grabado de la época.

Para que no pareciera que se había hecho la guerra con el solo objeto de que Prusia suplantara a Austria en el *Bund* imperial, de momento se dividió a Alemania en dos grupos de Estados: la Confederación del Norte, más arriba del río Main, y la Confederación del Sur, con sólo cuatro Estados: Baviera, Würtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt. Por lo que toca a la Confederación del Norte, no había duda de que necesariamente tenía que ser dirigida por Prusia, pero la prueba de que se imponía una unión de todos los Estados es que la Confederación de los cuatro del Sur nunca llegó a constituirse y uno tras otro fueron concertando alianzas defensivas y ofensivas con Prusia. Además, por razones dinásticas e históricas más que por conveniencia nacional, Prusia tenía su territorio dividido en dos sectores: las provincias orientales de Prusia estaban separadas de las occidentales por Hannóver, Hesse-Cassel, Nassau y la ciudad libre de Francfort. Su anexión la justificó afirmando que debían sufrir las consecuencias de la guerra por haberse pues-



Despedida de un tren militar en la estación de Breslau para ir a la guerra de 1866 entre Prusia y Austria.

to al lado de Austria. ¡Qué diferencia de Cavour, que hacía preceder toda anexión de un plebiscito! Mas Bismarck se burlaba de la tortuosa y paciente táctica de Cavour, que designaba con sarcasmo llamándola de *caminos sardos.* Bismarck infligía por el crimen de patriotismo el castigo que se había de aplicar en 1918, y después, a su país y a otros vencidos. En 1866 impuso la paz diciendo que era *la voluntad de Dios.* A plenipotenciarios de los antiguos Estados anexados o disminuidos que protestaban, Bismarck les interrumpía diciendo: «¿Acaso no os acordáis de que podría haceros detener como prisioneros de guerra?...», por haber luchado al lado de Austria.

Prusia pasó en seguida a reorganizar a Alemania según los deseos de Bismarck. La nueva Confederación del Norte se gobernaba con dos asambleas, casi una cámara doble, como la de la Constitución americana. El Senado o *Bundesrat* se componía de cuarenta y tres miembros, de los cuales sólo diecisiete eran nombrados por Prusia y podían quedar en minoría y prevalecer la opinión de los confederados. El *Bundesrat* venía a ser una ampliación de la *Bundesversammlung* de Francfort, con la única y exclusiva diferencia de que en lugar de presidirlo el representante del emperador de Austria lo presidía el canciller del rey de Prusia.

Pero, además, se estableció una segunda asamblea, el *Reichstag,* elegida por sufragio universal directo y secreto. Bismarck conocía por experiencia el partido que un canciller podía sacar de las rivalidades de dos cámaras y no quería estar a merced de una Dieta como la de Francfort, donde a menudo se llegaba a un punto muerto. La gran novedad era que el rey de Prusia asumía todos los poderes militares y diplomáticos, con el derecho de declarar la guerra, conferir la paz y concertar tratados. Con esta excepción, los demás soberanos conservaban toda su autoridad en los respectivos territorios (justicia, educación, obras públicas, cultos, etc.), pero se obligaban a mantener un ejército proporcionado a su categoría y disciplinado y organizado según el modelo del de Prusia: servicio obligatorio, tres años en la milicia activa y cuatro en la reserva.

No se creó un Gobierno federal con ministerios; el canciller nombraba sus secretarios para los diversos departamentos. El presupuesto del Gobierno federal se nutría de dos ingresos principales: las aduanas y las cuotas que pagaban a prorrata de su población los diferentes Estados. Los gastos del Gobierno federal eran el ejército, la marina, el cuerpo diplomático, correos, telégrafos, ferrocarriles y sanidad.

El primer *Reichstag* constituyente, elegido en febrero de 1867, se mostró razonable, dispuesto a olvidar agravios y a trabajar por el bien de Alemania. Hubo protestas de los conservadores, que deploraban el predominio excesivo de Prusia, y protestas de los liberales, descontentos porque los acuerdos del *Reichstag* estaban sujetos a la aprobación del *Bundesrat* o cámara de representantes de los Estados; pero todos aceptaron con disciplina germánica el hecho consumado. Bismarck podía decirles: «Ya tenemos

a Alemania puesta bajo la silla; ahora sólo falta cabalgar.»

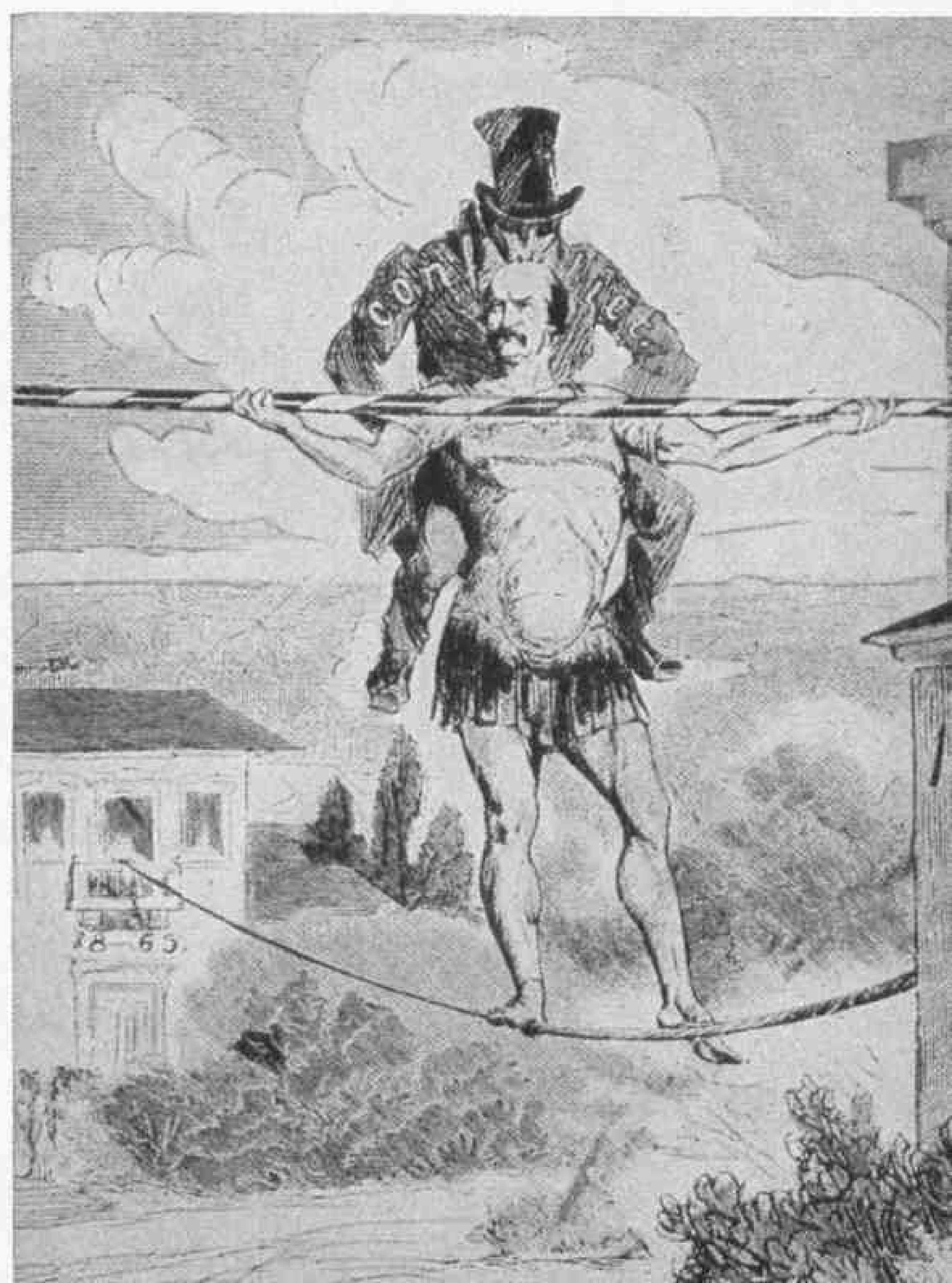
Cabalgar, para Bismarck, era la guerra. Faltaba una tercera guerra para probar que Alemania podía cabalgar y aun trotar. Bismarck lo explicó después categóricamente en sus *Memorias:* «Estaba convencido — dice — de que, para llenar el abismo abierto entre el norte y el sur de Alemania por las dos Confederaciones, hacía falta una guerra contra el pueblo vecino...» Así Bismarck pensaba hacer servir a los franceses de víctima «para conseguir la organización general de la nueva Alemania». ¡Qué inmoralidad, acuchillar un pueblo para crear otro!, pero a la vez ¡qué grandeza, por lo menos en la ruda franqueza de exponerlo!

Bismarck disimuló de momento sus intenciones llevando al rey de Prusia a París con motivo de la Exposición mundial de 1867. Moltke era de la comitiva; y Bismark y Moltke pudieron darse cuenta de la fragilidad del Segundo Imperio francés y, consciente o inconscientemente, prepararon la guerra inmediata. Según el método de Bismarck, era necesario provocar una oposición en el contrario para que él declarara la guerra. Pero Napoleón, acostumbrado a recibir *propinas,* como decía Bismarck, sin hacer más que intervenir como árbitro, no sentía necesidad de pelear con Alemania. Además, estaba gravemente enfermo de la vejiga, lo que hacía de él el soberano menos apto en Europa para aventuras bélicas.

La única esperanza que podía caber a Bismarck era que los ministros de Napoleón hicieran una tontería que él pudiera convertir en insulto nacional valiéndose de la Prensa y el Parlamento. Y esto, dado el carácter de los gobernantes del Segundo Imperio francés, no era imposible ni difícil. Bismarck provocó el paso en falso de los ministros franceses, poniéndoles la trampa para que cayeran, con motivo de la sucesión del trono de España.

Un golpe de Estado en España había destronado a Isabel II, y Prim, convencido de que la República era prematura, buscaba un rey liberal entre las cortes de Europa. Bismarck manejó las cosas de tal modo, que la candidatura con más probabilidades de éxito fue la del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, lejano pariente del rey de Prusia. El 11 de junio de 1870 Prim declaraba en las Cortes de Madrid que los otros candidatos, Fernando de Portugal y los duques de Aosta y Génova, habían rehusado la corona de España, pero que esperaba anunciar dentro de pocos días la aceptación de un cuarto candidato. Nadie dudó en España y fuera de España de que Prim se refería al príncipe de Hohenzollern.

La instalación de un príncipe prusiano en el trono de España no podía agradar a los franceses. Volverían a encontrarse, como en tiempo de Carlos V, con un enemigo alemán por el este y otro por el sur. Esta eventualidad se discutió en la Cámara de



Bismarck pasando la maroma. Caricatura del año 1866.



El conde Benedetti, embajador francés en Berlín el año 1870.

Diputados francesa el 6 de julio con exaltación patriótica. La fiebre de la cámara se extendió por París: los periódicos comentaron la sesión en términos más violentos todavía. *Le Soir* decía: «Quieren instalarnos un procónsul en la frontera sur para que nos vigile. Seremos los franceses 38 millones de prisioneros de los alemanes...»

Los demás Estados europeos tomaron cartas en el asunto. Austria apoyaba a Francia; Inglaterra reconocía que las negociaciones constituían una ofensa; Italia predicaba la paz; Rusia daba consejos. En realidad, nadie quería la guerra más que Bismarck. Viendo la tormenta que se preparaba, el príncipe de Hohenzollern retiró su candidatura; el rey de Prusia prefería también no arriesgarse a perder lo que había ganado en las guerras contra Dinamarca y Austria.

Firma de la capitulación de Sedán. Cuadro de A. von Werner.



Entrevista de Napoleón III, ya prisionero, con Bismarck. Cuadro de W. Camphausen.

Napoleón, no hay que decirlo, tenía bastante trabajo en cuidar de su vejiga. Sin embargo, le quedaba a Bismarck la posibilidad de que los ministros franceses hicieran la esperada tontería. De no haberla cometido, al cabo de pocos días nadie se hubiera acordado de la candidatura del Hohenzollern. Pero el ministro de Negocios Extranjeros francés tuvo la impertinente idea de exigir al rey de Prusia, por mediación del embajador de Francia en Berlín, promesa formal de que nunca otorgaría a su sobrino el consentimiento para ocupar el trono de España, dado el caso de que volvieran a ofrecerle la corona.

Esta casi grosería enojó a Guillermo I, pero no hasta el punto de hacerle pensar en la guerra. El embajador francés lo había visitado en Ems, donde tomaba baños, y desde allí el rey, sin darle gran importancia, telegrafió la noticia a Bismarck. El telegrama de Ems llegó la noche del 13 de julio al palacio de Wilhelmstrasse en Berlín, donde estaban cenando Bismarck, Moltke y Roon, ministro de la Guerra. El texto del secretario del rey de Prusia contando la *manera indiscreta* como el embajador francés, paseando por el parque con Guillermo I, le había hecho aquella demanda, estaba redactado en forma suave y sin conceder gran importancia al asunto. Bismarck, después de leerlo, preguntó a Moltke y Roon: «¿Estamos preparados?...» Moltke y Roon contestaron: «¡Estamos prontos!» Bismarck tomó la pluma y redactó el texto del telegrama real como sigue: «La noticia de la



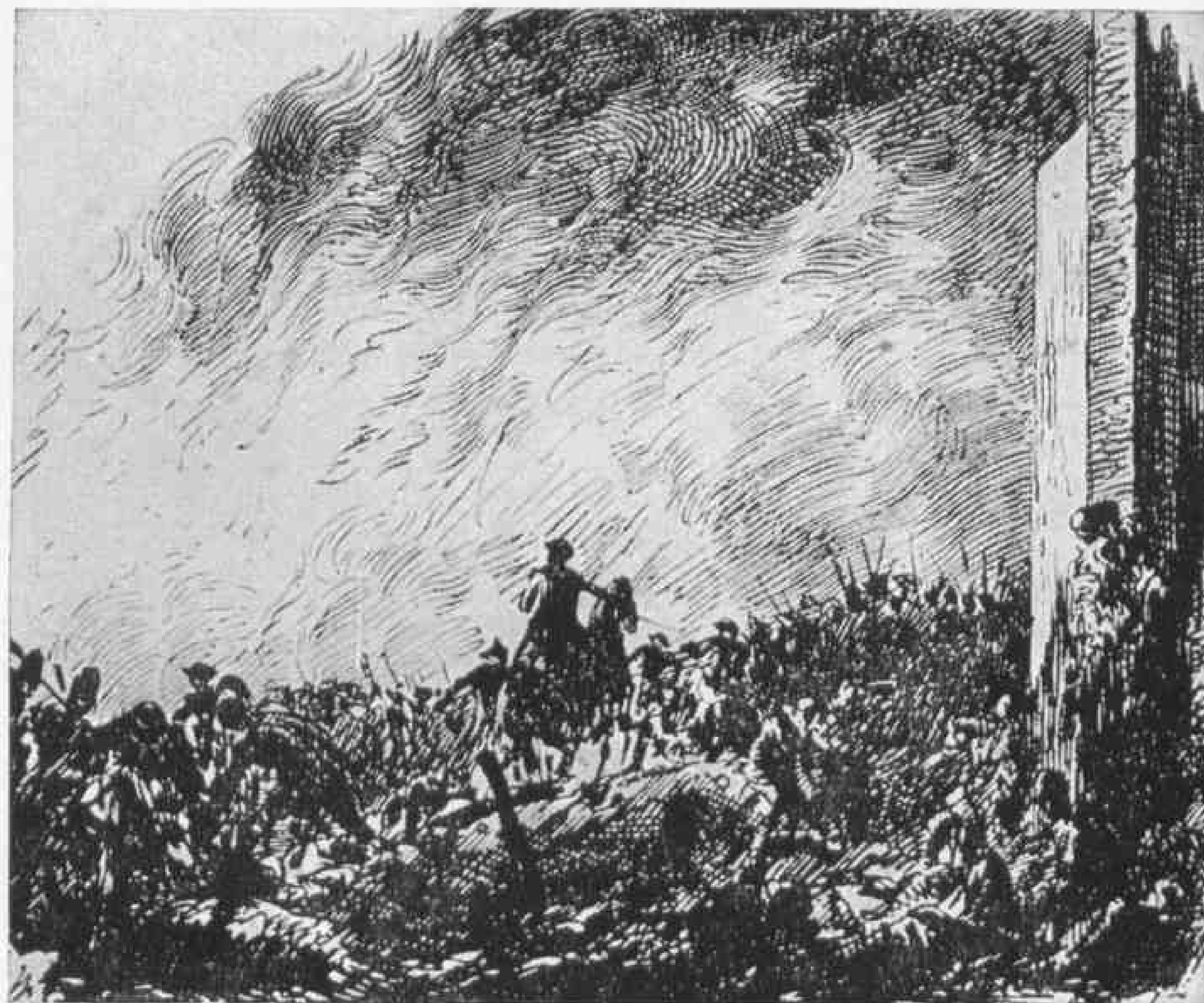
Guillermo I acudiendo a la quinta de *Bellevue* para entrevistarse con Napoleón III. Grabado de la época.

renuncia al trono de España por el príncipe de Hohenzollern ha sido comunicada al Gobierno francés por el Gobierno español. El embajador francés, además, ha insistido con Su Majestad el rey de Prusia en Ems para que le autorizara a telegrafiar a París que nunca jamás daría su consentimiento si se volvía a tratar de la candidatura del príncipe de Hohenzollern. Su Majestad ha rehusado contestar a dicho embajador y le ha hecho saber que no tenía nada más que comunicarle.»

Este telegrama, ni exagerado ni trucado, como generalmente se dice, fue redactado enteramente por Bismarck. Se comunicó inmediatamente al periódico de la noche *La Alemania del Norte,* obligándole a hacer una edición especial, y en Berlín se interpretó como si el rey en Ems ya hubiera dado los pasaportes al embajador de Francia. ¡Era la guerra! En París, las noticias, abultadas por las agencias, hicieron el efecto que deseaba Bismarck de «un trapo rojo delante del toro francés». Todavía hubiera podido evitarse la guerra, examinando el asunto con sangre fría y deshaciendo con habilidad la telaraña de mala intención que había tejido Bismarck; pero no se podía esperar tanto de los ministros del Segundo Imperio napoleónico. Al día siguiente de la publicación del telegrama de Ems, el duque de Gramont en el Senado y Emilio Olivier en la Cámara de Diputados de París leyeron una comunicación gubernamental que recogía el guante arrojado por Bismarck: «Hemos hecho todo lo posible para evitar la guerra; vamos a prepararnos



Bismarck llevando a la escuela del Reich los dos muchachos mal criados Alsacia y Lorena. Caricatura del año 1872.



Federico el Grande, el ideal de Alemania después de Bismarck. Dibujo de A. Menzel.

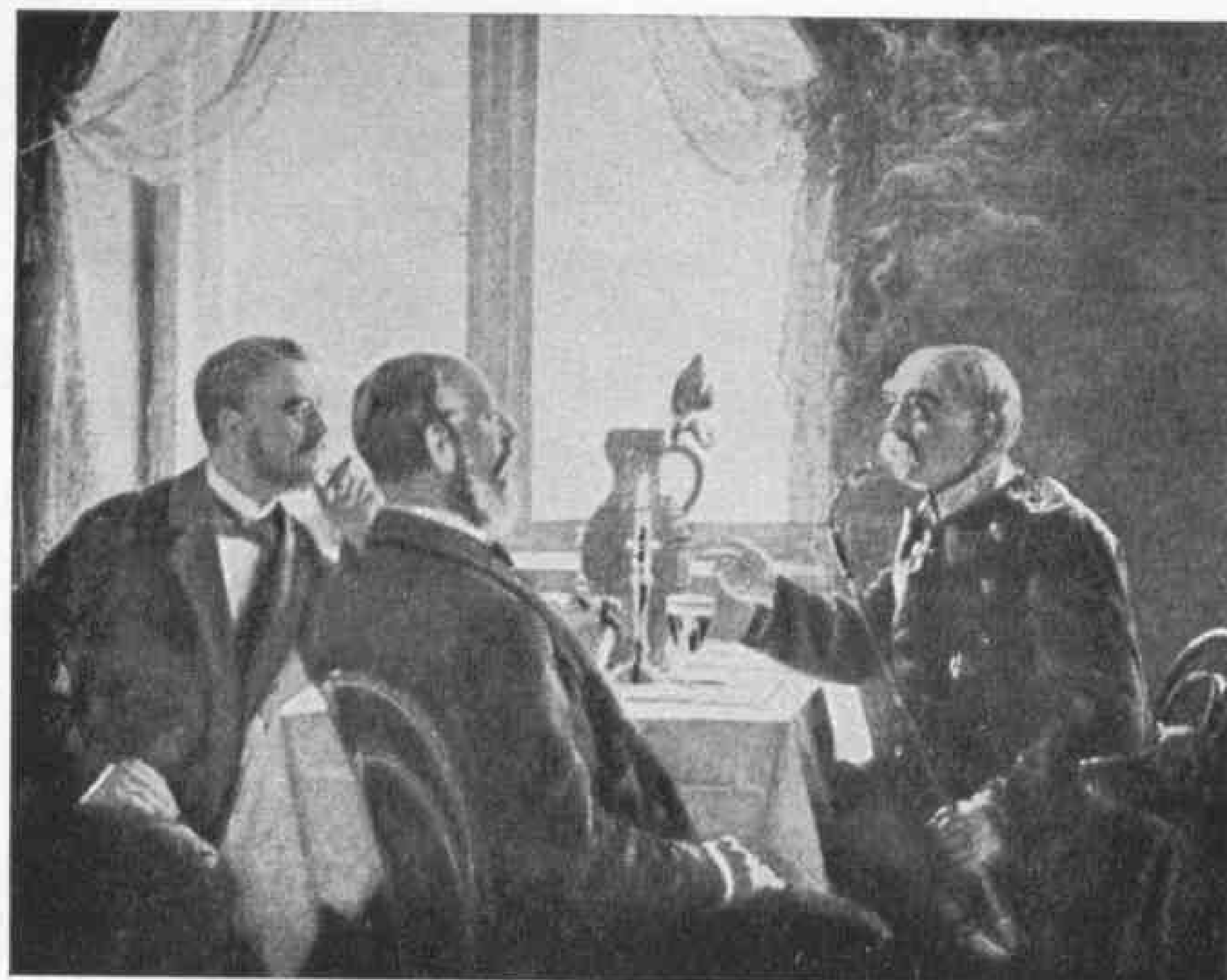
para sostener la que se nos ofrece, dejando la responsabilidad al agresor.» Empezaba en Francia la discusión de las responsabilidades. En Berlín solamente se cantaba *Die Wacht am Rhein*. Aquella noche se decretó la movilización general. Bismarck explicó el *casus belli* en el *Bundesrat* en estos términos: «No hay otra alternativa: o la guerra o la garantía del Gobierno francés de que no recibiremos más amenazas como ésta.»

Para comunicar la noticia al *Reichstag* esperó hasta el 16 de julio. Había ya recibido la noticia del comienzo de las hostilidades. Su discurso se redujo solamente a muy pocas palabras: «Tengo que informar a esta alta Asamblea de que el representante de Francia acaba de entregarme la declaración de guerra.»

Según la constitución de la Alemania del Norte, tenían que intervenir en el conflicto todos los Estados, menos Austria. Era una prueba peligrosísima que imponía Bismarck a la nueva Alemania obligándola a luchar en una guerra injusta y cuando el vínculo de unión era reciente y poco preciso en sus derechos y deberes. Los Estados del Norte no vacilaron; en seguida declararon la guerra cada uno individualmente a Francia, y a los pocos días el entusiasmo se había contagiado asimismo a los cuatro Estados que componían la Federación del Sur y éstos también cooperaron con importantes contingentes militares.

La guerra franco-prusiana fue una guerra fácil. La primera batalla fue el 2 de agosto, y el 31 un ejército francés de 81.000 hombres, entre ellos el Emperador en persona, se rendía en Sedán al rey de Prusia. Otro ejército mandado por Bazaine quedaba sitiado en Metz. La fuerza militar de Francia estaba aniquilada por muchos años. Para castigarla y debilitarla se la despojó de Alsacia y Lorena.

Los ejércitos alemanes acamparon delan-



Bismarck discutiendo de política con su ministro Scholtz y el profesor Queirt. Cuadro de Heugeler.

te de París. Este había sido fortificado y encerraba una guarnición suficiente para su defensa, además de la guardia nacional y ciudadanos voluntarios armados. Pero no es éste el lugar oportuno para explicar los episodios del sitio de París y su consecuencia, la tercera República francesa. Lo importante para nosotros es que, cimentada la unidad alemana por la victoria, los soberanos de todos los Estados de la Confederación del Norte y los aliados del Sur reconocieron al rey de Prusia como emperador de Alemania. Se le coronó en Versalles. El *Reich* o Imperio alemán dejaba a los antiguos soberanos cierta autonomía, pero quedaban como feudatarios del rey de Prusia. El Kaiser tenía en el Imperio el mismo poder autoritario que tenía en Prusia como rey. La Constitución no establecía ninguna manera de enmendarla por votación popular: las reformas las iría haciendo el Kaiser por el canciller. La constitución del Imperio alemán era una carta de *real política:* era Bismarck hecho ley.



Monumento a Bismarck en Hamburgo.



La reina Victoria, aún niña, presidiendo su primer Consejo de la Corona. Cuadro de Daniel Wilkie.

5 FORMACION DEL IMPERIO BRITANICO

Al terminar las guerras napoleónicas, las Islas Británicas no contaban más que con diecisiete millones de habitantes. La deuda había aumentado en más de 860 millones de libras; pero el Congreso de Viena dio a los ingleses, como botín de guerra, Malta, Ceilán, las Islas Mauricio y Trinidad y la Colonia de El Cabo. Sin embargo, la mayor ganancia que allegaron a la Gran Bretaña las guerras napoleónicas fue infundirle un sentimiento de su propio poder, lo que hoy se llama complejo de superioridad, que en este caso puede definirse como mezcla de celo por el honor nacional y de conciencia de los deberes individuales. Una frase, que fue la sola directiva de combate de Nelson en Trafalgar comunicada a toda la tripulación como orden pura y simple de la inminente batalla: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber», quedó indeleble en la mente de los ingleses. Durante el siglo XIX hubo casos de inmoralidad en la política interior; desórdenes, descuidos y aun desaciertos en las colonias, pero estas faltas, en número muy inferior a las de los gobernantes de otros países europeos, estaban aliviadas por grandes virtudes.

La aristocracia inglesa, en su lucha contra Napoleón, había adquirido el hábito de resolver en cada caso, por su propia iniciativa individual, dificultades insospechadas. La historia del período de formación y consolidación del Imperio británico está salpicada de innumerables ejemplos del sublime empleo de sentido común, más geniales que los de sacrificio heroico o de gallarda valentía, que a menudo sólo sirven para in-



Ch. Fox, jefe del partido «whig» a principios del siglo XIX.

fracasados. Un gobernador inglés en las colonias no tenía que temer el ridículo de la maledicencia de los que comentaban sus fracasos en los círculos de Londres. Sabía que, aun equivocándose, hasta sus mismos enemigos justificarían sus intenciones por la parte de progreso lograda con su vencimiento, pues, como dicen los ingleses, no hay nube sin borde de luz.

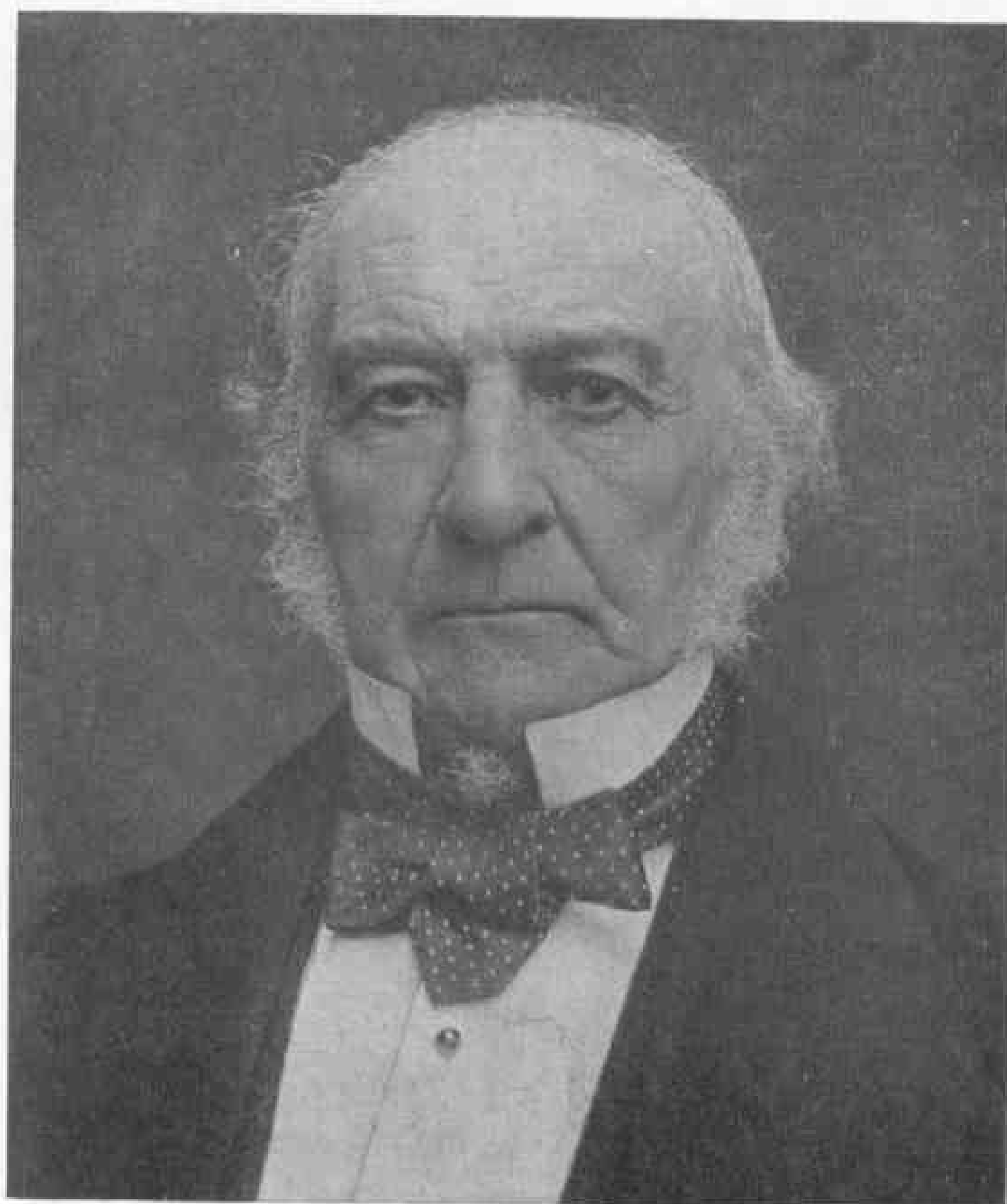
Tal es la causa de la grandeza de la Gran Bretaña, no su régimen político. La creencia de que el feliz encumbramiento de Albión hasta erigirla en árbitro del mundo y dueña de los mares, con su imperio vastísimo y sus riquezas inagotables, se debió a un sistema de gobierno (parlamentario, o lo

mortalizar un acto o una persona, pero raramente benefician a toda la nación. Los tenaces ingleses que se establecieron en remotas regiones; los escoceses que administraron con admirable flema el todavía no bien trabado imperio; hasta los fanáticos irlandeses que exigieron un máximo de autonomía, supieron dar largas a asuntos cuya solución era prematura, se mantuvieron sin claudicar aun cuando no columbraban progresos ni ventajas y se resignaron a cambiar de opinión al convencerles de que habían errado en sus propósitos. Los dos personajes más nobles de la política inglesa en el siglo XIX, Peel y Gladstone, se convirtieron hasta el punto de hacer triunfar los principios políticos que durante mucho tiempo habían considerado extraviados o erróneos. La nación, por su parte, convencida de que «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber», no impuso castigos ni desdoró despectivamente a los vencidos ni a los



Lord Wellington, jefe del partido «tory» a principios del siglo XIX, con Robert Peel.

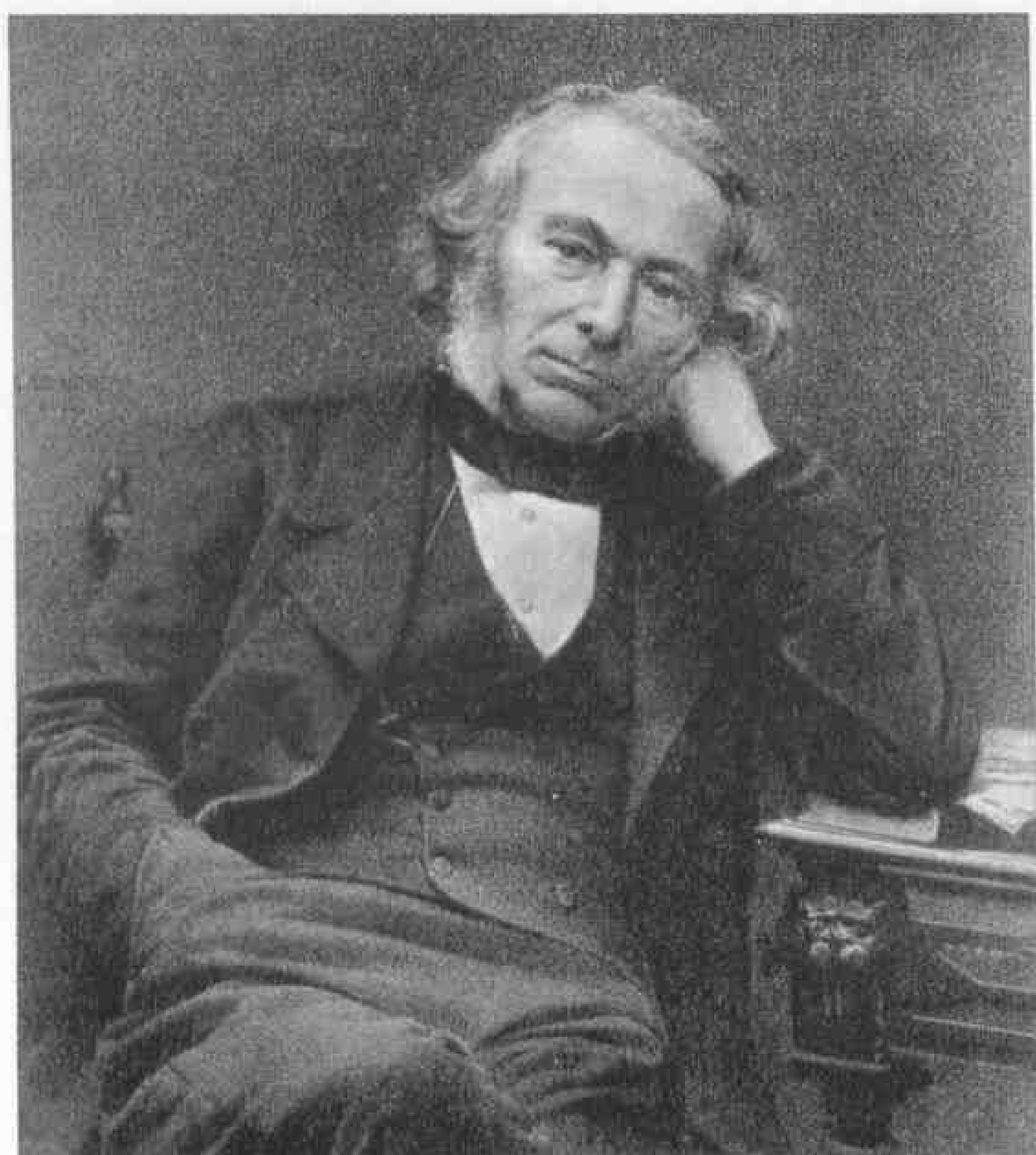
que sea), es infundada. En un libro de Disraeli, jefe del partido conservador, que además escribía novelas (pecado grave hoy, pero pecado venial en un político de su tiempo), el protagonista se prepara a emprender el viaje a Palestina porque es tierra en donde no encontrará un gobierno de *chabacano régimen parlamentario*. Palmerston, jefe del partido liberal, que por gotoso dormía sentado, daba cabezadas en el banco ministerial y sólo se despertaba a la hora de votar. Los partidos ingleses muy a menudo no representaban ninguna ideología; eran grupos acaudillados por famosos personajes que tenían muy vagas nociones de lo que harían cuando se les deparase oportunidad de gobernar. Por mucho tiempo hubo un grupo en la Cámara de los Comunes que se llamaba de *los adulamitas* porque en la Biblia se dice que David se refugió en la cueva de Adulam, donde se le reunieron 400 hombres, «todos afligidos, todos cargados de deudas, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu» (I. *Samuel, 22, 2*). Los adulamitas votaban con uno u otro partido según de momento les convenía.



Gladstone, jefe del partido liberal inglés a mediados del siglo XIX.

La grandeza de la Gran Bretaña no fue hija de su régimen político, sino del material humano, que a pesar del régimen superó dificultades que para otras gentes hubieran sido catastróficas. Pero valga advertir que el régimen inglés a principios del siglo XIX no era democrático ni representativo. El Parlamento constaba de dos cámaras: la de los Lores y la de los Comunes. La primera era enteramente hereditaria, formada exclusivamente por títulos del reino, con la excepción de algunos obispos. Los Lores legislaban por derecho divino, o porque sus padres y abuelos fueron capaces de legislar. Desde esta cámara alta, los Lores pueden deshacer lo que han hecho los Comunes. En otro país, la obstrucción de los Lores hubiera desencadenado la revolución. Franklin, con su simplicidad colonial, no podía comprender que un cargo político fuera hereditario; decía que era más fácil que un matemático engendrara a otro matemático, que un legislador a otro legislador. Pero en Inglaterra las reformas se consiguieron a pesar de los Lores. A veces se logró aprobar leyes creando el rey algunos nuevos pares, para aumentar el número de votos de los Lores reformistas, pues que algunos había siempre de tendencia liberal; pero en la mayoría de los casos bastó la persistencia y paciencia de los Comunes. Los Lores generalmente se resignaban, y en una noche que los irreductibles estaban intencionadamente ausentes, el Gobierno conseguía una votación favorable para una reforma rechazada en años anteriores.

La Cámara de los Comunes no era a principios del siglo XIX muy democrática. Los diputados se elegían por distritos electores que representaban el estado de la población tres siglos antes. Distritos ya casi despoblados enviaban diputados, mientras que ciudades como Manchester y Birmingham no tenían representación. Los Lores estaban



empeñados en mantener estos anacrónicos distritos electorales, enclavados dentro de sus señoríos, porque les permitían elegir allí diputados a su gusto y conveniencia. De esta manera contaban con votos en la Cámara de los Comunes, además del voto que tenían en la Cámara de los Lores.

Richard Cobden, el apóstol del librecambismo.

La necesidad de la reforma de la Cámara popular se venía sintiendo desde 1785, en que Pitt propuso un primer proyecto de redistribución de distritos electorales. Pero la alianza de los Lores con los diputados *cuneros* de la Cámara de los Comunes impidió su aprobación. Casi cada año algún político liberal comentaba el escándalo de los llamados «burgos podridos» o «distritos corrompidos». La ley se aprobó el 4 de junio de 1832, después de motines y dimisiones de ministros recalcitrantes. Se abolían enteramente 56 distritos; en otros se reducía el número de diputados, y se asignaron 143 puestos a nuevos centros de población: Londres recibió diez, y a Birmingham, Liverpool, Manchester y Newcastle se les adjudicaron dos sitios en los Comunes. Quedaba el sufragio restringido, en las ciudades, a los que poseían o alquilaban una propiedad tasada en más de diez libras. Con el tiempo se redujo a cinco libras, lo que

La venta de votos en un «burgo podrido». Grabado de Hogarth.





El día de elecciones en la vieja Inglaterra. Grabado de Hogarth.

empeoró la situación, porque los inquilinos que pagaban poco eran menos independientes y estaban más sujetos a la aristocracia que los que pagaban más de diez libras, ya casi de la clase media. El sufragio universal de «cada hombre un voto» no se consiguió hasta 1885, y el de las mujeres mucho más tarde, en 1918. La intervención de los Lores, considerada poco democrática, quedó radicalmente limitada en la reforma de 1911, de modo que sólo podían suspender durante dos años la validez de las leyes, si los Comunes las votaban por tres veces. Y esta especie de veto temporal fue reducido a un solo año en 1949.

Hay que añadir la inconcebible prohibición de ocupar cargos públicos, y por tanto un sitio en el Parlamento, a los que no fueran miembros de la Iglesia oficial del Estado. Una ley del tiempo de la revolución de 1688 exigía que nadie podía tomar posesión de un cargo en el ejército o en la administración sin antes recibir la comunión según el rito de la Iglesia anglicana. Los baptistas, metodistas, presbiterianos y demás disidentes se resignaban a pasar por esta prueba. Pero a los católicos y ju-



Disraeli, jefe del partido conservador a mediados del siglo XIX.



Regatas entre Oxford y Cambridge.

Adam Smith, economista y filósofo, autor de *The Wealth of Nations.*

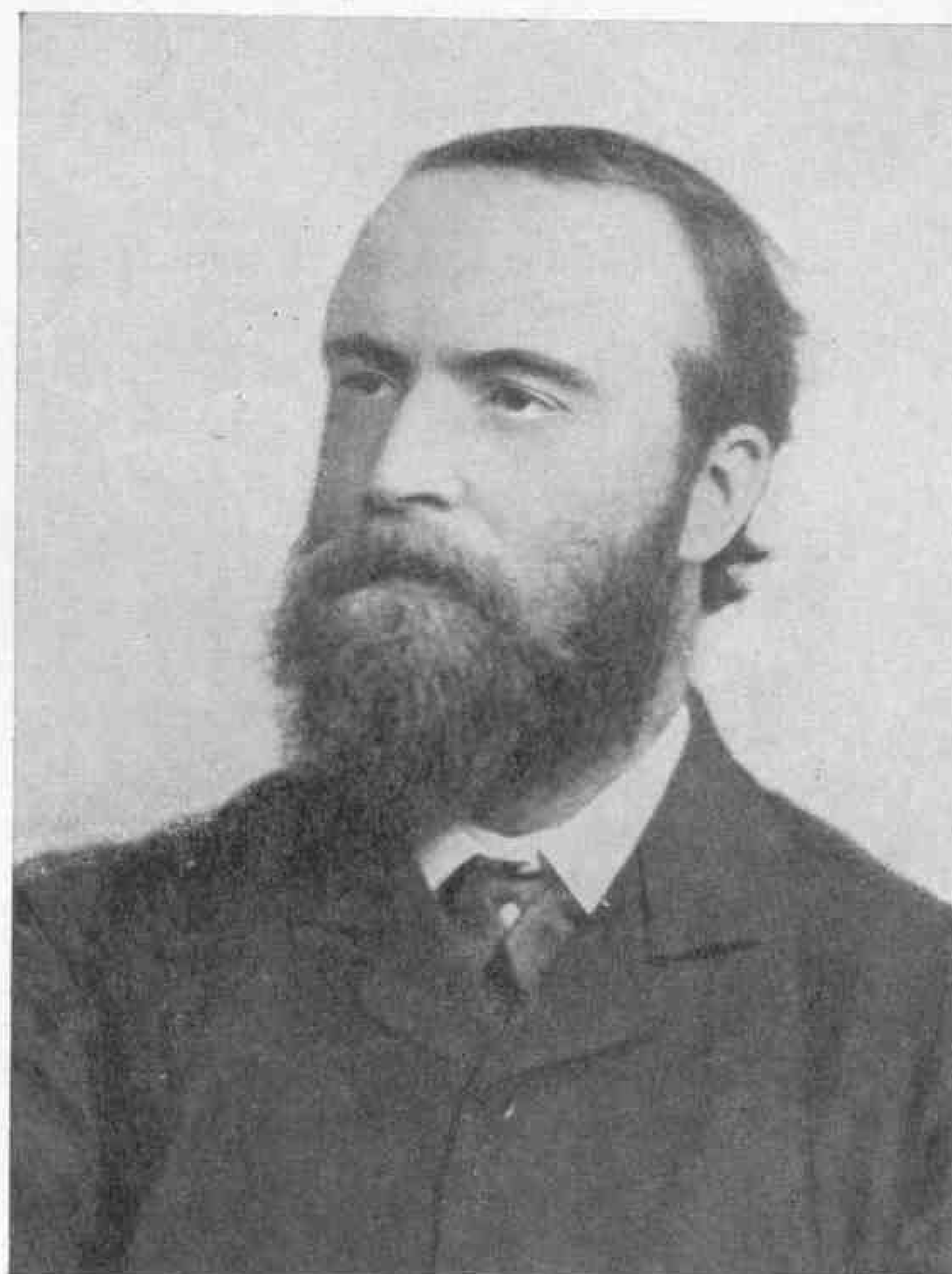


díos, a menos de apostatar, les estaban prohibidos sin apelación los cargos públicos.

Con esta ley puede decirse que Irlanda, católica en su gran mayoría, quedaba sin representación en los Comunes; tenía derecho a enviar diputados al Parlamento, mas como éstos no podían ser católicos, los sitios quedaban sin ocupar u ocupados por diputados sometidos a los Lores ingleses, que por entronque de familia eran también grandes terratenientes en Irlanda. La presión de Irlanda, la casi rebelión de 1829, impuso la ley que *emancipaba* a los católicos de la intolerancia de la Iglesia anglicana. Los judíos no fueron *emancipados* hasta 1858, en que fue necesario cambiar todavía el juramento de fidelidad para que el banquero Nathan Rothschild pudiera sentarse en la Cámara de los Comunes. Pero la condición de ser propietario o inquilino para votar reducía en la paupérrima Irlanda el censo de votantes a un puñado de electores.

Detalle importante, aunque no merecería ocupar nuestra atención si no fuera porque revela cuánto de injusto y retrasado quedaba en Inglaterra a principios del siglo XIX, es que en Irlanda se obligaba a todo el

Ch. S. Parnell,
jefe del partido irlandés en el Parlamento.



mundo a pagar el diezmo a la Iglesia anglicana. Se había esperado que clérigos anglicanos impuestos por el Gobierno de Londres acabarían por convertir a los irlandeses; pero, además de que los irlandeses eran incapaces de *reformarse*, los pastores ingleses a mediados del siglo pasado no representaban más que una burocracia muy inferior, por lo que toca a la espiritualidad, a la del clero católico irlandés, perseguido y tan pobre como sus feligreses. Creemos oportuno insistir con cifras. Los anglicanos en Irlanda sólo sumaban 800.000, una décima parte de la población; para apacentar este rebaño, la Iglesia anglicana necesitaba veintidós obispos y cuatrocientos clérigos casados, con casi un millón de libras anuales, que pagaban por igual católicos y anglicanos. En conjunto, la condición religiosa impuesta a Irlanda era una anomalía que sólo puede tolerar la mente anglosajona. El peculiar carácter de ingleses e irlandeses explica que la solución inevitable—esto es, la separación de la Iglesia del Estado — en Irlanda no se consintiera por el Parlamento de Londres hasta 1869, impuesta por Gladstone. Errores pasados, temores presentes, mantuvieron al Gobierno inglés en la expectativa para resolver la «cuestión de Ir-

Partida de golf en el campo de St. Andrews, cerca de Edimburgo.



landa» durante todo el siglo XIX. Que había una cuestión irlandesa nadie lo dudaba, pero mientras los conservadores creían que ni reformas ni aun la completa separación podrían acabar con la animosidad de los irlandeses, los liberales pensaban que era imprescindible conceder a Irlanda un mínimo de autonomía, para ir gradualmente aumentándola si sabía hacer buen uso. Gladstone preparó una ley o *estatuto* que concedía el *Home rule,* pero el jefe del partido irlandés parlamentario, Parnell, tuvo que defenderse en un caso de divorcio y adulterio, y, siendo Irlanda católica, aquel escándalo le incapacitaba para la inmediata aplicación de la nueva ley que había redactado Gladstone. Falto de un jefe a quien confiar la implantación del estatuto irlandés, Gladstone retrocedió y empezó una era de violencias.

No fue Irlanda la única en sufrir por errores pasados y temores presentes en Inglaterra en el siglo XIX.

El Código Civil inglés es un archivo de sentencias compiladas en un *Statute-Book* o libro de decisiones, caótico, sin articulación sistemática de delitos y penas. En Inglaterra todavía se administra justicia recordando precedentes análogos más que disposiciones legales. En otros países tal ambigüedad produciría abusos, pero tratándose de ingleses, el acusado podrá temer que el juez sea incapaz, pero rara vez corrompido y venal.

Con tal jurisprudencia, a principios del siglo XIX se ahorcaba en Inglaterra a los carteristas, a los que robaban ropa tendida, a los falsificadores, a los cazadores furtivos, y hasta doscientos tipos de criminales de esta calaña. La crueldad medieval



Al empezar las sesiones parlamentarias.
Gladstone: ¡Qué flor de discurso!
Disraeli: ¡Qué elocuente respuesta!



Al acabarse las sesiones.
Gladstone: ¡Qué sinvergüenza!
Disraeli: ¡Qué hipocresía!



El palacio del Parlamento en Westminster. Londres.

de la pena venía criticándose año tras año dentro y fuera del Parlamento; pero ni Lores ni Comunes podían concebir que la sociedad subsistiera si no se eliminaba a los que saltaban una valla o metían mano en bolsillo ajeno.

En 1821, Peel tuvo que hacer un gran esfuerzo para exceptuar de la pena capital más de cien clases de delitos. Se decía después de la legislación de Peel que Inglaterra parecía otro país, que casi se hablaba otra lengua, más humana, menos brutal, más social, más moderna. El resultado de la reforma de Peel fue que disminuyeron los crímenes en vez de aumentar, y esta experiencia siempre se menciona por los partidarios de la abolición de la pena de muerte cuando discuten con los que creen que sólo por medio del terror puede acabarse con el crimen.

Todavía más importante por sus resultados fueron las leyes sobre el trigo, de tendencia librecambista, impuestas por Cobden y Peel. Inglaterra tenía a principios del siglo XIX aduanas que imponían derechos no sólo a los objetos de importación, sino también a la exportación de sus propios productos. Había toda clase de trabas e impuestos para introducir y extraer del país primeras materias y artículos manufacturados. No se podía exportar lana en bruto porque se creía que la lana inglesa de fibra larga era superior a todas las otras lanas del mundo. En cambio, estaba enteramente prohibido importar artículos de seda.

Mientras el grano del país no llegara a un precio formidable, setenta chelines por cuarto de tonelada, nadie podía introducir trigo en Inglaterra. Después de esta cotización se podía importar trigo extranjero, pero pagando todavía derechos de aduana crecidísimos. En años de mala cosecha, el obrero inglés pagaba por un pan de dos libras y media, chelín y medio, que representaba para los jornales de entonces un precio elevadísimo. No es extraño que en la Inglaterra de 1835 hubiera motines pidiendo pan y los obreros murieran materialmente de hambre.

El contraste entre la riqueza y la pobreza era tan escandaloso, que los economistas ingleses de principios del siglo XIX se preocuparon de encontrar una solución. Esta, para ellos, era de *libre cambio*. Fundaban su sistema en la *semifilosofía* del escocés Adam Smith, cuyo escrito «Investigación



Fotografía de la reina Victoria y el príncipe consorte Alberto.

acerca de la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones», se cita comúnmente abreviado por *The Wealth of Nations.* Adam Smith había empezado en 1751 siendo profesor de Moral en la Universidad de Edimburgo, donde contrajo amistad con Watt y le animó a terminar su invento de la máquina de vapor. Smith ejerció su cargo académico hasta 1764; en esta fecha dimitió para acompañar a un joven duque escocés en sus viajes por Europa.

El sistema de Adam Smith es el mismo de Turgot, del *laissez faire,* del que ya hemos hablado en otro volumen de esta obra, pero mucho más documentado y apoyado en dos grandes principios. Primero: la moneda es sólo un medio de facilitar los cambios de productos. Estos son la única y verdadera riqueza. Segundo: las naciones, como los individuos, por su diferente suelo y clima, tienen su especialidad. Con la división del trabajo se facilitará la *producción* y con el intercambio todos serán más ricos. Sería inconcebible que Inglaterra se empeñara en producir vino cuando puede producir carbón y que Italia quisiera producir algodón cuando puede producir aceite. Adam Smith también tuvo en cuenta la psicología y habilidad técnica de cada pueblo.

De todo ello sacó en consecuencia que impedir el intercambio entre dos naciones es ruinoso e imposible. Ruinoso, porque disminuye la riqueza de ambas; imposible, porque la prohibición se supera con el contrabando. En una palabra, no se debe ni se puede restringir el comercio entre naciones, como no se puede ni se debe restringir el comercio entre individuos. El antiguo régimen de aduanas, régimen «maligno y perverso», se llamaba por Adam Smith «sistema mercantil», y el nombre de mercantilismo todavía se emplea en sentido despectivo. En un principio quería decir de protección fiscal o aduanera, sistema opuesto al del libre cambio.

El libro de Adam Smith, publicado en pleno siglo XVIII (1776), no tuvo inmediatas consecuencias. La predicación del libre cambio empezó en Inglaterra durante el apogeo de la revolución industrial. Se podía discutir si la protección y el libre cambio convenían igualmente a las naciones industrializadas que a las de economía primitiva, pero no cabe la menor duda que en Inglaterra y hacia el año 1825 era un error sujetar con trabas el comercio exterior.

El apóstol de las ideas del libre cambio fue el gran propagandista Ricardo Cobden. Nacido y educado entre comerciantes de Manchester, Cobden conocía todos los in-

convenientes que resultaban del mercantilismo o comercio restringido por tarifas de aduanas. Decidido a acabar con él de una vez, organizó por toda la Gran Bretaña una Liga contra la ley del trigo *(Anti-Corn-Law league).* Con la perspectiva de rebajar el precio del pan, Cobden creía atraer partidarios para después proponer el libre cambio. Su estrategia consistía en minar el sistema antiguo quitándole el puntal derecho del trigo; una vez conseguido el trigo libre de aduanas, el resto caería por su propio peso.

Cobden fue elegido miembro de la Cámara de los Comunes en 1841. La discusión de la ley del trigo pasó de la calle al Parlamento. La reforma se hizo gradualmente; varios ministros se gastaron imponiéndola a pequeñas dosis. Por fin, en 1846 Peel consiguió su aprobación con la ayuda de Wellington. El *Duque de Hierro,* como llamaban a Wellington, ya de sesenta y siete años, se presentó en la Cámara de los Lores para suplicarles como un último favor — una última muestra, bien merecida, de confianza — que votaran las leyes del trigo de Peel. Las leyes pasaron, pero Peel fue derrotado en otra votación aquel mismo día, y como castigo de haberse impuesto con la ley del trigo tuvo que dimitir.

En 1860, Inglaterra puede decirse que era una nación enteramente librecambista. Había sólo cuarenta artículos de importación que pagaban derechos de aduanas y más tarde se redujeron a veinte. Los productos alimenticios entraban libremente y se importaban de aquellas naciones que los producían más baratos. La vida era fácil y la industria, pagando jornales pequeños, podía producir mucho más económicamente que la de los otros países proteccionistas.

Así se formó gradualmente la Vieja Inglaterra, *Old England,* admirada y odiada, discutida y combatida, pero sobre todo temida hasta erigirla en déspota de Europa. Y no hay duda que a Inglaterra se la puede odiar y admirar, pero de ningún modo imitar. El régimen parlamentario con dos Cámaras y ministros responsables, depuestos por votación de la mitad más uno, funcionó con relativa eficacia en Inglaterra, pero ha producido confusión y desorden en las demás naciones que trataron de implantarlo. Acaso podrían exceptuarse los países escandinavos; pero éstos son de raza teutónica tan afines a los anglosajones, que el éxito del régimen parlamentario allí puede explicarse por las mismas razones que en la Gran Bretaña. Se trata de razas acostumbradas al debate y a la reflexión que pesan más la verdad que puede caber en las razones que opone el adversario que en la suya propia. El método obstruccionista, que no es un juego limpio, para obtener ventajas parlamentarias, fue inventado por los irlandeses de raza céltica, no anglosajones.

La reina Victoria en sus últimos años.

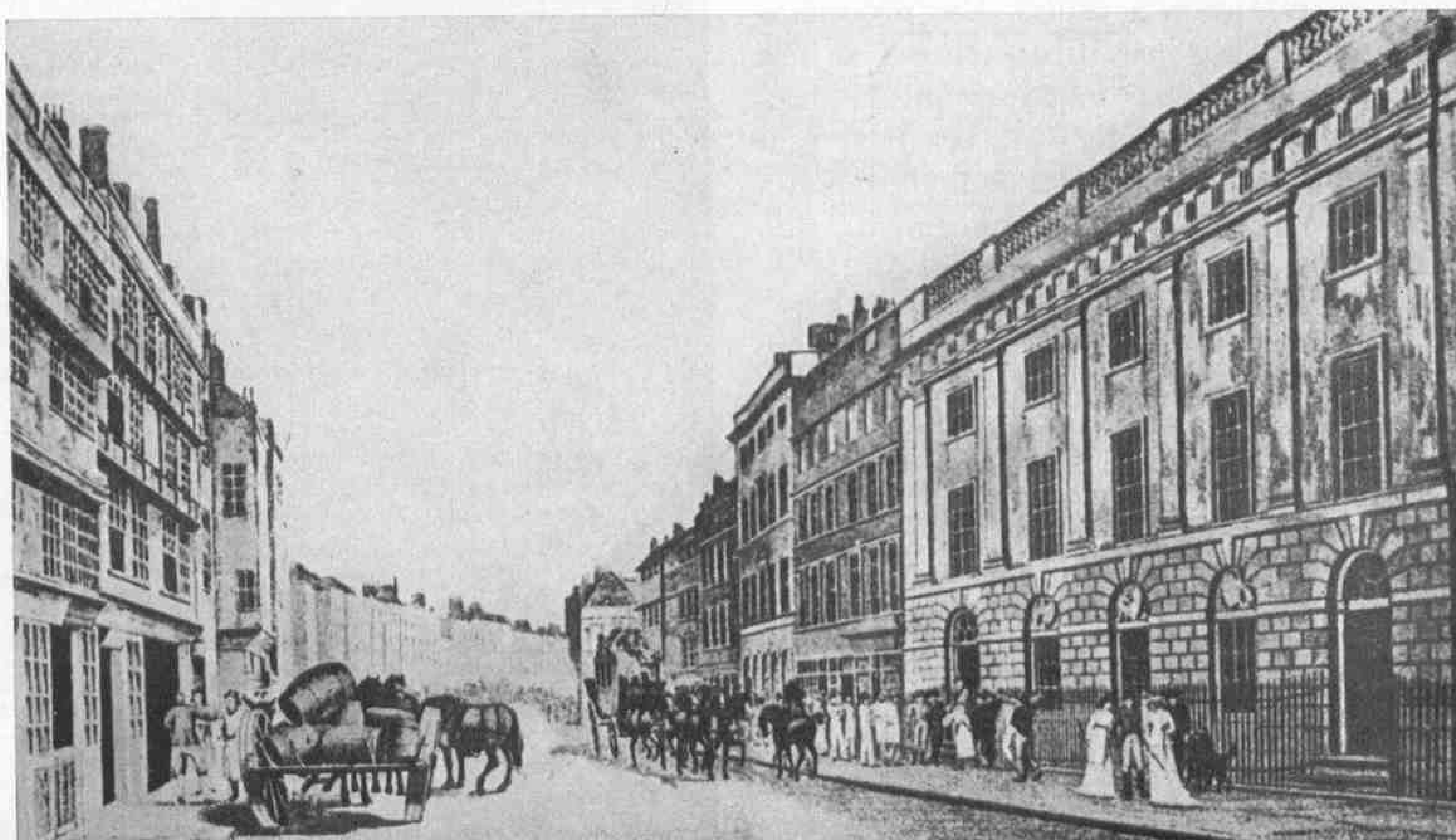


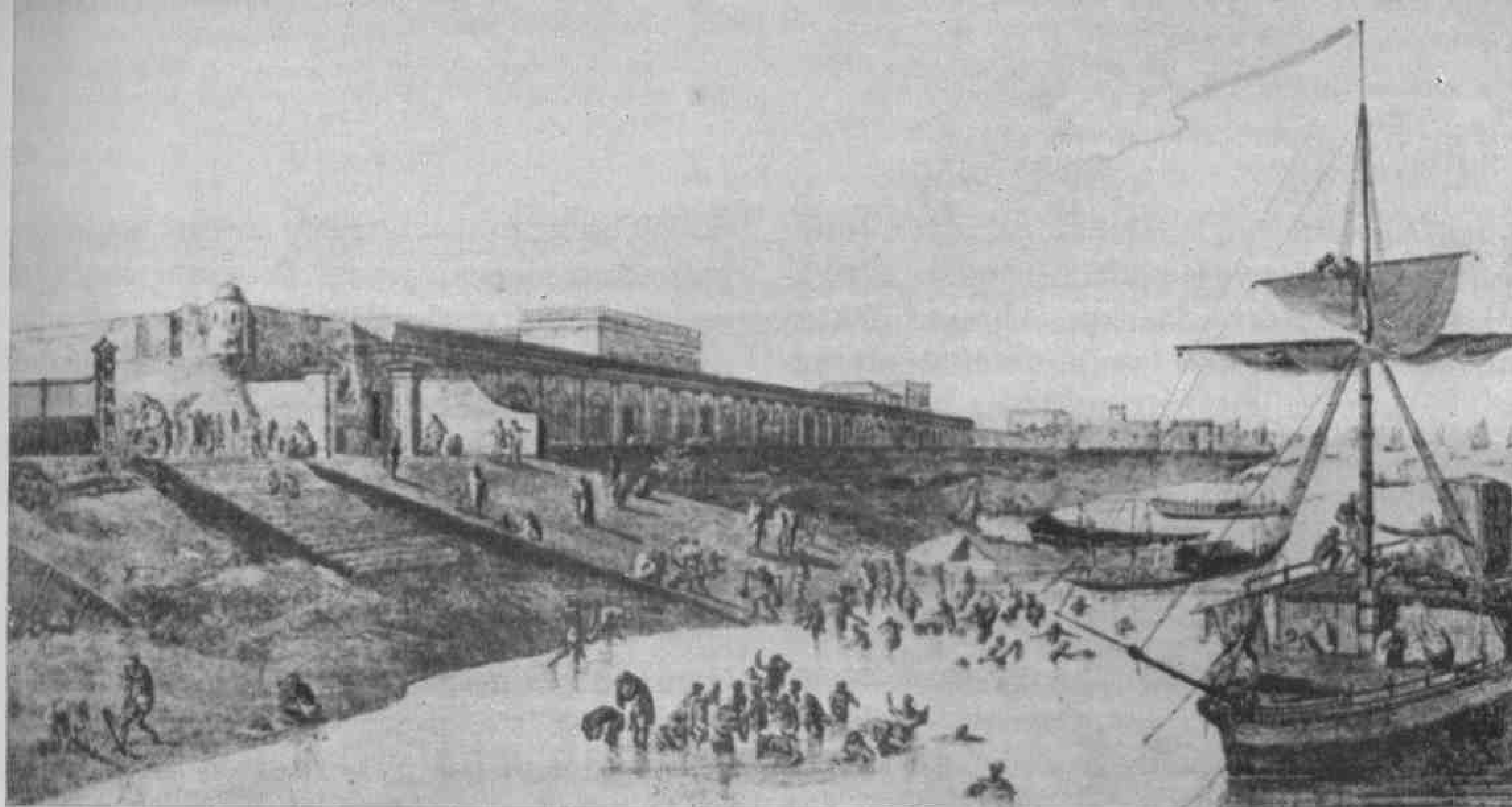
Para combatir la obstrucción irlandesa, los ingleses emplearon el método cachazudo de «la guillotina» o de hacer aprobar las leyes paulatinamente a tajadas. Hubo también en Inglaterra sesiones que duraron varios días, oradores que pronunciaron discursos de largas horas, agudos bufones parlamentarios, picos de oro que encantaban a los oyentes con elocuencia escolástica empleando latinajos y sentencias de otras edades. A menudo, para conseguir la aprobación de una ley por los Lores y Comunes, tuvo que movilizarse el *látigo*, o sea un miembro de la Cámara encargado de procurar mayoría al ministerio por todos los métodos imaginables... y otras calamidades, pero en menor escala de lo que produjeron en otros países los Parlamentos.

Error muy grande sería también creer que el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra derivó exclusivamente de la calidad de su aristocracia, con su educación universitaria de humanidades y su moral protestante. No; la nación entera, el pueblo inglés con sus diferentes estamentos, encontró en el régimen parlamentario el tipo de Gobierno que le convenía, pero por la misma excepcionalidad de aquel pueblo insular es insensato aplicar idénticos principios a gentes de distinta psicología.

Tampoco hubo en Inglaterra en esta época ninguna personalidad eminente hasta el punto que sobresaliera entre los políticos y dominara el Parlamento. En el primer tercio del siglo XIX, Wellington tuvo influencia decisiva en la Cámara de los Lores, que ejerció para aprobar la ley del trigo, pero no se significó como estadista. Los demás jefes de partido fueron tan sólo inteligentes servidores del Estado, doradas medianías. Los príncipes reinantes tampoco impidieron o forzaron con personalidad destacada el curso natural de la transformación de la nación inglesa en Imperio británico. Los tres reyes de la casa de Hannóver que ocuparon el trono después de Waterloo, Jorge III, Jorge IV y Guillermo IV, pudieron entorpecer algo el curso de los acontecimientos, pero no desviaron su dirección. Jorge III tenía accesos de locura. Jorge IV, vano y disoluto, ocasionó vergüenzas y disgustos sin cuento. Su hermano y sucesor, Guillermo IV, era un infeliz aficionado a la marina. Le llamaban el rey marino, pero,

Primera casa de la Compañía de las Indias en Londres.





El fuerte William en Calcuta, el año 1788. De una aguatinta del *India Office*.

en realidad, no era más que un marinero rey. Ninguno se entremetió en las cosas de gobierno.

Muy diferente fue su sucesora, Alejandrina Victoria. Tenía sólo dieciocho años al morir su tío Guillermo IV, el 20 de junio de 1837. Desde este día, primero de su reinado, se condujo con tal dignidad y conciencia de su estado, que fascinó a sus propios consejeros. Durante los sesenta y cuatro años de su reinado — murió el 22 de enero de 1901 — la reina Victoria participó con sincero interés en el drama tremendo de la formación de su imperio, sin extralimitarse ni forzar resoluciones en los Consejos ni en el Parlamento. Victoria no fue, como Luis XIV, su propio ministro, pero comunicó a los ministros su desapasionada manera de pensar y sobreponiéndose al tumulto político enviaba a sus ministros notas impersonales, redactadas como sugestiones: «La Reina cree que después de la discusión de la Cámara...» «Aunque la obra de conciliación parece difícil, la Reina imagina que...» «La Reina tiene que decir que...»

Estas comunicaciones reales tenían, además, la ventaja de reflejar un criterio femenino, o por mejor decir, neutro, porque su marido, el príncipe consorte, la sostenía y aconsejaba. Victoria había casado muy joven, cuatro años después de ascender al trono, con un primo suyo alemán, que desempeñó admirablemente el difícil papel de rey consorte. El príncipe Alberto fue algo más que un esposo de Victoria; fue su maestro en ciencia política, sin salir de la penumbra del hogar. Nunca se mezcló directamente en asuntos de política candente, pero como la familia vivía estrechamente unida y Victoria adoraba a su marido, que era discreto e inteligente, éste no podía dejar de influir en el ánimo de la reina. Con todo, ni las cualidades excepcionales de la reina Victoria ni la prudencia del príncipe consorte explican el éxito del régimen parlamentario en Inglaterra ni la feliz expansión de un imperio allende los mares. No; fue el genio inglés, el espíritu británico, el que valiéndose de un instrumento de gobierno apropiado a su raza logró resultados sin precedentes en la Historia. Los ingleses se alabaron de mantener el mayor imperio que ha existido desde que el mundo es mundo, confiando en que sería sólido como el peñón de Gibraltar.

El primer Dominio colonial inglés que quedó como centro de gravedad del Impe-

rio británico fue la India. La *East India Company* (Compañía de las Indias Orientales) fue autorizada por la reina Isabel en 1600. Como todas las compañías coloniales de la época, estaba capacitada para mantener un ejército y gobernar el país con oficiales elegidos por el Consejo de Administración radicado en Londres. Fue método de penetración colonial que no emplearon los españoles en América, donde todos los funcionarios dependían de la Corona. Casi contemporáneamente se estableció en la India otra Compañía francesa, en sus comienzos más próspera y mejor recibida por los naturales del país que la de los ingleses. Ambas habían construido sus factorías en la costa y a poca distancia unas de otras. Las guerras del siglo XVIII iniciaron la ruina de la Compañía francesa, porque no había allí una persona del talento y del valor de Clive, apoderado de la Compañía inglesa, quien supo jugar con dos barajas, levantando a los príncipes semiindependientes de la India contra los franceses, y aprovechando las querellas de los príncipes entre sí acabó por conquistar los reinos de Bengala y de Bahar. Clive obró por cuenta propia sin consultar a sus directores de Londres, y valiéndose de los recursos que le proporcionaba el país. La India estaba entonces aisladísima; el velero en que Clive se embarcó como simple escribiente de la Compañía tardó dos años en llegar a Madrás. Clive ganó la gran victoria de Plassey contra el rey de Bengala el año 1757. Fue una acción arriesgadísima, y el provecho, al parecer, sólo para la Compañía de las Indias. El Gobierno inglés sólo sacaba de sus enormes beneficios las contribuciones fiscales. En el año 1784, Pitt reformó el estatuto de la Compañía instituyendo un Consejo de Inspección elegido por el Gobierno de Londres. El Gobernador de Bengala, que conservaba este título como agente de la Compañía, llevaba además desde hacía unos años el de Gobernador general de la India. Lo nombraba el rey a propuesta del Consejo de Inspección.

El marqués de Wellesley, hermano mayor de Wellington, fue uno de los primeros Gobernadores generales, y defendió la India durante el período de las guerras napoleónicas. Bonaparte, obsesionado por la idea de recuperar la influencia francesa en la península indostánica, mantenía allí agentes que intrigaban contra los ingleses. Wellesley se aprovechó de estas veleidades de los rajaes para invadir sus Estados, aunque a costa de desagradar a los directores de la Compañía, que desde Londres no comprendían el aspecto imperial de sus campañas y sólo se daban cuenta de los enormes gastos que ocasionaban.

Wellesley tuvo que dimitir, y empleó el resto de sus energías en Europa combatiendo a Napoleón. A sus sucesores en la India les quedó un trabajo aparentemente fácil de consolidación y expansión por el mismo método empleado ya por Clive: divide y vencerás. Pero en 1857, al celebrarse el centenario de la batalla de Plassey, cuando la supremacía inglesa en la India parecía asegurada, estalló la formidable rebelión conocida con el fatídico nombre de la *Indian Mutiny*. Debajo de la aparente resignación con que los indígenas habían aceptado la penetración inglesa latía un enorme descontento. La sublevación fue general y maravillosamente organizada; nadie hizo traición, y en guarniciones muy apartadas unas de otras y compuestas de cipayos o soldados hindúes murieron a sus manos los oficiales ingleses y hasta en algunos casos sus familias. Los rebeldes eligieron emperador de la India al viejo rey de Delhi, que vegetaba pensionado por los ingleses. La India parecía perdida; a pesar del telégrafo eléctrico, que ya funcionaba entre diversos países, las noticias tardaron semanas en llegar a Londres. En cualquier otro país habrían aparecido derrotistas, pero ni en Inglaterra ni en la India nadie habló de abandonar aquella lejana posesión. Los grupos de supervivientes que quedaban de la guarnición inglesa emprendieron en seguida la obra de reconquista. La rebelión había empezado en mayo, y en septiembre los ingleses entraban otra vez en Delhi. A me-

dida que fueron llegando refuerzos las demás posesiones fueron recobradas, a costa de campañas difíciles en las que tanto indios como europeos hicieron alardes de bravura.

La *pacificación* de la India costó dos años, y los ingleses se aprovecharon de la crisis para fortalecer su situación. En cambio, los indígenas demostraron ser incapaces de cooperar y organizarse, divididos en dos mil castas, treinta religiones y centenares de lenguas diversas.

La rebelión tuvo por natural consecuencia la substitución de la Compañía de las Indias Orientales por el Gobierno inglés en todas sus funciones. La Corona, que asumía la responsabilidad de la defensa, debía tener también el privilegio de la administración. Se creó un ministerio o secretariado para la India; al Gobernador general se le llamó desde entonces Virrey, y por fin, en el año 1877, la reina Victoria fue proclamada Emperatriz. La táctica de penetración cambió poco; los funcionarios del *India Service* se mantuvieron apartados de los indígenas formando una especie de supercasta, cual otros *intocables* rubios, silenciosos y flemáticos, que jugaban al criquet, al polo o al tenis y bebían licores importados.

Durante el siglo XIX, Inglaterra contó además con un ejército invisible, una diplomacia sin uniforme, un cuerpo de agentes de negocios sin sueldo que le produjeron tantas conquistas como los gubernamentales. Estos agentes, diplomáticos y colonizadores, fueron los misioneros protestantes, que se infiltraron en los más remotos lugares del Africa y del Asia. Eran personas sinceras, que, además de predicar el Evangelio, curaban o prevenían enfermedades, extraían muelas, ayudaban a resolver disputas. Y todo ello sin remuneración. Vivían simplemente con los recursos que recibían de Londres. Pero estableciendo amistades y descubriendo territorios, preparaban el camino a los agentes consulares y después al destacamento de intervención. El más since-

Grabado del encuentro de Stanley y Livingstone, descrito por Stanley «tan correcto como si hubiera sido fotografiado». De *The Illustrated London News* de agosto de 1872.



ro y noble de éstos fue sin duda Livingstone, que exploró grandes regiones del Africa cruzándola varias veces de parte a parte. Sus hazañas llegaron a conmover a la Humanidad, y para descubrir su paradero el *New York Herald* organizó la expedición de Stanley, que contribuyó muchísimo a precisar la geografía de Africa.

De la época de Lord Wellesley es también la ocupación de los territorios de los estrechos de Malaca, con su formidable base naval de Singapur. Hong-Kong, en una isla admirablemente situada para comerciar con China, se obtuvo como indemnización de una guerra forzada por los disparates de un cónsul inglés perverso que quiso mantener el comercio del opio, prohibido por los mandarines de Cantón. Se empezó a querer extirpar el vicio de esta droga, pero por los beneficios que producía su comercio pelearon los ingleses. Desde entonces vienen los chinos calificando de *diablos extranjeros* a los europeos. Australia, Tasmania y Nueva Zelanda eran a principios del siglo XIX casi desconocidas y sólo servían para deportar criminales. En 1820 comenzaron a emigrar a Australia colonos incitados por las perspectivas de la cría de merinos y el comercio de la lana. Las humanitarias leyes de Peel, que disminuyeron las sentencias de muerte, alarmaron a las colonias: creyeron que iban a recibir deportados a todos los malhechores que antes eran ahorcados, y sus quejas obligaron por fin a desistir del sistema de deportación. Estimuló también la inmigración en Australia el descubrimiento de minas de oro, pero ya se han agotado, y actualmente la principal riqueza es la agricultura. Australia carece de mano de obra indígena; los aborígenes australianos son escasísimos y refractarios a la civilización. Es un acertijo adivinar lo que ocurrirá en Australia, tan nueva con gente tan vieja. ¿Mejorará la raza de los emigrados que permanezcan sin cruzarse, o degenerará como sucede con los descendientes de consanguíneos? Por de pronto, Australia es un país de gran oportunidad para experimentos socialistas; no hay irreducibles intereses creados ni aristocracias de antiguos emigrados celosos de sus privilegios. La constitución es federal; allí está justificada por las enormes distancias; sin embargo, puede decirse que el régimen político de Australia está todavía en embrión, pues, como buenos anglosajones, los colonos no se han encadenado con una inalterable constitución dogmática.

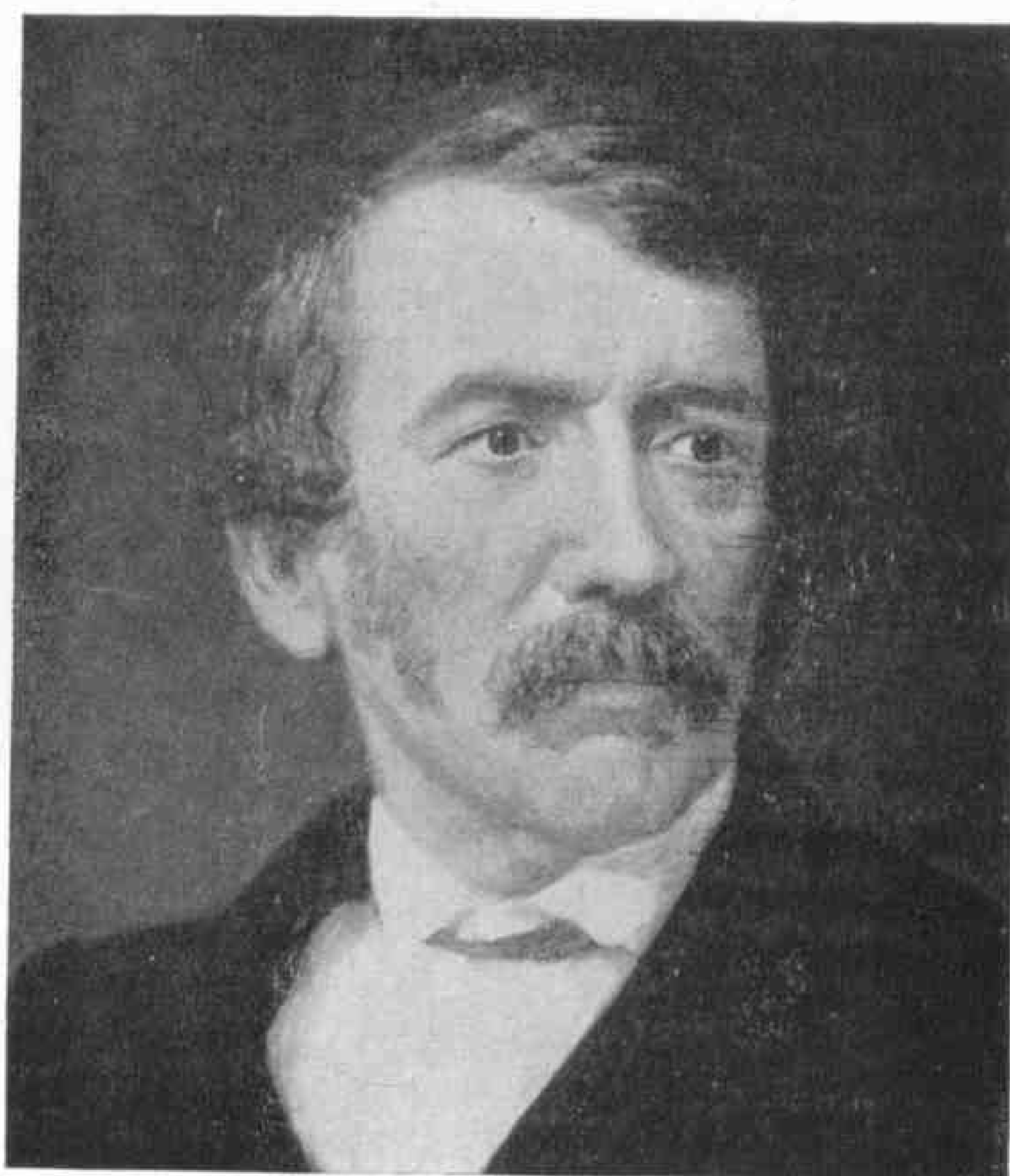
En Nueva Zelanda los ingleses encontraron a los nobles maoríes, de raza polinesia, los verdaderos aristócratas del océano Pacífico. Han demostrado ser capaces de cooperar con los europeos en un alto grado. Aunque se mantienen algo aislados, los maoríes envían sus representantes al Parlamento colonial, y uno de ellos ha llegado a ocupar el puesto de ministro.

Para mantener abierta la ruta de la India, Inglaterra exigió la cesión de la Colonia de El Cabo en los repartos del Congreso de Viena. Más tarde tuvo que intervenir en Egipto y conquistar el Sudán para defender el canal de Suez, que abreviaba considerablemente el viaje. La Colonia de El Cabo y Egipto han producido días de luto, horas de tragedia, a la nación inglesa, que se han de cargar naturalmente en la cuenta de la India. En su partida de cargos, los ingleses no se olvidan nunca de incluir las guerras del Sudán — extensión de Egipto — y las campañas contra los bóeres en Orange y Transvaal. Las guerras del Africa del Sur exigieron la movilización de ejércitos y pusieron a prueba la resistencia y estabilidad del Imperio británico apenas formado.

La Colonia de El Cabo, holandesa en su origen, tenía muchos descendientes de los fundadores que vivían y hablaban como sus mayores. En 1836, al encontrarse en minoría por la llegada de nuevos colonos ingleses, un enjambre de bóeres holandeses emigró al otro lado del río Vaal, fundando la República del Africa del Sur o del Transvaal. Otro enjambre se asentó en la región del río Orange, constituyendo allí una segunda república holandesa. Estos dos Estados independientes quedaban interpuestos entre la Colonia de El Cabo, que era

inglesa, y los zulúes y matabeles, los únicos indígenas de pura raza negra que han tenido capacidad para organizarse y atacar a los blancos colonizadores. Tal era el peligro que los zulúes representaban para holandeses e ingleses, que en 1877 los bóeres no opusieron resistencia a la anexión del Transvaal y Orange con tal que Inglaterra les defendiera de sus salvajes enemigos. Pero más tarde, libres del peligro de los zulúes, reanudaron los bóeres sus pretensiones y se levantaron contra los ingleses, obligándoles a retirarse y a reconocer su independencia. Después de una derrota vergonzosa para el Imperio británico en Majuba (febrero de 1881), Gladstone consintió en transigir aceptando todo lo que querían los bóeres mientras éstos se conformaran en reconocer la supremacía *(suzerainty)* de la reina Victoria. Se hizo gran hincapié en la palabra *suzerainty* (supremacía) en lugar de *sovereignty* (soberanía). Los filósofos del Parlamento descubrieron que provenían de dos raíces latinas muy diferentes.

La paz duró poco. Se descubrieron minas de oro en el Transvaal, y allí afluyeron los ingleses, predominando en algunas regiones, donde se mantuvieron extraños y separados de los holandeses. Esto debía provocar conflictos, agravados por la terquedad de los holandeses en no querer conceder derechos de ciudadanía a los *uitlanders* o forasteros recién llegados. Bóeres y *uitlanders* formaban dos poblaciones enteramente distintas en la misma tierra. Los bóeres tenían todos los privilegios de justicia; los *uitlanders* eran considerados como intrusos, sin poder conseguir la naturalización en la República. Sus quejas llegaban hasta Londres y sobre todo hasta El Cabo, donde gobernaba como primer ministro el gran aventurero Cecil Rhodes. Convencido de que los *uitlanders* o ingleses atropellados por los bóeres acabarían por rebelarse, Rhodes preparó la anexión del Transvaal y Orange. Colocó un ejército en la frontera, pronto a penetrar en la República del Africa del Sur (Transvaal) para «restablecer el orden» así que se supiera que había estallado la revolución de



David Livingstone.

los *uitlanders*. Estos, en realidad, se amotinaron en diciembre de 1895 en Johannesburg, y el ejército apostado en la frontera por Cecil Rhodes, sin esperar detalles, creyendo que encontraría aliados en los *uitlanders,* penetró prematuramente en el Transvaal y fue copado en masa por los bóeres. Es lo que se conoce en la Historia por el *Jameson Raid* o *razzia* del doctor Jameson, porque guiaba la expedición el médico del propio Rhodes, llamado Jameson.

Rhodes desautorizó a su agente diciendo que había obrado por su cuenta. Durante un tiempo los bóeres quedaron en paz, pero los ingleses tenían atragantados los desastres de Majuba en 1881 y del *Jameson Raid* en el año 1895. Por otra parte, los bóeres cobraron ínfulas e hicieron cada día más penosa la condición de los *uitlanders*. La guerra estalló de nuevo en 1901. Los bóeres estaban pertrechados de material de guerra; habían importado cañones de mayor alcance y con mejor puntería que los ingleses; su infantería montada no perdía bala; conocían el terreno, defendían a su patria con sentimiento de europeos y tenacidad de africanos. Disputar a los bóeres sus tierras

parecía pecado que Dios castigaría como en los ejemplos de la Biblia.

Y sin embargo, igual que en el caso de la rebelión de la India, nadie ni en Inglaterra ni en las colonias habló de abandonar la partida. Para acabar con aquella nación de colonos patriarcas, Inglaterra movilizó 200.000 soldados. Los bóeres nunca tuvieron más de 30.000 hombres armados. Inglaterra confirió la dirección de la campaña a su mejor militar, Lord Roberts, que había ganado su título subyugando el Afganistán, y a Kitchener, cuya fama provenía de la conquista del Sudán. Los generales de los bóeres eran estrategas improvisados, pues la víspera de la guerra estaban en sus haciendas cuidando los rebaños. Con todo, infligieron a los invasores terribles derrotas, y hubo días en que todo parecía perdido.

Pero, sin desanimarse, los ingleses avanzaron y la paz se firmó en Pretoria, capital de la República bóer. Más admirable todavía es que aquella prueba sirvió para consolidar el Imperio. Las colonias acudieron en auxilio de Inglaterra, hasta la India se mantuvo leal, y los irlandeses pelearon y murieron en el Transvaal al lado de los ingleses. A pesar de ello, cuando al terminar la guerra quiso la reina Victoria pagar la deuda visitando a Irlanda, que no por ello dejaba de reclamar su autonomía, se temían trastornos y descortesías; pero el recibimiento fue respetuoso, aunque frío, y la soberana permaneció dos semanas en Irlanda sin que ocurriera ningún incidente desagradable. Esta cortesía no liquidó la desafección irlandesa. Irlanda persistió en su demanda de un régimen autónomo, y tras innúmeros incidentes parlamentarios y terroristas, se concedió todo lo que exigía.

Entre tanto, en El Cabo, ingleses y holandeses se conformaban con el inevitable destino y fundaban la Unión del Africa del Sur, en la que los bóeres y anglosajones iban a cooperar cordialmente. Y para que fuese más fácil y menos duro para los vencidos, dirigieron la nueva Unión dos de los generales bóeres que más se habían distinguido peleando contra los ingleses, los generales Botha y Smuts. Con este epílogo ya no es extraño que gentes de tal índole puedan cooperar hasta... en los Parlamentos.

El nuevo deporte de la época victoriana: el biciclo.





Volta presentando su pila a Bonaparte, Primer Cónsul, según el cuadro de Bertini, hoy destruido.

6 LA CIENCIA ROMANTICA

A fines del siglo XVIII las ideas acerca de la constitución de la materia eran todavía esencialmente medievales. Los cuerpos sólidos al quemarse perdían flogisto, que era un fuego o fluido de naturaleza poco precisa. La teoría del flogisto, propuesta por el médico alemán G. E. Stahl en 1730, fue aceptada unánimemente hasta por químicos tan respetables como Cavendish y Priestley. La hipótesis aristotélica de un *cuerpo ligero por esencia* resucitó en el flogisto, que explicaba algunos fenómenos. Pero estaba en contradicción con otros hechos bien observados; algunos cuerpos al quemarse, por ejemplo el estaño al *calcinarse* dentro de un crisol, en lugar de disminuir de peso, como debía ser por la pérdida del flogisto, aumentaban de peso; por lo tanto, no sólo no expedían materia, sino que la absorbían. La segunda observación que hizo imposible mantener la doctrina del flogisto fue que comparando los diferentes gases que desprendían los cuerpos al desflogistizarse se notó que no eran idénticos. Uno era aire desflogistizado (oxígeno), otro aire flogístico (amoníaco), etc. La

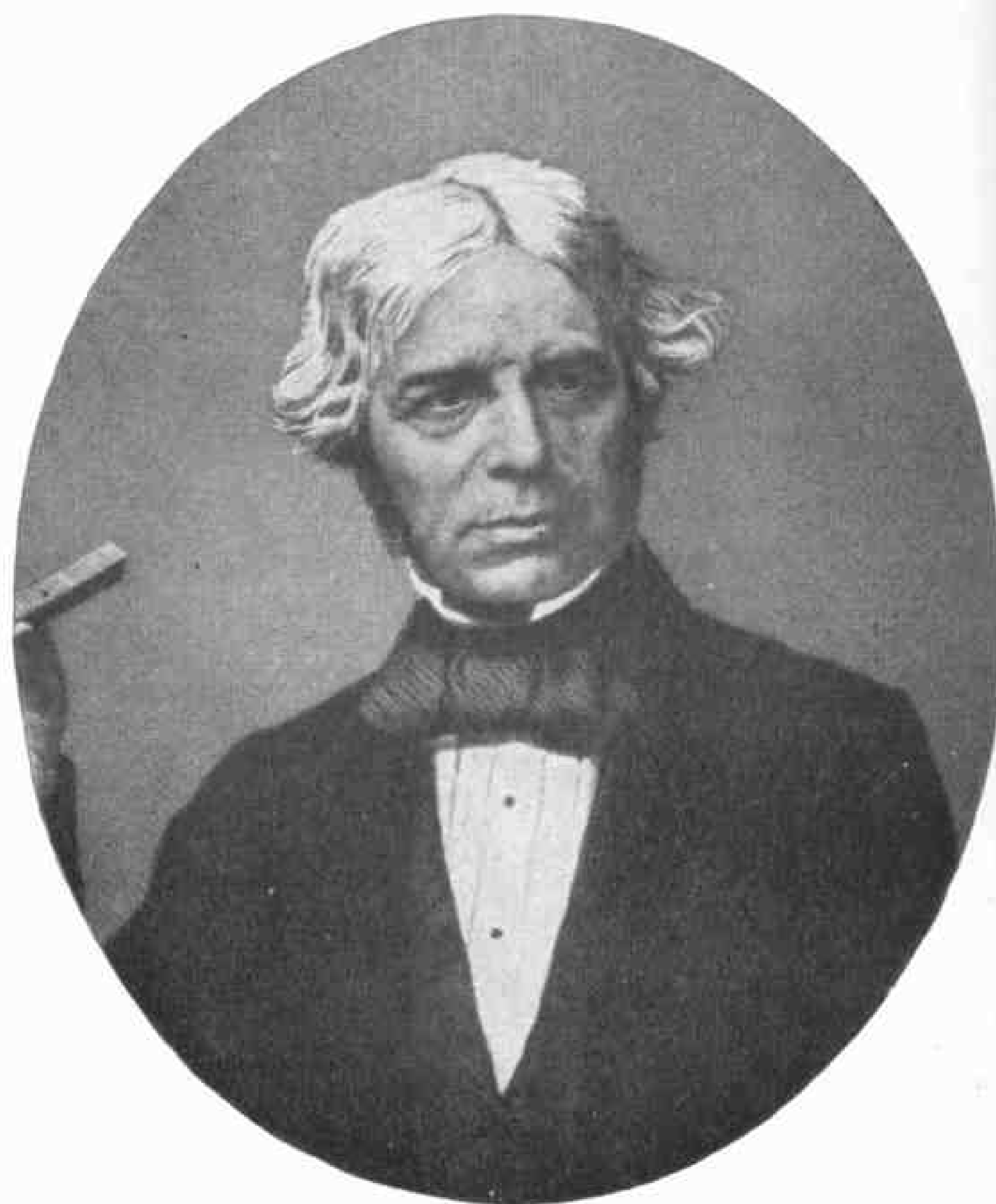


Ampère, fundador de la electrodinámica.

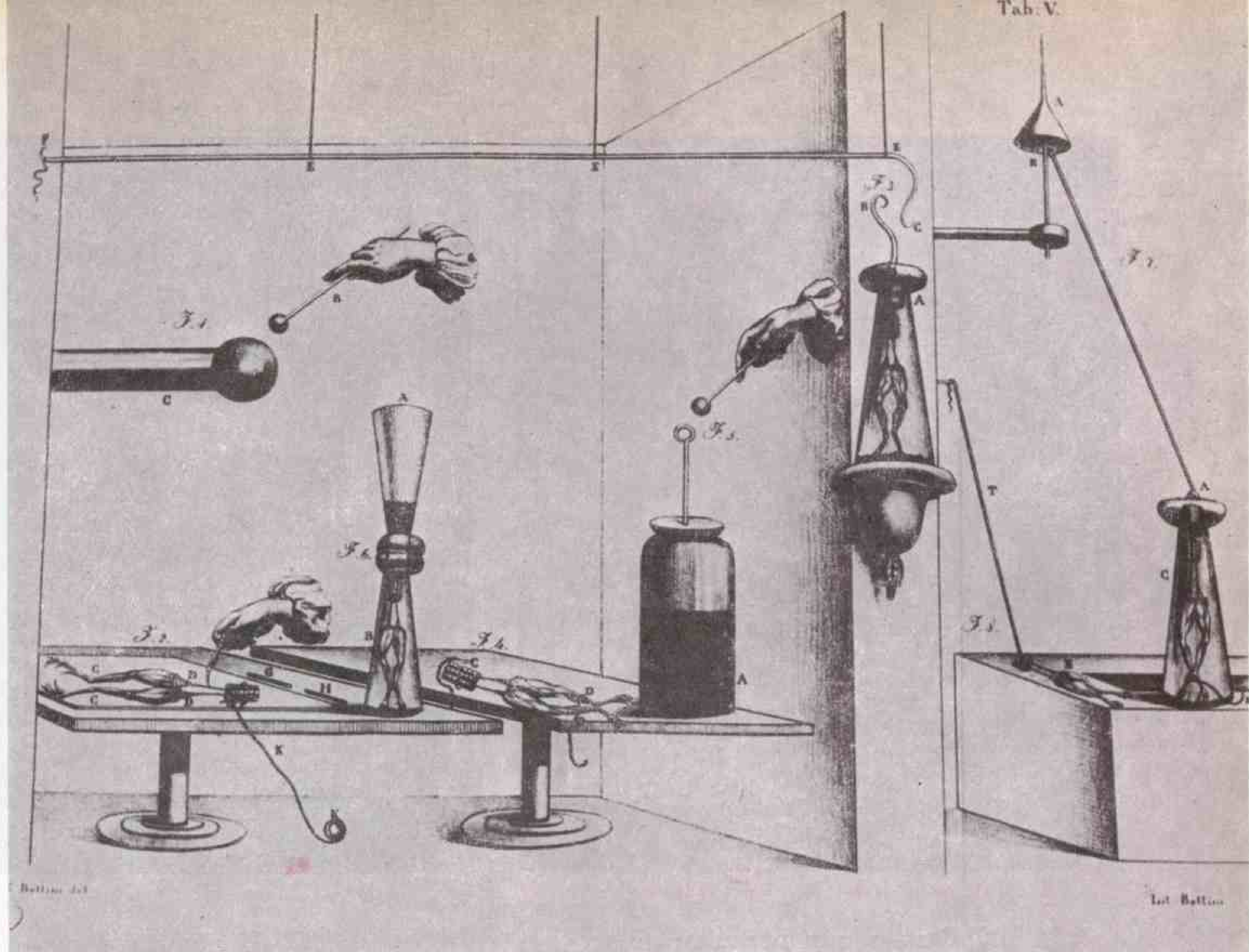
combustión era, pues, todo lo contrario de lo que proponía la química flogística; en lugar de ser emanación de algo que contenían los cuerpos, era una absorción de algo que no estaba antes en ellos. Lavoisier había probado que, en la mayoría de los casos, este algo era el oxígeno del aire. Lavoisier descompuso y recompuso varias substancias, revelando que la materia estaba compuesta de un número limitado de cuerpos simples. Por los trabajos de Lavoisier, proseguidos por Proust, sabemos que en cada cuerpo compuesto los elementos simples entran a formarlo según proporciones constantes y definidas. Así, para formar el agua se necesitan dos partes de hidrógeno por una de oxígeno... ¡Qué infantiles parecen hoy estos conceptos! Sin embargo, ¡qué gran paso! Después de las investigaciones y experimentos de Lavoisier y Proust ya no se habló más de cremas, extractos, mantecas de antimonio o de azufre o cobre, sino de óxidos, sulfatos y nitratos.

En los primeros decenios del siglo XIX se continuó la obra de Lavoisier estudiando, analizando y pesando los cuerpos simples. Se ordenaron en lista preliminar, y Dalton, en su *Nuevo sistema de filosofía química*, formuló la ley de los llamados *pesos específicos*. Las substancias elementales — cuerpos simples — de la Naturaleza se creyeron formadas por átomos, que pesan diferentemente; y, según la ley de Dalton, sus pesos atómicos se ordenan en una serie matemática tan regular, que casi puede predecirse la existencia de un cuerpo desconocido cuando su lugar de la serie no está todavía ocupado por uno de los cuerpos ya descubiertos. El que se toma como unidad es el hidrógeno; el peso de los demás aumenta hasta el uranio, cuyo átomo pesa 238 veces el del hidrógeno.

Esto era ni más ni menos la antigua teoría atómica de Demócrito, el filósofo griego del siglo V antes de Jesucristo, que Galileo había recordado con interés, y Boyle y Newton habían mencionado en sus especulaciones. Después quedó algo olvidada, pero nunca enteramente refutada. La materia se componía de átomos existentes desde la eternidad y destinados a permanecer eter-



Faraday, descubridor del fenómeno de la inducción eléctrica.

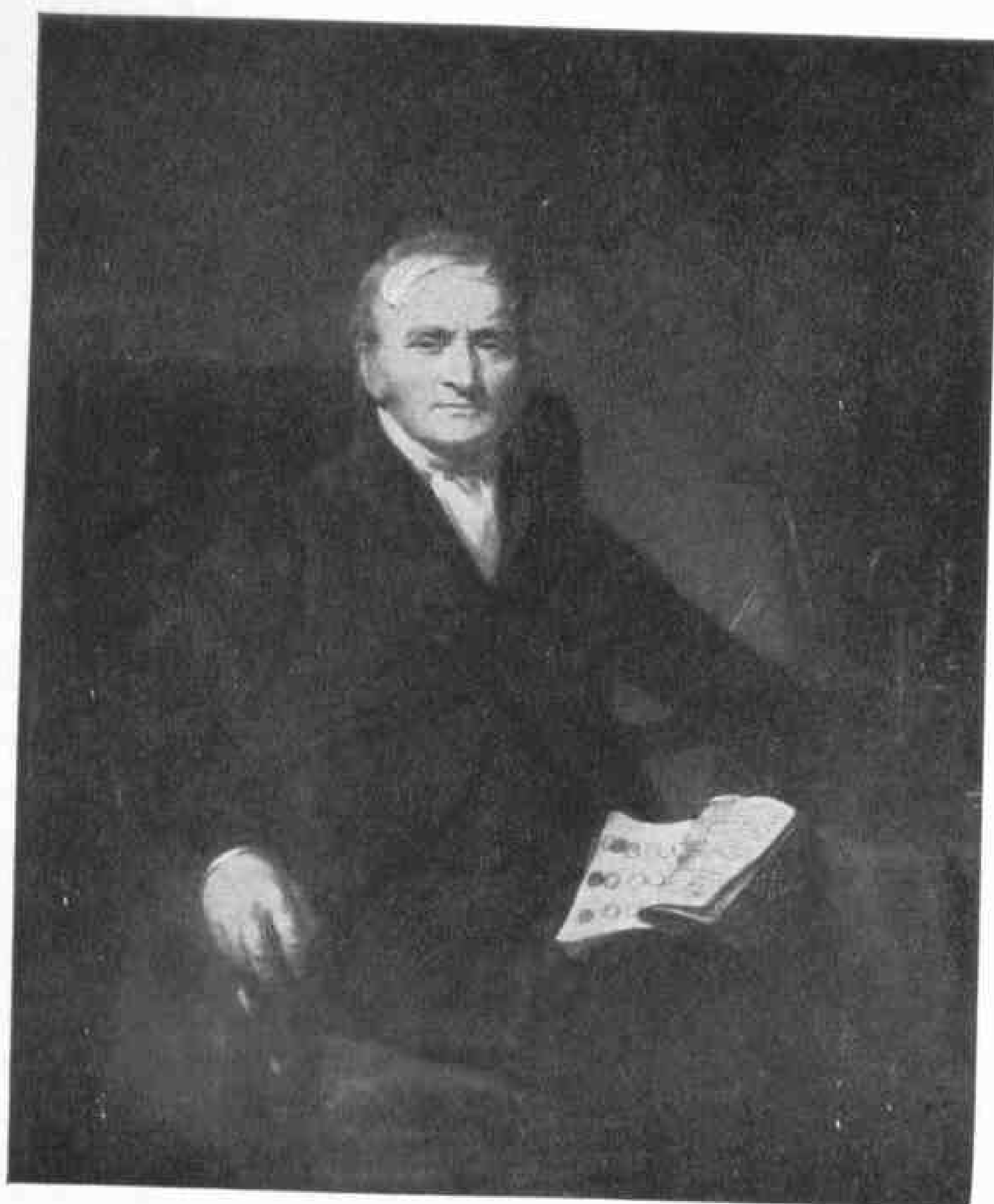


Experimentos de Galvani. Estampa de la época.

namente en su indivisible solidez. Según Demócrito, los átomos eran diferentes en forma y medida, pero idénticos en substancia. Demócrito atribuye las diferentes propiedades de los cuerpos a la variable posición que toman los átomos en los compuestos.

Hasta la regularidad de la serie de los pesos atómicos hizo encontrar razonables las ideas de Demócrito acerca de la unidad de la materia. Se llegó a pensar que una sola substancia más o menos comprimida — el hidrógeno — formaba todo el universo. Esta idea no prosperó; ya entrado el siglo XX, se ha retrocedido en cierto modo al concepto de la unidad esencial de la materia, porque parece que la materia es pura electricidad, pero durante el siglo XIX se creyó que cada cuerpo simple era una substancia homogénea esencialmente distinta de la de los demás. Hay en la creación noventa y dos clases hasta ahora reconocidas de materia (cuerpos simples) que se combinan entre sí para formar las moléculas de los compuestos. Los elementos simples no sólo tienen distinta calidad, sino que se manifiestan con diferente capacidad de mezclarse: un átomo de oxígeno tiene doble voracidad que el hidrógeno, el del nitrógeno triple, el átomo de carbono cuatro veces más. Las moléculas se representan como si fueran poligonales, con vértices donde se insertan los átomos de los cuerpos simples al formarse el compuesto. Así la molécula de ácido clorhídrico tiene un átomo de cloro y uno de hidrógeno, Cl-H; la de agua, dos de hidrógeno y uno de oxígeno, H-O-H; la de amoníaco, un átomo central de nitrógeno y tres de hidrógeno; la molécula del metano o gas de los pantanos, un átomo de carbono rodeado de cuatro de hidrógeno.

Estas ideas de la constitución de la materia según los químicos del siglo XIX eran puras hipótesis. Nadie podía ver una molécula o un átomo porque debía de haber millones de ellos en un milímetro cúbico.



John Dalton, según pintura al óleo por R. R. Faulkner. (Royal Society.)



Sir Humphrey Davy, por Thomas Lawrence. (Royal Society.)

Pero como hipótesis sirven admirablemente para estudiar las reacciones de los diferentes elementos y explicar de manera algo ingenua su comportamiento químico.

Simultáneamente los físicos estudiaban las cualidades que podríamos llamar exteriores de la materia: frotamiento, adherencia, capilaridad, elasticidad, etc. Lagrange formuló los principios matemáticos de la mecánica, y Cauchy, Carnot, Hertz y Jacobi añadieron nuevos teoremas que regulan la acción de las fuerzas sobre los cuerpos produciendo fenómenos de movimiento. Estas fórmulas matemáticas de la mecánica de Lagrange y sus continuadores las empleamos todavía, pero la verdadera esencia de las fuerzas continúa tan enigmática como lo era para los griegos. Así, por ejemplo, no comprendemos la causa de la fuerza centrífuga, y es un misterio completo la razón de la más importante de estas fuerzas universales de la materia, o sea la gravitación. Para facilitar por lo menos su comprensión, Lamé lanzó la idea del éter, tan hipotética como la del flogisto. Nunca se aclaró por sus propugnadores si el éter es o no es materia enrarecida; se supone que ha de existir algo que llene los espacios interestelares e intermoleculares y que este algo es el éter. Pero su existencia la presuponemos solamente, porque la imaginación se resiste a aceptar la idea del vacío absoluto y porque no comprendemos que los cuerpos puedan atraerse a distancia sin un agente para transmitir sus atracciones. Y a este agente imaginario lo llamamos *éter*. Pero desconocemos sus cualidades.

El éter era también conveniente para explicar la electricidad, que puede decirse que fue descubierta en 1800 por Volta. Antes sólo se conocían los fenómenos eléctricos producidos por frotamiento y la electricidad de la atmósfera, pero, en 1780, Galvani había observado que el contacto de un conductor cargado de electricidad obtenida por frotamiento hacía mover los nervios de

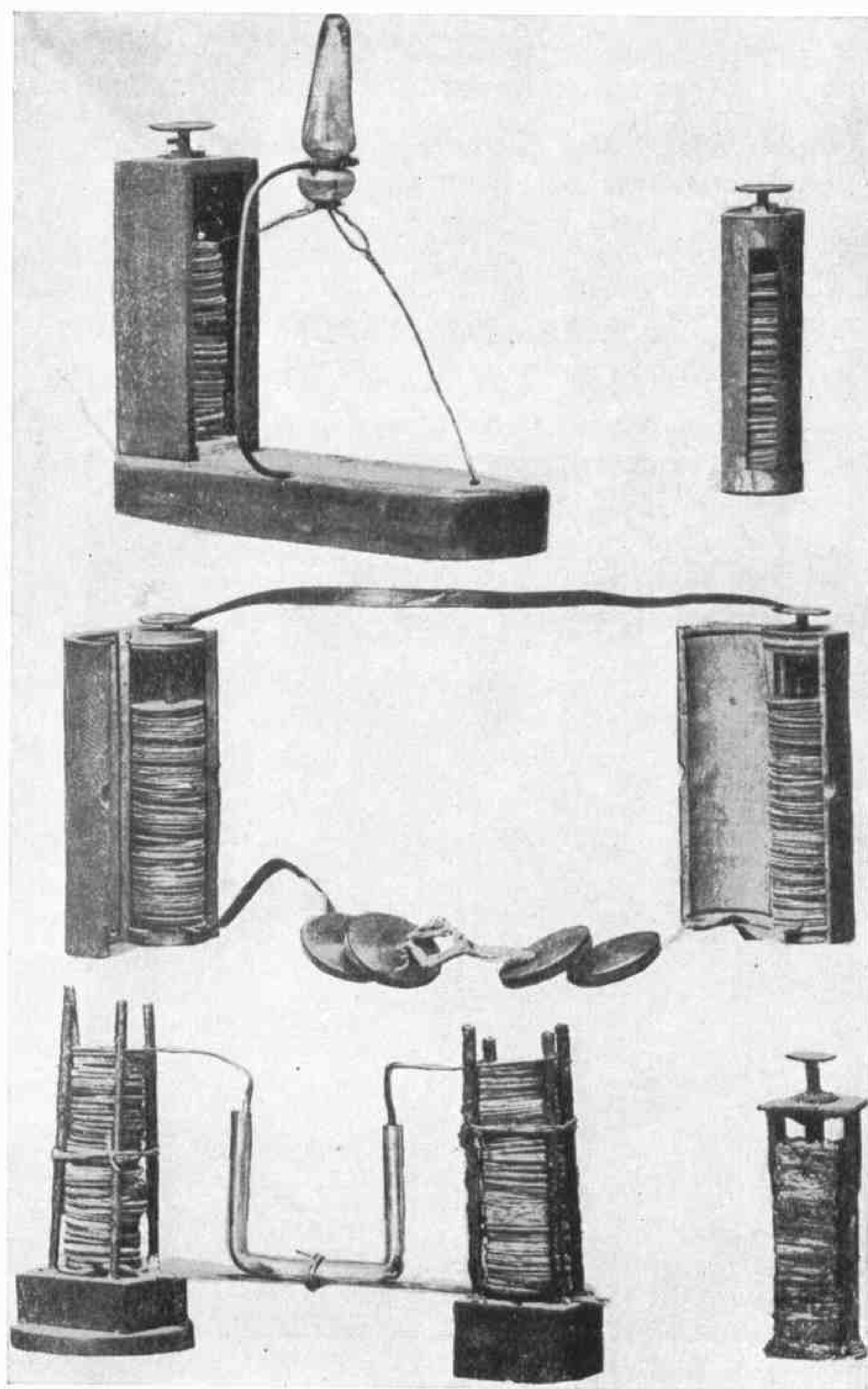
unas ranas despellejadas. Se creyó al principio que la electricidad era puramente animal, que era una fuerza que estaba activa o latente en la materia viva, y por esto se habló de magnetismo.

Repitiendo Volta los experimentos de Galvani, observó fenómenos eléctricos producidos por agentes que no tienen nada que ver con la vida; notó que un trapo húmedo entre dos metales desarrolla electricidad y esto le llevó a inventar su pila. El nombre de *pila* proviene de su forma: las primeras pilas de Volta eran columnas con series de discos metálicos separados por rodajas de lana húmeda. Poco después inventó Volta la pila con los metales sumergidos dentro de un líquido ácido, que es ya en principio la pila que usamos hoy. En marzo de 1800 comunicó Volta a la *Royal Society* de Londres el descubrimiento de su pila, y en noviembre del mismo año la presentó personalmente al Instituto de París, haciendo experimentos de choques y chispas eléctricas. Parece extraño que aquellos insignificantes efectos de la electricidad engendrada por la pila primitiva pudieran causar sensación a sabios y profanos; nadie podía sospechar el tremendo porvenir de la minúscula fuerza que allí se manifestaba. Con todo, Bonaparte pidió al Instituto que otorgara a Volta la medalla de oro y le nombró conde y senador de su República Cisalpina.

Desde aquel momento los descubrimientos se suceden rápidamente. En Inglaterra, Carlisle, operando con una serie de dieciséis pilas, notó que la electricidad descomponía el agua. Davy, operando con una batería de 250 pilas, descompuso la potasa cáustica, y en el polo negativo recogió el potasio. Hecha la misma operación con la sosa, separó el sodio. El propio Davy, en el año 1812, con una batería formidable de pilas Volta, hizo pasar la electricidad por dos bujías de carbón y produjo el arco voltaico, cuya temperatura funde todos los metales, incluso el platino. El cuarzo, el zafiro y el magnesio se licuan en la llama del arco voltaico y el diamante se quema completamente. Así, en pocos años, con la electrólisis, o separación de los cuerpos al pasar electricidad a través de ellos, y la fusión conseguida con el arco voltaico, se trastornaron por completo las ideas que tenían los físicos y químicos acerca de la materia y sus propiedades. La electricidad se convertía en luz y calor, y se sospechó que el calor y la luz podían convertirse en electricidad.

La transformación de la electricidad en

Pilas primitivas empleadas por Volta para: 1, descomponer el agua; 2, agitar las ranas despellejadas, y 3, descomponer la sal de cocina en un tubo de agua salada.



fuerza mecánica, y viceversa, fue descubierta gradualmente. Arago, en 1820, había observado que las limaduras de hierro eran atraídas al pasar una corriente eléctrica cerca de ellas; Boisgiraud, el mismo año, observó que una aguja de acero flotante en el agua también se desviaba; Ampère es el verdadero fundador de la electrotecnia. Por lo menos acertó a imaginar una teoría que explicara su funcionamiento. Para Ampère, la electricidad era un fluido — el fluido eléctrico — que circulaba por los hilos conductores, iba del polo positivo al negativo; las corrientes eran ya en cierto modo movimiento. Ampère empleaba, por lo tanto, la palabra electrodinamismo en lugar de electromagnetismo, que sugería todavía el magnetismo animal y los experimentos de Galvani. El libro de Ampère, *Théorie des phénomènes électro-dynamiques déduits de l'expérience,* publicado en 1826, se ha comparado en importancia al *Libro de los principios,* de Newton.

Alessandro Volta.
Sobre la mesa, la pila y el voltámetro.



Pero el fenómeno llamado de *inducción,* o producción de una corriente eléctrica en un circuito metálico acercando otro circuito cargado de electricidad o simplemente un imán, fue descubierto por Faraday, hijo de un herrero de Londres. En 1821, a la edad de treinta años, empezó a ocuparse en electricidad. Prosiguiendo los experimentos de Ampère, Faraday colocó dos circuitos metálicos uno al lado del otro; uno de los circuitos estaba electrificado y Faraday creía que la corriente del electrificado produciría una corriente simpática en el vecino... No ocurrió así, sino que sólo al pararse la corriente inductora el circuito vecino se cargó misteriosamente de electricidad. Era un efecto a distancia, que podía también producirse con un imán: acercando o retirando un imán de un circuito sin electricidad se producían descargas eléctricas... Y si acercando o separando un imán de un circuito se producía electricidad en aquel hilo *muerto* antes de *inducirlo* el imán, también, viceversa, haciendo pasar una corriente por un circuito se podía atraer a un imán. Así tenemos ya electricidad convertida en movimiento y movimiento convertido en electricidad: el imán, al acercarse al circuito, producía corriente; la corriente, pasando por el circuito, acercaba el imán. En este sencillo descubrimiento de Faraday se fundan todas las dínamos y motores eléctricos que tenemos hoy en el mundo.

El fenómeno de la inducción, que origina una corriente por la vecindad de otra electrizada, hizo reflexionar acerca de la naturaleza de la electricidad. Primero, con los experimentos de Galvani, se había creído que la electricidad era un fenómeno biológico; después Volta creyó que era un fluido especial, independiente, que corría por los hilos o estaba en los imanes. Pero la inducción no se explicaba con esta hipótesis; los circuitos inductor e inducido estaban separados, y ¿cómo podía el fluido eléctrico pasar del uno al otro, salvar la distancia sin notarse chispas ni efectos eléctricos en el aire? Maxwell fue el primero que trató de explicarlo con la idea de que la electrici-

dad podía transmitirse por el éter, que ya hemos dicho que llenaba los espacios intermoleculares e interestelares. Esta idea fue aceptada en seguida por Hertz en Alemania y Henry en América. Parecía corroborada por la circunstancia de que la luz, también transmitida por el éter, y la electricidad tenían casi la misma velocidad. Se había medido y daba para ambas, con los métodos imperfectos de entonces, casi la misma: 300.000 kilómetros por segundo. Con este dato, Maxwell llegó a creer que la luz era un fenómeno electromagnético. Faraday, en el año 1845, había insinuado ya lo mismo, diciendo: «...por fin he logrado electrificar un rayo de luz y he iluminado una corriente eléctrica».

Simultáneamente se hacían esfuerzos para apreciar la relación del calor y la luz; el calor con la expansión hace vibrar placas metálicas y produce ruidos; la luz hace mover las aspas de un molinito encerrado dentro de un recipiente de cristal en el que se ha hecho el vacío. Así, después del concepto fracasado de la unidad y uniformidad de la materia, aparecía el análogo concepto de la unidad y uniformidad de la energía. Parecía seguro que la cantidad de energía almacenada en el universo era siempre la misma: podía transformarse de un tipo de energía en otro, pero en cantidad no aumentaba ni disminuía. Se calcularon las cantidades de energía, se *pesó*, por decirlo así, el movimiento, la luz, el calor y la suma después de las transformaciones era la misma. Elevar en un grado la temperatura de una libra de agua, según Joule, representaba un trabajo igual a elevar la misma agua 778 pies. Imagínense las consecuencias; viceversa, calentando un grado una libra de agua se podía elevar un peso de 778 libras a un pie de altura o una libra a 778 pies, y haciendo hervir el agua que estaba a cero se podían elevar 77.800 libras si no había pérdidas en el mecanismo.

Pero ¿cuál era la causa o la naturaleza de esta energía que se transmite produciendo cambios físicos y químicos en las substancias? ¿Qué es lo que transforma la electricidad en luz, en movimiento, y viceversa? A principios del siglo XIX se creía que era el calor. Lavoisier, observando el calor que se origina en las reacciones químicas, había enunciado textualmente que «el calor es la fuerza viva que resulta de movimientos insensibles de las moléculas de los cuerpos». Rumford, preocupado, obsesionado por el misterio del calor, se pregunta: «¿Es que habrá algo que podríamos llamar fluido ígneo?»



Sadi Carnot, a la edad en que enunció por primera vez la segunda ley de termodinámica.

Se desprendía calor cuando se agitaban o rozaban los cuerpos, y parecía el factor más importante del movimiento; el calor mantenía las moléculas unidas y obligaba a los átomos a combinarse para formar la molécula. Si tal era la correlación entre el calor y la energía, el calor podría servir para medir las fuerzas y el movimiento: por tantos grados de calor, una máquina (descontando las pérdidas por rozamiento)

producía un número proporcionado de caballos de fuerza y, por consiguiente, trabajo. Así se originó casi una ciencia aparte, la llamada *termodinámica,* cuyas primeras leyes formuló Sadi Carnot; no había duda de que a cierta cantidad de calor correspondía una cantidad de movimiento o de trabajo que podía medirse con fórmulas matemáticas.

Sin embargo, el calor-teórico, el calor-energía, es algo tan imaginario como el flogisto y el éter; es un elemento abstracto, hipotético y romántico que sirve para medir los fenómenos físicos y químicos, pero diferente del calor-calor. Berthelot en 1853 formuló la ley capital de la termoquímica, que demuestra que el calor tiene, por lo que toca a las reacciones químicas, fantasías especiales de comportamiento. La ley de Berthelot dice así: «En toda combinación química se forma aquel compuesto para cuya producción se libera más calor.» Es decir, que si dos o más cuerpos simples se ponen en un recipiente y se pueden formar con ellos varios tipos de compuestos, se forma aquel que se calienta más al formarse.

La idea algo abstracta del calor-agente se desechó para ser substituida por la hipótesis del éter que llena los intersticios de la materia y transmite la energía. El calor es ya un subordinado del éter. El calor es también vibración y el éter lo transmite como el aire transmite el sonido. Pero ¡qué comparación más romántica! El aire es; el aire se mueve en realidad, las ondas del sonido se perciben mecánicamente, hacen vibrar la membrana de un tambor. El éter no es, y pensar en sus vibraciones es tratar de explicar lo que existe con lo que no existe... Sin embargo, todo ocurre como si existiera, y las ondas de este éter que no existe se calculan en fórmulas matemáticas como antes el calor; con ellas se construyen máquinas que marchan a la perfección. La irracionalidad de las hipótesis hoy no nos preocupa; sabemos que las hipótesis son más instrumentos de trabajo que explicaciones de los fenómenos. Pero en la época romántica las hipótesis se creían realidad, y parecía probarlo el que hechos nuevos venían a confirmarlas. A veces un fenómeno se explicaba con dos hipótesis distintas.

La óptica también prosperó con la hipótesis del éter. Newton creía que la luz era algo que se exhalaba o emitía por los cuerpos luminosos. Al introducirse la idea del éter vibrando para transmitir la luz, quedaba inexplicado que las ondas luminosas no se desparramaran como las ondas del sonido, y que la luz y la sombra luminosas tuvieran una definición tan exacta. Fresnel desvaneció estas dificultades y lanzó la teoría de que el color de la luz — mejor dicho, los colores — depende de la diferencia de las vibraciones de las ondas del éter que conducen la luz a la retina.

Contemporáneamente a las explicaciones más o menos arbitrarias de la naturaleza de la materia y algunas de sus propiedades, la ciencia romántica trató de explicar el mecanismo del universo y las peculiaridades del globo terrestre. Laplace publicó en 1796 su *Sistème du Monde,* donde, después de hacer historia de la astronomía, expuso la idea de la formación de las estrellas desprendidas de una *nebulosa* de gases incandescentes provista de un movimiento de rotación. En otra obra titulada *Mecánica celeste,* Laplace completó la hipótesis con cálculos y detalles aparatosamente científicos. El libro hizo sensación, casi escándalo; cuéntase que al ser presentado Laplace a Napoleón, éste se lo reprochó diciendo: «Monsieur Laplace, me dicen que no habéis puesto a Dios en esta voluminosa descripción del universo...», y que al contestar Laplace que no había tenido necesidad de tal *hipótesis,* Napoleón replicó, como un pragmatista moderno: *Ah, c'est une très belle hypothèse; ça explique beaucoup de choses.*

Y, efectivamente, las hipótesis han servido para explicar muchas cosas desde los tiempos románticos hasta acá. Así, por ejemplo, Herschel, un alemán emigrado en Inglaterra, descubrió con el telescopio un planeta, Urano, más allá de los que habían

conocido los antiguos y que parecían los únicos dueños y señores posibles de los cielos. Pero los movimientos del planeta Urano estaban perturbados por un agente extraño que no podía explicarse más que por la existencia de otro planeta todavía en el sistema solar. Leverrier precisó matemáticamente en 1846 la posición del planeta desconocido. Le dio el nombre de Neptuno. En efecto, tres semanas después Galle, de Berlín, lo divisó con el telescopio en el lugar señalado, pero Leverrier nunca quiso rebajarse a contemplar con los ojos aquel cuerpo celeste que había descubierto con la mente. Para él, Neptuno era una fórmula, más que un cuerpo celeste animado de movimiento.

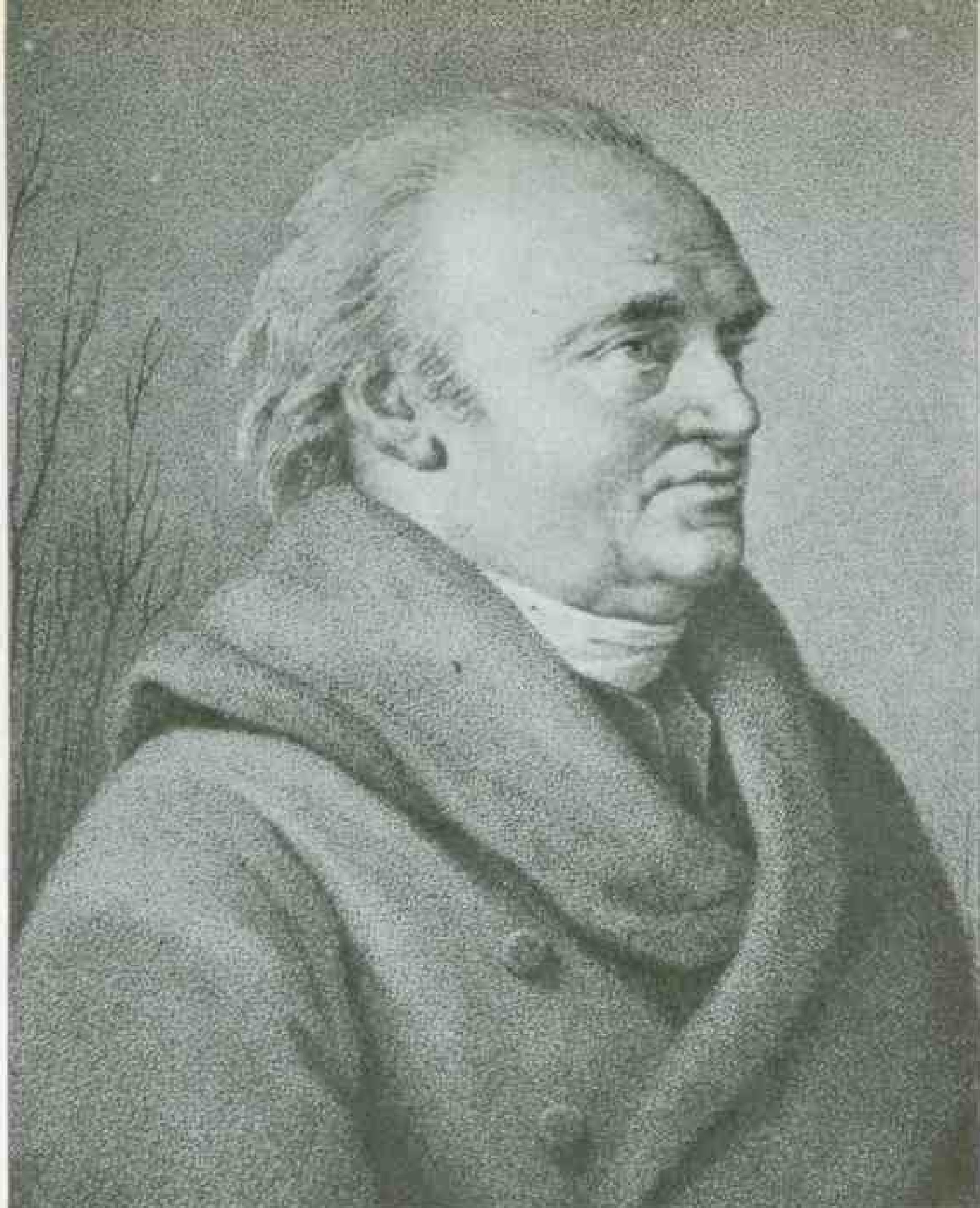
No sólo el cielo se pobló de nuevos astros, sino que hasta se pudo llegar a averiguar de qué substancias estaban formados el sol, los planetas y las estrellas. Estas eran diferentes, no sólo en medidas, sino en calidad. Herschel compara el cielo a un jardín con multitud de plantas. En el jardín de las estrellas unas son frescas y jóvenes, otras se secan, otras se dividen y procrean. El análisis de la composición química de los cuerpos estelares se hizo y se hace todavía con el espectro de su luz. Espectro es la faja de colores en que se descompone la luz al atravesar un prisma. Va del rojo al violeta. Newton lo había ya descrito, pero Fraunhofer, en 1814, notó que la faja del espectro estaba interrumpida por rayas y que éstas aparecían lo mismo en el espectro de la luz del sol que en el espectro de la luz de las estrellas.

Herschel anticipó que las rayas del espectro podían servir para el análisis químico, pues quemando un cuerpo en una llama la presencia o ausencia de ciertas rayas podía representar la presencia o ausencia de un elemento simple en el cuerpo compuesto que se quemaba. Kirchhoff y Bunsen inventaron métodos más precisos de análisis espectral, descubriendo con su auxilio nuevos elementos, o cuerpos simples. La comparación del espectro de la llama donde queman los cuerpos terrestres y el espectro de la luz de los cuerpos estelares probó que éstos contienen los mismos elementos que encontramos en la tierra. Hay algunas excepciones: parece que el Sol no tiene litio, o lo tiene en pequeñísimas cantidades; en cambio el helio, que se descubría en la masa solar por unas rayas que parecían ser exclusivas del astro por su manifestación en el espectro, fue descubierto también en la cleveíta.



Retrato de Laplace, publicado en la obra de Quetelet *Théorie des Probabilités*, año 1855.

Conocida la materia que formaba los astros, ¿cuál era el aspecto global del que nosotros habitamos? La primera descripción científica de la *haz de la tierra* fue intentada por Alejandro de Humboldt con su libro *Kosmos*. El barón de Humboldt era un aristócrata prusiano, de abundantes recursos. Acompañado de un naturalista francés, Bonpland, Humboldt viajó durante los años 1798 a 1805 por la América española. Desde 1828 a 1830 viajó por el Asia rusa, llegando hasta China. Con el material recogido en sus exploraciones, Humboldt regresó a París y allí compuso un libro admira-



F. W. Herschel.
Grabado contemporáneo de Fr. Rehberg.

ble, tanto por su estilo como por la variedad de conocimientos que revela. Humboldt, además de la forma de los continentes con sus depresiones y montañas trató de explicar las grietas gigantescas de los océanos, la causa de las tempestades tropicales y los ciclones, las variaciones de intensidad de la fuerza magnética, la actividad de los volcanes, los terremotos, marcó en el mapa de la Tierra por primera vez las líneas isotermas o de igual temperatura; en una palabra, la geografía de Humboldt es más que una pura descripción o anatomía de la Tierra; es casi una fisiología y psicología del planeta. El cuarto y último volumen del *Kosmos* de Humboldt se terminó poco antes de su muerte, en 1858, cuando el autor frisaba en los noventa años.

Los primeros volúmenes del *Kosmos* espolearon a otros a realizar investigaciones del mismo tipo. En 1831, el Almirantazgo inglés envió el buque *Beagle* «para estudiar la costa de la Patagonia, Tierra del Fuego, Chile y Perú, lo mismo que ciertas islas del Pacífico, y hacer mediciones geodésicas y geológicas alrededor del mundo». El viaje se hacía «por objetivos exclusivamente científicos». Como «naturalista» adscrito a la expedición iba Carlos Darwin, que después publicó un libro con sus observaciones: *Voyage of the Beagle.*

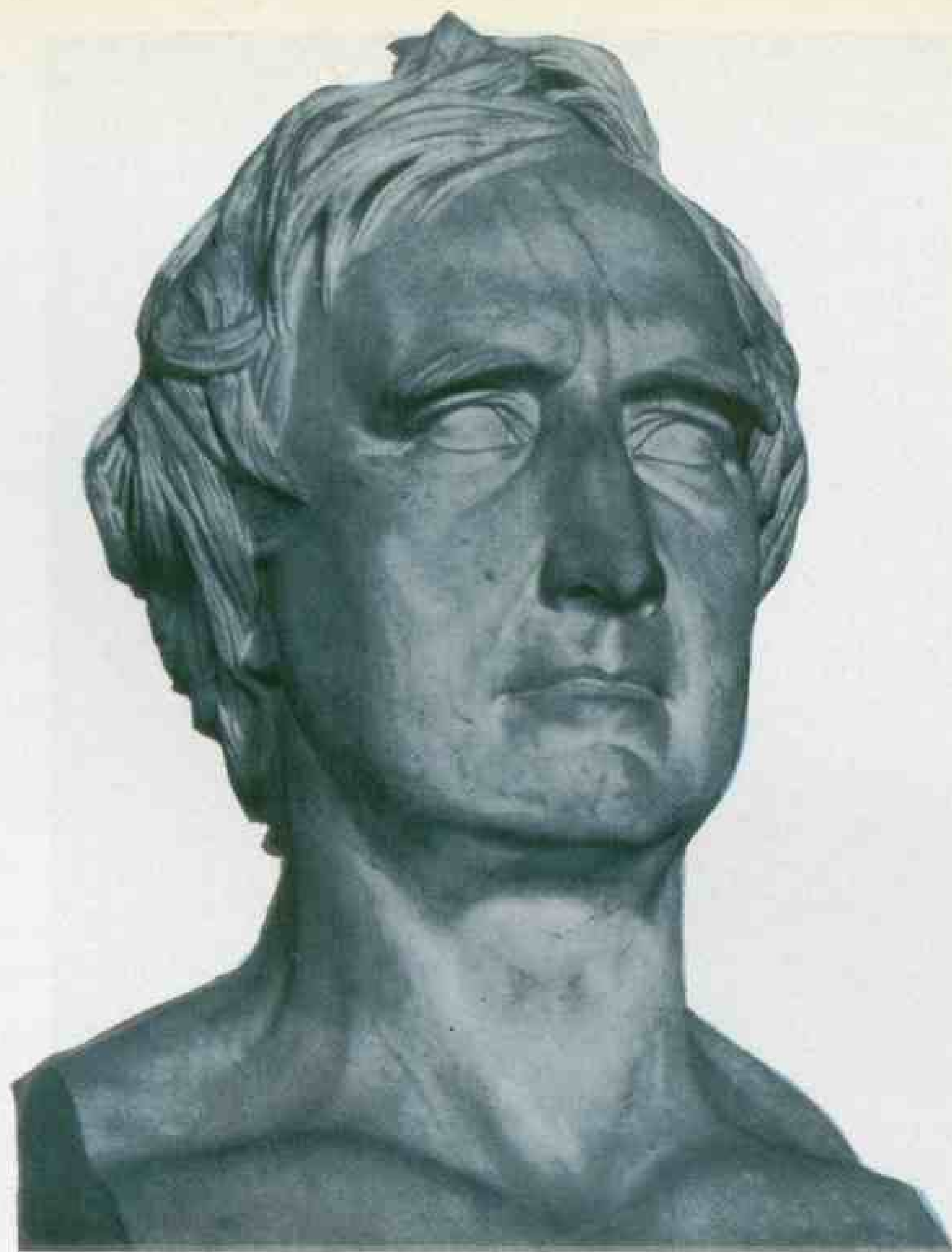
A esta expedición científica, honra de la marina inglesa, siguieron la del buque *Rattlesnake* a los mares australianos, llevando como médico adscrito a Th. Huxley, campeón de las ideas de Darwin acerca de la evolución, y la del *Challenger,* que debía navegar muchos años por el Atlántico y el Pacífico para recoger «todos los datos posibles en materia de oceanografía, historia natural y cuanto pudiera creerse de interés científico a juicio de los navegantes».

Viajeros y exploradores empezaron a notar en la superficie del planeta señales de erosión y levantamientos que revelaban gran antigüedad. La doctrina tradicional



El naturalista Georges Cuvier,
por David D'Angers. Museo del Louvre.

de la formación de la Tierra parecía estar también en desacuerdo con la presencia de fósiles de animales en terrenos antiquísimos. Los filósofos griegos se habían ya preocupado de los fósiles, pero no habían sabido encontrar más explicación de su existencia en el seno de las rocas sino que la Naturaleza tiende a producir formas y que cuando no puede crearlas vivas y animadas, las forma de piedra inerte. Consideraban los fósiles como *ludus naturae* (bromas de la naturaleza) y resultado de una *vis plastica* (energía o voluntad plástica) del mundo. En la Edad Media los fósiles se creyeron tretas del diablo, que intentaba imitar la obra del Creador. Bernard Palissy fue el primero que reconoció en los fósiles reliquias de animales y plantas petrificados, y en el siglo XVIII se empezaron a coleccionar como tales. A principios del siglo XIX, en pleno período romántico de la ciencia, Jorge Cuvier intentó la reconstrucción de animales desaparecidos, *antediluvianos,* con los restos de fósiles y huesos que se descubrían en los alrededores de París. Para explicar la desaparición de estas faunas que habían poblado antes el planeta propuso una serie de *catástrofes.* Era evidente que se necesitaba más de un diluvio, para tantas capas de fósiles sumergidos en los terrenos, pero creía que después de cada catástrofe algunos seres vivos que habían escapado a la destrucción en islas u oasis se extendieron de nuevo sobre la tierra seca.



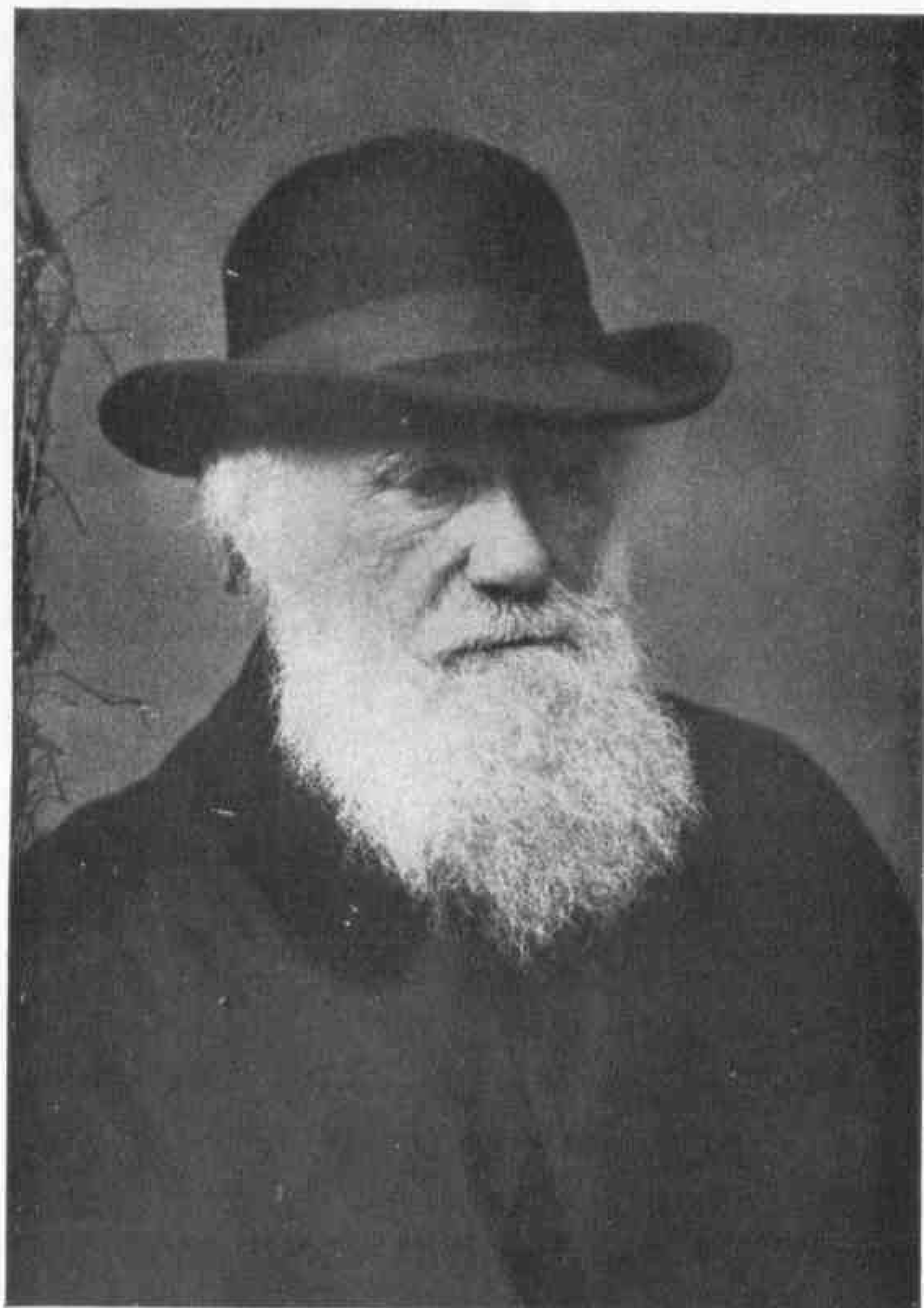
François Arago, por David d'Angers. Museo del Louvre.

Cuvier sólo conocía las montañas del macizo central francés y los Alpes, que se prestan a esta interpretación; más adelante, cuando la geología se convirtió en una ciencia, no se pudo sostener la tesis de las catástrofes y hubo necesidad de explicarlo por largos períodos de enfriamiento.

La sistematización científica de los conocimientos geológicos había comenzado ya en el siglo XVIII con la obra del escocés Hutton, *Teoría de la Tierra.* Según Hutton, muchas de las actuales rocas derivan de otras más antiguas por erosión del viento y de las aguas. Este proceso de destrucción y sedimentación continúa todavía; no hay, pues, necesidad de proponer fenómenos catastróficos para explicar lo que ocurrió en



Geoffroy St.-Hilaire, fundador de la moderna anatomía comparada.



Charles Darwin, propugnador de la teoría de la evolución de las especies, pocos meses antes de morir.

otras edades. Hutton era sólo un aficionado a observar los terrenos como tantos otros, pero sus ideas geniales fueron la directiva de los estudios metódicos de Charles Lyell. Este era ya un graduado de Oxford, que pudo viajar y compilar bastantes datos para sus *Principios de Geología.* Lyell desterró de sus *Principios* todo cuanto era fantasía y superstición, y trató de explicar lo remoto por lo presente, lo que ocurrió en anteriores períodos geológicos por lo que ocurre ahora en la Tierra. Posteriormente Lapparent, D'Orbigny y otros continuaron los estudios de estratigrafía de las diferentes capas de terrenos, dividiendo la historia del planeta en cuatro períodos: primario, secundario, terciario y cuaternario. Cada uno de éstos se subdivide en otros períodos, a los que se dieron nombres derivados de los lugares donde aquel terreno se manifiesta más francamente, como el jurásico, que recibe su apelación del Jura.

Mientras tanto se hacían esfuerzos para averiguar algo del fenómeno más sensacional que se manifiesta sobre la corteza terrestre, o sea la vida. Empecemos por las teorías generales. Linneo, a fines del siglo XVIII, consideraba el universo creado definitivamente por Dios para que le honre y glorifique. Pero expresa su fe o su duda diciendo que el Señor del Universo «puede llamarse Destino o Fatalidad, porque todo depende de su decisión; puede llamarse Naturaleza, porque todo emana de El; puede llamarse Providencia, porque todo ocurre según su voluntad». La vida, según Linneo, se mantiene por la respiración con auxilio de un *fluido vital.*

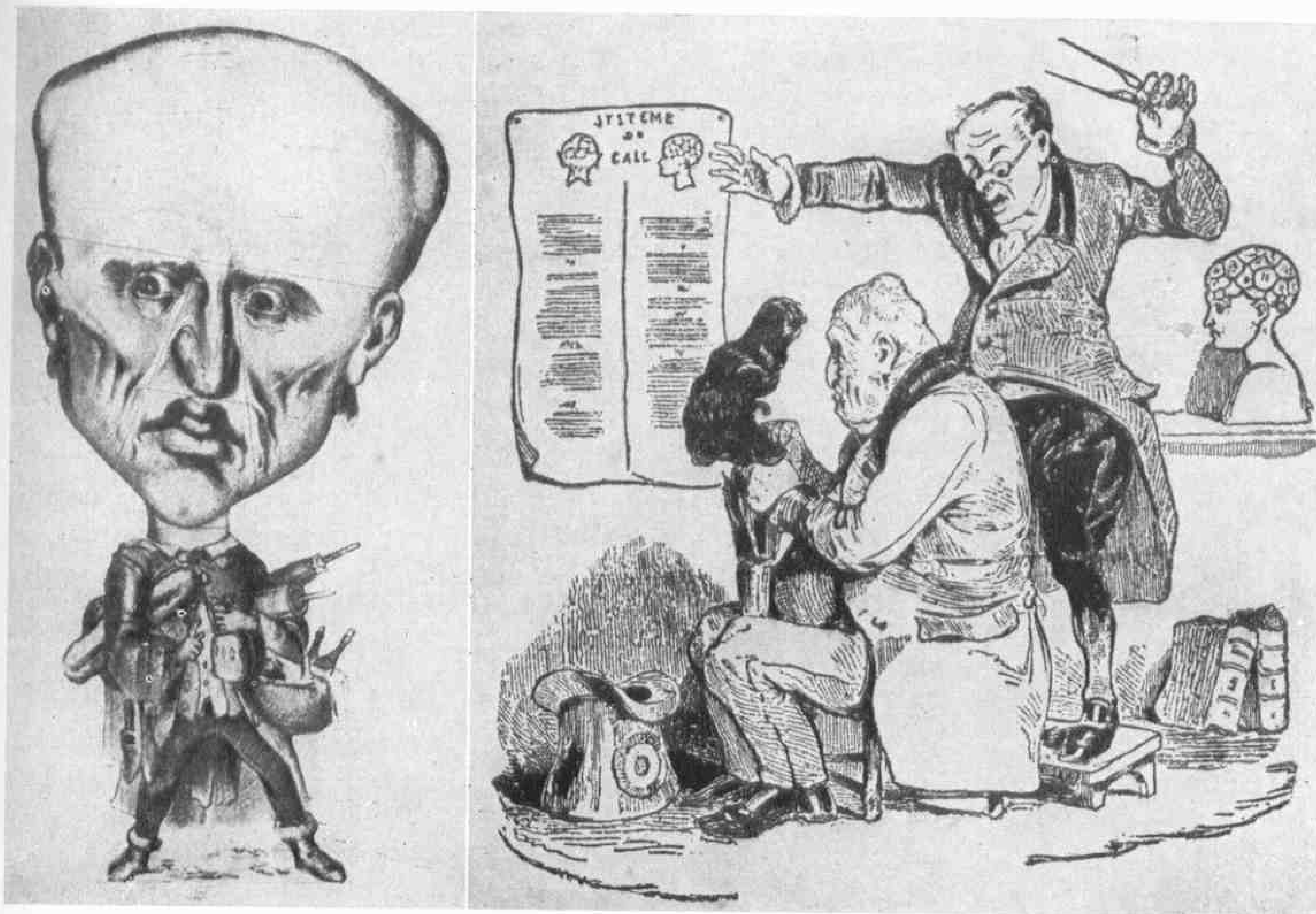
Buffon, «jardinero del rey» o director del Jardín de Plantas de París, trató también en el siglo XVIII de ser más preciso que Linneo. Influido por Voltaire, se resiste a creer que el origen de la vida sea un acto particular de la Creación; la vida, dice, no es una cualidad metafísica de las criaturas vivientes, sino un fenómeno físico de la materia. Para explicar las diferentes formas que toman los seres vivos, Buffon presupone una serie de «moldes internos», inherentes a la Naturaleza y que la obligan a organizarse según dichos moldes. Qué son, y por qué son estos moldes internos, ni siquiera trata de explicarlo Buffon; queda más vago todavía que la causa primera aceptada por Linneo.

No continuaremos con las hipótesis acerca del origen de la vida expuestas por los filósofos naturalistas románticos, porque la mayoría eran puros panteístas. Más original es el concepto de Erasmo Darwin, muerto en 1820, abuelo del evolucionista, también naturalista, que concebía la vida originada por la propiedad de *irritarse* de ciertas fibras que son la substancia básica de todos los cuerpos animados. Pero al comenzar el siglo XIX, como no podía menos, la vida se hizo depender de un fluido, una especie de fuego, que Lamarck llama fuego etéreo. Se transmite por la fecundación del embrión y produce lo que se llama *orgasmo vital,* fenómeno que mantiene las molécu-

las del cuerpo vivo en estado de tensión, asignándoles lugar y servicio en cada órgano. La sangre, según Lamarck, secreta el fuego etéreo y lo distribuye por el cuerpo mediante el sistema nervioso.

Los primeros trabajos de química orgánica habían manifestado claramente que la materia viva se componía de las mismas substancias que encontrábamos en los minerales. Esto animó a Berzelius a regresar al concepto de Buffon desechando todo agente extraordinario para explicar la vida. «Debe de ser una consecuencia necesaria de la combinación de los elementos inorgánicos cuando están dispuestos como en los cuerpos vivos...» «Aunque no parezca razonable..., sin embargo, nuestro juicio, nuestra memoria, nuestras reflexiones, lo mismo que los mecanismos del cerebro, del abdomen, de los pulmones, son puramente resultados de combinaciones químicas de un tipo superior a las que forma normalmente la materia inorgánica.»

A principios del siglo XIX se había ya perfeccionado el microscopio hasta el punto de distinguir el núcleo de la célula. Blainville fue el primero que declaró, con una confianza que todavía influye en nuestros juicios, que la célula es el elemento esencial de la vida. Las moléculas, absorbidas y expelidas por las células, forman como una especie de torrente circulatorio; el cuerpo orgánico es un gran crisol donde se transforma la materia. Cuál sea el impulso que produce esta composición y descomposición no lo declara Blainville.



El médico frenópata. — El doctor Gall, iniciador de la frenología, examinando el cráneo del rey Luis Felipe cuando se ha quitado la peluca.

Pero la mayor contribución a la biología moderna de esta época romántica fue el progreso de la ciencia que hoy llamamos anatomía comparada. No era enteramente nueva, ya que Aristóteles y Galeno se habían fijado en las semejanzas y discrepancias de los órganos de los animales. En el siglo XVIII investigadores como Hutton, Buffon y Dauberton habían hecho de la comparación de los órganos de los seres vivos un estudio especial.

En 1805 Cuvier publicó unas *Leçons sur l'anatomie comparée,* en las que con sobriedad y elegancia francesa puntualiza la mayoría de los casos de analogía y diferenciación en los órganos de los animales estudiados hasta entonces desde aquel punto de vista. Cuvier no va más allá de fijar datos; sólo añade una teoría algo peligrosa de correlación: «Si un órgano cambia por alguna causa exterior, de casi todos los otros puede predecirse en qué sentido cambiarán.» Por lo tanto, si un animal de tipo herbívoro se convierte en carnívoro, no sólo cambian sus dientes, sino que aparecen las garras para capturar la presa; el aparato digestivo y las secreciones, los órganos de la vista y del olfato han de cambiar correlativamente. Hoy se ha probado que no es exacta esta teoría de la correlación, que parece tan sensata. El elefante, por ejemplo, tiene grandes dientes, y sin embargo no mastica las hojas que engulle.



A. R. Wallace, propugnador de la teoría de la selección para explicar la evolución.

Los verdaderos fundadores de la moderna anatomía comparada, ya en pleno siglo XIX, fueron Geoffroy Saint-Hilaire y Vicq d'Azyr. Ambos creyeron encontrar tales pruebas de progreso continuado en la serie de los órganos de las diferentes especies zoológicas, que permitían asegurar que cada especie derivaba de otras anteriores, y todas de materia orgánica casi amorfa, o protoplasma. Esta idea pareció reforzarse con el estudio de los embriones; todos empezaban siendo casi idénticos, poco a poco se iban complicando con más elementos y en los animales llamados superiores los órganos conseguían con el tiempo su máxima complicación.

Lamarck, profesor de zoología en París, trató de explicar los cambios por una teoría que llamó *transformismo*. Se basaba en cuatro leyes que él creía esenciales de la materia orgánica: la vida tiende a aumentar hasta un cierto límite que está en la naturaleza de cada ser; los órganos cambian según las necesidades; nuevos órganos se desarrollan si es necesario, y, finalmente, los cambios ocurridos en los organismos padres, según las tres leyes anteriores, se transmiten a su descendencia. He aquí el ejemplo clásico: las jirafas tienen el cuello largo porque poco a poco han tenido que comer hojas de ramas cada vez más altas.

La segunda explicación de los cambios que se notaban en los organismos según los trabajos de anatomía comparada es la famosa teoría de la *evolución,* mucho más



El magnetismo en acción. Caricatura francesa de 1826.

aceptable que el transformismo, hoy desacreditado, de Lamarck.

La obra en la que Darwin trató de explicar las causas de la gradual evolución de los órganos hasta formar especies diferentes tiene por título: *Origen de las especies por medio de la natural selección, o sea preservando las razas favorecidas en la lucha por la existencia.* Este largo título, generalmente reducido a su primera parte, *Origen de las especies,* concentra la teoría de Darwin. El factor esencial para producir el cambio de una especie en otra es la lucha por la existencia, con el triunfo del más fuerte. Resumiendo, las razones de Darwin son como sigue: Primero, el medio ambiente puede influir en la forma de un animal; la abundancia de comida hará desarrollar una especie enana, y viceversa. Segundo, la costumbre cambia también la forma; el pato doméstico olvida el vuelo, los perros tienen las orejas caídas porque viven en la domesticidad. Darwin dice que el hombre produce estos cambios a menudo voluntariamente en los animales y plantas. Pero la tercera y capital causa de evolución es la lucha por la existencia. Los fuertes de



La cura acuática. Primer tratamiento: libación, absorción e indigestión. Caricatura francesa de 1850.

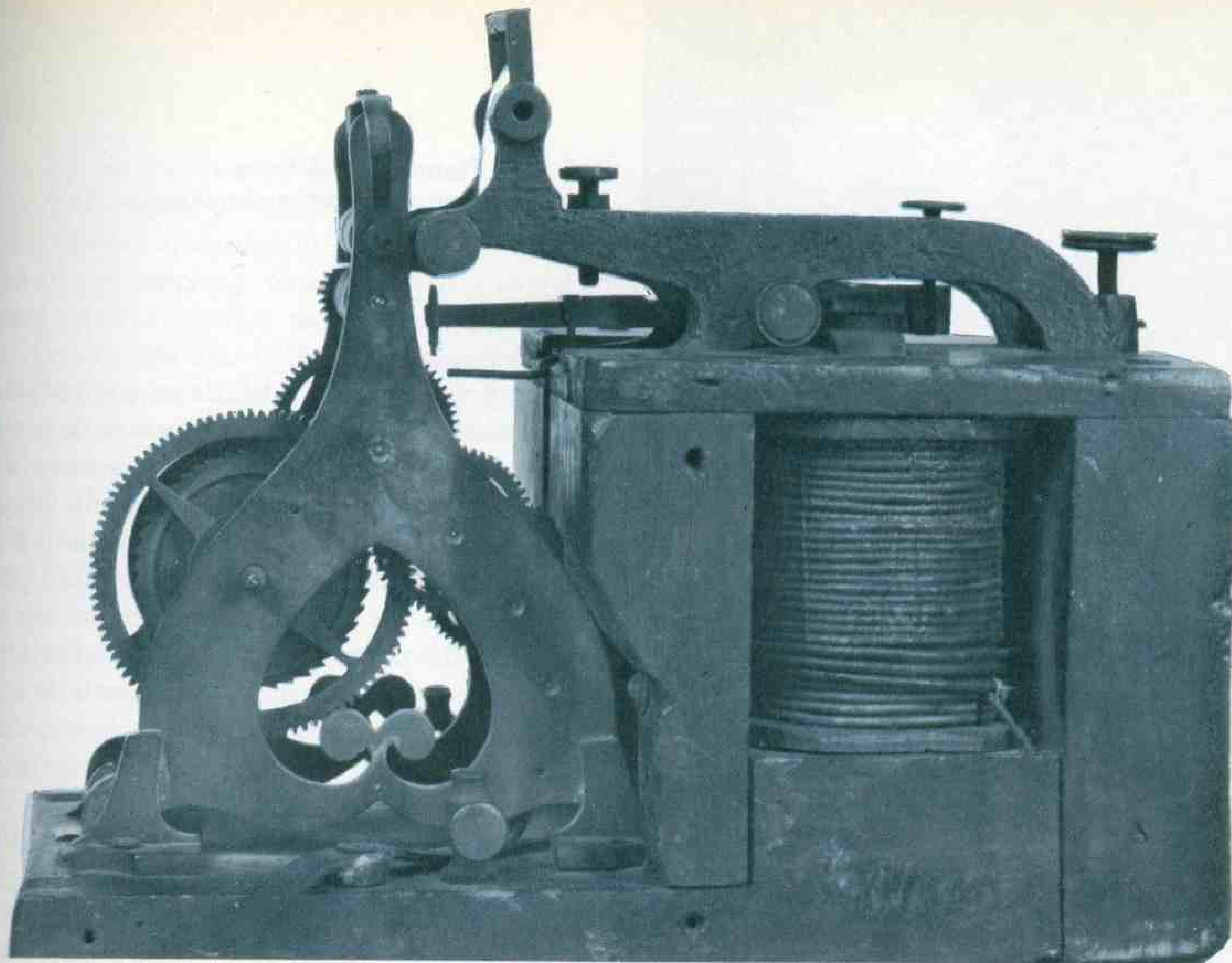
una cría son generalmente los únicos que sobreviven en una familia numerosa. La destrucción de los débiles es absolutamente necesaria en la Naturaleza. Un par de elefantes, los animales que se reproducen más lentamente de todos los seres de la creación, se multiplican hasta formar, en 750 años, un rebaño de diecinueve millones de individuos. Casi contemporáneamente a Darwin, Wallace proponía también el factor de la evolución para explicar la aparición de nuevas especies; era, pues, una hipótesis inevitable de la época. La vida, como todo en la época romántica, era un proceso trágico, fatal, inexorable, de evolución.

El resultado de la lucha por la existencia, según Darwin, es una selección natural que acaba por producir la nueva especie. Acepta la idea de Lamarck: los caracteres adquiridos por los padres con la influencia del medio y la costumbre se comunican a los hijos. Los ejemplos que añade para probar el hecho capital de la herencia de los caracteres adquiridos son casi ridículos; sospecha que los hijos de los obreros de las minas de carbón en Inglaterra tienen las manos grandes porque a sus padres se les hicieron las manos grandes con el trabajo. Pero para Darwin el factor capital de la evolución es siempre la selección. Se eliminan los individuos inferiores, y así de una manera natural — inconsciente — se produce la especie superior. Sin embargo, hay fenómenos tan raros que parecen resultado de un esfuerzo inteligente de la vida para salvar especies amenazadas de destrucción. Así, por ejemplo, el mimetismo, o propiedad que tienen algunos insectos de cambiar de aspecto, les sirve para esconderse o pasar inadvertidos, tomando el color y la forma de hojas secas; en el suelo se hace difícil para las aves el distinguirlos, pues se ocultan en la hojarasca con una mímica perfecta. Aves que anidan en lugares obscuros ponen huevos blancos; las que están en riesgo de que les roben sus huevos los ponen con cáscara obscura de apariencia engañosa. Hay mímica de sonidos y de olores.

A. Graham Bell estableciendo la primera comunicación telefónica entre Nueva York y Chicago.



El libro de Darwin causó escándalo superior al de Laplace. La Iglesia anglicana creyó que la doctrina de la evolución estaba en contradicción con la verdad revelada. Sin embargo, Huxley, Carlyle y, sobre todo, Herbert Spencer defendieron el darwinismo. En Francia la resistencia fue mayor; los discípulos de Cuvier: Quatrefages, Milne Edwards y De Beaumont, se resistieron a aceptar las ideas evolucionistas. Darwin fue elegido miembro correspondiente de la Academia de París tras vivas controversias y aun en calidad de botánico. En Alemania la batalla en favor y en contra de la evolución dividió a los naturalistas en dos campos casi de la misma importancia. El darwinismo se asimiló al materialismo, se publicaron poesías, sermones, caricaturas, novelas, chara-

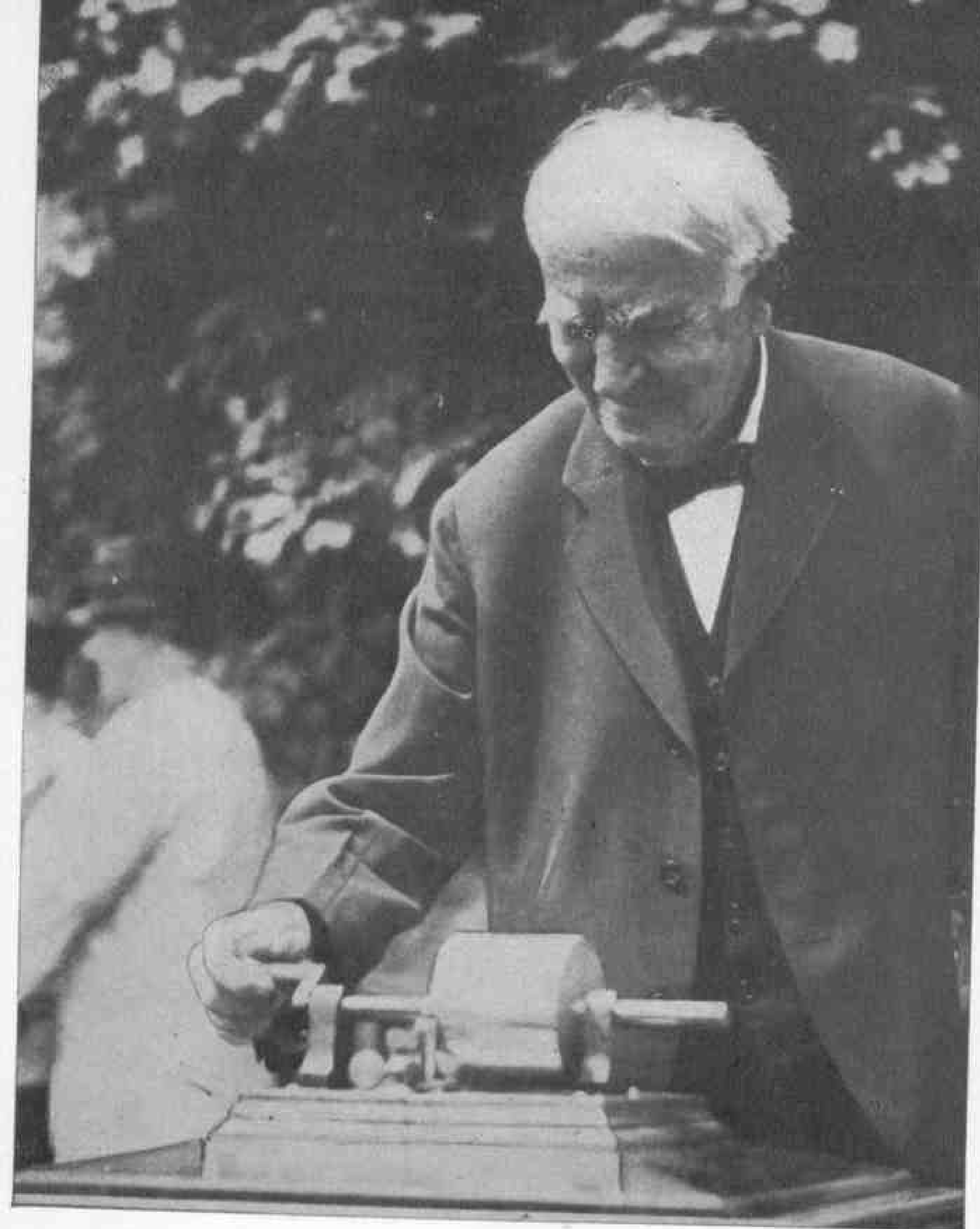


El primer telégrafo eléctrico construido por Samuel Morse.

das, que ridiculizaban la evolución. Paralela a la teoría de evolución se lanzó la correspondiente teoría de degeneración. Si los individuos mejor seleccionados por la Naturaleza se mezclaban para producir un tipo superior, cuando por falta de estímulo del medio o de la costumbre se mezclaban individuos deficientes se producía un tipo inferior, el degenerado. La teoría se presentó en forma casi científica por Morel en 1857 en su *Traité des Dégénérescences*.

Las ideas de evolución y degeneración biológica influyeron en todas las ciencias. La fisiología, pedagogía e historia aprovecharon el concepto del cambio progresivo para explicar transformaciones en el lenguaje, en la psicología del niño, en los pueblos. En literatura fue moda presentar casos de evolución y degeneración; Zola, en la serie de novelas de los *Rougon-Macquart*, estudió los fenómenos de herencia, con caracteres adquiridos, en una familia entregada a excesos sexuales y a la bebida. La criminología, con Lombroso, trató casi de excusar a los criminales, como individuos degenerados. Tenían fisonomía con rasgos de acentuada animalidad, el cerebro pequeño, pocas circunvoluciones, cejas prominentes, gran maxilar y forma especial de los músculos de los oídos. Según Lombroso, el 40 por 100 de individuos en las cárceles presentan este tipo de degenerado peludo con tatuajes, poca sensibilidad a las heridas, sexo indefinido, y con frecuencia perezosos: en una palabra, el tipo regresivo hacia los monos antropoides.

Muchas teorías más o menos científicas, derivadas de la fundamental idea de evolución y degeneración, están hoy desacreditadas, pero en sociología contribuyó a formar la doctrina del moderno comunismo enunciado por Karl Marx en *Das Kapital*...



Thomas A. Edison contemplando su primer fonógrafo.

Del mismo modo que los poetas románticos invadían el campo de la ciencia, los hombres de ciencia de la primera mitad del siglo XIX estaban contagiados de romanticismo. Al principio se manifiesta en un interés creciente por el somnambulismo, mesmerismo, magnetismo, hipnotismo y los fenómenos eléctricos de polarización que hacen parecer los cuerpos naturales como dotados de sexo y pasiones. Se escriben libros de *Patología comparada de las ideas* (Hoffman, 1839), *Historia del alma* (Schubert, 1808-1850), *Aspecto nocturno de la ciencia.* La naturaleza y las causas de las enfermedades toman nombres fantásticos; se propone como tratamiento la homeopatía, el vegetarianismo, y empieza el furor de la hidroterapia: Carlsbad, Wiesbaden, Ems y otros balnearios curan todas las dolencias.

Resumiendo: el romanticismo se percibe en los grandes hombres ya de la primera mitad del siglo XIX por la manía de fabricar hipótesis sin completa información. Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire son todavía románticos en sus teorías, aunque a veces parezcan ya positivistas por la manera de reunir los datos. Prueba de ello es la famosa querella de Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire. Ambos coincidían en que los tipos de animales de cada género tenían cierta analogía de plan; pero Geoffroy afirmaba que todos los animales tenían tanto de común, que podía decirse que no había animales diferentes. *Un seul fait les domine, c'est comme un seul être qui apparaît. Il est, il réside dans l'Animalité: être abstrait, qui est tangible par nos sens sous des figures diverses.* Esto es puro romanticismo, por lo menos es romántica la manera de enunciarlo. No es extraño que levantara protestas en un clasificador de la escuela de Linneo como era Cuvier y que alegrara a un romántico como Goethe. Para Goethe, la disputa Cuvier-Geoffroy tenía más importancia que la revolución de julio de 1830, que se consumaba simultáneamente.

El romanticismo se encuentra todavía en frases como ésta de Claudio Bernard: «Cuando decimos que las grandes ideas nacen en el corazón, queremos decir que se originan de nuestros sentimientos, que tienen su origen psicológico en los centros nerviosos y actúan sobre el corazón.»

Con estos conceptos ya puede comprenderse que la práctica de la medicina tenía forzosamente que caer en aberraciones. Se continuó creyendo en los fluidos magnéticos, y se empleó el magnetismo y la cura de aguas con más confianza de la que merecían. En este caso, como ocurre ahora con las vitaminas y los extractos de hormonas, se extremó hasta llegar al borde del crimen. La caricatura de aquellos tiempos revela la maliciosa combinación de fraude y romanticismo de los métodos curativos. Sin embargo, precisamente en esta época de abusos y abe-

rración se emplearon por primera vez los narcóticos para producir la anestesia en las operaciones quirúrgicas. Era de moda entonces el emplear drogas narcóticas para procurarse «paraísos artificiales»; poetas y artistas hacían alarde de usarla; ¿por qué no emplearlas para adormecer al enfermo cuando se necesitan intervenciones dolorosas? El primero en usar éter para anestesia en cirugía fue un dentista americano, Morton, en el año 1844. En 1846 se empleaba ya en el Hospital de Boston y en 1847 era de uso corriente en Edimburgo.

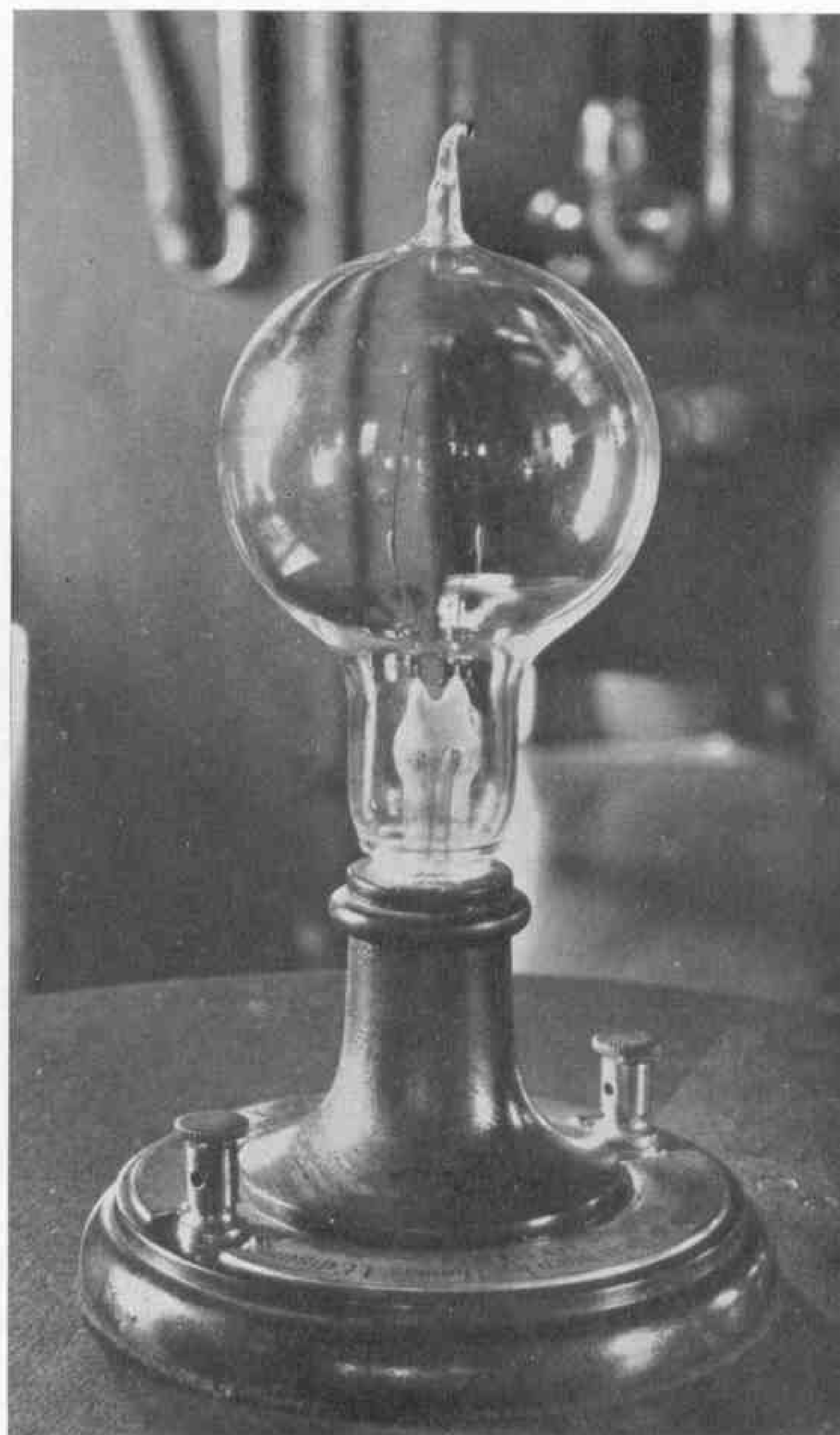
Epoca de fantasía y romanticismo, fue, sin embargo, de grandes inventos prácticos. El progreso lo consiguieron los inventores, no los investigadores ni los experimentadores. Algunos inventos fueron debidos a la pura casualidad. Morse, para inventar la clave telegráfica que todavía usamos, no tuvo que hacer experimentos preliminares. Se había pensado primeramente en enviar comunicaciones por electricidad valiéndose de un haz de hilos, uno para cada letra. Morse imaginó el empleo de una serie de grupos de corrientes largas y cortas, como puntos y rayas, que se podrían combinar haciendo veinticuatro combinaciones, una para cada letra del alfabeto. La invención del teléfono ya requirió más estudio, porque hubo que combinar un sistema de pequeños carbones que permiten o interrumpen el paso de la electricidad al ser movidos por la vibración de una membrana. Inventado por Graham Bell en 1876, el teléfono tardó en perfeccionarse; no se pudieron establecer comunicaciones telefónicas interurbanas hasta 1895.

Acaso nadie ha contribuido tanto al progreso material como Thomas A. Edison, y sin embargo fue el perfecto tipo del inventor ingenioso, autodidacta, sin estudios universitarios. Le llamaron el *mago* porque sus inventos tenían algo de mágico y sobrenatural. Le debemos el fonógrafo, la lámpara de filamento incandescente, el perfeccionamiento de la dínamo y un sinfín de aparatos de distribución y regulación de la electricidad que han abaratado la vida.

Pero ningún invento tiene el carácter tan romántico de revelación casual como el de la vulcanización de la goma por Goodyear. El caucho es naturalmente flojo y tierno, sin dureza ni resistencia a la fricción. Goodyear observó que se endurecía sin perder sus propiedades elásticas al calentarlo junto con algunas sales de azufre y cloro.

En el ramo de la óptica, el gran descubrimiento de la época romántica fue la fotografía. Como tantos inventos prácticos de la Humanidad, cual la imprenta, el automóvil, etc., no puede decirse en realidad que fue el invento de un solo hombre. La Necesidad y la Posibilidad se encontraron; el agente humano en este caso apenas cuen-

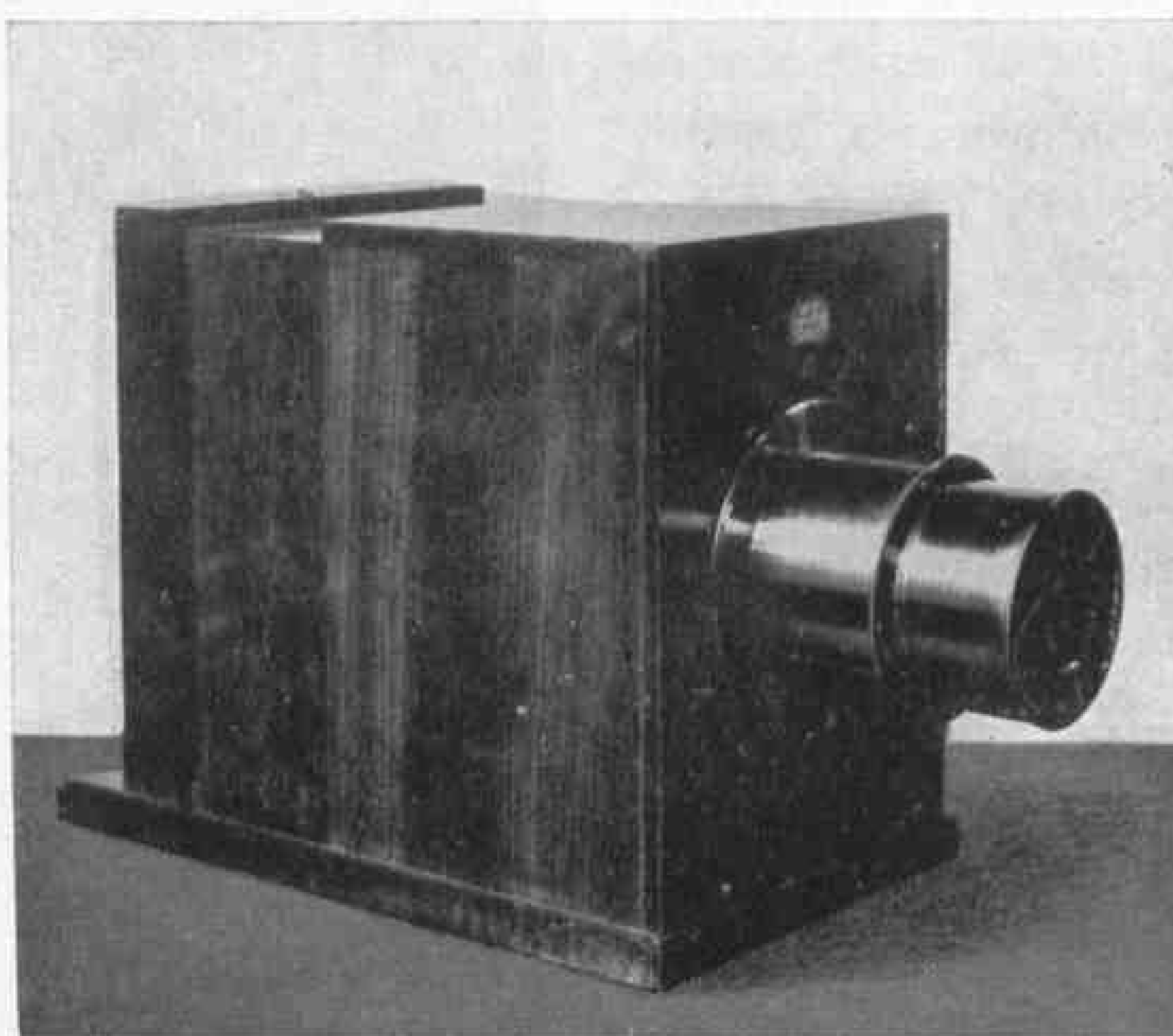
Reproducción de la primera lámpara incandescente de Edison.



ta. Hacia el 1820, cierto Niepce, de París, sabiendo que el betún de Judea se hace insoluble exponiéndolo a la luz, revistió una plancha metálica de betún y la expuso en la cámara obscura. Las partes que habían sido iluminadas quedaban cubiertas de barniz, y al limpiarlas con ácido se formaba una imagen. El betún de Judea requería una exposición de 6 a 8 horas para fijarse. Casi al propio tiempo, Daguerre hacía experimentos con sales que se descomponían a la luz. Niepce y Daguerre se asociaron, consiguiendo ya resultados que prometían éxito en una explotación industrial. Pero Arago, dándose cuenta de la importancia del asunto, logró que Daguerre y su asociado divulgaran el secreto a cambio de una pensión anual del Estado de 6.000 y 4.000 francos, respectivamente.

Cada invención romántica es una verdadera novela, muchas veces una novela de crímenes y latrocinios. Por lo general los inventores recibieron pocos beneficios, y sus desvelos y esfuerzos en pro del progreso y de la ciencia no obtuvieron la recompensa que merecían; sus inventos fueron explotados por otros que por lo regular ninguna participación habían tenido en ellos. Tal es el caso de la máquina de coser, descubierta por Elías Howe en 1846 y explotada en seguida comercialmente por Singer. Y como éste podríamos citar otros ejemplos, que, por desgracia, abundan en grado superlativo.

Pero todo lo que es puro invento científico llega un día, y no lejano, en que se hace práctico, utilizable, aunque se pretenda evitarlo con derechos de invención y leyes de propiedad.



Cámara obscura de Daguerre. Museo del Conservatoire d'Arts et Métiers de París.

CALENDRIER POSITIVISTE,

POUR UNE ANNÉE QUELCONQUE.

(TABLEAU ANNEXÉ A LA QUATRIÈME ÉDITION.)

	HUITIÈME MOIS. **DANTE.** L'ÉPOPÉE MODERNE.	NEUVIÈME MOIS. **GUTTEMBERG.** L'INDUSTRIE MODERNE.	DIXIÈME MOIS. **SHAKESPEARE.** LE DRAME MODERNE.	ONZIÈME MOIS. **DESCARTES.** LA PHILOSOPHIE MODERNE.	DOUZIÈME MOIS. **FRÉDÉRIC.** LA POLITIQUE MODERNE.	TREIZIÈME ET DERNIER MOIS. **BICHAT.** LA SCIENCE MODERNE.
1	Les Troubadours.	Marco-Polo. . . . . . *Chardin.*	Lope de Vega.	Albert-le-Grand. *Jean de Salisbury.*	Marie de Molina.	Copernic. . . . . *Tycho-Brahé.*
2	Bocace. . . . . *Chaucer.*	Jacques Cœur. . . . . *Gresham.*	Moreto. . . . *Guilhem de Castro.*	Roger Bacon. . . *Raimond Lulle.*	Côme de Médicis l'ancien.	Kepler. . . . . *Halley.*
3	Rabelais.	Gama. . . . . *Magellan.*	Rojas. . . . . *Guevara.*	Saint-Bonaventure. . . *Joachim.*	Philippe de Comines. *Guicciardini.*	Huyghens. . . . . . . *Varignon.*
4	Cervantes.	Neper. . . . . *Briggs.*	Otway.	Ramus. . . *Le cardinal de Cusa.*	Isabelle de Castille.	Jacques Bernouilli. *Jean Bernouilli.*
5	La Fontaine.	Lacaille. . . . . *Delambre.*	Lessing.	Montaigne. . . . . *Erasme.*	Charles-Quint. . . . *Sixte-Quint.*	Bradley. . . . . *Romer.*
6	De Foë. . . . . *Goldsmith.*	Cook. . . . . *Tasman.*	Goethe.	Campanella. . . . . *Morus.*	Henri IV.	Volta. . . . . *Sauveur.*
7	ARIOSTE.	COLOMB.	CALDERON.	SAINT-THOMAS-d'Aquin.	LOUIS XI.	GALILÉE.
8	Léonard de Vinci. . . . *Le Titien.*	Benvenuto Cellini.	Tirso.	Hobbes. . . . . *Spinosa.*	Coligny. . . . . *L'Hôpital.*	Viète. . . . . *Harriott.*
9	Michel-Ange. . . *Salvator Rosa.*	Amontons. . . . . . *Wheatstone.*	Vondel.	Pascal. . . . . . *Giordano Bruno.*	Barneveldt.	Wallis. . . . . *Fermat.*
10	Holbein. . . . . . . *Rembrand.*	Harrison. . . . . . *Pierre Leroy.*	Racine.	Locke. . . . . *Malebranche.*	Gustave-Adolphe.	Clairaut. . . . . *Poinsot.*
11	Poussin. . . . . *Lesueur.*	Dollond. . . . . *Graham.*	Voltaire.	Vauvenargues . *Mme de Lambert.*	De Witt.	Euler. . . . . *Monge.*
12	Murillo. . . . . . *Alonzo Cano.*	Arkwright. . . . . . . *Jacquart.*	Alfieri. . . . . *Métastase.*	Diderot. . . . . *Tracy.*	Ruyter.	D'Alembert. . . *Daniel Bernouilli.*
13	Teniers. . . . . *Rubens.*	Conté.	Schiller.	Cabanis. . . . . . *Georges Leroy.*	Guillaume III.	Lagrange. . . . *Joseph Fourier.*
14	RAPHAEL.	VAUCANSON.	CORNEILLE.	Le Chancelier BACON.	GUILLAUME-le-Taciturne.	NEWTON.
15	Froissart. . . . . *Joinville.*	Stévin. . . . . *Torricelli.*	Alarcon.	Grotius. . . . . *Cujas.*	Ximenès.	Bergmann. . . . . *Scheele.*
16	Camoens.	Mariotte. . . . . *Boyle.*	Mme de Motteville. . *Mme Roland.*	Fontenelle. . . . . . *Maupertuis.*	Sully. . . . . *Oxenstiern.*	Priestley. . . . . *Davy.*
17	Les Romancistes espagnols.	Papin. . . . . *Worcester.*	Mme de Sévigné. . *Lady Montague.*	Vico. . . . . *Herder.*	Colbert. . . . . *Louis XIV.*	Cavendish.
18	Châteaubriant.	Black.	Lesage. . . . . *Sterne.*	Fréret. . . . . *Winckelmann.*	Walpole. . . . . *Mazarin.*	Guyton-Morveau. . . . *Geoffroy.*
19	Walter-Scott.	Jouffroy. . . . . *Fulton.*	Mme de Staal. . *Miss Edgeworth.*	Montesquieu. . . . *d'Aguesseau.*	D'Aranda. . . . . *Pombal.*	Berthollet.
20	Manzoni.	Dalton. . . . . *Thilorier.*	Fielding. . . . . . . *Richardson.*	Buffon. . . . . *Oken.*	Turgot. . . . . . *Campomanes.*	Berzélius. . . . . *Ritter.*
21	TASSE.	WATT.	MOLIÈRE.	LEIBNITZ.	RICHELIEU.	LAVOISIER.
22	Pétrarque.	Bernard de Palissy.	Pergolèse. . . . . . *Palestrina.*	Robertson. . . . . *Gibbon.*	Sidney. . . . . *Lambert.*	Harvey. . . . . *Ch. Bell.*
23	Thomas A'Kempis. *Louis de Grenade.*	Guglielmini. . . . . *Riquet.*	Sacchini. . . . . *Grétry.*	Adam Smith. . . . . . . *Dunoyer.*	Franklin.	Boerhaave. . . . . *Sthal.*
24	Mme de Lafayette. . *Mme de Staël.*	Duhamel (du Monceau).	Gluck. . . . . *Lully.*	Kant. . . . . *Fichte.*	Washington. . . . . *Kosciusko.*	Linné. . . . *Bernard de Jussieu.*
25	Fénelon. *Saint-François-de-Sales.*	Saussure. . . . . *Bouguer.*	Beethoven. . . . . *Handel.*	Condorcet. . . . . *Ferguson.*	Jefferson.	Haller. . . . . *Vicq-d'Azir.*
26	Klopstock. . . . . *Gessner.*	Coulomb. . . . . *Borda.*	Rossini. . . . . *Weber.*	Joseph de Maistre. . . . *Bonald.*	Bolivar. . *Toussaint-Louverture.*	Lamarck. . . . . . . *Blainville.*
27	Byron. . . . . . *Élisa Mercœur.*	Carnot. . . . . *Vauban.*	Bellini. . . . . *Donizetti.*	Hegel. . . . . . *Sophie Germain.*	Francia.	Broussais. . . . . . . *Morgagni.*
28	MILTON.	MONTGOLFIER.	MOZART.	HUME.	CROMWELL.	GALL.

Los seis últimos meses del calendario positivista de Comte.

7 POSITIVISMO Y CIENCIA EXPERIMENTAL

En el capítulo dedicado a historiar los orígenes del socialismo romántico mencionamos a Augusto Comte como uno de los discípulos de Saint-Simon. Fue el heredero de todo lo que Saint-Simon tenía de filósofo y científico. Comte continuó la obra de su maestro para catalogar las ciencias y descubrir la síntesis del conocimiento, mientras otros se extraviaban convirtiendo el sansimonismo en religión. Pero tal era la fuerza de la corriente mística entre los sansimonianos, que ni aun Comte, el filósofo, el pensador, el científico, pudo librarse del contagio del mal de su época. A mediados del siglo XIX todo el mundo padecía de teofobia o teofilia, y muchas veces la teofobia era una teofilia inconsciente o disimulada. Comte calificó de pura charlatanería el misticismo socialista de los sansimonianos, pero balbuceó un confuso idealismo con el reconocimiento del «Gran Ser», alma colectiva de la Humanidad. Así nació entre los *positivistas,* como se llamaban los discípulos de Comte, otra semirreligión. Comte publicó un calendario con los nuevos santos, uno para cada día del año. Entre los grandes bienhechores de la Humanidad, los santos positivistas, incluye a doña María de Molina y el Doctor Francia, dictador del Paraguay. Se conservan todavía en París y en Rio de Janeiro (donde se estableció una numerosa colonia de adeptos positivistas) Templos a la Humanidad, y la imagen de Augusto Comte se venera en ellos como un



Auguste Comte.

profeta. Están allí también los retratos de los *ángeles* femeninos que inspiraron al fundador de la escuela positivista, sobre todo Clotilde de Vaux, que durante el último año de su vida ejerció en Comte consoladora influencia.

Estas recaídas morbosas de los discípulos de Comte en un seudomisticismo no merecerían recordarse aquí, pues repiten los mismos extravíos de los discípulos de Fourier, Owen y Saint-Simon en sus colonias comunitarias. Pero revela lo profundo e incurable del mal romántico el que los llamados positivistas, que hacían profesión de desdeñar todo conocimiento no procedente de rigurosa observación y comprobado por repetida experimentación, se desviaran también hasta construir templos al «Gran Ser». Sin embargo, no es el romanticismo lo que caracteriza a los discípulos de Comte, sino su positivismo. Littré dice resueltamente: «Lo que llamamos espíritu no es más que una propiedad de la materia, como el calor y la pesantez.»

Comte empezó por afirmar que la Humanidad, lejos de ser un ente de razón absoluto, había crecido y evolucionado como un ser vivo. Había pasado por tres etapas,

que él llamaba estados de conocimiento: el teológico, el metafísico y el positivista. Durante la etapa teológica la Humanidad atribuía la causa de los sucesos a una o varias entidades divinas. Genios o dioses los producían a capricho. Durante el segundo estado (el metafísico) la Humanidad supone el curso de los acontecimientos dirigido por principios extraños a la materia: agentes espirituales, fluidos, fuerzas, éter, alma, que siendo metafísicos son imposibles de conocer y calcular. Por fin, en la época de Comte se empezaba, según él, a reconocer lo absurdo de estas explicaciones que nada resuelven y no hacen más que complicar los problemas. En este tercer estado la Humanidad observa los fenómenos sagazmente, sin pretensión de explicar sus causas primeras. Como ejemplo, sus discípulos ponían los efectos del opio. Según los árabes, estos efectos provenían de la voluntad de Dios —estado teológico—. Según los científicos del Renacimiento, dimanaban de un principio o «agente soporífero» —estado metafísico—. Según los biólogos de la época de Comte, el opio con sus compuestos químicos alteraba la materia nerviosa y originaba extraños ensueños sin necesidad de agente exterior —estado positivista—. Comte no niega la futura posibilidad de una cuarta etapa de conocimiento, un último estado más allá del positivista; pero añade que no podía ser más que una síntesis de los tres estados anteriores: el teológico y el metafísico, explicados y comprendidos por el positivista.

Era, pues, de la mayor importancia conocer el mecanismo de los fenómenos, su prelación, esto es, el orden con que se originaban, para construir no sólo el inventario del conocimiento, sino su filosofía. Los descubrimientos de la ciencia positiva en lo que llevaba ya el siglo habían evidenciado dos postulados imprevistos por las generaciones. Primero: la correlación de unas ciencias con otras; era difícil estudiar física sin matemáticas y se necesitaban ambas para la química. La Ciencia era un árbol cuyas ramas mantenía unidas el mismo tronco. Se-

gundo: el conocimiento y acaso los fenómenos mismos no permanecían inalterables. Había un progreso continuado cuyos límites era imposible precisar y probablemente inasequibles, porque todas las ciencias, según Comte, tendrían siempre un «residuo irreducible» de misterio, «lo incognoscible», que los discípulos de Comte prefirieron llamar «lo desconocido».

Comte clasificó provisionalmente las ciencias en seis ramas: la Matemática (que incluía la Mecánica), la Astronomía, la Física, la Química, la Biología y la Sociología. Esta última tenía tanta o más importancia que factor esencial para explicar las otras, era como una imagen abreviada del mundo entero. Por esto los positivistas pueden considerarse como verdaderos fundadores de varias ciencias políticas modernas: Antropología, Sociología, Economía y Estadística, que han acabado por formar una tercera parte de los programas de curso de nuestras universidades. Puede decirse que los positivistas fundaron también la historia moderna, como parte de la sociología, aplicando para describir el pasado la gran fórmula de Descartes: «No aceptar nada como verdadero a menos que se tenga la completa evidencia de que lo es.» Hubo antes historiadores preclaros, como Mabillon y Montfau-

HUMANITÉ. — CLASSIFICATION POSITIVE — VIVRE POUR AUTRUI.

DES DIX-HUIT FONCTIONS INTÉRIEURES DU CERVEAU,

OU

TABLEAU SYSTÉMATIQUE DE L'AME;

PAR L'AUTEUR DU *SYSTÈME DE PHILOSOPHIE POSITIVE.*

AVIS. L'ensemble de ces dix-huit organes cérébraux constitue l'appareil nerveux central, qui, d'une part, stimule la vie de nutrition, et, d'une autre part, coordonne la vie de relation en liant ses deux sortes de fonctions extérieures. Sa région spéculative communique directement avec les nerfs sensitifs, et sa région active avec les nerfs moteurs. Mais sa région affective n'a de connexités nerveuses qu'avec les viscères végétatifs, sans aucune correspondance immédiate avec le monde extérieur, qui ne s'y lie qu'à l'aide des deux autres régions. Ce centre essentiel de toute l'existence humaine fonctionne continuellement, d'après le repos alternatif des deux moitiés symétriques de chacun de ses organes. Envers le reste du cerveau, l'intermittence périodique est aussi complète que celle des sens et des muscles. Ainsi, l'harmonie vitale dépend de la principale région cérébrale, sous l'impulsion de laquelle les deux autres dirigent les relations, passives et actives, de l'animal avec le milieu.

(AIMER, PENSER, AGIR.) — AGIR PAR AFFECTION, ET PENSER POUR AGIR.

PRINCIPE.

10 MOTEURS AFFECTIFS. (Penchants, dans l'état actif, et sentiments, dans l'état passif.)

7 PERSONNELS.

INTÉRÊT.
- Instincts de la conservation: de l'individu, ou *instinct nutritif* . . . (1). de l'espèce: *instinct sexuel* . . . (2). *instinct maternel* . . . (3).
- Instincts du perfectionnement: par destruction, ou *instinct militaire* . . . (4). par construction, ou *instinct industriel* . . . (5).

AMBITION.
- Temporelle, ou Orgueil, besoin de domination . . . (6).
- Spirituelle, ou Vanité, besoin d'approbation . . . (7).

Égoïsme.

3 SOCIAUX.
- ATTACHEMENT . . . (8).
- VÉNÉRATION . . . (9).
- BONTÉ, ou amour universel (sympathie), *humanité* . . . (10).

Altruisme.

IMPULSION.

MOYEN.

5 FONCTIONS INTELLECTUELLES.

CONCEPTION.
- Passive, ou Contemplation, d'où matériaux objectifs: Concrète, ou relative aux êtres, essentiellement *synthétique* . . . (11). Abstraite, ou relative aux événements, essentiellement *analytique* (12).
- Active, ou Méditation, d'où constructions subjectives: Inductive, ou par comparaison, d'où *Généralisation* . . . (13). Déductive, ou par coordination, d'où *Systématisation* . . . (14).

EXPRESSION. Mimique, orale, écrite, d'où *Communication* . . . (15).

(Savoir pour prévoir, afin de pourvoir.) CONSEIL.

RÉSULTAT.

3 QUALITÉS PRATIQUES.

ACTIVITÉ. Courage . . . (16). Prudence . . . (17).

FERMETÉ, d'où *Persévérance* . . . (18).

EXÉCUTION.

Ce tableau cérébral appartient au troisième chapitre (page 726) du tome premier, publié en Juillet 1851, de mon *Système de politique positive.* Il résume ma théorie subjective du cerveau, destinée à remplacer l'admirable mais insuffisante tentative de Gall.

AUGUSTE COMTE,
(10, rue Monsieur-le-Prince.)

Clasificación de las funciones del cerebro, según Comte, con los dieciocho tipos de actividad.



Caricatura de Littré,
publicada en el periódico *Le Trombinoscope*.

con, que acumularon documentos con rigor científico, pero la coordinación de los datos para hacer historia viva, lo que llamamos resurrección del pasado, no se intentó hasta mediados del siglo XIX por los positivistas. Es interesante comparar los párrafos elocuentes de un gran historiador romántico, como Gibbon, empedrados de latiguillos moralizadores, con los relatos sobrios, precisos y cuajados de realidad de Thierry, Froude, Duruy, Taine, Renan y todos los historiadores positivistas.

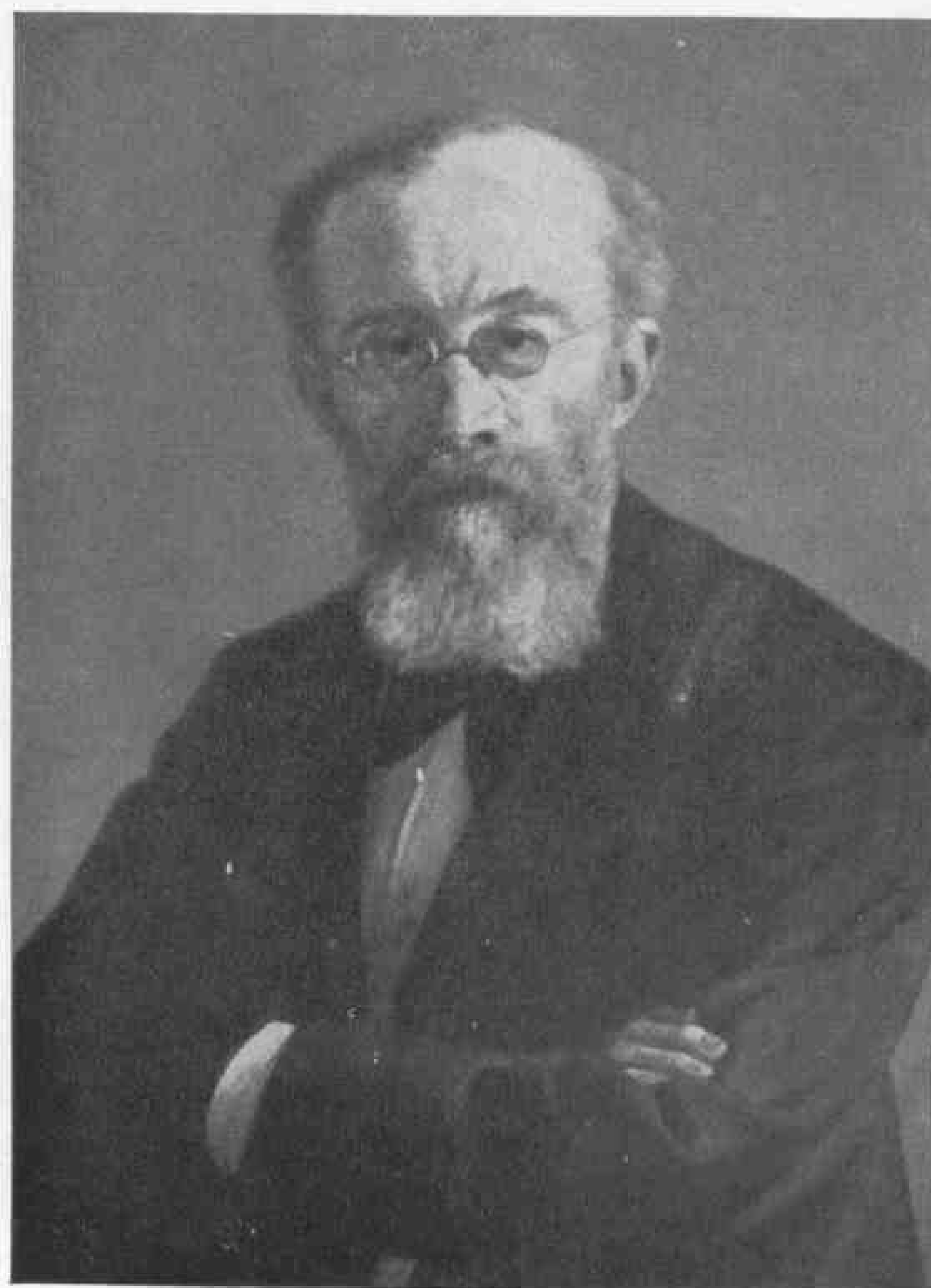
Otra ciencia, colocada como puente entre la Sociología y la Biología por los positivistas, fue la Psicología. Su nombre revela ya orígenes metafísicos; era la ciencia del alma, de la psique, que según los positivistas no existe o es incognoscible. Los positivistas audazmente conservaron el nombre de la antigua psicología, pero la reemplazaron por una ultrafisiología. Estudiaron los fenómenos del cuerpo humano en sus relaciones con los actos, y así creyeron descubrir leyes fisiológicas de la voluntad, de las pasiones, de la conducta, en una palabra de todo lo que antes se derivaba de la psique o alma.

Un laboratorio de psicología positivista se parece más a un gabinete de química para analizar los cuerpos que al confesonario para hacer la disección de las almas que hasta entonces había sido el gabinete de psicología.

Los positivistas pesan allí cerebros, miden sus temperaturas, observan sus reacciones al recibir los estímulos de los sentidos. Después comparan los efectos de una droga, de un sonido, de una descarga eléctrica en hombres sanos y en animales (hombres incompletos, como los calificaba Comte), en los niños (hombres inacabados) y en dementes o enfermos (hombres estropeados), e infieren de sus efectos lo que tienen de común y en lo que discrepan dada la naturaleza de la sensación. Repiten los experimentos varias veces hasta asegurarse de que no hay error, y si es posible calculan los resultados con vara de medir, fijándolos con fórmulas matemáticas. El yo, el *ego*, la conciencia y las ideas abstractas quedan naturalmente fuera del campo de la psicología positivista. Podría decirse con irreverente ironía que Comte y sus discípulos negaron el alma porque no pudieron medirla y pesarla. Pero con sus ingeniosos aparatos para estudiar al hombre como un mecanismo, Wundt y los demás psicólogos positivistas consiguieron reunir un cúmulo de datos que evidencian las constantes relaciones entre causas físicas (sensaciones) y efectos psíquicos (voliciones). Claudio Bernard creyó que se podían provocar reacciones mentales en el cerebro como se provocaban reacciones químicas en el crisol. Si la sugestión y el hipnotismo podían producir estados de delirio análogos a los que produce la enfermedad, acaso algún día se podría curar la locura, la epilepsia y otros desórdenes nerviosos en el gabinete de la psicología. Y, en efecto, algunas dolencias se alivian por sugestión y se logra el parto sin dolor por hipnotismo.

Una desviación de la psicología positiva fue la frenología. Si la conducta se alteraba a consecuencia de perturbaciones de los centros nerviosos, sobre todo del cerebro, por la forma y cantidad de las circunvoluciones cerebrales se debía predecir el carácter de cada individuo. Lo que fue la alquimia para la química, fue la frenología para la psicología: una aberración no del todo inútil.

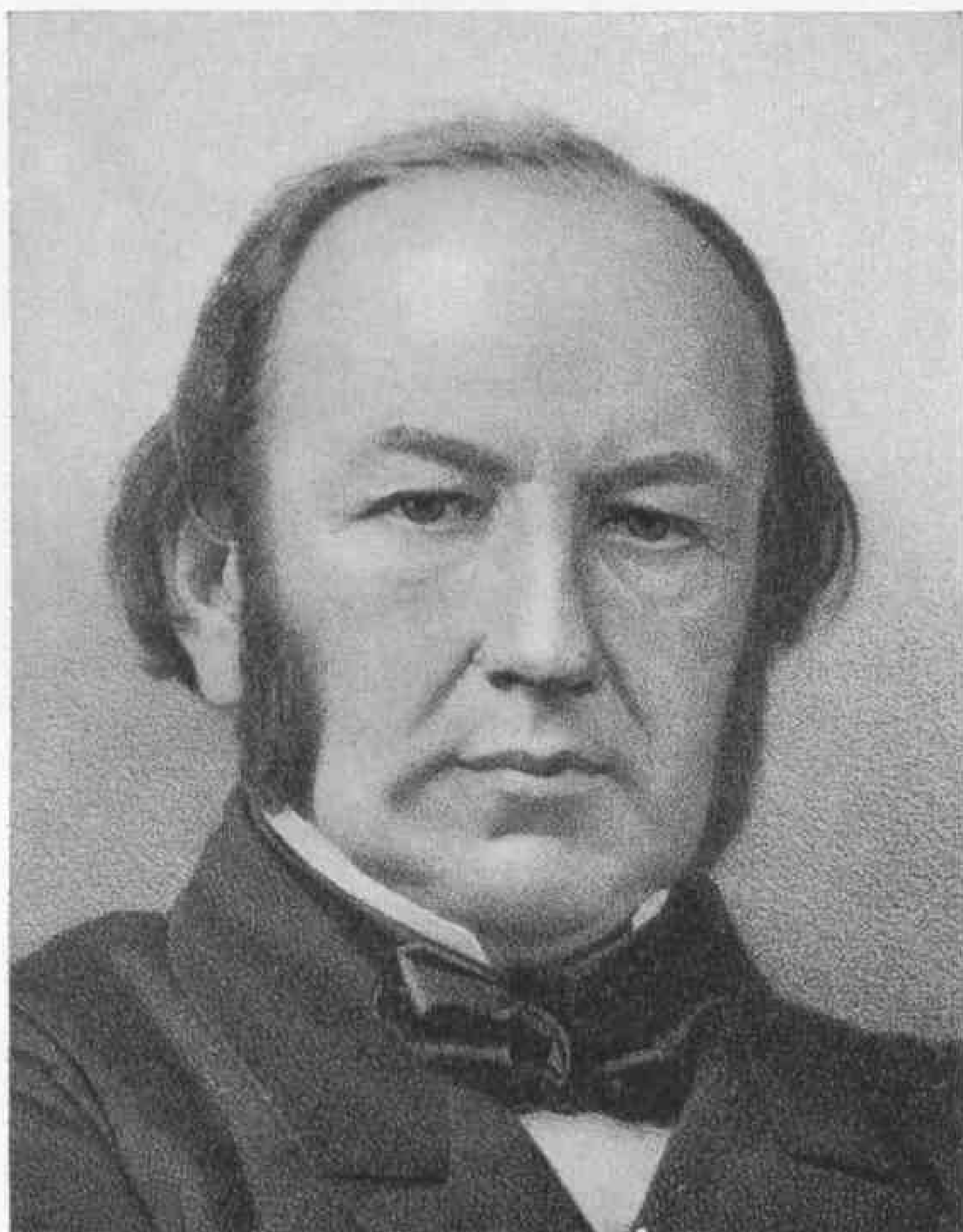
Los métodos de los positivistas se emplearon con gran éxito en las ciencias biológicas. Claudio Bernard legisló sobre el nuevo sistema de obtener el conocimiento. Su libro *Introducción al Estudio de la Medicina experimental,* más que lo que el nombre indica, es el catecismo de la Ciencia en general tal como se entendía a mediados del siglo XIX. Inaugura un género literario y es el modelo de cuantos redactaron después tratados científicos. Mientras Comte con su premioso estilo empleaba seis volúmenes gruesos en sus lecciones de *Filosofía positivista,* Claudio Bernard condensa los principios de la investigación científica en un leve tomito de doscientas páginas que devora con igual placer el lego que el científico. Leyendo a Claudio Bernard se comprende que Comte quedara postergado en su tiempo y que aún ahora se estudie a través de sus comentadores. Otra gran diferencia entre Comte y Claudio Bernard es que Comte sólo fue un pensador y a veces pensaba demasiado, mientras que Claudio Bernard, clínico y psicólogo, hablaba de la ciencia que él fraguaba, de sus propias observaciones y experimentos, no de lo que otros podían o debían hacer. Precisó la función del hígado en la economía del cuerpo humano y descubrió el origen de la diabetes en los desórdenes del páncreas. Además, no hay que olvidar la diferencia de fechas, pues el último tomo de la *Filosofía positivista* de Comte se imprimió en 1842 — ocho años antes de la aparición del *Origen de las Especies* por Darwin —, mientras que Claudio Bernard publicó su *Introducción al Estudio de la Medicina experimental* en 1865. ¡Tres jalones en poco más de veinte años!



Wilhelm Wundt.

Resultado del positivismo es también haber acelerado el progreso creando centros de investigación con profesionales para la labor científica. Antes el sabio tenía que enseñar u ocuparse en otros asuntos, a menos que fuese rico como Boyle o Cavendish. Desde mediados del siglo XIX no se fue tan exigente con los profesores dotados de cualidades para la investigación, y el Estado sintió el deber de actuar como Mecenas. El convencimiento de la unidad de las ciencias y de su intrincada correlación estimulaba a los positivistas a asociarse con objeto de acabar con «la dispersión anárquica de los especialistas» que exasperaba a Comte. Un grupo de físicos, químicos y biólogos se concentró en Cambridge; otro se reunió en Giessen (Alemania) alrededor de Liebig; otro, en Berlín con Virchow; pero acaso el más importante se mantuvo en París, en los pésimos locales del Colegio de Francia, donde trabajaban Claudio Bernard, A. B. Dumas y Pasteur.

El grupo inglés que hemos situado en



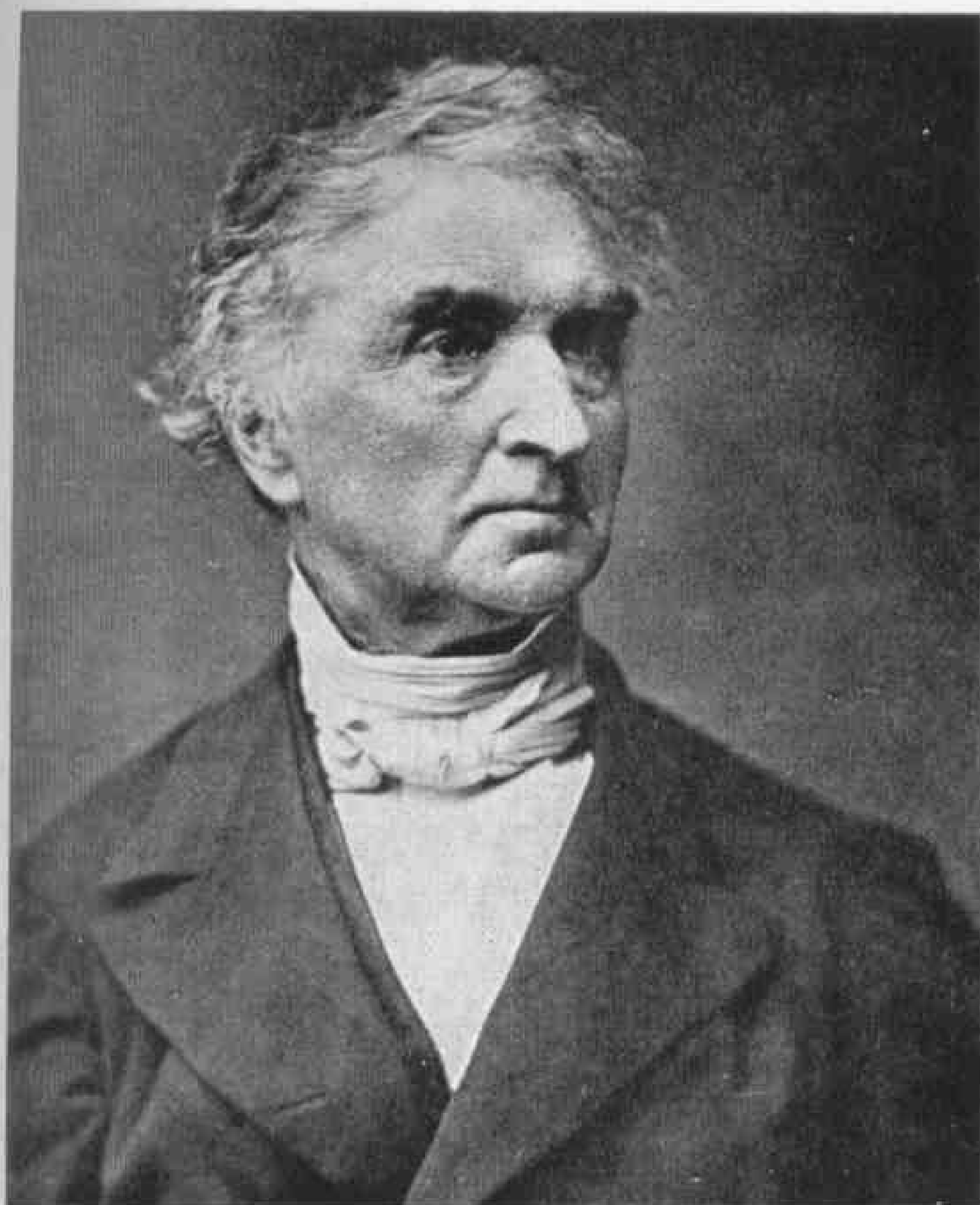
Claude Bernard.

Cambridge tenía su centro de atracción en la *Royal Society* de Londres, y sólo encontró en los positivistas una modernización de las fórmulas científicas de Rogerio Bacon y Newton. ¿No había declarado Bacon en plena Edad Media que «observación y experimentación para reunir los datos, e inducción y deducción para descubrir las leyes, son los únicos instrumentos apropiados del conocimiento»?... ¿En qué se distingue esta sentencia de las recomendaciones de Comte y Claudio Bernard? Los positivistas ingleses mostraron preferencia por las ciencias físicas y la astronomía, en las que se habían distinguido sus antepasados. El gran paso fue arrinconar en el desván de los trastos viejos el flogisto y los fluidos calórico y lumínico, agentes metafísicos antes necesarios para explicar todos los fenómenos naturales.

En Alemania, la física tomó el rumbo moderno, libre de romanticismo, con Helmholtz y la biología con Virchow, mientras la escuela de Liebig puede decirse que creaba la química orgánica. También se fabricaron sintéticamente aceites colorantes para substituir el índigo y otros productos carísimos de la tintorería. Pero se fue más allá: se ambicionó producir los cuerpos orgánicos, cuya estructura molecular complicadísima se había analizado, y que son los que forman principalmente los seres vivos. Comte había enunciado que los cuerpos orgánicos serían el «residuo irreducible» de la química; esto es, que la química no podría nunca atravesar el límite entre lo orgánico y lo inorgánico y fabricar lo orgánico como fabricaba lo inorgánico artificialmente. Para Comte, la materia orgánica era algo tan complicado y misterioso, que el hombre nunca sería capaz de recomponer su estructura con elementos minerales. Observe el lector que no se trata de los cuerpos vivos, sino de las substancias que los constituyen, formadas principalmente de carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno en proporciones bien conocidas. Comte creía que no se podrían producir nunca artificialmente cuerpos como la glucosa, el azúcar, el almidón, la gelatina, los aceites y los ácidos, que tan directamente intervienen en la composición de la materia viva. Y, sin embargo, antes de morir, Comte hubo de ver

Rudolf Virchow,
fundador de la moderna biología.





Liebig, fundador de la moderna química orgánica.

F. Wöhler, discípulo de Liebig, que sintetizó el primer cuerpo orgánico: la urea.



superada esta barrera: los hombres de la retorta y del crisol iban más allá y más de prisa que los pensadores de gabinete. Ya en el año 1829 Wöhler, discípulo de Liebig, en los laboratorios de la universidad de Göttingen, había producido artificialmente la urea — un cuerpo orgánico — Berthelot en Francia continuó por el mismo camino, descubriendo la manera de sintetizar el alcohol y la glicerina.

Pero si los ingleses mostraban preferencia por la física y los alemanes por la química, los franceses conseguían el supremo triunfo de la ciencia positiva en la biología. Nos referimos al capital descubrimiento de Pasteur de los microorganismos: vibriones o bacterias, como se llamaban entonces. El nombre *bacteria,* que en griego quiere decir bastón, provenía de que tenían la forma de palitos o bastoncitos. Los vibriones y bacterias habían sido vistos por Leeuwenhoek, Malpighi y Kircher ya en el siglo XVII con microscopios rudimentarios; era inevitable que al perfeccionarse el microscopio (Pasteur manejaba instrumentos que multiplicaban 500 veces) se viera en el seno de los líquidos agitarse pequeños cuerpos extraños que parecían crecer y reproducirse. Al principio no se les dio ninguna importancia, ni se les consideró causantes de enfermedades epidémicas, putrefacción y descomposición de la materia orgánica en general. Había muchos que creían todavía en la generación espontánea y otros absurdos que habían sido ya refutados por Redi, Spallanzani y otros biólogos de los siglos XVII y XVIII. Tal era el prejuicio contra los microorganismos en pleno período de ciencia positivista, que Pasteur tuvo que probar otra vez que *omne vivum ex ovo* — todo ser vivo procede de un huevo —, y comprobar que los microbios que fermentaban los líquidos estaban en el aire, caían, llovían constantemente sobre los cuerpos en putrefacción.



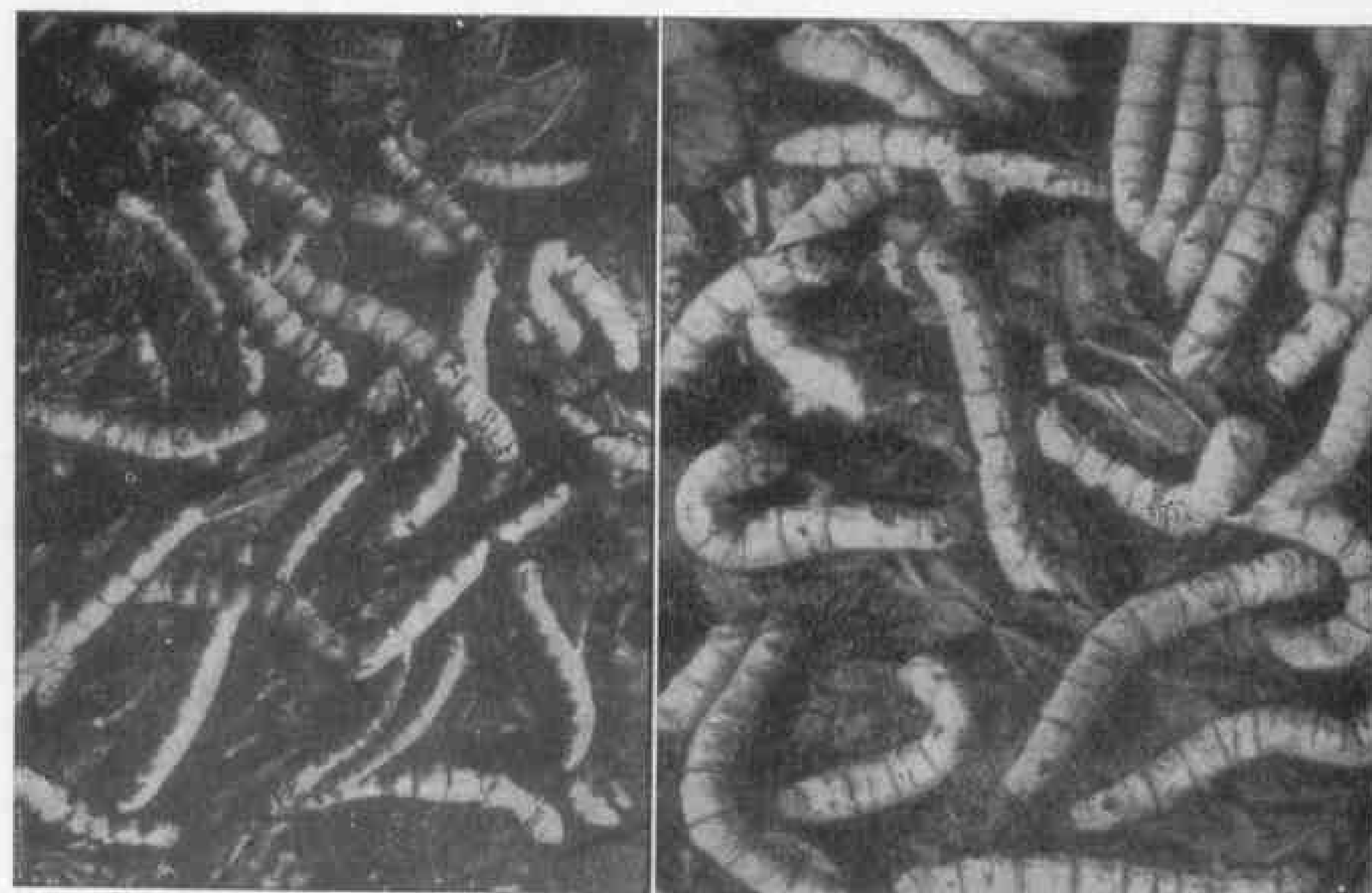
Pasteur en su laboratorio.

Liebig no quiso aceptar la teoría demostrada por los experimentos de Pasteur de que las fermentaciones fueran producidas por miríadas de microorganismos que devoraban la masa secretando otra substancia. Liebig, contra lo que aseguraba Pasteur, creía que «cuando una substancia orgánica entra en putrefacción es porque lleva mezclados otros cuerpos en estado de descomposición que originan el proceso *fermentativo*, dislocan las moléculas y las destruyen». Así, según Liebig, en el vino que se volvía vinagre, en la leche que se agriaba, en el caldo de lúpulo y malta que se transformaba en cerveza había un cuerpo acidificador en cantidades homeopáticas que se mantenía invisible e inactivo hasta que, estimulado por el calor, empezaba su función fermentadora. Pero todo sucedía sin microbios, sólo intervenía la materia inorgánica. Se hablaba de «moléculas orgánicas».

Liebig había escrito en 1845, en sus *Cartas sobre la Química*, «que la doctrina que pretendía explicar la putrefacción de las substancias animales por la presencia de seres microscópicos le parecía semejante a la idea que tendría un niño al suponer que la corriente del río se produce por la agitación de las ruedas de los molinos de las márgenes». Tratándose de un sabio del valor de Liebig, Pasteur trató de convencerle visitándolo en Munich en 1869, donde vivía entonces en el pináculo de su fama. Pero «la tiranía de las ideas preconcebidas», para usar una frase de Pasteur, impidió que Liebig prestara atención al noble adversario que había hecho aquel largo viaje para convencerle con razones y experimentos. Liebig continuó atacando a Pasteur en sus escritos y éste por fin lo retó desde la Academia de Ciencias de París para que una comisión neutral juzgara entre ambos. Liebig ni contestó; empezaba el antagonismo entre la ciencia francesa y la alemana, que se ha ido agravando día por día. Los franceses, por otra parte, no se mostraron mucho más convencidos que Liebig de las teorías de Pasteur acerca de la fermentación. Algunos persistían en creer que cuando la vida está a punto de abandonar un cuerpo orgánico a veces evoluciona, se metamorfosea y se crea otro tipo de ser vivo sin que sea necesario explicar el cambio por lluvias de vibriones que caen del aire o bacterias que están adormecidas dentro del muerto.

Pasteur a menudo empleó la controversia, el duelo científico, para defender sus doctrinas. Fue otro Bayardo, un caballero investigador sin tacha, arrojado, agresivo, audaz como los de la leyenda. Sentía la importancia de su misión porque con sus trabajos ayudaba a los productores de las comarcas agrícolas, como aquella de donde procedía. Investigaba y peleaba por el pueblo de Francia, representado en sencillos viniculttores, cerveceros y sericicultores. Su padre, curtidor, había sido uno de ellos; Pasteur, en París, al principio echaba de menos el olor de tanino de su casa. Empezó siendo químico, y un tomo completo de sus obras está dedicado a trabajos de cristalización y estructura molecular que había realizado.

Gusanos de seda, enfermos y sanos.



Pero poco después comenzó a interesarse vivamente por los fermentos para ayudar a los vinicultores cuyos vinos *se torcían.*

Una epidemia que atacaba los gusanos de seda en las regiones del mediodía de Francia fue la causa de que Pasteur se desviara definitivamente hacia la microbiología. La enfermedad de los gusanos de seda causaba estragos, hasta el punto de amenazar con la ruina a las comarcas francesas que antes habían prosperado con la sericicultura. Se discutían en el Senado procedimientos para combatir el mal, se calculaban los millones que se perdían cada año, se iba a decidir la tala de las moreras y se proponían otros cultivos... o remedios descabellados. Algunos fumigaban gusanos enfermos, otros los trataban con electricidad, otros los rociaban con alcohol o creosota. Por fin el ministro tuvo la inspiración de comisionar a Pasteur, el hombre de los cristales y fermentos, a estudiar la epidemia de los gusanos en los lugares invadidos del mediodía de Francia. El químico se convirtió en biólogo.

Pasteur, con calma verdaderamente científica, instaló su modesto laboratorio en una casa del pueblo de Alais, donde había un pequeño criadero de gusanos. El primer año sólo pudo darse cuenta de dos hechos: primero, que la enfermedad era antigua, había existido siempre, aunque entonces por causas misteriosas se había exacerbado hasta causar una catástrofe; segundo, que el síntoma del mal era una roña de corpúsculos o manchitas negras que aparecía en los gusanos, lo mismo en las crisálidas que en las mariposas. Pasteur fue cuatro años seguidos a Alais en la época del cultivo de los gusanos y no sólo concretó la causa del mal, sino que propuso el remedio. Como había algunos insectos que escapaban de la infección, el método de evitarla el año siguiente era conservar tan sólo los huevos de las mariposas libres de corpúsculos. El sericicultor, al acoplar las parejas, debía tener cuidado de conservarlas junto con sus huevos. Si observadas al microscopio ambas mariposas estaban libres de la roña, seguramente la puesta sería sana y de los huevos



Uno de los ayudantes de Pasteur trabajando en el laboratorio de Alais.

saldrían gusanos robustos, voraces y activos para elaborar la seda el año próximo. Si, por el contrario, el macho o la hembra de las mariposas tenía señales de corpúsculos roñosos, los huevos debían destruirse para evitar la reproducción de individuos tachados. Hoy estamos tan familiarizados con los fenómenos de infección y herencia, que esta humilde victoria de Pasteur sobre los enemigos microscópicos del gusano de seda no nos causa sensación, ni la causó entonces más que a los sericicultores, que proponían hacerle a Pasteur «una estatua de oro». Pero aquellos experimentos de Pasteur en Alais abrieron horizontes inmensos a la Biología y hasta a la Medicina. Puede decirse sin exageración que con ellos empieza otra Biología y otra Medicina, por no decir la Biología y la Medicina verdaderas.

Pasteur confirmó sus ideas acerca de la causa de las epidemias estudiando el cólera de las gallinas y otra plaga en las ovejas cuya sangre se volvía espesa y negra como el carbón. No podemos explicar en detalle las curiosas observaciones que hizo de los animales enfermos ni los remedios que propuso para evitar el contagio. Pero lo que sacó en claro del estudio de estas epizootias de las ovejas y las gallinas es que los vibriones que las causaban podían cultivarse en líquidos favorables para su desarrollo, que se mantenían vivos en tubos de vidrio con infusiones a propósito, y se podría infectar un tercero y así sucesivamente sin que debieran por necesidad proceder los vibriones de los animales enfermos. En cambio, los líquidos de los tubos infectados producían invariablemente la enfermedad en los corderos o en las gallinas. Observó también que las bacterias requerían condiciones de temperatura especiales y adecuadas para propagarse eficazmente y que sobre todo ha-



Caricatura francesa contra la vacuna antivariólica.



Pasteur haciendo los primeros ensayos de aplicación de cultivos antirrábicos.

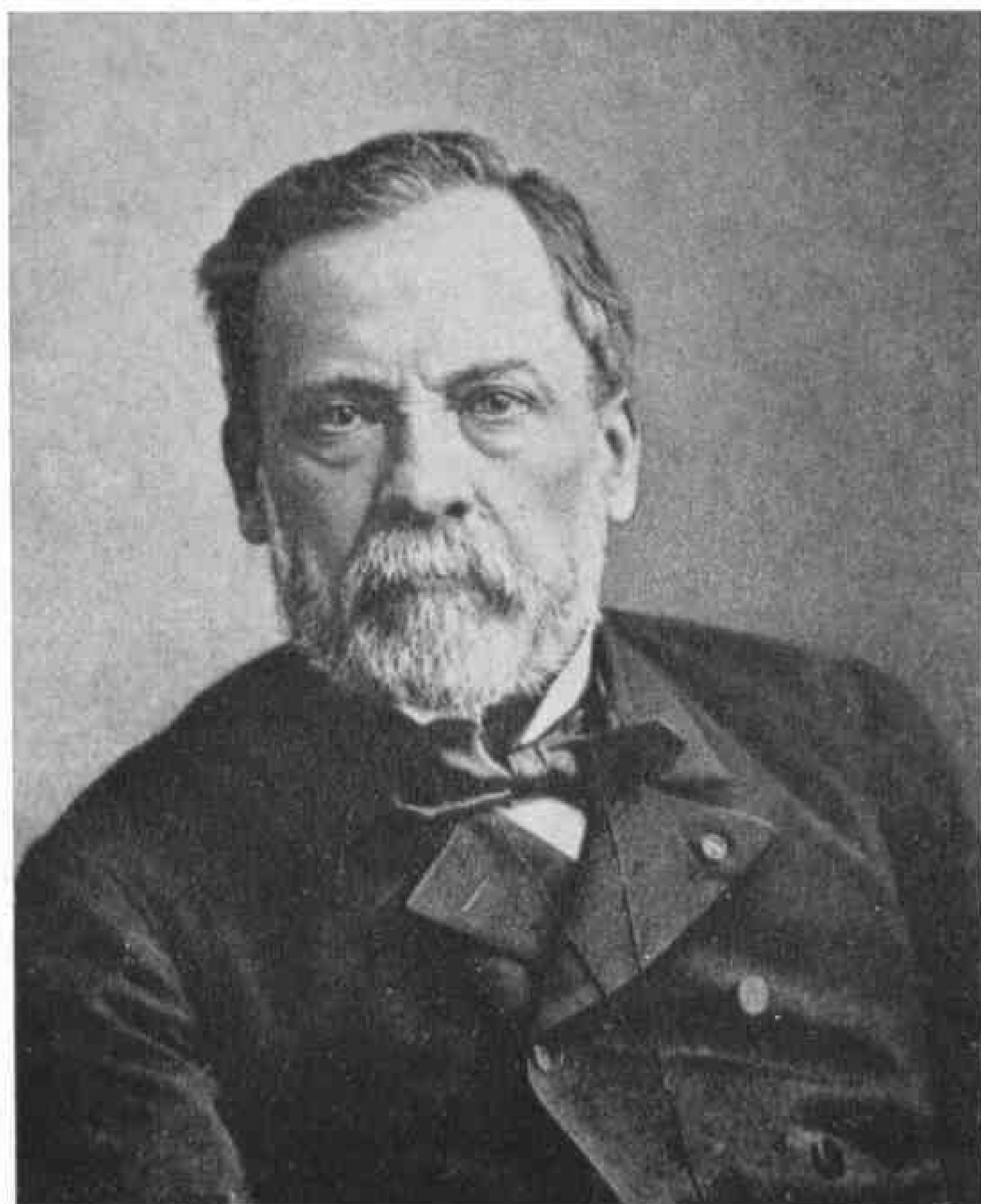
bía resistencia variable en cada individuo enfermo, pero que todos los enfermos se defendían poco o mucho de la infección.

Pasteur observó que *cultivos* de las bacterias causantes del cólera de las gallinas perdían virulencia si se conservaban por largo tiempo y se *cultivaban* fuera del cuerpo de los animales. Esto hízole sospechar que algún día se podría inocular (vacunar) un animal o el hombre mismo con cultivos de microorganismos atenuados y acabar de una vez con la pesadilla de las enfermedades infecciosas.

Tal era en 1878 el estado de la discusión sobre los microorganismos que hemos llamado hasta ahora vibriones y bacterias. El nombre que ha quedado definitivo es el de *microbio,* usado primeramente por Sedillot, médico militar de Estrasburgo en 1870; pero Pasteur lo empleó definitivamente después de consultar a Littré, quien lo aprobó, porque como compuesto de las dos palabras griegas *micro,* pequeño, corto, y *bios,* vida, vivir, quería decir animálculo, o ser de corta vida, y daba buena idea del carácter de los microorganismos.

Desde el primer momento el estudio de los microbios había producido utilidades prácticas a la agricultura y ganadería, pero los médicos y cirujanos se resistían a reconocer las ventajas que podrían derivarse de aquel descubrimiento. Por lo general los clínicos creían y creen aún que importa más conocer al enfermo que su dolencia, que cada caso es un problema diferente y tienen disimulada o franca antipatía por el hombre de laboratorio «que mata a muchos conejillos y cura a pocos enfermos». Pasteur exhortaba a los cirujanos por humanidad a practicar lo que hoy se llama asepsia: la-

varse las manos, lavar los instrumentos y aun pasarlos por la lámpara antes de las operaciones. La mortandad de los que sucumbían de septicemia o infección de pus después de una operación era enorme, y en la misma proporción las parturientas morían de fiebre puerperal; hoy todos sabemos que tanto el pus de las heridas de los operados como la fiebre puerperal son causados por microbios... pero en tiempo de Pasteur sólo él con unos cuantos discípulos sostenía esta idea. Decía Pasteur en la Academia de Medicina de París, en el año 1879: «Con profunda tristeza me veo obligado aquí a defenderme y con igual tristeza leo la Prensa médica, que continúa sin tener en cuenta los principios de la ciencia experimental... Dos doctrinas están enfrentadas: una antigua y otra que acaba de nacer. La primera cuenta todavía con inmenso número de partidarios y se apoya en el concepto de la espontaneidad de las enfermedades transmisibles; la segunda es la de los gérmenes, para explicar el contagio con todas sus legítimas consecuencias, y ésta, la verdadera, prosigue ignorada.»

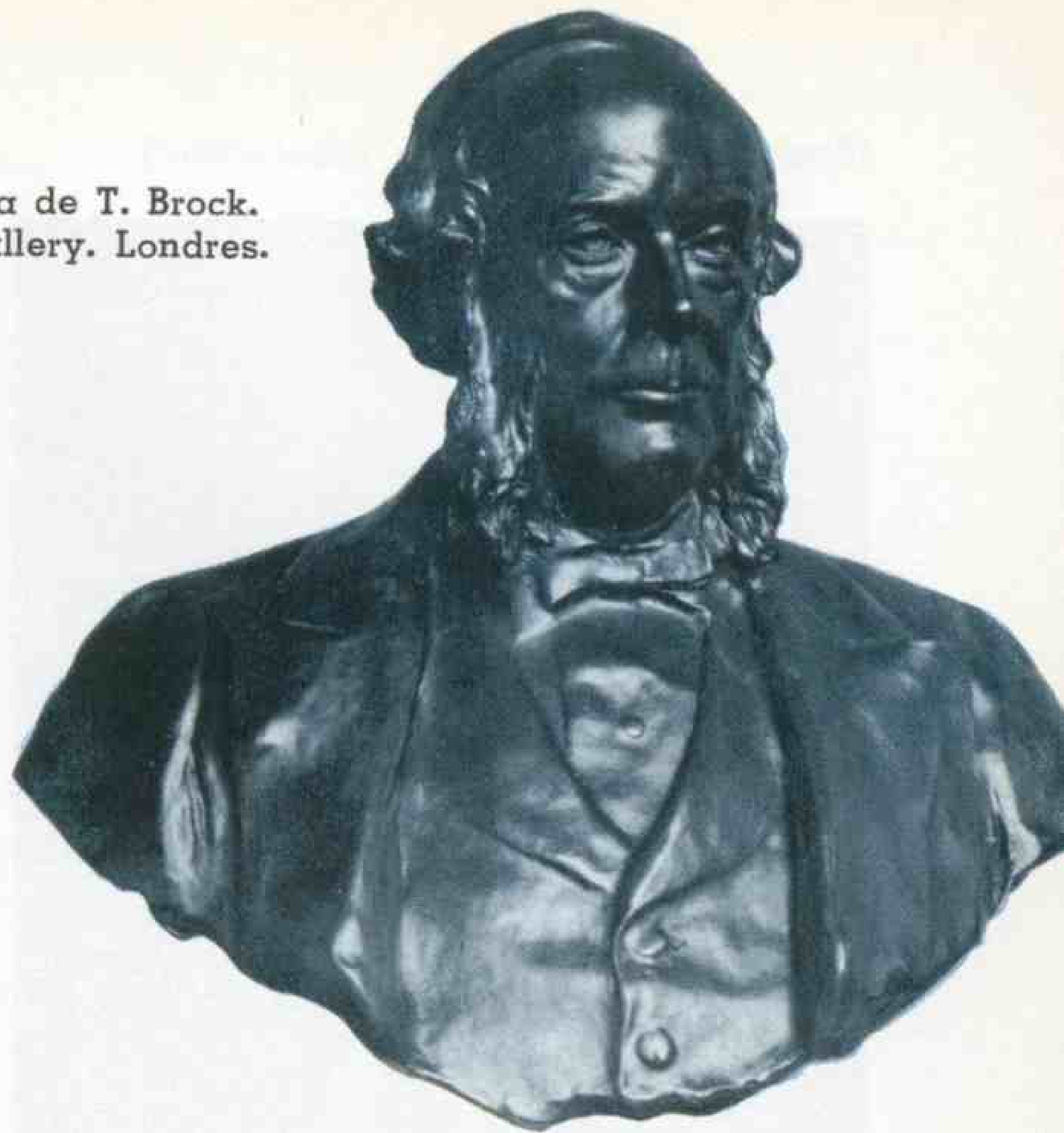


Louis Pasteur en 1882.

La aplicación de las doctrinas de Pasteur a la Medicina y Cirugía se inició en la Gran Bretaña, no en Francia, por Joseph Lister, cirujano de Edimburgo, el primero en practicar curas antisépticas. Recuerde el lector que Pasteur sólo proponía limpieza y asepsia a sus colegas de la Academia de Medicina; Lister, más atrevido, trataba de combatir los microbios con soluciones antisépticas. Al principio usaba una solución de ácido fénico, que destruía no sólo los microbios, sino también los tejidos. Después empleó el yodoformo, que se utiliza todavía. Lister reconoció la deuda que tenía con Pasteur en un primer artículo sobre el «Nuevo método de curar las fracturas con heridas», publicado en *El bisturí (The Lancet)* de Londres el año 1867, diciendo que «un torrente de luz ha llegado de las *investigaciones filosóficas* de Monsieur Pasteur, que ha demostrado con absoluta evidencia que no es el oxígeno ni otro gas alguno la causa de la descomposición de las substancias orgánicas, sino partículas minúsculas que flotan en el aire y son los gérmenes de varias formas de vida inferior. Antes se habían visto en las materias en corrupción tales gérmenes, pero se consideraban como accidentes secundarios de la fermentación, mientras que ahora, como ha demostrado Pasteur, sabemos que son la causa esencial del fenómeno, pues resuelven las substancias orgánicas complejísimas en otros compuestos de composición química más sencilla...»

Así hablaba Lister en Escocia cuando Pasteur se defendía *con tristeza* en la Academia de París. Pero, por lo visto, Pasteur no se enteró del artículo de Lister, y siete años después el cirujano de las *curas antisépticas* quiso estrechar amistad con el profesor de las *investigaciones filosóficas* escribiéndole una carta de la que son los siguientes párrafos: «Permitidme manifestaros mi gratitud por haber, con vuestras brillantes investigaciones, demostrado la ver-

Busto de Lister, obra de T. Brock. National Portrait Gallery. Londres.



dad de la teoría de los gérmenes de la putrefacción y haber establecido los principios de la cura antiséptica... Si alguna vez venís a Edimburgo, creo que será digna recompensa para vos ver en nuestro hospital cómo el género humano aprovecha vuestros trabajos. No he de añadir que sería para mí una satisfacción máxima mostraros lo que ya os debe la cirugía.»

Hay que leer la conferencia de Lister ante los miembros de la Asociación Británica de Medicina reunidos en Edimburgo en 1875 para comprender el fervor de apóstol con que Lister practicaba y difundía la cura antiséptica inspirada por Pasteur. En el anfiteatro de la *Royal Infirmary* con unos 500 médicos y cirujanos venidos de diversos puntos de las Islas Británicas, Lister, con bata blanca y ante la mesa con el enfermo, habló en estos términos: «Señores: Me propongo esta mañana exponer los métodos y valor de la cura antiséptica... Aquí tenemos un paciente con la rodilla hinchada; creo que la supuración es inminente... Me propongo hacer una incisión y drenar el pus con un tubo... Desde luego que practicarlo sin un tratamiento antiséptico sería locura... Pero, señores, aunque parezca paradójico, con tratamiento antiséptico, cuanto más libre y manifiesta está la infección, más rápida es la cura. Primero purificaremos la piel con fuerte lavado de ácido fénico al 1 por 20; luego obtendremos una atmósfera antiséptica con un pulverizador que difunda por el aire un rocío de solución del mismo ácido al 1 por 40. Es probable que yo introduzca el dedo en la herida después de hecho el corte en la rodilla; pero observad que mi dedo será un dedo antiséptico, limpiado también con una fuerte solución de ácido fénico y cuidando de que penetre en las arrugas de mi piel y bajo la uña... Señores, para lograr resultados satisfactorios con este tratamiento debéis acostumbraros a ver con los ojos de la mente los fenómenos sépticos tan claramente como veis las moscas y los demás insectos con los ojos del cuerpo. Si podéis verlos con vuestra vista intelectual, os mantendréis en guardia contra ellos; y si no, estaréis constantemente en peligro de descuidar vuestras precauciones...»

Es interesante comparar esta conferencia de Lister de 1875 con su último discurso del año 1890 en el Congreso Internacional de Medicina de Berlín. En éste, la terminología usada es ya la moderna; los microbios se han clasificado y bautizado con nombres individuales. No se trata de gérmenes anónimos como en 1879. No menciona el ácido fénico, sino el sublimado al 1 por 500 y dice:

«Por lo que toca a la pulverización del aire durante las operaciones, me siento avergonzado de haberla recomendado para destruir los microbios de la atmósfera... Desde que abandonamos la pulverización hace tres años, hemos compensado sus servicios con toallas antisépticas alrededor de la mesa de operaciones, y descartando la pulverización, sentimos más la necesidad de limpiar los instrumentos y las heridas...»



Pasteur, sostenido por el Presidente de la República, acercándose a recibir el abrazo de Lister en la ceremonia en su honor en La Sorbona el 27 de diciembre de 1892, tres años antes de morir.

Quedaba, pues, en claro, hacia el año 1885, que «toda fermentación se produce por el desarrollo de un microbio especial y cada enfermedad infecciosa tiene asimismo su microbio causante. Estos microbios, cultivados en ciertas condiciones, pierden su virulencia, y de extremadamente peligrosos pueden convertirse en vacunas que producen sólo una ligera indisposición.»

Esta última parte era la que, más aún que la antisepsia o lucha directa contra los microorganismos en plena actividad, permitiría luchar contra los microbios, utilizando los microbios atenuados para precaverse de los virulentos. Había precedentes. La inmunización por medio de vacunas se venía practicando de un modo empírico en Inglaterra hacía medio siglo. Una cierta lady Montagu había observado en pleno siglo XVIII que las mujeres turcas se prevenían contra la viruela tocando variolosos que parecían tener la enfermedad atenuada. Desde tiempo inmemorial los chinos y turcos habían descubierto que la infección, maligna al principio, acaba por perder virulencia y degenerar. E. Jenner, en 1796, no sabemos si estimulado por la noticia de lady Montagu, practicó las primeras vacunaciones ya poco más o menos como las practicamos hoy. El opúsculo en que daba cuenta de sus experimentos es otro modelo de rigor científico, como el *Motu Cordis* de Harvey, anticipándose proféticamemnte a la ciencia experimental. Después de breve exordio de introducción, Jenner describe los casos tratados con vacuna: «Caso I. José Merret, jardinero del duque de Berkeley, a menudo ordeñaba las vacas de su amo. En 1770 las vacas enfermaron con pústulas en las ubres y pronto aparecieron también en las manos de Merret. En 1775 hubo una epidemia de viruela en el lugar, y toda la familia sufrió de ella; yo traté repetidas veces de contagiar a Merret con inyecciones de pus varioloso, pero sólo conseguí provocar leves erosiones en la piel...» «Caso XVII. Escogí un robusto muchacho de ocho años y le inyecté el pus de las pústulas que tenía en la mano una lechera del lugar, producidas por la infección de vacas variolosas. Al séptimo día el muchacho perdió el apetito, tuvo fiebre, dolor de cabeza; los puntos en donde había hecho la inyección supuraron, pero todo desapareció en pocos días. Un mes más tarde le inyecté pus de viruela y no se desarrolló la enfermedad...», etc.

La vacunación contra la viruela dio lugar a terribles controversias en la Gran Bretaña, y todavía hay refractarios que consideran peligrosa la vacuna. Pero acabó por prevalecer y el Parlamento británico otorgó a Jenner dos pingües recompensas por su descubrimiento.

Lo que aparecía claro de los experimen-

tos de Jenner, a la nueva luz que Pasteur había conseguido derramar sobre los microorganismos, es que la enfermedad de las vacas era la misma que la viruela en el hombre, producida por el virus de una bacteria que se había amortiguado en los animales. El jardinero Merret y los millones de individuos que después de vacunados sufrían la enfermedad, pero ya atenuada, quedaban inmunes de nuevos ataques del mismo virus. Pasteur trató de generalizar el procedimiento a otras enfermedades infecciosas y consiguió producir en el año 1880 un suero para prevenir el carbunco del ganado. Los resultados parecían milagrosos.

Cuatro años después, ya en el ocaso de su vida, Pasteur atacó el problema de la vacuna preventiva y la cura de la hidrofobia con inyecciones de materia nerviosa desecada y obtenida de conejillos a los que se les había contagiado la hidrofobia en toda su virulencia. Los discípulos de Pasteur, no sólo los de su Instituto de París, sino del mundo entero, siguieron sus métodos para obtener vacunas contra la difteria, el tifus, el cólera y la fiebre amarilla.

La microbiología fue la ciencia sensacional de la última mitad del siglo XIX. Era algo dramático descubrir esta fauna y flora minúsculas, invisibles y al mismo tiempo formidables. Pasteur, en una carta a Lister, le dice que el microbio del vinagre es de longitud como de una milésima de milímetro. Muchos microbios eran incoloros y no se distinguían por mucho que multiplicara el microscopio. El paso preliminar para combatir cada uno de los gérmenes de las enfermedades infecciosas era el descubrir la substancia colorante que tiñera el tejido o el líquido en que estaba multiplicándose. Cada microbio, caprichosamente, si se nos permite la expresión, requería una substancia colorante distinta; era una casualidad descubrir aquella tintura con la que, sin saber cómo ni por qué, se pintaría el microbio. Una vez descubierta ésta, se podía examinar cómodamente el microorganismo con auxilio del microscopio, observar su forma y su manera de reproducirse. Se notó que los microbios podían agruparse por familias, que muchas enfermedades que tenían un curso y complicaciones análogas, tenían gérmenes microscópicos de aspecto físico muy parecido. Era la microbiología, la bacteriología naciente, que, acogida por unos con escepticismo, por otros con indiferencia, y con entusiasmo por los más optimistas y amantes de la Ciencia, con el tiempo había de adquirir el desarrollo extraordinario que disfruta en nuestros días, hasta llegar a constituir la base inconmovible sobre que descansan los modernos adelantos de las ciencias médicas y la más firme esperanza con que éstas cuentan para desenvolverse y prevenir y curar las afecciones que más estragos causan a la Humanidad.



Edward Jenner.

Cuando se quiso combatir el microbio causante de una enfermedad con productos antisépticos introducidos o inyectados en el cuerpo del enfermo se causó más daño que provecho. Se atiborró a los tísicos de creosota, que debía saturar la sangre y aniquilar el bacilo de los pulmones. Se llegó a inundar los pulmones cancerosos con soluciones antisépticas para limpiarlos como si hubieran sido objetos de metal o porcelana. La batalla eficaz contra los microbios fue por asepsia, o por vacunas y sueros.

Actualmente el terror de los microbios se va desvaneciendo. Pero hacia el final del siglo XIX todavía duraba la obsesión de que bastaba uno solo de estos invisibles enemigos para provocar una dolencia mortal. Metchnikoff, el sucesor de Pasteur, impedía a su esposa e hijos que comieran caramelos porque podían haber sido envueltos con un papel por una persona que fuese tísica o sifilítica. Todas las verduras tenían que hervirse y se pusieron de moda las bujías de bizcocho de porcelana para filtrar el agua en las casas. Estas perdieron eficacia al enterarse de que había enfermedades producidas por virus que atravesaban filtros. Además se reconoció que para el contagio se necesita un individuo que no tenga resistencia combativa... No; la gran importancia de reconocer la causa de las enfermedades infecciosas fue el desarrollar una higiene basada en datos científicos, no empírica y supersticiosa como la que se empleaba antes de Pasteur. Sobre todo fue una higiene social; los municipios cuidaron de evitar epidemias aislando los enfermos, manteniendo las aguas puras o esterilizándolas con cloro; las basuras se recogieron y quemaron; las cloacas fueron rociadas con fuertes soluciones antisépticas; se persiguieron roedores y parásitos, que son conductores de microbios, y se exigió un mínimo de higiene para los nuevos domicilios. Pero en esta vía el objetivo deseable y realizable es todavía algo lejano.



Caricatura francesa contra los sueros y vacunas: «¡Qué bracitos, señores médicos!»

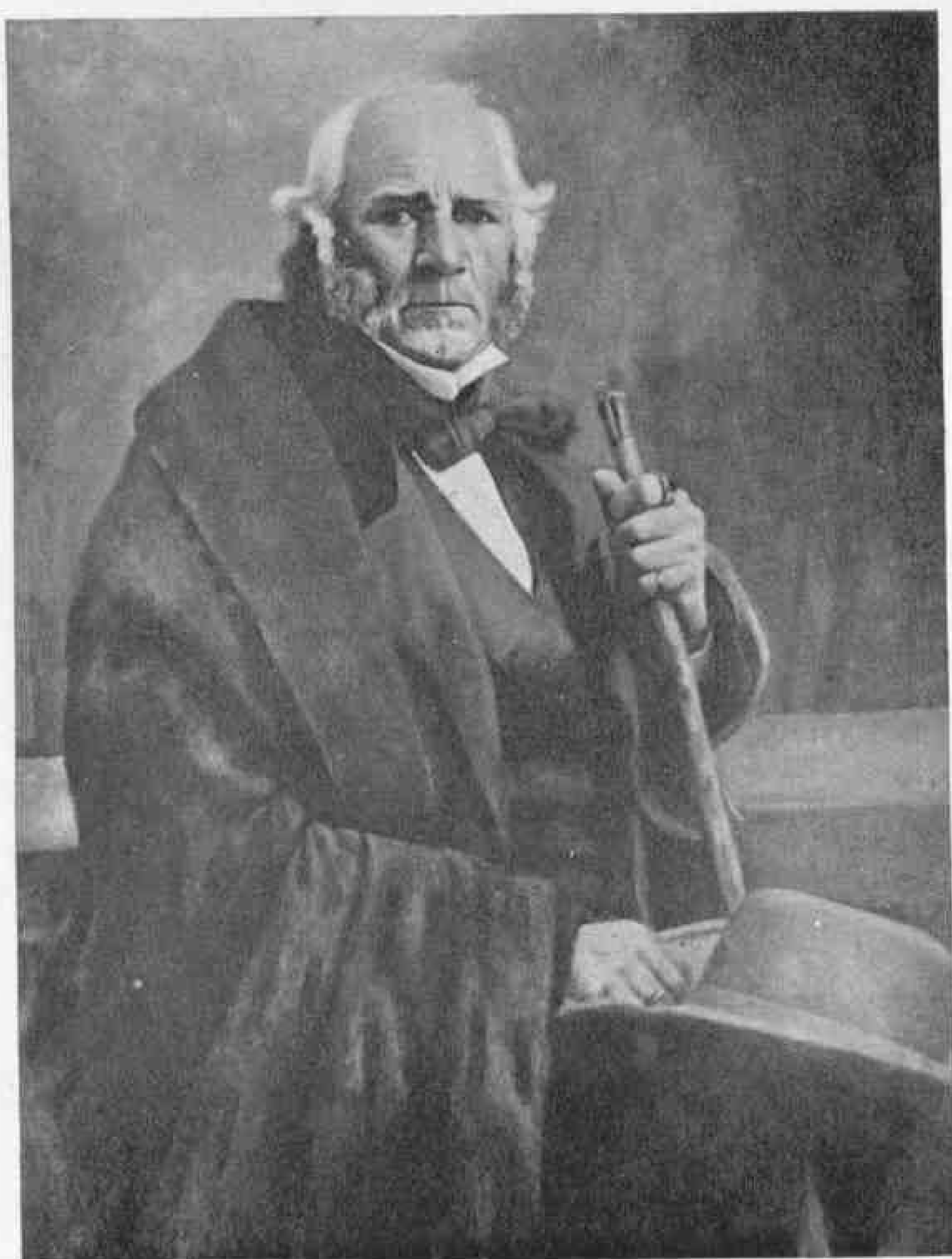


Batalla de Wilsons Creek, cerca de Springfield (1861).

8 DESARROLLO Y CONSOLIDACION DE LOS ESTADOS UNIDOS

La Constitución de los Estados Unidos tenía el mérito y el defecto de su máximo laconismo. Cabría toda ella en dos páginas de este libro. Los *coloniales* del Congreso de Filadelfia del año 1787 la habían redactado con vaguedad que se prestaba a varias interpretaciones. Esperaban que se iría precisando al crecer la Unión y que los cambios sociales y políticos que traerían los tiempos podrían incorporarse con simples enmiendas a la Carta constitucional. Esto era extremadamente peligroso; las antiguas colonias tenían encontrados intereses que tratarían de defender con las diferentes interpretaciones a que se prestaba la vaguedad de la Constitución.

Muchos de los nuevos órganos de gobierno que aparecen en la Constitución de los Estados Unidos nos son hoy familiares y hasta algunos se han hecho ya anacrónicos. Pero en su tiempo eran grandes novedades... Así no es de extrañar que sus autores se sintieran obligados a gran reserva y casi ambigüedad. La idea de una república con Presidente elegido cada cuatro años, en lugar de monarca hereditario, era un experimento arriesgado en 1789, antes de la Revolución francesa. Además se introducían nuevos tipos de autoridad. El Congreso o Parlamento con dos Cámaras, imitación de las inglesas, tenía jurisdicción sobre el Presidente. Las atribuciones de éste



Samuel Houston, fundador del Estado de Texas.

eran poco precisas. Podía con su voto anular una ley, pero las Cámaras podían votarla por segunda vez, y entonces el Presidente tenía que sancionarla. Se instituía una autoridad nueva: el Tribunal Supremo con jurisdicción sobre el Congreso y el Presidente, pero no se precisaba cuántos jueces tendría el Tribunal ni sus exactas atribuciones. Sobre todo quedaba indefinido el punto capital. ¿Dónde radicaba la soberanía? La Constitución parecía prejuzgar que las antiguas colonias inglesas, que desde entonces se llamarían Estados, continuaban siendo árbitros de sus destinos cada una de por sí, y que se confederaban sólo en Unión temporal para su *tranquilidad y defensa*. Pero cabía también la otra interpretación de la Constitución, esto es, que la Unión era una nueva persona política con plenos derechos y autoridad sobre las antiguas colonias, que habían transferido a aquélla sus prerrogativas de independencia.

Un rastro de esta duda, como un estigma, quedará para siempre palpable en el nombre que se dio a la Unión. Se la llamó en la Constitución, y oficialmente se llama todavía, «Estados Unidos de América», no «Estados Unidos de Norteamérica», y no se le dio un nombre personal o geográfico como los de Bolivia, Colombia, Australia. Esto da interés apasionante a la historia de la Unión norteamericana, porque ha sido y aún es *a nation in the making* (una nación que se está haciendo, una nación en el yunque).

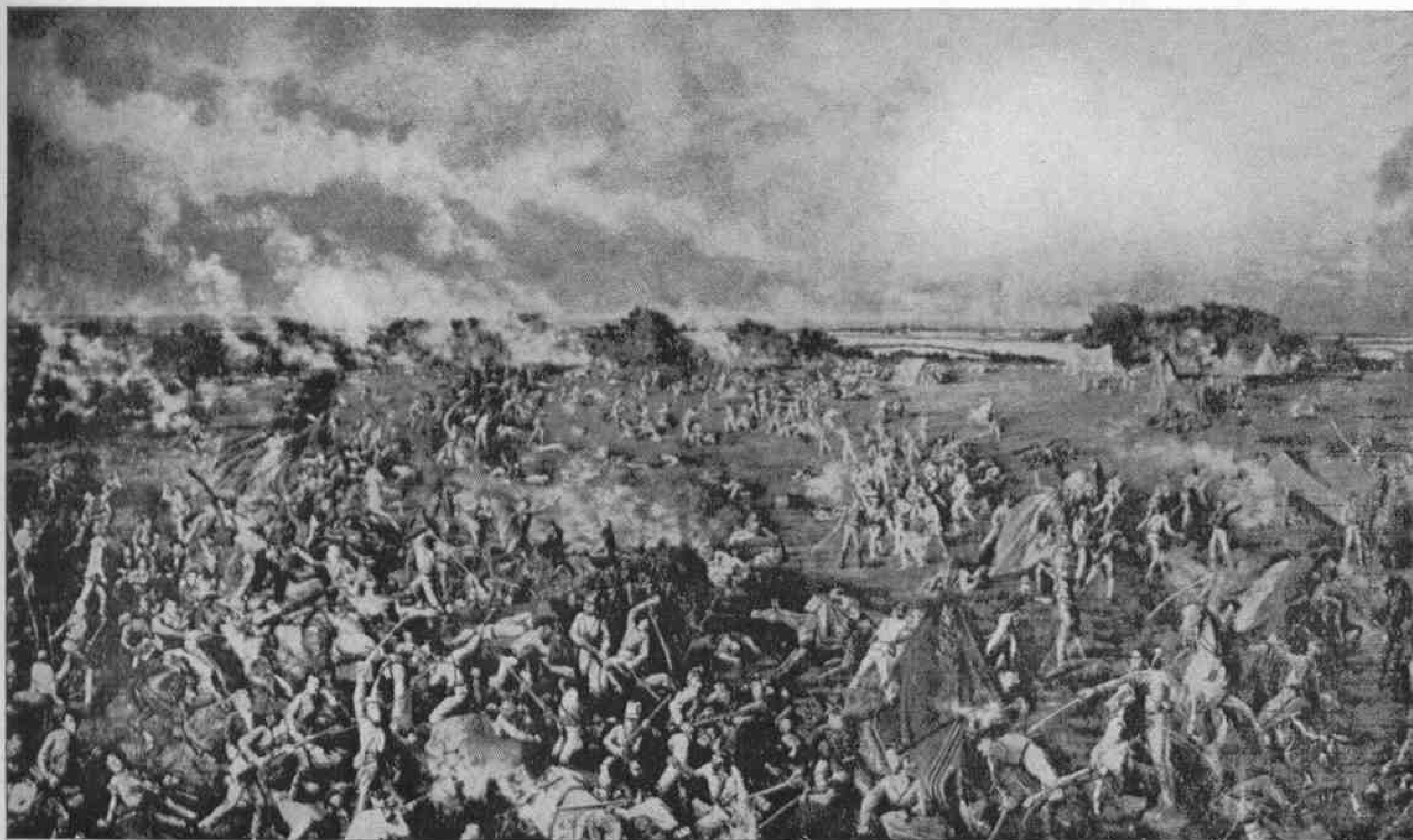
En el tomo anterior ya hemos explicado que este punto de la soberanía quedó mal definido en la Constitución porque, cuando la redactaba el Congreso de Filadelfia, Tomás Jefferson estaba en París de embajador y no pudo imponer sus ideas de soberanía de los Estados. Prevalecieron las ideas de su adversario, Alejandro Hamilton, que soñaba con una nación americana enteramente nueva sin la rémora de los antiguos localismos y prejuicios coloniales.

La influencia de Hamilton fue enorme en su tiempo y continúa todavía siéndolo en los Estados Unidos; pero murió pronto, en un duelo, y la tendencia unificadora federalista fue de momento desviada por su opuesta, la dirección *republicana*. Con este calificativo se entendían entonces los partidarios de la supremacía de los derechos del individuo y de los Estados sobre los de la Unión. Su doctrina se hacía derivar del tratado *De Re Publica* de Cicerón y su principal exponente era Jefferson. Este era un *filósofo* colonial, con las ideas y maneras de los antiguos romanos, que parecían revivir en los terratenientes de Virginia y otros Estados del Sur. Jefferson fue elegido tercer presidente de los Estados Unidos, después de Washington y Adams, y pudo por lo menos frenar la tendencia unificadora durante su gobierno.

Sin embargo, era imposible mantener estricta la doctrina de la independencia de los Estados, porque la Unión iba adquiriendo por expansión natural nuevos territorios más allá de las antiguas fronteras co-

loniales. El propio Jefferson, en el tiempo que fue presidente, tuvo que comprar la Luisiana a Francia por 15 millones de dólares. Decimos que «tuvo» porque casi se vio obligado a llevar a cabo aquel negocio. Como hemos dicho ya, la Luisiana, en su origen francesa, se había cedido a España y ésta a su vez, en 1801, la reintegraba a Francia, entonces en pleno período napoleónico. Era peligroso dejar un territorio vecino a los Estados Unidos, con la agravante de estar allí la desembocadura del Mississippi, en poder de Bonaparte. Podía entrarle el deseo de conquistar a América como fue a Egipto y Siria, con la excusa de atacar a Inglaterra por el Canadá. Podía, por lo menos, cerrar las entradas del gran río, embotellando el comercio americano desde Nueva Orleáns.

A la adquisición de Luisiana siguió la de la Florida, de España, en 1810-1819, por cinco millones de dólares, con una frontera ambigua, mal limitada, que podía originar toda clase de conflictos. ¿A quién pertenecerían estos nuevos territorios? No podían adjudicarse en parcelas a los Estados federados porque estos nuevos territorios estaban todos al Sur de la Unión. ¿Quién los defendería en caso de ataque? ¿Cómo se organizarían y administrarían?... Ni Jefferson ni ningún demócrata de su tiempo pensaron que pudieran ascender a la categoría de Estados con los mismos derechos de los que se habían creado de las antiguas colonias. Al engrandecimiento de la Unión con Florida y Luisiana, siguió la anexión del vasto territorio llamado Oregón, que iba desde la frontera imprecisa de Luisiana hasta el Pacífico. Inglaterra disputaba aquellos inmensos espacios, como natural expansión de sus posesiones en el Norte. La disputa duró largos años, y el león británico rugió y enseñó las uñas; pero el presidente Polk dijo que «a John Bull



Batalla del río San Jacinto, que confirmó la independencia de Texas. Pintura en el Capitolio del Estado de Texas.

Mapa mostrando la expansión progresiva de los Estados Unidos.

(Inglaterra) hay que mirarle de frente sin pestañear», y ocupó resueltamente todo lo que era, o podía ser, Oregón, hasta el paralelo 49, que ha quedado constituyendo de manera definitiva la frontera entre el Canadá y los Estados Unidos.

Casi contemporáneamente, vino la anexión de Texas y aún más: la cesión de Nuevo México, Arizona y California. Texas era una región de México reunida a Cohahuila, casi enteramente desierta antes de llegar colonos norteamericanos. Para dar idea de lo que era Texas, sólo diremos que el actual Estado tiene una anchura de más de 1.200 kilómetros; hay allí toda clase de terrenos, desde desiertos rocosos hasta la región de bosques y pantanos del golfo. La inmigración de norteamericanos a Texas — ¡cosa extraña! — fue promovida por el Gobierno mexicano. En 1823, el emperador Iturbide confirmaba a un norteamericano llamado Esteban Austin la concesión de la más fértil región de Texas con la condición de que estableciera en ella doscientas familias. En 1824, el Congreso Mexicano, prosiguiendo la política suicida de importar extranjeros, ofrecía la concesión de 66.000 acres de terreno a todo aquel que pudiera persuadir a doscientas familias a emigrar a Texas. Cada familia recibía su lote particular de 177 acres de terreno arable, o 4.428 acres de terreno para pastos o leña. Esto independientemente de los 66.000 acres que se regalaban al *empresario*. Los miles de acres eran baratos en Texas. A Robert Owen, de quien hemos hablado en el capítulo del socialismo romántico de principios de siglo, el Gobierno mexicano le ofreció

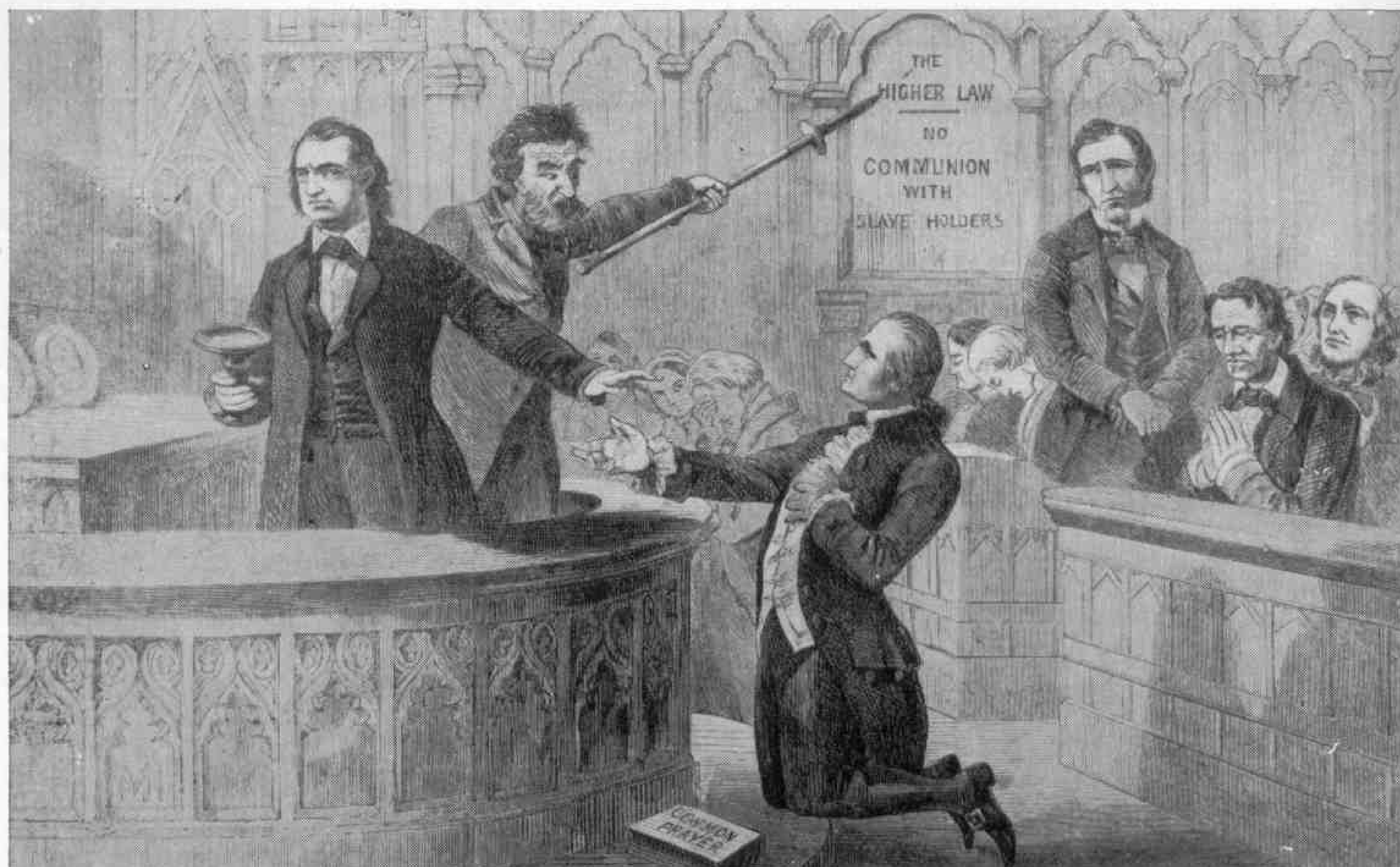
una zona de 260 kilómetros cuadrados en Texas para establecer su colonia socialista. La concesión no llegó a ratificarse porque Owen insistió en que debía permitirse la libertad religiosa en su colonia, y entonces, en el año 1830, México era todavía católico acérrimo.

Con estas y otras liberalidades, el Gobierno mexicano había logrado introducir en Texas hacia el 1834 dieciocho mil emigrantes norteamericanos con dos mil esclavos. Los mexicanos que residían de antiguo en el país no llegaban a cuatro mil. Ocurrió lo que necesariamente tenía que ocurrir, por estar Texas tan alejado del centro de la nación mexicana y haber ya empezado en México el período revolucionario. En el año 1835, el dictador Santa Anna proclamó una Constitución unificadora de México, que dejó a los colonos de Texas a merced de cualquier funcionario de la capital. Los *empresarios* y colonos de Texas, irritados, establecieron un gobierno provisional; Santa Anna invadió Texas y sacrificó hasta el último hombre de la guarnición de 200 rebeldes separatistas texanos en la misión del Alamo, cerca de San Antonio. La crueldad de Santa Anna ocasionó un levantamiento general en Texas, y Sam Houston con su milicia improvisada de colonos derrotó a Santa Anna, haciéndole prisionero y desbandando al ejército mexicano en la batalla de San Jacinto. Estas dos acciones, la defensa del Alamo y la victoria sobre Santa Anna en las márgenes del río San Jacinto, consolidaron la independencia de Texas, que se organizó en Estado independiente con bandera de estrella solitaria. Pronto fue a reunirse a las otras trece del pabellón norteamericano. Pero la consecuencia fue una guerra entre México y los Estados Unidos. Los norteamericanos invadieron el territorio mexicano por la vía de Texas y la de Veracruz. Conquistada la capital, impusieron un tratado que negoció el poco escrupuloso Santa Anna. Por este tratado, llamado de Guadalupe-Hidalgo (febrero de 1848), México cedía a los Estados Unidos no sólo sus derechos sobre Texas, sino toda la región al norte de Río Grande que comprendía Nuevo México, Arizona y la California superior, recibiendo en compensación quince millones de dólares, la mitad de lo que estaban autorizados a ofrecer los diplomáticos norteamericanos.

Contemplando el mapa, asombra la enormidad de lo que conquistaron los Estados Unidos con una intervención militar que duró pocos meses; pero hay que tener en cuenta que México estaba entonces en una condición de anarquía tal, que los vencedores creyeron ser generosos contentándose con los territorios deshabitados del norte y aun desembolsando una propina. Al enviar el presidente el tratado de Guadalupe-Hidalgo al Senado para que lo aprobara, fue discutido tenazmente por el grupo de senadores que representaban, según decían, la mayoría de la opinión popular, y pedían insistentemente la anexión de todo México.



Harriet Beecher Stowe, autora de *La Cabaña del tío Tom*, que tan eficazmente atacó a los esclavistas.



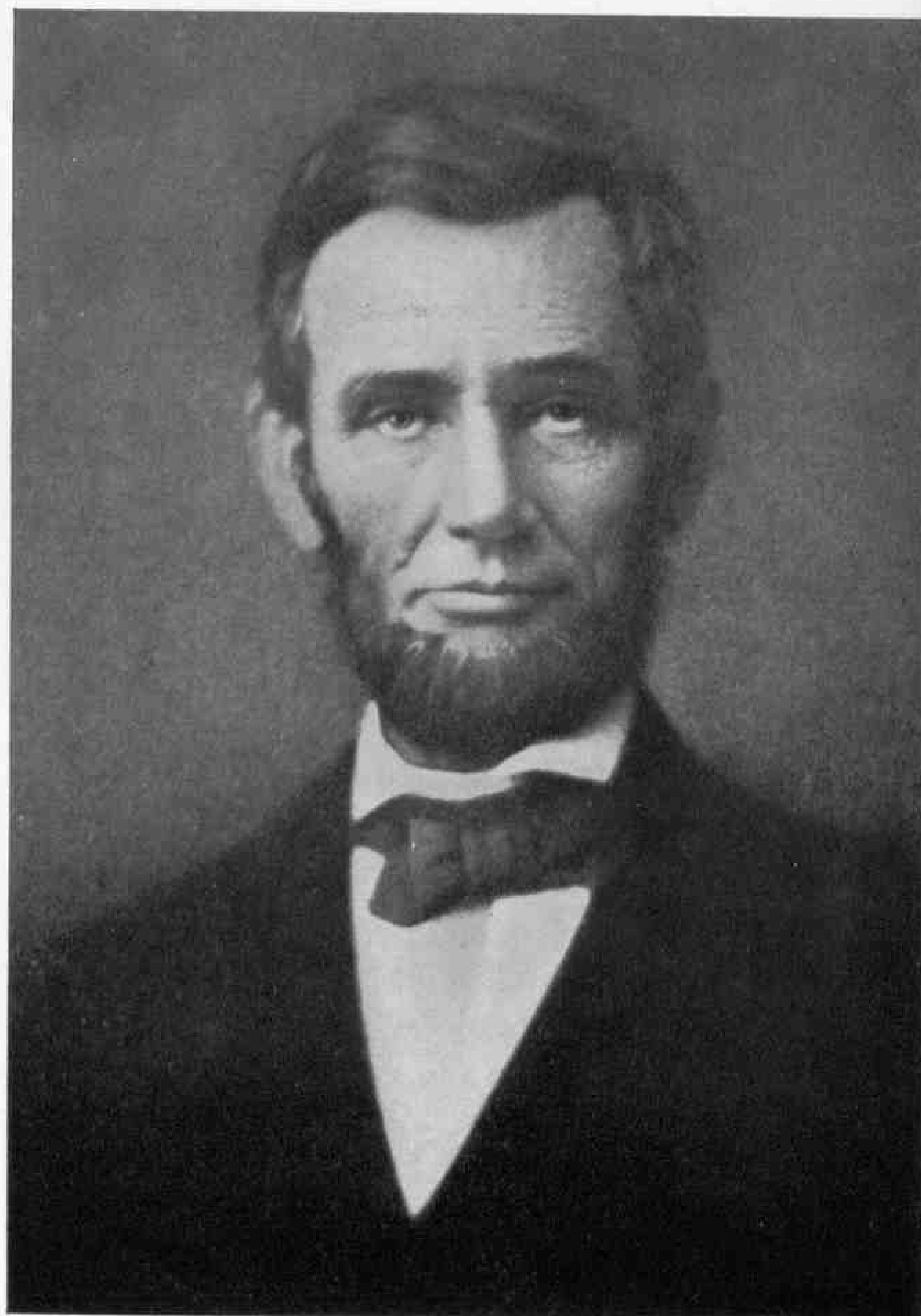
Caricatura de los partidarios de la esclavitud. Al gentilhombre esclavista se le deniega la comunión, mientras en el banco está Lincoln orando.

El convenio con Inglaterra para legalizar la ocupación de Oregón (1846) y el tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848) redondearon las posesiones de la Unión americana en el continente dándole casi las fronteras actuales. Pero estos engrandecimientos hicieron más agudas las controversias políticas de la doble interpretación de la Constitución. Ya hemos visto que el mismo Jefferson había tenido que claudicar de sus teorías democráticas de soberanía popular de los Estados. Pronto se sintió la necesidad de construir marina, caminos interestatales y establecer un Banco Central, y esto no podía hacerlo más que el Gobierno federal. Los servicios de gobierno y administración de la Unión, que al principio se creyó que podrían sostenerse con cuotas de los Estados, crecieron hasta obligar a imponer contribuciones directas. Además, había la enojosa disputa de las tarifas aduaneras, que si convenían a proteccionistas de los Estados del Norte, que empezaban a crear la industria americana, eran enojosas para los Estados del Sur, productores de algodón, que hubieran preferido un régimen librecambista.

Pero lo que agriaba más las relaciones entre los Estados del Norte y del Sur eran los conflictos que producía la esclavitud. Los Estados del Norte, habitados por puritanos y cuáqueros, habían abolido la esclavitud muy pronto, pero sentían escrúpulos de pertenecer a la Unión, que permitía el comercio y posesión de esclavos en ciertos Estados, y sobre todo en los territorios recientemente adquiridos. La responsabilidad les tocaba directamente, porque, si bien la Unión no podía intervenir en el régimen económico interior de los Estados

del Sur, que eran decididamente esclavistas, en los territorios adquiridos por compra o por conquista era crimen o pecado de toda la Unión la tolerancia de la esclavitud.

Al fundarse la Unión, las dos tendencias, abolicionista y esclavista, estaban equilibradas; había tantos Estados que permitían la esclavitud como Estados que la prohibían. Cuando entraba en la Unión un Estado nuevo esclavista, como Texas, se tenía cuidado de ascender a la categoría de Estado un territorio de la región del Norte, donde no se admitían esclavos. En dos ocasiones, para no perder el equilibrio o empate de votos en el Senado (donde los Estados, grandes y pequeños, viejos y nuevos, tenían igual voto), se empleó la estratagema de dividir los Estados antiguos abolicionistas para que no predominaran los esclavistas. El Congreso o Parlamento de la Unión concertó entre ambos partidos compromisos o arreglos, estableciendo que a partir de ciertas líneas de demarcación no se permitiría la esclavitud, pero los arreglos no fueron duraderos porque no satisfacían enteramente a ninguna de las partes.



Abraham Lincoln, en la época de su presidencia y guerra civil (1860-1865.)

Cabaña donde nació A. Lincoln, en Elizabethtown, Kentucky.



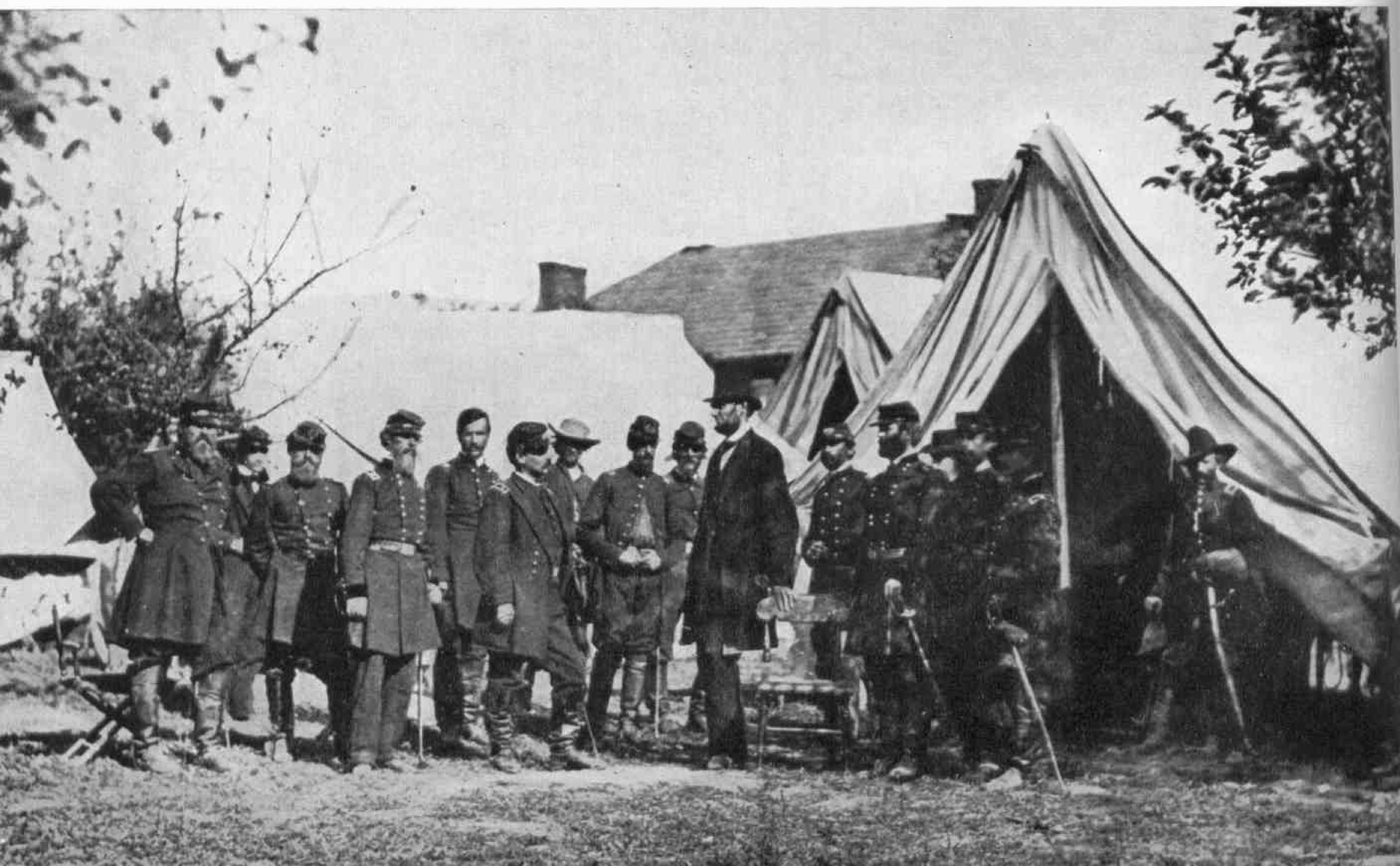
Debajo de esta divergencia que representaban las doctrinas abolicionistas y esclavistas, revivía la antigua rivalidad de federalistas y republicanos de Hamilton y Jefferson. Los *caballeros* y *aristócratas* del Sur, jeffersonianos a rabiar, se enojaban sólo de oír enunciar la teoría de que el Gobierno de la Unión podía intervenir en la policía y régimen económico de sus haciendas. Es probable que, de no haberse sentido ofendidos por la literatura humanitaria de los abolicionistas del Norte, la esclavitud se hubiera gradualmente extinguido en el Sur. Más que continuar manteniendo esclavos, lo que defendían los sudistas era su derecho a tenerlos. Inglaterra había ya abolido la esclavitud. Se había abolido en México en

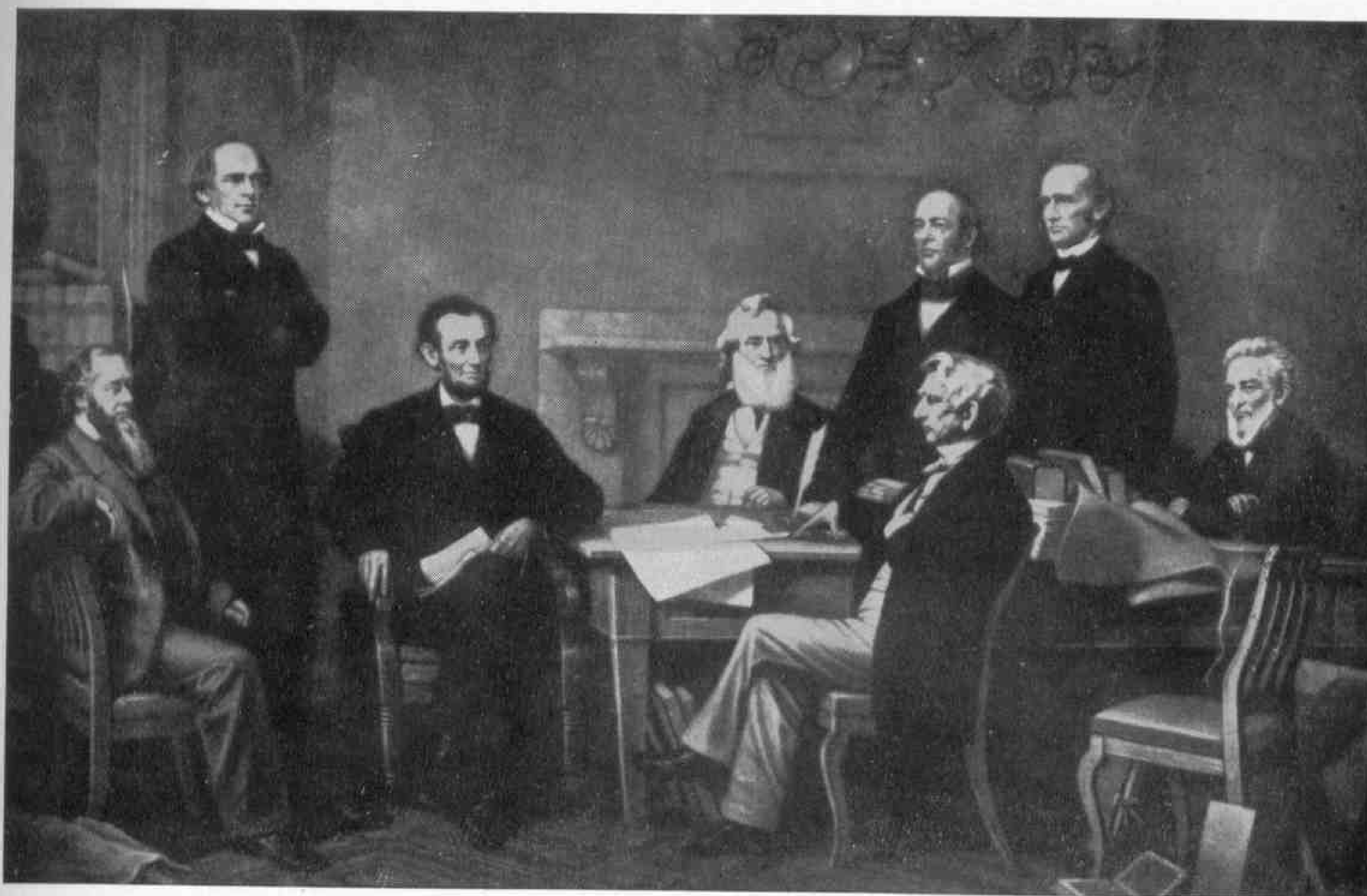
los primeros días de la revolución, como se abolió en Sudamérica; era, y es, un sistema anticuado y caro, que no puede sostenerse en cuanto la Humanidad consigue cierta época de progreso. Ya Varrón, en la Roma republicana, aconsejaba a los campesinos que empleasen obreros asalariados, en lugar de esclavos, para trabajos que precisaban rapidez, como el de la siega. Los trabajos que se requerían entonces en los Estados Unidos — la construcción de carreteras y ferrocarriles — no podían tampoco confiarse a esclavos. Hubo que importar multitudes de irlandeses e italianos, que probaban a los esclavistas ser mucho más baratos y eficaces que los esclavos negros.

En la inmensa mayoría de los casos, el propietario esclavista del Sur, que pintaban como un monstruo de crueldad los folletos abolicionistas del Norte, era un caballero de modales distinguidos, manirroto sólo para su hacienda. Los tres o cuatro esclavos que mantenía eran su vieja nodriza, el cochero de su padre, un muchacho huérfano adoptado, la cocinera negra orgullosa de sus guisados. Todos se habían de tal modo identificado con la casa y la familia de su amo, que separados de ella hubieran perecido.

Todavía hoy ciertas haciendas o plantaciones del Sur de los Estados Unidos conservan medio arruinado el departamento donde estaban alojados los esclavos. Lugar siniestro y malsano, aunque no peor que los barrios obreros de Lille, Mulhouse y otras ciudades industriales de Europa en aquella época. El tipo de amo que azotaba a los esclavos descrito en la *Cabaña del Tío Tom* (1851) debía de existir todavía cuando se discutían los derechos de la Unión a permitir la esclavitud, pero era un personaje anacrónico, condenado a desaparecer. Sin

Lincoln en el campamento de Antietam. Septiembre de 1862. Primera fotografía de campaña tomada por M. Brady, que seguía al ejército de la Unión con un completo laboratorio fotográfico.





Consejo de ministros de 22 de septiembre de 1862, en el que Lincoln leyó la proclama presidencial que concedía la libertad de los esclavos. De derecha a izquierda: Stanton, Chase, Lincoln, Welles, Seward, Smith, Blair y Bates.

embargo, las excepciones de crueldad y violencia con los esclavos contribuían a que algunos escapasen a los Estados del Norte, y el Gobierno federal no tenía más remedio que prenderlos y devolverlos a sus amos. Los cuáqueros antiesclavistas escondían y protegían a los fugitivos, y su aprehensión por el Gobierno federal ocasionaba motines, derramamiento de sangre y gastos. Un esclavo negro escapado en el año 1854, costó a la Unión 40.000 dólares para reintegrarlo al Sur. En 1859, un exaltado, llamado Brown, marchó a Virginia con un grupo de antiesclavistas y se apoderó de un arsenal con objeto de armar a los negros, excitándolos a rebelarse. La intentona fracasó; Brown fue ahorcado, pero murió desafiando a la Unión y reprochando al pueblo la vergüenza de tolerar la esclavitud.

El Tribunal Supremo, como ha hecho siempre y continúa haciendo todavía en los Estados Unidos, no sirvió más que para embrollar la cuestión. En 1857 tuvo que decidir el pleito de un esclavo llamado Scott, que, apoyado por los abolicionistas, demandaba a su amo porque lo retenía sin concederle la libertad. Fundaba sus derechos en que su amo lo había llevado a residir por algún tiempo en territorio nacional donde no se toleraba la esclavitud. La sentencia del Supremo — ¡parece un sueño! — fue contraria al esclavo. Según la sentencia del Supremo, que establece jurisprudencia, un esclavo es como un objeto mueble, y la Unión no tiene derecho a desposeer a nadie de sus bienes. Además, según el inapelable Tribunal, un negro no era ciudadano de los Estados Unidos.

Con aquella sentencia se revalidaron las pretensiones de los Estados del Sur. También ellos publicaban sus folletos antiabolicionistas para contrarrestar el efecto de la literatura que se difundía desde el Norte. La esclavitud era el reconocimiento de un



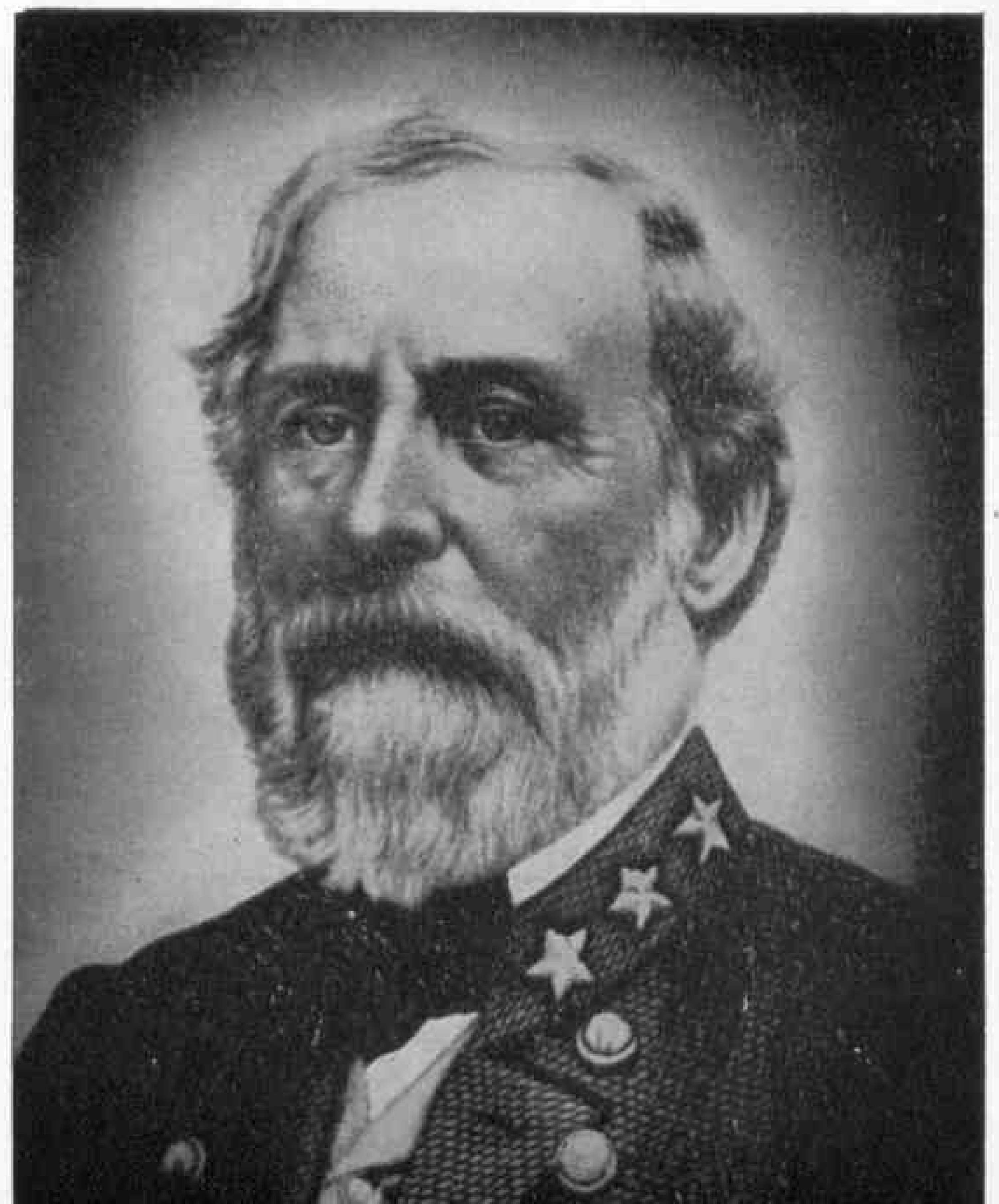
Ulysses Grant, general en jefe de los ejércitos de la Unión del Norte.

hecho biológico: ciertas razas requieren el régimen paternal o tutelar. La Biblia no se opone a la esclavitud; San Pablo da consejos de humildad y paciencia a los esclavos y propone como virtud cristianísima la mansa sumisión a los amos. Las Iglesias protestantes llegaron a dividirse: había la Iglesia metodista del Norte y la Iglesia metodista del Sur; la Baptista abolicionista y la Baptista esclavista.

Entre los argumentos en su favor, los Estados del Sur recordaban que en las constituciones estatales de las antiguas colonias se decía concretamente que eran soberanas; así la Unión era un pacto de conveniencia y revocable. Por ejemplo, la Constitución del Estado de Massachusetts (1790), el Estado puritano del Norte, decía que «el pueblo de esta república tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como Estado libre independiente y soberano...» La Constitución del Estado de Connecticut, también al Norte (1776), declara que «el pueblo de este Estado, siendo por la voluntad de Dios libre e independiente, tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como libre, independiente y soberano». Pennsylvania (1776) tiene en su Constitución un párrafo análogo. La Constitución de Virginia va un paso más allá y reconoce el derecho del pueblo de cambiar, alterar o abolir aquel Gobierno que la mayoría de las gentes del Estado considerare contrario al bien común. Maryland, en su Constitución de 1776, legitima la revolución o separación con este párrafo: «La doctrina de la pasividad (no resistencia) en el caso de un Gobierno arbitrario y opresor es absurda, esclavizadora y destructiva del bienestar y la felicidad de los gobernados.»

Es, pues, evidente que las Constituciones estatales anteriores a la Constitución federal de 1787 presuponían la completa soberanía de cada Estado que entraba en la Unión con todos los derechos de una nación independiente. La Constitución federal no implicaba ninguna renuncia de derechos; los Estados se asociaban, según dice

Robert Lee, general en jefe de los ejércitos de la Confederación del Sur.



el texto, en unión *perfecta,* sin declarar que fuera completa e irrevocable. Esclavistas y librecambistas del Sur sostenían todo lo contrario; decían que podían separarse en todo o en parte, y que podían rechazar aquellas leyes del Congreso de la Unión que no les convinieran a ellos particularmente. La técnica de repudiar una ley federal por uno o varios Estados se llamó *nulificación* (anulación); los disidentes no votaban ninguna ley contraria a la que no les convenía; ni se rebelaban para no aplicarla; simplemente la saboteaban no haciendo ningún caso de sus disposiciones. La *nulificación* era una especie de huelga de los deberes de ciudadanía. La doctrina constitucional, mejor dicho, anticonstitucional, de la *nulificación* parece que no podía proponerse más que como procedimiento revolucionario, pero se propugnó como fórmula legal en innumerables folletos por los esclavistas, y se resucitó todavía en este siglo, para no aplicar la ley de la prohibición de bebidas alcohólicas por los que eran contrarios a la *ley seca.* Pero actualmente la Unión americana ha llegado ya a fusionarse de tal modo, que el continuar un procedimiento de *nulificación* traería como consecuencia inevitable la represión.



El almirante Farragut con los oficiales de su estado mayor, a bordo del «Hartford».



General Sherman, que con su *raid* a sangre y fuego hasta la costa decidió la suerte de la Confederación del Sur.

Pero en 1857 la política antiesclavista y las tarifas proteccionistas produjeron innumerables intentos de *nulificación.* Todo esto se debatió en una serie de controversias públicas al aire libre en el Estado de Illinois, entre un rico y elocuente senador, Esteban Douglas, y un obscuro abogado de Springfield, Abraham Lincoln. Algunos párrafos de Lincoln revelaron al pueblo americano que había aparecido, si no un verdadero pensador, por lo menos un creyente a quien no espantaba encararse con la verdad por amarga y desagradable que fuese. He aquí algunos párrafos de Lincoln en sus debates con Douglas. Estamos convencidos de que parecerán insignificantes a los que esperen frases retumbantes y no capten la vibración espiritual que los anima.

«Esclavitud es una manifestación de egoísmo, opuesta al natural amor de justicia. Cuando estos dos principios entran en conflicto siguen inevitablemente choques y convulsiones...»

«Casa dividida debe perecer, dice el Evangelio. Yo creo que esta nación no puede continuar la mitad esclava y la mitad libre. No temo que caiga la casa, pero sería aún peor que acabara dividida. O debe ser toda ella esclava, o será toda libre...»

«Si se me diera todo el poder del mundo para remediar este mal, no sabría qué hacer con él. Cuando los esclavistas me recuerdan los derechos constitucionales de los Estados, tengo que reconocer que están en lo justo; llegaría hasta a conceder que hay que satisfacerles con una ley para reclamar los esclavos fugitivos... Y, sin embargo, a pesar de mis concesiones, siento que no hay más excusa para permitir la esclavitud que para consentir la trata de negros africanos que ya nadie defiende.»

Los debates de Lincoln con Douglas tuvieron más resonancia porque se acercaban

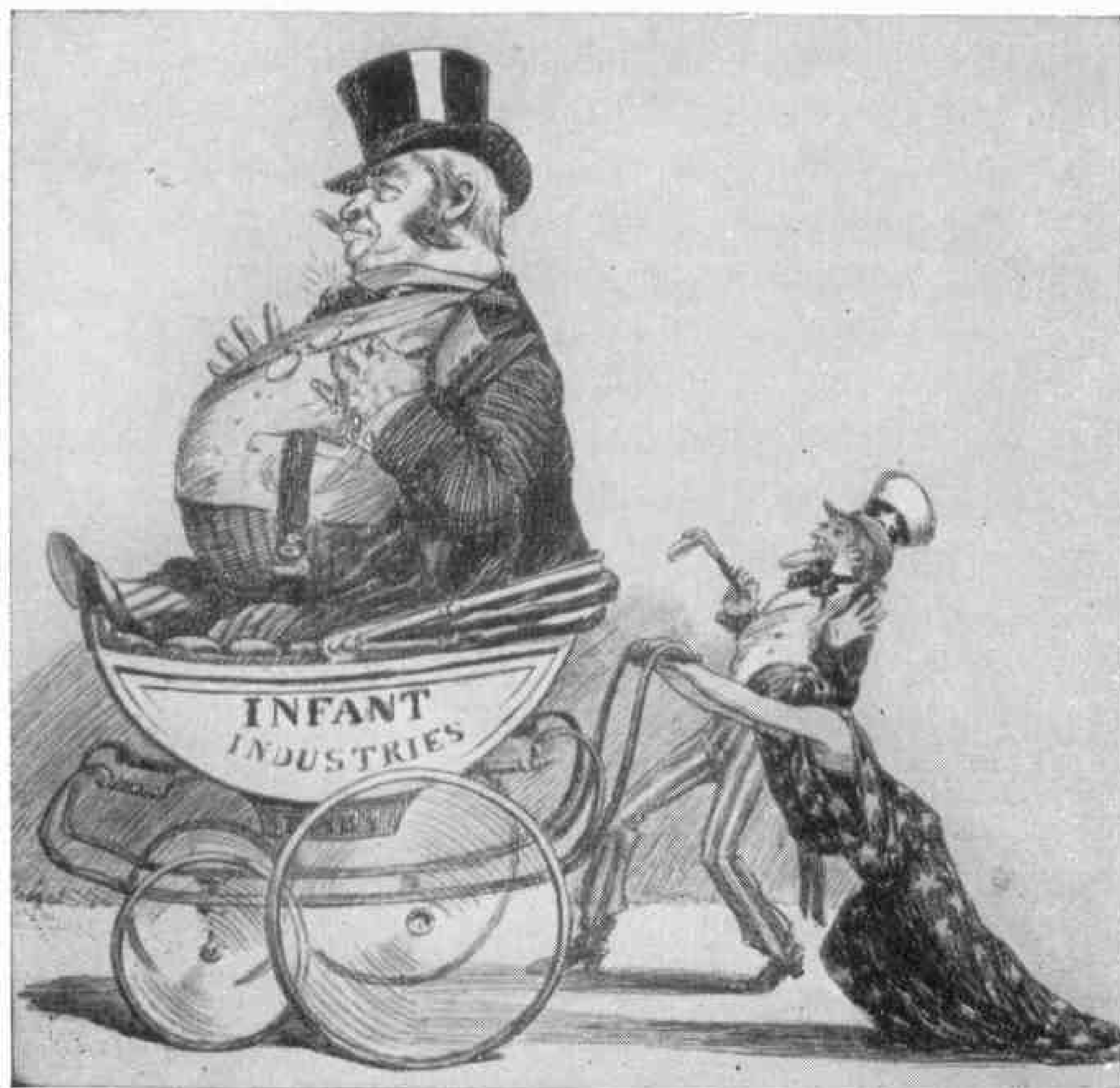


El Fénix Federal. La Unión renaciendo de sus cenizas. Dibujo de propaganda para la reelección de Lincoln.

las elecciones presidenciales en 1860, y Douglas y Lincoln se presentaban como candidatos. El obscuro abogado de Illinois fue elegido por gran mayoría de votos. No tenía en su favor más que unas cuantas frases de los debates con Douglas que probaban su sinceridad y fortaleza moral. Un hombre con los pobres antecedentes de Lincoln nunca hubiera llegado en Europa a la presidencia de la República. No era político ni escritor; había nacido en una choza y pasó su juventud en los bosques cortando leña. Era de maneras simples, casi rudas; su conversación, sobria y llana, estaba salpicada de anécdotas y broma grotesca. No era el asceta huraño en continua meditación que se pinta en los retratos, sino un americano práctico y razonable que caía en éxtasis cuando se le revelaba la verdad espiritual más intensamente que a los profesionales del sentimiento. Después de haber recibido una de estas *visitaciones* del espíritu, Lincoln era irresistible, tenaz, infatigable.

Algunos Estados del Sur, al conocer la

Sam y su bebé, la Industria, en el cochecito que empuja el pueblo. Caricatura de un periódico neoyorquino de fin de siglo.



elección de Lincoln, se separaron sin esperar las consecuencias: pero Lincoln, en su discurso inaugural de 4 de marzo de 1861, se mostró benévolo y confiado de que podría llegarse a un arreglo. «Físicamente, geográficamente, no podemos separarnos... Este Gobierno — añadió dirigiéndose a los Estados del Sur — no os atacará. Pero yo mantengo, fundándome en la ley universal (acaso quería decir ley natural) y la Constitución (ésta en segundo término), que la Unión de los Estados Unidos es perpetua... Ningún Estado puede separarse por su propia voluntad... Yo cuidaré celosamente de que las leyes de la Unión sean aplicadas en todos los Estados (aludiendo a la *nulificación*) y el poder que se me ha confiado lo usaré para ocupar y mantener los lugares y puestos que pertenecen al Gobierno federal y para cobrar los derechos de aduana y las contribuciones...»

Así Lincoln ofrecía reducir a un mínimo el ejercicio de sus poderes presidenciales. No hablaba de esclavitud. Pensaba entonces, en 1861, que los intereses creados por el régimen esclavista eran de tal importancia, que no podían atacarse sin destruir los Estados del Sur y acaso aquella Unión que él declaraba perpetua e irrevocable. Tal era la importancia que se concedía a la organización basada en el trabajo de los esclavos, que Lincoln llegó a ofrecer un tratamiento progresivo de lenta eliminación. Según su oferta, cada año debían libertarse algunos esclavos; pero con este proyecto la esclavitud no quedaría del todo eliminada de la Unión hasta el año 1900. ¡Qué extraño suena hoy esto de que hubiera podido haber esclavos en América hasta el fin del siglo si los sudistas hubieran aceptado el plan de Lincoln! Es fácil que Lincoln hubiera incluso aceptado una idea de su ministro Seward de modificar la Constitución con una enmienda para elegir dos presidentes en lugar de uno. Cada presidente tendría veto individual; así el Norte podría poner veto a la política extremada del Sur, y viceversa. Seward también propuso reconstituir la Unión con un conflicto internacional. Quería provocar una guerra con Francia e Inglaterra para que el Sur se sintiera atraído a la causa americana por puro patriotismo. La guerra civil fue dura, larga y cruel, pero acaso preferible a estas soluciones de pasteleo.

Ferrocarril americano atravesando las praderas del Oeste incendiadas por los indios.



Los Estados del Sur empezaron las hostilidades el 13 de abril de 1861, apoderándose de Fort Sumter, en una isla fortificada de la bahía de Charleston. Lincoln respondió con una proclama para alistar 75.000 voluntarios en el ejército de la Unión. En su proclama Lincoln declaraba que «el curso ordinario del procedimiento judicial era impotente para conseguir el respeto de la ley». Era la declaración de guerra: veintitrés Estados del Norte contra once del Sur. Pero en los ejércitos de la Unión, como en los ejércitos de la Confederación del Sur, había voluntarios del otro campo. Aristócratas de Baltimore, Filadelfia y Nueva York consideraban justa la causa de los separatistas y preferible su tipo de civilización esclavista al régimen semidemocrático que producía el industrialismo naciente. Al comenzar las hostilidades había cinco millones de blancos en el Sur y algo más de tres millones de esclavos. El Norte doblaba el número de blancos; los ejércitos movilizados por el Sur representaban también esta diferencia: la Unión alistó en sus ejércitos más de dos millones de soldados en los cinco años que duró la guerra; el Sur no pudo reclutar más de ochocientos mil. En 1890 los veteranos pensionados eran más de un millón de los ejércitos unionistas y casi medio millón de sudistas. Pero la balanza de fuerza y de recursos estaba casi equilibrada. El Sur tenía más homogeneidad y peleaba en defensa de su territorio y de un régimen que creía justo, apropiado a la Naturaleza.

La guerra, con la excepción de Lincoln, no reveló ninguna gran personalidad. Los ministros de Lincoln no eran ni de talla de colaboradores; en el Gobierno de los confederados ni el presidente Davis era digno de representar la nueva nación que se pretendía crear en el Sur. Los estadistas y políticos confederados dieron pruebas de ni tener siquiera imaginación. Hicieron una bandera repitiendo los colores de la Unión y poniendo sólo rayas verticales rojas en lugar de las rayas rojas horizontales. Aprobaron una Constitución que repetía literalmente, sin cambiar ni una coma, la Constitución aprobada en el Congreso de Filadelfia el año 1787, sólo con la variante de

Cabalgata de políticos y financieros americanos en los «felices años» de fin de siglo. Caricatura del periódico neoyorquino *Life*.





Represión de una manifestación socialista en Nueva York. ***L'Illustration*** **(1875).**

unas líneas reconociendo la esclavitud, y modificando el preámbulo para decir que «la Constitución de los Estados Confederados de América se establecía por los Estados, que actuaban con carácter independiente y soberano».

Los generales de ambos grupos beligerantes no dieron tampoco pruebas de gran capacidad. La cabalgata de Sherman y Sheridan, que llegaron hasta la costa desde el Mississippi, una de las hazañas más famosas, no fue más que una *razzia* para llevar terror y destrucción a tierras del Sur. La mortalidad en los ejércitos, por falta de prudencia a veces, otras por poco cuidado en atender a detalles de la topografía del país, fue enorme. Finalmente, el 2 de abril del año 1865, el general Grant conseguía envolver al grueso del ejército confederado a las órdenes de Lee. La rendición se firmó en una pequeña casa del pueblo de Appomattox. Los confederados hubieran podido forzar el círculo de batallones de la Unión y escapar hacia el Sur con su ejército diezmado, pero Lee dijo a Grant: «Ahora es nuestro deber vivir y ayudar con nuestras mujeres e hijos en la gran obra de reconstrucción.»

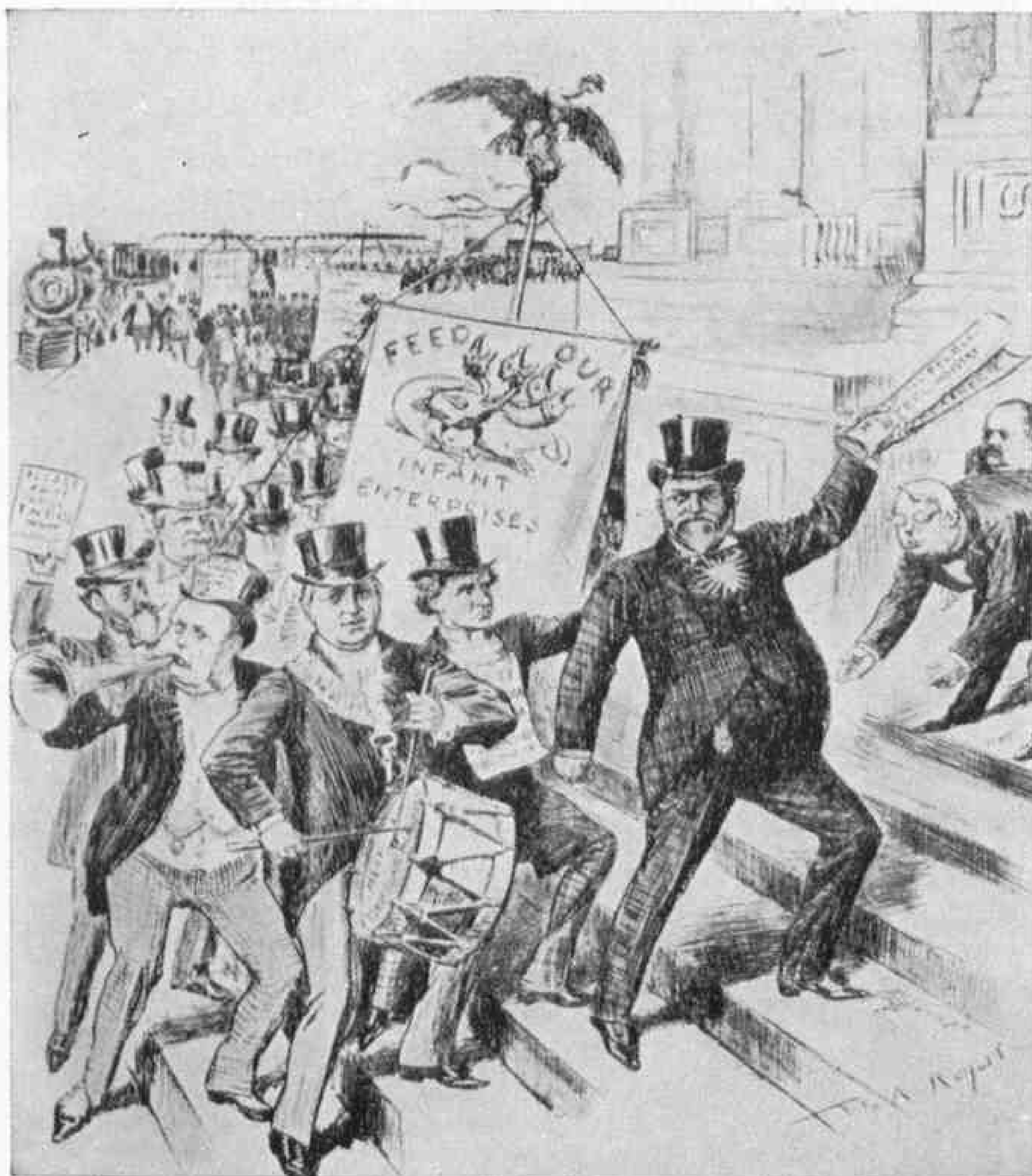
Al discutir los detalles de la rendición, Grant dijo a Lee: «Los soldados de vuestro ejército que tengan caballo, quédenselo y llévenselo a sus casas; lo necesitan para trabajar los campos.» Al salir Lee de la casa de Appomattox, donde se había firmado el acta de la rendición, los soldados de la Unión empezaban a manifestar la alegría de la victoria, pero Grant intervino, pues «la guerra está acabada y no debemos regocijarnos, porque los vencidos son nuestros compatriotas».

Poco antes de terminar la guerra Lincoln fue reelegido presidente. El segundo discurso inaugural terminaba con estas nobles sentencias: «Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza para lo justo como Dios nos lo hace ver justo, apresurémonos a curar las heridas de la nación, a cuidar de las víctimas de la guerra, de las viudas y huérfanos, y a continuar nuestras empresas en paz durable entre nosotros y para con las demás naciones.»

Así hablaba Lincoln el día de tomar po-

sesión de la presidencia por segundo término, pero fue asesinado pocos días después y su espíritu quedó ahogado por los que conservaban todavía el rencor de la guerra civil. El Sur tuvo que pasar por la humillación de un Gobierno de vencedores; se le dividió en cuatro grandes regiones que administraron generales nombrados por el presidente. Esta época, que se llamó Era de reconstrucción, fue en realidad Era de venganza. Algunos políticos del Norte consideraban que el Sur «lo había jugado todo en una carta y lo había perdido». Impusieron gobernadores negros y expropiaciones sin cuento. El vicepresidente Johnson, a quien la muerte de Lincoln elevó automáticamente a la presidencia, quiso frenar la política de represalias, logrando sólo enemistarse con el Parlamento. Este aprovechó una excusa que le dio un subalterno despedido, a su entender injustamente, por Johnson, para encausar al presidente. Con arreglo a la Constitución, el Parlamento acusó al presidente llevándolo a la barra del Senado... Pero los Estados Unidos no procedieron, ni aun en aquel momento de pasión, con la ligereza de algunas naciones seudorrepublicanas del Viejo Mundo. Johnson se defendió, y aunque sólo venció su causa por un voto de mayoría—tal era la pasión—fue exculpado y continuó en su cargo. Por esta misma pasión el Sur tardó varios años en ser reconocido y aceptado en el seno de la Unión con los mismos derechos de los Estados que se habían mantenido leales. Puede decirse que la nación americana no quedó unificada y consolidada hasta que fue liquidada la crisis de la guerra civil. Había pasado casi un siglo desde la Declaración de la Independencia en el año 1776... Se habían necesitado varias revoluciones, invasiones y conquistas para poderse dar cuenta el pueblo americano de su carácter peculiar como nación y sus posibilidades en el concurso de las demás naciones.

La cicatrización de las heridas que causó la guerra civil en los Estados Unidos fue más fácil porque la nación tenía enormes distracciones. ¡Espectáculo fantástico! Rápido progreso de sus industrias en el Este, población de inmensos espacios en el Oeste y, por fin, tremenda inmigración. Los emigrantes recién llegados, que arribaban cada año por millones, no sabían ni querían saber nada de los excesos de la guerra civil. Actuaban como inconscientes intermediarios entre los enemigos de la misma nación. La conquista del Oeste—que permitía a los desposeídos de sus patrimonios del Sur irse a establecer en las regiones más anchas y más fértiles de Kansas o California — les hacía no sólo olvidar, sino hasta bendecir la guerra civil, que les había echado de sus tierras esquilmadas por siglos de cultivo y terminado su vida soñolienta de *caballeros* esclavistas. Además era



Magnates de la industria americana asaltando el Parlamento con la bandera de «Alimentad nuestras empresas nacientes». A la cabeza va Carnegie con un mensaje: «Ayuda para la industria del acero».



Theodor Roosevelt en su juventud de «cazador de indios».

el momento de expansión, y todos los industriales reclamaban asociados, capitalistas o comisionistas, que se enriquecían fabulosamente sólo con mantener el negocio al compás del pulso de la nación con fiebre de crecimiento.

Desde la muerte de Lincoln hasta la guerra con España, en 1898, los Estados Unidos tuvieron una época de gran prosperidad, pero también de gran inmoralidad. Sobre todo se abusó de la Bolsa para la constitución y explotación de los ferrocarriles que iban a atravesar el continente en líneas a veces paralelas duplicando servicios. Las compañías recibían concesiones gubernamentales de dinero y de terrenos a lo largo de las vías y éstos se malvendían a compañías subsidiarias con gran provecho de sus directores. Los políticos participaban descaradamente en los negocios; uno de los magnates ferroviarios se alababa de tener a sueldo la mitad y uno más de los votos que necesitaba para hacer aprobar leyes en cada Estado y en el Parlamento federal.

Eliminado el Sur, las tarifas aduaneras eran más que proteccionistas, eran prohibitorias. En realidad la industria americana a fines del siglo XIX era un monopolio; las grandes empresas estaban asociadas formando gigantescos *trusts.* No había necesidad de mercados extranjeros; el crecimiento descomunal del país consumía todo lo que podían producir las fábricas. Además se explotaba a los obreros importados como rebaños de Ucrania, Hungría, Irlanda o Italia sin el menor sentimiento de humanidad o de decencia. Si protestaban del trato que recibían en aquella Tierra de Promisión, tan diferente de como se la habían



Walt Whitman, el gran poeta americano, hablando a una mariposa.



Los verdaderos conquistadores norteamericanos de Cuba: el jabón y el desinfectante. Caricatura de *The Sun*, de Nueva York.

pintado los agentes de la emigración allá en el Viejo Mundo, eran considerados sospechosos y despedidos de las fábricas. Si intentaban organizarse en sociedades obreras, eran perseguidos como criminales. Las grandes empresas tenían en sus fábricas delatores, policía secreta y guardias armados que reprimían a tiros todo conato de huelga o coacción socialista. La Gran Industria disfrutaba de inmunidad porque estaba protegida por la *Kabala,* o camarilla parlamentaria de unos cuantos amigos del Presidente.

Las riquezas acumuladas en especulaciones de Bolsa, terrenos, ferrocarriles o industrias servían sólo para demostrar la incultura y pésimo gusto de los millonarios americanos. Fue la época de las novelas de Mark Twain, como *Innocents abroad,* ridiculizando al palurdo yanqui, desplumado y burlado por el europeo. Los periódicos de Nueva York publicaban anuncios en que se ofrecían duques o príncipes de buen parecer y títulos auténticos a las herederas de los magnates de la Quinta Avenida. Y, ¡contraste singular!, fue entonces, en aquella confusión y barahúnda de inmoralidad y progreso, cuando habló, cantó, predicó, profetizó en los Estados Unidos su único gran poeta, el gran vate moderno, el creyente en la democracia: Walt Whitman. La América de entonces lo repudió, y todavía hoy Walt Whitman es más conocido en el extranjero que en los Estados Unidos. Pero se tendrá siempre que acudir a Walt Whitman para comprender la fe en la democracia de los hombres de fines del siglo XIX. Era un ideal casi religioso, como ahora es para las masas el comunismo totalitario. Para Walt Whitman la mezcla, la confusión, el *melting pot* de su país era sólo para producir no una nación, ni una raza, sino una Humanidad de hombres libres y conscientes. Era la fe de Lincoln en una Humanidad que sería una hermandad. «¡Venid! — cantaba Walt Whitman —, tú, el negro; tú, el rubio; tú, el piel roja; ¡vamos!, ¡vamos!, ¡marchemos! todos a una, hacia el más allá... ¡vamos cantando!...»

Dónde y cómo ir no lo precisó Walt Whitman, ni tampoco Lincoln — por de pronto a Broadway y Wall Street; después veremos —. Esta es la gran deuda que tienen los americanos con la Humanidad doliente; algo más que un grito de ¡Viva la democracia! y más precioso y moderno que su estatuto de la Constitución del 1787.

En aquel período de inmoralidad política la Unión continuó creciendo en territorio sin que nadie se empeñara en su engrandecimiento. En 1867, Rusia ofreció ceder Alaska por diez millones. Se encontró

caro, se discutió el precio y por fin la compra quedó concertada en 7.200.000 dólares. Se calcula que con sus minas, pieles y otros recursos naturales, Alaska ha producido ya más de ciento cincuenta veces lo que costó, y tan enorme ha sido su evolución, que en 1959 pasó a ser un Estado de la Unión.

El archipiélago de Hawai (también Estado desde 1959) fue adquirido sin esfuerzo por intrigas de misioneros protestantes, que supieron desencadenar o aprovechar una guerra civil el año 1871. A éste siguió Samoa. No es extraño que en vista de tantos engrandecimientos provinciales se empezara a descubrir entonces lo que se llamó el Destino Manifiesto de los Estados Unidos a una hegemonía imperial. El Destino Manifiesto ha excusado todos los crímenes y todas las arbitrariedades no sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países. Mal van entonces las cosas para la justicia y el derecho, pero peor aún para el pueblo que se cree obligado por el Destino a atropellar a sus vecinos.



Theodor Roosevelt, como Presidente de los Estados Unidos.

Así, por el romántico concepto de su destino de salvador y por el interés económico, los Estados Unidos se creyeron obligados a intervenir en la guerra que Cuba sostenía contra España para recabar su independencia. Cuando los ejércitos yanquis llegaron a la isla, los cubanos tenían enfrente un enemigo desmoralizado y vencido. Con todo, al firmar la paz, siempre creyendo en su Destino Manifiesto, exigieron la cesión de Puerto Rico, un tratamiento de tutor en Cuba para poder intervenir siempre que ellos lo creyeran oportuno y, por último, la venta o cesión de las islas Filipinas por la cantidad de diez millones de dólares.

La segunda invasión norteamericana de Cuba. Caricatura de *Life* (1900).



La guerra con España, tan fácil y tan provechosa, reveló a los Estados Unidos unas posibilidades de expansión más rápidas que la gradual anexión de territorios en el propio continente. Entonces empezó la llamada «política del dólar», un nuevo tipo de imperialismo de conquistar concediendo empréstitos a naciones menores y sobornar su política con propinas. El sistema consistía en permitir a los Bancos privados adelantar dinero a las repúblicas del Caribe y de la América hispana que después el Gobierno yanqui consideraba requerían intervención y secuestro de las aduanas.

Esta política empezó ya en tiempo de Mac Kinley, pero se llevó a la perfección por Teodoro Roosevelt. Su máxima aplicación fue para conseguir la construcción del Canal de Panamá. Hay que reconocer que era una necesidad para los Estados Unidos el canal en el istmo. Pero la *operación* se hizo con una falta tal de respeto para Colombia, a quien pertenecía la región del canal, que todavía hoy aquel episodio hace sonrojar a los americanos, más delicados actualmente en materia de política internacional que lo fueran en el año 1903. Un aventurero francés, Bunau-Varilla, contando con recursos norteamericanos, fomentó una revolución en la zona del istmo, que se separó de Colombia. El nuevo Estado se constituyó en República independiente y a los pocos días fue reconocida por los Estados Unidos, que compraron a la flamante República de Panamá la zona donde debía construirse el Canal y en la cual tienen absoluta soberanía.

La política del dólar ha fracasado por su propia exageración. Mientras se redujo a prestar dinero y sobornar a presidentes o a sus yernos en las pequeñas repúblicas de Centroamérica, Haití y Santo Domingo funcionó con excelentes resultados; pero los empréstitos a las repúblicas de Sudamérica no pueden cobrarse desembarcando una compañía de marinos, y actualmente los Estados Unidos tienen miles de millones de dólares empleados en empréstitos tan enteramente incobrables, que les han hecho perder la ambición de intervenir en la América hispana más que como *good neighbours* o buenos vecinos.



John Bull al tío Sam:
«Veo que has aprovechado mis lecciones».



Sucre asesinado en las montañas de Berruecos. Pintura de Michelena.

9 CAUDILLOS Y GOBERNANTES EN SUDAMERICA

El mayor enigma, acaso, de la Humanidad en pleno siglo xx consiste en saber qué fue, qué es y qué será la América hispana con sus doscientos millones de habitantes distribuidos en veinte millones de kilómetros cuadrados. Lo que ha sido desde que se desgajó de Europa es enigmático también, incluso para los mismos americanos, que desconocen la historia de los países vecinos en su propio continente. Se han elevado al pináculo de la fama hombres que no merecen respeto, y otros, denigrados por pasiones locales, acabarán, sin duda, por encumbrarse a la categoría de héroes y bienhechores. Asimismo, lo que son hoy los pueblos de la América hispana es todavía difícil de comprender, porque están en vías de experimentar una gran transformación, de la que ellos mismos apenas se dan cuenta. Diríase, en cierto modo, que se hallan en la inconsciencia de la crisálida antes de su final metamorfosis. Ya profetizó Bolívar que la América hispana progresaría poco en los primeros cien años. Ha pasado este siglo... ¿Qué vendrá ahora? Imposible es predecirlo, porque las cualidades y los defectos de la raza son muy acentuados, y no parece que las leyes de evolu-

ción social que rigen en otros lugares puedan aplicarse a rajatabla al conjunto de todos los países que constituyen Hispanoamérica. América entera parece agitarse en la inquietud. Las revoluciones americanas ya no son un simple fenómeno nacional, sino síntomas todavía confusos de un movimiento continental en busca de una estructura social más justa, de una economía más equilibrada. Por demasiado tiempo los intereses del capitalismo y la política norteamericanos ayudaron a generales y dictadores y oligarquías miopes a falsear o aplazar los grandes problemas de orden económico o social. La reacción contra ellos propugna ahora avanzadas medidas de reforma fiscal, de socialización agraria, de industrialización. Nadie sabe por qué caminos, ni contra qué obstáculos, se va a lograr todo esto. Entre tanto, la impaciencia ha dado lugar al establecimiento en Cuba del régimen de Fidel Castro, que ha caído bajo la influencia comunista, y que polariza hacia su ejemplo la oposición desesperada en muchos países americanos.

Intentaremos analizar sumariamente la evolución experimentada, desde su independencia, por los países hispanoamericanos, para que el lector aventure alguna idea sobre su futuro. Por lo pronto, hoy aparecen desunidos, independientes, divididos en veinte Estados, cada uno de ellos celoso de su nacionalidad, con disputas de fronteras y rencores vecinales. No era éste el ideal de los Libertadores. Tanto Bolívar como San Martín imaginaron una América española dividida a lo sumo en cuatro grandes regiones: la confederación del Plata, con lo que es hoy Argentina, Uruguay y Paraguay; la del Pacífico, con Chile, Perú y acaso Bolivia; la que Bolívar llamaba la Gran Colombia, con Venezuela, Nueva Granada y Quito, o sea el Ecuador, y otra, por fin, con Centroamérica y acaso las Antillas. El Brasil merecería quedar aparte, por su territorio inmenso y su lengua portuguesa.

Pero ya en tiempo de los Libertadores se vio que este ideal de las grandes confederaciones no sería realizable en muchos años. Las guerras de independencia habían engendrado patriotismos regionales y despertado ambiciones de caudillaje. Bolívar se lo decía a Santander en carta de 10 de febrero de 1824: «Este mundo se está desmoronando. No cuente V. más con el Perú para Colombia (hubo un momento en que creyó incluir el Perú en la Gran Colombia). Todo está perdido de hecho: Lima, Callao, Marina y provincias del Norte. En cuatro meses que he estado yo mismo aquí, he visto en cada uno de ellos cinco prodigios de maldad. Cada canalla quiere ser soberano, cada canalla defiende a sangre y fuego lo que tiene sin hacer el menor sacrificio...» y «los pueblos son todavía más sordos que los gobiernos».

Por esto Bolívar, finalmente, decidió hacer independiente a Bolivia para que quedara como un modelo en miniatura de la república ideal que él soñara para la Gran Colombia. Sólo consiguió sacrificar a Sucre, que se resignó a ser el primer presidente del nuevo Estado andino.

Sucre, uno de los *varones claros* de Indias, el intachable Mariscal de Ayacucho, murió asesinado en un barranco de montaña, habiendo ya dimitido la presidencia. La muerte de Sucre es el más doloroso episodio de la tragedia de América; él es el primogénito inmolado por los grandes ideales del Nuevo Mundo.

Bolívar había redactado, para su República boliviana, una Constitución con presidente vitalicio y con derecho a elegir sucesor, resabio de sus veleidades con el régimen monárquico. Lo justificaba diciendo que «el presidente debe ser como el Sol, punto fijo con autoridad perpetua alrededor del cual giren los magistrados y ciudadanos». El poder legislativo, según la Constitución boliviana, se dividía en tres Cámaras. Además del Congreso de Tribunos, que atiende a las leyes de hacienda, paz y guerra, y del Senado, que redacta los códigos y reglamentos eclesiásticos, y nombra gobernadores y jueces, instituía Bolívar un cuerpo original de magistrados llamados Censores, que, como él decía, «a semejanza del Areópago

de Atenas y de los Censores de Roma, eran los fiscales del Gobierno para celar si la Constitución y los tratados públicos se cumplían religiosamente». Los Censores debían proteger la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. Bolívar, como Platón en su *República,* proponía reclutar este cuerpo de Censores entre los muchachos más sanos y limpios de la juventud y educarlos en un internado, donde se prepararan para el servicio del Estado. Este proyecto de Constitución boliviana, con su presidente filósofo — verdadero sol constitucional — y sus tres grupos de magistrados satélites de diferente órbita y color, ha sido objeto de mofa por parte de todos los democratizantes del siglo pasado. Un escritor tan ecuánime como Carlos Pereyra dice que Bolívar no se paró en datos estadísticos, realidades geográficas y antecedentes históricos para formular sus creaciones constitucionales, y recuerda la frase de Celio Costa cuando dijo que Bolívar era «la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas».

Pero si es cierto que Bolívar no basaba sus sistemas políticos en compilaciones estadísticas, pensaba, sin embargo, por su cuenta, y percibía que «las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, calidad del terreno, situación y extensión, al género de vida de los pueblos. ¡He aquí el código que deberíamos consultar y no el de Washington!» Todos los que compilaron constituciones en América después de Bolívar no hicieron más que zurcir retazos de ideología francesa en el paño común de la Constitución de los Estados Unidos. Mucho había en la Constitución de Bolívar que pareció fantástico en el siglo XIX, simplemente porque era demasiado moderno. Un presidente vitalicio — al modo de un Trajano y un Marco Aurelio — sería deseable, y ha sido inevitable, en Sudamérica. ¿Qué fueron la mayoría de los caudillos sino presidentes vitalicios? En Bizancio grandes caudillos como Justino, Heraclio, Basilio I, se llamaron emperadores; pero sólo eran caudillos encumbrados por necesidades del Estado. Hay momentos en que, por el estado de su desarrollo cultural, los países no pueden permitirse nada mejor. Se argüirá que el despotismo de los caudillos ahoga las facultades políticas de la nación e impide que se desarrolle en ella el deseo de dirigir sus propios destinos. Pero, ¡cuántas veces en la América latina los magistrados y Parlamentos han abdicado en favor del caudillo, se han puesto de rodillas al pronunciar su nombre, y no por temor, sino por incapacidad de cooperar con el poder ejecutivo!

En tierras del Sur, la dificultad no está en que el presidente sea vitalicio, sino en el modo de descubrir al Sol de la República y de obligarlo a eclipsarse si se extralimita. En tierras del Sur se ha experimentado que, desgraciadamente, es aún peor un déspota nuevo cada cuatro años, que un déspota antiguo ya adiestrado en el ejercicio del poder y hasta en la ejecución de la pura maldad.

El cuerpo de magistrados censores de la Constitución boliviana parecía también una utopía. No era un puro Tribunal Supremo, sino un Congreso que debía tener iniciativas para fomentar lo que llamamos vida

José Antonio Páez, primer Presidente de Venezuela, con su uniforme de general de las guerras de independencia.



intelectual y espiritual de la República. Mayor novedad parecía que estos superciudadanos salieran con carácter de novicios de una escuela de planteles. Pero en el Palacio Sagrado de Bizancio había escuelas parecidas para muchachos de familias distinguidas, que después servían en los departamentos de la administración. En Rusia, las escuelas de nobles eran algo semejante; Napoleón soñó lo mismo que Bolívar; en Inglaterra, los empleados del *Civil Service* y del *India Office* han pasado por un aprendizaje especial; Hitler se propuso también lo mismo. El Estado moderno, cada vez más complicado, necesitará cada día mayor número de técnicos y magistrados en el engranaje gubernamental, que no pueden improvisarse con los conocimientos generales del Derecho y Sociología que suelen adquirir los comunes estudiantes del rebaño universitario.

Que la Constitución de Bolivia era prematura lo prueba que, promulgada en el año 1826, fue derogada en 1829. Pero también prueba que la de 1829 no era mejor el hecho de que fuese derogada en 1834, y ésta lo fuese en 1839, y ésta a su vez en 1843 por la que ya se llama *Ordenanza militar*. A Sucre, primer presidente de Bolivia, sucedió Santa Cruz, semiindio, que no quiso aceptar para su país el papel de Estado pacífico y modelo que el Libertador le había adjudicado. Santa Cruz había acompañado a Bolívar en la campaña del Perú y pretendió continuar interviniendo allí, hasta formar una federación de Bolivia y el Perú, dividido en Alto y Bajo. El proyecto no era descabellado, pero motivó la guerra con Chile, que no podía aceptar esta federación. Chile venció en Yungay, se deshizo la federación y Santa Cruz se vio forzado a emigrar a Europa. Sin embargo, continuó influyendo en los asuntos de Bolivia con los sucesivos presidentes Ballivián y Velasco. La historia de Bolivia ha sido la de una revolución constante, en la que se han sucedido presidentes bien intencionados, pero apáticos, con otros corrompidos aunque activos, varios de los cuales fueron asesinados. El hecho más notable de la política exterior de Bolivia durante el siglo XIX fue la guerra que, aliada con el Perú, sostuvo contra Chile (1879-1883), en la cual perdió la región de la costa del Pacífico, que pasó a Chile y la convirtió en un país interior. En los primeros veinte años del siglo actual, la nación estuvo regida por elementos liberales, cuyo primer representante, José Manuel Pando, cedió la región de Acre al Brasil (tratado de Petrópolis, 1903). En 1920 ocuparon el poder los republicanos, que tendrían que hacer frente a trascendentales problemas, el primordial de los cuales fue el de la salida de Bolivia al mar, que imposible de conseguir por el Pacífico, tropezó con el Paraguay al dirigirse hacia los grandes ríos; el resultado de ello fue la guerra del Chaco (1932-1935), fatal para Bolivia. Los gobiernos inmediatamente siguientes tuvieron que hallar solución a la agitación social provocada por un sistema económico deficiente, que se centraba en los problemas de la explotación del petróleo y de las minas, sobre todo las de estaño; además, en 1943, el general Villarroel, que gobernó dictatorialmente, complicó la situación declarándose adalid del indio, pero sin acertar a conseguir resultados palpables en los demás problemas. Villarroel fue eliminado por una revolución, en 1946, que le arrancó del Palacio Presidencial, le arrastró por las calles y, después de muerto, le colgó de un farol. El deseo de solucionar los problemas planteados lo recogió el Movimiento Nacionalista Revolucionario, dirigido por Paz Estenssoro, que se mantuvo en franca oposición con respecto a los sucesores de Villarroel. En 1951 triunfó Paz Estenssoro en las elecciones, pero no pudo ocupar el poder hasta el año siguiente, tras una revolución que eliminó a la Junta Militar que había anulado aquellas elecciones. Al principio Paz Estenssoro nacionalizó las minas y el petróleo; disolvió el ejército, al que substituyó por milicias populares; implantó el sufragio universal y la reforma agraria; pero el país experimentó una terrible crisis económica y el presidente, al final de

su mandato, se vio obligado a hacer concesiones petrolíferas a compañías extranjeras. Su gobierno, renovado varias veces, y con un paréntesis a cargo de su colaborador Hernán Siles, fue derrocado en noviembre de 1964.

La historia de Bolivia, por la que hemos comenzado la de la América latina, presenta claramente las cuatro etapas de evolución de la mayoría de las Repúblicas de Hispanoamérica. Tiene su hora corta de gestación constitucional, con ideales democráticos importados. A ésta sigue el período del caudillo, que en Bolivia es Santa Cruz, personalidad vigorosa, buena o mala, que caracteriza el país y lo erige en nación, y lo establece en el mapa con color diferente. El caudillo es finalmente depuesto; envejece, muere o es asesinado, y empieza el período de los dictadores sin genio, al que sigue el de los gobernantes con preocupaciones sociales. Hemos llamado *dictadores* a aquéllos tan sólo para distinguirlos de los caudillos, fundadores y estructuradores de cada país; pero, en realidad, el título que menos les cuadra es el de dictador. En Roma se llamaba dictador al magistrado que recibía poder personal y absoluto cuando peligraba la existencia de la patria. Rara vez ha ocurrido esto en América. Lo único que ha peligrado y que ha justificado el encumbramiento y sostén de un dictador es el interés de un grupo, más que partido político. Progresistas y moderados, pipiolos y pelucones, azules y amarillos, blancos y colorados, gólgotas y draconianos, crudos y cocidos, conservadores y liberales, hasta unitarios y federales, son nombres de partidos que en la América hispana no representan ideas. Pereyra cita a este propósito una frase de Antonio L. Guzmán: «Yo no sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Supuesto que toda revolución necesita una bandera... si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo.» Sarmiento, hablando de la Argentina, viene a decir algo parecido: «Ya que el partido revolucionario se llama *unitario,* no había inconveniente en que el partido adverso adoptase la denominación de *federal,* sin comprenderla.» *(Facundo,* III.)



José Tadeo Monagas, ayudante de Bolívar y más tarde Presidente de Venezuela.

Los dictadores revelaron singular imaginación para los títulos que tenían que darles categoría más que presidencial. Se llamaron: El Fundador (Páez), El Regenerador (Guzmán Blanco), El Rehabilitador (Márquez Bastillos), El Defensor (Juan José Flórez), El Salvador (Cipriano de Castro), El Supremo (Gaspar Rodríguez Francia)... Los enemigos les llamaban El Tirano, El Gendarme, El Tigre de los Llanos, El León de los Andes..., pero, repitámoslo: muchas veces estos azotes de Dios eran males inevitables porque no había nada mejor.

Prosiguiendo esta exploración de la historia de las repúblicas sudamericanas que hemos empezado con Bolivia, apresurémonos a indicar que el grupo que requiere inmediata atención es el que debía formar la Gran Colombia. Estaba constituido por toda la región septentrional de Sudamérica con el antiguo virreinato español de Nueva Granada (que es poco más o menos lo que constituye la actual Colombia), la Capitanía general de Venezuela y la Intendencia de

Quito (o sea lo que es hoy Ecuador). Este era el mínimo de lo que deseaba Bolívar para su Gran Colombia; pero no consiguió infundir en los tres países más que efímero sentimiento de patriotismo grancolombiano. Gran Colombia perduró hasta la muerte de Bolívar, en 1830. El Fundador no pudo ver su disgregación, pero sí predecir las fatales consecuencias que acarrearía. «¡Unión, unión, o la anarquía os devorará!» No hicieron caso de esta llamada desesperada del Libertador Bolívar a la unidad y los tres países quedaron, y están aún, separados.

La Confederación de la Gran Colombia no era una fantasía romántica de Bolívar. Nariño, el Precursor, de quien ya hemos hablado en el tomo anterior, había regresado de sus prisiones en Europa con un proyecto de *República de los Estados Equinocciales de Colombia,* que comprendía aquellas regiones. Parece ser que para el régimen político del futuro Estado, Nariño, durante su permanencia en Francia, había recibido inspiración de Benjamín Constant y de Destutt de Tracy.

Alejandro de Humboldt, que conocía perfectamente la configuración geográfica de aquella parte del mundo, había sugerido a Nariño una división territorial sumamente ingeniosa. Desde un punto central en los Andes, el país se dividiría en forma de abanico por líneas radiales hasta la costa en seis Estados con un puerto en cada uno. Pero Nariño era partidario de la unidad, y estos seis Estados debían contentarse con una moderada autonomía, sobre todo en el período de la lucha por la independencia. Juzgaba la idea federal «imaginaria, extemporánea», opuesta en absoluto a la realidad de los hechos.

Sin embargo, la federación obsesionaba a muchos de los que cavilaban cartas constitucionales en Sudamérica porque se estaba aplicando con éxito un modelo de ellas en los Estados Unidos. Se echaba, con ello, a olvido que las trece antiguas colonias inglesas de Norteamérica habían pasado por un aprendizaje de libertad antes de rebelarse contra la metrópoli. Con las cortapisas insignificantes que imponía el gobernador enviado desde Londres — personaje puramente representativo —, puede decirse que ya eran independientes, de hecho, antes de emanciparse políticamente con la revolución. Además, cada colonia inglesa tenía un origen distinto: unas eran de fundación personal, concesiones de un monarca a un magnate, como Maryland o Pennsylvania; otras estaban establecidas por enjambres religiosos que habían emprendido la emigración por su cuenta, como Massachusetts o Connecticut. En algunas de las trece colonias de los Estados Unidos predominaban los católicos; en otras, en cambio, los cuáqueros o los puritanos... No había, pues, en Norteamérica, para constituir una nación, otra solución que federarse.

En el Sur, en territorios como el de la Gran Colombia, la federación sólo era justificable con razones de mala fe. Se decía que países tan vastos no podían gobernarse desde un centro; pero de lo que se trataba era de abandonar regiones apartadas a pequeños caudillos; se añadía que faltaban vías de comunicación, como si éstas no fueran tan necesarias para vigilar los excesos de los Gobiernos locales como para administrar desde la metrópoli. Además, las colonias inglesas de Norteamérica se habían dado cada una a sí mismas, antes de emanciparse, una Constitución estatal y estaban capacitadas para gobernarse autonómicamente. Nada de esto ocurría en la América hispana: ni en Colombia, ni en el Plata, ni en las tierras del Pacífico.

La disputa entre federales y unitarios no causó en la Gran Colombia luchas tan enconadas como las que suscitó en tierras del Plata, porque había de por medio la cuestión previa de si debían o no permanecer unidos. Dos caudillos: Páez, de Venezuela, y Santander, de Colombia, eran enemigos y, además, ambiciosos. Ambos habían peleado a las órdenes de Bolívar. Páez era un mestizo de indio y español, lancero, o picador de manadas de toros, que había sido ascendido a general.

Cuando en 1830 un Congreso Constitu-

yente legitimó la separación de Venezuela de la Gran Colombia, Páez fue elegido primer presidente. Se le llamó «Ciudadano esclarecido», «Protector», «Fundador», y en verdad, a pesar de su rudeza, puede decirse que Páez caracterizó a Venezuela. «Yo mandé sin más leyes que mi voluntad. Acuñé moneda; hice todo aquello que puede hacer un rey absoluto.»

Al terminar el período de su presidencia, le sucedió Vargas; a éste le sucedió Soublette, compañero de armas de Páez, quien volvió a ocupar otras dos veces la presidencia y en el interregno había influido en la elección de Monagas. Es inútil entretenerse en estos y otros presidentes, pero tenemos que mencionar un hombre verdaderamente superior, elevado a la presidencia de Venezuela en 1870, don Antonio Guzmán Blanco. Con procedimientos francamente dictatoriales gobernó prudentemente durante veinte años. Insistió como muchos dictadores en la educación: quería una escuela en cada calle. Algo consiguió, aunque no tanto como se proponía, y el país se fue acostumbrando al despotismo ilustrado, antesala del despotismo sin ilustración. Después del gobierno del general Castro, «el caudillo de la guerra», aparece Juan Vicente Gómez, «el caudillo de la paz» según los historiadores venezolanos, quien estableció un gobierno policíaco absoluto que le permitió concentrar en sus manos todas las riendas del poder, políticas y económicas (cesión de las concesiones petrolíferas a sus amigos norteamericanos). El general López Contreras quiso, a la muerte de Gómez, en 1935, reinstaurar las bases normales del gobierno, pero chocó con la nueva fuerza del socialismo en la masa trabajadora surgida de las explotaciones petrolíferas. La política desarrollada después en Venezuela ha sido la lucha entre esta fuerza y el ejército. Así, en 1945 se quiso volver a la regla democrática, y las elecciones dieron el triunfo al escritor Rómulo Gallegos, quien inició una política social que chocó con los intereses de los grandes terratenientes y de la gran industria petrolífera, y fue derribado al poco tiempo por otra sublevación militar. De 1950 a 1958 gobernó el coronel — luego general — Marcos Pérez Giménez, que favoreció el progreso material del país alentando las inversiones extranjeras y dejando a un lado cualquier veleidad de progreso político. Los jóvenes oficiales del ejército le obligaron a desterrarse, y unas nuevas elecciones dieron el poder a Rómulo Betancourt. Su prudente reformismo le permitió mantenerse hasta las elecciones de 1964, en que fue elegido, como continuador, el Dr. Leoni; pero también en Venezuela los descontentos de la montaña han creado un movimiento insurreccional que se inspira en el castrismo cubano.



El general F. Santander.

Ecuador también se separó de la Gran Colombia en 1830. Su primer presidente, el que hizo el servicio de Caudillo Fundador, Padre de la Patria, etc., fue otro compañero de Bolívar, Juan José Flores. Gobernó desde 1831 hasta 1845 con períodos de interregno. Flores quería aplicar en su provecho algunos de los principios que había propugnado Bolívar: presidencia de ocho años con reelección y Senado por doce años, casi inamovible.

Siguieron algunos presidentes de la categoría de los bien intencionados-apáticos, hasta que García Moreno ocupó la presidencia. Duró desde 1860 a 1875. Había empezado como periodista polémico y acabó como tal. Permitió que le atacaran con folletos calumniadores que soliviantaron a la opinión. Al morir asesinado en la plaza de Quito, uno de sus detractores, el publicista Juan Montalvo, pudo decir con verdad: «Mi pluma lo mató.»

García Moreno intentó establecer un régimen muy conservador, prácticamente confesional, pero concebido un poco a la antigua. Muy a menudo los caciques sudamericanos han levantado como bandera a la Iglesia católica, pero al mismo tiempo han intentado reducirla a organismo gubernamental, independizarla de Roma. Han querido una Iglesia nacional, más que universal; García Moreno no cayó en este error. «La Iglesia —dijo— debe marchar al lado del poder civil con entera independencia.» Para el caudillo del Ecuador, la civilización sólo podía ser católica; se diluía o impurificaba al disminuir su catolicismo. Leía la *Imitación de Cristo* antes de decidir asuntos de Estado; consagró el Ecuador al Sagrado Corazón; llamó a jesuitas alemanes para reformar la enseñanza; persiguió el vicio, la inmoralidad sexual, restableció la pena de muerte...

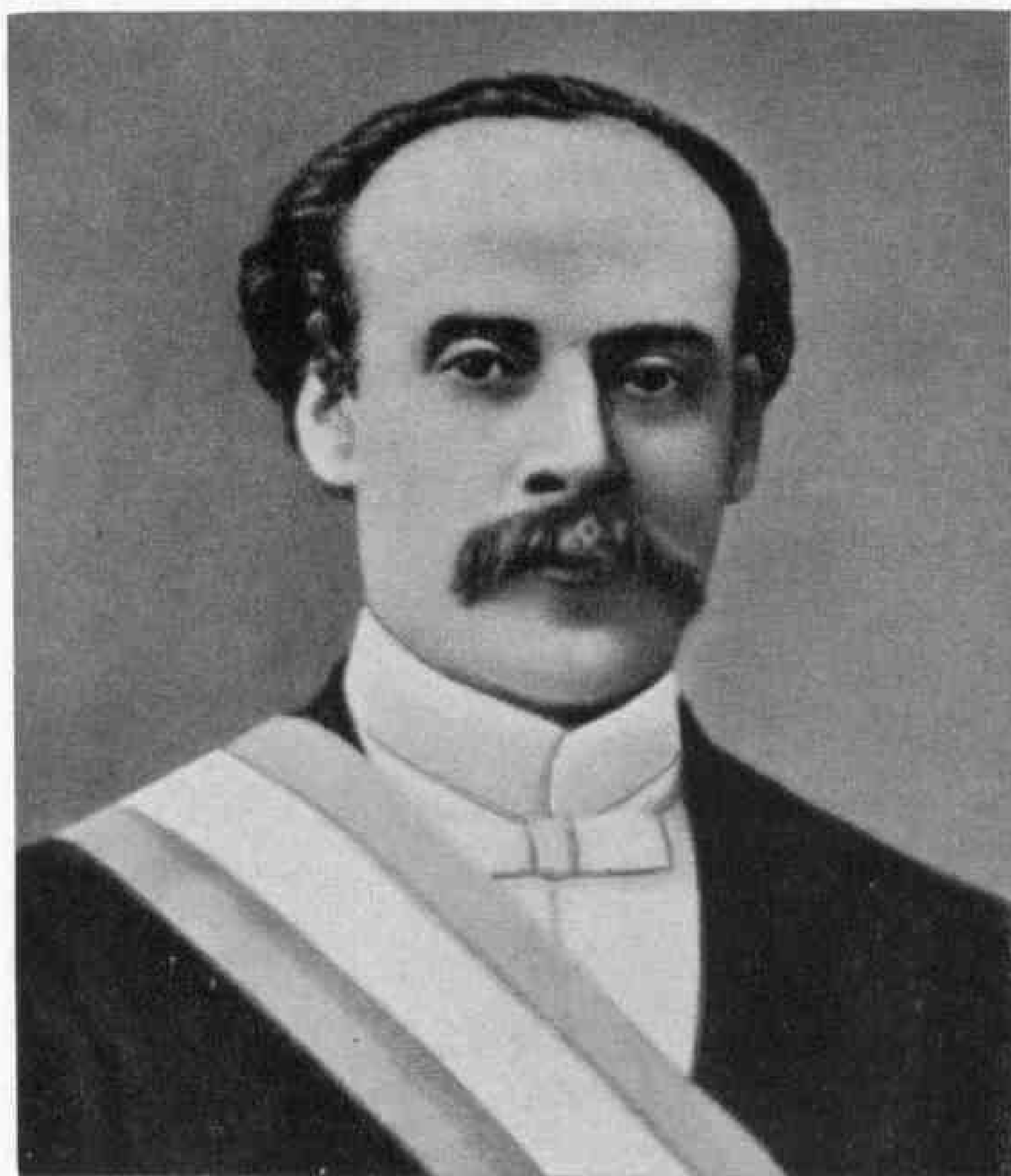
Desaparecido García Moreno, el Ecuador entró en otro período de luchas enconadas entre liberales y conservadores, capitaneados los primeros por Eloy Alfaro, quien, tras una revolución, halló la muerte a manos de las turbas en 1912. Durante toda esta época y la siguiente se procuró la democratización del país estableciendo leyes que autorizaban el divorcio, el matrimonio civil, etc. Hasta 1926, con el presidente Isidro Ayora, no se inició la política de reconstrucción nacional; después se ha prolongado la lucha entre aquellos dos partidos políticos, y en ella han sobresalido los varios mandatos de Velasco Ibarra. Finalmente, con el triunfo de Ponce Enríquez (1956) alcanzaron de nuevo el poder los conservadores, pero Velasco Ibarra fue de nuevo elegido en 1960.

En noviembre de 1961, un movimiento político en contra de Velasco Ibarra, que ejercía un mando personalista, le obligó a dejar el poder en manos del vicepresidente Arosemena. Pero las veleidades revolucionarias de éste dieron pretexto a una Junta Militar que le desposeyó en julio de 1963.

Pasemos a la tercera de las secesiones de la Gran Colombia. Esta era la región que durante el régimen colonial se llamaba Nueva Granada. Su caudillo fundador, primer presidente, fue Francisco de Paula Santander (1832 a 1837), amigo y confidente de Bolívar. Era hombre de bufete, de educación civil, a quien se hace responsable del carácter «cívico y legalista» que toman las dictaduras en Colombia. Al deshacerse la confederación se lanzó una chirigota que parece profecía: Venezuela, Ecuador y Colombia serán «un cuartel, un convento y una escuela». A su muerte, se inician las guerras civiles provocadas por leyes contra la Iglesia y las ambiciones personales. Entre 1843 y 1886 se promulgaron varias Constituciones, reflejo de la lucha que sostenían conservadores y liberales en defensa de sus ideales de federalismo o centralismo; así, en 1858, bajo la presidencia de Mariano Ospina, se promulgó una Constitución federal por la cual el país recibió el nombre de Confederación Granadina, y en la de 1886, bajo el mando de Rafael Núñez, se pasó al centralismo y a la colaboración del Estado y la Iglesia; desde entonces la nación se llama República de Colombia. Durante el mandato de Sanclemente se produjo la secesión de Panamá: el tratado Herrán-Hay, que cedía a los Estados Unidos una franja de Panamá para abrir un canal que pusiera en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico, fue rechazado por el Congreso; ello agrió las relaciones entre las Repúblicas colombiana y estadounidense, y al final Panamá, ayudado y estimulado por los Estados Unidos, se declaró independiente; los roces con la República norteamericana no quedaron eliminados hasta

la presidencia de Carlos E. Restrepo. Entre 1904 y 1930 se sucedieron en la presidencia miembros del partido conservador, que impulsaron las obras públicas. De 1930 a 1946 gobernaron los liberales, cuyos representantes más notables fueron Alfonso López (1934-1938 y 1942-1945), que impidió la guerra entre Colombia y Perú por cuestión de límites, y Eduardo Santos (1938-1942), que firmó el tratado colombiano-venezolano de fronteras. La política social del segundo mandato de Alfonso López provocó descontentos y una sublevación militar que le hizo prisionero; puesto en libertad, dimitió y le sucedió Lleras Camargo. Los conservadores, con Ospina Pérez, triunfaron en 1946. Hubieron de hacer frente a una grave agitación social (asesinato del líder Jorge E. Gaitán), con motines y luchas tanto en las ciudades como en el campo. Durante la presidencia de Laureano Gómez, salido triunfante de unas elecciones a las que no se presentaron los liberales, se desencadenó la guerra civil que puede considerarse como la más sangrienta de la historia de Colombia. Por último, un movimiento militar le derribó en 1953 y colocó en la presidencia al general Rojas Pinilla, que consiguió justificar y aun renovar su nombramiento mediante una Asamblea formada por él mismo. Rojas Pinilla transformó su gobierno en una dictadura, con supresión de las garantías constitucionales y persecución de la Prensa. En 1957 fue eliminado del poder y los partidos conservador y liberal, capitaneados por Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, subscribieron el llamado pacto de Sitges, de la ciudad española en que residía Gómez y en la cual se entrevistaron ambos jefes. El pacto establecía una tregua política de dieciséis años durante los cuales alternarían en la presidencia representantes de los dos partidos, con gobiernos de coalición. Al liberal Lleras Camargo, elegido en 1958, sucedió en 1962 el conservador León Valencia; pero el malestar social en el campo está amenazando el sistema.

Las dos repúblicas del Pacífico, Perú y Chile, tuvieron, además de conflictos constitucionales, dificultades de fronteras y prejuicios de casta social. En el Perú, la sombra de Bolívar acaso impidió que hasta el año 1845 no se manifestara el caudillo que debía personificar al país. Fue un veterano de las guerras de Independencia que había peleado al lado de Sucre en Ayacucho. Se llamaba Ramón Castilla y los comentaristas están unánimes en aprobar su obra civilizadora. El gobierno e influencia de Ramón Castilla en el Perú perduraron hasta 1862. Después gobernó el coronel Mariano Ignacio Prado, y bajo su mando el país entró en guerra con España, cuyos buques bombardearon el Callao. El episodio desgraciado de la guerra con Chile, en la que el Perú fue derrotado a pesar del heroísmo de sus soldados y perdió la provincia de Tarapacá y hubo de consentir la ocupación de los territorios de Tacna y Arica, derivó hacia una situación económica muy deficiente que sólo pudo aliviarse mediante créditos ex-



Juan Manuel Balmaceda.

tranjeros. La segunda presidencia de Nicolas de Piérola (1895-1899) se dedicó a la recuperación económica de la nación y a suavizar las relaciones con Chile. Los gobiernos siguientes procuraron fomentar las obras públicas, la enseñanza y la industrialización del país. El segundo mandato del presidente Leguía abrió las puertas a la aportación de capitales extranjeros; fue derribado por una sublevación (1930) dirigida por Sánchez Cerro, cuya candidatura a la presidencia triunfó en las elecciones. Asesinado éste, ejerció el mando el general Oscar R. Benavides, que se apoyó en el partido conservador. En las últimas décadas, la política peruana gira entorno al partido APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), fundado por Haya de la Torre, de tendencia indigenista y socializante. La oligarquía conservadora y el ejército se esfuerzan en mantener al *aprismo* lejos del poder, y lo consiguieron bajo los gobiernos de Manuel Prado y Manuel A. Odría. Con un programa más moderado, Haya de la Torre logró ser elegido presidente en 1962, pero un golpe militar le impidió ocupar el cargo; en las elecciones del año siguiente, el triunfo fue para Belaúnde Terry, que contaba con las simpatías de los *apristas.*

Manuel Belgrano.
Museo Nacional de Bellas Artes. Buenos Aires.



En Chile el problema político ha sido algo distinto al de las otras repúblicas sudamericanas, pues la lucha por el poder ha estado planteada entre el Presidente y el Congreso, más bien que entre partidos políticos. Tras la partida de O'Higgins, durante ocho años se disputaron el poder liberales y conservadores, hasta que el general Prieto triunfó y fue presidente (1831-1841). La política interior estuvo dirigida por Diego Portales, un conservador sin lirismos, inteligente y activo, pero que murió asesinado. Durante el mando del general Prieto se llevaron a cabo trascendentales medidas interiores para estimular la economía del país y reorganizar su administración; la política exterior fue de oposición al mariscal Santa Cruz y su Confederación Boliviano-Peruana; desencadenada la guerra, triunfaron las fuerzas chilenas del general Bulnes, quien fue elegido presidente. Su actuación se caracterizó por el impulso que dio al país, ayudado por Andrés Bello y Domingo F. Sarmiento. Montt, el sucesor, fue un presidente que se preocupó extraordinariamente del progreso de la nación. Bajo la presidencia de José Joaquín Pérez se concedieron algunas libertades políticas y, algo más tarde (mandato de Errázuriz), se limitaron un tanto las facultades del Presidente. En esta época se desarrolló la guerra del Perú contra España, en la que aquél fue ayudado por Chile. La escuadra española bombardeó el puerto de Valparaíso en 1866; al año siguiente se firmó una tregua, pero la paz definitiva no se estableció hasta doce años más tarde. En 1879, siendo presidente Aníbal Pinto, estalló la guerra llamada del Pacífico, contra Bolivia ayudada por Perú, en la cual las tropas chilenas llegaron hasta Lima.

Por el tratado de Ancón (1883), la provincia peruana de Tarapacá pasaba a poder de Chile, así como los territorios de Tacna y Arica, que estarían ocupados durante diez años; esta ocupación se fue prorrogando hasta que la cuestión se solucionó definitivamente en 1929, año en que el Perú recobró la región de Tacna. Por la tregua

con Bolivia (1884), esta nación cedía a Chile el territorio de Antofagasta.

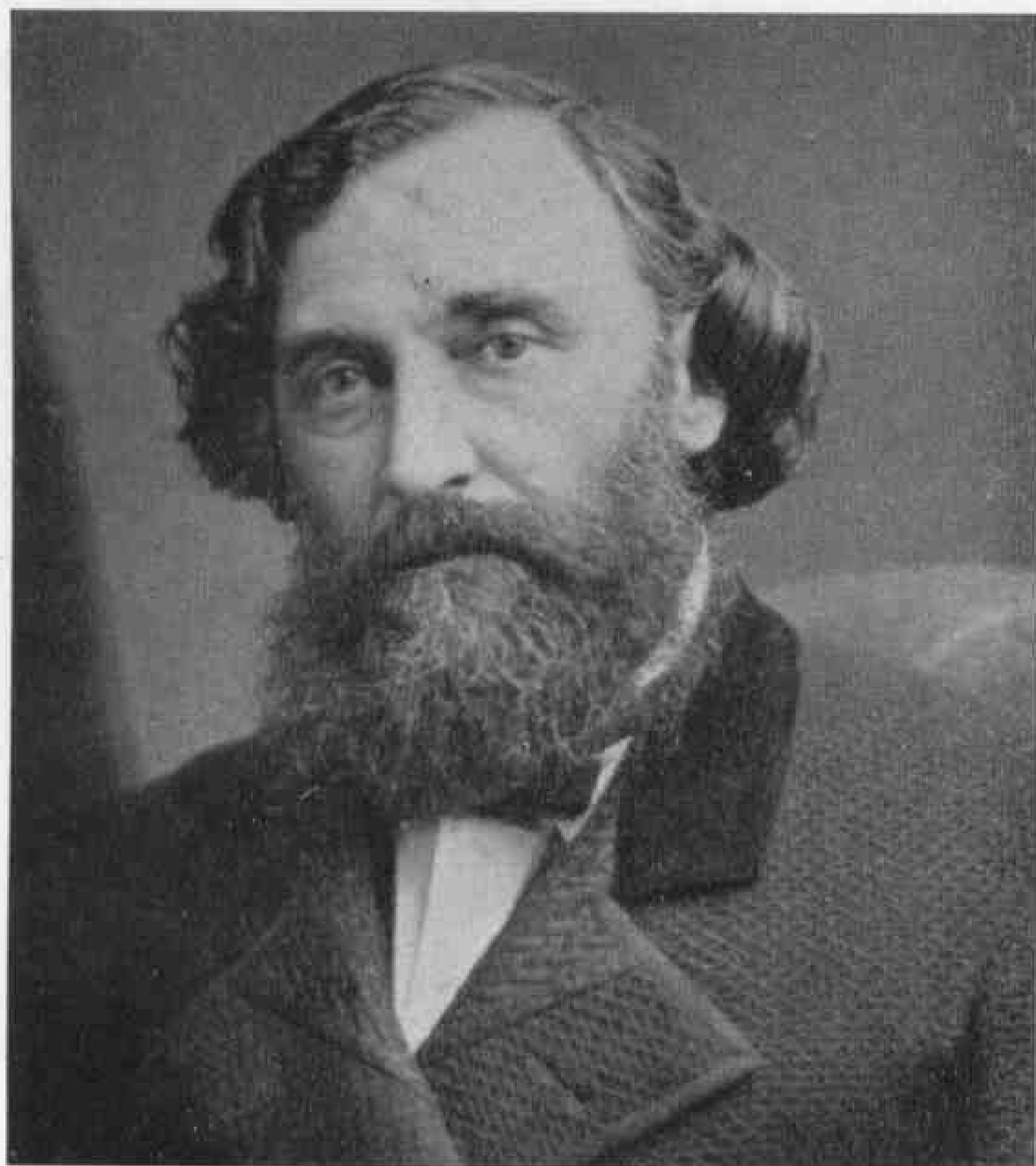
En 1886 resultó elegido presidente Juan Manuel Balmaceda, una de las más sobresalientes figuras de la historia americana, quien gobernó apoyándose en las fuerzas liberales. Su época fue de gran prosperidad: insistió en las reformas sociales, tolerancia religiosa y autonomía municipal. Construyó ferrocarriles, diques y puertos; llamó a profesores extranjeros y fundó escuelas de minería y agricultura. Pero Balmaceda era partidario de la supremacía del Presidente sobre el Congreso, y por eso la lucha fue inevitable. «Hombre de ideas personales, quiso sobreponerse a la oligarquía parlamentaria», dice Carlos Pereyra. En el año 1890, el Congreso no aprobó el presupuesto para gastos. Balmaceda prorrogó el del año anterior. Los oligarcas se adueñaron de la escuadra y, por medio de ella, del salitre. Balmaceda, solo y abandonado, se refugió en el edificio de la Legación Argentina, donde se suicidó. Antes de morir escribió una carta a sus amigos, que se menciona siempre como su testamento político. Declara terminantemente que, mientras subsista un régimen parlamentario como el que los partidos establecerán después de su muerte, no habrá en Chile libertad ni paz. En el período siguiente, en que dominaron los conservadores, se fueron planteando nuevos y graves problemas políticos y sociales. Las clases media y trabajadora pedían intervención en el gobierno, y por fin lograron en 1920 elevar su candidato a la Presidencia: Arturo Alessandri (1920-1924, 1925, 1932-1938). En el aspecto social, su obra fue de magna trascendencia, pues hizo de la legislación social la primera del Continente. Una intervención militar le hizo renunciar al poder, pero otra le llamó de nuevo; por la Constitución de 1925, el Presidente adquirió la máxima autoridad en la nación. Los gobiernos posteriores, durante los cuales la economía sufrió bastante, fueron dictatoriales y presenciaron impotentes el aumento de la influencia del partido obrero, que logró hacer triunfar de nuevo a Arturo



Juan Manuel de Rosas, con su poncho de gaucho, por R. Monwoirin. Museo Nacional de Bellas Artes. Buenos Aires.

Alessandri, quien regeneró la economía y consolidó las instituciones civiles; durante esta época se formó el Frente Popular. En las siguientes elecciones este partido elevó al poder a Pedro Aguirre Cerdá, con el cual se llevaron a la práctica ideas izquierdistas y se impulsó la industrialización de Chile. Idéntica política mantuvieron Juan Antonio Ríos (1942-1945) y Gabriel González Videla (1946-1952). Los independientes hicieron triunfar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), que ya había gobernado, apoyado por el ejército, en 1927-1931, a quien sucedió Jorge Alessandri Rodríguez, y a éste Eduardo Frei, elegido en 1964, todos ellos de tendencia moderada.

Por fin nos toca hablar de las repúblicas del Plata: Argentina, Uruguay y Paraguay, que formaban en la época colonial el virreinato de Buenos Aires. Las guerras de la Independencia tuvieron allí menos duración que en México, Venezuela y el Perú. España no consideraba de importancia aquellos terrenos baldíos de la Pampa y las pobres minas de la vertiente oriental de los Andes. Los conflictos bélicos no fueron allí una escuela de caudillos, y Belgrano y San Martín se eclipsaron cuando era necesario



Bartolomé Mitre.

reorganizar el país. Por esto el verdadero fundador de la República Argentina fue un hombre cultísimo para su tiempo, sin sectarismos ni ambición personal: Bernardino Rivadavia. Se le ha llamado *girondino* porque era de ideas liberales y pretendió reducir la Iglesia católica a la posición de simple instituto religioso, secularizando los cementerios y proclamando la libertad de cultos y de conciencia. Estos hechos acontecían en el año 1825. Rivadavia fundó la Facultad de Medicina, el Museo, la Biblioteca Nacional, Escuelas de Agricultura y Colegios femeninos.

Era un ferviente convencido de la necesidad de «dejarse explotar» por el Viejo Mundo, de dejarse penetrar por el comercio y la inmigración europeos. Empezó la política de atraer extranjeros, destinada con el tiempo a hacer grande a la República Argentina. Alberdi concretó esta táctica de Rivadavia en la fórmula exacta aplicada a la Argentina: «Gobernar es poblar.»

Pero los beneficios de la política de Rivadavía sólo debían ser, de momento, apreciados en Buenos Aires, ya que era el puerto por donde afluían gentes y mercancías, con la consiguiente ruina de algunas industrias primitivas establecidas en las ciudades del interior. Así, la inmigración e importación desmoralizaban por completo la economía colonial sin producir beneficios apreciables para los criollos que vivían en regiones alejadas de la costa.

Las provincias acabaron por rebelarse contra la acción civilizadora demasiado rápida de Rivadavia, y el gran hombre tuvo que emigrar. En 1826 había promulgado una Constitución unitaria; las provincias exigían la federación. Este movimiento, reaccionario si se quiere, pero esencialmente argentino, produjo el encumbramiento de caudillos locales, que se distribuyeron el país y lo explotaron sin más derecho que su audacia ni más freno que su capricho. En el fondo de la Pampa aparecieron los extraordinarios personajes gauchos, los Aldao, López y Quiroga, cuyas hazañas hacen estremecer.

Los escritores argentinos han tenido cierta predilección por el gaucho malo, el forajido fuera de la ley, que encarnan los brutales caudillos de la época de la federación. Los Aldao, López y Quiroga son de una maldad sucia y grosera.

En la antigua Buenos Aires el caudillo federal fue el famoso tirano Juan Manuel de Rosas. Se bañó en sangre, asesinó a sus propios amigos, no tuvo piedad de nadie y ni pudo concebir lo que podía ser la administración de justicia en un país civilizado. Al principio ahorcaba a sus víctimas, y por esto sus esbirros formaban un cuerpo de seguridad llamado la *mazorca* (más horca); pero después mandó forjar unos cuchillos curvos especiales y ejecutaba los asesinatos por degüello.

Rosas pretendió mantenerse como defensor del sistema federal; el grito de sus secuaces era *¡Viva la federación, mueran los salvajes unitarios...!* ¡Rivadavia, Belgrano, Alberdi, salvajes! El terror de Rosas y de los caudillos de la Pampa se mantuvo desde 1831 hasta 1853; sin embargo, el país progresó por el crecimiento natural de América

hasta en sus horas más trágicas. A pesar de ello, empieza a reconocerse que Rosas, sin pretenderlo, hizo un gran bien al país. La administración de un gobierno personal, como el suyo, siempre es económica; por más que gaste o atesore, un tirano cuesta siempre menos que una burocracia corrompida. Además, las provincias se acostumbraron a mirar a Buenos Aires, no como un lugar privilegiado, sino como un trozo más de la Argentina que sufría sus mismos males. Rosas, alardeando de desunir con su imaginaria federación, unificó la Argentina, haciendo posible la federación centralizada o federación moderada, que vino después. Con su régimen antidemocrático hizo refulgir los mismos ideales que combatía, esto es, la política europeizante y civilizadora impulsada por Rivadavia.

Después de varias tentativas fracasadas para derribarlo, Rosas sucumbió cuando sus fuerzas quedaron vencidas por las del general rebelde Urquiza en la batalla de Caseros. En 1852 se embarcó para Inglaterra. Al ver que la capital del nuevo Estado que iba a establecer Urquiza se situaba en Rosario de Santa Fe, Buenos Aires se declaró independiente. Entonces se manifestó como caudillo Mitre, que luchaba por la independencia de Buenos Aires. Después de la paz, y unificada nuevamente la República, Mitre, como presidente, continuó la obra de Rivadavia de población y europeización de la región del Plata. Cabe mencionar aquí la presidencia del general Roca, que abrió los territorios del Sur, acabando con la amenaza de los indios, así como la de Domingo Faustino Sarmiento, educador y escritor que desarrolló una intensísima política cultural.

Toda esta etapa, en la que domina la burguesía, cae al salir a la palestra política la Unión Cívica Radical con sus postulados electorales plenamente democráticos (sufragio universal, secreto y obligatorio). El primer presidente elegido según este sistema, Hipólito Irigoyen (1916), inició tímidamente las reformas sociales, pero en 1930 la crisis económica mundial creó una grave situación en el país, y el ejército empezó a desempeñar un gran papel político, devolviendo el poder a los conservadores. En él se mantuvieron hasta 1943, en que estalló un nuevo movimiento militar, de carácter nacionalista; la oposición obrera encontró un jefe en Juan Domingo Perón, que fue abriéndose camino desde la Secretaría de Trabajo, hasta ser elegido presidente en 1946. Su doctrina «justicialista», socializante, evolucionó hacia un régimen personal y dictatorial, que hizo decaer su prestigio sobre todo al enfrentarse con la Iglesia. Un golpe militar lo eliminó en 1955, pero no suprimió los problemas sociales ni la leyenda nostálgica del caudillo exilado. En las elecciones de 1958 triunfó Arturo Frondizi, jefe de uno de los dos grupos en que se escindió la Unión Cívica Radical, el cual intentó atraer de nuevo a los antiguos peronistas a la comunidad política, pero sus concesiones impacientaron al ejército, que



Juan Domingo Perón.

le obligó a dejar el poder al vicepresidente Guido, en 1962. Al año siguiente fue elegido Arturo Ilía, que gobierna difícilmente por entre peronistas y militares.

Parte del virreinato del Plata eran las regiones de Entre Ríos-Uruguay y de Misiones o Paraguay. El Uruguay se emancipó de la Argentina en el período caótico que precedió a la tiranía de Rosas. El caudillo fundador fue también en esta región un gaucho indomable, Artigas, que los uruguayos modernos han elevado a la categoría de héroe nacional.

La transformación del Uruguay en un estado moderno, el más equilibrado y progresivo de la América hispana, comenzó con los planes educacionales de José Pedro Varela, impuestos por voluntad del dictador Latorre. Mas el organizador del Uruguay fue José Batlle, el cual, aun no siendo presidente, continuó influyendo en el gobierno. El resultado fue una serie de reformas sociales, como la reducción a ocho de las horas de trabajo del obrero y concesión de seguros de vejez, aplicadas mucho antes que en los demás países americanos y hasta que en algunos de Europa.

El régimen uruguayo merece estudio y atención. El poder ejecutivo estaba repartido entre el Presidente y un Consejo nacional. El Presidente nombraba la mitad de los ministros, y el Consejo nombraba la otra mitad. Esta combinación funcionó sin grandes sacudidas hasta 1931. Pero el presidente Gabriel Terra, encontrando dificultades económicas para cumplir las obligaciones que exigían los seguros de accidentes del trabajo y retiros, abolió la Constitución en marzo de 1933 y empezó a gobernar dictatorialmente. Los presidentes siguientes procuraron volver a la normalidad política. Lo más característico, sin embargo, del Uruguay contemporáneo ha sido la substitución del presidente de la República por un Consejo de Gobierno, según una organización semejante a la suiza, que viene funcionando sin alteraciones desde 1952, aunque está en estudio una vuelta al sistema presidencial.

El Paraguay tuvo también litigios de fronteras por haber quedado vagos los límites del lado de los Andes desde el período colonial. Un feroz caudillo, el Doctor Francia, consiguió infundir en el Paraguay un sentimiento de nacionalismo cerrado e incondicional. El gobierno de Carlos Antonio López, también dictatorial, se dedicó a la organización de un fuerte ejército, el cual permitió a su hijo, Francisco Solano López, que le sucedió, desafiar conjuntamente al Brasil y la Argentina por problemas surgidos en la navegación de los ríos. Se formó la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay, cuyas tropas mandó Mitre; después este mando recayó en el Brasil y la ciudad de Asunción fue ocupada por el ejército de la Triple, pero la guerra no terminó hasta la muerte del presidente paraguayo, sitiado en Cerro Corá (1870). El resultado de la guerra fue el exterminio de buena parte de la población masculina y la ocupación del país por el Brasil. Los gobiernos posteriores se lanzaron a levantar la economía, muy desquiciada. Al propio tiempo las relaciones con Bolivia se iban agriando por diferencias surgidas respecto del territorio del Chaco, lo que originó una agotadora guerra que duró tres años (1932-1935), en la que el Paraguay luchó con determinación rozando lo suicida y obtuvo la victoria, sancionada por el tratado de paz firmado en Buenos Aires (1938). Los gobiernos de los generales Estigarribia y Moríñigo se dedicaron a fomentar las actividades económicas, pero el segundo hubo de hacer frente a una grave guerra civil (1947), que logró dominar; a pesar de ello fue destituido en 1948, cuando ya estaba elegido el sucesor. Entonces empieza una larga serie de presidentes más o menos provisionales, que aparecen y desaparecen al compás de los correspondientes golpes de estado, hasta que en 1954 encontró de nuevo el Paraguay a su hombre fuerte en el general Alfredo Stroessner, que sigue en el poder al cabo de diez años.

Por una serie de circunstancias, Brasil fue una afortunada excepción en la revuel-

ta historia de la América del Sur en el siglo XIX. Al regresar a Europa el rey de Portugal, que se había refugiado en el Nuevo Continente durante la invasión napoleónica, dejó en el Brasil como Regente a su hijo Pedro, y éste se proclamó Emperador al poco tiempo, sin violencia, casi como por acuerdo tácito. Su reinado no fue afortunado, y pronto tuvo que dejar la corona a su hijo Pedro II, entonces menor de edad, que comenzó a gobernar efectivamente en 1840, y hasta 1889 presidió, como un autócrata ilustrado y liberal, el extraordinario desarrollo del país. Su política favorable a la abolición de la esclavitud le enajenó el apoyo de los grandes terratenientes, y una sublevación militar le obligó a abdicar. La república, federal y democrática, buscó un sistema que le permitiera obviar la falta de preparación política de la gran mayoría del pueblo brasileño, y lo encontró primero en la tutela del ejército, y luego en la alternancia de las oligarquías de los estados de Sao Paulo y Minas Gerais. La prosperidad del país, basada primero en el azúcar y luego en el caucho, a partir de 1912 dependió fundamentalmente del café, y la crisis mundial de 1929, con la consiguiente caída de precios, puso al país súbitamente frente a una desagradable realidad social. A ponerle remedio se dedicó Getulio Vargas, dictador benévolo y popular de 1930 a 1945, que se apoyó sobre todo en la naciente clase trabajadora y lanzó un ambicioso programa de expansión económica; el descontento del ejército le obligó a dimitir, pero volvió al poder en 1950 en una elección libre. Esta segunda etapa fue mucho menos afortunada que la primera: a los roces con los Estados Unidos, por motivos económicos, unióse el desprestigio atraído por sus colaboradores incompetentes y corrompidos, y, acorralado por la oposición del ejército, se suicidó en agosto de 1954. La herencia de Vargas la recogió el presidente Kubitschek, elegido en 1955, que quiso favorecer el desarrollo del interior con la creación de la nueva capital, Brasilia, pero acabó de lanzar al país por la pen-



Enrique Larreta, por I. Zuloaga.

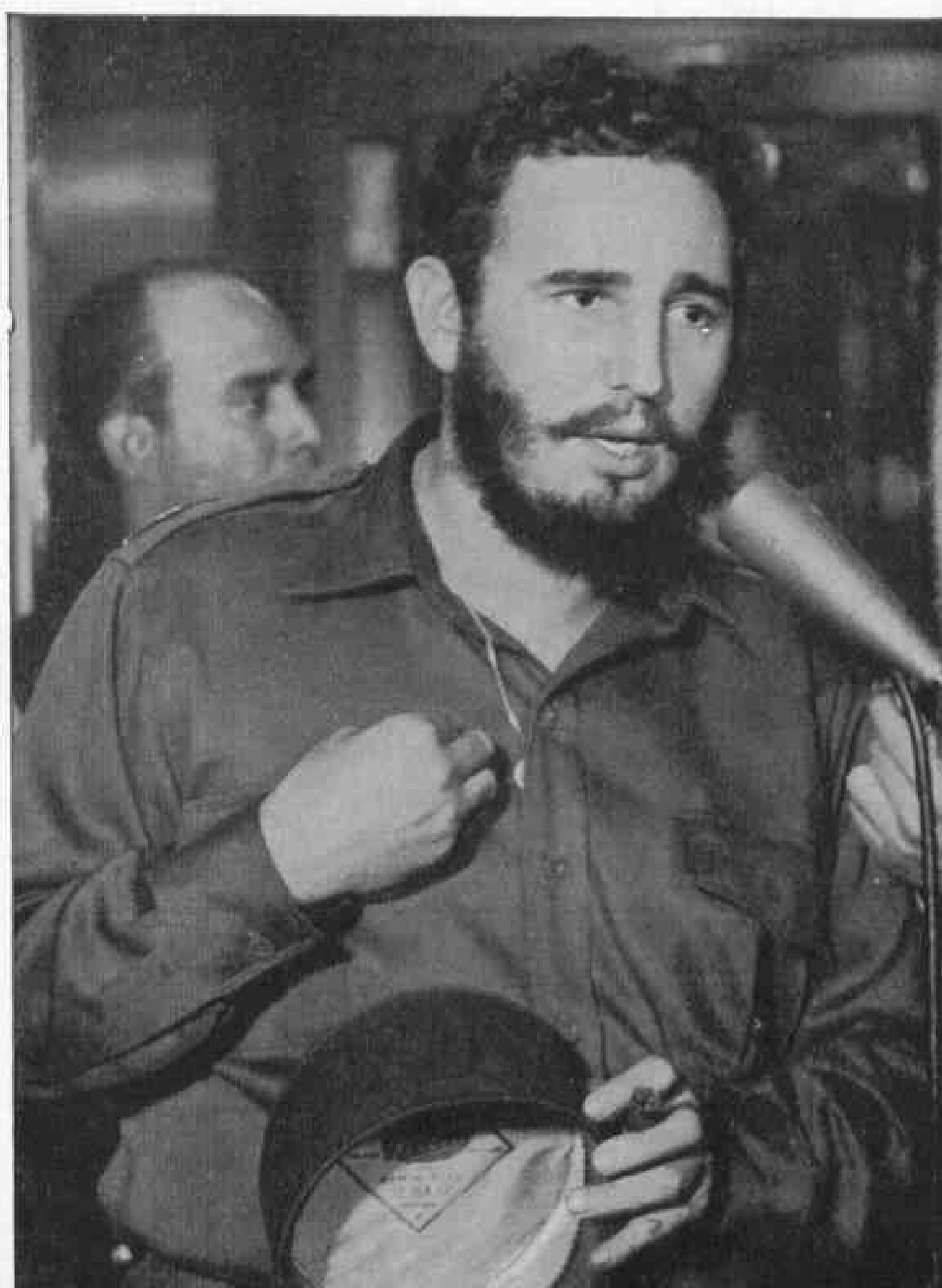
diente inflacionista, con lo que empeoró la situación financiera, ya de sí grave a consecuencia de la baja en los precios de las materias primas. Todo ello hacía evidente la necesidad de reformas de estructura, que quiso iniciar Janio Quadros, elegido en 1960, el cual sin embargo tuvo que dimitir al año siguiente porque sus simpatías hacia Fidel Castro le atrajeron el disgusto de la diplomacia americana y por consiguiente el del ejército. Para limitar el poder del vicepresidente Goulart, que tenía que sucederle y era sospechoso por haber sido seguidor de Vargas, se ensayó una constitución parlamentarista, que sólo duró poco más de un año, porque Goulart consiguió volver al sistema presidencial por medio de un plebiscito, en enero de 1963. Por poco tiempo, porque sus medidas revolucionarias provocaron un nuevo alzamiento, en marzo de 1964, que dio el poder al general Castelo Branco.

En cuanto a la producción intelectual hay que citar siempre los trabajos gramaticales de Bello y Cuervo, el libro de Sarmiento, *Facundo*, y las filípicas de Montalvo. Como pensadores, puede decirse que sólo ha producido dos grandes personalidades: el cubano Martí y el uruguayo Rodó. Además de la narración (Ricardo Palma)

cultivóse ya en el siglo pasado, en las naciones sudamericanas, la novela; pero en lo que la América latina ha sido prolífica es en poesía, con representantes magníficos como José Asunción Silva, José Santos Chocano, José Hernández, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Rubén Darío... con la circunstancia de que entre lo mejor que se ha producido descuellan poetisas de gran alma, locuaces y francas en manifestarnos lo que se esconde debajo del candor y pudor femeninos, la Storni, la Agustini, la Ibarbourou... y una figura excepcional: Gabriela Mistral. Actualmente la América latina tiene grandes novelistas que han merecido consideración internacional, como Rómulo Gallegos, de Venezuela, y Enrique Larreta. en la Argentina; Ciro Alegría, de Perú; poetas de primera magnitud, como los famosísimos Vicente Huidobro y Pablo Neruda, de Chile, y el polígrafo Pedro Henríquez Ureña y el ensayista Alfonso Reyes.

Los dictadores de uniforme o de levita están caídos o tambaleándose en toda la América latina. Cayeron Hernández de Chile, Leguía del Perú, Vargas del Brasil, Ubico de Guatemala y los déspotas de Bolivia, Venezuela, El Salvador, Santo Domingo... La rebelión cunde y señala el comienzo de un período revolucionario, hasta en la Argentina, que parecía estabilizada y capaz de ir evolucionando con reformas paulatinas. La gestación del nuevo régimen será lenta, porque el roto, el pelado, el descamisado, lo mismo que el indio, no se entusiasman votando un candidato obrero, aunque sea negro, mulato o cobrizo, para defender en un Parlamento liberal los derechos de su casta. Hoy los desheredados americanos comprenden que si no consiguen una completa transformación del Estado y de la sociedad no saldrán de la semiesclavitud en que se encuentran. Cuál puede ser el mejor sistema, más justo, más beneficioso, ellos no lo saben, ni habrá nadie para dirigirlos. Por otra parte, los grandes terratenientes y los acaudalados mineros defenderán su actual explotación con argumentos de filosofía seudocapitalista. Dirán que, dadas las condiciones del país, la enormidad de las distancias y los problemas de transporte, es imposible abandonar el régimen feudal, o «paternalístico» como ha dado en llamarse a sí mismo en nuestros días.

Fidel Castro.





México a principios del siglo XIX. La esquina del zócalo con las casas de Cortés.

10 MEXICO. CONSTITUCION Y REVOLUCION

MIENTRAS los otros países de la América latina conseguían establecer un régimen más o menos democrático, salpicado de episodios convulsos de corta duración, México parece como si sólo se hubiera emancipado de España para mantenerse en la agonía de una revolución perpetua. Esto es lo que les parece a los poco informados; un conocimiento superficial de la revolución mexicana produce la impresión de que los caudillos, levantados uno tras otro y uno contra otro se mueven solamente en virtud de ambiciones personales o bien agitados por odio a sus antecesores. Pero, en realidad, la revolución mexicana tiene un origen más profundo; los jefes, generales y caudillos que con calidoscópica rapidez consiguen el poder y sucumben durante el siglo XIX y parte del presente, son instrumentos de una fuerza nacional, casi diríamos continental, porque en México se debate algo que no es exclusivamente mexicano. Obran agitados por el deseo inconsciente de un régimen civil indígena y moderno, más apropiado a su raza que la vaga y romántica democracia de tipo anglosajón que trataron de implantar las naciones sudamericanas.

Los mexicanos revolucionarios, desde los primeros motines en tiempo de los virreyes hasta el presente, han manifestado, a veces sin darse cuenta de ello y en formas violentas, una ambición distinta de la que tuvieran Bolívar, Sucre y San Martín. Estos eran épicos fundadores de naciones, Rómulos y Teseos dignos de estatuas de mármol y bronce. Pero al decir que querían América para los americanos, entendían para los criollos; iban a hacer una segunda edición de Europa, en la que las razas aborígenes serían como un telón de fondo, sin voz ni par-

te en la acción. La revolución se hacía, sobre todo, por los criollos y para los criollos de origen europeo. Así empezó también la independencia mexicana, pero los criollos independentistas tropezaron en México con unas condiciones que quizá no se daban en ninguna otra región americana: una economía basada casi exclusivamente en la agricultura y la existencia de enormes latifundios.

Desde el primer momento la independencia mexicana combatió a la Iglesia, poseedora de parte de los latifundios. Es cierto que los dos primeros caudillos revolucionarios, en México, fueron eclesiásticos; pero eran de raza india o mestizos. El primer *grito* de Hidalgo fue «¡Viva la Virgen de Guadalupe!», una imagen esencialmente mexicana. Al principio, el virrey quiso trasladar la imagen de Guadalupe a la capital para españolizarla; pero no se lo consintió el cabildo de la Colegiata, y para tener una patrona de igual calidad, tuvo el virrey que forzar entre los leales la devoción a la Virgen de los Remedios, haciéndola generala con bastón de mando de las tropas españolas.

Así, desde las primeras algaradas revolucionarias, las altas potestades de la Iglesia en México, al lado de los españoles, se manifestaron contra los principios fundamentales de la revolución mexicana. A los dos primeros caudillos, eclesiásticos, se les condenó como si predicaran y actuaran contra la propia Iglesia, su moral y sus dogmas, y al caer prisioneros fueron ejecutados después de pasar por el Tribunal de la Inquisición y degradados según el ritual del Santo Oficio. La degradación de Hidalgo en 1811 no fue muy aparatosa, porque se efectuó lejos de la capital; pero la de Morelos, preso y ejecutado cuatro años después, proporcionó a los habitantes de México un día de espectáculo triste y lamentable, además de anacrónico. El preso, cubierto de una simple camisa, fue introducido en el salón principal del palacio de la Inquisición. Allí estaban congregados los familiares del Santo Oficio y multitud de personas, curiosas de ver el final trágico del gran Morelos, que había aterrorizado a españoles y a criollos. Morelos, sentado en un banquillo y en camisa, tuvo que escuchar la lista de los veinticuatro cargos, la mayoría descabellados, de que la Inquisición le declaraba reo. Después se le obligó a abjurar como si hubiera sido sacrílego o hereje. Se le dieron de penitencia algunos azotes y se rezó una misa a la que tuvo que asistir sosteniendo, como reconciliado, una vela de cera verde. Por fin, se le revistió de los ornamentos sacerdotales, y puesto de rodillas delante del obispo, fueron despojándole de casulla, roquete, amito y estola, perdiendo así, una por una, las órdenes con que había sido consagrado. Ya depuesto de su calidad y privilegios sacerdotales y carismáticos se relegó al ex sacerdote Morelos al brazo militar, y éste dictó la sentencia, fusilándolo en el vecino pueblo de San Cristóbal el 22 de diciembre del año 1815.

Nos hemos detenido en este detalle del proceso porque en 1815 ya no se aplicaban aquellos castigos más que en España y sus colonias. Por lo visto, el clero de México trataba de detener la marcha del tiempo. Pero ni Hidalgo ni Morelos eran herejes ni anticatólicos. Hidalgo, antes de morir, declaró que «nunca hubiera desenvainado su espada contra los europeos si no hubiese temido que los mexicanos acabarían por perder su religión, su libertad, sus costumbres y cuanto tienen de más sagrado y precioso». Morelos protestó de las excomuniones de que había sido objeto, porque «no podían imponerse más que por el Papa o por un concilio general».

En cuanto a programa político, ni Hidalgo ni Morelos lo tuvieron nunca bien preciso. El grito primero de Hidalgo: «Viva la Virgen de Guadalupe y Fernando VII», se convirtió por sus secuaces en «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines», que quería decir los españoles. Morelos declaró que se había decidido por la independencia por «no haber rey en España, pues Fernando VII estaba prisionero de

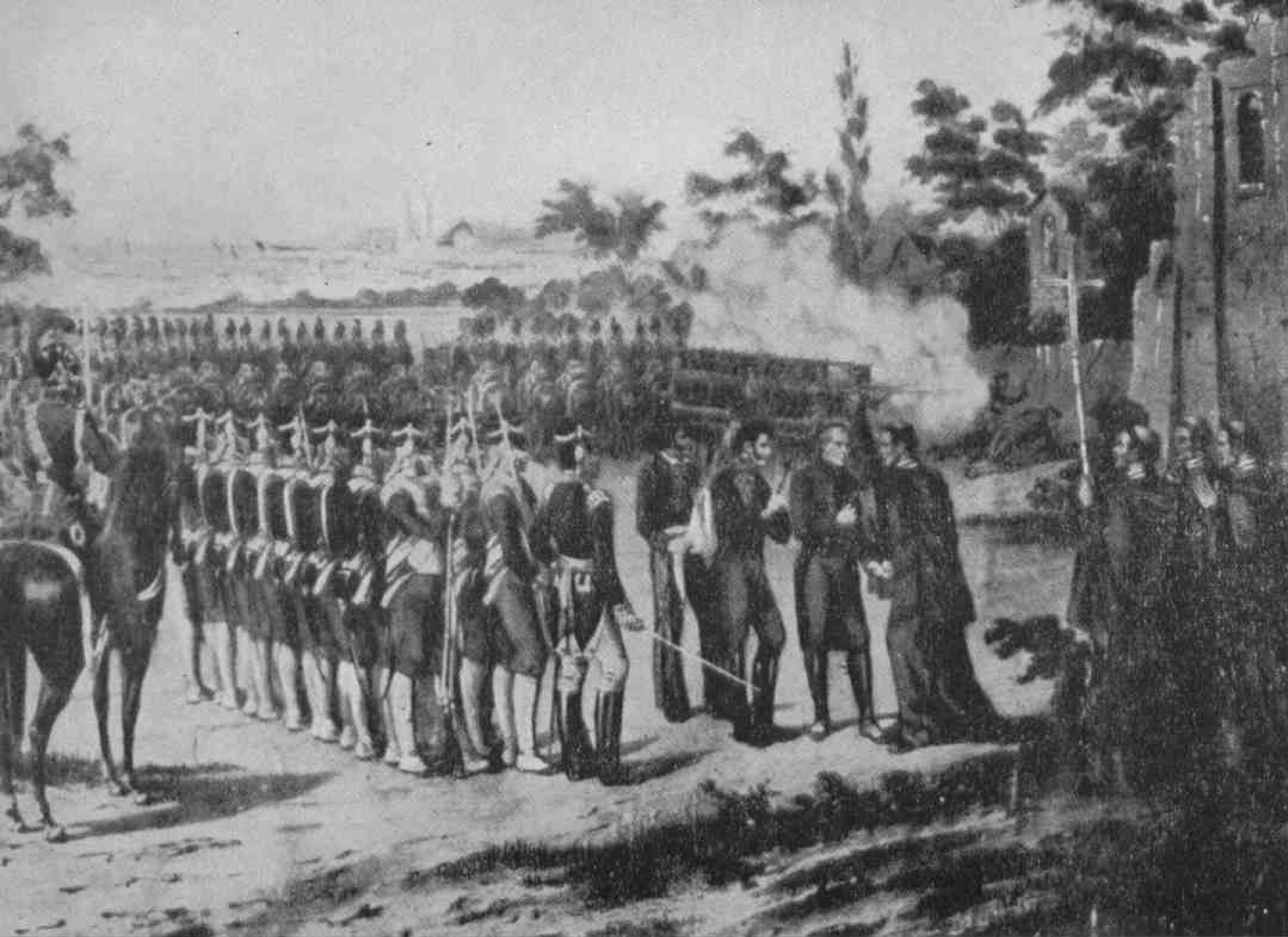


Hidalgo y la Liberación. Fresco de Orozco en el castillo de Chapultepec.

Napoleón», y si bien «tuvo conocimiento de su regreso a España, nunca le dio crédito y juzgó que habría vuelto napoleónico», esto es, sujeto al influjo de Napoleón y contaminado de sus opiniones religiosas.

A pesar de sus fracasos, Hidalgo y Morelos probaron que la nación mexicana estaba madura para separarse de la metrópoli. Aquellos dos curas rurales, sin prestigio el día antes, después del grito se vieron seguidos por multitudes de gentes de toda clase, que se movían más por instinto de rebeldía que con premeditada resolución. Los ejércitos de Hidalgo y de Morelos se deshicieron tan rápidamente como se habían formado; pero sus éxitos, aunque temporales, tenían que animar a otros a proseguir la empresa, creyéndose más capacitados, ya por posición social, ya por experiencia militar.

Agustín de Iturbide, criollo con algo de sangre india, había servido como oficial en el ejército español en las acciones que terminaron con la prisión de Morelos. En noviembre de 1820, el virrey lo mandó con una fuerza de 2.500 hombres a combatir a un rebelde llamado Guerrero, que se mantenía hostilizando al gobierno leal en la región del Sur. Iturbide, en vez de castigar a su adversario, le llamó a varias conferencias para preparar «el fin de la revolución». Los dos jefes consiguieron entenderse en el pueblo de Iguala, y por esto a los términos de su acuerdo se le llamó el Plan de Iguala, en el que se establecían tres garantías, y sus defensores se llamaron *trigarantes*. Se garantizaban: primero, los privilegios de la Iglesia católica; segundo, la emancipación de la colonia del gobierno de España, pero ofreciendo el trono a Fernando VII, por si quería ser rey de México, o traspasarlo a otro miembro de la Casa real; tercero, se garantizaba la igualdad civil de criollos y españoles, concediendo también amplios derechos a los indios. Los colores de la bandera mexicana simbolizan todavía estas tres garantías: el blanco, la pureza de la religión; el verde, la independencia, y el rojo, la unión de todas las sangres y razas.



Ejecución de Hidalgo y sus compañeros. Museo Nacional de México.

Los «trigarantes» presentaron al virrey Apodaca el Plan de Iguala para su aprobación; pero Apodaca, que era, por excepción en aquella época, un magistrado benemérito, rehusó su consentimiento y al cabo de poco tiempo dimitió. El que realmente consumó la renuncia de España fue el último virrey de México, el general O'Donojú. Antes de llegar a la capital firmó con Iturbide un tratado en la villa de Córdoba, incorporando en él las tres garantías. Iturbide logró en el tratado de Córdoba añadir un detalle muy importante para legitimar la usurpación que premeditaba: consistía en que, a falta de un príncipe español de la familia reinante, el trono de México podía darse a cualquier persona que designaran las Cortes imperiales mexicanas. Desde Córdoba los «trigarantes» marcharon a la capital, donde se formó una regencia, en la que uno de los miembros fue el propio virrey O'Donojú. Iturbide, en cambio, era el presidente, con un sueldo de 125.000 pesos anuales.

El tratado de Córdoba prescribía la elección de un Congreso, que, después de muchas demoras, empezó a reunirse en febrero de 1822. El punto de más importante decisión era el concerniente a quién ejercía el poder ejecutivo. Los delegados estaban divididos en tres grupos: unos querían un príncipe español, otros la elevación de Iturbide como emperador y otros un régimen estrictamente republicano. Los primeros, al saber que las Cortes españolas habían rechazado el tratado de Córdoba, perdieron ánimos y se pasaron a los iturbidistas. Pero ni aun así pudo Iturbide lograr la elección legal regular por medio del Congreso. Tuvo que dar la cuartelada: en la noche del 18 de mayo de 1822, los soldados del cuartel de San Hipólito salieron a la calle gritando «¡Viva Agustín I!» Entre las gentes del pueblo había algunos conocedores del golpe que se preparaba y que habían recibido dinero para encauzar el motín. Grupos de gentes acudieron a la casa de Iturbide tratando de coronarlo. Iturbide hizo manifestaciones de rehusar aquel honor si el Congreso no lo aprobaba. Se procuró que

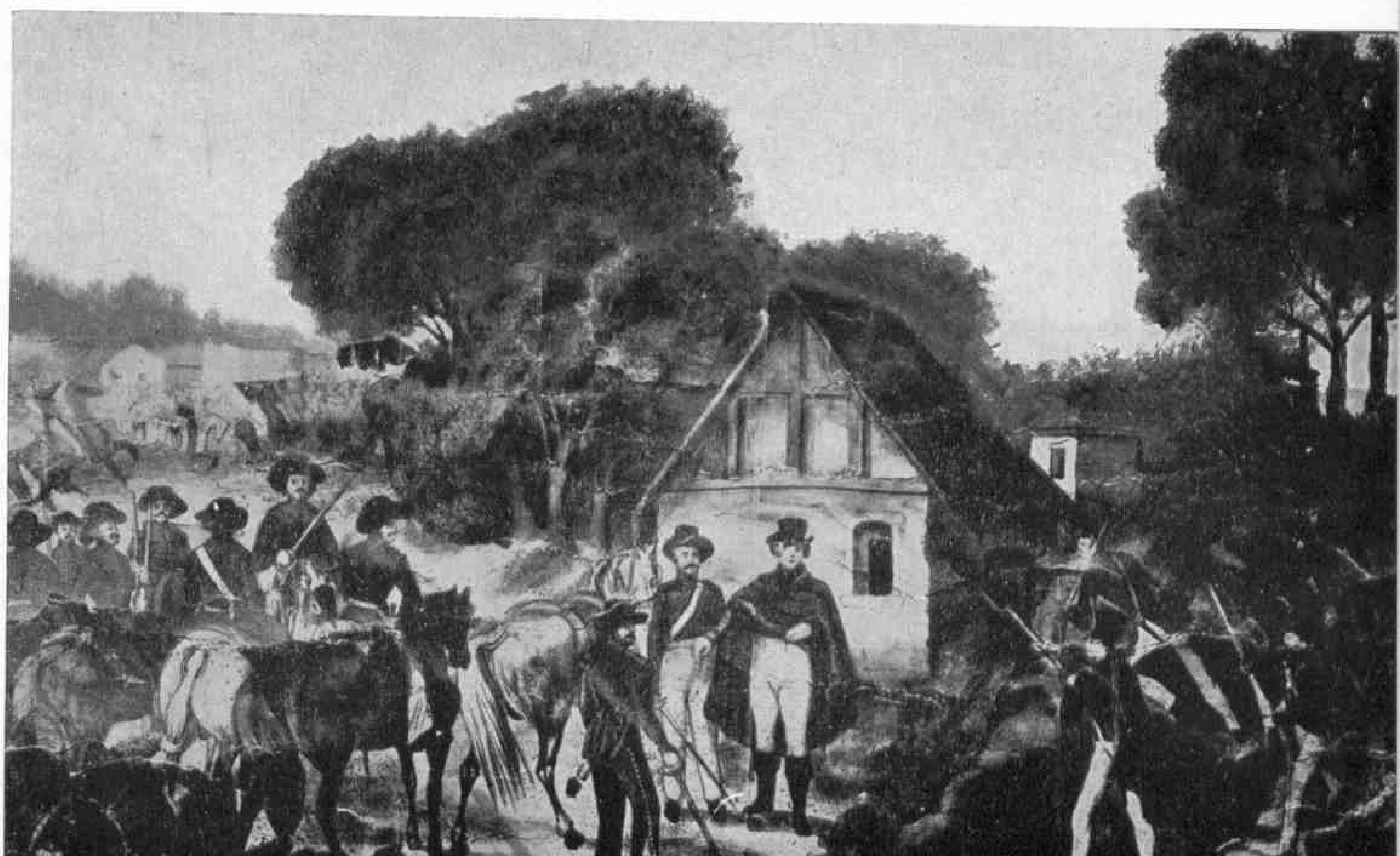
a la sesión del día siguiente, convocada para las siete de la mañana, sólo asistieran setenta y siete diputados, y aun diez de ellos votaron contra Iturbide. ¡A esto se le llama, a veces, *vías legales* entre latinos!

Iturbide fue, pues, coronado emperador el 25 de julio de 1822, y en febrero del siguiente año, ante la oposición de los republicanos, ofreció dimitir y retirarse a Europa. El Congreso aceptó la dimisión concediéndole una pensión de 25.000 pesos anuales; pero el ex emperador mexicano no logró permanecer tranquilo en Londres, y pocos meses después regresó en un buque con las proclamas que anunciaban su restauración. Preso al desembarcar en la costa, fue fusilado el 19 de julio de 1824.

El episodio del primer Imperio mexicano fue consecuencia del estado de ánimo de los coloniales de toda América, que no se sentían capaces de vivir sin un poder personal. La idea de substituir a los virreyes por príncipes reinantes en las colonias, la tuvieron también San Martín, O'Higgins y Monteagudo en Sudamérica. No creían que sus paisanos, acostumbrados al virreinato y con la mescolanza de razas de la América latina, pudieran cooperar en un gobierno de tipo parlamentario constitucional. La oposición de Bolívar en el Sur y el ejemplo de los norteamericanos en el Norte impusieron en México la solución republicana. Sin embargo, repasando la historia de América en el tiempo que lleva de independencia, surge la duda de si Iturbide y San Martín no estarían acertados proponiendo un régimen monárquico liberal, como etapa intermedia para acostumbrar a aquellos pueblos a gobernarse por sí mismos. Pero en la Europa de Metternich y de la Santa Alianza no había príncipes liberales, sobre todo para América, y los de España eran demasiado perezosos para emigrar. Además, si bien es cierto que muchas veces las dictaduras presidenciales de las repúblicas americanas han sido peores que la peor monarquía, por lo menos no tenían carácter hereditario ni aparecían justificadas por derecho divino. Los tiranos sudamericanos no han sido nunca ungidos ni coronados como reyes, como fueron Iturbide y Maximiliano en México.

Con la caída de Iturbide empieza para México un período de anarquía constitu-

Prisión del general Morelos en Tezmalaca el 5 de noviembre de 1815.





Ejecución del general Morelos en San Cristóbal de Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815. Museo Nacional de México.

yente. Se concertan planes para justificar alzamientos militares con asombrosa rapidez. Cada caudillo pretende tener una panacea resumida en un plan. Son el Plan de Montaño, el Plan de Cuernavaca, el Plan de Tacubaya, el Plan del Hospicio, el Plan de Ayutla... La revolución inflige a México un castigo peor que el de asesinato, robo, estupro y degüello de los motines... se martiriza a la nación imponiéndole improvisadas constituciones. A la Constitución llamada Acta Constitucional de 1824, que fue redactada en tres días y era federalista, sucede la centralista de las Siete Leyes, motejada de las Siete Plagas, y a ésta la Constitución final de 1857, reformada en 1917.

Mientras se pelea y debate por constituciones se pierden Texas, Nuevo México, Arizona y California. ¡Más de la mitad del territorio mexicano vendido por quince millones de dólares! Se sufre además la vergüenza de la invasión norteamericana. Es el período que podríamos llamar época de Santa Anna, porque éste, intrigante y poco escrupuloso, entra, sale, vuelve a entrar y salir, cae y sube, persigue y lo persiguen.

Pero bajo la capa del federalismo y centralismo, lo que se debatía era la forma que había de adoptar el Estado. El federalismo daba a los mexicanos alejados de la capital la posibilidad de establecer reformas sociales. En cambio, el federalismo espantaba a la Iglesia, que veía en un gobierno centralizado más probabilidades de conservar sus fueros y privilegios. Los gobernantes empezaban a ser mestizos o puros indios. En el año 1855, Santa Anna caía definitivamente y se formaba un gobierno presidido por Alvarez, indio de pura sangre. Como ministro de Justicia le acompañaba Benito Juárez, indio zapoteca, y los demás colaboradores eran criollos con poco cariño al catolicismo. Juárez, con la ley que lleva su nombre, quitó al clero y al ejército los tribunales especiales de que habían disfrutado hasta entonces. Desde aquel momento, clérigos y militares tuvieron que someterse a la jurisdicción ordinaria. Otro ministro del gobierno Alvarez, el de Fomento, llamado Lerdo de Tejada, prohibió a la Iglesia y comunidades religiosas poseer bienes inmuebles que no necesitaran para su servicio; tanto la Iglesia como los gremios y cofradías debían vender las propie-

dades en subasta pública y emplear el dinero en empresas de otro tipo. Con esa desamortización se pretendía hacer circular el capital acumulado en bienes de mano muerta. Otra ley de 1856 secularizaba los cementerios. Otra limitaba las tarifas de bautismo, matrimonio y entierro. Los títulos de nobleza quedaban suprimidos.

La Iglesia se resistió cuanto pudo a aceptar estas intromisiones del poder civil. Las leyes del ministerio Juárez-Lerdo de Tejada fueron condenadas por Pío IX. La Constitución de 1857 no precisaba que la religión católica fuera la oficial y exclusiva de la nación. Los creyentes calificaron dichas leyes de crimen de *apostasía e ingratitud*, porque México debía todo lo que era a los misioneros católicos y al clero secular.

Otro artículo de la Constitución de 1857 concedía la libertad de enseñanza a todos cuantos quisieran abrir colegios o escuelas. El Gobierno, para empezar, cerró la Universidad, donde no se enseñaba más que teología y retórica, y fundó cursos de agricultura, veterinaria, medicina e ingeniería. Al propio tiempo estableció un Instituto de segunda enseñanza para mujeres. ¡Todo más que suficiente para provocar la reacción! Hubo dos conatos de reacción en el gobierno. El primero no merecería mención a no ser porque el propio presidente de la República, Comonfort, intentó restaurar los privilegios eclesiásticos. La segunda contrarrevolución de esta época empezó con el pronunciamiento del general Zuloaga, que se apoderó de la capital. Juárez mantuvo desde Veracruz la defensa del régimen constitucional. La guerra entre liberales y clericales duró tres años; por fin, en enero de 1861, Juárez restableció su gobierno en la capital. A fin de regularizar su situación, Juárez convocó elecciones presidenciales, en las que salió elegido; pero el clero y los hacendados continuaron en la oposición, y con el fin de derribarle llegaron a aceptar como mal menor la intervención extranjera y la imposición de un príncipe europeo como monarca.

El pretexto para la intervención era la deuda. Los franceses reclamaban el pago de unos bonos emitidos por el banquero Jecker, que había ofrecido al Gobierno mexicano un anticipo de quince millones de pesos, pero en realidad había entregado un millón cuatrocientos setenta mil. Jecker se había declarado en quiebra después de vender los quince millones, en bonos, en la Bolsa de París, sin satisfacer su importe al Gobierno mexicano. Los tenedores franceses de bonos de Jecker reclamaron el reembolso de su dinero; el Gobierno mexicano ofrecía sólo el pago de lo recibido de Jecker más los intereses, que en conjunto sumaba 2.860.700 pesos. Aunque la suma era importante para lo que se acostumbraba en aquella época, se comprende que la cuestión del empréstito de Jecker no era motivo suficiente para lanzar a Francia a una intervención en México. También fue otro pretexto la reclamación que de diez millones de pesos hizo España a México por indemnización de daños y perjuicios causados a sus nacionales durante la revolución. Pero, en realidad, la intervención era para acabar con el escándalo de un México anticlerical,



Agustín de Iturbide.



Francisco Carlos Maximiliano.

imponiendo a los mexicanos un segundo emperador, el archiduque Maximiliano, que por ser austríaco era conceptuado ferviente católico.

El contingente de españoles—6.000 hombres — llegó a Veracruz el 14 de diciembre de 1861; el de franceses — sólo 3.000 —, tres semanas después. Para dar más carácter internacional a la intervención, Napoleón III había conseguido que se le agregaran algunos belgas y trescientos marinos ingleses. Inglaterra prefería un gobierno de conservadores reaccionarios que mantuvieran a México pacificado, a la continuación del régimen revolucionario que dificultaba el comercio. El jefe del contingente español, el general Prim, comprendió sobre el terreno que los franceses no cederían aunque se les satisficieran todas las deudas y se les dieran todas las garantías de un régimen de paz. Se retiró dignamente antes de empezar las hostilidades. Refuerzos franceses llenaron el hueco que dejaban los españoles y el ejército de intervención entró en la capital después de alguna resistencia. Especialmente la ciudad de Puebla resistió; para tomarla se hubieron de dar batallas sangrientas. Juárez, con su gobierno, había marchado hacia el Norte; los partidarios de la intervención recibían a los expedicionarios cantando himnos. Una Asamblea de Notables, convocada por los franceses, acordó el 7 de julio de 1862: Que el gobierno de la Nación mexicana sería una monarquía imperial hereditaria con un príncipe católico. — Que la corona se ofrecería a Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y sus descendientes. — Que en caso de no aceptarla, la Nación admitiría al príncipe católico que la benevolencia de Su Majestad Napoleón III, emperador de los franceses, se dignara proponer. Copia de esta acta de la Asamblea de Notables se envió a Pío IX, suplicándole se dignara bendecir la obra de regeneración que se iniciaba y al príncipe elegido por soberano. Al votar esta última proposición, la Asamblea se puso en pie, y muchos lloraban, creyendo que «el Cielo no podía rehusar protección a un Imperio que comenzaba con tales auspicios».

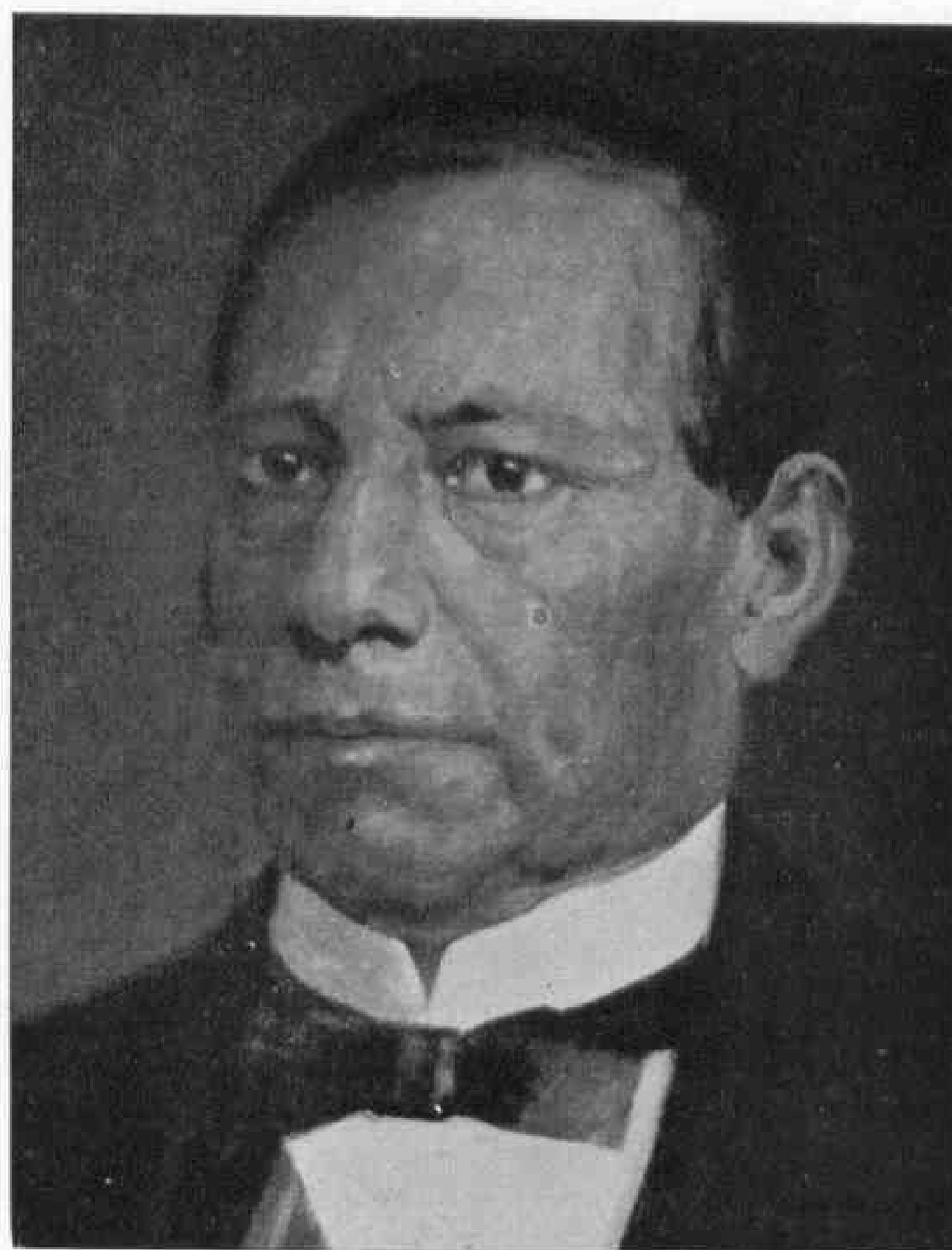
Maximiliano desembarcó en Veracruz el 28 de mayo de 1864, y el 12 de junio entraba en la capital. El mismo día, el episcopado mexicano publicaba una pastoral exhortando a los fieles a apoyar al nuevo Gobierno, porque «la tragedia de la revolución» estaba terminada. Pero Maximiliano no se contentó con ser un instrumento del partido clerical, y quiso atraerse a los mexicanos constitucionalistas con un catolicismo más moderno. No fue un madero insensible en la charca alborotada mexicana. Trató de reformar a veces con medidas enteramente contrarias al espíritu del país. Por ejemplo: declaró obligatorio el trabajo en las oficinas del Gobierno los siete días de la semana, dejando únicamente seis fiestas al año.

Pero, sobre todo, el emperador no satisfizo los deseos del clero, que esperaba la revocación de las leyes desamortizadoras del ministro Juárez. Maximiliano practicaba

como buen católico, pero no podía contentar a la Iglesia mexicana, que pretendía recobrar sus privilegios del siglo anterior. Poco a poco empezó la desafección dentro del partido imperialista, y sin proponérselo, el clero favoreció la causa de los constitucionales que rodeaban a Juárez. Así se desprende de una carta de Maximiliano, quejándose a Napoleón III, en la que se lee el siguiente párrafo: «El clero está preparándose para combatirme con todas sus armas, obstruyendo mis ideas de progreso.» La clarividencia diplomática de la Curia romana falló en esta ocasión. El Nuncio aprobaba resueltamente la política reaccionaria que proponía el episcopado mexicano. La emperatriz Carlota, esposa de Maximiliano, escribía en diciembre de 1864, a la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón: «Hablar con el Nuncio es como hablar en griego; convencerle es trabajo de condenados. Todo lo que se le dice resbala sobre él como si fuera de mármol pulimentado.»

Maximiliano envió sus representantes al Vaticano, pero como éstos no fueran recibidos con prontitud y se atendiese con frialdad a sus requerimientos, finalmente el emperador se decidió a enviar a un amigo suyo personal, Monsieur de Guillemard, «para que se entendiera con aquellos poderosos personajes que ejercen influencia subterránea en la Curia y que frecuentemente consiguen llegar a una solución a despecho de los funcionarios oficiales».

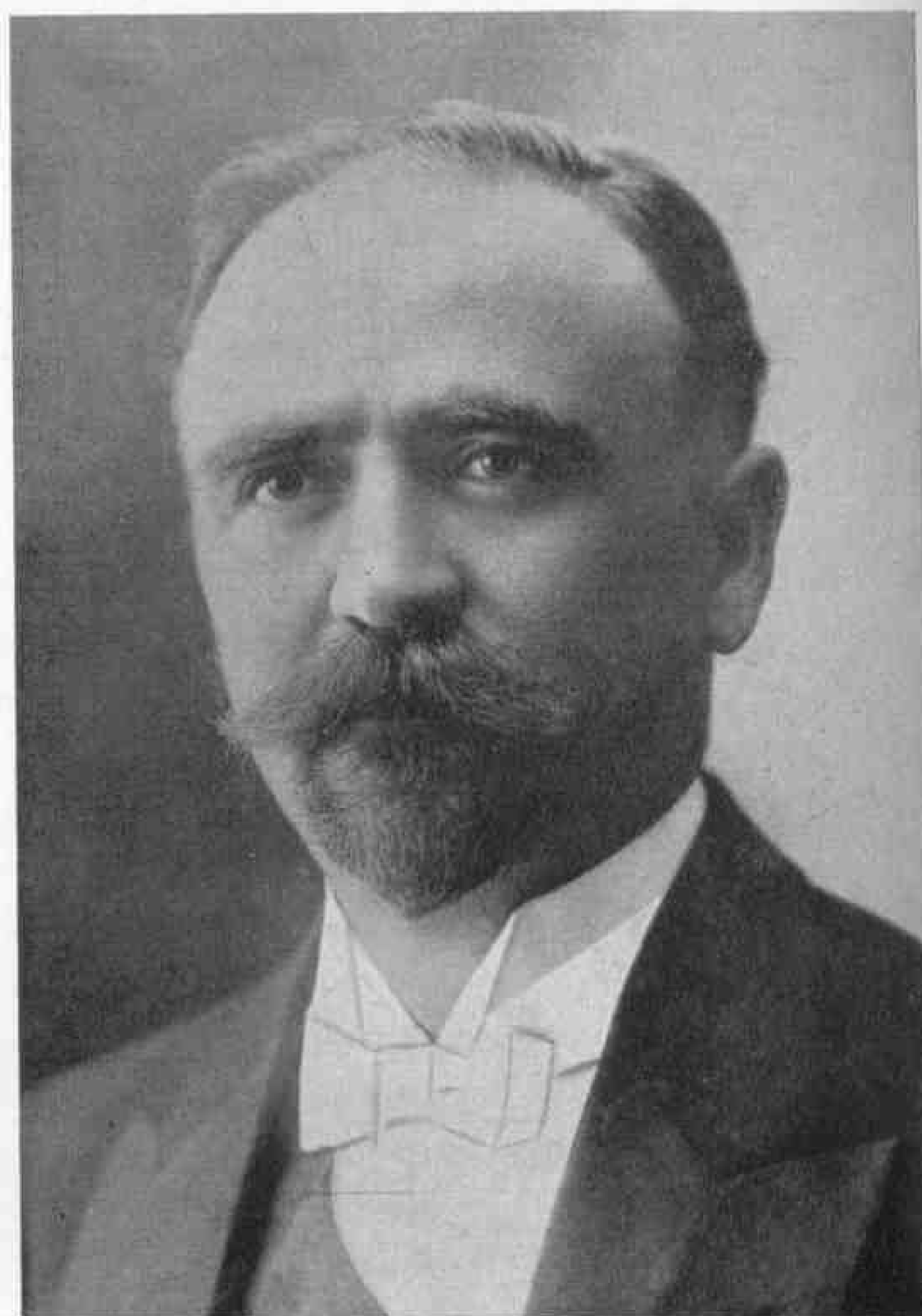
Es evidente que, a principios de 1867, tanto el Pontífice como el emperador de los franceses sospechaban que la causa de Maximiliano estaba perdida, y que el propio emperador era culpable de su ruina por sus desaciertos. El Papa lo acusaría de haber hecho poco, y Napoleón III de haber hecho demasiado. En consecuencia, los franceses retiraron su guarnición de México, con la agravante de que antes de partir destruyeron todo el material de guerra que no se pudieron llevar o lo subastaron, comprando algunos pertrechos los propios enemigos de Maximiliano. Este aún podía escapar; mas para no ser reconocido tenía que disfrazarse y cortarse su barba rubia y lacia, y a tanto sacrificio no quiso acceder el archiduque emperador. Por fin, el 15 de mayo de 1867 cayó prisionero de los constitucionales y Juárez, sin compasión, lo mandó fusilar. El segundo imitador de Moctezuma murió ajusticiado como un vulgar filibustero. El mundo se estremeció creyendo que la tierra de México seguía pidiendo sangre como en los tiempos de los aztecas. Se acusó a Juárez de haberse dejado llevar por el rencor natural que siente el indio contra el blanco invasor. Pero Juárez procedió, acaso por puro instinto, con más sentido político que los que tratan de disimular la debilidad con el nombre de magnanimidad. Toda usurpación de la soberanía por parte de los magistrados a quienes está confiada su custodia es crimen que ya castigaban con la muerte los romanos. Aquel que en Roma pretendía hacerse rey merecía pena capital. Cicerón mandó



Benito Juárez.

ajusticiar a Catilina, y César fue acuchillado por los senadores porque pretendía la corona. Las balas que derribaron a Iturbide y a Maximiliano cambiaron radicalmente el modo de ser político del Continente americano. Ya no se volvió a hablar de imperio ni monarquía; se liquidaron para siempre las dudas de San Martín; desde aquel momento los peores dictadores ya no osaron pretender más que ser presidentes reelegidos. La soberanía, aunque nominal, quedó definitivamente vinculada en el pueblo.

La intervención europea en México fue posible porque en aquellos años los Estados Unidos estaban sufriendo la crisis terrible de la guerra civil o de Secesión de los Estados del Sur. Era entonces materialmente imposible tratar de aplicar los principios de la doctrina de Monroe. Pero, aun así, el Gobierno de Washington nunca reconoció al de Maximiliano, y en 1866 — la guerra ya terminada — el presidente Johnson, sucesor de Lincoln, ordenó a Sheridan que estuviera dispuesto en la frontera de Texas. Sherman con una escuadra vigilaba la costa. Descaradamente ambos ayudaban a Juárez facilitándole armas y permitiendo que se reclutaran en los Estados Unidos voluntarios para engrosar las filas de los constitucionales. Hay que hacer constar que de las repúblicas de Centro y Sudamérica, ninguna reconoció al gobierno de Maximiliano excepto Guatemala.



Francisco I. Madero, sucesor del presidente Díaz y jefe de la revolución mexicana del año 1910.

El general Porfirio Díaz, célebre gobernante que dirigió los destinos de México durante treinta años.



Juárez empleó los años que le quedaban de vida consolidando, sin venganzas ni extremismos, las Leyes de Reforma promulgadas antes de la intervención. Era hombre justo, con la dignidad y compostura de los indios, y sin ambición personal. Puede decirse que Juárez es el verdadero fundador de la nación mexicana. Murió en julio de 1872, ya entrado en años. La figura y la



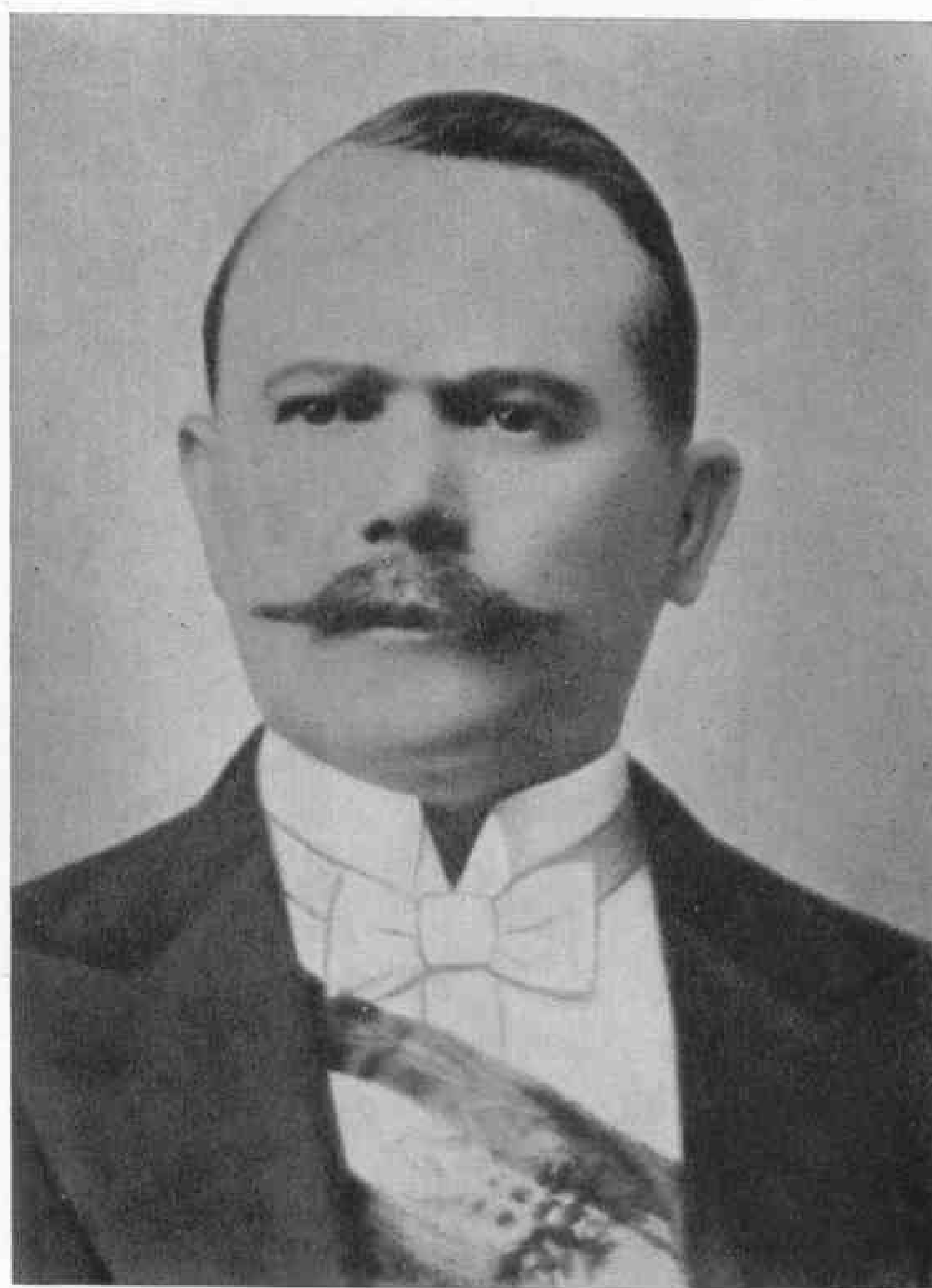
Venustiano Carranza, *el Viejo,* jefe de la revolución constitucionalista de 1913.

famoso por sus reelecciones, entró en la capital en noviembre de 1876 precisamente para defender el principio de la no reelección. Las elecciones a la presidencia, celebradas poco después, le dieron 10.500 votos de entre 10.878 votantes. Díaz declaró, al comenzar, que gobernaría según los principios liberales y sin prestar demasiada atención a las divisiones de los partidos, pero que, como militar, no toleraría levantamientos ni conspiraciones. Es famoso su telegrama a las autoridades de Veracruz, que habían desbaratado un alzamiento en favor de Lerdo de Tejada: *Aprehendidos in fraganti, mátenlos en caliente*. En aquella época se empezó a emplear la llamada *ley de fugas*. Desde entonces, al ser arrestados por ideas políticas, los mexicanos acostumbran declarar que no tienen intención de fugarse ni de suicidarse. El régimen de Díaz — diazpotismo — se fundaba en pan y palo. Los descontentos que se conformaban

actuación de Juárez ha sido enjuiciada de distinta manera según el parecer y la ideología de los historiadores. Sin embargo, fue un hombre que supo colocar por encima de todo el bien de su país y por esto contó con la adhesión popular.

Tomó el poder Lerdo de Tejada, que, como presidente del Tribunal Supremo, era el sucesor legal del presidente difunto, según la Constitución. Su posición fue confirmada por elecciones. Pero ya al fin de su período presidencial pretendió ser reelegido, lo que era contrario a lo establecido por la Constitución de 1857 y opuesto a todos los planes habidos y por haber de los revolucionarios mexicanos. El grito de «¡no reelección!» suena todavía. Ante la pretensión de Lerdo de Tejada se levantó Porfirio Díaz, joven general que ya se había opuesto a Juárez y era también mestizo de sangre india. Díaz, que después tenía que hacerse

El general Alvaro Obregón, el presidente educador.



recibían un empleo con el sueldo consiguiente; a los reacios, en cambio, se les trataba con el palo.

Díaz consintió en dejar elegir un presidente de su hechura al término de su primer período presidencial, pero expirados los cuatro años de este substituto, fue elegido Díaz, quien ya sin interrupción gobernó hasta 1911. Durante las primeras presidencias de Díaz, México floreció como nunca, pues la aportación de capitales extranjeros, estimulada por el presidente, provocó una ficticia prosperidad. La deuda extranjera se refundió en otros empréstitos para pagar el 4 por 100 en lugar del 6; se incrementaron las líneas ferroviarias y telefónicas; el comercio exterior, que en 1872 era de cincuenta y dos millones de pesos, subió a doscientos noventa millones en 1899. De 1878 a 1890 se triplicó el número de sacas de correos; la industria y la minería crecieron en proporción.

Contrastando con estos datos, los mensajes presidenciales señalan para el año 1894 la apertura de seis escuelas; en 1895, una sola escuela; en 1897, siete escuelas, y en el año 1899 se abrieron diez escuelas más. Esto para un país de doce millones de habitantes, en el cual, según el censo, sólo un millón ochocientos mil sabían leer y escribir. Como en otros países hispánicos, la deficiencia de escuelas públicas daba casi el monopolio de la educación a las instituciones privadas, sobre todo a los colegios dirigidos por religiosos. El Gobierno de Díaz parecía interesado únicamente en las Escuelas especiales de Ingeniería, Medicina, Derecho y, mayormente, en la Academia militar a la sombra del Palacio Presidencial.

Porfirio Díaz toleró que el partido de la Unión Liberal, llamado también de los *científicos,* proyectase una sombra de oposición a su gobierno en México. Los bro-



El general Plutarco Elías Calles.



El general Lázaro Cárdenas.



El presidente Miguel Alemán.



El presidente Adolfo López Mateos.

mistas, que abundaban, llamaban a los Científicos los Científicos, porque la mayoría de los que lo formaban eran pálidos, flacos y de fea catadura. El programa de los Científicos coincidía con el diazpotismo en lo de activar la prosperidad del país mediante el progreso material y el fomento de las comunicaciones; pero además querían un gobierno civil democrático. Desde luego, no tenían ideas precisas de lo que podía ser este gobierno democrático, excepto que no debía ser presidencialista ni tolerar reelecciones presidenciales.

Eran los Científicos, por lo regular, hombres de carrera especializados en algún ramo del saber; individualmente, eran bien recibidos por Díaz y sus ministros, y aun les permitían desarrollar proyectos que estaban en contradicción con lo que podríamos llamar filosofía del diazpotismo. Por ejemplo, el Gobierno Díaz era resueltamente favorable a la contrata de servicios y concesión de tierras a compañías que relevaran al Estado de la administración, a cambio de un canon o de contribuciones. No obstante, Díaz, a propuesta de los Científicos, nacionalizó los ferrocarriles de la mayor parte de México; negoció en Londres un empréstito (1910) para adquirir el 51 por 100 de las acciones ferroviarias, con lo que quedaba como árbitro de las líneas sin pagar más que la mitad.

Algunos Científicos cobraban cuantiosos sueldos como técnicos, y ninguno tuvo que recibir el palo o paliza del régimen porfiriano. Con tantos años de paz y de relativa libertad no supieron o no quisieron elaborar un programa para el día en que Díaz muriese o dimitiera. El dictador envejecía y lo mismo sus colaboradores. En 1910 dos gobernadores de Estado eran octogenarios, seis pasaban de los setenta; los otros, menos uno, tenían más de sesenta años. Confiados los Científicos en que el Gobierno caería en

sus manos como cae una fruta madura del árbol, no combatían al diazpotismo y se mantenían como simples librepensadores, o acaso masones, pero sin provocar la reacción de la Iglesia.

Por fin, en 1908, con gran sorpresa de Científicos y Porfiristas, Díaz declaró a un periodista extranjero que México estaba preparado para regirse mediante un sistema democrático y que él estaba decidido a no tolerar en modo alguno que se le presentara a la reelección de 1910. Esto desencadenó una gran tormenta.

La Revolución, que así se denomina en México al movimiento contra Díaz en 1910, comenzó con la publicación del libro de Francisco Indalecio Madero titulado *La sucesión presidencial.* Incitaba al pueblo mexicano a que saliera de su apatía e hiciera valer sus derechos de acuerdo con la Constitución. Madero aceptaba incluso la reelección de Díaz, con tal que éste prometiera que gobernaría según la Constitución. Pero don Porfirio no estaba dispuesto a abandonar el poder, y si bien permitió que Madero, que se presentaba a las elecciones presidenciales, pronunciara discursos electorales en diversos puntos del país, al final lo encarceló bajo la acusación de «conatos de rebelión y ultrajes a las autoridades». Madero obtuvo la libertad bajo fianza y marchó a los Estados Unidos; allí, en compañía de otros exilados, firmó el llamado Plan de San Luis de Potosí, en el que, entre otras cosas, incitaba al pueblo a la revolución. Este Plan tuvo repercusiones en la nación, lo cual, unido al temor de intervención norteamericana (que había movilizado 20.000 hombres), llevó a que Díaz entablara negociaciones con los maderistas y se llegara a un pacto en virtud del cual él abandonaba el Gobierno y le sucedía uno de sus ministros. El 31 de mayo de 1911 abandonó México el general Porfirio Díaz.

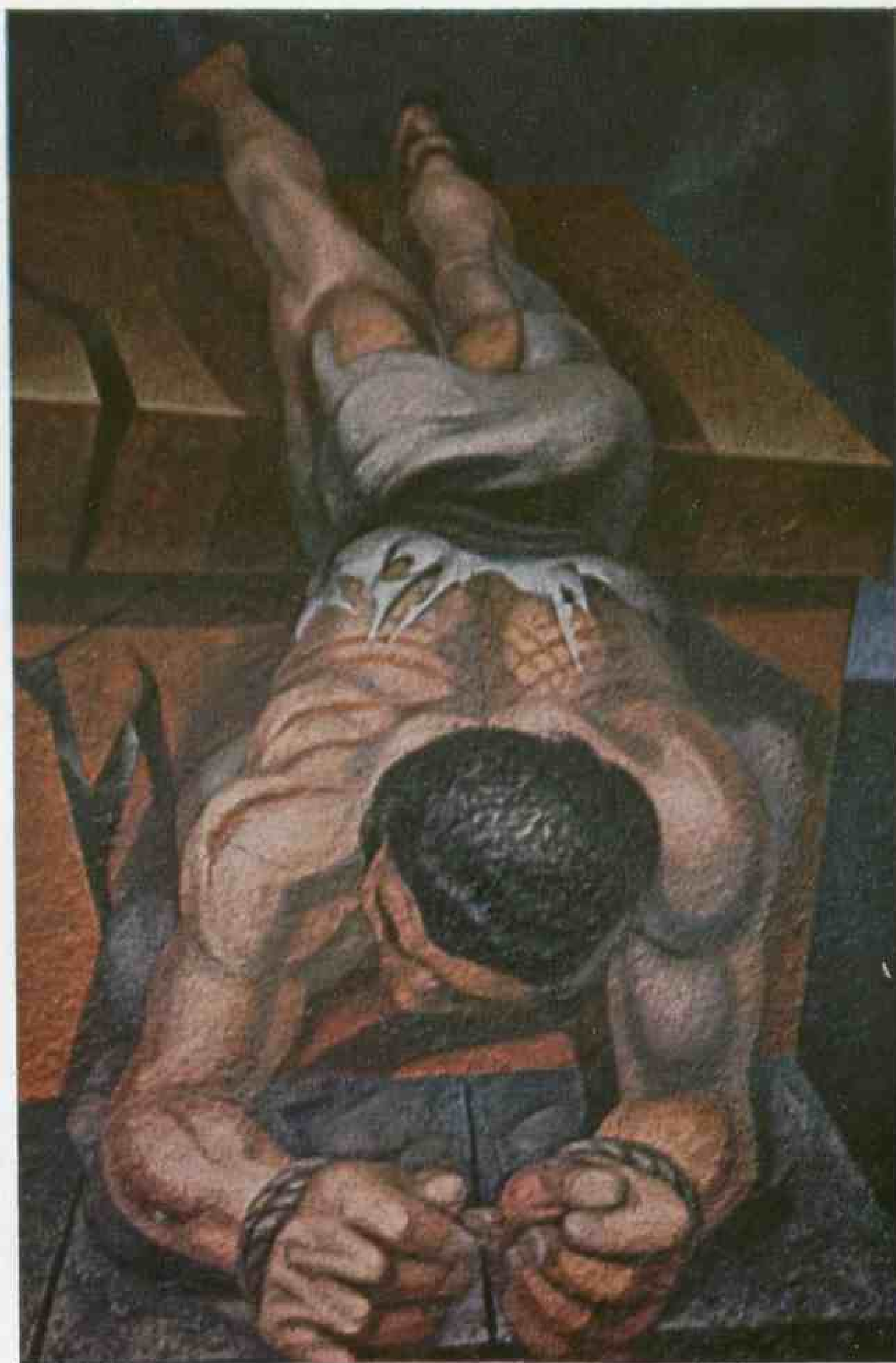
Ahora bien, mientras la política *porfirista* había conseguido desarticular, gracias a sus hábiles medidas, los antiguos partidos políticos, no había evitado la intranquilidad social, y el movimiento de Madero, que empezó siendo profundo descontento político, se transformó en social.

Convocadas elecciones para el 1 de oc-



La guerra civil. Muerte de los dos jefes de izquierda y derecha. Fresco de Orozco en el Palacio del Gobierno de Guadalajara. Jalisco.

Detalle de un fresco de Alfaro Siqueiros simbolizando la Nueva Democracia. Palacio de Bellas Artes, México, D. F.



tubre, salió elegido en ellas Madero. Pero como éste carecía de un verdadero plan social, las masas le abandonaron y la situación general rebasó las capacidades del presidente, débil política y militarmente. Las sublevaciones de los generales fueron continuas, y algunos de ellos, como Zapata, reivindicó las aspiraciones de los indígenas al propugnar la distribución de la tierra. En 1913 se unió a la rebelión, prácticamente general, parte del ejército de la capital, y el general Victoriano Huerta, que había recibido la orden de someter a los sublevados, cometió alevosa traición y asesinó vilmente a Madero.

Huerta dedicó todas sus atenciones al ejército, pues estaba convencido de que sólo éste salvaría a México, y trató con el máximo desprecio a ministros, diputados y senadores, eliminándolos cuando no se sometían a sus deseos. Las sublevaciones fueron constantes, capitaneadas por Zapata, Pancho Villa, Obregón y Carranza. Tal llegó a ser la situación, que los Estados Unidos, que no llegaron nunca a reconocer a Huerta, intervinieron militarmente — ocupación de Veracruz — para provocar su caída.

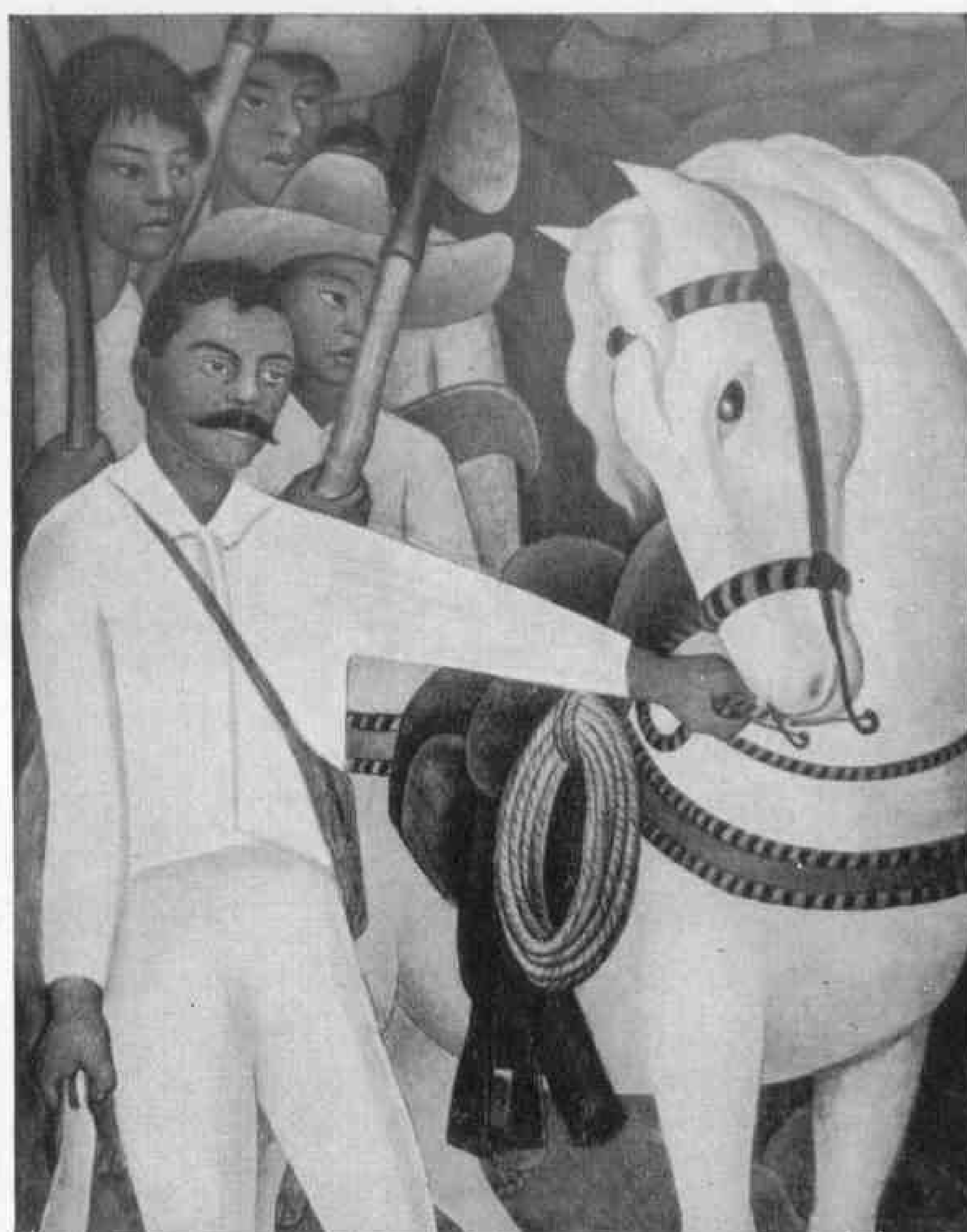
Carranza (1914-1920) fue quien se impuso y acentuó el carácter popular de la revolución, por medio de la Constitución de 1917. Se procuró activar el reparto de la tierra entre los campesinos, casi todos ellos pertenecientes a la raza india; también se extendió la instrucción elemental y se expropiaron bienes del clero.

El gobierno de Obregón, que le sucedió, extremó la línea nacionalista y se enfrentó con las grandes compañías extranjeras (en especial empresas norteamericanas de petróleos). Debe destacarse la enorme labor llevada a cabo por José Vasconcelos en la educación desde su puesto de secretario de Educación Pública. El gobierno de Calles, que sucedió a Obregón, si bien se caracterizó por proseguir la aplicación de las nacionalizaciones, continuó en cambio la desafortunada tendencia a confiscar los bienes eclesiásticos y a clausurar templos, lo que encendió en el país un clima de guerra civil. La actividad política de la nación se alteró por el asesinato de Obregón, que debía suceder a Calles en 1928.

Desaparecido Obregón, la política mexicana estuvo dirigida por Calles hasta 1934, en que fue elegido presidente Cárdenas, que si bien había sido apoyado por aquél, varió de norma política y Calles tuvo que expatriarse. El presidente Cárdenas impulsó la política revolucionaria: intensificó la reforma agraria (repartió más de 22 millones de hectáreas de tierra), estimuló la organi-

zación de las fuerzas obreras y concedió la libertad de cultos. La más trascendente de las medidas de Cárdenas fue la expropiación de las compañías petrolíferas extranjeras (1938), la cual fue aceptada por los Estados Unidos, pero no por Inglaterra, que hasta rompió sus relaciones diplomáticas con México. También impulsó en gran manera la instrucción pública y creó la Universidad Obrera.

Después de esta fase radical, la revolución entró en 1940 en una etapa moderada, con los presidentes Avila Camacho y Alemán; el desarrollo industrial y la reducción del analfabetismo fueron los objetivos máximos. Ruiz Cortinas (1952) y López Mateos (1958) han representado una discreta aceleración de la obra revolucionaria, que será sin duda continuada por el recién elegido Gustavo Díaz Ordal (1964).



El caudillo agrarista Emiliano Zapata. Cuadro de Diego Rivera.



Incendio nocturno de París por los *communards*, en mayo de 1870.

11 LUCHAS PARLAMENTARIAS ENTRE CAPITALISMO Y SOCIALISMO

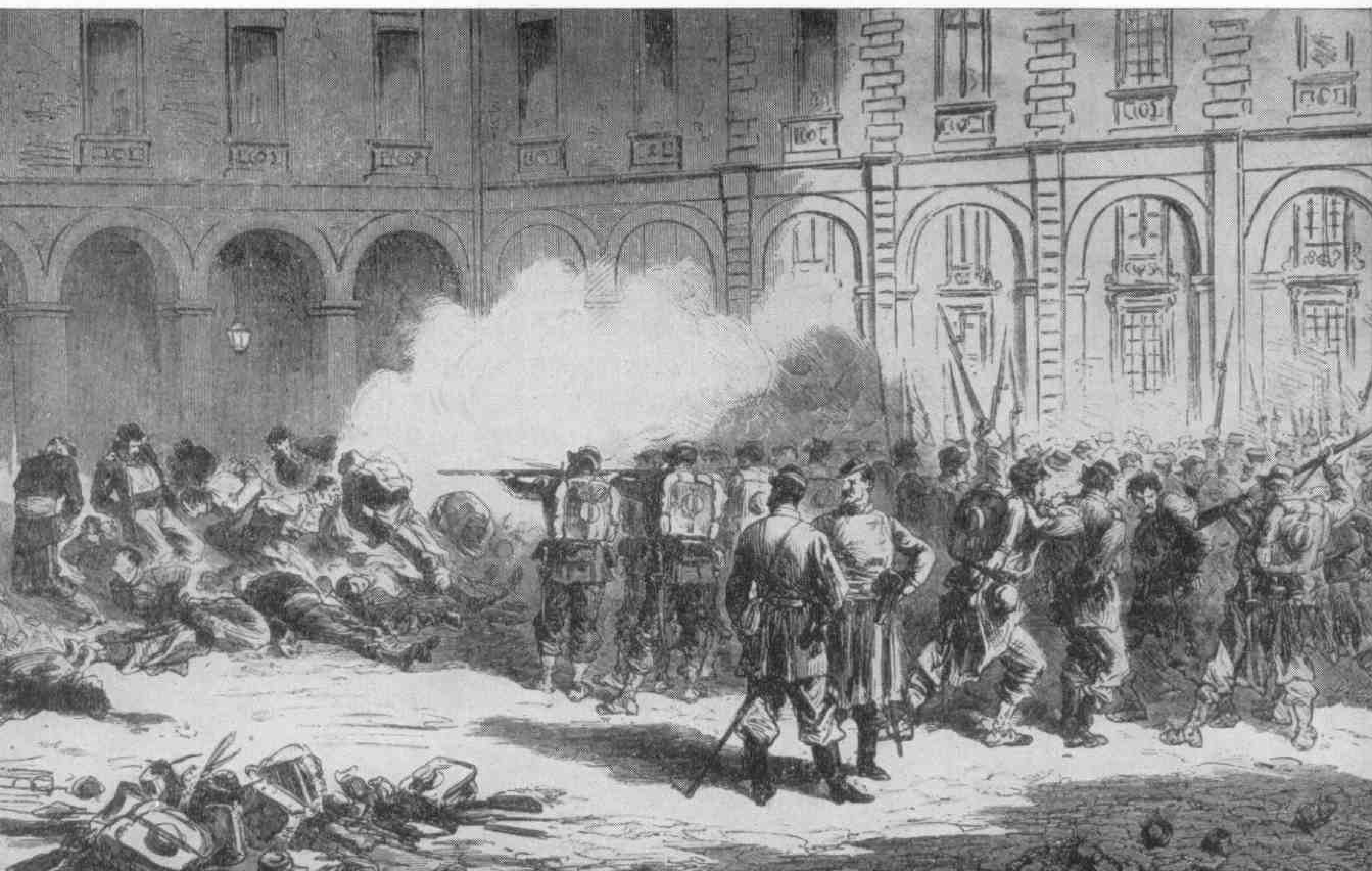
HACIA la mitad del siglo XIX el socialismo totalitario y utopista — comunismo, como se le llamaba entonces — parecía fracasado; las colonias de sansimonianos, fourieristas, cabetistas y owenistas en Europa y América se deshacían, se dividían, o se transformaban en corporaciones comerciales. Marx lo había profetizado en 1847: las Icarias y Armonías, ciudades-falansterios propuestas por Cabet, Owen y los discípulos de Saint-Simon, fallarían. Primero, porque los que iban a ellas, no obstante llamarse comunistas, tenían prejuicios del proletariado de la época; no habían sido educados en la lucha de clases que templaría a los ciudadanos del Estado futuro; segundo, porque los rozamientos que producirían el cambio de clima y la diferencia de trabajo serían aprovechados por agentes de gobiernos capitalistas que indudablemente se infiltrarían entre los comunistas, y tercero (recordemos que es el propio Carlos Marx quien lo dice), porque el comunismo requiere un período de adiestramiento en la colectivización y una disciplina que los socialistas utópicos de principios del siglo XIX no creían compatible con la libertad individual.

El socialismo que había empezado como una iglesia, siendo romántico y místico, iba a transformarse en escuela de economía y partido político. Los precursores del socialismo utilitario, que hemos llamado socialismo romántico — Saint-Simon, Fourier y Owen —, se dieron cuenta de la miseria del proletariado, pero creyeron que provenía de la inmoralidad algo inconsciente de las clases privilegiadas, que la justicia se restablecería por la conversión de los poderosos cuando se convencieran que hasta ellos, los ricos, serían más felices internados en falansterios y renunciando a su monopolio de abundancia.

La mayoría de socialistas suponían que la predicación y el ejemplo convencerían a la Humanidad; algunos, muy pocos, como Blanqui, creían que sería necesario forzar el cambio de régimen con la rebelión; ninguno concebía que la transformación de la Humanidad sería inevitable por las necesidades económicas y que sólo se debía activar la gestación y parto del estado socialista movilizando las sociedades de obreros para reorganizar el mundo cuando los burgueses abdicaran reconociendo su incapacidad o se suicidasen en competencias catastróficas.

Esta es la gran idea de Marx: no esperar a que los burgueses se enternecieran como soñaban los socialistas románticos, ni creer que con revueltas y motines podía derribarse el estado capitalista protegido por la banca, el clero y el ejército. Para Marx, revolución no era combate espectacular de unas jornadas sangrientas, sino condición permanente de ataque hostilizando a la burguesía con la crítica de su fracaso y con la exigencia de un régimen mejor. Acaso hemos exagerado. No quisiéramos que el lector se imaginara que Marx fue socialista de gabinete, satisfecho con libros y debates parlamentarios. Pero lo cierto es que Marx

Fusilamiento en masa de los *communards* en el cuartel de Lobau de París. Grabado de *L'Illustration*.





El paredón del cementerio del Père Lachaise, donde se fusiló a los jefes del movimiento de la *Commune* de París. Grabado de la época.

nunca conspiró. Tenía tal seguridad de que las fuerzas económicas impondrían el estado socialista, que le parecía fútil arriesgarse en sublevaciones violentas. Si hubiera podido sospechar que una semana trágica, un año trágico, resolverían quirúrgicamente las dolencias que sufrían el proletariado y hasta su enemiga, la burguesía, Marx no hubiera vacilado en lanzarse a las barricadas. Pero había visto en París la liquidación de la *Commune,* aplastada sin piedad por los ejércitos burgueses, y hasta deplorado un intento de revolución socialista que fracasó en Alemania el mismo año 1870.

La *Commune* sobre todo fue una trágica experiencia. El mismo nombre ya indica la tremenda desorientación de los *communards.* No planearon un estado socialista organizado para substituir al Segundo Imperio napoleónico: soñaron con una federación de *communes* o municipios entre los que la *Commune* de París desempeñaría un papel principal. Sin embargo, no puede criticarse excesivamente a los *communards* de París de 1870. Su tentativa duró sólo dos meses: del 18 de marzo al 28 de mayo. Tuvieron que hacer frente al Gobierno provisional que se estableció en Versalles después de firmar la paz con los alemanes. Pero la destrucción que ocasionó la *Commune* de París fue enorme, y su represión alcanzó caracteres sangrientos en extremo. Cuarenta mil *communards* fueron aprehendidos, muchos deportados o fusilados y la amnistía total no se concedió por los republicanos burgueses hasta 1880, diez años después de la intentona.

Para conseguir tales resultados, Marx no podía apoyar la violencia. En naciones donde la burguesía llamada liberal iba envolviéndose en el sudario del régimen capitalista que ella misma se había tejido, lo más juicioso, lo más científico para el proletariado, era mantenerse en la posición de víctima y de fiscal, y con la Prensa y los debates parlamentarios poner en evidencia el mal y su remedio. Marx nunca fue al Parlamento. En realidad, la emigración le ha-



Gambetta proclamando la Tercera República Francesa.

bía dejado sin derechos electorales, pero aprobó y aconsejó a los que se esforzaban en conseguir reducción de horas de trabajo, aumento de salario, seguros para obreros, reglamentación de la labor de mujeres y niños, enseñanza gratuita y obligatoria, y otras conquistas del *partido* en los diferentes Parlamentos de Europa.

Marx, el fundador del socialismo científico, nació en 1818 de una familia burguesa de judíos conversos. Su padre, abogado de talento de Tréveris, pudo dar al joven Carlos educación universitaria. Después de haber estudiado en Berlín y Roma, se graduó de doctor en Derecho por la universidad de Jena el año 1841. Casado con la hija de un barón arruinado, Luis de Westphalen, Marx nunca tuvo bufete; como periodista y escritor ganó lo poco que ganó. Sus primeros artículos aparecieron en la *Rheinische Zeitung*, de Colonia; allí tuvo ocasión de entrar en contacto con Federico Engels, que fue su colaborador. Engels era hijo de un fabricante de tejidos en Barmen, y al mismo tiempo socio de una fábrica de Manchester. Los ingresos de su padre, divididos entre Alemania e Inglaterra, habían hecho a Engels algo cosmopolita, en todo caso mezcla de inglés y alemán muy a propósito para la labor socialista y para entenderse con el fundador de la *Internacional*.

Desde sus primeros escritos en Colonia, Marx se había manifestado socialista, y tan radical, que se le hizo imposible la permanencia en Alemania. De París y Bruselas fue también expulsado por imposición de los delegados del Gobierno prusiano. Desde el año 1846 hasta su muerte en 1883, Marx tuvo que radicar en Londres y allí permaneció, con la excepción de rápidos viajes al Continente. Pero sostenía correspondencia activísima con todos los directores del movimiento socialista, y los que pasaban por Londres no dejaban de visitar a Marx, que tenía un casi exagerado gusto por la hospitalidad debida a los correligionarios del *partido*.

El partido socialista puede decirse que se

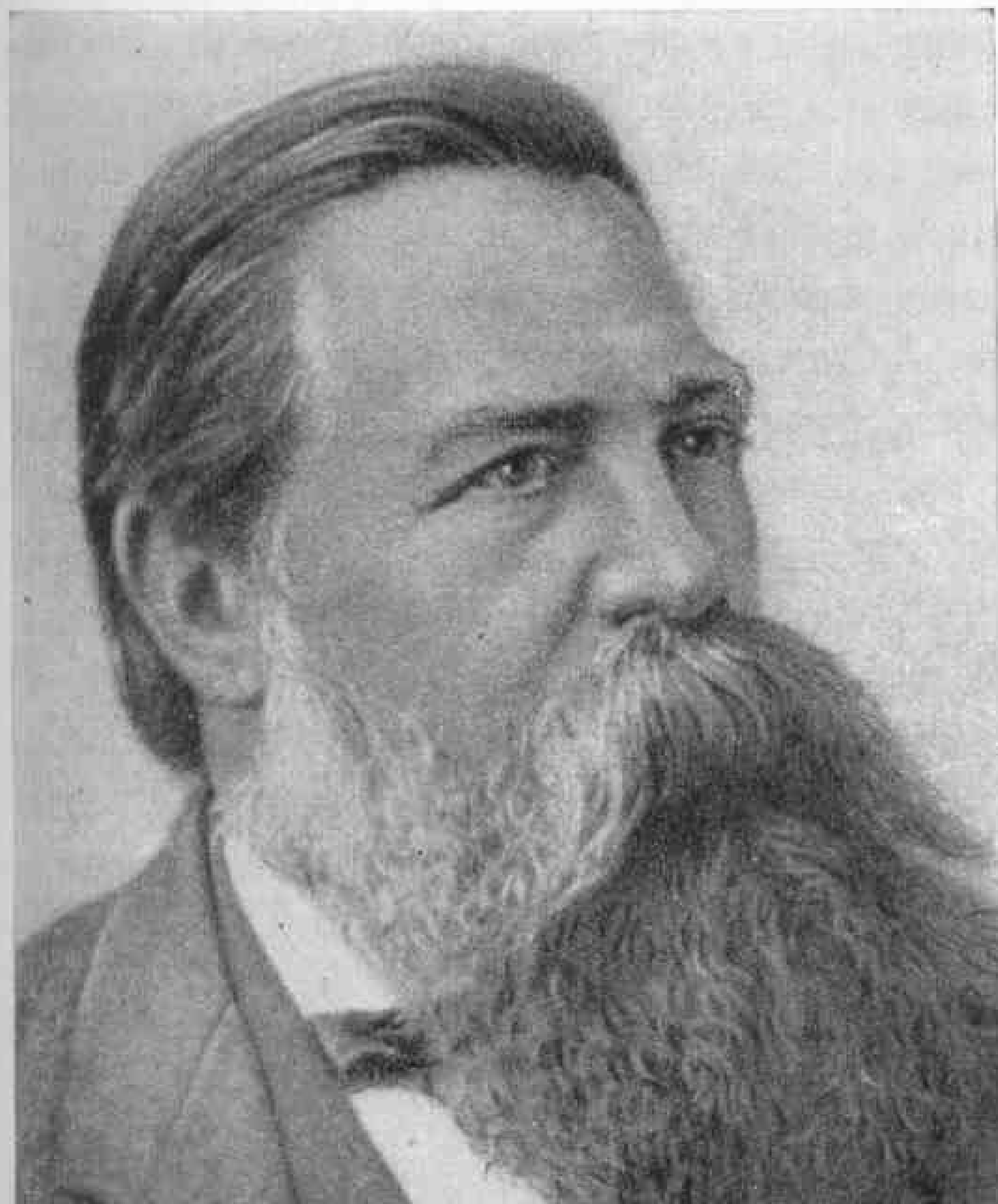
fundó en Londres por la circunstancia de haberse establecido allí Marx y Engels. Al llegar Marx existía en Londres sólo una sociedad de obreros alemanes con un pequeño local en Great Windmill Street. En aquel inocente y modesto *Arbeiter Bildungsverein*, por obra de Marx y sus amigos se reunió en 1847 el Primer Congreso Internacional Socialista.

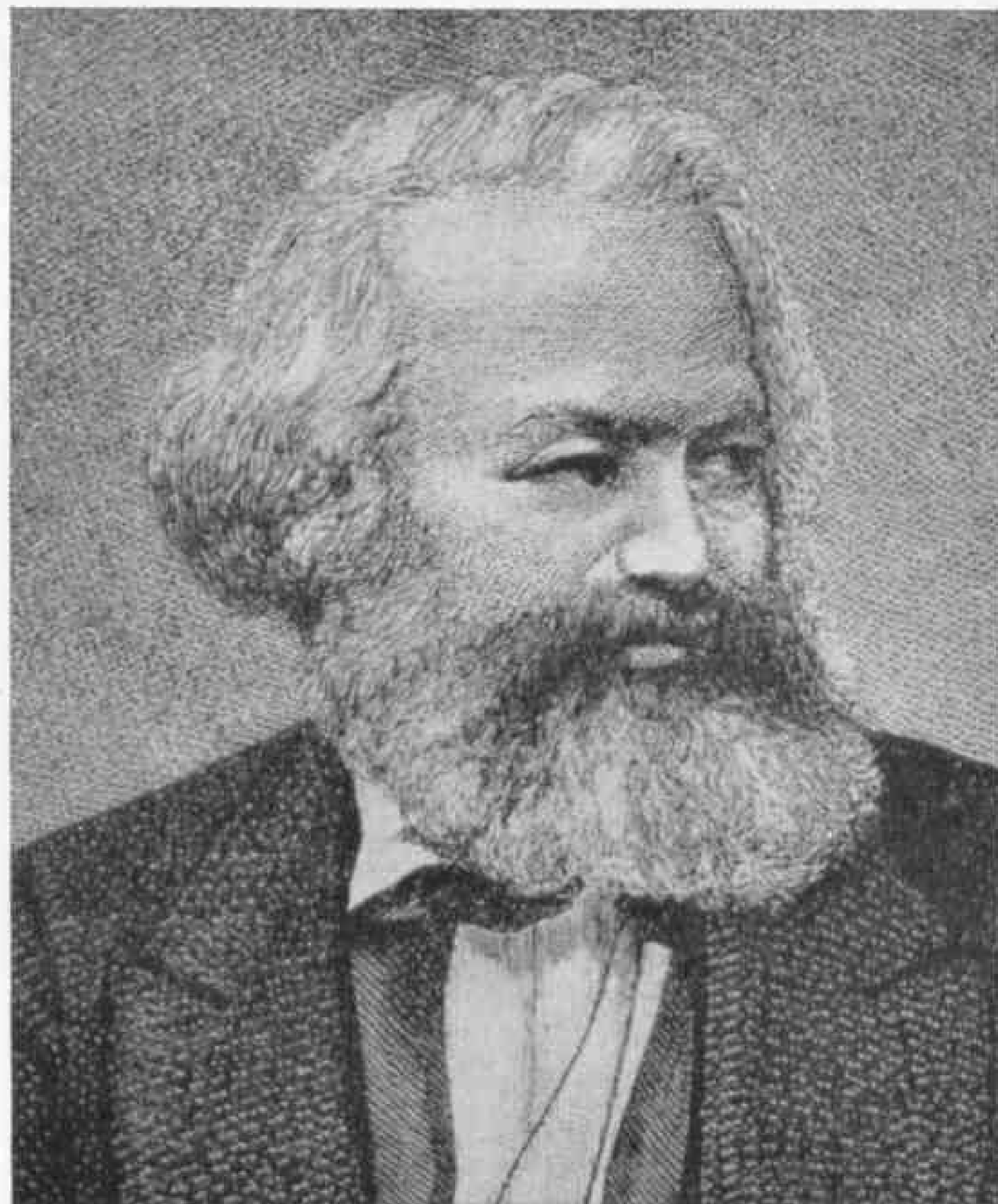
El Congreso comisionó a Marx y a Engels para que expusieran en un manifiesto las ideas de los reunidos. El Manifiesto del año 1847 se ha comparado al primer vagido del recién nacido, pero en realidad es un grito de guerra. Empieza con un párrafo amenazador, que hizo sonreír a quienes lo leyeron hace casi cien años, pero que se ha aproximado mucho a la realidad.

Acaba con este otro: «Tiemblen las clases dominadoras ante la perspectiva de la revolución económica. Los proletarios no tienen para perder más que cadenas, y en cambio todo un mundo para ganar. ¡Obreros de todos los países, uníos!»

Este tono demagógico del principio y el final no domina en el resto del Manifiesto. Marx reconoce que la burguesía tuvo que tomar el poder por la fatalidad de la evolución económica. El capitalismo burgués era la etapa intermedia entre el régimen del trabajo antiguo y la organización socialista.

Friedrich Engels.





Karl Marx.

Las máquinas inventadas a fines del siglo XVIII, sobre todo la máquina de vapor, hicieron imprescindible la concentración de los obreros en grandes establecimientos industriales, acabando con los gremios cerrados, aprendizaje y talleres individuales. Marx insinúa que la Revolución inglesa no fue como se cree un levantamiento contra el poder absoluto; fue un movimiento algo instintivo contra las restricciones del comercio que proyectaban el monarca y sus amigos. Para Marx, la Revolución francesa tuvo exclusivamente causas económicas; influyeron más las ideas de Turgot y las máquinas que los escritos de los filósofos. Sea como fuere, el resultado de la Revolución francesa fue que la burguesía substituyó a los aristócratas, y el obrero asalariado fue para el burgués lo que el siervo de la gleba para el señor feudal.

La burguesía se aprovechó del poder para constituir el Estado capitalista, y con los nuevos inventos y las facilidades de comunicación consiguió resultados casi admirables y Marx hace justicia a sus grandes conquistas. «La burguesía ha logrado resultados que superan a los de Egipto con sus pirámides, a los de Roma con sus acueductos y a los de la Edad Media con sus


Die Lage
der
arbeitenden Klasse
in
England.

Nach eigner Anschauung und authentischen Quellen
von
Friedrich Engels.

Leipzig,
Druck und Verlag von Otto Wigand.
1845.

Portada del libro de Engels
Sobre la condición del obrero en Inglaterra.

catedrales. La burguesía ha llevado a buen término empresas que dejan tamañitas a las Cruzadas.

»La necesidad de conquistar nuevos mercados ha lanzado a la burguesía a establecerse en los lugares más remotos de la tierra. La producción y los objetos de consumo han tomado carácter cosmopolita. Las industrias excesivamente nacionales están en camino de desaparecer. En lugar de satisfacernos con artículos del país, nos hemos inventado necesidades que requieren productos de tierras y climas exóticos... La burguesía ha construido enormes ciudades, y llevando el campesino a las urbes, le ha educado y rescatado de la sórdida vida rural; para acumular medios de producción ha tenido que centralizar y uniformar los antiguos reinos. Las provincias semiindependientes, con sus innumerables tipos de legislación y de contribuciones, la burguesía las ha fundido en un solo gobierno, un mismo código civil, una frontera. En menos de un siglo ha conseguido resultados superiores a los de las precedentes generaciones. Ha sujetado las fuerzas de la Naturaleza, ha canalizado ríos y ha roturado continentes... ¿quién, antes de ahora, podía presentir tales victorias de la Humanidad adormecida?»

Por desgracia, la burguesía se ve privada de aprovecharse de sus triunfos porque, repite Marx, para obtenerlos tiene necesidad de acumular capital. «El origen del capital es la industria—dice Carlos Marx—. El capital no ha comenzado a existir hasta el siglo XVI, siendo su punto de partida la circulación de las mercancías. Se ha mostrado desde un principio bajo la forma de dinero que aún tiene hoy, y la acumulación primitiva — régimen colonial, deudas públicas, haciendas modernas y sistemas proteccionistas, etc. — descansa en el empleo de la fuerza.»

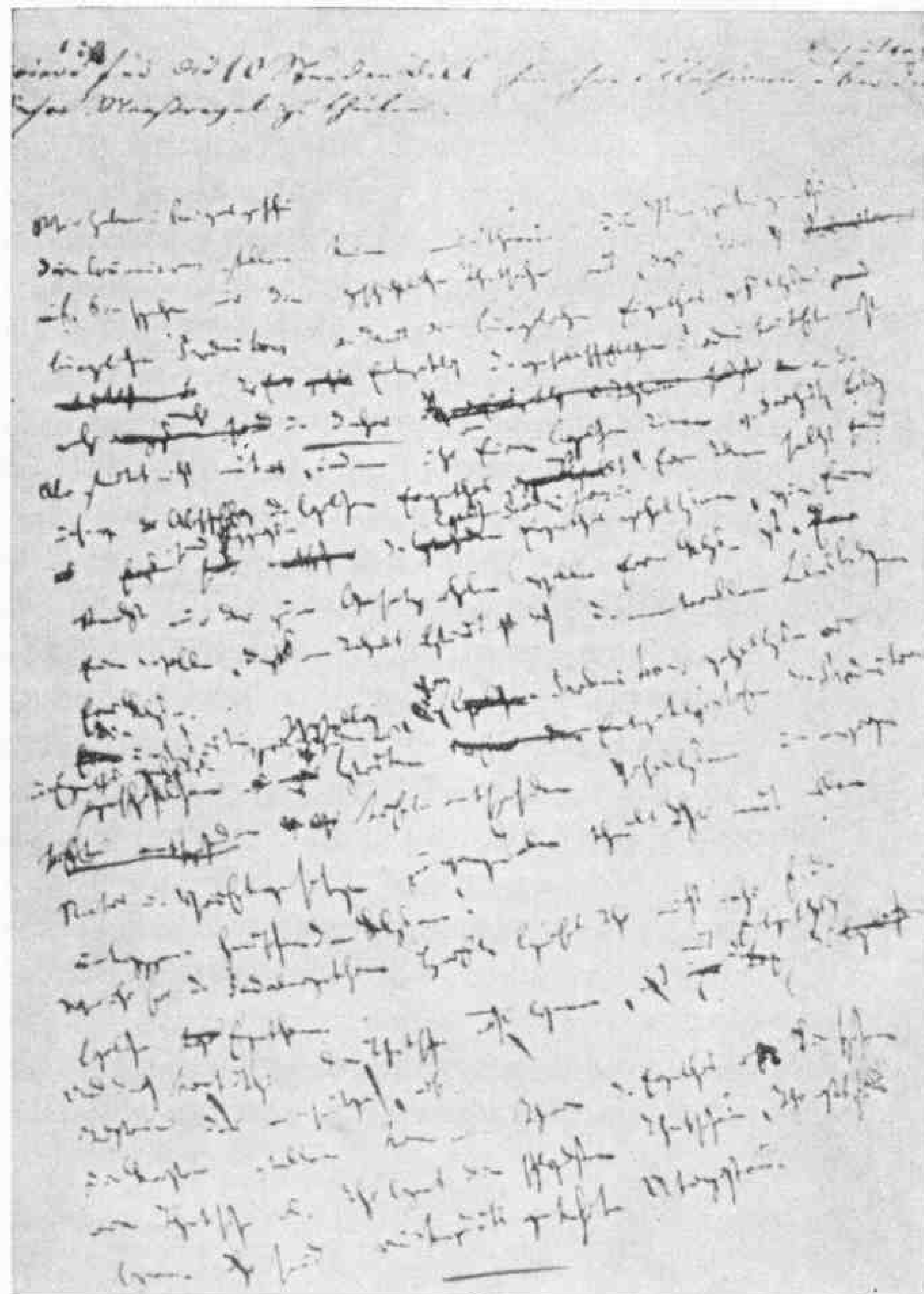
La mejor crítica que puede hacerse de esta teoría es copiar unos párrafos de economista tan ponderado como Garriguet, quien la refuta así: «El capital ha comenzado a existir desde que un hombre, en lugar de consumir en sus necesidades y placeres el producto íntegro de su trabajo, ha reservado una cantidad para emplearla en obtener un nuevo producto; desde que un cazador, por ejemplo, en vez de destinar a su uso toda su caza, guardó parte de ella para formar ganado o cría. Por esto el capital es casi tan antiguo sobre la Tierra como el hombre, y no puede sostenerse que afecte siempre la forma de dinero, pues también ha tenido y tiene la de instrumentos de cultivo, granos, frutas, ganados de animales útiles... Esto en su origen y hoy, ya que los fondos de un comerciante son mercancías que están por todos los caminos, por los mares, por los almacenes. Un fabricante tiene su capital bajo la forma de materias primas en diferentes grados de transformación: útiles, instrumentos...»

En cuanto a la obra *El capital* y el sistema empleado en ella, «es tan abstracto

—dice el economista belga Laveleye— como un libro de matemáticas y su lectura es muy fatigosa. Es un verdadero rompecabezas, pues se sirve de palabras tomadas en un sentido particular, formulando su autor, de deducción en deducción, todo un sistema basado únicamente en definiciones e hipótesis. Se necesita mantener el espíritu en una tensión constante para seguir razonamientos cuya característica es el empleo de palabras en un sentido muy diferente de su significado habitual. *El capital* es un ejemplo notable del abuso del método deductivo. Parte de determinados axiomas y fórmulas que considera como rigurosamente exactos, deduce de ellos las consecuencias que parecen encerrar, y de esta manera llega a conclusiones que presenta tan irrefutables como las de las ciencias exactas. Nada hay más engañoso que este método que ha seducido a tantas mentes escogidas. En las ciencias morales y políticas, las palabras no llegan nunca a reflejar con precisión los infinitos matices de la realidad; tal finalidad sólo la pueden conseguir las matemáticas, porque especulan sobre datos abstractos y rigurosamente determinados.»

Se hace derivar el pensamiento de Marx de Fichte y Hegel; mas para éstos las ideas tenían más importancia que los hechos. Hegel decía que la idea de un patán es más importante para la humanidad que cualquier otro hecho natural del Universo. Es difícil comprender cómo este idealismo se podía conciliar con la casi obsesión de Marx postulando que las circunstancias físicas o el progreso y las realidades económicas obligan a transformar la ética, la estética y la política en cada época. Marx deriva de Fichte y Hegel sólo en lo de creer que no hay nada permanente, que el mundo es un continuo devenir y que a un tipo de sociedad y de economía ha de suceder inevitablemente otro tipo de trabajo y de organización. Por esto los grandes inspiradores de Marx fueron Adam Smith, Ricardo, Henry George con el impuesto único, y sobre todo Darwin con sus ideas de evolución. En las postrimerías, Marx, enfermo, declaraba que nada le hacía tan feliz como oír comparar su libro *El Capital* con el *Origen de las especies* de Darwin.

El socialismo se lanzó a la política militante primeramente en Alemania. Puede decirse que su fundador fue el singularísimo agitador romántico Fernando de Lassalle. Nacido en Breslau en 1825, también de familia judía, estudió en Berlín, donde enseñaba entonces Hegel. A los veinte años se convirtió en paladín de la condesa Hatzfeld, querellada con el marido. El joven abogado judío consideró el caso de la condesa Hatzfeld como ejemplo de atropello de los po-



Borrador de Karl Marx para el Manifiesto Comunista.

Neue Rheinische Zeitung.
Organ der Demokratie.

No 1. Köln, Donnerstag, 1. Juni 1848.

Primer número de la *Neue Rheinische Zeitung*, en su segunda época, con Karl Marx como redactor en jefe.

derosos contra una mujer desamparada. Lassalle demandó al conde ante treinta y seis diferentes tribunales de Alemania; escandalizó publicando sus discursos en defensa de la condesa, y de tal manera agobió al viejo aristócrata recalcitrante, que al fin tuvo que transigir traspasando una gran fortuna a la condesa. Lassalle recibió de ella una renta vitalicia de cuatro mil pesos anuales. Con esta pensión, Lassalle desplegó sus gustos de elegante demócrata y socialista. Llevó el partido a la calle con una agitación intelectual que nunca hubieran podido desarrollar Marx y sus amigos. Convenía al espíritu de Lassalle el triunfo ruidoso. Cada proceso que se le entablaba por sus intemperancias daba ocasión de que pronunciara otro discurso en defensa propia, que después corría impreso por toda Alemania. Lassalle tenía la aguda inteligencia del judío y empleaba argumentos sutiles, que dejaba embobados lo mismo al burgués que al obrero.

A pesar de su vanidad, petulancia — mejor dicho, elegancia — de maneras, Lassalle se mantuvo firme socialista. Su *fórmula* era la de fundar cooperativas socialistas con capital del Estado. «¿No ha subvencionado el Estado los ferrocarriles y otras industrias burguesas?... Con mil millones de marcos los obreros establecerían una industria independiente...» Marx juzgaba a Lassalle con benevolencia; lo creía agente utilísimo, pero nunca lo adoptó como colaborador, ni Lassalle se hubiera resignado a este papel secundario. El que trató de aprovecharlo fue Bismarck; después de la muerte de Lassalle se supo que ambos habían tenido entrevistas nocturnas y secretas en el año 1863. Bismarck veía entonces en el socialismo una fuerza unificadora de Alemania, podía ser un partido nacional que colaborara con él desde la oposición. Lassalle sólo veía en Bismarck al gran hombre que sobresalía de la mediocridad de los políticos. Se creía destinado a ser su heredero canciller de un Estado socialista. Comentando Bismarck quince años después sus entrevistas con Lassalle, estuvo casi cruel al recordarlas. Dijo que Lassalle hubiera po-

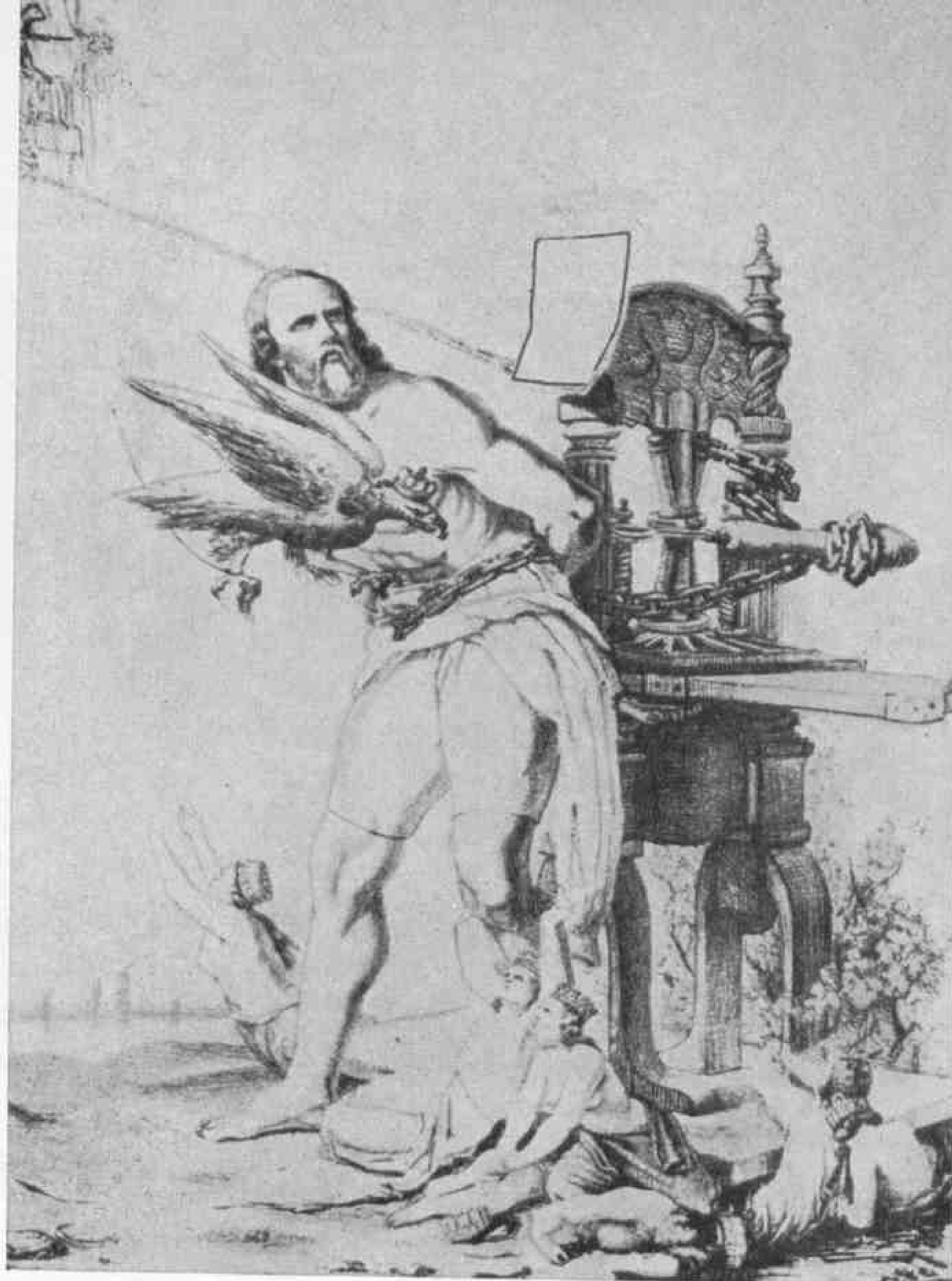
Ferdinand de Lassalle, iniciador del socialismo parlamentario en Alemania.



dido ser un vecino agradable en una estación veraniega.

Pero en esta época, en 1878, Bismarck había cambiado de política respecto al socialismo. Ya no necesitaba su cooperación para unificar a Alemania: la guerra francoprusiana había hecho el milagro. Al contrario, veía en el socialismo una fuerza perturbadora dentro del Imperio alemán ya constituido. Necesitaba calma para crear industrias y desarrollar su comercio. Además, los socialistas habían aparecido en el Parlamento y eran algo diferente de lo que se esperaba. En las elecciones de 1871 para el primer Reichstag los socialistas obtuvieron 102.000 votos. Uno de los elegidos, Liebknecht, era discípulo de Marx y había vivido en Londres quince años; el otro era un simple obrero tornero, Bebel, seducido por las ideas de Lassalle. Ambos se declararon socialistas revolucionarios; Bebel, con motivo de la *Commune* de París, hizo en pleno Reichstag las siguientes declaraciones: «Tened por seguro que el proletariado de toda Europa y todos los espíritus están atentos a lo que ocurre en París. Y si París y la *Commune* son aplastados, os advierto que esta derrota es sólo una escaramuza de avanzadas; es inevitable que el conflicto se extienda por todas las naciones. Vosotros oís solamente el rumor de los obreros prusianos que maldicen del lujo y la pereza de los de arriba, pero dentro de pocos años esta maldición atronará por doquier.» Las palabras de Bebel al abrir el fuego en el Reichstag probaban que el socialismo, aunque no pretendía en modo alguno suprimir las fronteras, se manifestaba francamente internacional en sus tácticas y principios, y esto tenía que producir forzosamente una notable disminución del patriotismo teutónico que acabaría por enojar a Bismarck.

El socialismo se propagó rápidamente. En las elecciones de 1874, los socialistas triplicaron los votos de 1871, y en las siguientes, de 1877, votaron 493.000 socialistas, eligiendo doce diputados. Bismarck no esperó ya más; aprovechando unos atentados anar-



La *Neue Rheinische Zeitung*, prohibida, representada como «Prometeo encadenado».

quistas en los que había peligrado la vida del emperador, hizo declarar por el Reichstag al socialismo fuera de la ley. En pocos meses se dictaron condenas por más de mil años de presidio; se suprimieron 365 periódicos y publicaciones, se cerraron 217 sociedades y cinco cajas del partido fueron confiscadas. Doce años duró la persecución, pero los socialistas continuaron haciendo circular folletos clandestinos, y en las elecciones de 1881, en pleno período de represión, enviaron trece diputados al Reichstag, uno más de los que allí tenían antes de las leyes represivas. Ya desde aquel momento el partido *Sozialdemokrat* fue ganando electores; el año 1913 contaba con 110 diputados en un Reichstag de 397 miembros. Se contaba con una próxima mayoría.

Hoy nos sorprende la moderación de las demandas del socialismo alemán, sin-

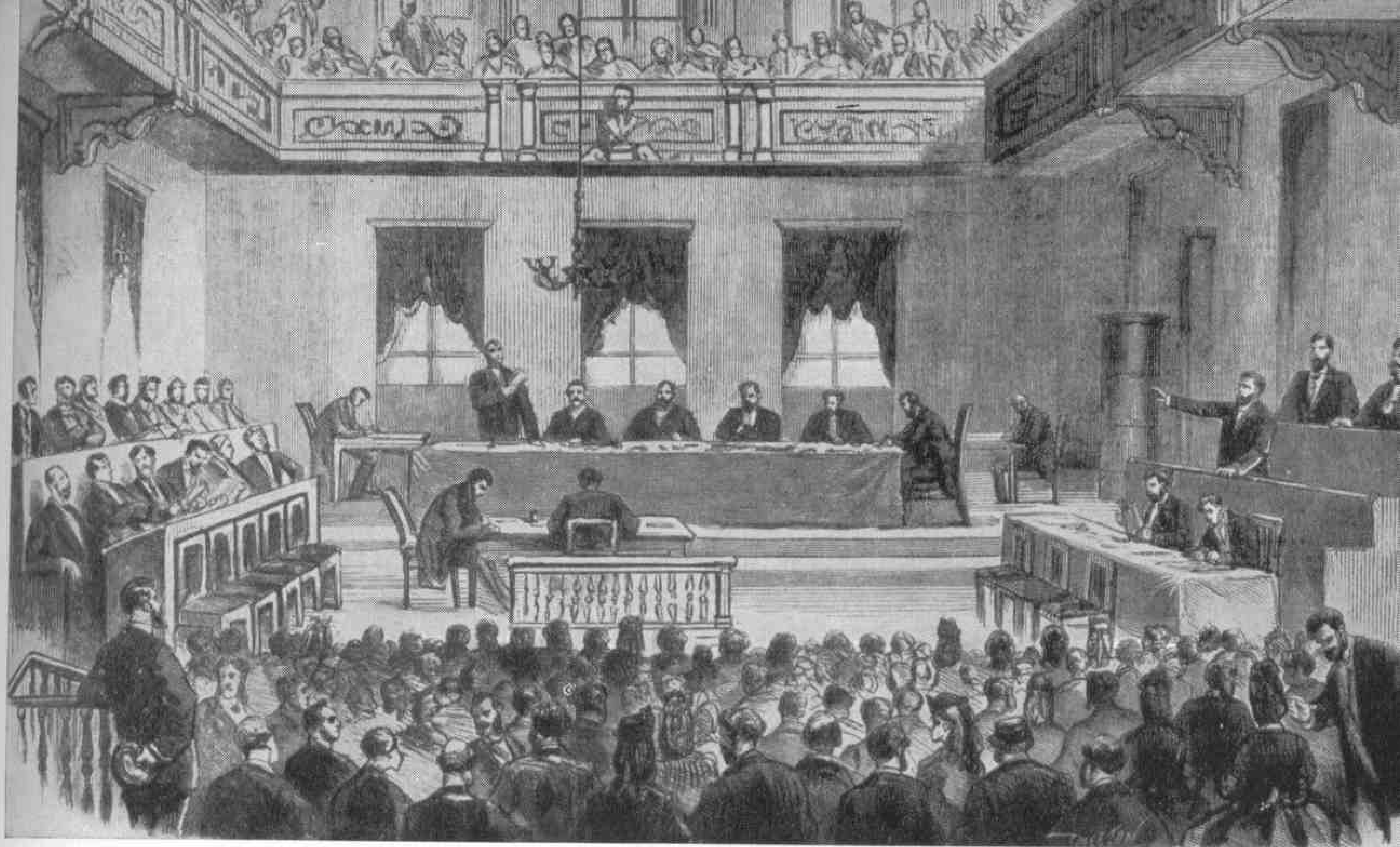
tetizadas en los llamados programas de Gotha (1875) y de Erfurt (1890). El programa de Gotha va precedido de un preámbulo que declara al trabajo origen de toda riqueza y reclama el traspaso a los obreros de los instrumentos y máquinas «monopolizadas por la clase capitalista»...; pero mientras tanto exige como preliminares que hay que obtener por vías legales: sufragio universal, declaración de paz y guerra por el pueblo, servicio militar obligatorio para constituir una milicia y no un ejército, leyes uniformes, justicia gratuita, instrucción laica y obligatoria, impuesto único, descanso dominical, limitación de la jornada, higiene industrial y casas para obreros... todo cosas que en su mayoría ya han ido concediendo los Gobiernos de casi todos los países.

El programa de Erfurt no es mucho más avanzado. Al impuesto único substituye el impuesto progresivo sobre la renta y las herencias para eliminar gradualmente el capital adquirido sin trabajo; exige la igualdad de derechos del hombre y la mujer; asistencia médica y entierro gratuitos; prohibición del trabajo de niños menores de catorce años, trabajo de noche y algunas otras ventajas ya vinculadas en los códigos civiles de la mayoría de los países civilizados. Pero los «programas de Gotha y Erfurt no eran más que el banderín de enganche para las luchas electorales, común denominador de todos los matices». Cuando los socialistas llegaban al Parlamento se apresuraban a declararlo sin ambages ni rodeos: «El porvenir es nuestro...», «nuestra fuerza es irresistible...», «pero no penséis que seamos bastante locos para caer en vuestras trampas y jugar con atentados y complots...». «No nos hagáis tampoco explicar cómo será el Estado futuro», «esto es juego de niños...», «en esto se divertían algunos en los primeros días del partido», «hoy sólo sabemos que las ideas se harán carne», y «que para planear en detalle el Estado socialista haría falta un centenar de Montesquieu»...

Algo parecido ocurría en Francia, sólo que a causa probablemente de la sangre derramada cuando la *Commune* se luchaba con más rencor y el partido estaba dividido en varias tendencias: la de los partidarios de la revolución violenta, casi anarquistas, capitaneados por Blanqui y después Hervé; la de los *ex communards,* que eran en realidad marxistas, con Jules Guesde y Marcel Semblat; y, por fin, la de los socialistas gubernamentales, dirigidos por Jean Jaurès. Siempre que los socialistas franceses iban a las elecciones unidos, obtenían casi la misma proporción de votos que lograban los *socialdemócratas* alemanes. En 1893 enviaron 40 diputados a la Cámara; en 1906 ya eran más de 50, y en 1914 fueron elegidos 103 socialistas.

Lassalle creía que la completa transformación del Estado burgués en Estado socialista tardaría doscientos años, pero los franceses esperaban progresar más rápidamente. Guesde, en su discurso del 15 de junio de 1896, creía que «en 1898 tendremos ya aquí — en la Cámara — una mayoría colectivista, y entonces — añade Guesde —, no lo dudéis, iremos de prisa a la organización del nuevo régimen. Porque recordamos el consejo de Blanqui, quien decía que si un gobierno más o menos revolucionario logra mantenerse en el poder cuarenta y ocho horas y en este tiempo no llega a interesar su conservación a las masas, es un gobierno fracasado, un gobierno quebrado, y nosotros, estad tranquilos, no seremos fracasados ni quebrados...»

La propaganda socialista se vio facilitada en Francia por tres sucesos que demostraban la venalidad de los políticos de aquella época. El primero de ellos fue el llamado «asunto de las condecoraciones»: en noviembre de 1887 se descubrió que se vendían condecoraciones del Ejército, y entre la documentación ocupada a los encartados en el hecho se hallaron cartas que comprometían a Daniel Wilson, yerno del presidente de la República. También se hizo público entonces que abusaba de su parentesco con la primera autoridad de la nación para llevar a cabo productivas empresas comerciales. Fue condenado en pri-



Proceso de Leipzig de los socialistas alemanes, en 1888. Grabado de la época.

mera instancia, pero el Supremo le absolvió, aunque reconocía que había cometido abusos no penados por la Ley. El escándalo fue tan grande, que obligó a Grévy a dimitir. Del segundo y tercero, los asuntos «Dreyfus», condenando a un inocente sólo por ser judío a la deportación, y «del Canal de Panamá», tratamos en otros lugares de este libro.

Muy a menudo los representantes del pueblo, los miembros del famoso poder legislativo, se insultaban desde los escaños, llegaban a las manos como si quisieran demostrar al pueblo francés, atónito, que por fuerza tenía de haber un régimen político mejor que el que ellos, los burgueses liberales, habían establecido después de la *Commune*. Guesde les decía: «Estamos aquí para comprobar vuestra defunción. Somos los médicos forenses que van a comprobar la muerte del enfermo. No nos acusaréis a nosotros de haberos matado.»

En Inglaterra, la lucha entre las clases privilegiadas y el proletariado fue mucho más ordenada y pacífica. Desde el primer momento se dio por irrefutable la idea de que los cambios sociales vendrían impuestos por la necesidad y que serían los mismos conservadores los que establecerían el Estado socialista. ¿No había sido Peel, un *tory*, con el propio Wellington, los que habían exigido de los Lores la abolición de los derechos del trigo y la adopción del librecambismo.

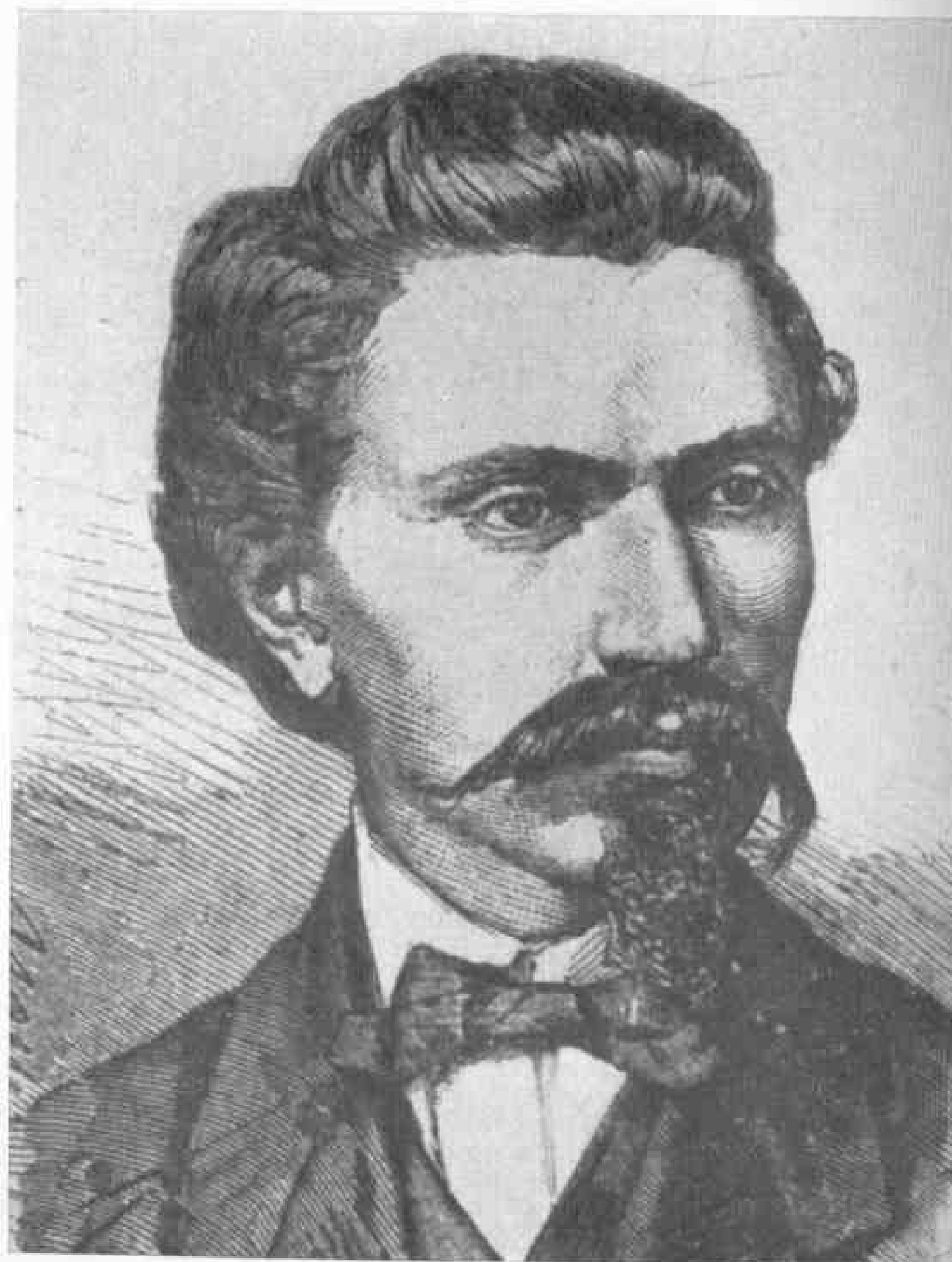
Disraeli, jefe del partido conservador a mediados del siglo XIX, hubiera preferido también un socialismo de Estado al *laissez faire* de los liberales. «El Estado — decía — no tiene más que un solo deber: procurar el mayor bien de las masas.»

Seguros de que el socialismo vendría naturalmente y que no cabía más que esperar, un grupo de intelectuales de Londres fundaron en 1889 la *Sociedad Fabiana*. El nombre proviene de Fabio *Cunctator*, que venció a Aníbal sin entablar batallas, sólo porque supo esperar. Pero el programa de los fabianos era francamente colectivista. He aquí el primer párrafo de su estatuto: «La Sociedad Fabiana está formada por so-

cialistas. Se propone la reorganización de la sociedad con la emancipación de la tierra y las industrias expropiándolas de individuos o clases y revertiéndolas a la comunidad en beneficio general. Solamente así los recursos naturales del país podrá disfrutarlos equitativamente el pueblo.»

Para sus inmediatas campañas los fabianos no tenían programa; decían que su misión era sólo exponer los principios socialistas y preparar, por la difusión de ideas, los cambios políticos y sociales que se avecinaban. Pero otra organización socialista, la *Federación Social-Democrática,* en 1889 urgía la inmediata adopción de las siguientes reformas: «viviendas para obreros, instrucción obligatoria con cantinas escolares, jornada de ocho horas, contribución proporcional, estatificación de los ferrocarriles y municipalización de los servicios de tranvías, agua y gas; nacionalización de la tierra con la correspondiente organización de ejércitos de trabajadores para producir según los principios de cooperación». El programa es algo más ambicioso que el de los socialistas alemanes, pero probablemente los ingleses se hubieran contentado con mucho menos.

El resultado de todos estos esfuerzos combinados fue la formación del *Labour Party* o partido obrero británico, que emprendió la lucha en la liga política con el siguiente programa: 1. Sufragio universal y único para cada votante. — 2. Parlamentos trienales y elecciones simultáneas el mismo día en todos los distritos. — 3. Dietas a los diputados y pago por el Estado de los gastos de los electos. — 4. Representación proporcional. — 5. Instrucción obligatoria y cantinas escolares.—6. Nacionalización de tierras y minas.—7. Autonomía de los antiguos reinos y colonias del Imperio británico. — 8. Legislación obrera: jornada de ocho horas, seguros por accidentes, enfermedades, vejez y muerte, e higiene de los talleres. — 9. Nacionalización de los ferrocarriles. — 10. Reglamentación del tráfico de bebidas alcohólicas. — 11. Abolición de la Cámara de los Lores y de los cargos hereditarios.



A. Bebel.

— 12. Codificación de la ley civil y justicia gratuita.

En Italia, el socialismo parlamentario, dirigido por Turati, Labriola y Ferri, hizo pocos progresos, porque se mantenía vivo el entusiasmo romántico de la época de liberación. Todo lo que hacían los diputados socialistas en la Cámara italiana era fiscalizar los abusos y revelar corrupciones, pero nunca confiaron en un traspaso total de poderes del Estado capitalista al Estado socialista en un porvenir cercano.

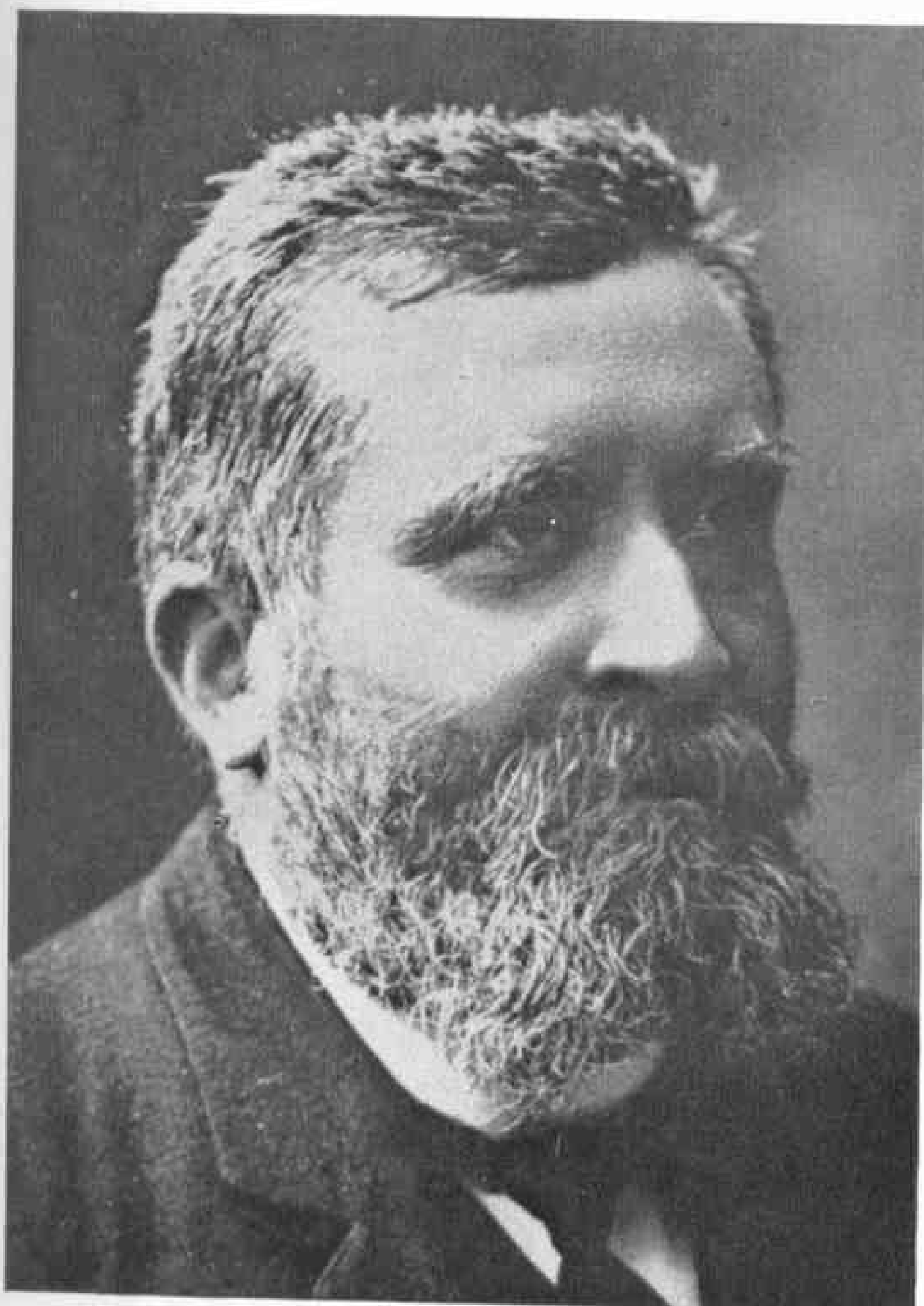
En España, el socialismo de esta época tuvo escasa importancia; el anarquismo, en cambio, se apoderó de la imaginación de los más exaltados. El programa anarquista lanzado por el ruso Bakunin — estafador e inmoral — se basaba en el sofisma de que ser ciudadano del Estado socialista sería una servidumbre, una esclavitud igual o peor que la de ser ciudadano en un régimen capitalista. El ideal era vivir como hombres libres y virtuosos sin el despotismo de un gobierno que obligara a cada uno a desempeñar servicios que no fueran de su gusto. La táctica de los anarquistas, más que la predicación, fue la de

crear una obsesión de pánico con atentados misteriosos, como queriendo demostrar que el Estado que se basaba en la fuerza era, no sólo antinatural, sino imposible, pues que un individuo aislado podría desbaratar el mecanismo de gobierno asesinando a su jefe. Repitiendo los atentados terroristas, se llegaría a un momento en que se tendría que liquidar el Estado y vivir la Humanidad entera sin gobiernos ni fronteras.

Sólo en el Centro y el Norte llegó a contar el socialismo con cierto número de adeptos entre la clase obrera y algunos intelectuales; en las demás regiones el anarquismo se había enseñoreado de las masas y no había manera de encauzarlas por otro camino.

Por otra parte, el socialismo español, que no siempre estuvo de acuerdo con el internacional, luchó por mejorar las condiciones de los trabajadores. Los diferentes gobiernos, por su parte, percatados de la alta trascendencia de la reforma social, decretaron medidas que tendían a beneficiar a aquéllos, como la edificación de casas baratas para obreros (1853), la declaración de la utilidad moral, social y económica de los montepíos o sociedades de socorros mutuos para trabajadores, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, la creación de una Comisión de Reformas Sociales y de un Asilo de inválidos del trabajo en Vista Alegre, así como la promulgación de la ley de Accidentes del Trabajo.

Jean Jaurés.



Junto al socialismo había nacido un socialismo cristiano y en España netamente católico. En parte pretendía contrarrestar los efectos del socialismo revolucionario, pero también quiso practicar los principios del Evangelio atrayendo a los desvalidos y amparándolos en cumplimiento de preceptos de la Iglesia y de recomendaciones bien explícitas de León XIII y de la encíclica *Rerum Novarum*.

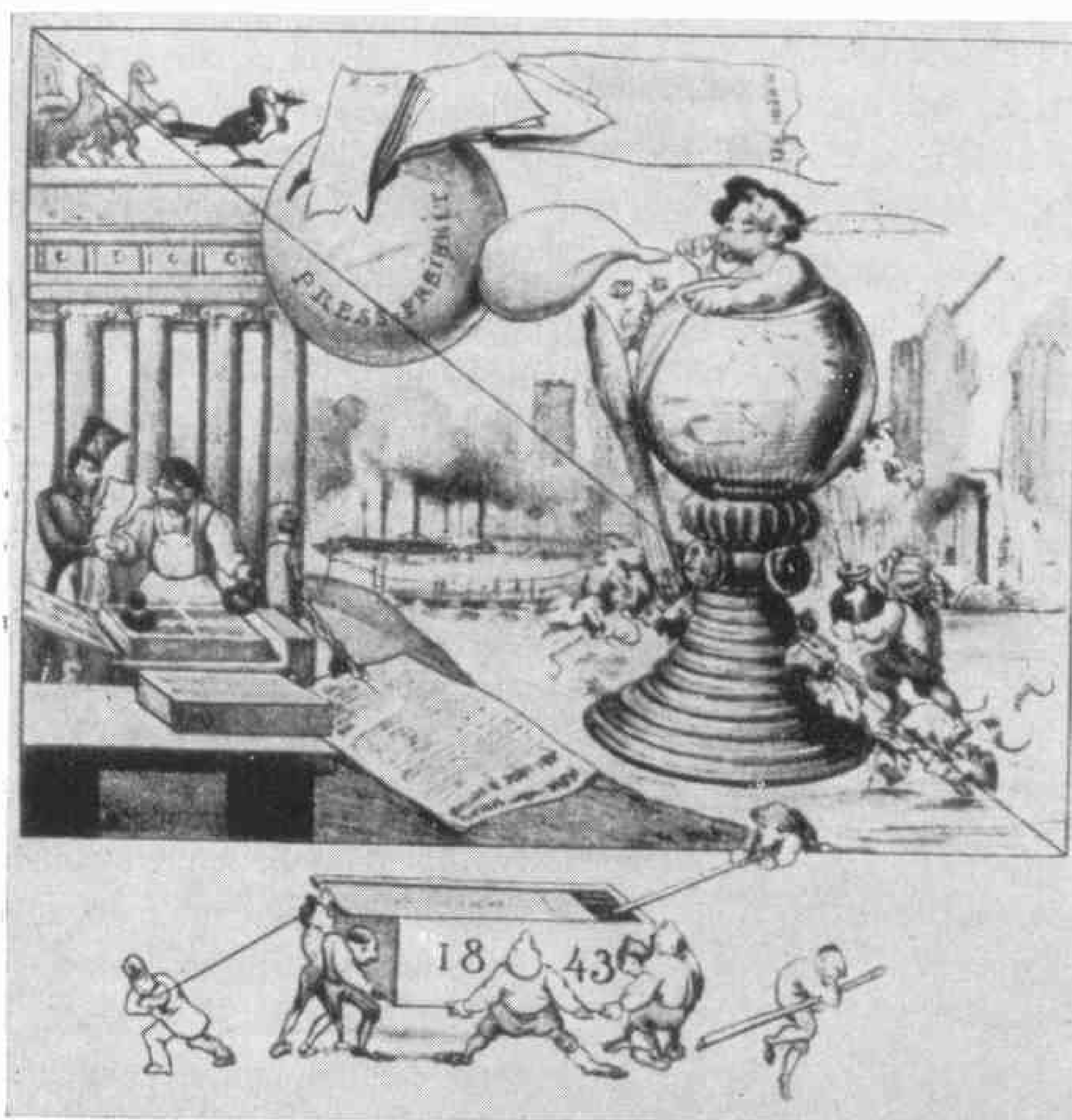
En los países escandinavos, más reflexivos y más cultos, con un sentido más práctico de las realidades y las utopías del ideal, el socialismo tomó la dirección que llamamos *intermedia* de las cooperativas de producción y de consumo; pero ésta —que parece ser la más razonable— tiene grandes dificultades por ser casi imposible impedir con legislación que las acciones de la cooperativa no se acumulen en unos cuantos capitalistas y se fomente de esta manera el mal que se trata de remediar. El cooperativismo es ciertamente una de las facetas del socialismo, una de las etapas, si se quiere, en el camino total a recorrer; pero, naturalmente, tiene también sus escollos, como los han tenido siempre, a lo largo del curso de la historia, todas las transformaciones y cambios que se han pretendido introducir en el régimen o sistema político de los pueblos.

Para muchos radicales, el cooperativismo está destinado a producir una distracción peligrosa del socialismo del Estado, que es el único, según ellos, que puede remediar la injusticia social y evitar las crisis de superproducción. Pero aunque sea un juguete, un entretenimiento que ocupa la imaginación de los pequeños propietarios, el cooperativismo puede servir de compás de

espera y demorar la lucha de clases. Los funcionarios, los pequeños rentistas, los burgueses, encuentran beneficio y placer organizándose en cooperativas de consumo para recibir los productos de otras cooperativas de producción. Así creen evitar al intermediario, al parásito. En Inglaterra, al comenzar la guerra había 8.643.000 asociados con 10.600 tiendas de comestibles y 1.103 tiendas de muebles, material eléctrico y cacharrería. Una cooperativa central en Manchester proveía a las cooperativas esparcidas por todo el país. En Suecia, una cuarta parte de las familias participaba en el cooperativismo, que abarca muchos sectores de actividad: de consumo y de producción.

El gigantesco desarrollo del cultivo de naranjas y limones de California no se hubiera realizado sin las cooperativas de los propietarios de los naranjales, que disponen de técnicos, empacadoras y agentes distribuidos por los mercados para anticipar la demanda. En Suiza, los campesinos se aprovechan de las cooperativas, con sus grandes centrales, adonde va a parar la leche para ser pasterizada y homogeneizada.

Caricatura de la *Neue Rheinische Zeitung*, publicada a pesar de la prohibición de 1843.





Lucha entre persas y rusos en el mar Caspio (1860). Dibujo contemporáneo del príncipe Anikin.

12 EXPANSION DEL IMPERIO RUSO

PARECE como si desde la Edad Media hubiesen tenido los boyardos rusos presentimientos del imperial destino de su país. Acaso esta premonición provenía de sentirse herederos de la cultura bizantina; muchos prelados y monjes de Constantinopla, al avanzar los turcos, se habían refugiado entre los rusos y les habían contagiado ambiciones imperiales. Acaso la sensación de que Moscovia o Rusia estaba destinada a ser un gran imperio provenía de la falta de resistencia que para la expansión encontraba por el lado del Asia; Moscovia no tenía fronteras bien limitadas más allá de los Urales. Pero también contribuyeron a crear un instinto imperial entre los rusos sus luchas contra los tártaros o mongoles, que conquistaron el país en tiempo de Gengis-Khan y fueron vencidos al cabo de siglos de diplomacia y hábiles campañas. Así, no es de extrañar que, a pesar de su retraso moral y político, los barones moscovitas fueran capaces, en Asia, de una actividad colonizadora sólo comparable con la que los españoles estaban entonces desplegando en América. Las primeras iniciativas de expansión en









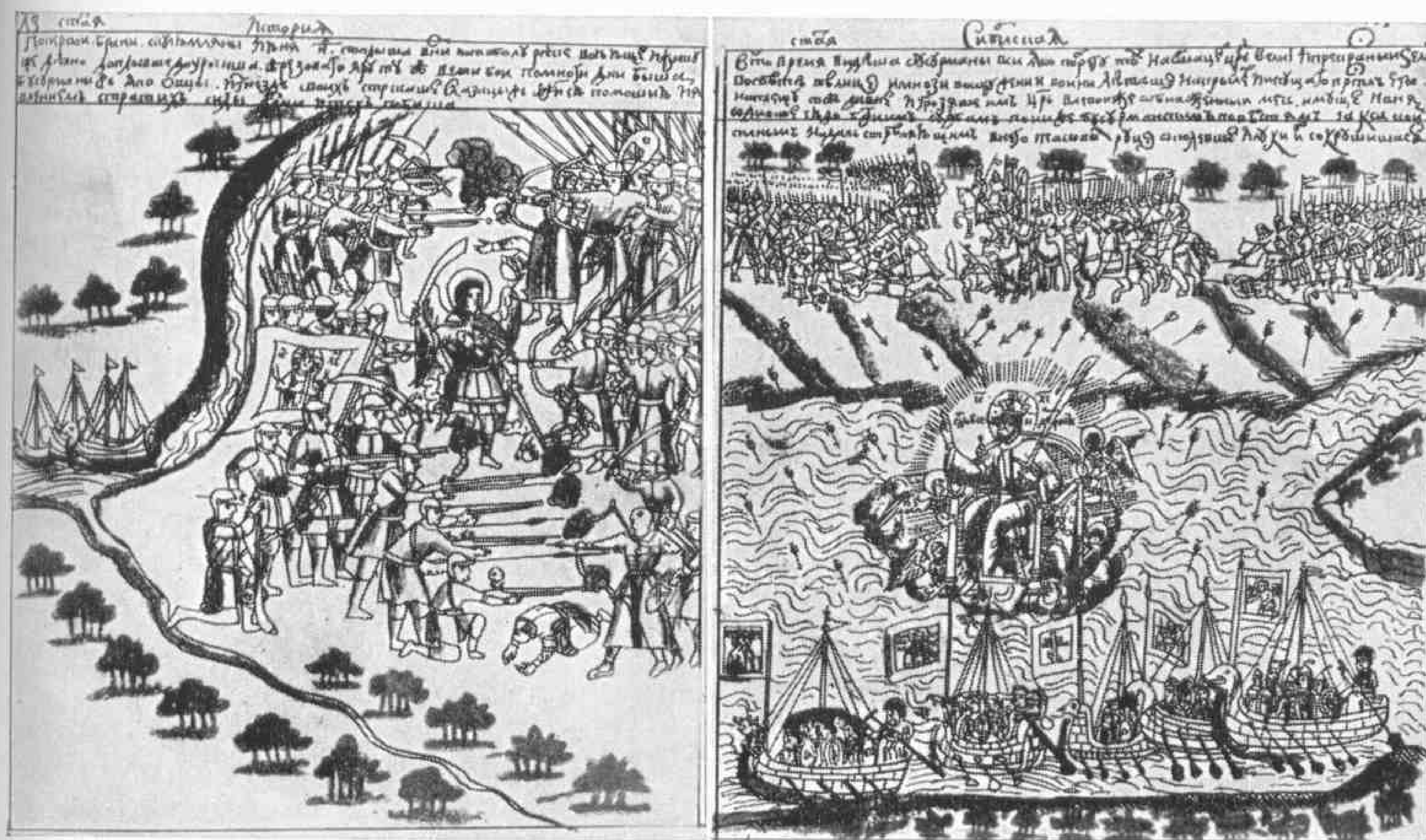
Indígenas trayendo pieles al campamento de Yermak. — Campamento nocturno en una isla del río Ob. — Yermak en su tienda y en batalla. — La ciudad de Sibir ya en poder de los moscovitas. Dibujos del manuscrito «La conquista de Siberia». Biblioteca Imperial de Petrogrado.

Siberia se manifestaron entre los mercaderes de la ciudad-feria de Novgorod, en el Volga, a la altura de Moscú. Estos empezaron a comerciar con los nómadas del otro lado de los montes Urales, y tal fue el éxito, que a fines del siglo XV ya habían llegado hasta el río Ob, consiguiendo, además de provechos con el intercambio, imponer sus protectorados y un tributo anual de pieles de marta cebellina.

En 1558 un rico comerciante de Novgorod, Gregorio Stroganov, obtuvo del Prín-

cipe de Moscovia la concesión de 106 verstas cuadradas (unos 150 kilómetros cuadrados) en las márgenes del río Kama. El señor de Moscú daba tierras en Siberia como Carlos I o Felipe II concedían derechos de «entrada» a los conquistadores del Nuevo Mundo... Pero la colonización rusa era sobre todo comercial. Stroganov se limitó a construir varios fuertes con empalizadas para mantener a distancia a los indígenas cuando no llegaban en son de paz para traficar. Uno de los agentes de Stroganov, cierto Yermak, a manera de minúsculo Cortés o Pizarro, se destacó de su patrono con una banda de mil aventureros a conquistar otra zona más al Este y logró una relativa gran victoria con la toma de la ciudad tártara de Sibir. Relatos de esta hazaña corrieron en Rusia como el de la conquista de México en España, y la consecuencia fue que, aun cuando ni Sibir ni su territorio podían compararse con México, toda la región al otro lado de los Urales tomó el nombre de Sibir, que así se llama todavía en ruso a Siberia.

En 1620, otros mercaderes y conquistadores avanzaron hasta el río Yenisei, y en 1651, superando la resistencia de las tribus de los bélicos buriatos, llegaban al lago Baikal, cerca del que establecieron la ciudad de Irkutsk. Casi contemporáneamente, vanguardias de cosacos descubrían por la vía de tierra las costas del océano Pacífico, fundando la primera base marítima rusa en el Extremo Oriente en la bahía de Okhotsk el año 1647. Es difícil comprender hoy que estas iniciativas de aventureros en la remota Siberia pudieran interesar al Príncipe de Moscovia y a los magnates ebrios y turbulentos que le rodeaban; pero en aquella época las empresas coloniales se consideraban como negocios dinásticos provechosísimos, y más para los gobernantes que para

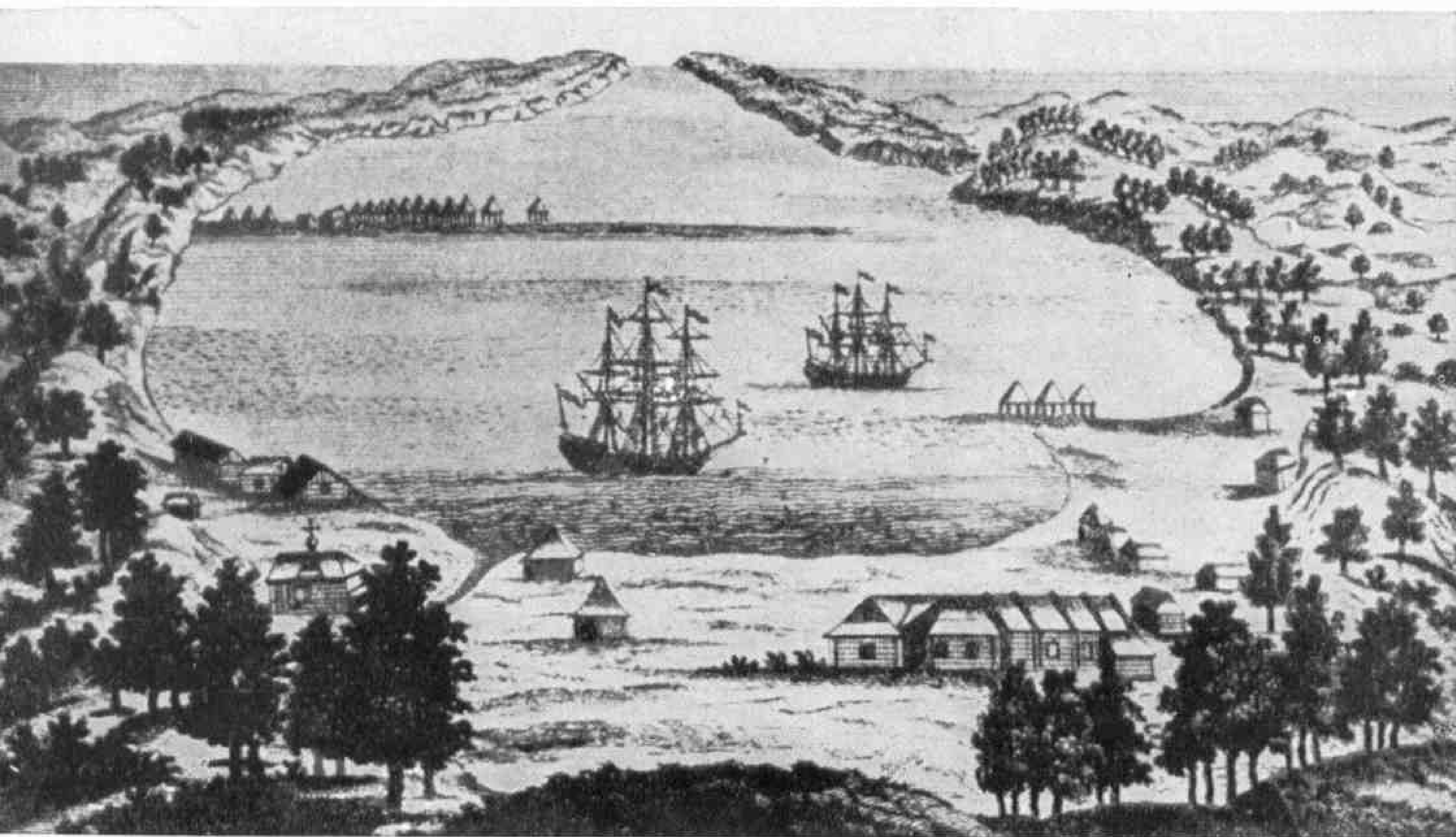


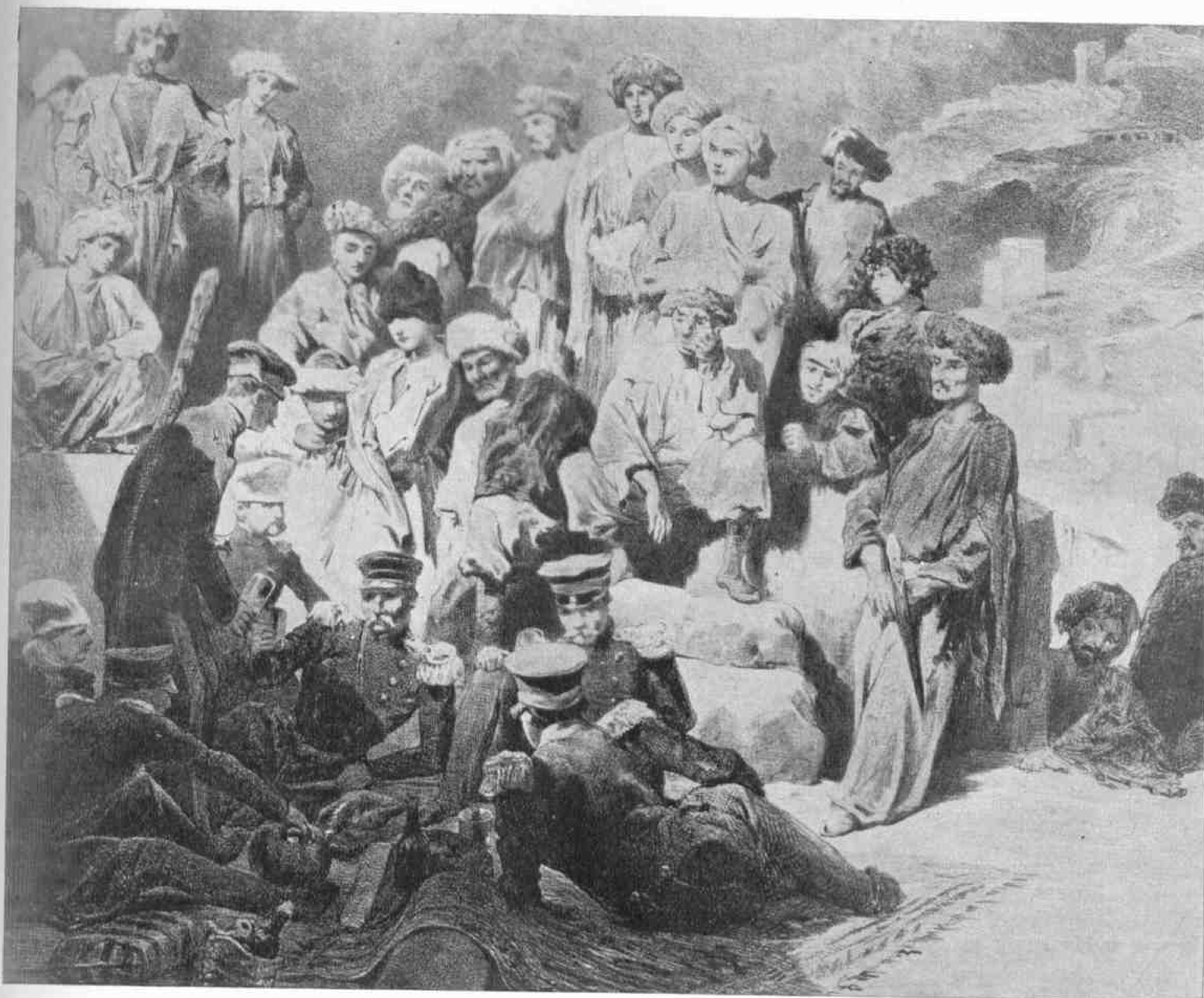
El arcángel San Gabriel y el mismísimo Jesucristo, sentado en su trono, asistiendo a Yermak en las batallas para la conquista de Sibir (1575). Dibujos del manuscrito «La conquista de Siberia». Biblioteca Imperial de Petrogrado.

los colonizadores. Así es que no sólo se animó a marchar a Siberia a todo aquel que deseaba partir, sino que se enviaron enjambres de colonos a cargo del Estado. A principios del siglo XVIII se contaban 250.000 emigrados rusos en Siberia, y la administración mantenía caminos y correos en condiciones que competían favorablemente con los de entonces en la Rusia europea. El franqueo de una carta de un extremo a otro de Siberia — o sea 10.000 kilómetros — costaba cuarenta kopekes, que en moneda actual sería algo más de medio peso. La capital era Tobolsk, y el país entero se administraba por un gobernador general asesorado por gobernadores provinciales. Su función principalísima consistía en cobrar tributos de los aborígenes, calculados en pieles. Los indígenas que se convertían al cristianismo estaban exentos de contribución y no había impedimento para casarse rusos con mujeres del país, de manera que la línea divisoria civil era la religión, no la raza. Pero no llegó a crearse un tipo híbrido o criollo.

Así estaban las cosas para Rusia en Oriente al comenzar el reinado de Pedro el Grande. Durante los primeros años este zar no pudo prestar gran atención a sus dominios asiáticos, empeñado en abrir para los rusos lo que él llamaba «una ventana sobre Europa». Esta fue la conquista de Estonia y Livonia, que daba a los rusos acceso al Báltico. En las campañas que hemos relatado en el volumen anterior de esta obra explicamos que Pedro el Grande logró también una ciudad en el mar de Azov, puerta trasera de Rusia en el mar Negro. Pero desde 1714 Pedro empezó a impulsar la penetración rusa en Asia con el ímpetu magnífico que ponía en sus empresas. A veces bastaban embajadas, como en el caso de China. Pedro simulaba un interés puramente comercial y se contentaba con concesiones. A Persia tuvo que forzarla con una campaña para obligarla a comerciar, castigándola además con la anexión de tres provincias y dos puertos en el mar Caspio. Pero su formidable videncia se revela en las instrucciones que dio a Bering para la exploración del océano en el Extremo Oriente: «Iréis a Okhotsk o Kamchatka y allí construiréis uno o dos buques con puente para navegar hacia el Norte, donde parece que la costa se une con la de América.» Bering cumplió el encargo

El puerto de Okhotsk en el Pacífico, con los dos buques de Bering, el *San Pedro* y el *San Pablo* (1738).





Un alto del ejército ruso en el Cáucaso.

e informó que los dos continentes no estaban unidos.

La iniciativa de Pedro el Grande de explorar aquellos mares del confín de su Imperio fue continuada después de su muerte por la Academia de Ciencias que él había fundado. Bering fue de nuevo a Okhotsk, construyó otros dos buques, el *San Pedro* y el *San Pablo,* y llegó con ellos a la bahía de Avacha, en Kamchatka, donde fundó la ciudad de Petropavlovski (San Pedro y San Pablo), y continuó explorando las islas Aleutianas hasta Alaska; desgraciadamente no pudo relatar sus descubrimientos porque murió de escorbuto con muchos de los que le acompañaban.

En 1738, otra expedición de cuatro buques salió de Okhotsk para el Japón. Después de navegar dos días a lo largo de la costa nipona, los rusos anclaron y comerciaron, pero sin atreverse a desembarcar porque el siglo anterior los japoneses habían expulsado a los extranjeros, permitiendo sólo el comercio a chinos y holandeses. Este fue el primer contacto de Rusia con el Japón, celoso y cerrado, sin ambiciones más allá de sus costas. Nadie hubiera podido sospechar que en aquel pequeño reino insular vegetaba adormecido el futuro contrincante de Rusia en Extremo Oriente. Pero se desprende del anterior relato que Rusia tiene por lo menos derechos de prelación:



Rusos y cosacos en Persia.

se anticipó al Japón y aun a la China en la exploración y explotación de los territorios de la Siberia y del Pacífico. Enfrente del Japón, el océano entre la región del Amur y Kamchatka lleva todavía el nombre de mar de Okhotsk, del puerto base de los rusos en aquellas regiones.

El Gobierno de Pekín no sentía gran inquietud por detener el avance de los rusos en Siberia. Hubiera podido hacer valer sus derechos, presentando al emperador de la China como legítimo heredero de Gengis-Khan, a quien en definitiva hubiera correspondido la extensa región comprendida entre los Urales y el Pacífico; pero el recuerdo de los días de conquista se había de tal manera amortiguado entre mongoles y chinos, que sus intervenciones en Siberia no eran más que para fomentar perversamente rebeliones entre rusos y tártaros.

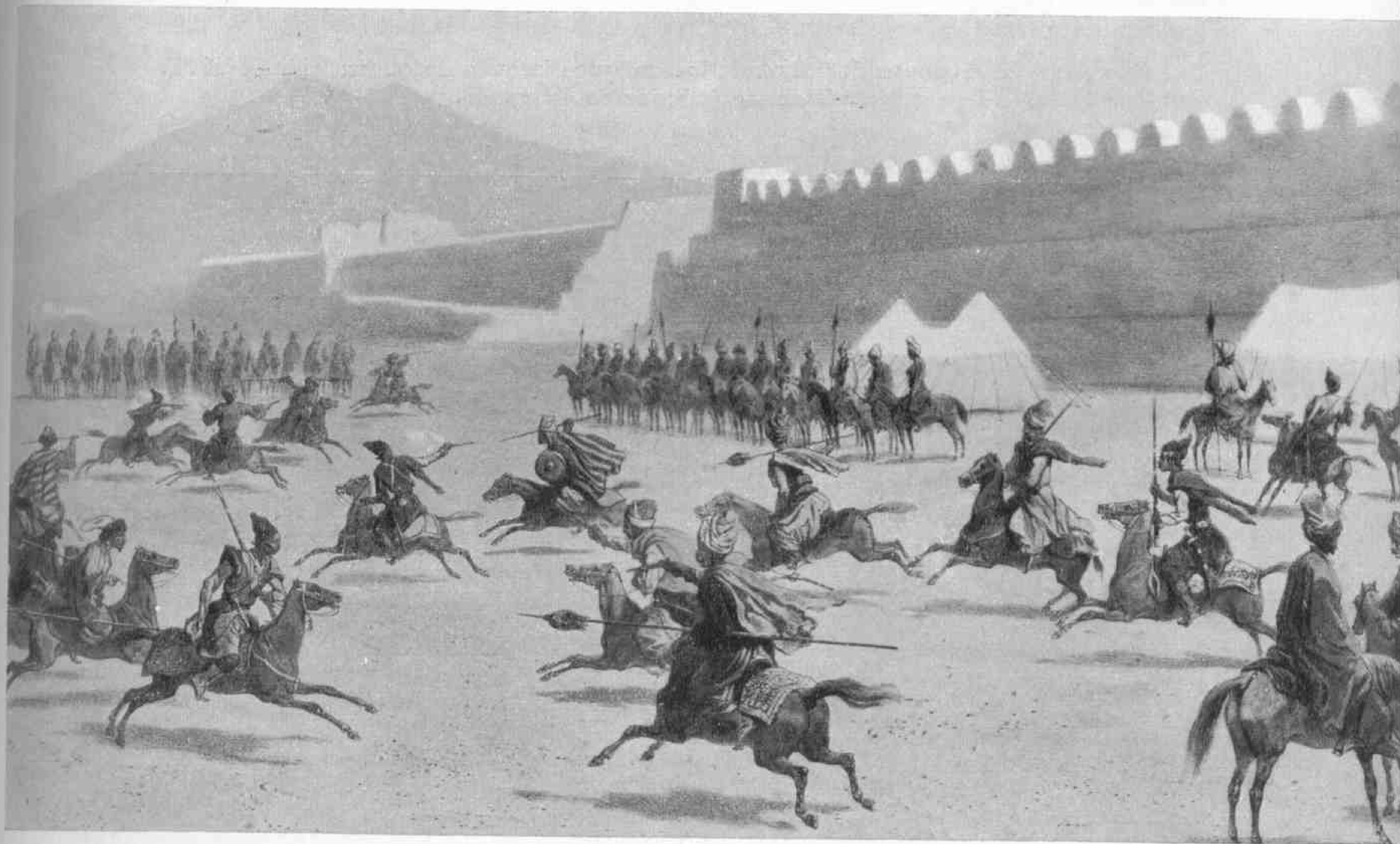
Una sola vez, y muy en los comienzos de la penetración rusa en Siberia, se agitaron los chinos para impedir que los rusos construyeran fuertes en la región del Amur. Después de varias escaramuzas, a las que no puede darse el nombre de campaña, los rusos pidieron negociar un tratado y los chinos consintieron, pero llegando sus plenipotenciarios con una escolta de 10.000 soldados. Esta clase de contingentes no se había visto por aquellas regiones desde la época de la Gran Horda. Los chinos traían como intérpretes a dos sacerdotes jesuitas, los padres Gerbillon y Pereyra, que redactaron el tratado en latín. Es el famoso tratado de Nerchinsk, el primer convenio entre China y una nación europea. Por él se obligaba a los rusos a desmantelar los fuertes del Amur, pero se les concedía el derecho de comerciar en China, como los chinos podían

comerciar en Siberia. El tratado de Nerchinsk, firmado el día 27 de agosto del año 1689, o sea dos semanas antes de que subiera al trono Pedro el Grande, da la prelación al zar, que se nombra primero que el emperador de la China. Se estipula en él una paz eterna y amistad inalterable entre Rusia y China, y por más de doscientos años Rusia y China han logrado resolver sus dificultades amistosamente sin llegar a una guerra formal.

La cláusula del tratado de Nerchinsk que obligaba a los rusos a desalojar la región del Amur se cumplió sólo a medias y aun hasta la llegada a Siberia del activísimo gobernador Muraviev en 1848. El zar Nicolás I lo escogió para aquel cargo cuando solamente tenía treinta y ocho años. Al verlo por primera vez a las siete de la mañana al detenerse el tren en una pequeña estación cerca de Tula, el zar tuvo la revelación de lo que podría hacer aquel hombre joven en una posición de gran responsabilidad, y saltando el escalafón lo envió a Extremo Oriente con poderes virreinales. Llevaba carta blanca para decidir lo que convenía a los intereses de Rusia desde el Yenisei al estrecho de Bering. La primera preocupación de Muraviev al llegar a Irkutsk fueron las limitaciones que imponía el tratado de Nerchinsk en el Amur. Los demás ríos de Siberia, el Ob, el Yenisei y el Lena, corren del Sur al Norte para desaguar en el océano Artico; el Amur es el único que va de Oeste a Este al mar de Okhotsk.

Muraviev encontró que la zona del Amur, evacuada por los rusos desde hacía más de un siglo, estaba despoblada. Y si los chinos no habían beneficiado aquella región hasta entonces, menos aún lo harían en adelante. Muraviev, sin detenerse en escrúpulos, envió una expedición a la desembocadura del

Indígenas corriendo la pólvora ante los rusos en Tashkend. Cuadro de Veretschaguin.

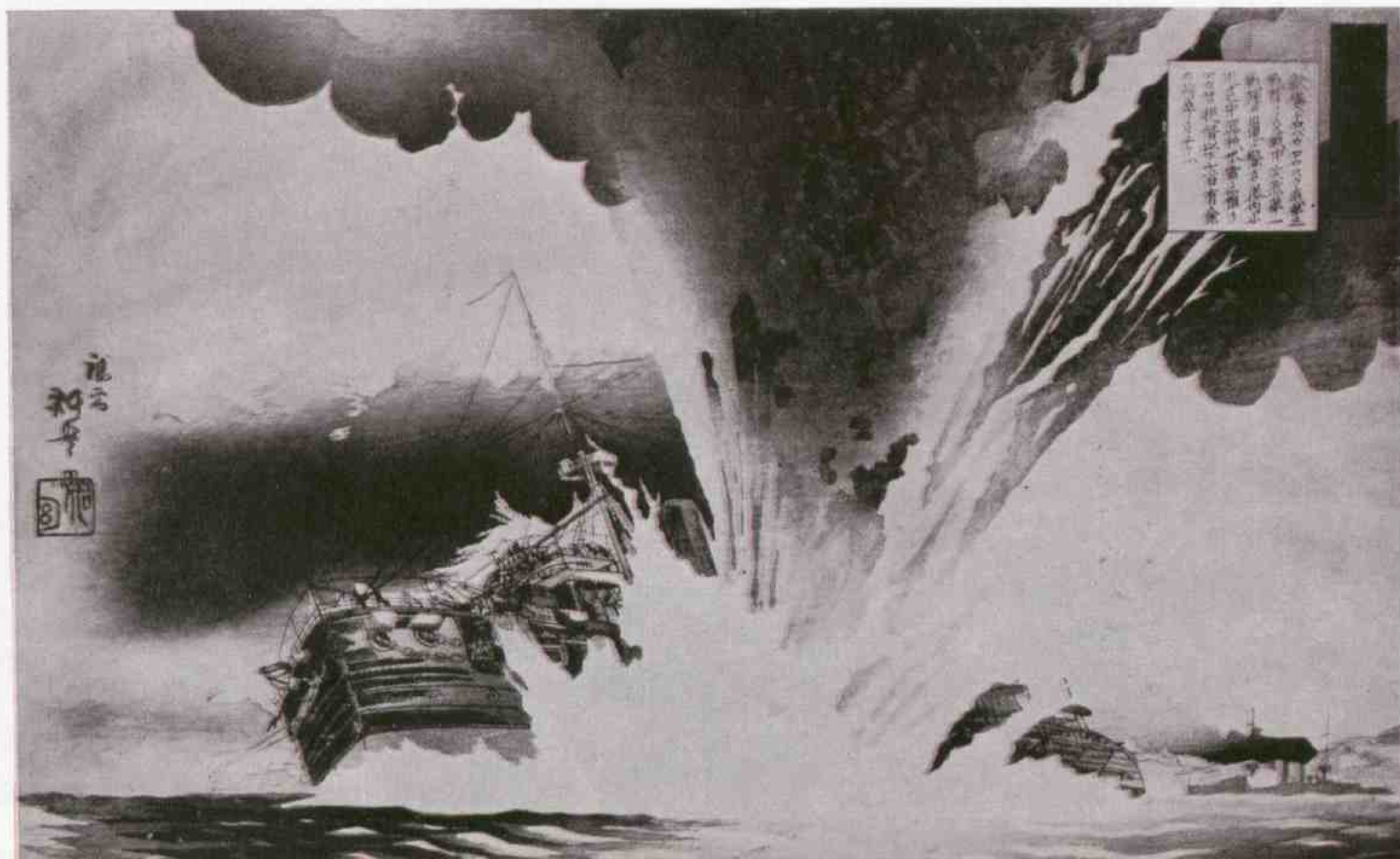


Amur, donde fundó la ciudad de Nikolaievsk, ya mucho más al sur de Okhotsk. Al protestar el Japón que estaba entonces despertando de su sueño secular, la cancillería rusa aparentó sorpresa de las actividades de los agentes de Muraviev y declaró que se habían extralimitado, pero el zar añadió que «donde se ha izado el pabellón ruso ya no debía arriarse...», y las cosas quedaron como estaban, con el eterno *de facto,* que legitima todos los excesos políticos, sobre todo en Oriente.

Más aún, Muraviev y sus agentes se lanzaron a explorar la costa al sur del Amur fundando varias ciudades. En 1860, con una patrulla de cuarenta hombres, Muraviev establecía cerca de la frontera coreana la que debía ser capital de Rusia en el Pacífico, Vladivostok, que quiere decir «señora de Oriente». A los lugares vecinos a Vladivostok dioles Muraviev, con ambición imperial, nombres de la antigua Bizancio. Había en Vladivostok una ría que se llamó Cuerno de Oro, y el estrecho de entrada a la bahía fue apellidado Bósforo oriental. A Vladivostok se trasladó la base naval rusa en el Pacífico. Había estado primero en Okhotsk, en el paralelo 60; después, al bajar a Nikolaievsk, estaba en el 55, y ahora en Vladivostok se encontraba en el 43. ¡De esta manera se cumplía el tratado de Nerchinsk!

Más teatral, por encontrar resistencia más enconada que la que ofrecían las tribus de kirguises y buriatos de Siberia, fue la penetración o conquista por Rusia del Asia Central desde el Cáucaso al Himalaya. Es la gloria más legítima del Imperio ruso la de haber acabado con aquellas guaridas de tribus rapaces de los desiertos del Turkestán, donde sobrevivían grupos de tártaros de la Gran Horda. Las ciudades de Khiva, Bokhara, Merv, Samarkanda y Tashkend conservaban de su antigua grandeza únicamente el nombre retumbante. Los ríos que atraviesan aquellas regiones que en el mapa sugieren vegas cultivadas son corrientes estériles de agua que pasan por desiertos salitrosos. La estepa a cada lado, con sol abrasador en verano y borrascas continuas de nieve en invierno, es inhabitable para hombres y gana-

La Armada japonesa destruyendo los antiguos buques de guerra chinos (1894). Grabado japonés de la época.





Discusión del tratado de paz entre chinos y japoneses después de la guerra de 1894. Estampa japonesa de la época.

dos. Pero sin desmayar por sus fracasos, los rusos fueron dominando aquellas vastas regiones con una persistencia que no se creería posible en los eslavos. Tashkend se conquistó en 1867; Samarkanda, en 1868; Bokhara y Khiva, en 1873; Merv, en 1884, y aun la frontera se habría ido ensanchando por el lado del Afganistán y Persia si los ingleses no se hubieran alarmado a causa de la India. En realidad, hubo momentos en que los funcionarios de San Petersburgo, algo embriagados por sus éxitos, planearon la invasión de la península indostánica por los pasos del norte de la cordillera, a los que tenían acceso desde Bokhara y Tashkend. Sin embargo, no cruzaron el Himalaya.

Poetas y músicos se dieron cuenta de lo épico de la obra rusa en Asia y todavía hoy comentan con cierta nostalgia de tártaros europeizados las hazañas de los destacamentos de cosacos en el Asia Central. En 1880 empezóse la construcción del Ferrocarril Transcaucásico, que por Merv y Samarkanda debía llegar hasta Tashkend. Primero se creyó que funcionaría tirado por camellos, pero acabóse con vía y máquina de vapor, un magnífico puente sobre el Araxes y estacadas para defender la línea de las arenas. La longitud es de 2.000 kilómetros.

Mucho más famoso que el Transcaucásico es el Ferrocarril Transiberiano que, partiendo de Cheliabinsk en la vertiente de los montes Urales, llega a Vladivostok en el Pacífico. Se empezó a construir en 1891, pero en realidad puede decirse que no está terminado todavía, pues se trabajaba no ha muchos años para hacer la doble vía y mejorar su trazado, sobre todo en la región del lago Baikal. Una ojeada al mapa hará ver que para llegar el ferrocarril a Vladivostok desde Irkutsk debía describir un gran codo subiendo hasta casi la desembocadura del Amur para después bajar sin salir del territorio ruso. Un ramal que atravesara a Manchuria abreviaría la mitad del camino, y los rusos consiguieron del Gobierno chino que les permitiera la construcción de este ferrocarril de la China Oriental (*Chinese Eastern Railway*), creando un Banco rusochino que actuaría de concesionario para salvar las apariencias. Pero Rusia no se contentó con atravesar el territorio chino con objeto de ir a Vladivostok, sino que desde Harbin, en el centro de Manchuria, construyó un ramal para ir a Port Arthur. Era éste un lugar en la península de Liao-Tung de la propia Manchuria, que Rusia se había apropiado, dando a la conquista el nombre de *concesión,* naturalmente obtenida con propinas al Gobierno de Pekín.



El ataque a las colinas cerca de Port Arthur por los japoneses en 1904. Según lo imaginaron los artistas del Japón.

La ocupación de Port Arthur, el lugar más estratégico de todo el Extremo Oriente, ocasionó una guerra, pero no con China, que era la desposeída, sino con el Japón, que se exasperaba ante la política rusa de izar el pabellón en el Extremo Oriente y después decir que la consigna del zar era de no arriarlo y continuar la ocupación, a veces contra todo derecho. Pero hay que añadir algunos antecedentes para explicar la explosión de mal humor que ocasionó en el Japón la ocupación de Port Arthur y el trazado del ferrocarril desde Harbin.

El miserable estado de China a fines del siglo XIX se manifestó en toda su realidad en la guerra que tuvo a fines de siglo con el Japón. Antes de la guerra chino-japonesa, las potencias europeas creían que China, con sus reservas incalculables de población, que podían reclutarse como milicias, y con su burocracia magníficamente adiestrada, sería, de levantarse en armas, un poder formidable y que era peligroso desafiarla. El Japón, más informado o más atrevido, se arriesgó a enfrentarse con China con motivo de disputas a causa de Corea. La guerra chino-japonesa fue una revelación: China era un mito; ni tan sólo era un fantasma, ni una momia que conservase, envuelta en oropeles, el cadáver de su propia grandeza. Disgregada, descompuesta, China no existía como Estado o nación y no resistiría a nadie que quisiera arrancar un pedazo de su territorio. Al darse cuenta de esta posibilidad, las potencias europeas, que siempre creyeron que el Celeste Imperio, aunque decaído y deshecho, podía ser un lucrativo mercado para sus productos, empezaron a tomar jirones del territorio chino, cada cual el que le pareció más apetecible. Alemania *alquiló* Kiao-chow; Inglaterra *arrendó* Wei-hai-wei; Francia *contrató* Kuang-Cheu-Wang; Rusia obtuvo la concesión de Port Arthur y la península de Liao-Tung...

En política internacional ocurren cosas que parecen increíbles y que el historiador se resiste a relatar por inverosímiles; esta penetración de China por los europeos es una de ellas. Sobre todo el escándalo de la ocupación de Port Arthur por los rusos es

algo inaudito... Precisamente aquel lugar —la península de Liao-Tung, donde está situado Port Arthur — había sido conquistado en la guerra chino-japonesa el año 1894 por los japoneses, quienes pretendían reservárselo como botín. Al hacer las paces, los rusos, presentándose como defensores de la integridad de China, exigieron que el Japón devolviera a China aquel disputado territorio... Esto ocurría en 1895; pues en 1898 Rusia *alquilaba* por veinticuatro años aquella misma península con su puerto, pero además construía el ferrocarril desde Harbin a Port Arthur, revelando claramente, con esta maniobra, que pensaba permanecer allí por tiempo indefinido si se lo permitían los vecinos. El pabellón no debía arriarse.

No se extrañará, pues, el lector de que seis años después, en 1904, el Japón aprovechara una mera excusa para atacar a Rusia. Empezó por torpedear los buques de Port Arthur sin tan siquiera declarar la guerra. Poco después sitió a Port Arthur, que los rusos habían convertido en una fortaleza con reductos avanzados y creían inexpugnable. Sin embargo, después de algunos combates, que se exageraron para dar importancia tanto a la defensa como a la heroicidad del ataque, Port Arthur capituló y pasó a ser definitivamente presa del Japón. Las batallas en el interior de Manchuria revelaron que el ejército ruso estaba indisciplinado y que sobre todo sus generales no eran capaces de enfrentarse con los del Japón. Para evitar una derrota todavía más vergonzosa, el Gobierno ruso procuró la intervención del presidente Teodoro Roosevelt, quien concertó un armisticio. El tratado de paz se firmó en Portsmouth,



Combate entre rusos y japoneses en el Amur, en el año 1904. Estampa japonesa contemporánea.

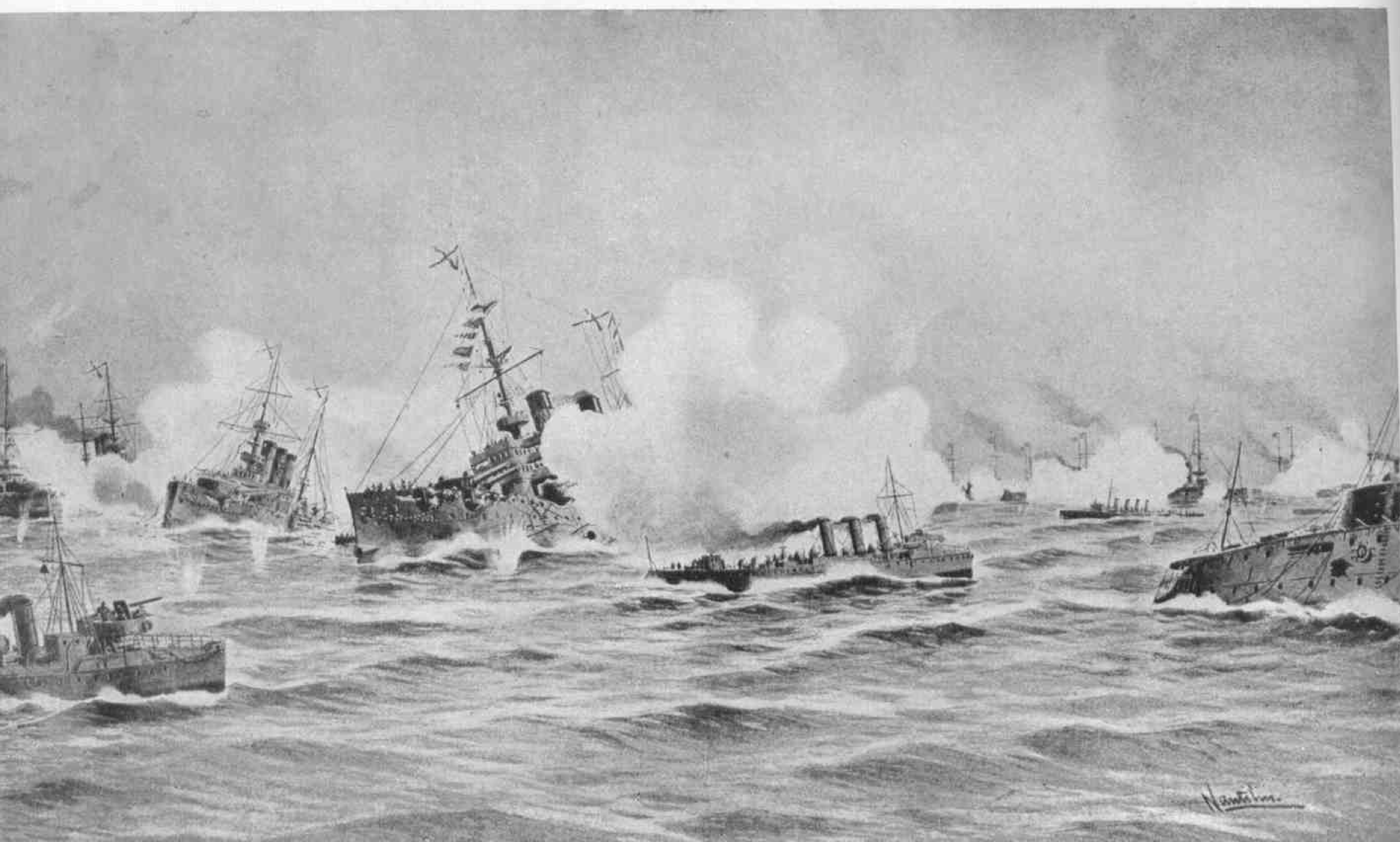
en la costa de New Hampshire, en los Estados Unidos, el 5 de septiembre de 1905. Rusia salió de la prueba mejor de lo que podía esperarse: perdió a Port Arthur y la mitad de la isla de Sajalín, que queda entre la costa de Asia y el Japón. Todo lo demás que había arrebatado de antemano a China lo conservó, lo mismo que el Transiberiano hasta Vladivostok. Rusia quedó como potencia asiática.

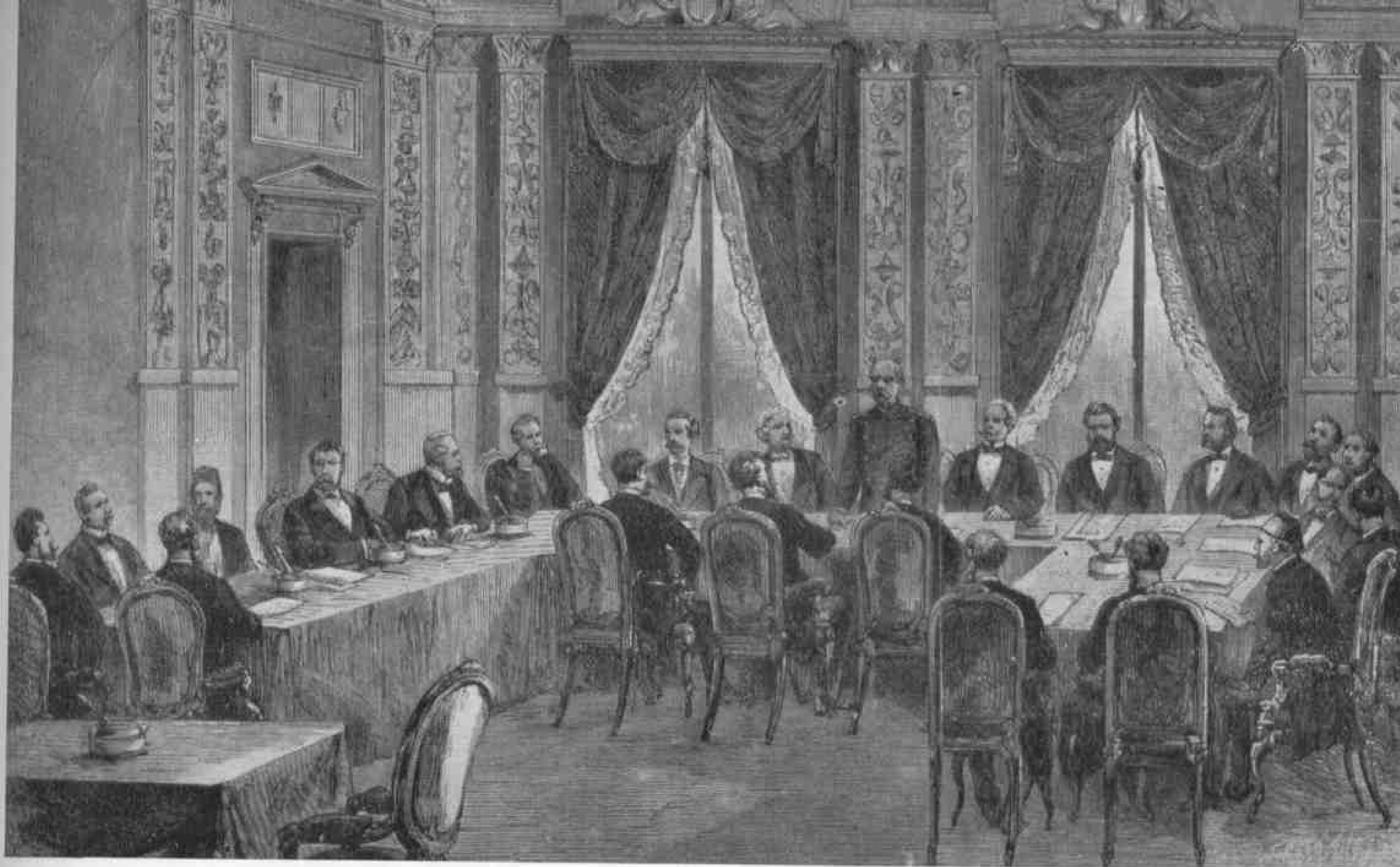
Mucho más lento y penoso fue el avance de los rusos por el Sur para desalojar a los turcos de Europa. Ya hemos dicho que Pedro el Grande sólo puso un pie en las costas del mar de Azov, pero Catalina II conquistó a Crimea, donde habitaban tribus tártaras feudatarias del Sultán.

La verdadera influencia rusa en los Balcanes comenzó con Alejandro I. El zar místico e idealista insistió en ser protector de los cristianos súbditos de los turcos, porque la mayoría de ellos eran eslavos y de la Iglesia ortodoxa. Esta posición de protector espiritual de los cristianos le obligó a intervenir repetidas veces en los asuntos interiores del Imperio otomano, con la consecuencia de que los rusos estuvieron en constante guerra con los turcos del año 1806 al 1812. Por fin, unas paces concertadas por el tratado de Bucarest establecieron la semiindependencia de los servios y de los principados de Moldavia y Valaquia, que en conjunto forman la moderna Rumania. Turquía conservaba allí sólo una sombra de soberanía y el derecho de nombrar los gobernadores *(hospodars)*. Rusia entonces recibió como compensación de sus esfuerzos en favor de los cristianos una parte del territorio de la Moldavia, llamado Besarabia.

En 1826 Rusia se vio obligada a declarar de nuevo la guerra a los turcos. Ello fue resultado de la insurrección de los griegos, que duraba desde hacía varios años. Toda la península helénica, sobre todo su

Batalla naval de Tsushima, en la guerra ruso-japonesa. Grabado de la prensa de la época.





Bismarck inaugurando las sesiones del Congreso de Berlín. Grabado de *L'Illustration* de 1878. Típico ejemplo de información gráfica de la época.

región montañosa, se hallaba en anarquía permanente; en realidad, los insurrectos griegos no eran más que partidas de bandidos, con la agravante de odios de raza y religión, acumulados durante varios siglos. Mahometanos y cristianos se exterminaban sin piedad; la policía turca era impotente para mantener el orden y castigar los excesos. Cuando el Sultán enviaba ejércitos regulares, se extralimitaban bárbaramente. El primer paso en favor de los griegos rebelados contra el Sultán lo dio Inglaterra reconociéndolos como beligerantes. Pero Rusia y Francia comprendieron que no podían pasar sin intimidar al Sultán, y en una demostración naval que hicieron en las costas de Grecia, estallaron las hostilidades antes de que lo hubieran acordado los Gobiernos. Se destruyó la flota turca en Navarino por la acción combinada de las armadas inglesa, rusa y francesa. Ya en guerra declarada, un ejército francés ocupó la Morea, y otro, ruso, avanzando por el Norte, obligó a Turquía a pedir la paz. Esta se negoció en Londres y el Sultán tuvo que reconocer la independencia de Grecia. Rusia, además de levantar su prestigio, cobró, por los servicios prestados, la costa del mar Negro que se extiende hasta el Danubio.

Con estas expoliaciones Turquía iba reduciéndose en Europa. Poco a poco llegó a creer el zar Nicolás I, el sucesor de Alejandro, que podía proponerse casi en alta voz un reparto del «hombre enfermo», como se llamaba al Imperio turco; algo parecido al reparto de Polonia. Nicolás I hizo un viaje a Inglaterra principalmente para este objeto, pues creía que el «enfermo» ya estaba muerto y sólo tenían que resolver los postreros detalles del «entierro». Pero en aquellas circunstancias el heredero del «muerto» hubiera sido Rusia y a Inglaterra le hubiera tocado en el reparto sólo una mísera legítima.

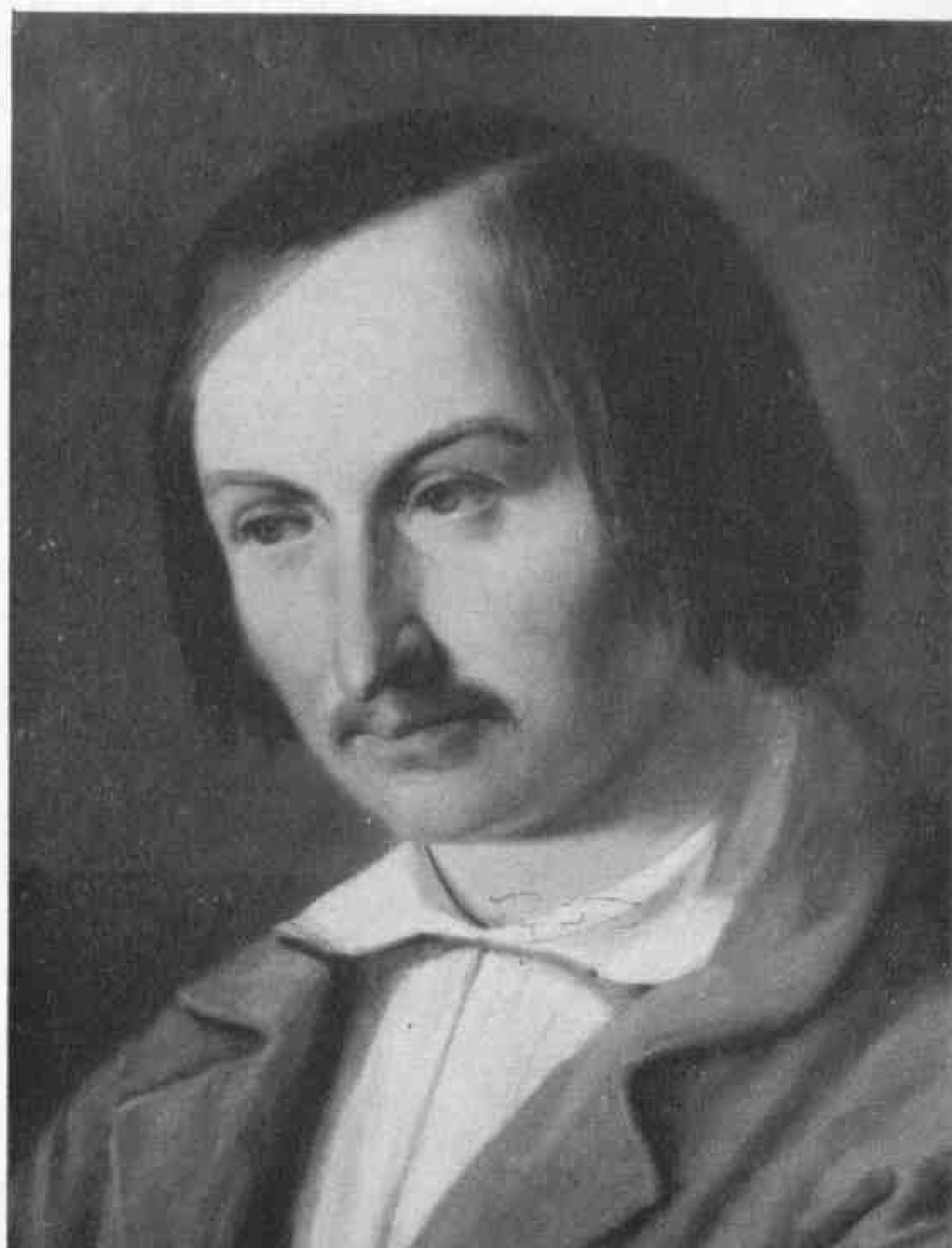
A pesar de la poca simpatía con que fue recibido su proyecto en Londres, el zar Nicolás, que era tan impulsivo como su hermano, el zar místico, y además muy constante, continuó interviniendo en los asuntos interiores de Turquía — siempre para



A. Puschkin, el poeta romántico revolucionario.

proteger a los cristianos —, hasta que se declaró otra vez la guerra; y acaso el «enfermo» hubiera muerto esta vez a manos rusas de no intervenir Inglaterra, Francia y el Piamonte en favor de Turquía. La guerra turco-rusa se convirtió en la que llamamos guerra de Crimea... Los detalles de la paz ya hemos visto que se discutieron en el Congreso de París en 1856. Esta vez Rusia había perdido, y tuvo que retroceder; le obligaron a devolver Besarabia y las costas hasta el Danubio, que había adquirido como propina en las guerras anteriores. Además, se le prohibió construir buques de guerra para el mar Negro; los Dardanelos se declaraban cerrados; Turquía, según los diplomáticos que redactaron el tratado de París, era un mal necesario, su integridad era indispensable para el equilibrio de Europa. Se la trató no como a un enfermo herido de muerte, sino como a un canceroso y paralítico. Las potencias europeas y cristianas se limitaron a aconsejar al Sultán que debía empezar una Era de reformas y que debía modernizar su legislación. No olvidemos que es como aconsejar la modernización del Corán, que contiene toda la jurisprudencia y todo el derecho constitucional de los musulmanes.

Rusia salió de la guerra de Crimea derrotada, pero no desesperada. Comprendió que su fracaso en Sebastopol había sido causado por la lentitud de las comunicaciones y procedió a construir ferrocarriles. Después, aprovechando la crisis que produjo en Europa la guerra franco-prusiana del año 1870, y la aquiescencia de Bismarck, que proyectaba una alianza entre rusos y alemanes, desatendió la cláusula del Congreso de París que le impedía construir una marina en el mar Negro, avanzó sus ejércitos, y en 1876 Rusia estaba otra vez en guerra con Turquía. La excusa fue proteger a los búlgaros, maltratados por los turcos. Todos los pueblos balcánicos se agregaron



N. Gogol, el novelista de las miserias de la Rusia burocrática.

a los batallones rusos, y en febrero de 1877 los enemigos de la media luna habían llegado triunfantes al pie de las murallas de Constantinopla. Pero una armada inglesa en el Bósforo exigió que se concertara la paz, y el tratado se firmó en el pueblecito de San Stéfano, que, a pesar de su nombre italiano, está a pocas millas de Constantinopla. Turquía, por el tratado de San Stéfano, reconocía la independencia definitiva de Servia, Montenegro y Rumania, y Bulgaria quedaba todavía nominalmente como una provincia turca, pero con autonomía completa. Rusia recuperaba la Besarabia y Rumania recibía la Dobrudja o zona de la costa del mar Negro al sur del Danubio.

Todos estos cambios de frontera y estos traspasos de naciones no podían satisfacer al resto de Europa, que si detestaba a Turquía recelaba también de Rusia. Las intenciones de esta última eran claras: la herencia de Bizancio, que reclamaba apoyándose en su posición geográfica y su cultura, era Constantinopla. Esto halagaba a literatos e historiadores, pero los diplomáticos no querían ver a Rusia instalada en el Bósforo. Para amortiguar el tratado de San Stéfano se convocó un Congreso en Berlín que tenía que ser una segunda edición del Congreso de Viena. Bismarck hizo allí el papel de Metternich y Disraeli el de Talleyrand; pero faltó el zar para representar el papel de Alejandro I; sus representantes, dos diplomáticos de oficio, no pudieron impedir que Rusia quedara postergada. Como ganancia en un asunto en el que no había tenido arte ni parte, se dio a Austria el gobierno de las provincias turcas del Adriático, Bosnia y Herzegovina. Ambas quedaban nominalmente, como Bulgaria, bajo la soberanía del Sultán, pero de hecho pasaban a ser austríacas. Estaban pobladas de eslavos, eran en realidad parte de Servia —hoy con Servia y Croacia forman Yugoslavia—, ¿por qué, pues, se concedieron a Austria, que no había participado en la campaña contra los turcos ni tenía allí derechos ni intereses? Pues para introducir una cuña germánica en la dirección de



La mujer rusa del siglo XIX.
N. W. Puschkina, esposa del poeta Puschkin.

Constantinopla; comenzaba con aquella concesión la marcha hacia Levante de los germanos, la *Drang nach Osten* que llevó al kaiser a rivalizar con el zar y a Germania a chocar con Rusia. El eslavo quedó defensor de los cristianos, el teutón se presentó como defensor de los musulmanes; el uno lo hacía pensando en Bizancio, el otro en Bagdad, y ambos condujeron a Europa al terrible conflicto que empezó con la Gue-



El conde Witte, impulsor del progreso material de la Rusia zarista.

rra Europea de 1914-1918 y no está resuelto todavía.

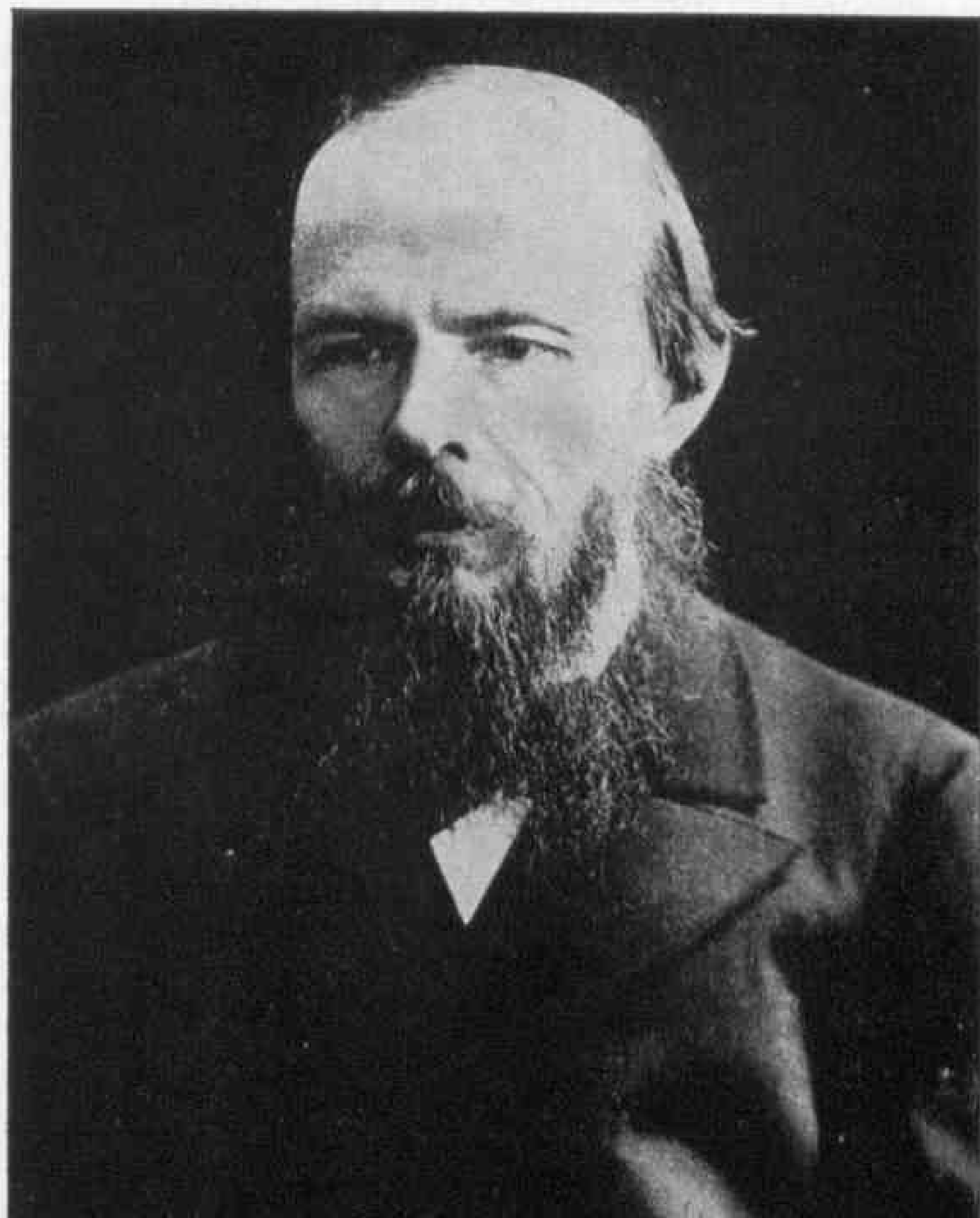
Para contrarrestar la influencia rusa en los nuevos reinos balcánicos, las potencias de la Europa Central les impusieron monarcas de origen teutón. A Rumania se le dio por rey uno de los Hohenzollern; a Grecia fue un hijo segundo del rey de Dinamarca, y a Bulgaria, un Battenberg, substituido luego por un Coburgo.

A Servia no pudo imponérsele un monarca de importación, porque dos familias, los Obrenovitch y los Karageorgevitch, tenían derechos adquiridos por haber acaudillado las partidas contra los turcos en los años de la insurrección. Primero fue príncipe un Karageorgevitch, después reinaron los Obrenovitch, y posteriormente volvieron a reinar los descendientes de Kara-George, o Jorge el Negro.

Simultáneamente con la expansión territorial, Rusia avanzaba, aunque de una manera espasmódica, en las conquistas sociales y políticas. La evolución del Estado ruso se dificultaba por la duda — el ruso siempre duda, o por lo menos cree en dos cosas a la vez — de si debía o no aceptar los modelos de la Europa liberal. Durante todo el siglo XIX, la intelectualidad rusa, la llamada *inteligentsia,* osciló entre la autocracia y la anarquía. Los socialistas fueron siempre en minoría entre los revolucionarios; lo eran hasta cuando los marxistas dieron el golpe de Estado de 1917.

La autocracia se imponía con razones de religión, historia y filosofía. Dios por necesidad tenía que mantener un representante suyo en cada nación. El autócrata, como dijo todavía Nicolás II a una comisión, «no debía dar cuenta de sus actos más que a Dios». En la ley orgánica de 1906 se lee: «El Zar de todas las Rusias tiene suprema autocrática autoridad. Dios nos induce a obedecerlo no sólo por miedo del castigo, sino por un deber que sentimos en la conciencia.» El autócrata delegaba la autoridad en los nobles y éstos paternalmente proporcionaban el máximo bienestar al rebaño de millones y millones de siervos.

La autocracia históricamente se apoyaba



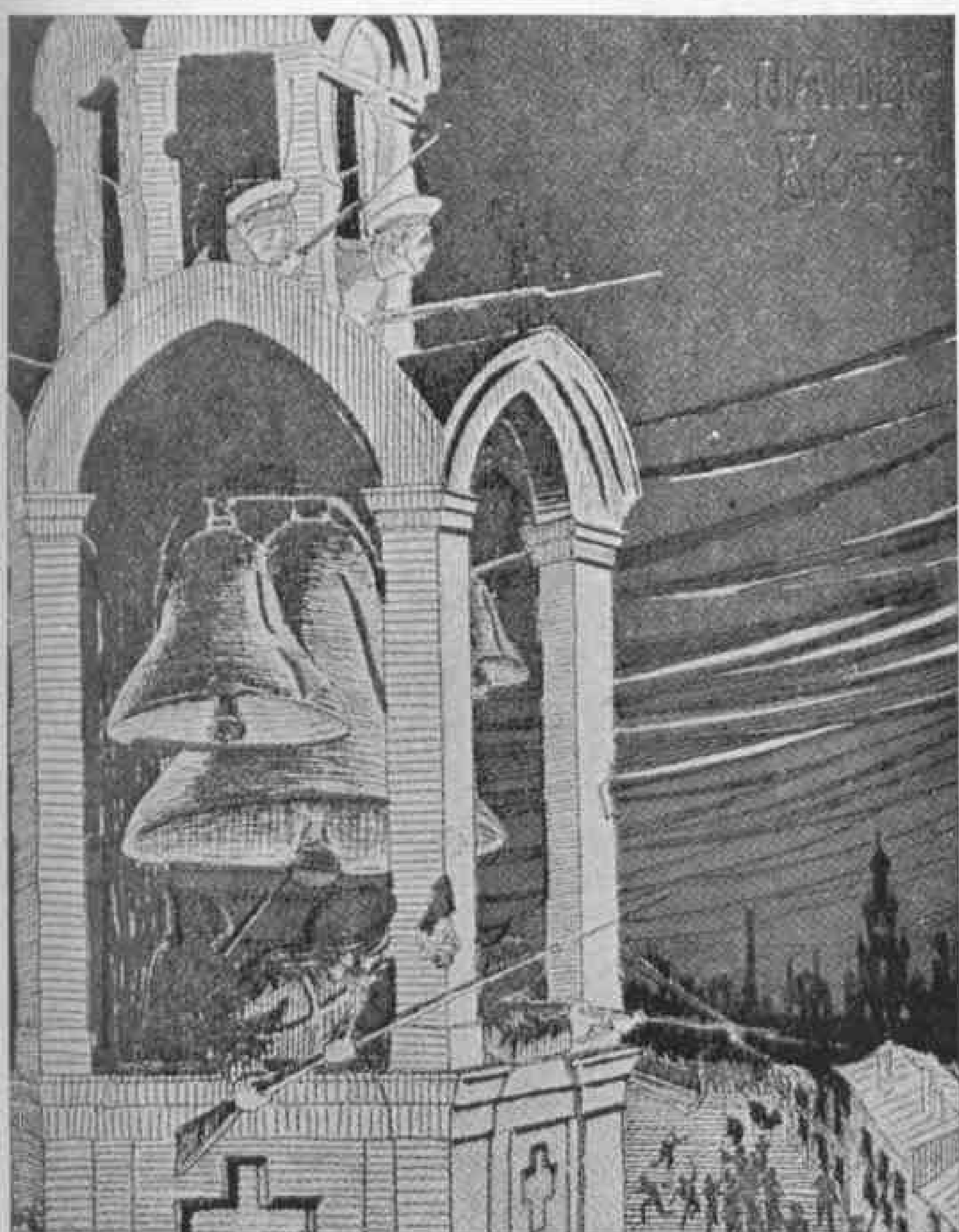
F. Dostoievski, el novelista revolucionario.

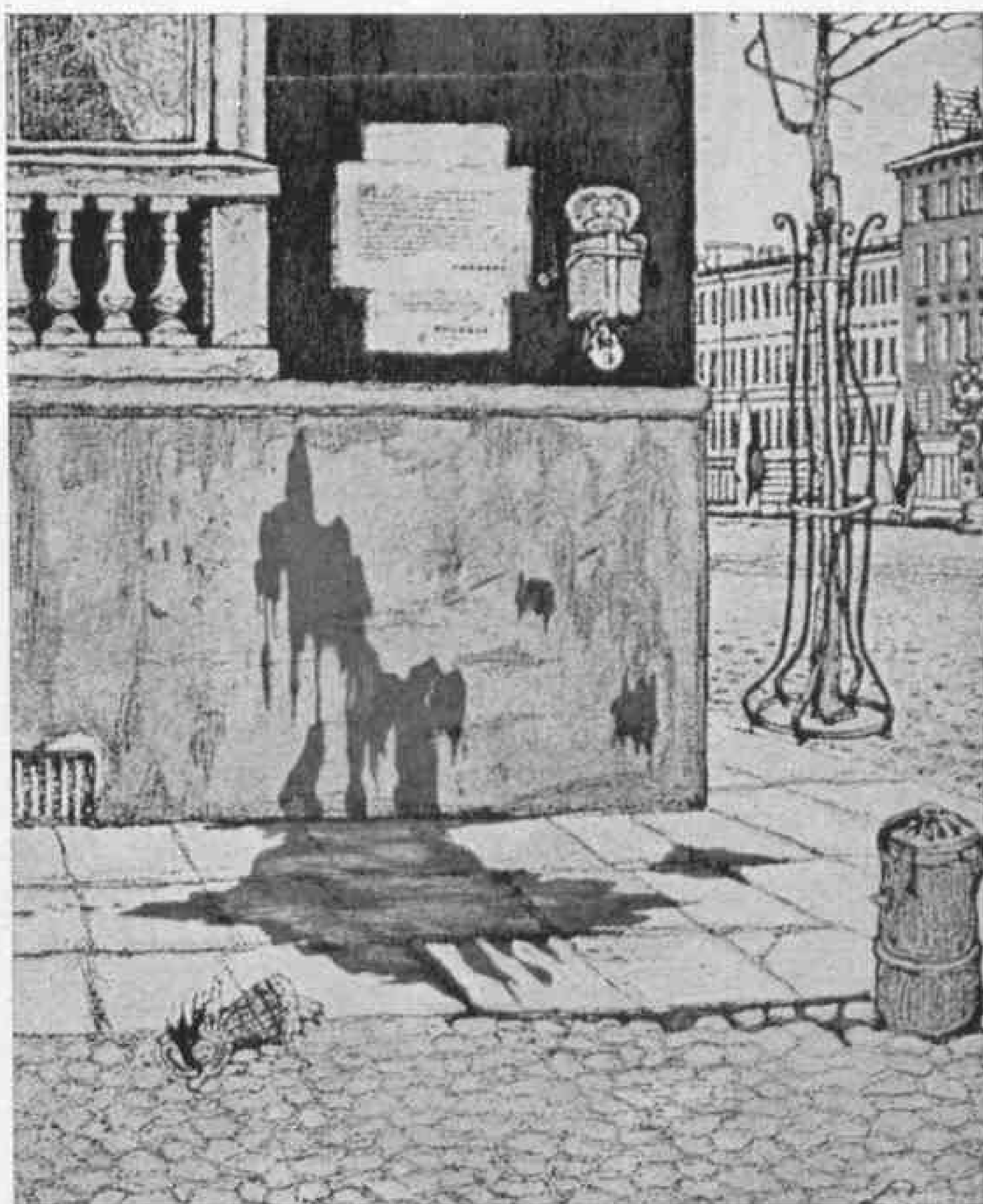
en el ejemplo de Pedro el Grande. El zar reformador no había concedido derechos de intromisión en el gobierno a nadie, sino que, al contrario, los había cercenado. Había suprimido las asambleas de boyardos, que eran un Parlamento embrionario, y hasta había osado deponer al Patriarca, que podía convertirse en una autoridad independiente.

No; el ruso, el eslavo, no era el europeo, celoso de derechos y enemigo de reconocer deberes. La «Santa Rusia» no necesitaba imitar a la «Europa degenerada» para ser feliz. Pedro el Grande no había querido abrir más que una ventana a Europa, y aun por ella entraba aire empestado. Entraban extranjeros con disciplina y técnica indispensables en los servicios del Estado. Hacia la mitad del siglo XIX, los alemanes empleados en el ejército eran más del 40 por 100 de la oficialidad; en los correos, el 62 por ciento de la plantilla; hasta en el Consejo Imperial el 36 por 100 de sus miembros eran de origen alemán. El autócrata sentía que el extranjero que todo lo debía a sus larguezas sería más adicto que sus súbditos descontentos.

Los rusos de verdadero talento no sentían ambición de ser empleados en un régimen autocrático. La mayoría encontraban más interesante conspirar y discutir programas de felicidad universal. Sin la fiscalización de un partido ruso moderado, la mística autocracia se convertía en una sociedad de bribones y mentecatos. El Procurador del Santo Oficio en tiempo de Alejandro I era llamado el «postillón del Amor». El último de estos consejeros privados fue Rasputin.

Ninguno de los autócratas sentía escrúpulos en los métodos empleados para prevenir las reformas y combatir la revolución.





Ilustraciones de los periódicos rusos clandestinos de comienzos de este siglo: «Dios está con nosotros.» — «Idilio de septiembre.» Del periódico *Azufre*.

La famosa *okhrana*—que quiere decir protección — es de origen zarista. La okrana era y es algo más que una policía secreta, pues que se toma justicia por su cuenta. Estaba en contacto con los terroristas y provocaba atentados para después hacer una redada de sus confidentes y los demás del grupo. Muchos revolucionarios rusos, hasta algunos que dieron su vida por la revolución, han dejado una reputación dudosa de agentes provocadores. Los castigos eran verdaderamente asiáticos: se substituyó el de bastonazos por el de latigazos, porque los golpes de bastón dejaban inútil para el servicio militar. A menudo se condenaban los acusados a granel: hubo la causa de «los cincuenta», la de «los ciento noventa»... Y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, eran ahorcados o deportados a Siberia.

Las mujeres rusas participaron de una manera directa y eficaz en la acción revolucionaria. Los autócratas se dieron cuenta de la importancia del elemento femenino en los grupos de conspiradores y cerraron en ocasiones las escuelas para mujeres. Muchas marcharon al extranjero y allí perturbaron la vida universitaria, no sólo de los rusos, sino de los demás estudiantes. La influencia de la hembra rusa, de tez blanca, con venas azules, labios finos y mirada húmeda, se hizo sentir en toda Europa. Para muchos rusos no sólo es difícil distinguir entre lo moral e inmoral, sino entre amoral y pervertido. En la persecución, la emigración y acaso algo de supervivencia de las costumbres de los nómadas, puede hallarse la explicación de su promiscuidad.

A pesar de la resistencia enconada de la autocracia, en 1861 se tuvo que conceder la libertad a los siervos dándoles tierras de los señores, que deberían pagar a plazos. Pero sólo en 1905 Witte, después de reorganizar la hacienda con empréstitos de Francia, tuvo bastante autoridad para imponer una sombra de Consejo de ministros. El primer Parlamento, o Duma, no se convocó hasta 1906. Fue disuelta por rebelde al cabo de tres meses, y lo mismo la segunda, de 1907. La tercera, de 1908, amañada y mansa, duró hasta 1912.

Como hemos dicho al principio, era difícil contentar a los revolucionarios porque no tenían programa fijo, y los mejores, los más sinceros, pretendían utopías irrealiza-

El Lago de los Cisnes. *Ballet* ruso de Tchaikovski.





Una escena de la novela «Ana Karenina», de Tolstoi, dramatizada y representada en el Teatro Imperial de San Petersburgo.

bles. Pero aun dejando de lado a terroristas, nihilistas y anarquistas, cuando en 1905 los grupos semiburgueses de revolucionarios trataron de formar una «Liga para la Liberación» había diecisiete matices. Los nombres ya dan idea de lo vago de sus ambiciones: Partido social democrático, Partido social revolucionario, Partido socialista polaco, Partido obrero, Partido proletario, etc. La confusión era mayor porque muchos grupos representaban sólo las reivindicaciones nacionalistas de Ucrania, Lituania, Armenia, Finlandia, Letonia o Georgia. Lo único que les unía era un odio común al zarismo y a sus lacayos. Le acusaban de su miseria: ésta era evidente. El hambre rusa es muy anterior al bolchevismo. Witte organizó en 1903 una investigación para averiguar la condición del proletario: «En los años de buena cosecha los rusos consumían sólo el 70 por 100 de lo que es fisiológicamente necesario para sostener la vida humana.» Que era inexcusable un cambio de régimen no podía negarse. Pero ¿qué poner en lugar del zarismo y la autocracia? Observaremos que incluso el marxismo es de origen alemán. Lo verdaderamente ruso es el nihilismo y la autocracia. Ambos se han injertado al marxismo para producir la Rusia actual.

En las artes plásticas, durante el siglo XIX Rusia contribuyó poquísimo al movimiento del resto de Europa. En pintura, Repin y Veretschaguin trataron de expresarse como eslavos, pero sin grandes consecuencias. Veretschaguin, que acompañó a los ejércitos rusos en Asia, nos ha legado innumerables pinturas con escenas del avance de la civilización dejando pirámides de muertos y montones de cráneos en la estepa. Su obra fue más de nihilismo artístico que de pacifismo educador. Sin embargo, sus cuadros se emplean para exponer los horrores de la guerra. La literatura rusa del período autocrático y revolucionario, con Puschkin, Dostoievski y Gogol, introduce los tipos morbosos y exaltados que necesariamente tenía que producir aquel régimen anormal.

En el teatro, y sobre todo en el género casi nacional del *ballet*, la aportación de los rusos es ya digna de tenerse en cuenta. El teatro ruso se distinguió sobre todo por la escenografía y la esmerada ejecución de

las obras, lo que no hubiera sido más que una contribución técnica, no artística, de no haberse especializado en el arte nuevo del *ballet*. Es difícil decir si el *ballet* ruso es pintura en movimiento o música plástica; el ritmo está de tal guisa asociado a la manera de agitar los cuerpos los danzantes y al color de los trajes y decoración, que el efecto es el de una visión de forma agitada por una fuerza misteriosa que emiten las notas de la orquesta. Todas las reglas artísticas formuladas en siglos pasados se desvanecen con la innovación del *ballet*. Es en realidad algo mucho más original y más logrado que la combinación de las artes intentada por Wagner. Este empleó escenografía, o pintura, y poesía para acompañar la música, pero sin fundirlas nunca. El *ballet* ruso acaba con la distinción que había existido siempre entre artes del tiempo y artes del espacio, armonizando para ello elementos sucesivos y distribuyendo forma y color melódicamente en plano o de bulto. Hoy ha degenerado en vulgar pantomima con la adopción de necios argumentos y el acrobatismo de bailarines andróginos.



El águila rusa bicéfala.



«El peligro amarillo». Cuadro inspirado por el kaiser Guillermo II el año 1896.

13 EL FIN DE SIGLO EN EL OCCIDENTE EUROPEO

En Europa, los últimos años del siglo XIX fueron de aparente paz y tranquilidad. Decimos paz aparente porque examinándolos con detenimiento se ve que hubo siempre guerras coloniales, y la tranquilidad fue también aparente, porque varias veces estuvo a punto de desencadenarse la conflagración europea, provocada por incompatibles ambiciones territoriales y rivalidades económicas. Pero se sorteó el conflicto, se transigió sin llegar a la ruptura; el mar revuelto de las cancillerías se apaciguó y los pueblos, que apenas habían participado en las crisis de manera activa, olvidaron el peligro pasado, confiando que el progreso material acabaría definitivamente con la miseria y las guerras.

Para que se comprenda cuán cerca se estuvo entonces de una guerra europea, empezaremos relatando el episodio de Fachoda. Los ingleses habían ocupado Egipto porque decían que tal ocupación era indispensable para defender el Canal de Suez y la ruta de la India. Después de Egipto habían avanzado a lo largo del Nilo hasta Khartum, capital del Sudán, porque tenían el proyecto de construir un ferrocarril a través del Africa, de Norte a Sur. Al mismo tiempo los franceses, avanzando desde el Congo, habían llegado hasta el Nilo, con la ambición de establecer otra vía transversal, de Oeste a Este del Continente africano. El destacamento francés que ocupaba el lugar llamado Fachoda, a quinientas millas al sur de Khartum, estaba mandado por un capitán de infantería colonial, Marchand, dispuesto a hacerse matar con todos sus hombres antes de arriar el

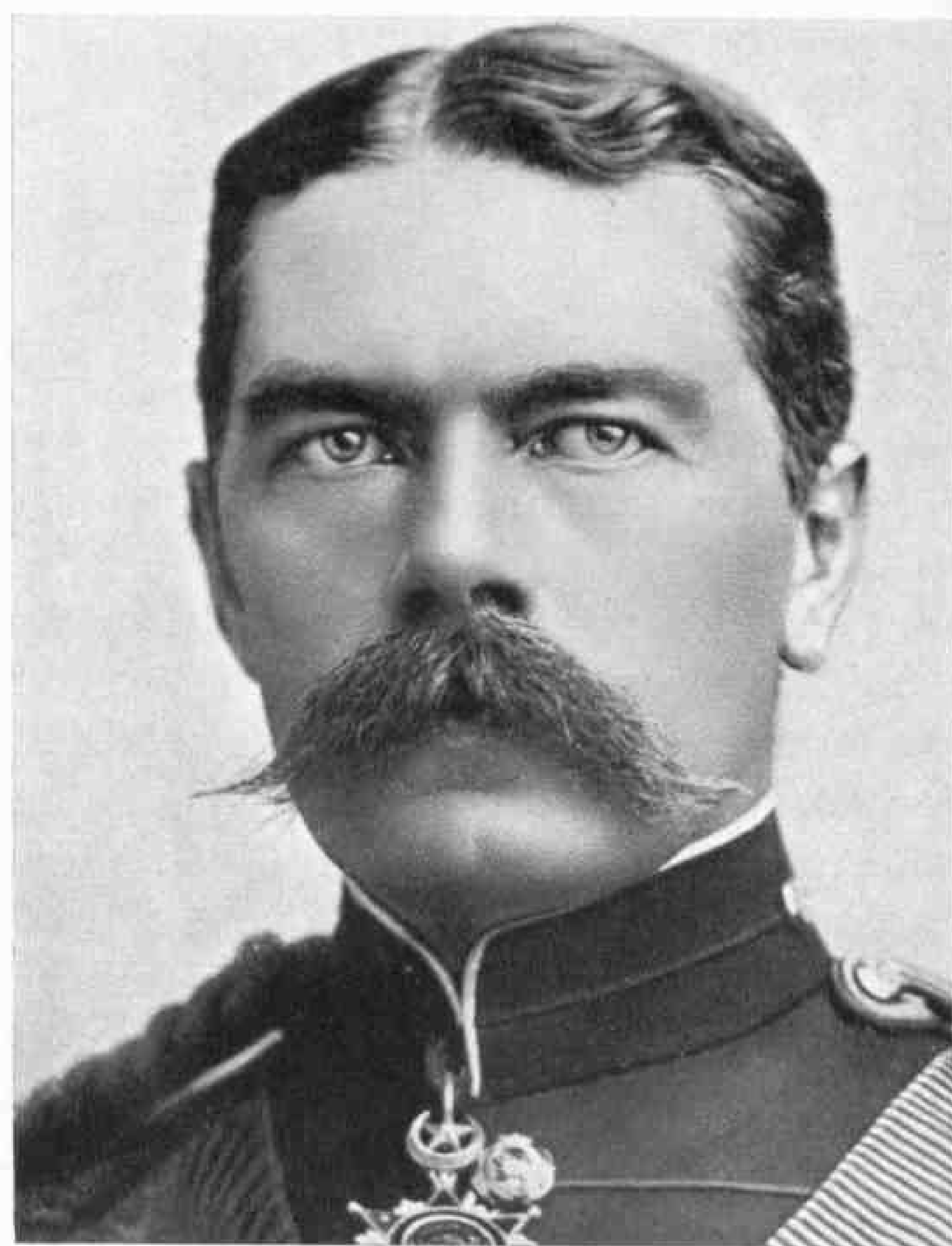


El capitán francés Marchand, después general, que se opuso a la ocupación del Sudán por los ingleses.

nas de influencia en el lejano Oriente o deslindar fronteras ficticias en el corazón de Africa; era un «dame y toma» de «naciones muertas» en la mismísima acera de enfrente de la Europa continental. Alemania protestó; parecía que se iba a desbaratar toda la combinación diplomática y que estallaría otra guerra franco-alemana en la que Inglaterra tendría que participar... Pero se convocó la Conferencia de Algeciras, y allí se decidió confiar a Francia y España (Francia en nueve décimas partes, y España, casi una burla, el resto) el servicio de policía de Marruecos, ofreciendo como propina al niño díscolo (Alemania) unos cuantos centenares de millas cuadradas de tierra en el Congo. La Conferencia de Algeciras se celebró en 1906; seis años después el servicio de policía se había convertido para Francia en una ocupación militar y

pabellón nacional. El sacrificio de Marchand con su puñado de hombres hubiera hecho inevitable una guerra entre Francia e Inglaterra. Kitchener llegó a Fachoda con un formidable ejército e intimó a Marchand a retirarse. Fueron días de gran tensión, pero Rusia intervino como mediadora, y Francia cedió, so pretexto de que su misión era simplemente «exploradora».

Probablemente ya entonces se concertó el plan de dar satisfacción a Francia permitiéndole la ocupación de Marruecos. Esta transacción, con todo el carácter de un negocio comercial (Egipto para Inglaterra, Marruecos para Francia), dio lugar a otro conflicto que amenazó seriamente la paz de Europa. Al abandonar Francia sus derechos en el Nilo (que no eran otros que los que provenían de la ocupación napoleónica) y al renunciar Inglaterra a Marruecos (que nunca había ocupado ni pensado ocupar), por fuerza se tenían que despertar celos y ambiciones de otras potencias europeas. Ya no era la habitual política de repartirse zo-



Kitchener, el conquistador del Sudán con la excusa de castigar al Madhí, reencarnación del califa Alí en la época moderna.



La Conferencia de Algeciras, para resolver el destino del Imperio marroquí, 1906.

una declaración de protectorado en su zona, y para España, algo parecido pocos años más tarde.

Animada por la impunidad del régimen de agresión, Italia, en 1912, se aprovechó y conquistó Trípoli y Cirenaica. De este modo quedaron repartidos entre ingleses, franceses e italianos los territorios de la costa del Mediterráneo al Norte de Africa, con la excepción del Rif y la Yebala (en Marruecos), que se dejaba para los españoles. Hasta cierto punto era de desear que se hiciera este reparto, porque el soberano nominal de aquellos países, el Sultán de Turquía, era el «hombre enfermo», según la frase del zar que había hecho fortuna en la jerga de las cancillerías. El reparto se hizo a las buenas, y los únicos en deplorarlo fueron los pueblos sometidos y acaso España, porque siendo la que tenía más derechos al Norte de Africa por haber sido ella invadida por los africanos, perdió sus posibilidades de expansión hacia el Sur, ya que la zona del Rif no fue más que un hueso de mal roer.

El gesto agresivo del emperador de Alemania antes de la Conferencia de Algeciras demostraba su creciente interés por la política colonial. Alemania llegaba tarde porque Bismarck no había comprendido antes que las colonias pudieran ser más que un lujo. Decía que las naciones que se empeñaban en tener colonias eran como los aristócratas polacos, que llevaban abrigos de pieles pero no tenían camisa. Decía también que todo el Oriente no valía la vida de un granadero prusiano. Esas frases, muy de Bismarck, no se avenían con la realidad, porque las colonias que buscaban entonces las naciones de Europa, no eran, como las del siglo XVIII, lugares donde enviar el sobrante de la población, sino territorios donde explotar primeras materias que se producían en los trópicos. Por esto, ya antes del retiro de Bismarck, en el año 1884, Alemania ocupó el Camerón, Togo, Tanganica y una extensa zona del litoral africano en el Atlántico. Todas las potencias europeas, excepto Turquía y España, se engrandecían entonces en los mapas; ¿por qué no había de hacer otro tanto Alemania?

Hasta en calidad de particular, Leopol-

do II de Bélgica, de su peculio personal, hacía explorar y se apropiaba la inmensa región del Congo, y un rico fabricante de azúcar francés, un tal Lebaudy — medio loco —, se hacía llamar Emperador del Sahara porque había mandado al sur del gran desierto agentes de penetración y colonización.

No queremos relatar, ni tan sólo enumerar, la serie de intervenciones-ocupaciones y expediciones punitivas en el Extremo Oriente que acabaron por convertirse en conquistas en forma de colonias o protectorados de la mitad del Asia por Europa, así como de las islas grandes y pequeñas del Pacífico. La resistencia a la penetración o la rebelión (como ocurrió en China) acrecentaban los derechos de los conquistadores porque producían gastos que se cargaban a la cuenta de los conquistados. La voracidad colonial a fines de siglo llegó a tal extremo de impudor, que por fuerza tenía que acabar con un conflicto; pero se hacía con el beneplácito de Inglaterra, y Europa era feliz disfrutando de aquella paz británica. El que hacía de cojinete, tampón en los momentos difíciles, era el Príncipe de Gales, que pasaba la mayor parte del tiempo en el Continente. Era tío carnal del Kaiser y de la Zarina, amigo de Francia, compañero de francachelas del rey de Bélgica; era más que un diplomático o un agente de negocios: era un árbitro de la vida internacional, sin aparentar imponerse y consiguiendo como favor personal lo que convenía a Inglaterra.

Interiormente, en todos los países se demoraba la solución de los problemas difíciles, con objeto de poder disfrutar con tranquilidad burguesa del bienestar que el Gobierno de la clase media consentía a los desheredados. El obrero estaba algo mejor, ganaba más y tenía más esperanzas; el socialismo le ofrecía el desahogo de poder votar a candidatos del partido, que manifestaban estar dispuestos a defenderle y hasta a proporcionarle el establecimiento de una sociedad mejor. Y algo se conseguía, aun cuando fuera sólo en el papel. Alemania aprobó, en 1883, una ley de seguros contra enfermedad para el obrero; en 1884, la ley de accidentes del trabajo, y en 1891, la de pensiones para retiros. La ley de 1892 fijaba en Francia un máximum de doce horas de trabajo, que se redujo a once en



Leopoldo II de Bélgica, que por su iniciativa particular colonizó al Congo.



ERNEST VAUGHAN

L'AURORE

Littéraire, Artistique, Sociale

ERNEST VAUGHAN

J'Accuse...!

LETTRE AU PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE

Par ÉMILE ZOLA

LETTRE

Número del 13 de enero de 1898 del periódico *L'Aurore*, donde se publicó la carta *J'Accuse...!*, de Zola.

1900 y a diez en 1906. A estas leyes se sumaban otras referentes a compensación en casos de accidente, vejez, etc. En Italia se aprobaron leyes parecidas de protección a los obreros y limitación del trabajo de mujeres y niños. En Inglaterra, la ley de Pensiones para la Vejez *(Old Age Pension Act)*, de 1909, y la ley de Seguros nacionales *(National Insurance Act)*, de 1911, representan la culminación de los esfuerzos de dos generaciones del laborismo en la Cámara de los Comunes. El ejercicio del derecho de petición, que no otra cosa venía a ser la elección de candidatos socialistas, acrecentaba la ambición de los obreros; discutiendo las reformas sociales, se hacían cargo de su condición presente y de sus posibilidades en el futuro, y como la educación política del proletariado iba más de prisa que sus conquistas parlamentarias, aun obteniendo ventajas quedaba siempre descontento. Otro inconveniente del sistema de mejoramiento gradual era que los encargados de aplicar las mejoras eran sus propios detractores, de manera que los asalariados quedaron divididos: unos deseaban proseguir por aquel camino de mejoras sucesivas; otros sostenían que sin un cambio de régimen era inútil legislar en favor del obrero. Así, el partido socialista, que tenía de ser la válvula de seguridad de la Europa burguesa, quedó dividido en dos ramas, y la de carácter revolucionario tuvo mayor importancia en aquellos países en que, como en Francia, las reformas sociales se concedían fácilmente, pero se aplicaban con mala fe. En cambio, en Inglaterra, las *Trade Unions*, que lograron la aprobación de algunas reformas, mantienen todavía en sus filas a la mayor parte de los obreros.

Lo más grave y urgente en la política interior de los países de Europa (que era y sigue siendo la manera de encontrar el régimen moderno que dé satisfacción a las democracias) se iba demorando con restituciones enteramente anticuadas. Después del desastre de 1870, Francia se encontró, por tercera vez en lo que iba de siglo, ante la necesidad de darse una Constitución. No restauró la monarquía porque había habido en Francia la de los Borbones, la de los Orleáns y la de los Bonaparte. Se creyó resolver la dificultad coronando de momento al Borbón, que era ya de edad avanzada y no



Caricaturas de Zola, Dreyfus y Picquart, en la prensa antisemita de París.



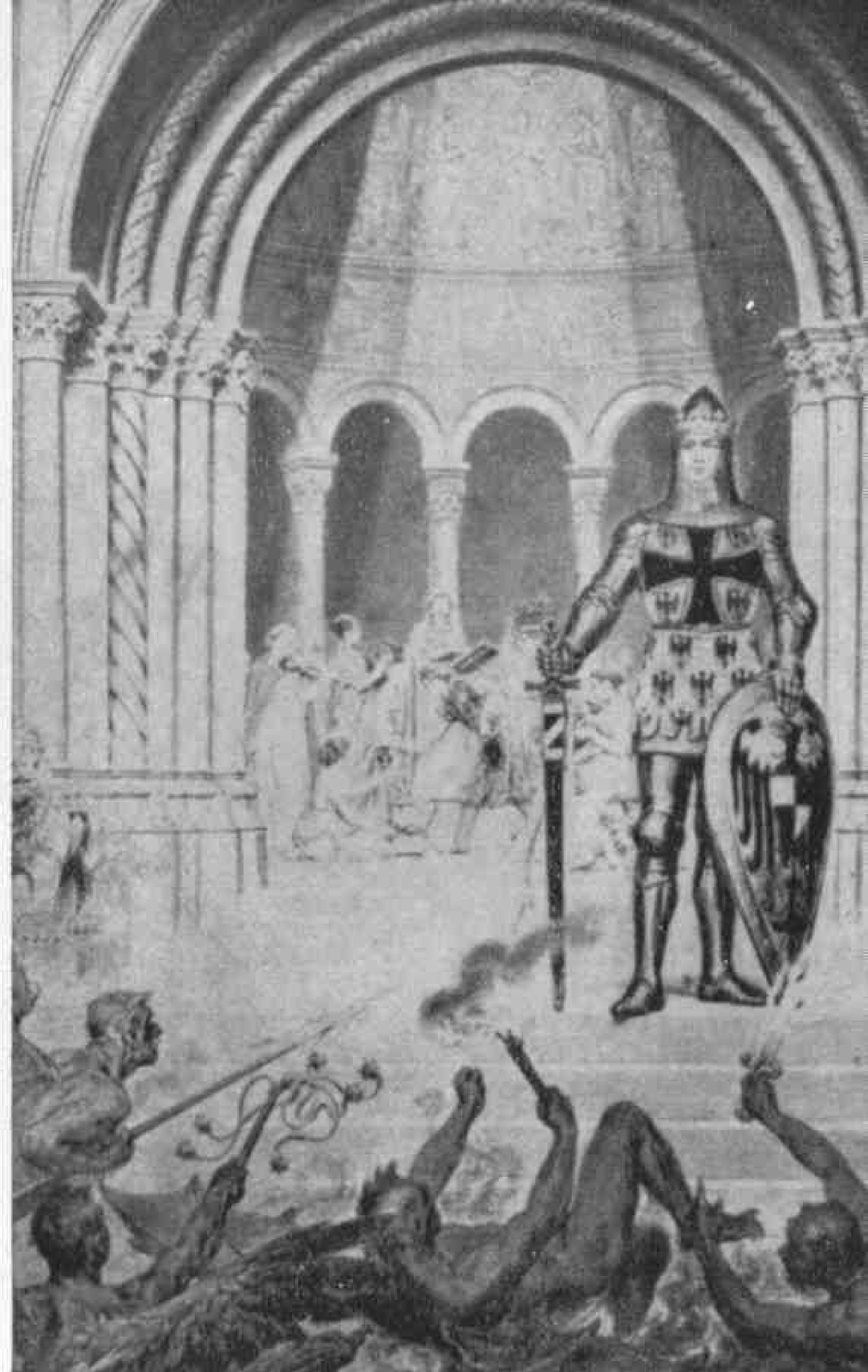
«Nuestro futuro está en el mar.» El Kaiser vistiendo el uniforme de almirante de la escuadra alemana, en cuya creación tanto interés puso.

tenía hijos, y declarando sucesor al Orleáns. Pero el primero no quiso transigir con la bandera tricolor, insistió en que debía restablecerse el pabellón blanco flordelisado, y Mac Mahon, que llevaba las negociaciones, no se sintió capaz de imponerlo al pueblo francés porque «era de temer que si se izaba la bandera blanca en el Ayuntamiento de París, los fusiles se dispararían solos».

Así, por necesidad, no por convicción, se instauró la Tercera República francesa, con sus dos Cámaras de diputados y senadores. Se ha repetido con harta frecuencia que un Parlamento de este tipo es como un carro con dos pares de mulas, uno que tira hacia delante y el otro hacia atrás. La votación adversa de la mitad más uno de los diputados o senadores obliga al ministerio a dimitir sin apelación. El resultado de este modo de gobernarse los países ha sido que, durante el período que va de 1871 a 1939, Francia, por ejemplo, ha cambiado noventa y dos veces de ministerio, y teniendo en cuenta que los ministerios de Clemenceau y Poincaré duraron más que de ordinario,

Manifestaciones boulangeristas en Francia. Grabado de la época.





«La Paz Germánica» en contraposición a la «Paz Británica». Dibujo del kaiser Guillermo II.

puede decirse que Francia ha cambiado de Gobierno casi dos veces cada año. El presidente de la República se elegía por la Asamblea Nacional constituida con todos los diputados y senadores reunidos en Versalles, y la duración de su mandato era de siete años. Pero era un puro fantasmón que sólo servía para encargar ministerios a los acróbatas jefes de las oposiciones cuando habían derribado un gobierno con una acalorada discusión y una votación a altas horas de la noche. Se ha dicho que el rey de Inglaterra reina y no gobierna, pero que el presidente de la República francesa ni reina ni gobierna. Así se explica que Casimiro Perier dimitiera a los cinco meses de la presidencia, dando por única excusa «la intolerable falta de atribuciones y la inutilidad del cargo».

Descartada, en fin, la oposición bonapartista, porque el príncipe imperial murió en el Africa inglesa, y reducidas a un mínimo las ambiciones de las dos ramas monárquicas, Francia tuvo que pasar por la vergüenza de un cuarto pretendiente, un general de opereta que se presentaba como salvador. Tan corrompida y desacreditada debía de estar la República establecida en el año 1870, que cuando en 1886 el general Boulanger empezó a manifestar ambiciones de poder personal, inmediatamente una gran parte del pueblo francés le reconoció como otro Napoleón. Jorge Ernesto Juan María Boulanger, de arrogante figura, se presentaba siempre a caballo de un negro alazán (los Napoleones habían montado, en cambio, caballos blancos) y excitaba al pueblo contra Alemania para la guerra de *revanche* con una frase efectista: «Recordad que en Alsacia nos esperan.» Tantas manifestaciones de elocuente militarismo hicieron creer que Boulanger, «el bravo general», sería el héroe que lavaría la vergüenza de la derrota de 1870. Durante cuatro años Francia tuvo que sufrir las baladronadas de Boulanger, hasta que por fin se dictó un auto de prisión contra «el bravo general», y éste no tuvo más remedio que escapar a Bélgica, donde se suicidó junto a la tumba de la que había sido su amante.

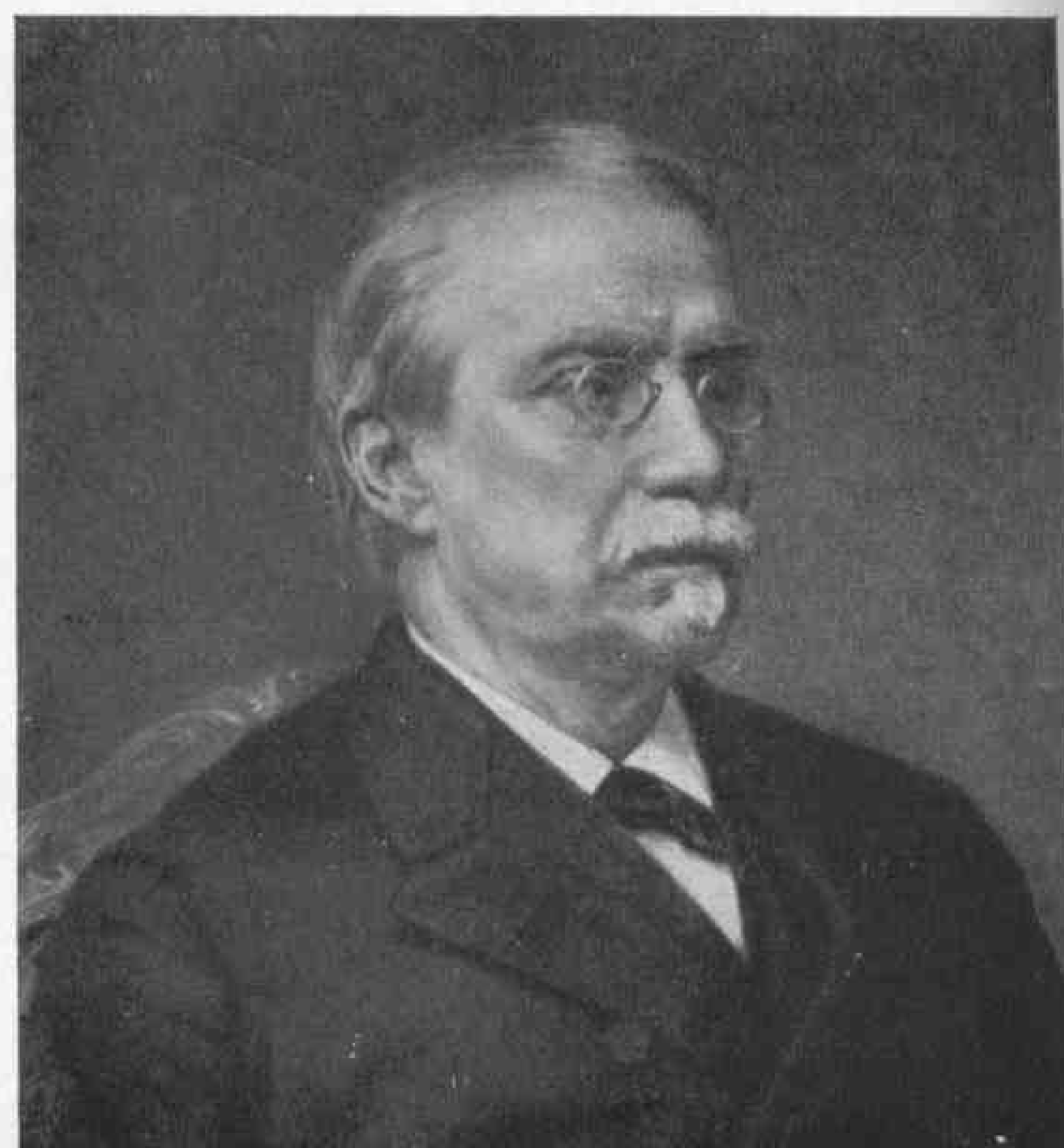
El ridículo del episodio Boulanger consolidó la República; el propio Papa aconsejó a los católicos que depusieran su actitud hostil con su encíclica de febrero del año 1892. Pero inmediatamente otra crisis hizo tambalear el régimen: el *affaire* Dreyfus, el cual reveló que no sólo la administración, sino también el ejército, estaban corrompidos. Hacía tiempo que, aprovechándose de todos los escándalos de la República, se venía haciendo apasionada campaña de antisemitismo. El fracaso del Canal de Panamá, la quiebra de varios Bancos, la venta de condecoraciones y cargos se atribuían a manejos inmorales de los judíos. Los altos oficiales del ejército se habían contaminado de esta idea, así es que cuando, en 1894, se descubrió que algún



Disolución del Parlamento de la primera República española por la Guardia civil.

miembro del Estado Mayor había vendido documentos importantes a la Embajada alemana, inmediatamente se acusó a un judío: al capitán Alfredo Dreyfus. Era éste de origen alsaciano, uno de tantos militares que después de 1870 prefirieron conservar su nacionalidad francesa a hacerse alemanes; no había en su conducta anterior nada que pudiera justificar la acusación. Sin embargo, se falsificaron pruebas documentales, y con un proceso de cuatro días a puerta cerrada se le condenó a degradación y deportación a la isla del Diablo, en la Guayana.

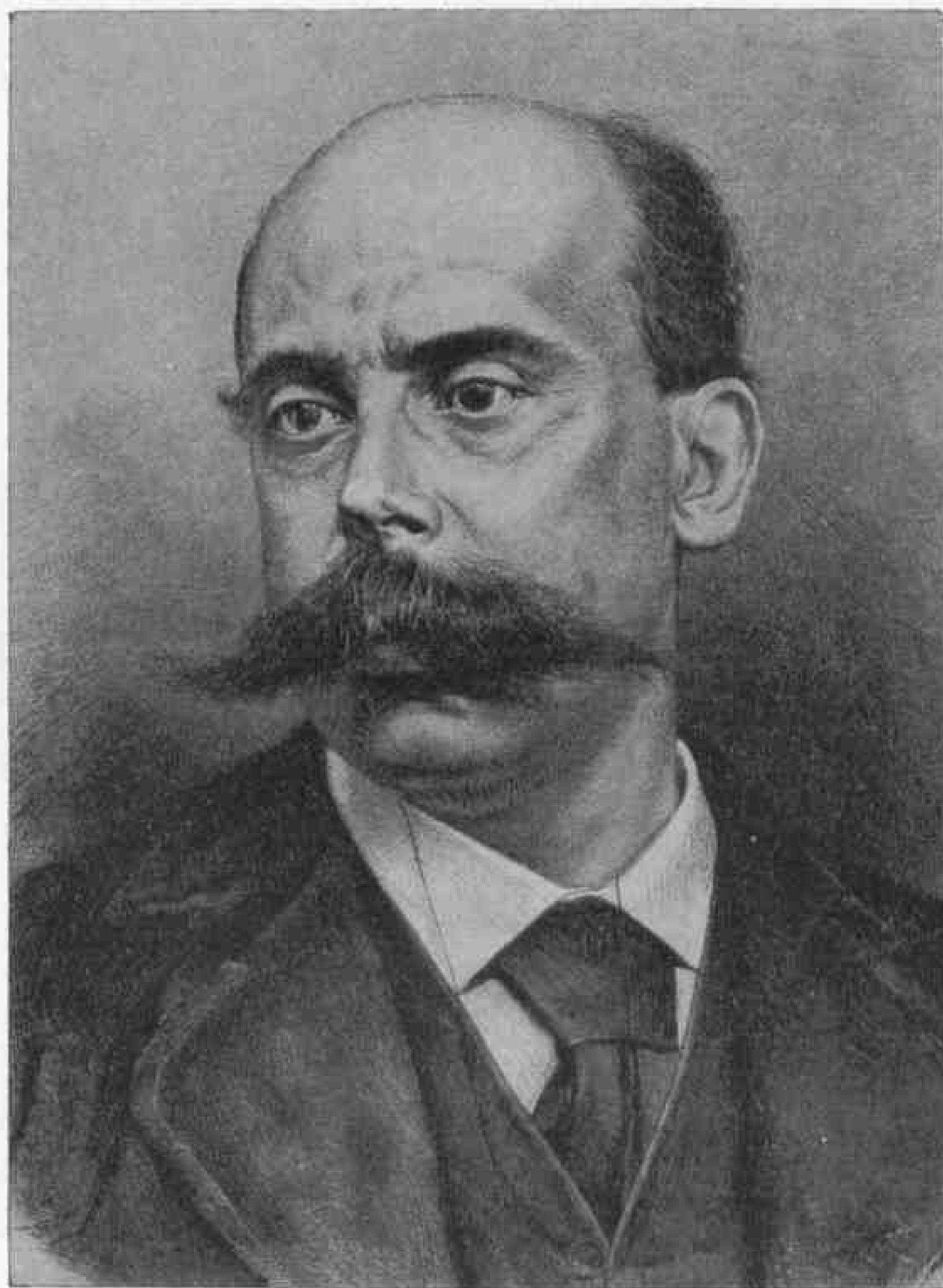
Sólo dos años después, el jefe de policía secreta militar, coronel Picquart, descubrió las falsificaciones y pudo precisar quiénes habían sido los autores de la substracción de documentos para venderlos a la Embajada alemana. En pago de sus revelaciones Picquart recibió la respuesta de que no era «deseable» revisar el *affaire,* lo que quería decir que Dreyfus acabaría pudriéndose en la isla del Diablo, y el mismo Picquart fue enviado en misión especial lejos de París, al desierto de Túnez. Las pruebas de Picquart convencieron a muchos políticos de que el Estado Mayor había procedido y seguía procediendo de la manera más inmoral en aquel asunto, pero no se



Antonio Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador español.

atrevían a manifestarlo para no producir un escándalo todavía mayor. Fueron los intelectuales no políticos quienes se encargaron de este enojoso servicio de proclamar la verdad y reparar la injusticia. El primero en romper el fuego contra el Consejo de Guerra fue Zola, que publicó en los periódicos una carta abierta al presidente de la República con la frase inicial «Yo acuso». La carta de Zola acusaba, no sólo a las autoridades militares que forjaron las pruebas del proceso Dreyfus, sino también a los altos magistrados de la República, de complicidad y protección del atropello. Zola fue procesado por difamación y, condenado, escapó a Inglaterra.

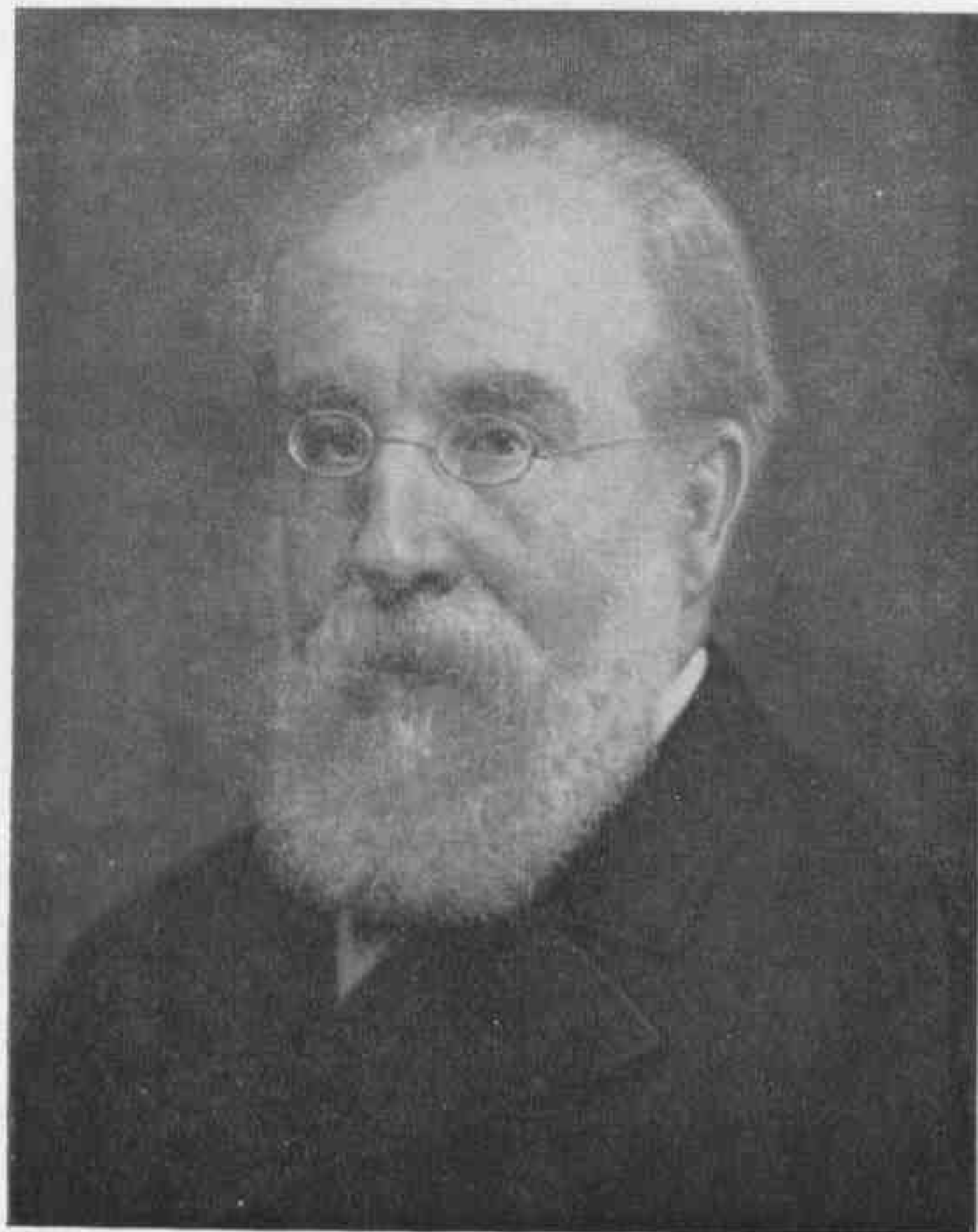
Pero la publicidad que su carta y proceso dieron al asunto despertó la opinión, y con el concurso de Clemenceau, Anatole France y otros intelectuales se consiguió la revisión del proceso y la rehabilitación de Dreyfus. No quedó duda de su inocencia; los dos verdaderos culpables confesaron, y hasta uno de ellos se suicidó. El *affaire* Dreyfus, que al parecer no debía acarrear sino el descrédito del Ejército y de la Magistratura, pilares inconmovibles de la sociedad francesa, perjudicó también a la Iglesia, puesto que la mayoría de los católicos se manifestaron antisemitas y se pronunciaron en contra de Dreyfus. Aprovechándose de la actitud de los católicos, los políticos franceses, en su mayoría masones, dictaron una serie de leyes contra la Iglesia. Desde 1904 restringióse a las Ordenes religiosas el derecho de sostener colegios, y en 1914 debían haber cesado en toda enseñanza; se denunció el Concordato, y se separó enteramente la Iglesia del Estado. El Papa protestó, pero pronto se vio que el clero francés recibía de las asociaciones de feligreses más de lo que antes recibiera, como emolumentos, del Gobierno, con lo que la situación de la Iglesia en Francia fue aún



Emilio Castelar, jefe republicano español.



Práxedes Mateo Sagasta, jefe liberal español.

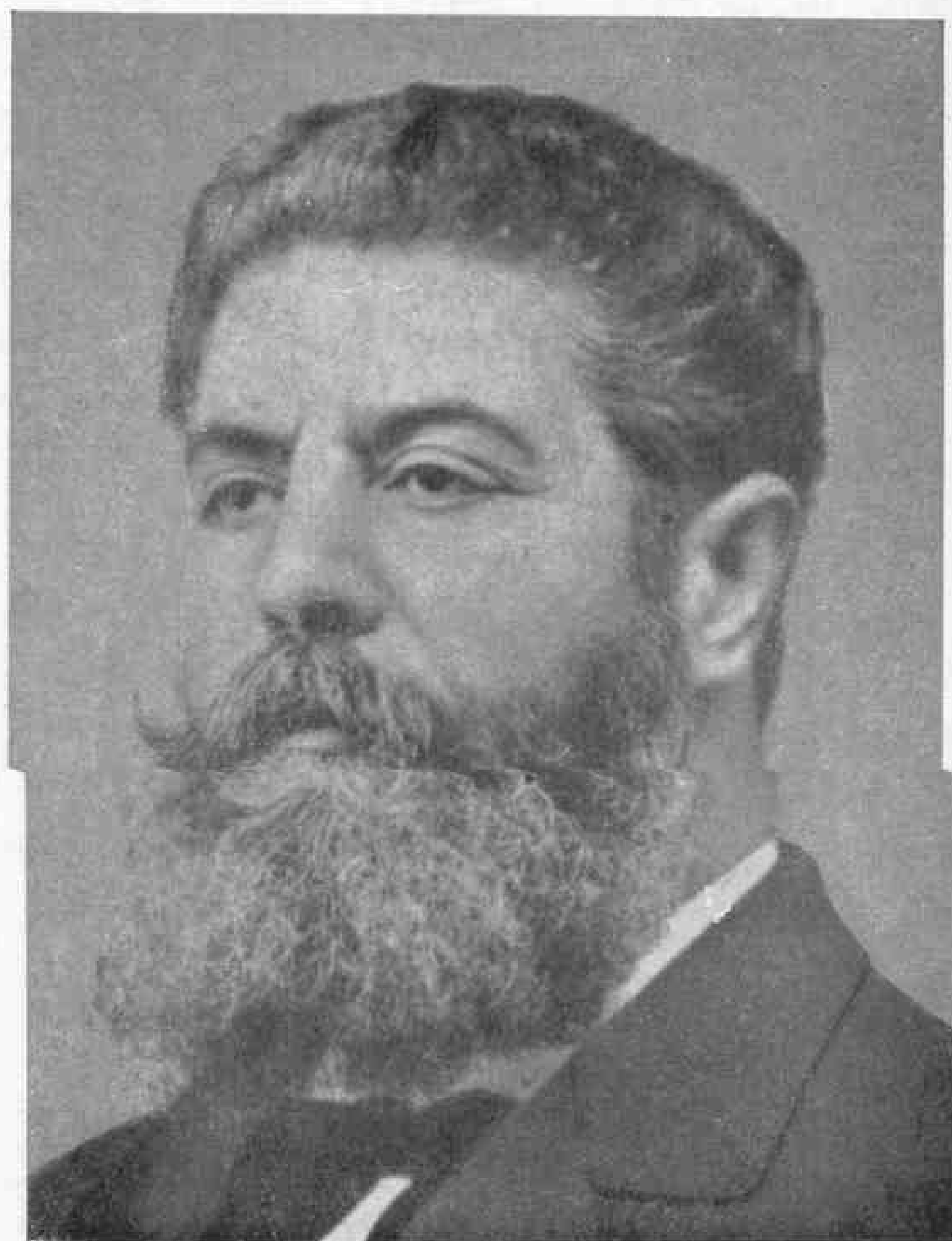


**Pi y Margall,
el apóstol del federalismo en España.**

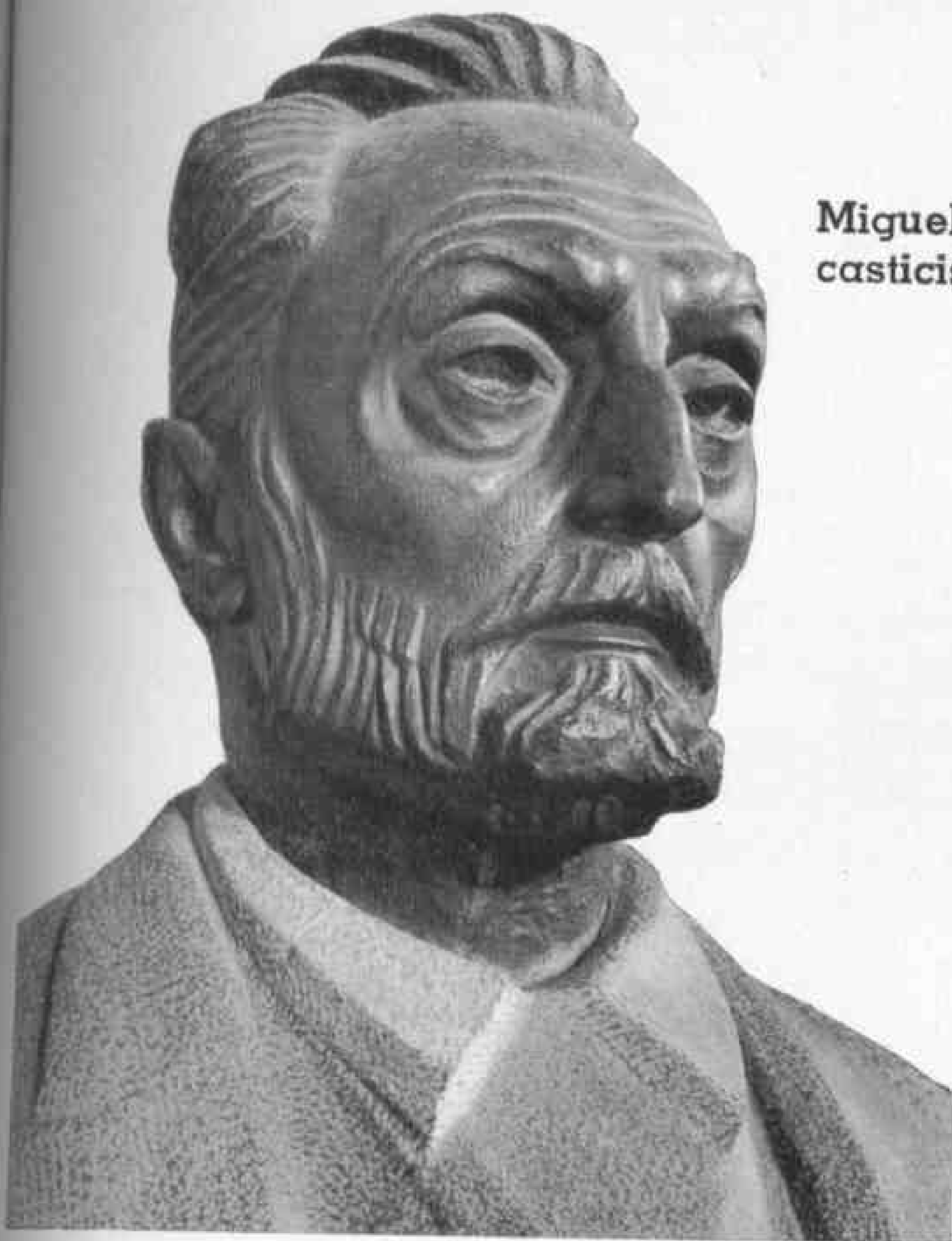
mejor que antes de estallar el famoso *affaire*.

Así corrieron en Francia los años de la Tercera República hasta la primera Guerra Europea, con episodios cómicos como el de Boulanger o trágicos como el de Dreyfus, que daban pasto a discusiones de café y controversias periodísticas y tema para caricaturas y aun para manifestaciones públicas con sus carreras y sustos, rotura de cristales y alguna que otra contusión, pero que no llegaban a producir el peligro de una guerra civil. Por esto el París de fines de siglo, disfrutando de la paz británica y de la prosperidad burguesa, era la ciudad alegre de Europa, con una alegría menos frívola que la de Viena, la verdadera capital de «fin de siglo».

Hemos referido con algún detalle lo que ocurrió en Francia desde 1870 a 1914, porque Francia fue precisamente el modelo de las naciones democráticas de entonces. Así, por ejemplo, en Italia se dio una Constitución con dos Cámaras, una de diputados y otra de senadores, pero mientras los senadores en Francia eran elegidos por sufragio indirecto, los senadores italianos eran nombrados por el rey. Los diputados eran elegidos solamente por los que pagaban contribución y sabían leer y escribir, lo que reducía el número de electores a dos millones. Puede decirse que la democracia en Italia era la gran farsa de la Europa Occidental; pero la nación se mantenía unida porque los políticos seguían engañando al pueblo con el peligro de las «reivindicaciones» de Austria y las «maquinaciones» del «prisionero del Vaticano». Mientras tanto se iban organizando los servicios del Estado unitario y creando escuelas: en 1914 Italia tenía ya cinco mil escuelas secundarias y veintiuna universidades, y el analfabetismo se había reducido al 50 por 100 del total del



Joaquín Costa, el profeta del *desastre* español y apóstol de la «europeización» de España.



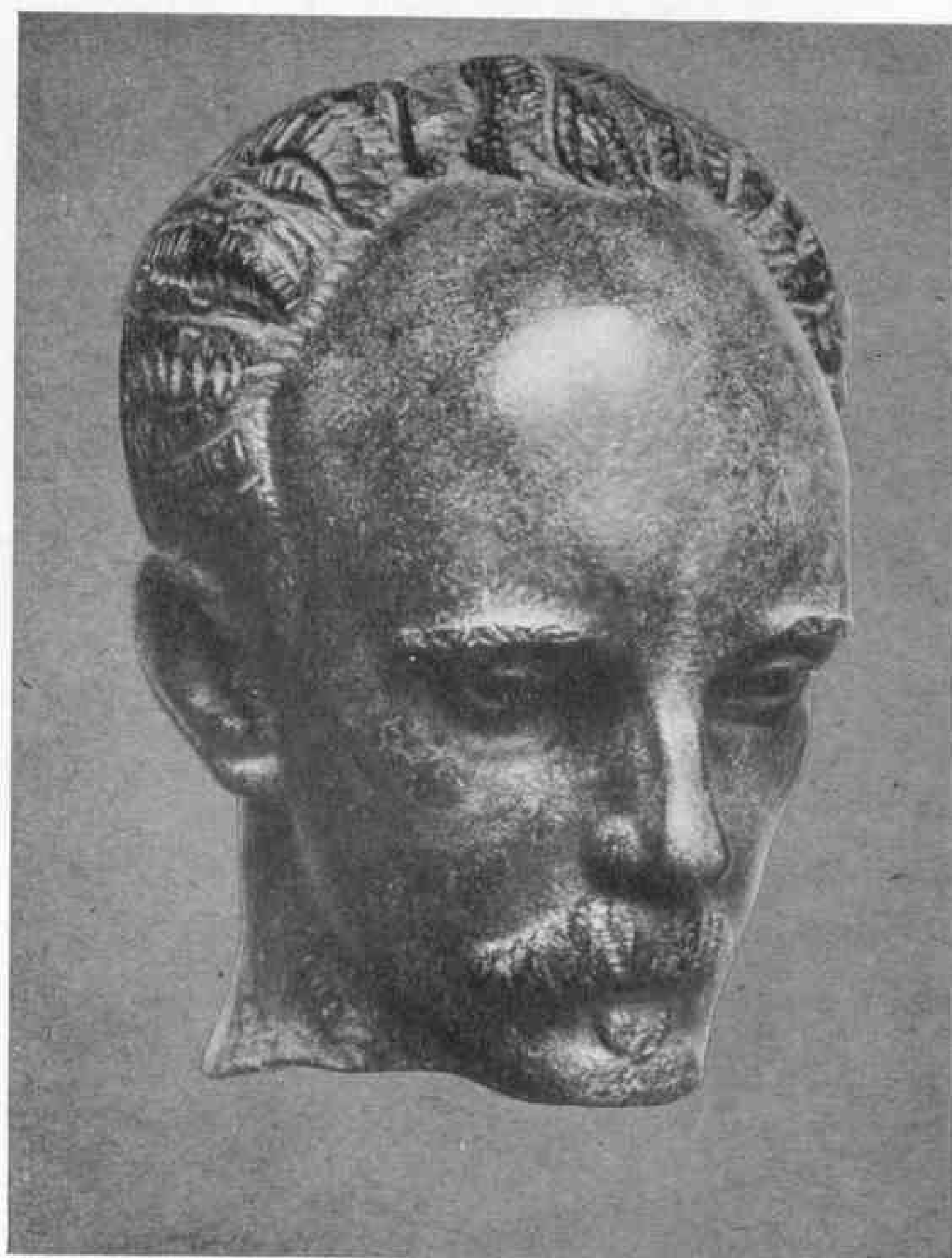
Miguel de Unamuno, partidario del retorno al casticismo, o sea de «españolizar» a España.

censo. También hubo escándalos: un desfalco del director del Banco que había hecho circular billetes con números duplicados, la *camorra* en Nápoles, la *maffia* en Sicilia... Pero se vivía aún en la ideología de la pasada revolución, y si los italianos tenían mala administración, era cosa suya, debida a sus políticos, mas no pasaban por el oprobio de verse mal administrados por extranjeros.

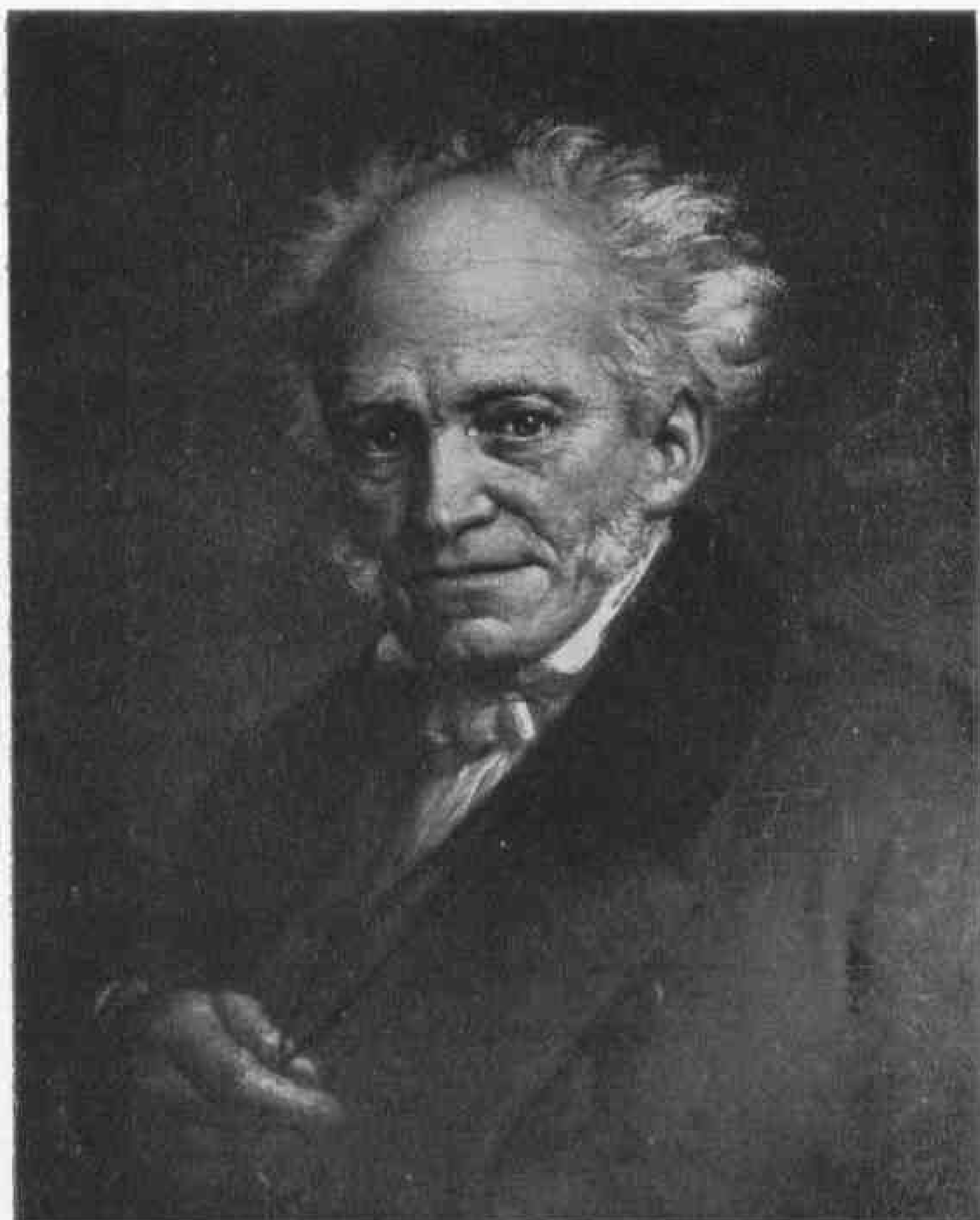
En Alemania, el período que siguió al año 1870, que debía emplearse razonablemente en asimilar y consolidar las conquistas de Bismarck, fue de alardes de poder. Guillermo II, el Kaiser (no otro Kaiser, sino «el Kaiser»), hacía cada año una exhibición de «la pólvora seca y la espada desnuda». Su «imperio debía estar en las olas», y para ello construía una escuadra y empezaba la construcción de la flota de submarinos. Además de avanzar por las olas, pretendía avanzar por tierra, hacia el Oriente, construyendo el ferrocarril de Berlín a Bagdad, con el consentimiento de Turquía. Con un monarca como Guillermo II, la política quedaba reducida a fiscalizar o más bien aprobar por un atemorizado Reichstag lo que iban realizando el casi divino Kaiser y su obediente canciller. Hubo también escándalos, se descubrieron infamias y sodomías en la camarilla del Kaiser, no faltaron casos de mala administración, se publicaron los horrores del régimen colonial alemán, y las provincias anexadas (Alsacia, Polonia, Schleswig) se agitaban. Pero el pueblo alemán encontraba compensación en la ciencia, en la música y la literatura; se creía predestinado a realizar conquistas espirituales ya que había conseguido su engrandecimiento material.

Austria, después de la pérdida de las provincias italianas, trató de reorganizar lo que le quedaba de su antiguo Imperio, no estableciendo una honrosa federación entre las diferentes nacionalidades que la componían, sino dando entera satisfacción sólo a Hungría. Esta fue elevada a la categoría de reino independiente, con la sola limita-

Busto de José Martí, el apóstol-poeta-estadista cubano. Palacio Nacional. La Habana.

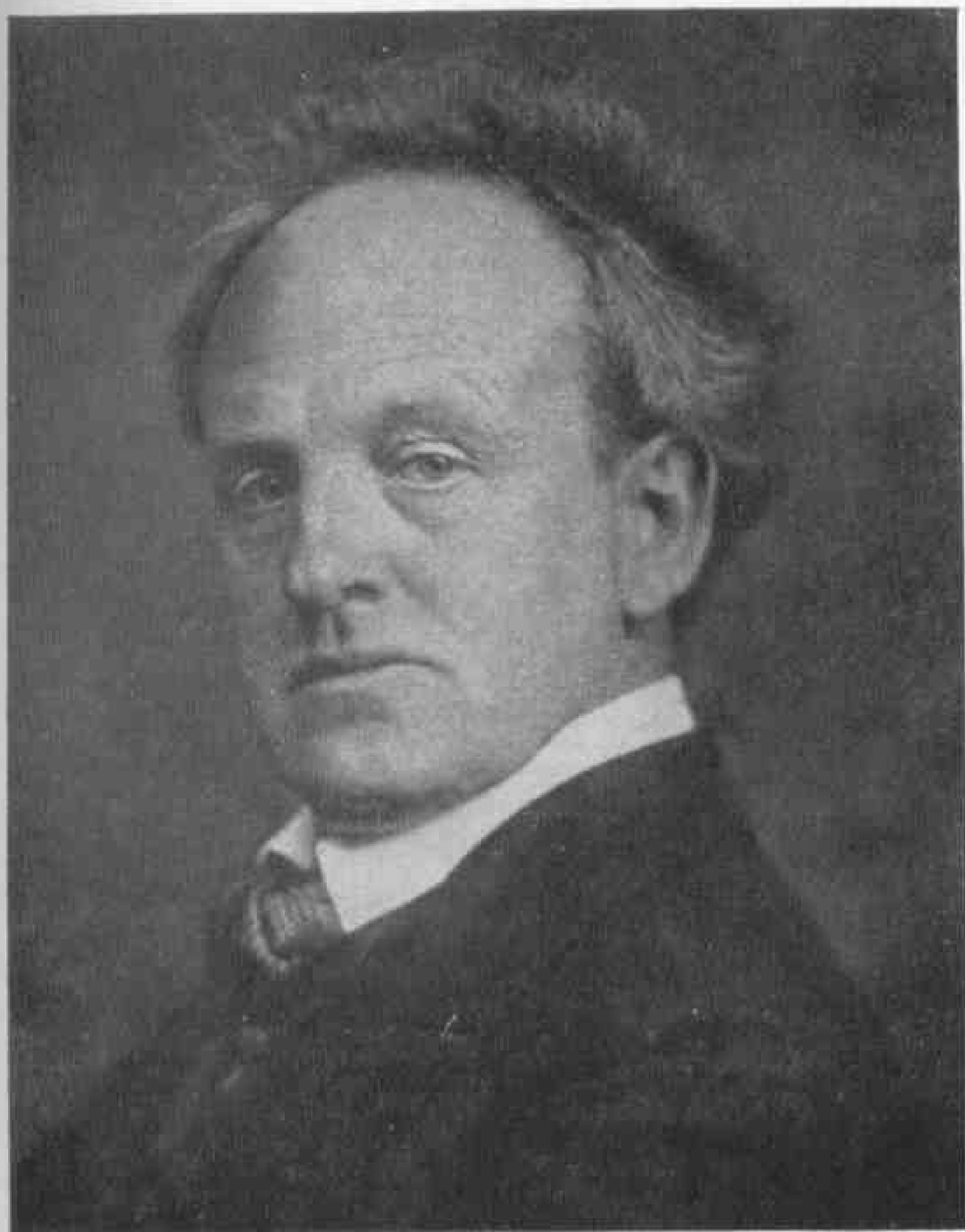


ción de que tendría la misma bandera que Austria y que el Emperador sería al mismo tiempo rey de Hungría. Desde entonces se habló de la Dual Monarquía, con dos parlamentos, dos ministerios, dos códigos civiles y dos lenguas oficiales. Austria y Hungría, combinando sus recursos, podrían imponerse a los demás pueblos del valle del Danubio; mas, para que se comprenda el mosaico de nacionalidades que mantenían sujetas, diremos sólo que Austria incluía Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Bucovina, Istria, Estiria, Carniola, Carintia y Dalmacia; Hungría, por su parte, incluía, dentro de sus fronteras, Transilvania, Croacia y Eslavonia. Todos estos pueblos hablaban lenguas diferentes, practicaban diferentes religiones y tenían historias a menudo gloriosas por haber peleado contra sus actuales señores húngaros o austríacos. Se ha repetido hasta la saciedad la «frase hecha» de que si la monarquía austrohúngara no hubiese existido, se habría tenido que producir artificialmente... pero no como era antes de la guerra de 1914. La prueba es que los bohemos y moravos desertaron así que empezó la guerra, y ni aun los exclusivos beneficiarios del régimen de la Dual-Monarquía, húngaros y austríacos, andaban de acuerdo en cuestiones tales como las del ejército, que tenía un solo Estado Mayor, y en la distribución de los gastos.



A. Schopenhauer.
Biblioteca Municipal de Francfort del Main.

Las naciones escandinavas: Dinamarca, Suecia y Noruega, proseguían lentamente su evolución cultural y política. Para ellas el Parlamento (Rij o Riks) no era cosa exótica, sino de tradición antiquísima. Se trataba solamente de aumentar el número de electores, no deteniéndose hasta el sufragio universal, incluso para las mujeres, a lo que se llegó sin conflictos. Pero nada indica la capacidad política de los escandinavos como la solución de la crisis entre Suecia y Noruega el año 1905. Noruega, anteriormente, era un reino separado y se había unido a Suecia a raíz del Congreso de Viena. Fue el premio que se dio a Bernadotte, general de Napoleón, hecho por Bonaparte monarca de Suecia, que luego rehusó ayudar a su antiguo amo durante los Cien Días. Noruega no asintió nunca a esta pérdida de independencia, y aunque aceptaba el tratamiento de reino «libre, independiente e indivisible, unido a Suecia con un mismo rey», reivindicaba el derecho a tener cónsules noruegos y usar su bandera nacional. Se llegaron a movilizar ejércitos, y cuando la guerra parecía inevitable, Suecia, la más fuerte, cedió y los noruegos llamaron a un príncipe danés que fue coronado rey. Desde entonces las dos naciones, enteramente independientes, están más unidas que si hubieran vivido todos estos años regateándose concesiones. Dejamos para los capítulos siguientes el tratar de los acontecimientos en las naciones balcánicas porque fueron como el prólogo de la primera Guerra Europea, y por razones análogas dejaremos a Inglaterra fuera del cuadro, porque su principal preocupación en esta época,

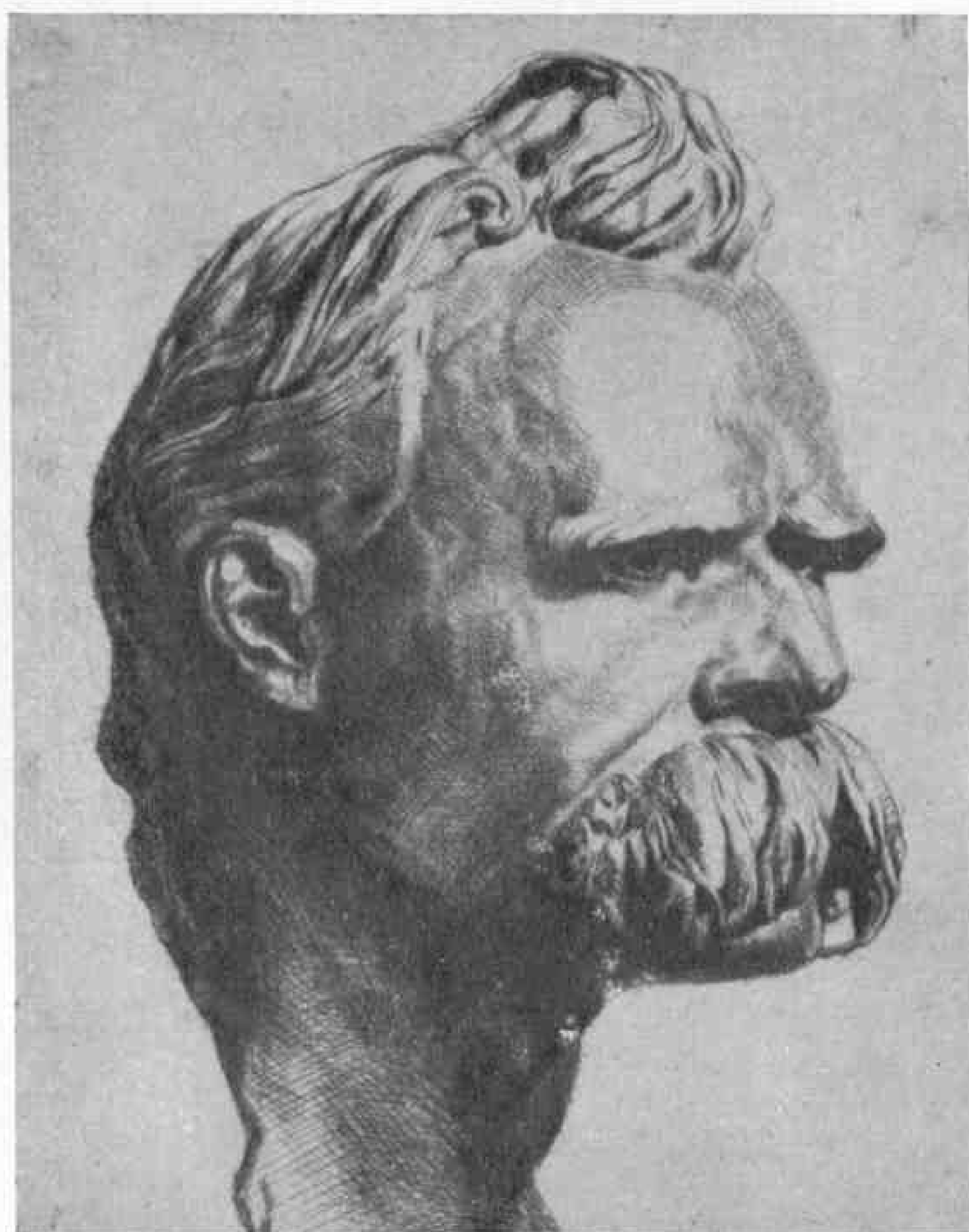


G. Hauptmann, al recibir el premio Nobel.

que fue la cuestión irlandesa, no se resolvió hasta más tarde.

En España, la revolución de 1868, una vez destronada Isabel II, reveló la interesante personalidad de Prim, que pareció que podía desarrollar dotes de estadista, pero que, lamentablemente, pereció asesinado. Los jefes de los partidos republicanos, Castelar, Salmerón, Pi y Margall, hicieron mejor papel como oradores de la oposición en la monarquía restaurada que como estructuradores de su efímera república, cuyo Parlamento disolvió el 3 de enero de 1874 el general Manuel Pavía por la fuerza de las armas. Se constituyó un Gobierno provisional que tuvo como principal preocupación la guerra carlista que se iba arrastrando, con intermitencias, desde 1834, a causa de las pretensiones de Don Carlos, hermano de Fernando VII, y de sus descendientes, a la corona de España, en perjuicio de Isabel II y su hijo. Esta guerra duraba ya largo tiempo, pero las fuerzas carlistas creyeron que había llegado su hora y realizaron el último esfuerzo y ocuparon Teruel y Cuenca; ante estos éxitos, el Gobierno estableció un plan metódico de campaña que sus fuerzas cumplieron reconquistando todos los territorios ocupados por aquéllos y obligando al pretendiente a volverse a Francia. Por otra parte, todos los políticos españoles querían llamar al legítimo rey, hijo de Isabel II, pero nadie se atrevía a hacerlo. Cansado de dilaciones, el general Martínez Campos proclamó en Sagunto al rey Alfonso XII consumando así la restauración de la dinastía borbónica. En ella descolló la figura de Cánovas del Castillo, desde el año 1876, en que redactó la Constitución, hasta el 1897, en que fue asesinado. La mencionada Constitución establecía dos Cámaras: el Senado, compuesto de Grandes de España y dignatarios que se sentaban en los escaños por derecho propio o por designación real, y el Congreso, con diputados elegidos por sufragio universal, que apenas se ejercía sino en las grandes capitales. De antemano los jefes políticos llenaban el «encasilla-

F. Nietzsche. Museo Nietzscheano.





León Tolstoi en 1901, cuadro de Elja Efimovich Repin.

do» de diputados con adictos al partido y «cuneros», y sólo dejaban algunos distritos libres para la oposición, con objeto de mantener la apariencia de régimen democrático.

El problema de mayor gravedad con que tropezaron tanto el reinado de Alfonso XII como la regencia de su esposa María Cristina fue el de la guerra de Cuba, que iba a tener por resultado la liquidación de los restos de aquel imperio en que nunca se ponía el sol.

Cuba se rebeló en 1868 al «grito de Bayre». La «guerra larga», la guerra de diez años, duró hasta 1878. Se terminó con la «paz del Zanjón», en la que España consentía en dar a Cuba un régimen provincial autonómico, como «el que entonces se estaba discutiendo para Puerto Rico». Pero las Cortes españolas nunca llegaron a aprobar aquella ley que se discutía para Puerto Rico. Esto tenía que producir necesariamente otra rebelión. La organizó José Martí, una de las pocas figuras de apóstol iluminado que ha producido la América latina. Martí conspiraba desde Nueva York; se ganaba la vida dando lecciones de español a cincuenta centavos la hora y empleaba en preparar insurrecciones los recursos que reunía de los clubs de separatistas. Varias intentonas fracasaron. Por fin, en 1895, desembarcaron a la vez José Martí, que llegaba de los Estados Unidos; Máximo Gómez, de Santo Domingo, y Antonio Maceo, de Costa Rica. En conjunto se reunieron un centenar de insurrectos, que, hambrientos y fatigados, trazaron su plan de campaña. Según él, Martí era reconocido como jefe supremo de la revolución y Máximo Gómez nombrado general en jefe, el cual constituyó a Maceo en jefe de la provincia de Oriente. El 24 de mayo, en una acción de guerra, los insurrectos tuvieron cinco bajas, dos muertos y tres heridos; uno de los muertos, de un balazo en la frente, era Martí. Martí no sólo era un patriota, sino que era también un gran pensador y el escritor más elocuente y más profundo que ha producido Hispanoamérica. Hombre de gran corazón, su moral y más que nada su vida pueden

Björnson, por Werenskjol.
Galería Nacional. Oslo.

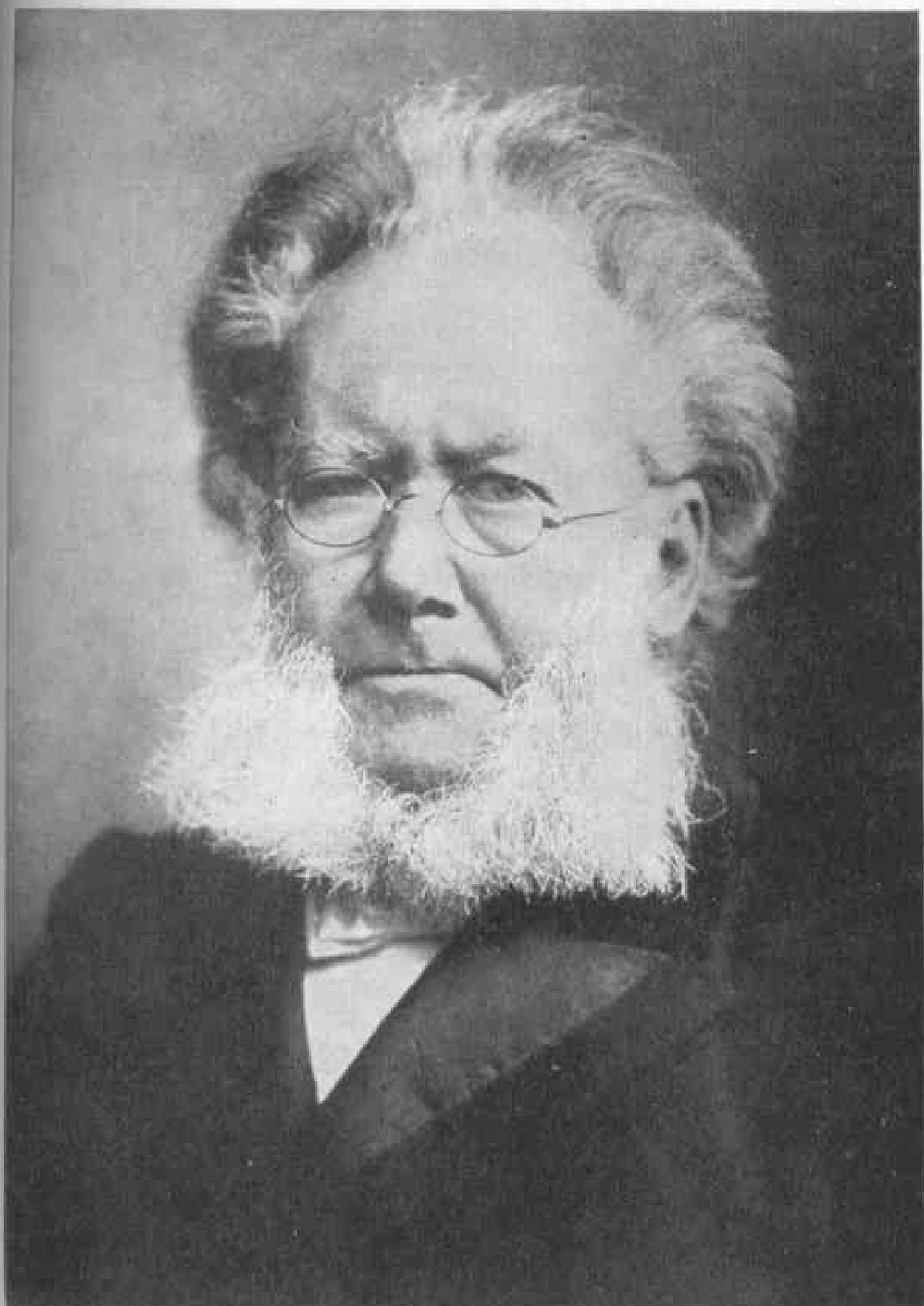


resumirse en la frase «Libertad es el derecho que tiene cada hombre de cumplir con su deber». Fue por esta libertad por la que trabajó y murió.

Desaparecido el que tenía que ser la cabeza de la revolución, Máximo Gómez y Maceo continuaron las operaciones y trataron de no recaer en el error de la guerra de los diez años, en la que los políticos y abogados mambises pretendían resolver los asuntos militares con juntas, parlamentos de manigua y presidentes de República con uniforme y espadín. Maceo, enarbolando la tea incendiaria, atravesó la isla desde Oriente hasta el cabo más occidental; incendió todo lo que encontró al paso, hasta los ingenios de aquellos hacendados que habían pagado su tributo para evitarlo. Se cuenta que desde el mar, cuando «la invasión» de Maceo, se veía la isla envuelta en el humo de los cañaverales ardiendo.

Weyler, que substituyó a Martínez Campos, obligó a todos los campesinos cubanos a concentrarse en lugares donde hubiera cabeceras de división o brigadas de tropas y dio nuevo brío a la campaña militar, aunque no consiguió dominar la situación. La guerra, llevada por ambas partes con violencia, dio motivo a que los Estados Unidos, que no olvidaban sus intereses en Cuba, se quejaran de los perjuicios que les ocasionaba.

Ante la más o menos velada amenaza de intervención, España se apresuró a cambiar por completo la administración de la isla, y en 1897 se proclamaba la nueva constitución. Por último, y como la guerra continuase, el presidente Mac Kinley exigió de España la venta inmediata de la isla; para complicar más las cosas, el 15 de febrero de 1898 se hundió en aguas de La Habana el acorazado norteamericano *Maine*, cuya voladura se achacó a los españoles, infundio que ha sido completamente desmentido y aclarado el hecho en la actualidad. Ello, sin embargo, motivó la intervención armada de los poderosos Estados Unidos.



Henrik Ibsen.

Tras la derrota de la escuadra española en Santiago de Cuba, la ciudad se rindió y poco más tarde los Estados Unidos ocupaban la isla de Puerto Rico. Por otra parte, en las Filipinas, atacadas por la escuadra del comodoro Dewey, se rindió Manila, con lo cual la posición de España en las islas quedaba muy comprometida.

España pidió la paz. Las negociaciones del tratado de París fueron vergonzosas para España, porque perdió hasta lo que no debía perder (las Filipinas), y para los Estados Unidos, porque ganaron hasta lo que no debían ganar (Puerto Rico, leal todavía a España). Las Filipinas se vendieron, mejor diríamos se regalaron, por la indemnización de veinte millones de dólares en que se evaluaron las obras públicas que los españoles habían ejecutado en las islas durante cuatro siglos.

Caricatura de Oscar Wilde, esteta decadentista de fin de siglo.

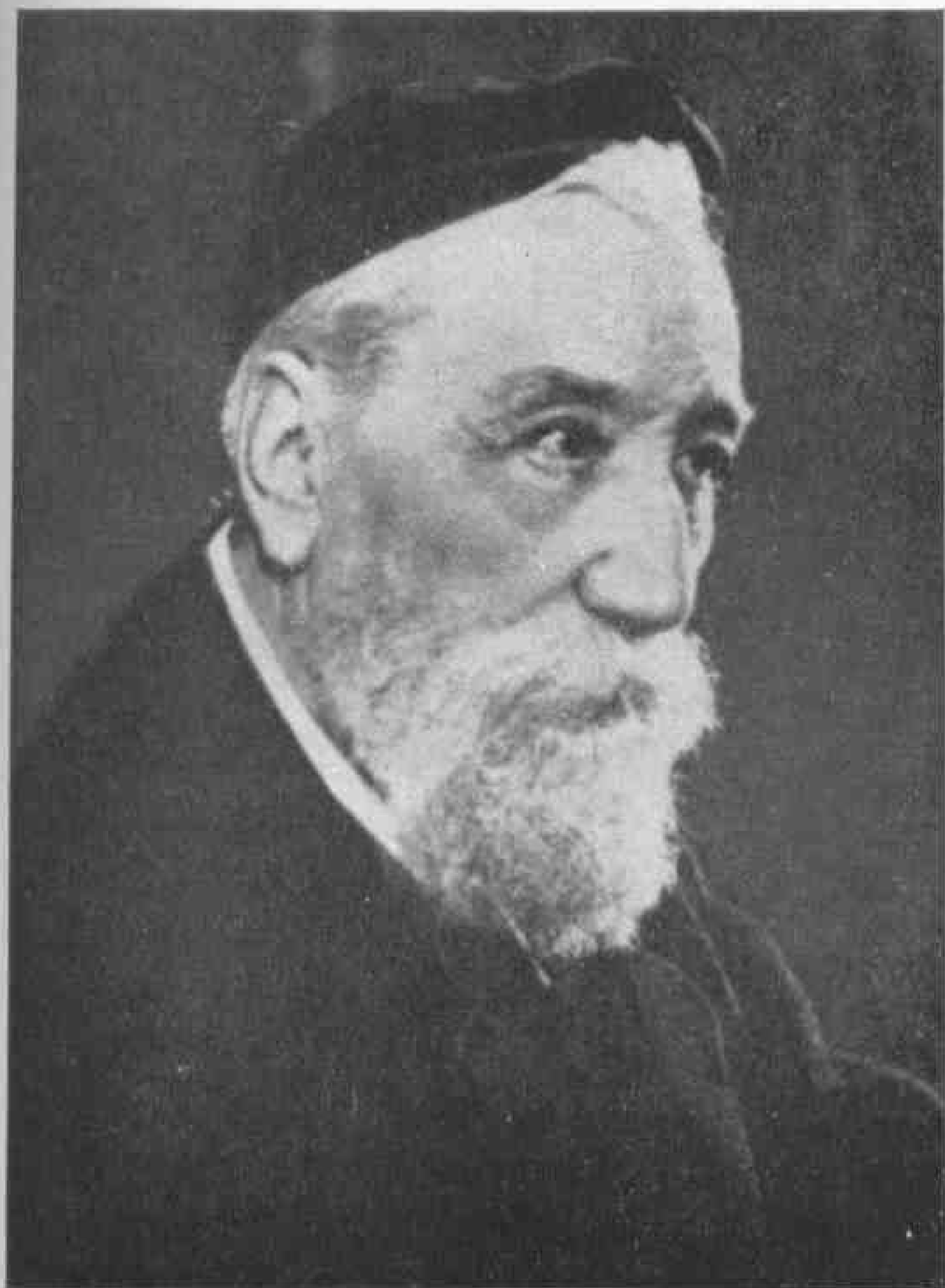


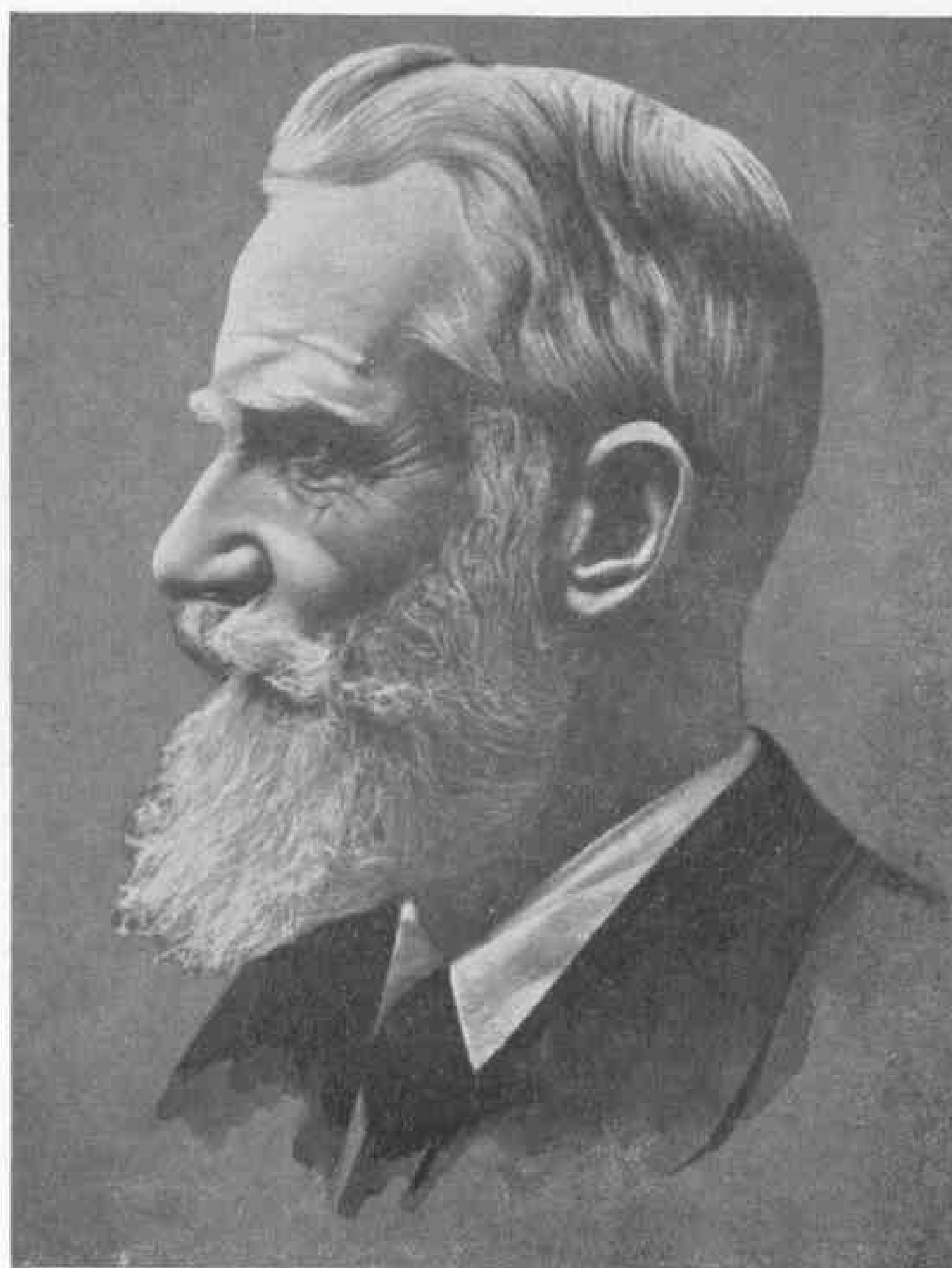
Este fue «el desastre» para España. Antes y después del *desastre* quiere decir, para los españoles, antes y después de 1898. España ya no fue la misma después del desastre; continuó con el mismo régimen, continuó con sus toros, con sus bailes y verbenas, pero poniéndose una careta para reír, porque su alma estaba triste. Costa resumió este sentimiento de abdicación del heroísmo diciendo que debía cerrarse con siete llaves el sepulcro del Cid. Predicó la *europeización* de España; en cambio, otro escritor, Miguel de Unamuno, filósofo y profesor de Universidad, propuso como remedio, la *intensificación* de la hispanidad, y Gavinet simplemente la *africanización*.

Con excepción de España, las naciones de la Europa Occidental acabaron el siglo tranquilamente, sin darse cuenta del nubarrón que se iba formando y que tenía que producir la Guerra de 1914. Todo en literatura, arte, filosofía y ciencia revelaba un progresivo abandono de los principios de la moral y ciencia positivista de la generación anterior.

Al utilitarismo predicado por Spencer y Stuart Mill, que al fin y al cabo exigía un mejoramiento general de la especie, para que todos cooperasen al objetivo que se perseguía, que era la felicidad individual, sucedía el frío y árido pragmatismo. Para un hombre de fines del siglo XIX, la bondad de un acto estaba en relación del bien inmediato que producía, y la veracidad de una hipótesis dependía únicamente de sus posibilidades prácticas. El bien y la verdad absoluta se habían alejado de la faz de la tierra, amenazándonos con no reaparecer nunca jamás.

En el campo académico de la filosofía influían aún, y más que nunca, los escritos

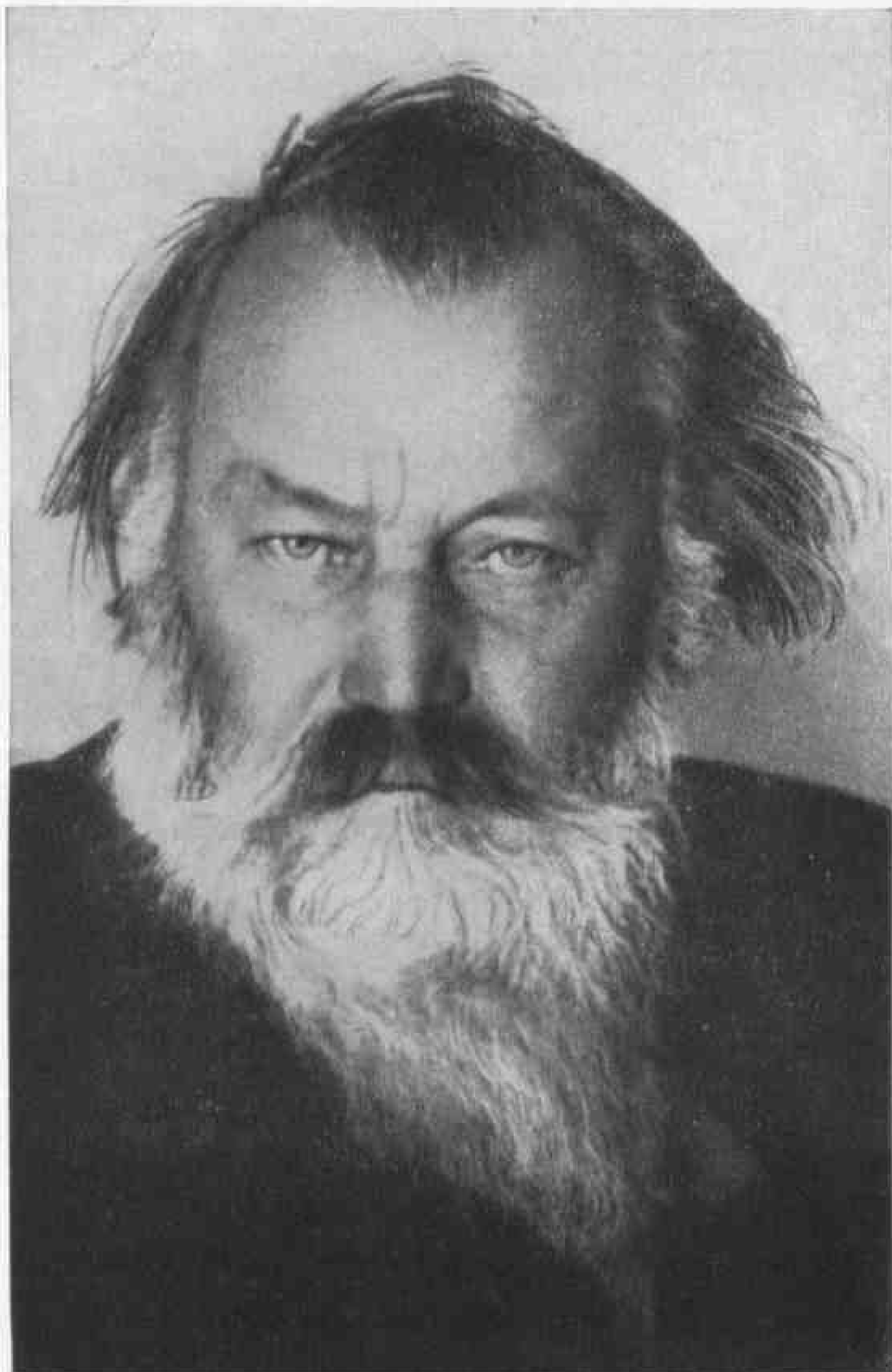




Anatole France. Bernard Shaw.
Críticos mordaces de la sociedad burguesa «fin de siglo».

de Schopenhauer. Nacido en Danzig, en el año 1788, publicó sus ensayos y tratados de filosofía en la primera mitad del siglo (1836-1851), pero no fue el profeta de su generación; se resignó, aunque protestando, de verse postergado por los discípulos de Hegel y otros filósofos idealistas que aún intentaban desentrañar los fenómenos del universo y del alma con teóricas concepciones de pura ideología. «El mundo como idea», decían los hegelianos... «Sí, pero la idea que yo me hago», repetía Schopenhauer. «El mundo es mi idea, y la idea es lo que desea mi voluntad.» «Al pasar cuentas — dice Schopenhauer —, si nos equivocamos es en nuestro favor.» «No trates de convencer a nadie si no desea ser convencido.» «¿Qué es lo que produce las cosas? Lo mismo que produce los actos: simple voluntad.» Por voluntad la Naturaleza ha hecho al hombre; la planta se diferencia del animal porque tiene menos deseo o voluntad.

Este Evangelio del alma-mundo como voluntad, sobre todo encarnada en el hombre, fue exagerado líricamente por Nietzsche. Nacido en 1844, publicó en 1872 su primer libro sobre el *Origen de la Tragedia,* y los dos que más influyeron en su época, *Humano, demasiado humano,* y *Así hablaba Zaratustra,* en 1878 y 1883. Para Nietzsche, la moral es simplemente la exaltación del individuo; todo acto que contribuya a la superación de sus limitaciones naturales es justo y deseable. Es un deber elevarnos a una mejor humanidad, pero no producida por cultura, filantropía y socialismo, sino por el desarrollo de las facultades individuales, aunque este excesivo crecer de uno solo produzca el atraso de los demás, convertidos en esclavos. Nietzsche predicaba sus principios en un estilo poético fascinador; a menudo usaba el verso libre, y sus escritos eran mejor para cantados que para leídos. Generalmente es un apóstol imaginario, Zoroastro (Zaratustra), quien habla. Un día Zaratustra bajó de la montaña donde meditaba y vio un corro de gente contemplando un equilibrista que pasaba la cuerda. El infeliz cayó y quedó muerto; Zara-



Brahms.

que son los grandes adoradores, son los dardos que, lanzados, tratan de llegar a la otra orilla.»

Todo esto es más que el culto a los héroes de los románticos y la aristocracia del talento de los últimos positivistas. Y era dicho con tal fuego, con tal pasión, que se contagiaba a las almas jóvenes. Extraño caso el de Nietzsche; el que así hablaba era un pobre enfermo, inútil para el servicio militar, solo, errante, que acabó loco. Nietzsche murió en 1897, después de ocho años de completa obscuridad mental. Por aquel entonces Bergson empezaba a hablar ya del *élan vital,* el impulso actual de la vida, y la *évolution créatrice,* todo ello realizado sin ninguna fuerza exterior ni ulterior a la Naturaleza.

Los arrebatos de Nietzsche influyeron grandemente en el pensamiento europeo de fines de siglo, pero por su carácter excesivo no pudieron aplicarse totalmente sus doctrinas. Con todo, se nota su influencia en los grandes escritores de la época; Gerardo Hauptmann escribió sus mejores dramas: *Los tejedores, El abrigo de castor* y *La campana sumergida,* en los últimos años del siglo XIX. Casi no puede decirse que Hauptmann sea nietzscheano; es más bien un socialista retardatario. Pero el espíritu de Nietzsche ya se manifiesta en su contemporáneo Sudermann, quien nos presenta en sus obras personajes que sostienen

tustra lo recogió y lo enterró porque había sido valiente para arriesgarse en aquel ejercicio. «Vivid con peligros—clamó—; construid ciudades en la falda de volcanes; enviad vuestros buques a mares inexplorados; vivid en estado de guerra.» Así habló Zaratustra y la generación europea de fin de siglo le escuchó atentamente: «El que haya de ser creador del bien y del mal tiene que empezar por ser destructor. Así del mayor daño nacerá el mayor bien.»

«Los dioses murieron, pero el superhombre vive... — Déjame enseñarte, superhombre: el hombre debe ser superado. ¿Qué has hecho para superarle?... El grande hombre es el camino, no el punto de llegada. Amo a los que viven pereciendo, porque buscan el más allá. Amo a los que desprecian, por-



Richard Wagner.

una intensa lucha para desplegar completamente su personalidad.

El mismo deseo de intensificar la vida, aceptando sus dolores, pero con la compensación de sentirse libres y árbitros de sus propios destinos, muestran los protagonistas de los dramas de los grandes escritores escandinavos de fin de siglo: Ibsen, Björnson y Strindberg. El más genial de los tres, el verdadero exponente del alma europea de su tiempo, Ibsen, nació en la pequeña ciudad de Grimstad en 1828. Sus comienzos fueron difíciles, pero no cesó en su empeño. «Siempre me ha gustado el temporal», dice Ibsen, enemigo de toda hipocresía, de toda falsedad, de las convicciones a medias. A pesar de estas «cualidades», Ibsen fue nombrado director del teatro nacional de Cristianía, puesto que sólo conservó por espacio de cinco años. Después fue uno de los cinco escritores pensionados de por vida que mantiene el Gobierno sueco. Es casi superfluo mencionar siquiera los títulos de los dramas de Ibsen; todos los lectores cultos se acuerdan de *Los Pilares de la Sociedad, El Enemigo del Pueblo, La Casa de Muñecas, Espectros,* etc., producciones en que, bajo la apariencia de la realidad diaria, en medio de una atmósfera convencional, se destacan personajes que dicen en alta voz, frente al gran público, algo que Nietzsche había insinuado para los supercultos. «La minoría siempre tiene razón; el hombre fuerte es el que va solo», dice el doctor Stockmann del *Enemigo del Pueblo*. En *La Casa de Muñecas,* al despedirse de su marido para vivir otra vida que la de mediocridad burguesa, Nora dice: «Yo soy por lo menos tan humana como eres tú.» En fin, he aquí una frase de Ibsen que revela toda la mentalidad de la época: «Lo importante es ser honrado con respecto a uno mismo y hacer lo que se tiene que hacer de acuerdo con la propia conciencia. Todo lo demás conduce a la mentira... Acepta animosamente tus derrotas; no transijas.»

Este héroe ibseniano crece hasta proporciones heroicas en *Brandt*. Es la verdadera epopeya europea de fines del siglo XIX. Representa lo que fue el *Fausto* de Goethe para la generación romántica; lo que fue la *Divina Comedia* para los escolásticos; es la *Eneida,* la *Ilíada* de la generación nietzscheana. Brandt, pastor protestante, trata de resolver sus problemas de conciencia y pretende vivir de acuerdo con las necesidades de la vida, pero no de la vida natural ni de la vida tal como se manifiesta en las fórmulas sociales, sino de la vida humana, real, eterna, que está reapareciendo en cada hombre y es ahogada por convencionalismos. Brandt es vencido, lo pierde todo, pero no su alma. Pierde hijo, esposa, reputación, posición, pero no se pierde a sí mismo. Brandt es un Dante sin más Beatriz que su propia conciencia.



Richard Strauss.

Strindberg, apasionado nietzscheano, admira al hombre hasta en su vulgaridad, en oposición a la mujer, que confina a los quehaceres del hogar. Los héroes de Strindberg triunfan de la multitud y del sexo; no se dejarían vencer como Brandt para salvar sus convicciones. Björnson, noruego como Ibsen, no salió de su país y participó intensamente en la vida nacional. En el año 1903 se le concedió el premio Nobel

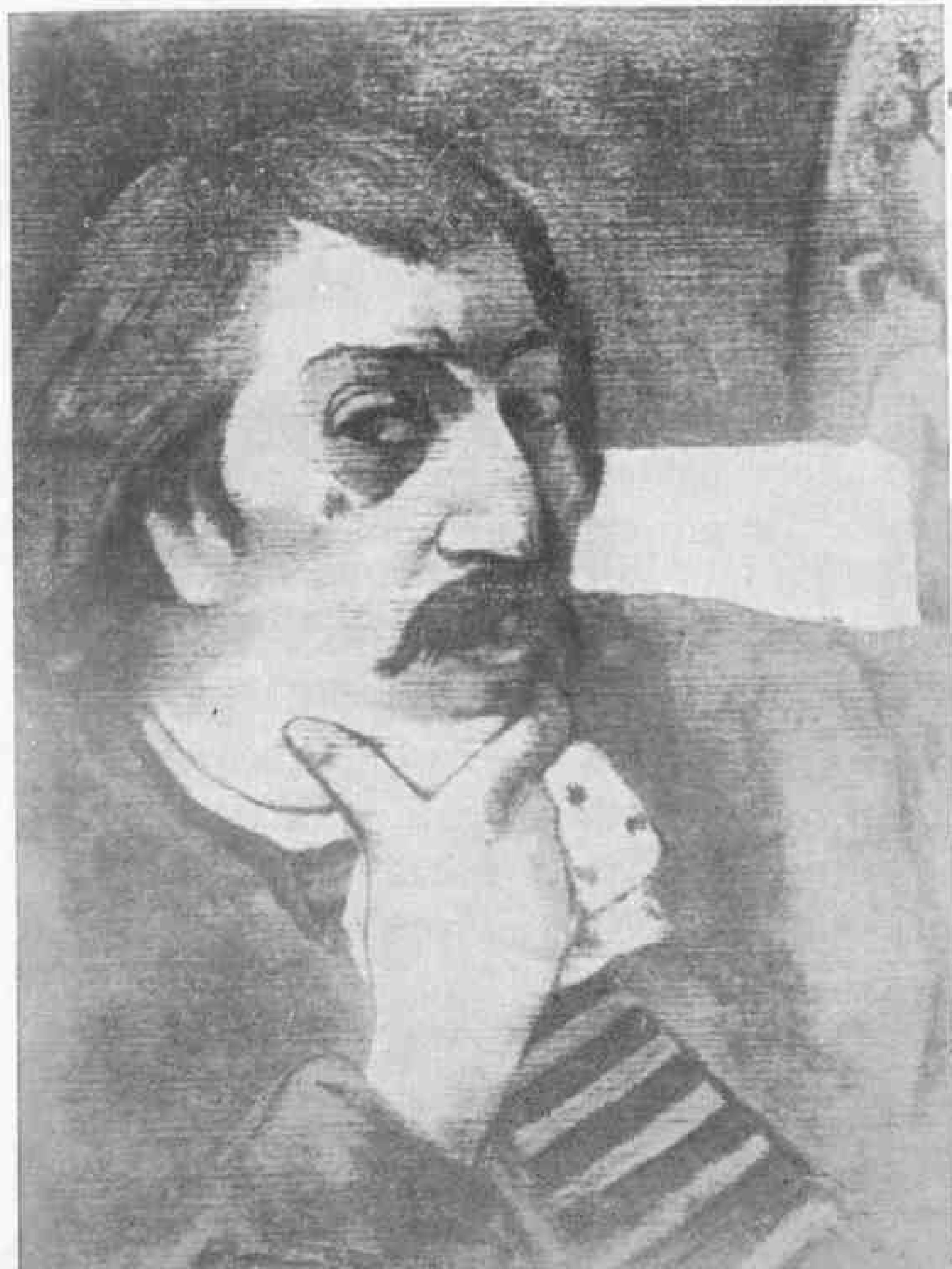


Autorretrato de Cézanne.

por su drama *Paul Lange,* donde expone los ruines trucos y miserias políticas de la época.

Al lado de estos escritores escandinavos que seriamente trataban de vivir como hombres de su tiempo y de presentar el dolor de la humana experiencia en el teatro, los novelistas rusos Gorki y Tolstoi ponían de manifiesto la trágica contradicción de la sociedad en que vivían, extrañamente satisfecha de sus lacras. Cada año la nueva novela de Gorki, el nuevo libro de Tolstoi (novela, mensaje, comentario), sacudían el mundo. Con sádico ensañamiento daba Gorki en sus novelas visiones del bajo fondo de las ciudades y los campos, donde vagabundos convertidos en malhechores sufrían como abrumados bajo el peso de su propia conciencia. Tolstoi, el gigante de fin de siglo, predicaba paz, amor, bondad, a veces con sugestivas narraciones, otras con tratados de moral práctica derivada del Evangelio. El mundo carece hoy de un ser humano de la categoría de Tolstoi, y los lectores jóvenes no pueden hacerse cargo de lo que fueron en su tiempo las proclamas elocuentes de aquel hombre sincero y creyente, que disponía además de todos los recursos de persuasión que puede facilitar el arte.

Contrastando con Ibsen y Tolstoi, dos escritores de gran talento contribuían, sin embargo, al mismo resultado de despertar las inteligencias y socavar las bases de la sociedad seudodemocrática establecida por la burguesía. Estos eran Anatole France, con sus sarcásticas novelas, y el supremo ironista Bernard Shaw. Nacido en París y parisiense hasta la medula, Anatole Thibault, que se firmaba *France,* es un segundo Voltaire, no tan cáustico y mordaz como el primero (ni tan original), pero hasta cierto punto más peligroso por su exquisita delicadeza. *La Isla de los Pingüinos* es la corrompida República del *affaire; La Rebelión de los Angeles* es ya una diatriba anticlerical; pero el ataque a fondo de Anatole France a la Iglesia fue su *Vida de Juana de Arco,* condenada a la hoguera



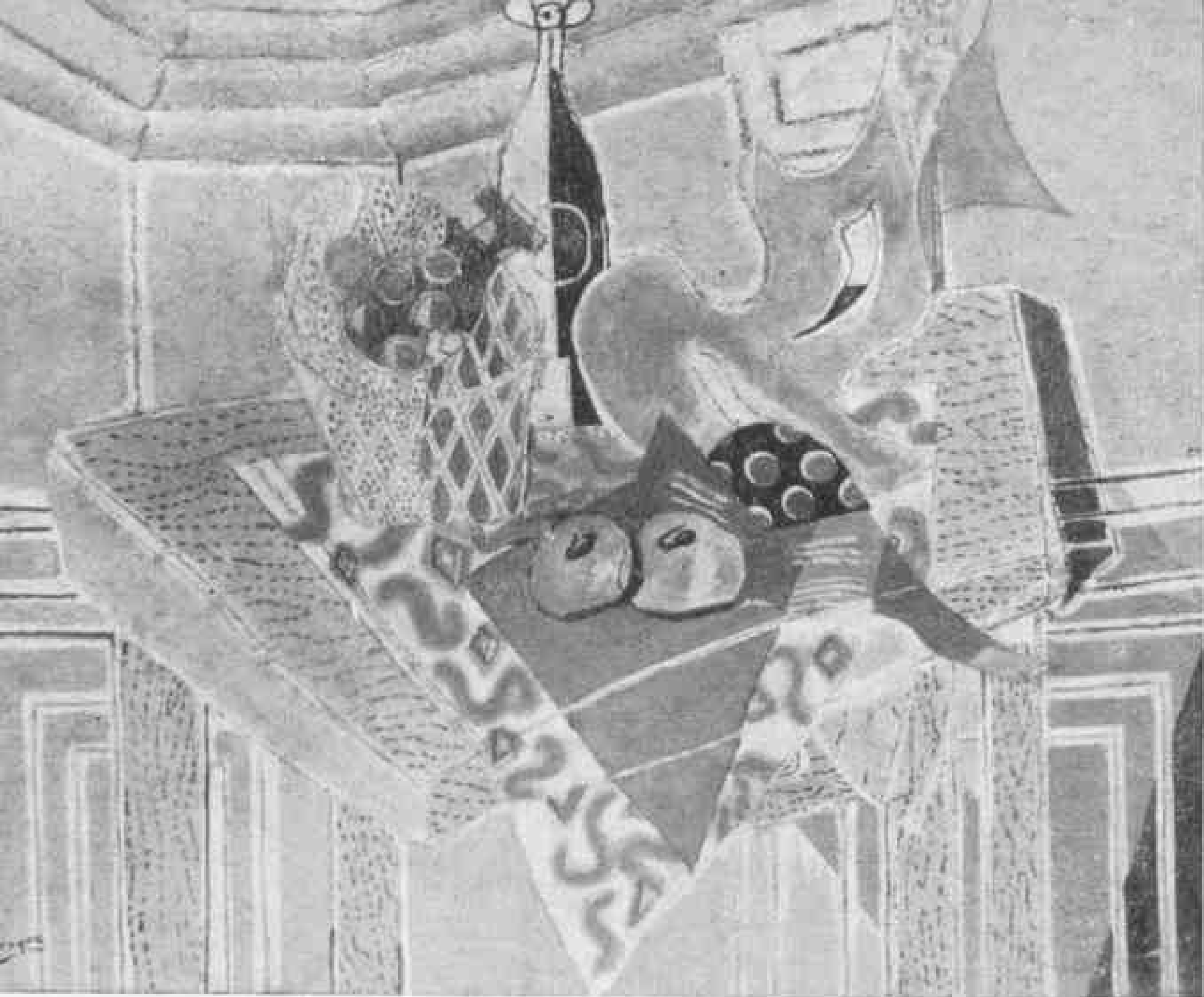
Autorretrato de Gauguin.



«Chaume à Codeville», por van Gogh. Museo del Jeu de Paume, París.

como bruja por el clero francés sometido a Inglaterra y los mismos políticos que antes se habían aprovechado de ella. Es de imaginar el partido que sacó Anatole France de los documentos contemporáneos para poner de manifiesto todo aquello que es apasionamiento nacional o religioso.

Bernard Shaw, nacido en «la otra isla de John Bull», esto es, Irlanda, combinó el humor irlandés y la seriedad británica en una amalgama que es más cómica por lo que tiene de aparente respetabilidad. A pesar de su empeño en representar el papel de «superclown» de Europa, Shaw era un convencido socialista; fue uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana, y aprovechaba todas las ocasiones para decir la verdad. La ha expuesto en tono y con argumentos que no pueden dejar de oírse. Aprovechándose de los documentos y juicios de Anatole France, Shaw llevó a Juana de Arco a la escena con un drama maravilloso por su diálogo intencionado. Pero ¿quién no se ha reído con su sátira contra el militarismo balcánico, su drama *El soldado de chocolate?*, ¿quién no se ha reído, aunque con un dejo de preocupación para toda la vida, con las dos comedias *Cándida* y *Hombre y Su-*



Pintura cubista, por Braque.

perhombre, en que presenta como nadie lo había hecho todavía el problema moderno de las relaciones entre los dos sexos desde el momento en que la mujer se ha emancipado? Según Shaw, el «superhombre» es la mujer y el hombre su esclavo, su víctima o su protegido.

Para estas hembras poco románticas y calculadoras de fin de siglo, no cabía la adoración que prodigó el romanticismo al «sexo débil», y como consecuencia de la emancipación de la mujer recrudeció en el hombre la tendencia hacia las anormalidades y anomalías sexuales. La mujer se hizo *garçonne,* sufragista, *fille-mère* y otras aberraciones; el hombre simpatizó con los estetas, andróginos y misóginos. Swinburne, el gran poeta inglés del mar y las tempestades, se proclamó indiferente al sexo; Wilde hizo alarde de homosexualidad, y Verlaine fue decididamente un caído en los peores vicios. Su gran arte los redimió para los críticos, y el vulgo semiintelectual de fin de siglo les admiró prodigándoles compasión piadosa. El *pecado nefando* fue convertido para los hombres de fin de siglo en una degeneración irresistible. Es un mal fisiológico, no moral, decían para excusarse; es deficiencia orgánica, no desorden mental.

En música predomina hasta fines de siglo la influencia de Wagner. Es todavía el gran coloso de la composición. Aunque algunas de sus óperas fueron compuestas antes de 1870, no se aceptaron resueltamente como modelos y obras maestras hasta mucho más tarde. Wagner lanzó teorías estéticas que hoy casi hacen reír, como el tema del *leit-motiv,* que debe definir cada personaje y hasta cada estado mental con una serie de notas. Wagner en esto no hacía más que extremar la teoría de la «música poética», o «música con programa», de los románticos. Ya Beethoven había tratado de hacer música descriptiva en la *Sinfonía Pastoral,* pero había tenido buen cuidado de advertir, con una nota en la partitura, «descriptiva de sensaciones, no de pintura». Berlioz, con su *Sinfonía Fantástica,* había ido más allá, dando un argumento que reflejaba cada serie de compases. En la *scène aux champs* de la *Symphonie Fantastique,* Berlioz cree poder sugerir con sonidos hasta el olor de los prados, la soledad del paisaje, el aire sofocante de la tempestad que se ve pasar a lo lejos.

Este empleo de la música para describir cosas visibles, y sobre todo ideas, fue llevado al absurdo por Wagner. Además, éste creía que el drama musical o la ópera debía sintetizar todas las artes: la escenografía debía ser pintura al servicio de la música, y el texto del libreto un zurcido de frases para servir de base a un tema musical. A pesar de estas ideas infantiles y de su sentimentalismo romántico, *Tristán e Iseo, El Anillo de los Nibelungos, Tannhäuser, Lohengrin* y *Parsifal* constituyen todavía hoy grandes fuentes de placer de la Humanidad entera.

Wagner, además de músico, era un genial arqueólogo del sentimiento. Asombra su capacidad de restauración para los más diferentes períodos históricos. Exagera, se equivoca, tanto cuando intenta resucitar la sentimentalidad céltica con el *Tristán,* como cuando cree envolvernos de espíritu teutónico con *Los Nibelungos,* o se esfuerza en sumergirnos en el ambiente cristiano de la Edad Media con *Parsifal.* Pero, a pesar de sus exageraciones y errores, Wagner produce algo que es más céltico, más teutónico,

más medieval que las leyendas mismas en las cuales encuentra inspiración. Es sobre todo wagneriano. En él se muestra gran artista, como Miguel Angel, Dante o Goethe: está por encima de la materia que elabora. Su libertad no deja de ser también musical: emplea disonancias y sonidos nuevos proscritos antes por las leyes de la armonía que regían las composiciones para orquesta, se aprovecha de instrumentos descartados por antiguos o despreciados por populares... Todo ha de ser permitido para la «música del porvenir», como llamaba Wagner a la de sus obras...

«Música del porvenir» no fue, mejor dicho, no será para los venideros la música de Wagner, porque hoy se ve ya superada; pero sí fue del porvenir para las gentes de su tiempo. Napoleón III y su círculo se rieron del *Tannhäuser* cuando fue representado en la Opera de París, y tuvo que retirarse del cartel al tercer día. En Inglaterra Wagner todavía no ha sido enteramente aceptado. Tardó cincuenta años en ser reconocido en otros países de Europa y en América.

Wagner tuvo también dificultades en Alemania; pasó dieciséis años en el destierro porque había tomado parte activa en los sucesos de la revolución de 1848. Su música, naturalmente, encontró partidarios, pero más aún enemigos; sólo al final de su vida la resuelta protección del rey de Baviera le permitió ver el principio de la admiración idolátrica para su obra que se despertó después.

Se criticaba ya a Wagner en vida lo que hemos criticado nosotros todavía, o sea sus ideas estéticas — intelectualización de la música y sintetización de todas las artes para producir el drama musical—, pero además los puristas deploraban que los métodos y técnicas de la sinfonía se llevaran a la ópera.

Así, al lado de la corriente iniciada por Wagner de la «música del porvenir», se inició la de Brahms y Bruckner, insistiendo en la tradición sinfónica, diríamos la «música del pasado». Los discípulos y amigos de Brahms en los conservatorios alemanes ignoraron o criticaron las óperas de Wagner, que calificaban de olla podrida, hasta el fin del siglo. Es interesante recordar el hecho de que cuando murió Brahms, en 1897, Cósima Wagner, la esposa de Wagner, confesó que nunca había oído una sola pieza de Brahms.

Música que fundió las dos tendencias, pero que ni aun por esto es la «música del porvenir», fue la de Ricardo Strauss. Facilitaba la acción normalizadora de Strauss su temperamento alegre, templado, sano, y su cultura y educación. Strauss no es un romántico como Wagner, ni un conservador como Brahms: es sensual y realista, es un mero hombre fin de siglo. Pero con su genio no podía menos de admirar e imitar



La Sabiduría,
escultura de Constantin Brancusi.

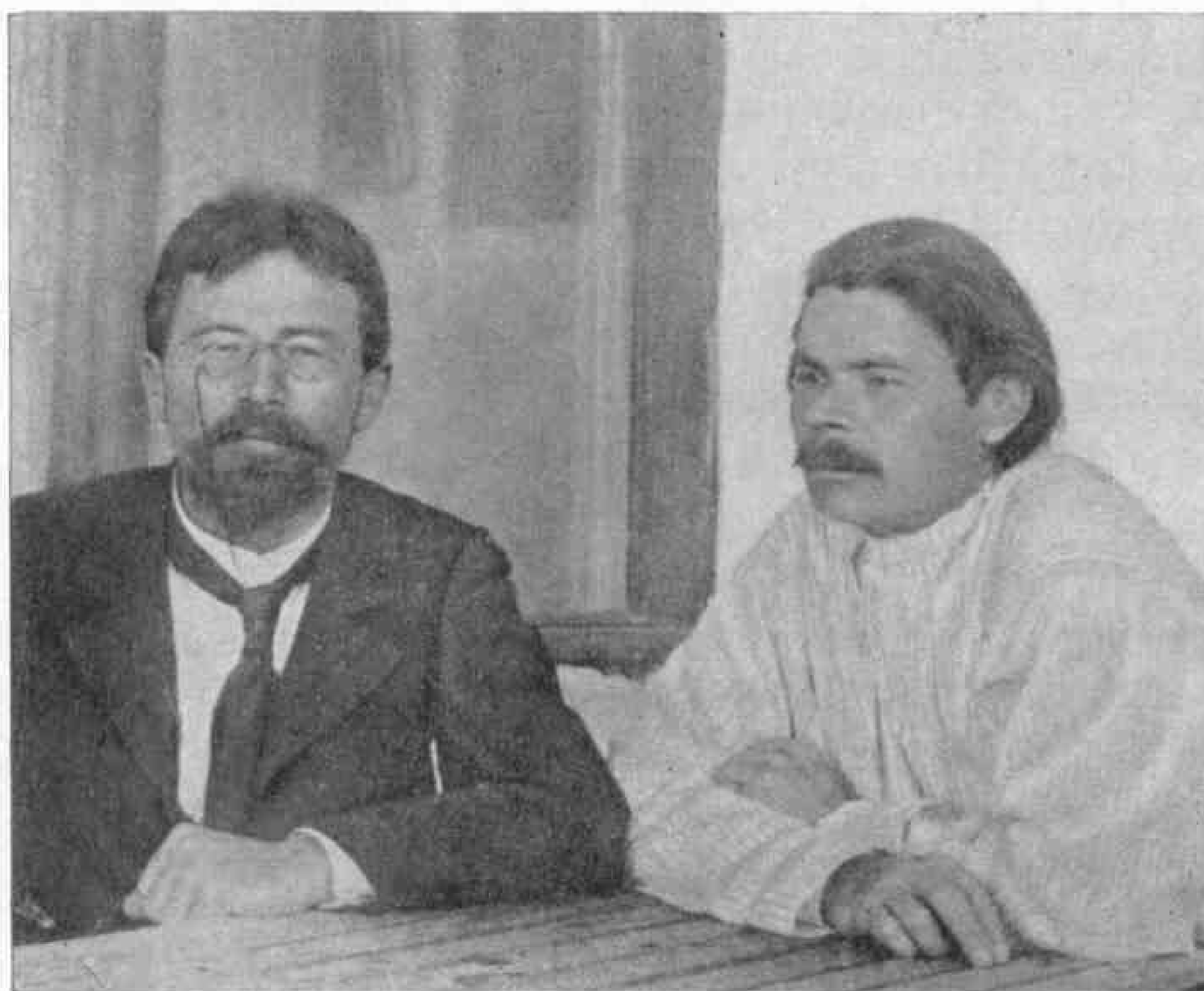
a Wagner, y para nosotros el discípulo genial y aprovechado es más convincente que el maestro megalómano y semidivino.

Los títulos de las obras de Strauss, contrastados con los de las de Wagner, revelan por sí solos la diferencia de las dos personalidades; los títulos de las obras de Strauss son: *Don Quijote, Don Juan, Till Eulenspiegel, El Caballero de la Rosa,* por fin *Salomé* y *Electra,* ambas contaminadas de aquella indulgencia por errores sexuales que hemos encontrado en los poetas. Pero Strauss no es un decadentista: su obra es heroica y grandiosa, a la vez que muy humana. El genio de Strauss no sólo concluye un período, lo justifica; Strauss hace perdonar muchas insulseces de sus contemporáneos. Todos fueron wagnerianos queriéndolo o sin querer; ¡era tan fácil hacer ruido! Uno sólo se destaca ya señalando el camino que seguirá la música del siglo XX: el francés Debussy.

En las artes plásticas, el fin de siglo se caracteriza por la fatiga del impresionismo. Se está cansando de ver la repetición exacta y sin ambiciones del mundo que perciben los sentidos. Aparecen tres grandes artistas que no sólo pintan de una nueva manera, sino que promulgan una nueva doctrina. Los tres son, sin embargo, medio locos o esquizofrénicos; el siglo agonizante no puede llevar la carga de su genio. Uno, Cézanne, declara que hay que reducir la Naturaleza en lo posible a geometría, «todo puede concebirse como una esfera o un cubo». Otro, Gauguin, insinúa que los fenómenos actuales deben ser sólo un estímulo para visiones más fuertes: «Si veis algo verde, pintadlo lo más verde posible.» El tercero, Van Gogh, teme que «acabará por pintar sin mirar la Naturaleza».

Así la pintura se separa del mundo visible, y tomando a la letra la recomendación de Cézanne ya al finalizar el siglo XIX se rebela contra toda tradición y empieza la experiencia del cubismo. Pero obsérvese que el cubismo es todavía el «mundo como voluntad», el mundo como queremos que sea, y por esto nos fatiga ahora y notamos que ha sido superado. Sin embargo, antes de la primera Guerra Europea el arte no llegó más allá; fue un intento de demoler la estructura natural sin percibir todavía la que tiempo después descubrirán los expresionistas y los postexpresionistas bajo la influencia del recién descubierto psicoanálisis.

Retratos de Chejov y Gorki.





Batalla de Solferino. Fresco de Boroli inspirado por el libro de Dunant.

14 ESFUERZOS PACIFISTAS Y ALIANZAS POLITICAS DE FIN DE SIGLO

La conciencia internacional se manifestó raramente antes del final del siglo XIX. La Iglesia internacionalizó la cultura en la Edad Media en la Europa Occidental, pero el deber del hombre para con el hombre, sólo por ser tal, no se ha sentido profundamente hasta la época presente. El Evangelio — como siempre — da la norma: el samaritano que en la carretera de Jerusalén a Jericó se detiene para curar al judío herido, es más su compatriota que el judío que pasa rezando y no le atiende. Sin embargo, la filantropía sin fronteras es algo nuevo en el mundo.

Se recuerda, como un precedente histórico, que los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén se agregaron a las Cruzadas para cuidar de los heridos — y siendo las Cruzadas empresas internacionales, la Orden debió de tener también aquel carácter —. Pero es dudoso que los Caballeros de San Juan hubiesen curado a los prisioneros mahometanos, caídos en poder de los cruzados, con el mismo celo con que cuidaban a los cristianos, que es precisamente la norma aplicada por la moderna Cruz Roja. A mediados del siglo XIX, incluso para los ejércitos nacionales, el servicio sanitario estaba enteramente descuidado. Fue una sensacional novedad que una jovencita inglesa, con unas cuantas compañeras, marchara en 1855 a Crimea a curar a los heri-



El palacete de la Alianza Internacional de la Cruz Roja en Ginebra.

dos y enfermos del ejército expedicionario. Florence Nightingale es una figura inmortal, sólo por haber partido de ella la iniciativa de marchar, la primera en la Historia, a hacer de enfermera militar. Se la conocía por la *Lady with the Lamp,* porque iba de noche a través de las tiendas del campamento con su lámpara de aceite a aliviar el sufrimiento de los heridos o a darles palabras de consuelo.

La Sociedad Internacional de la Cruz Roja tiene también un origen novelesco. Después de la batalla de Solferino, en 1859, más de 40.000 heridos quedaron abandonados en el campo de batalla. Eran días de gran calor y de lluvia, y el espectáculo lamentable de aquellos desdichados impresionó dolorosamente a un joven ginebrino que había asistido como espectador al combate, desde el lugar de Castiglione. Se llamaba Henri Dunant y su nombre merece ser recordado como uno de los bienhechores de la Humanidad. Dunant organizó en Castiglione, sin que nadie se lo encomendara, un servicio de salvamento; ayudado por los campesinos de los alrededores recogió heridos en los establos y cobertizos de las granjas vecinas.

A su regreso a Ginebra, Dunant publicó un libro que, como *La Cabaña del Tío Tom,* estaba destinado a ser más que un éxito de librería. Lleva el modesto título de *Un recuerdo de Solferino.* Después de describir en páginas de vivo realismo lo que



Florence Nightingale, la creadora del servicio de enfermeras. Grabado del año 1875.

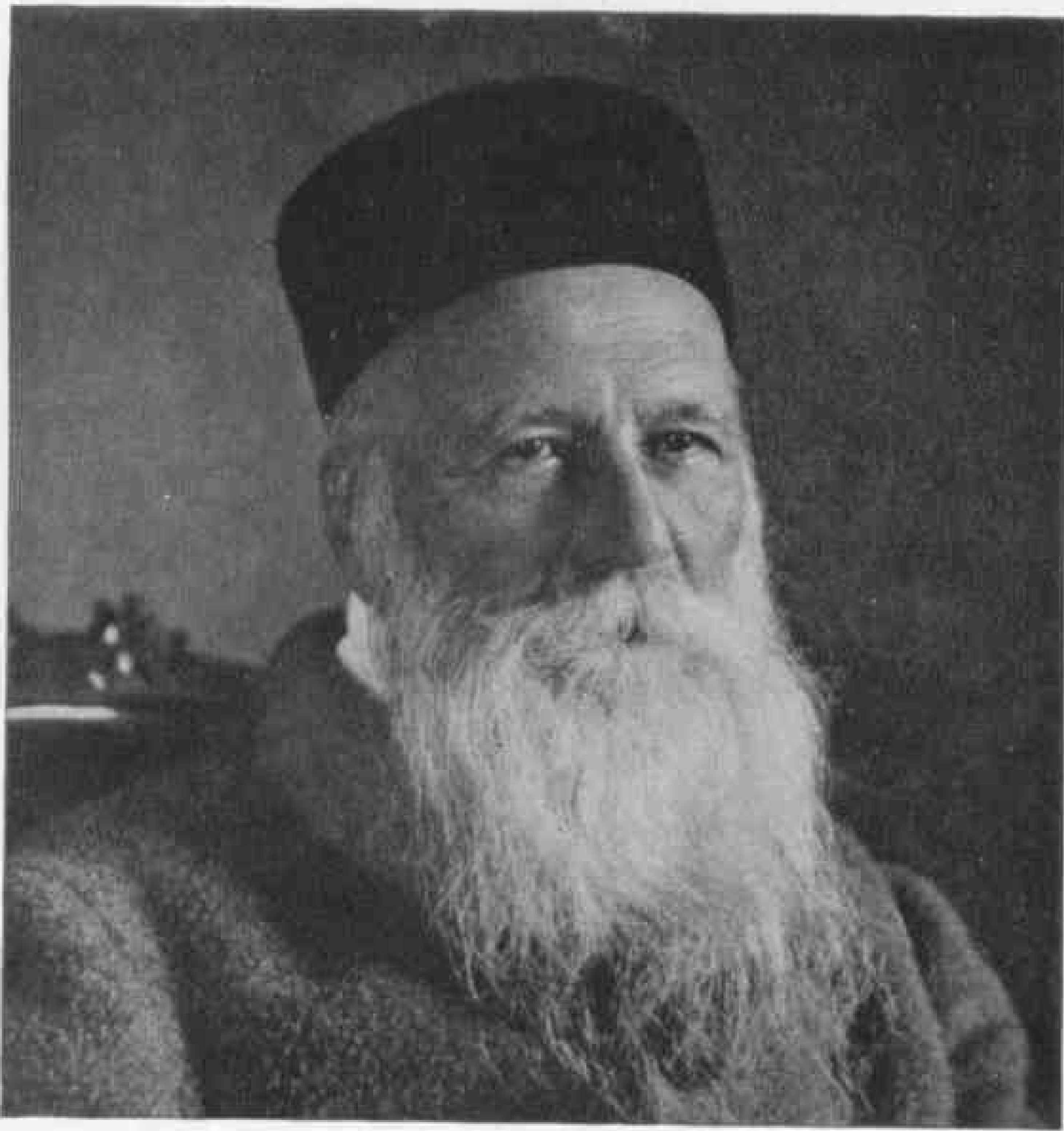


Primeros enfermeros de la Cruz Roja en la guerra franco-prusiana.

había visto en aquel campo de batalla, Dunant pedía (con candor que parecía infantil) la creación, en todos los países, de comités de socorro para los heridos en las guerras; pedía además que fuesen respetados por el enemigo y considerados neutrales, ya que no podrían ni atacar ni defenderse. Quizá sin saberlo, aplicaba la doctrina de Grocio, quien, en el siglo XVII, al teorizar sobre las relaciones internacionales en paz y en guerra, había afirmado que «el enemigo desarmado y vencido no debe ser maltratado, puesto que ya no es un combatiente, sino un simple ser humano».

El libro de Dunant, sin profundizar tanto, ni invocar «la ley natural», «el derecho de gentes», «la filosofía natural», ni otros postulados jurídicos de ética filantrópica, impresionó la imaginación precisamente por su simple espontaneidad. En Ginebra no tardó en tomarse en serio la sugerencia de aquel moderno samaritano, y se formó un «Comité de Cinco» (en él figuraban dos médicos), encargado de llevar a la práctica las ideas de Dunant. En un principio se limitó a proponer la «formación de cuerpos de voluntarios, que sirviesen como enfermeros en los ejércitos de cada país», esto es, la misma idea que había tenido Florence Nightingale.

Dunant, entusiasmado ante la inesperada aceptación que obtuvo su iniciativa, recorrió varios países europeos con objeto de interesar a sus respectivos Gobiernos en la realización de su proyecto. Ya en Francia obtuvo el apoyo de Napoleón III, quien, como causante de la vergüenza de Solferino, debía tener presente en su imaginación el espectáculo de los 40.000 heridos abandonados en el campo. El Comité de los Cinco cambió su nombre por el de Comité Internacional y consiguió que se reuniera en Ginebra un Congreso de diplomáticos de dieciséis países, en el cual se redactó la famosa Convención de 1864 «para mejorar la suerte de los militares heridos de los ejércitos en campaña». Es un texto cortísimo, de diez artículos, que cabría en menos de dos páginas de este libro. En él se establece ya que «las ambulancias y hospitales militares se-



Dunant, el fundador de la Cruz Roja.

rán considerados neutrales y como tales protegidos y respetados por los beligerantes» (ART. 1); que «el personal sanitario participará de los beneficios de la neutralidad» (ART. 2); que «los militares heridos o enfermos serán recogidos y cuidados sin distinción de la nación a que pertenezcan»; «los que sean reconocidos como inútiles para el servicio serán enviados a sus respectivos países» (ART. 6).

La Convención de Ginebra, adoptada después por cincuenta y cinco naciones, señala indudablemente el principio de una nueva Era de humana comprensión. Ratificada en el año 1906, con aclaraciones que aumentaron a treinta y tres el número de artículos, en 1929 se sometió a una revisión, saliendo de ella su actual reglamento, en el que no se disminuye, sino que más bien se acentúa, el espíritu de humanidad que informa a la Cruz Roja, y se concretan sus actos. Ya la Convención de 1906 subrayaba «que no son sólo los heridos, sino también los cadáveres de los caídos, los que exigen el cuidado del enemigo». «Después de cada combate, el que quede en posesión del campo de batalla... procederá al entierro de los muertos, procurando que el sepelio vaya precedido de un examen detenido de los cadáveres» (ART. 3). «Enviará, en cuanto pueda, a las autoridades de cada país, las marcas y documentos susceptibles de coadyuvar a la identificación de los muertos, la lista de los heridos y enfermos que haya recogido» (ART. 4). «Recogerá los papeles y objetos de valor de los muertos en el campo de batalla y de los que murieron en los establecimientos sanitarios, y los transmitirá a las autoridades de sus respectivos países para que los hagan llegar a manos de los familiares» (ART. 4).

No hay por qué decir que «los enfermeros y médicos que queden con los heridos serán considerados como neutrales» (ART. 8); pero se consigna además que «durante el tiempo que estuvieren en el campo enemigo, recibirán de éste (el enemigo) el mismo trato y sueldo que reciben los del mismo grado en su propio ejército» (ART. 13). No ya Grocio, sino incluso ni el mismo Rousseau, se hubiera atrevido a pedir que un beligerante costease los gastos de curación de sus enemigos.

En 1901 recibió Dunant el premio Nobel de la Paz. Ginebra se vio honrada con el artículo 18 de la Convención de 1906, que dice: «Como homenaje a Suiza, la bandera con una cruz roja sobre fondo blanco (inversión de los colores de la bandera federal) será el emblema y signo distintivo del servicio sanitario en todos los ejércitos.» Esta cruz no debe considerarse como un símbolo religioso, puesto que la Sociedad de la Cruz Roja ha tenido gran empeño en ponerse al margen de todo interés religioso o político; sin embargo, Turquía se reservó (y se le concedió) el empleo de la media luna roja, y Persia ha insistido en ostentar un león rojo en vez de la cruz, y Egipto ha optado por el símbolo del sol rojo. En Rusia, como algunos soviets son más o menos mahometanos, se emplean los dos emblemas: la cruz y la media luna, pero ambos en rojo sobre fondo blanco.

La Cruz Roja Internacional se compone actualmente de Sociedades Nacionales, enteramente independientes, una para cada país, con representación en la Alianza Universal

de la Cruz Roja, cuya sede está en Ginebra. Es una feliz y eficaz combinación de nacionalismo e internacionalismo.

Como la Convención de 1906 no precisaba nada respecto de la guerra marítima, en 1907 se reunió en La Haya otro Congreso internacional que redactó una Convención protegiendo los buques hospitales, las enfermerías en los buques de guerra y el personal sanitario.

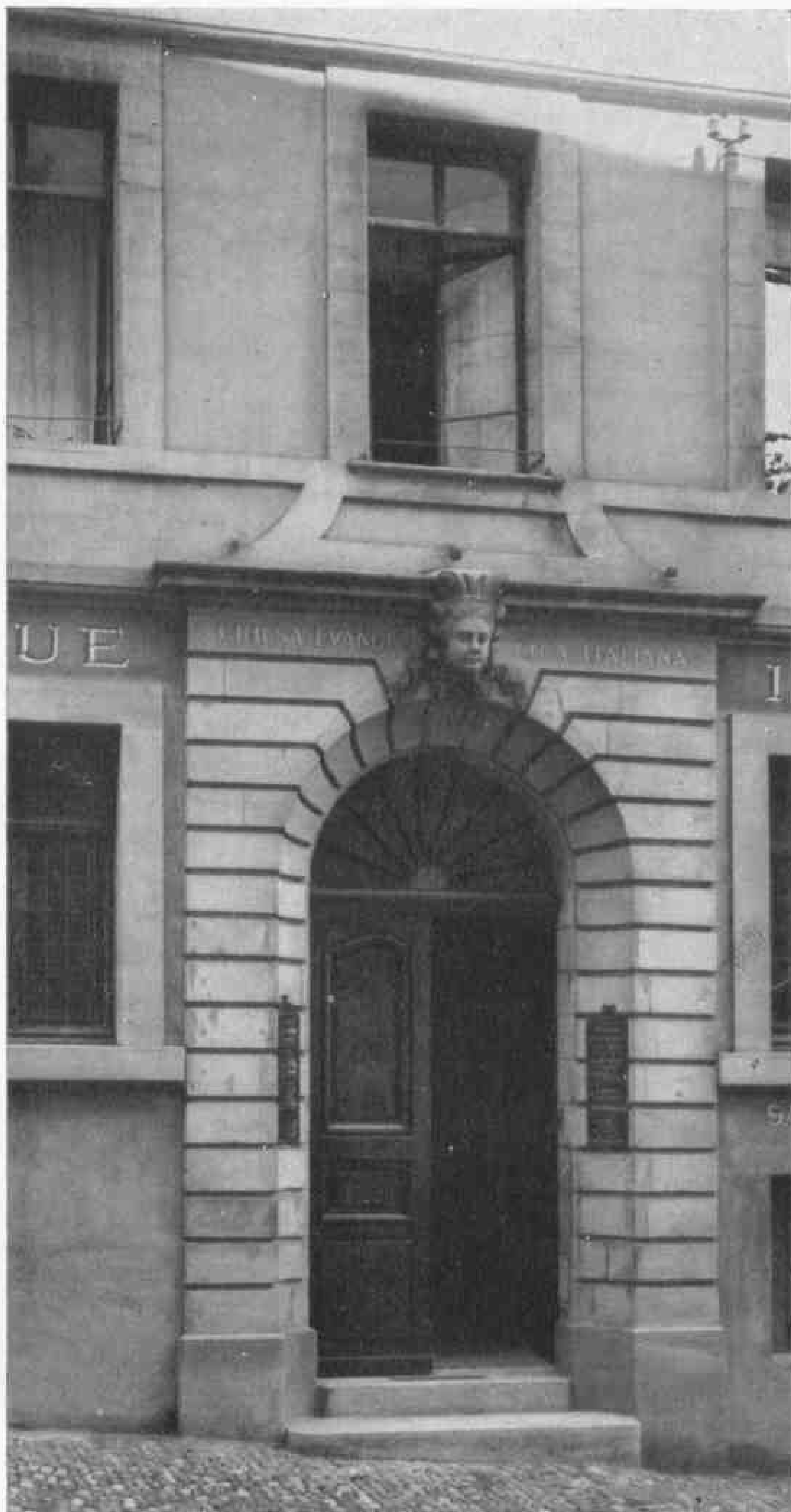
Hasta aquí se había tratado de aliviar los sufrimientos de los heridos en campaña; pero ya en 1907 la Convención de La Haya atendió a la suerte de los prisioneros de guerra con acuerdos internacionales como el siguiente: «Los prisioneros de guerra corresponden al Gobierno enemigo, pero no a los individuos ni a los ejércitos que los han capturado. Deben ser tratados con humanidad. Todo su ajuar personal, excepto armas y documentos militares, deben respetarse como de su propiedad» (ART. 4). «El Estado puede emplear los prisioneros de guerra como obreros, según su grado y aptitudes, con excepción de los oficiales. Los trabajos no serán excesivos, ni relacionados con las operaciones militares» (ART. 6). Los prisioneros deben recibir un salario igual al de los obreros nacionales; les será pagado en el momento de repatriarse, deduciendo los gastos que ha ocasionado su manutención.

Más tarde, en una Convención de Ginebra de 1927, se precisó cómo debían ser los campos de concentración de prisioneros; que la ración alimenticia debía ser la misma que la de las tropas nacionales; que debía permitirse a los prisioneros fumar, comunicarse con sus familias, recibir provisiones y gozar de plena libertad en materia de religión. Por fin, «los beligerantes facilitarían pasatiempos intelectuales y deportivos a los prisioneros de guerra» y «las sociedades de socorro podrían enviar colecciones de libros a las bibliotecas de los campos de concentración» (ART. 17).

Ya por este camino el humanitarismo no podía detenerse. Después de disminuir las consecuencias dolorosas de la guerra, tenía que procurarse humanizar la guerra misma.

Con el protocolo internacional de 1925, las naciones firmantes (la mayoría de las naciones de Europa), «considerando que el empleo de gases asfixiantes y tóxicos, lo mismo que el de materias líquidas análogas, ha sido justamente condenado por la opinión general del mundo civilizado», y con objeto de hacer acto de reconocimiento de esta prohibición, incorporándola en la jurisprudencia internacional, como impuesta a la conciencia y práctica de las naciones, «declaran que reconocen esta prohibición y convienen en hacerla extensiva al uso de substancias bacteriológicas». Es decir, renuncian a la guerra química y a la guerra

Casa núm. 30 de la calle Verdaine, en Ginebra, donde nació Dunant, fundador de la Cruz Roja.



infecciosa. A estas prohibiciones siguió la de proscribir el bombardeo de ciudades indefensas y el maltrato a ancianos y niños; se prescribió además guardar «el honor debido a las mujeres».

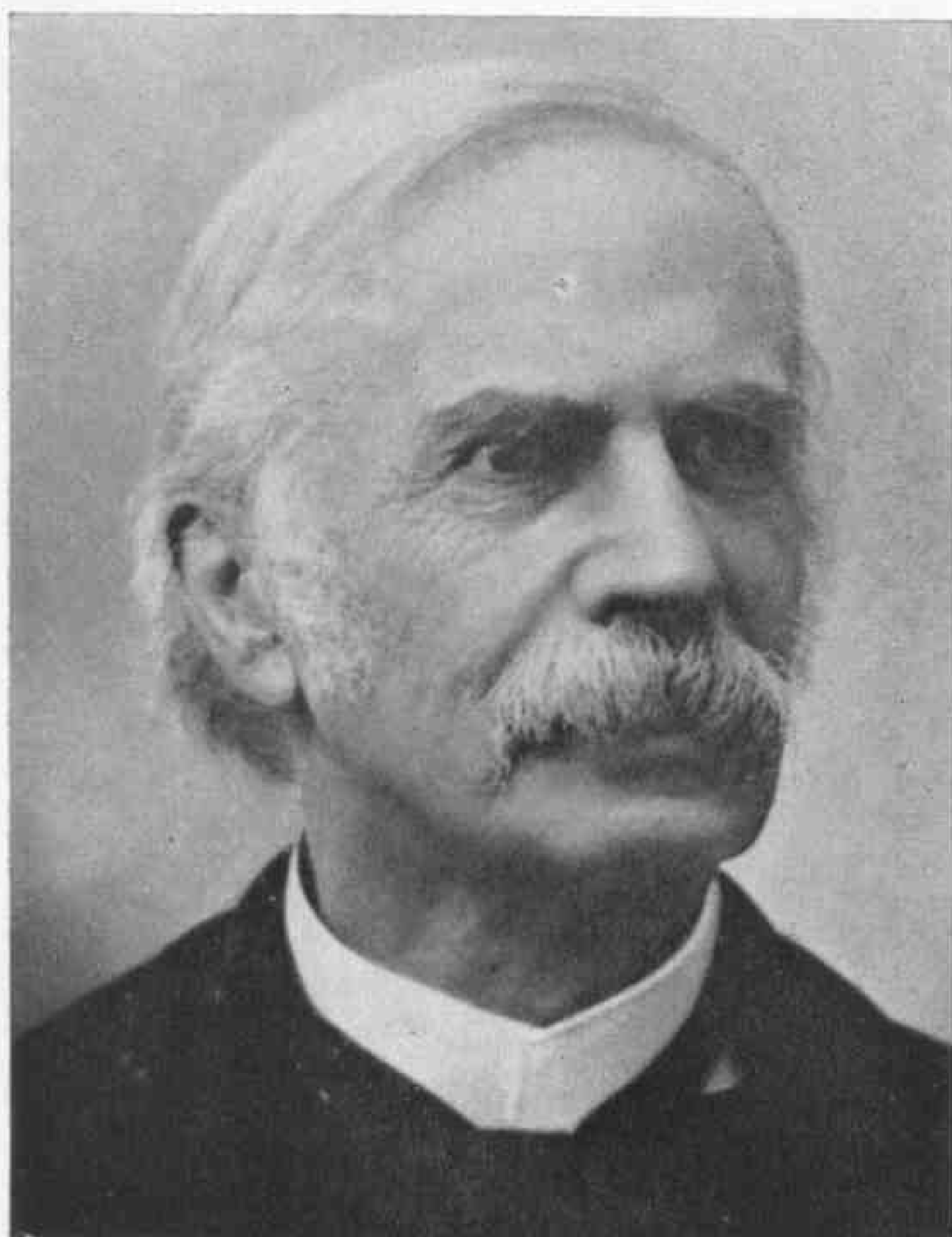
El lector habrá leído la mayoría de estos artículos de la nueva disciplina internacional con cierta complacencia, pero, de seguro, con gran escepticismo acerca de su observancia en la práctica. Sin embargo, los protocolos y convenciones reflejan una tendencia hacia el internacionalismo que había de acentuarse en las postrimerías del siglo XIX. Burócratas y diplomáticos, acorazados contra el sentimentalismo, al redactar aquellos artículos hicieron por lo menos literatura humanitaria, reconocieron, siquiera fuese sobre el papel de los protocolos, que los vencidos tienen ciertos derechos, que existe en el mundo civilizado un criterio de humanidad y que hay que tener en cuenta «la conciencia de las naciones».

Habiéndose empezado por tratar de humanizar la guerra, pronto debía manifestarse necesariamente una corriente de opinión para suprimirla enteramente. Dejamos por demasiado remotos los esfuerzos que realizaron pensadores aislados durante la Edad Media, «para convertir las espadas en arados», pero no podemos dejar de mencionar el libro *Proyecto sobre la paz universal*, del gran filósofo alemán Kant, publicado en el año 1785.

En la época reciente el primer grito de guerra a la guerra fue el libro de la baronesa austríaca Berta de Suttner, titulado *¡Abajo las armas!* Aparecido en 1889, de estilo sencillo y con la amenidad de una novela sentimental, su efecto fue comparable al del libro de Dunant. Durante los diez años que siguieron al de su publicación se formaron varios grupos para intensificar la campaña contra la guerra y se adhirieron a la cruzada grandes escritores como Víctor Hugo, Tolstoi, Björnson, Strindberg, Renan, Sécrétan y otros muchos. En el año 1897 se concertó un primer proyecto de arbitraje para resolver las diferencias entre Inglaterra y los Estados Unidos, cuyo texto revela, sin embargo, la timidez y casi pánico con que las dos naciones iban a ensayar aquel nuevo método, que según los pacifistas había de acabar con las guerras. El tratado, que no llegó a firmarse, da la impresión de que los Gobiernos contratantes retiran con una mano lo que acaban de entregar con la otra. Sólo cuando los jueces de ambas partes, esto es, ingleses y americanos, estén de acuerdo en los puntos que han sometido a arbitraje, su sentencia será obligatoria para ambas naciones. Y a pesar de esta condición de unanimidad entre los jueces, el tratado de arbitraje aconsejado por el presidente Mac Kinley en su discurso inaugural fue rechazado por el Senado de los Estados Unidos. Ni en el papel se consentía entonces disminuir la posibilidad de la guerra.

Un libro del banquero rusopolonés J. S. Bloch, *La guerra futura*, publicado en 1888 en Rusia y traducido en seguida a todas las lenguas, produjo una sacudida análo-

Doctor Luis Appia, que ayudó en los trabajos de fundación de la Cruz Roja.





Firma de la Convención de Ginebra, el 22 de agosto de 1864.

ga a la del libro de la baronesa de Suttner. Bloch profetizaba la guerra interminable de trincheras, seguida de la catástrofe económica para vencedores y vencidos. Uno de los que tomaron en serio las predicciones de Bloch fue el zar Nicolás II. Por su iniciativa, el ministro de Relaciones Exteriores, Muraviev, dirigió una comunicación a los embajadores de las diferentes naciones declarando que convendría reducir los armamentos, que son una carga para todas las naciones. Añadía que «el Gobierno imperial ruso creía que el momento actual era favorable para estudiar, en una conferencia internacional, los medios más eficaces de asegurar a todos los pueblos los beneficios de una paz real y duradera». Esta conferencia «sería un feliz presagio del siglo que iba a comenzar. Recogería en un haz poderoso los esfuerzos de todos los Estados que quisiesen sinceramente hacer triunfar la gran concepción de la paz universal contra los elementos de desorden y discordia. Consagraría los principios de equidad y de derecho sobre que deben descansar la seguridad de los Estados y la felicidad de los pueblos».

En esta comunicación parece revivir, si no el espíritu, por lo menos el estilo místico y genial del zar Alejandro I, iniciador de la Santa Alianza. La invitación rusa fue acogida con entusiasmo, más afectado que sincero, por los Gobiernos europeos. La primera parte, la reducción de los armamentos, les parecía peligrosa; la segunda, el arbitraje, era sencillamente insensata, a juicio de los políticos. El ministro francés Delcassé,



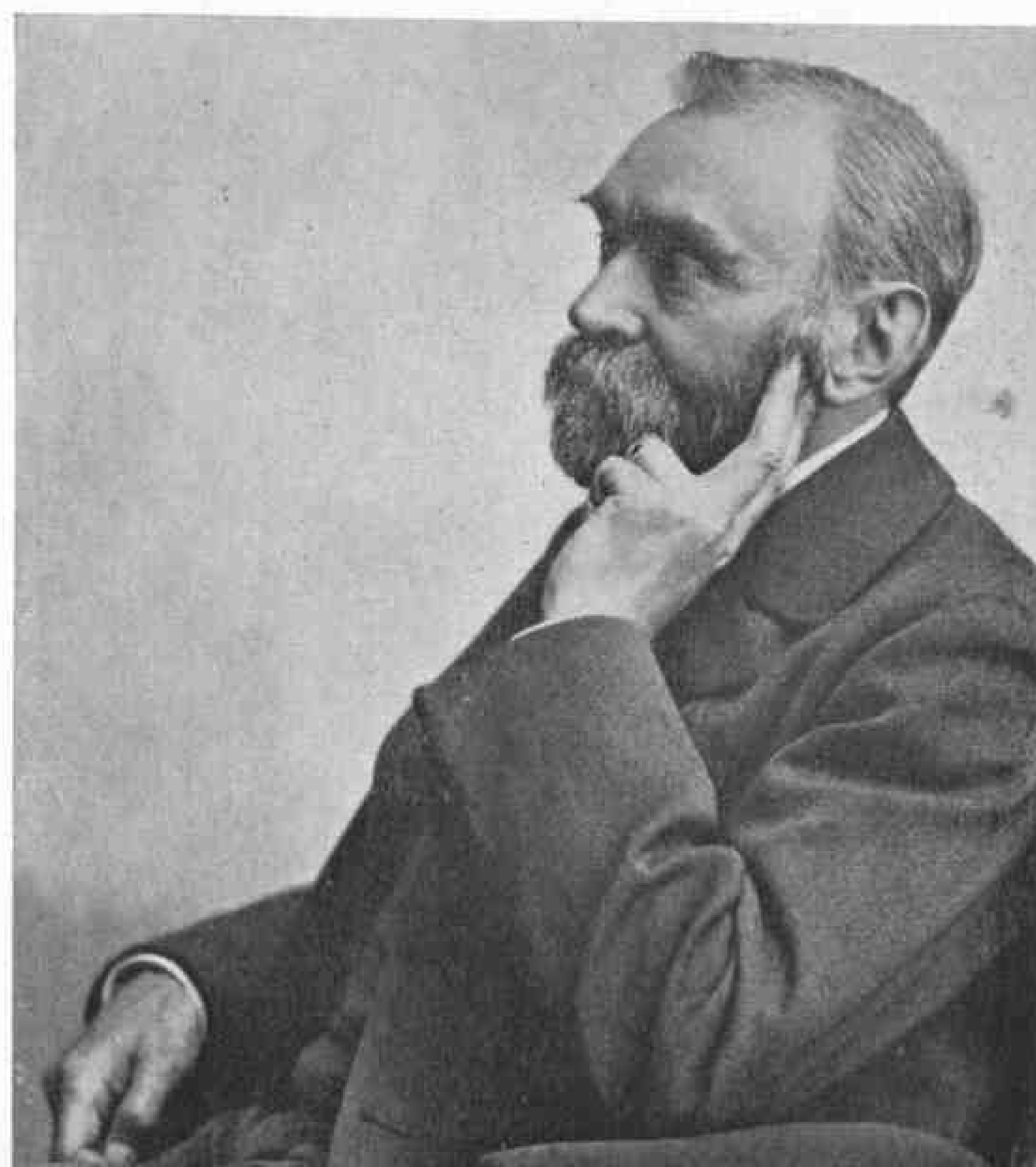
La baronesa Bertha de Suttner, autora del libro *¡Abajo las armas!*

que en este asunto estaba enteramente de acuerdo con el ministro alemán, comunicó a éste sus intenciones en estos términos: «Para evitar que la Conferencia sea un fracaso completo, acaso tendremos que hacer algunas concesiones por lo que toca al arbitraje, pero estas concesiones no deben en manera alguna limitar la independencia de las grandes potencias. Debemos de todos modos satisfacer al zar y a la opinión pública europea, que se manifiesta muy agitada después de este paso, poco meditado, de los rusos.» A la comunicación de Delcassé el emperador Guillermo puso una nota marginal: «Sin concesión en lo del arbitraje».

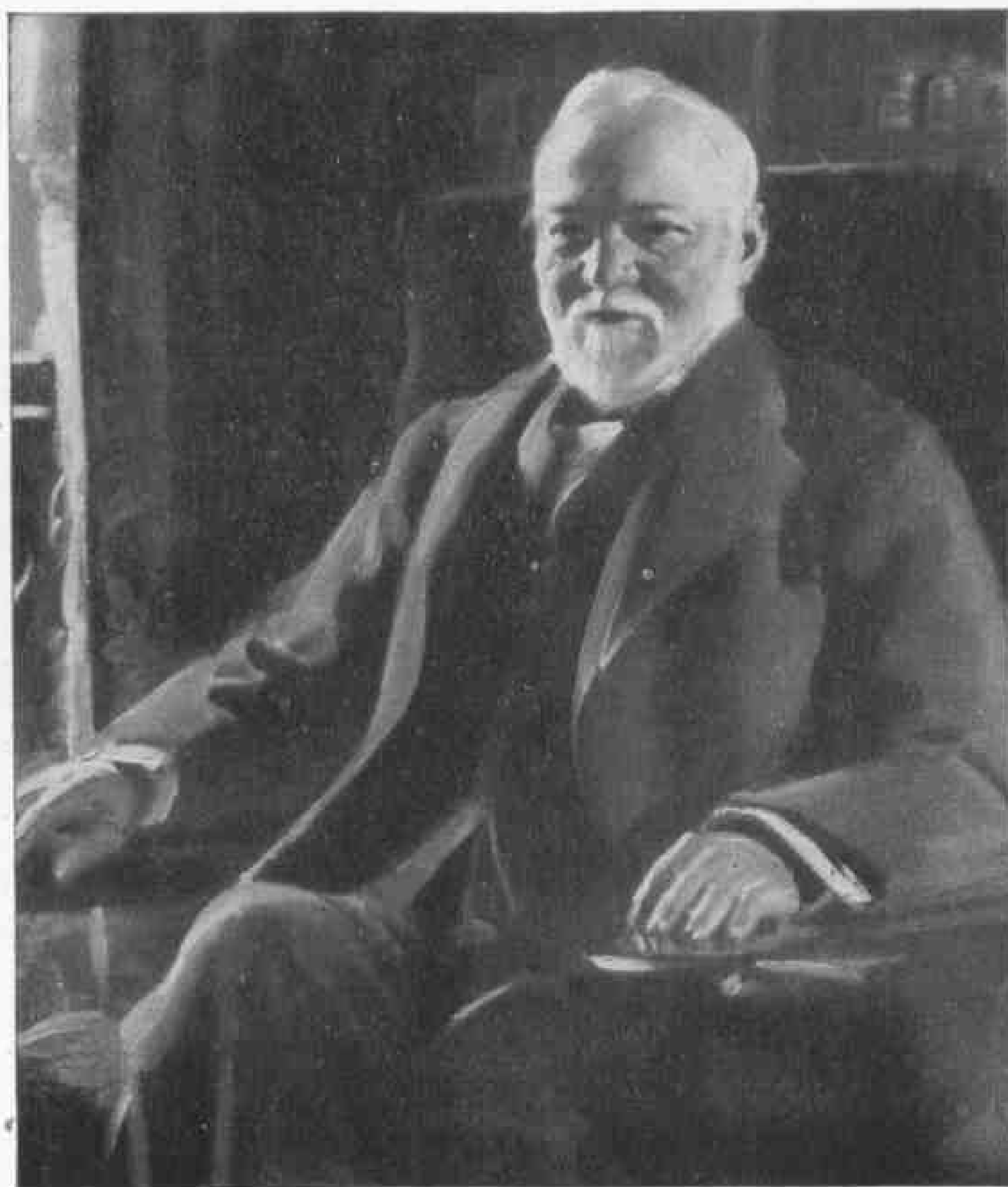
En estas condiciones, el paso «poco meditado de los rusos» podía producir escasos resultados. Sin embargo, cuando, en mayo de 1899, se reunieron en La Haya los representantes de 26 Estados que habían acudido a la invitación del zar, pudo observarse que entre las delegaciones se habían infiltrado algunos apóstoles pacifistas: León Bourgeois, D'Estournelles de Constant, Pauncefote, Holls, Asser y Martens llegaban, como de contrabando, en las pomposas comisiones de políticos y diplomáticos. Y como la parte espiritual de la Humanidad flota siempre sobre la parte somática, inerte y material, aquéllos, los menores, los visionarios, acabaron por influir sobre los oportunistas y conservadores. En La Haya se convino en que la limitación de los armamentos «sería un gran paso para el bienestar moral y material de la Humanidad». Por lo que toca al arbitraje, se reconoció que «es el medio más eficaz para resolver cuestiones de orden jurídico y para la interpretación de convenciones internacionales». La frase, como se ve, se ciñe al terreno jurídico; no trasciende al político ni económico. Luego, como medida de moderación y para suavizar asperezas, se introdujo el artículo 19 de la Convención, que dice: «Las potencias se reservan la facultad de concertar tratados para establecer el arbitraje obligatorio en todos los casos que sea posible.» En otras palabras: el arbitraje obligatorio era un derecho, no un deber, y no era universal. Pero se mencionó en el protocolo oficial como algo factible.

Para satisfacer al zar y a la opinión se

Alfred Nobel, fundador del «Premio Internacional para la Paz».



construyó en La Haya un monumental Palacio de la Paz, pagado por el rey americano del acero Andrés Carnegie, donde se instaló un tribunal que debía servir de árbitro en aquellas disputas para las que las naciones signatarias de la Convención de 1899 le pidieran resolución. Pero, mientras en los años que van del 1899 al 1914 el mundo contempló con asombro innumerables casos de atropello político y militar... el Tribunal de La Haya resolvió sólo diecisiete casos de trascendencia insignificante: a quién incumbía pagar los atrasos de los obispos de California, si a México o a los Estados Unidos; el asunto de varios desertores de Casablanca; el de las pesquerías entre Inglaterra y los Estados Unidos; el semiconflicto entre Francia e Inglaterra por la detención de un hindú en territorio francés; el de la indemnización por tres barcos franceses que Italia apresó cuando la guerra con Turquía, y otras bicocas que hubieran podido dar interminable quehacer a las cancillerías, pero que de ninguna manera hubieran provocado la guerra.



Andrew Carnegie, fundador del premio de la «Donación Carnegie para la Paz».

Sin embargo, el peligro de la guerra y sus consecuencias se hacía cada día más perceptible. Copiamos un párrafo del pacifista francés Romain Rolland en que describe la condición de Europa poco antes del año 1914: «A cada momento podía la guerra estallar. El pretexto más fútil podía servir de excusa. El mundo se sentía a merced de un accidente que desencadenaría el huracán. Hasta en los pacifistas se notaba el sentimiento de la fatalidad. Casi no quedaba más remedio que dejarse resbalar por la pendiente. Y este resbalar es lo que hacían gobernantes y gobernados. La Europa de 1914 era un campo de batalla en víspera de combate.»

En medio de esta atmósfera cargada y con la previsión del inevitable desastre, los pacifistas que se habían introducido en todos los parlamentos de Europa formaron, por iniciativa de D'Estournelles de Constant,



El barón D'Estournelles de Constant, iniciador de la Unión Interparlamentaria de la Paz.

Testament

Jag undertecknad Alfred Bernhard Nobel förklarar härmed efter moget betänkande min yttersta vilja i afseende å den egendom jag vid min död kan efterlemna vara följande:

Öfver hela min återstående realisbara förmögenhet förfogas på följande sätt: Kapitalet, af utredningsmännen realiseradt till säkra värdepapper, skall utgöra en fond hvars ränta årligen utdelas som prisbelöning åt dem som under det förlupne året hafva gjort menskligheten den största nytta. Räntan delas i fem lika delar som tillfalla: en del den som inom fysikens område har gjort den vigtigaste upptäckt eller uppfinning; en del den som har gjort den vigtigaste kemiska upptäckt eller förbättring; en del den som har gjort den vigtigaste upptäckt inom fysiologiens eller medicinens domän; en del den som inom literaturen har producerat det utmärktaste i idealisk rigtning; och en del åt den som har verkat mest eller bäst för folkens förbrödrande och afskaffande eller minskning af stående armeer samt bildande och spridande af fredskongresser. Prisen för fysik och kemi utdelas af Svenska Vetenskapsakademien; för fysiologiska eller medicinska arbeten af Carolinska Institutet i Stockholm; för literatur af Akademien i Stockholm samt för fredsförfäktare af ett utskott af fem personer som väljas af Norska Stortinget. Det är min uttryckliga vilja att vid prisutdelningarne intet afseende fästes vid någon slags nationalitetstillhörighet sålunda att den värdigaste erhåller priset antingen han är Skandinav eller ej.

Detta testamente är hittils det enda giltiga och upphäfver alla mina föregående testamentariska bestämmelser om sådane skulle förefinnas efter min död.

Slutligen anordnar jag såsom varande min uttryckliga önskan och vilja att efter min död pulsådrorna uppskäras och att sedan detta skett och tydliga dödstecken af kompetente läkare intygats liket förbrännes i så kalladt crematorium.

Paris den 27 November 1895

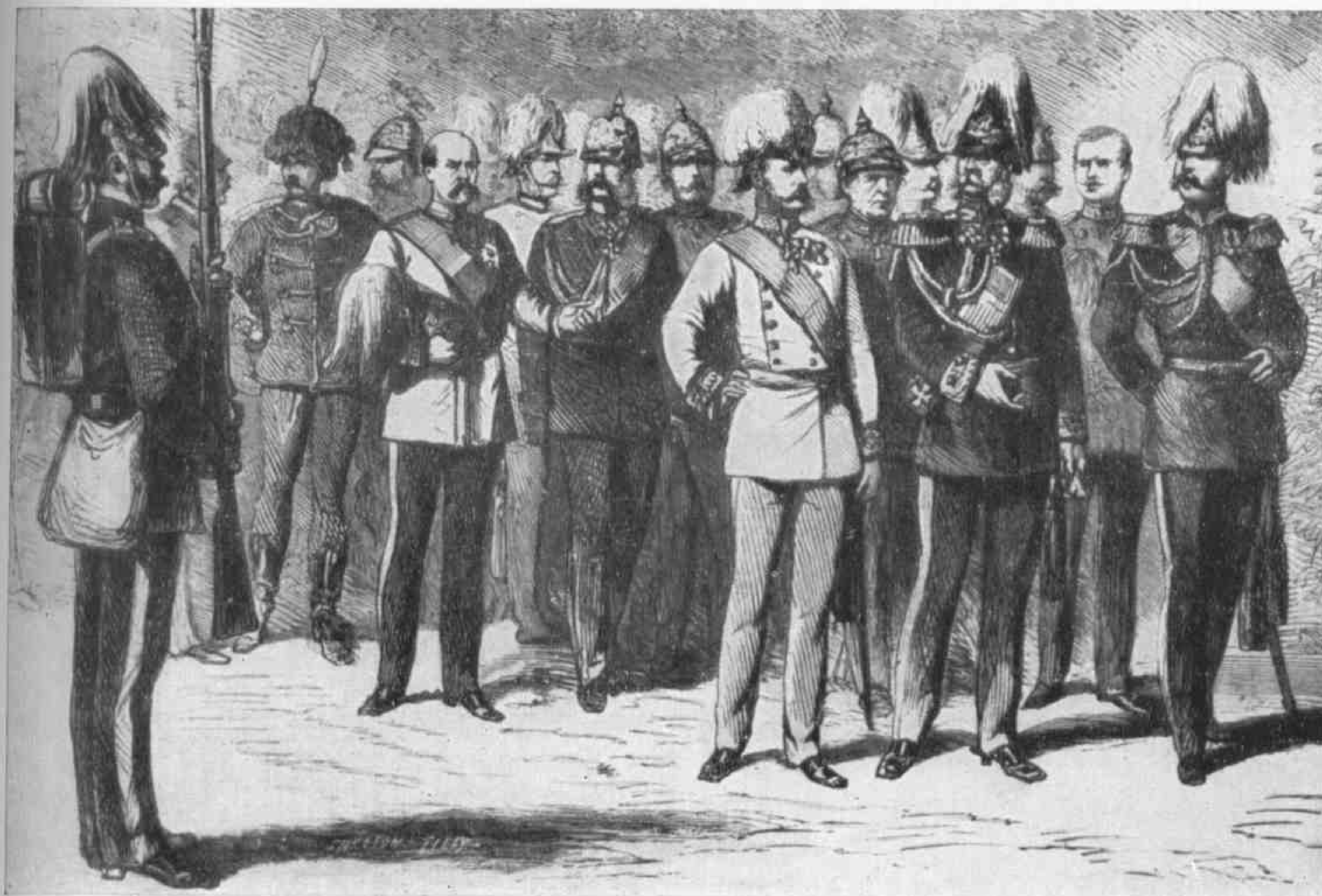
Alfred Bernhard Nobel

Testamento ológrafo de Nobel, en que establece los cinco premios anuales de la Paz, Literatura, Física, Química y Medicina.

una Unión Interparlamentaria que se esforzaba en conseguir tratados de arbitraje entre las diferentes naciones, actuando de árbitro el Tribunal de La Haya. El primer tratado de este tipo fue firmado entre Inglaterra y Francia en 1903; por él se convino en llevar al Tribunal de La Haya «aquellas disputas de orden jurídico que no hayan podido ser resueltas por la vía diplomática, siempre que no pongan en peligro los intereses vitales, ni la independencia o el honor de ninguno de los dos Estados contratantes, ni de un tercero»... ¡Cuántas reservas! — «disputas de orden jurídico... independencia, honor...», y no sólo el honor de Inglaterra y Francia, sino el de una tercera nación cualquiera... — A esto se llamaba pacifismo en el año 1903, y lo peor del caso es que éste era el único pacifismo posible en aquel entonces, lo más que pudieron conseguir D'Estournelles de Constant con sus pacifistas franceses y Sir Thomas Barclay con sus pacifistas ingleses.

Dos iniciativas privadas señalan, sin embargo, el camino que se iba abriendo la idea de la paz. La primera fue la del sueco Alfredo Nobel, el inventor de la dinamita. Nobel se dejó influir hacia el pacifismo por la antes mencionada obra de la baronesa de Suttner, a tal extremo, que al hacer testamento (1895) y dejar en él un legado de treinta y tres millones de coronas para la Fundación Nobel, incluyó entre los cinco premios anuales de ésta un Premio para la Paz, que había de adjudicarse a la persona o entidad que durante el año hubiese trabajado con más eficacia en la obra de la paz entre las naciones. El primer premio Nobel de la Paz lo obtuvo en 1901 Dunant, el fundador de la Cruz Roja; los siguientes se adjudicaron a Ducommun y Gobat (1902), Randall Cremer (1903), Instituto de Derecho Internacional (1904), baronesa de Suttner (1905), etc. Por lo demás, Nobel, en una de sus cartas, dice que «la guerra divide un país en víctimas y asesinos». ¡Duras palabras para un fabricante de explosivos!

La segunda iniciativa fue la «Donación Carnegie para la Paz Internacional». Carnegie hizo esta fundación en 1910, dotándola de un capital de doce millones de dólares. En la carta que acompaña la entrega de esta suma para promover «una investigación metódica y científica de las causas de la guerra y de los medios más prácticos para evitarla», Carnegie dice que «la guerra es la más infame mancha de nuestra civilización. No nos comemos ni torturamos los prisioneros, ni saqueamos ciudades, sacrificando sus



Entrevista de los tres emperadores de Alemania, Austria y Rusia en Berlín (septiembre de 1872). Grabado contemporáneo de *L'Illustration*.

habitantes, pero nos matamos unos a otros en guerra como bárbaros. Sólo las bestias salvajes tienen excusa para ello. En nuestra época la nación que rehúsa el arbitraje es criminal». ¡Palabras algo duras también en boca del rey del acero!

Si los «grandes de la tierra», como Nobel y Carnegie, estaban así imbuidos de las ideas pacifistas, ya puede imaginarse lo que debía ocurrir con los pequeños, las almas sencillas, siempre dispuestas a dejarse influir por las corrientes nuevas del entusiasmo. Durante los primeros catorce años del siglo XX, anteriores a la Guerra Europea, se constituyeron innumerables sociedades pacifistas de mujeres, estudiantes, clérigos, universitarios, obreros y políticos. Se celebraron varios Congresos mundiales para la paz, se redactaron peticiones firmadas por millones de madres, se publicaron folletos a granel por las ligas, comités, uniones, alianzas y sociedades contra la guerra... Sobre todo hizo gran impresión un libro del in-

Palacio del Tribunal de La Haya, para arbitrajes internacionales, propuesto por el zar Nicolás II y pagado por Carnegie.



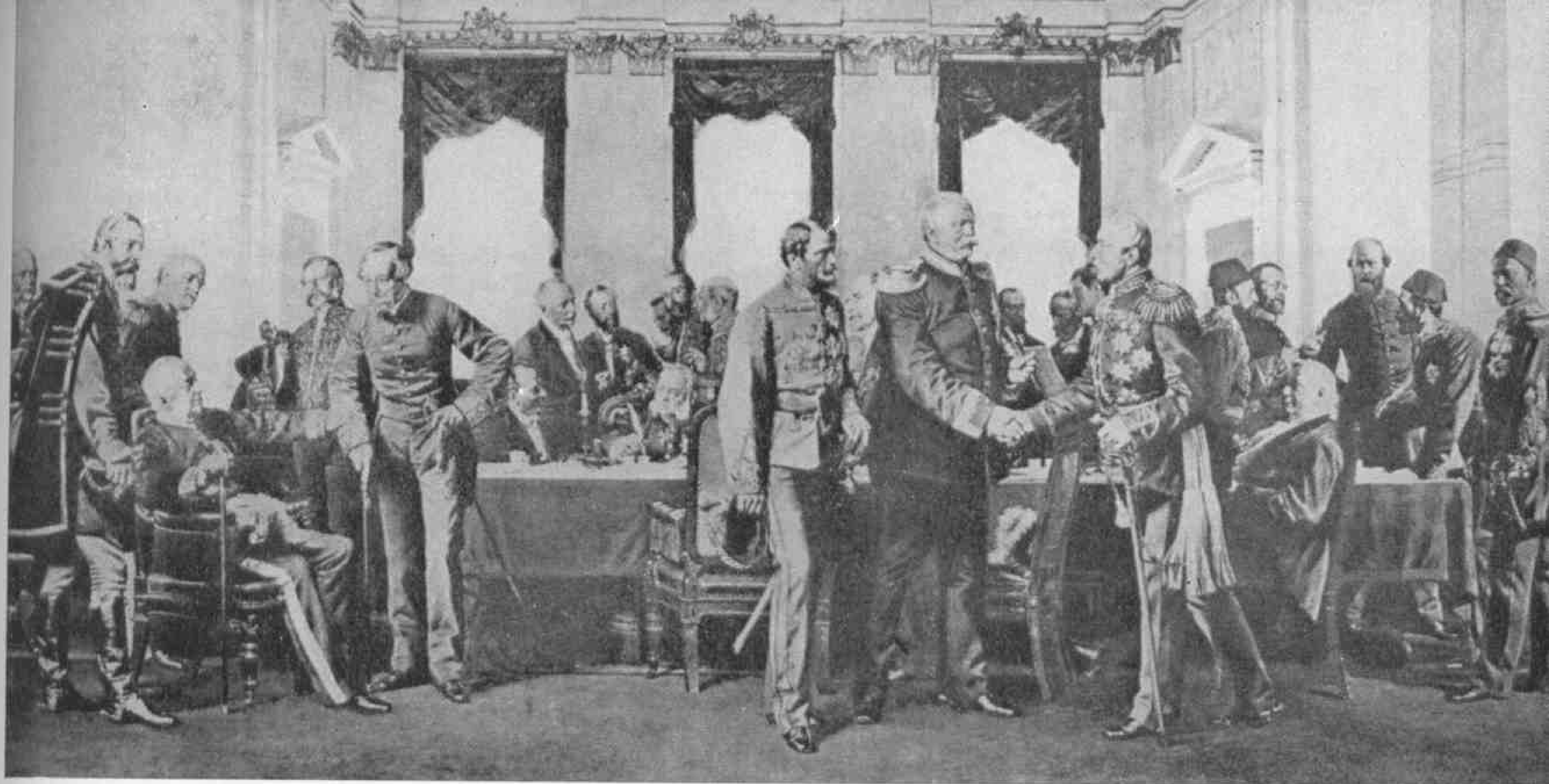
glés Norman Angell, traducido a todas las lenguas, *La Gran Ilusión,* probando que, por razón de la interdependencia del comercio moderno, la victoria de una nación en la guerra no sólo acabaría con el vencido, sino también con el vencedor. Pero mientras los pacifistas proponían la fórmula jurídica del arbitraje obligatorio, que según ellos había de acabar con la guerra, los políticos y jefes de Estado de Europa se preparaban para atacar, o por lo menos para defenderse. La preparación consistía en alianzas más que en armamentos. Estos también se aumentaban, pero cada potencia trataba de procurarse aliados para cuando viniera la ocasión de atacar o ser atacada. Fue una carrera a veces ridícula, siempre inmoral, ese juego de alianzas. De lo que principalmente se trataba era de aislar al enemigo, o problemático enemigo, porque en realidad nadie tenía gran empeño en atacar a nadie.

Es cierto que el «bizarro general» Boulanger había predicado la *revanche* y que en París se mantenían las estatuas de Estrasburgo y Metz, de la Plaza de la Concordia, cubiertas con crespón negro, pero alsacianos, loreneses y franceses se iban habituando a la separación y pronto se hubieran olvidado de su pasado común. Más bien los que no se habituaban a su reunión eran los alemanes, que no habían tenido la capacidad de organizar aquellas dos provincias, sobre todo Alsacia, como otro Estado alemán, regido por un príncipe feudatario de Berlín e idéntico en jerarquía a los demás de la Confederación Germánica. Esto hubiera satisfecho a los alsacianos más que la condición de súbditos, casi coloniales, en que permanecieron de 1870 a 1911, cuando se les concedió algo de autonomía.

El juego de las alianzas fue iniciado por Bismarck. Necesitaba tiempo para consolidar el Imperio que había logrado forjar con sus tres campañas contra Dinamarca, contra Austria y contra Francia. «Necesitamos que Francia nos deje en paz, decía, y por tanto no debe tener aliados.» Con esta idea empezó su primera combinación, llamada la Liga de los tres Emperadores. El emperador de Alemania y el de Rusia eran tío y sobrino; fue fácil arreglar visitas cordiales entre los monarcas y convencer al ruso de que Francia era un peligro europeo al recaer en el régimen republicano después de cada experimento de restauración. Además, Prusia y Rusia no habían tenido guerras entre sí, ni existían entre ellas reivindicaciones de frontera: ambas habíanse beneficiado del reparto de Polonia y ambas habían luchado contra Napoleón. Más difícil fue seducir a Austria; ésta había recibido pruebas de lo perverso que podía ser Bismarck cuando convenía a Prusia; el arreglo con Hungría que convertía a Austria en una Dual Monarquía prometía años de tranquilidad para la corte de Viena. ¿Por qué entrar, pues, en aventuras diplomáticas, sobre todo propuestas por Bismarck? La sola excusa era protegerse del terrible



El emperador de Austria, Francisco José, y el rey de Italia, Víctor Manuel, cuando la visita del primero a Venecia, iniciando la aproximación entre Italia y Austria.



Primera sesión del Congreso de Berlín para decidir las nuevas fronteras de los Balcanes, el 22 de junio de 1878.

virus democrático que exhalaba Francia; si se repetían motines como los de 1848, pronto no se podría bailar el vals en los jardines del Prater ni el cotillón en los salones del Hoff.

La Liga de los tres Emperadores establecía que cada uno acudiría con 200.000 soldados a ayudar a cualquiera de los otros dos en caso de ser atacados. Bismarck, así seguro, trató en 1875 de provocar otra vez a Francia, pero la jugada era demasiado sucia y el zar hizo un viaje especial a Berlín para advertir a su tío que si Alemania recibía otro de los ataques de Francia que sabía procurarse Bismarck, Rusia no se consideraría obligada a participar en la guerra. Este paso en falso de Bismarck tuvo tremendas consecuencias, porque el zar comprendió las posibilidades de una alianza francorrusa. La sola idea de una aproximación entre los Gobiernos de París y Petersburgo hacía palidecer a Bismarck.

Por otra parte, era imposible mantener la Liga de los tres Emperadores, porque las ambiciones de Austria y Rusia eran irreconciliables. Ambas tenían los ojos fijos en Constantinopla: Rusia para establecerse definitivamente en la antigua capital del Imperio bizantino, que le proporcionaría además la salida al Mediterráneo, y Austria para atravesarla con un ferrocarril que iría hasta Bagdad y permitiría su expansión hacia el Oriente. Esto último, que se llamaba el *Drang nach Osten,* parecía a Bismarck más fácil y más aprovechable para los mismos alemanes que la solución rusa. Los turcos, debidamente asesorados e intervenidos por teutones, podían quedar en Constantinopla como simples ujieres o porteros; en cambio, si los rusos se instalaban en la antigua Bizancio, se dislocaba la secular estructura de la Europa Occidental, cuya hegemonía tenía entonces Alemania. En consecuencia, sin más vacilar, Bismarck favoreció en cada conflicto de los Balcanes los intereses de Austria, hasta el punto de que, en 1885, Rusia, enojada, se retiró de la combinación de alianzas, disolviéndose entonces la Liga de los tres Emperadores.

Para compensar la pérdida que ocasionaba la retirada de Rusia, se elevó a Italia a la categoría de aliada: hasta entonces Italia, fascinada por los progresos de Alemania, no había pasado de ser un satélite de la



Partida de Bismarck de Berlín en la estación Stettin, después de haber presentado su dimisión. Agosto de 1892.

Liga de los tres Emperadores. Pero la anexión de Túnez por Francia en 1881 y el temor de que ésta pretendiera restaurar el poder temporal del Papa, lanzaron definitivamente a Italia del lado de Austria y Alemania, firmándose en el año 1882 un tratado que formó las bases de la Triple Alianza. Se estipulaba en una de sus cláusulas que en caso de ser atacada sin provocación por Francia una de las aliadas, las otras dos acudirían inmediatamente a ayudarla con todas sus fuerzas.

Pero todavía logró Bismarck mantener una sombra de cooperación entre Alemania y Rusia hasta 1890. Ya no se trataba ahora de ayuda militar, sino de permanecer neutral y de emplear su influencia para localizar el conflicto al ser atacada una u otra por una tercera. Pero la intervención de Alemania en Constantinopla, cada vez más descarada, pues enviaba generales a organizar el ejército y jefes de administración a modernizar el Gobierno, se hizo intolerable al zar, quien empezó a buscar en París lo que había perdido en Berlín. En el año 1891 se concertó ya un primer arreglo que estipulaba que si una de las dos naciones, Rusia o Francia, «era amenazada de agresión, los Gobiernos respectivos se pondrían de acuerdo respecto a la política que debían proseguir».



Visita del kaiser Guillermo II al papa León XIII en 1888. Grabado de *L'Illustration*.

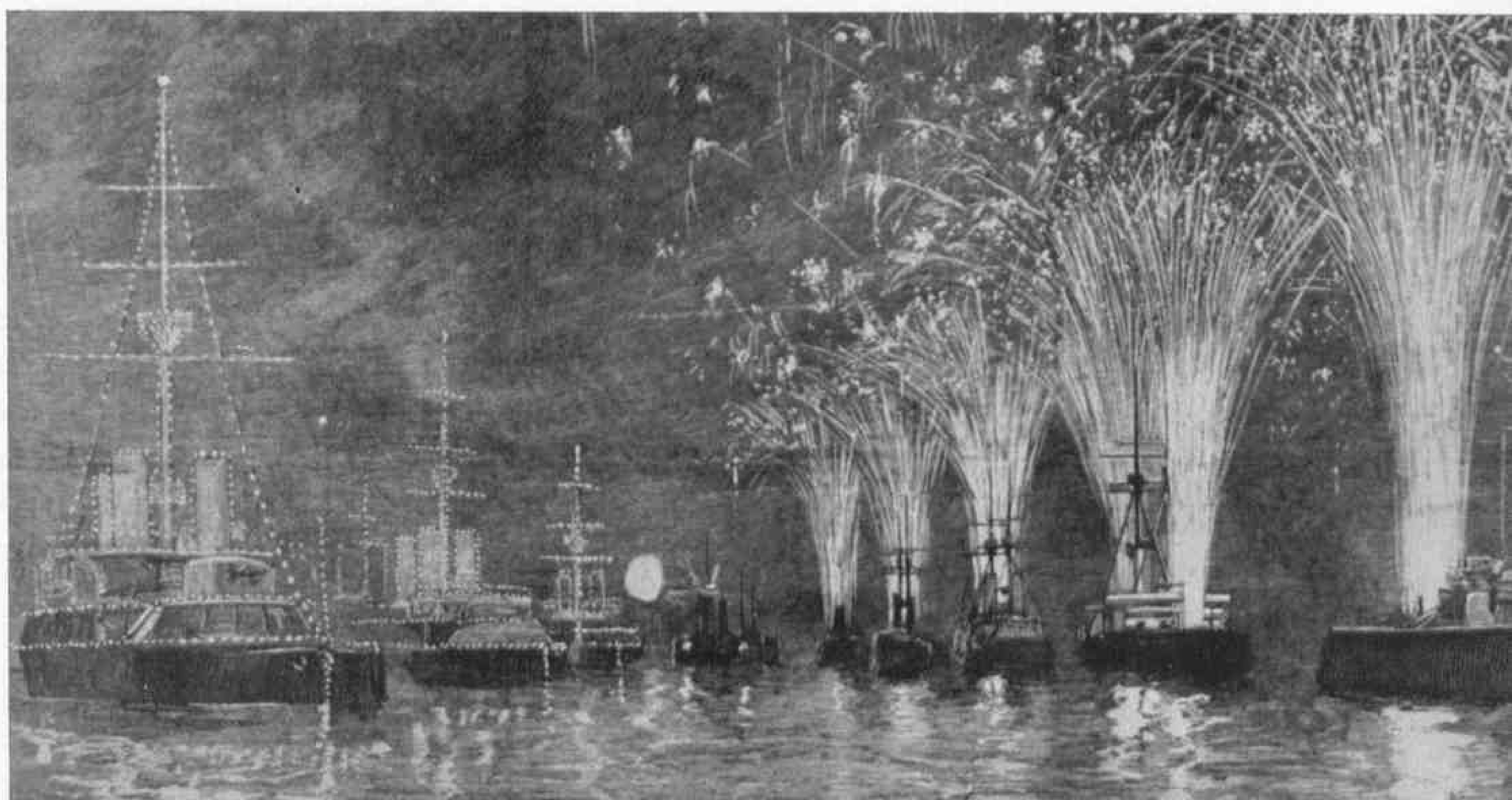


Visita de Guillermo II a Londres con ocasión de la enfermedad de la reina Victoria. Llegada a la estación de Charing Cross.

Aquel arreglo de 1891 se convirtió en el año 1894 en una verdadera alianza entre Rusia y Francia, prometiéndose mutua ayuda en el caso de «ser una de las dos atacada por Alemania o una de las aliadas de Alemania, ayudada por Alemania». La escuadra francesa fue a Cronstadt y la rusa a Tolón, y ambas visitas fueron objeto de grandes fiestas. El propio zar fue en visita oficial a París, donde se le tributó un recibimiento entusiasta y se le hizo inaugurar un puente monumental sobre el Sena, que lleva todavía el nombre de Puente de Alejandro. Así quedó cimentada la alianza francorrusa, a la que Francia fue fiel hasta el punto de participar en la Guerra Europea de 1914, desencadenada por la rivalidad existente entre Austria y Rusia en el oriente europeo.

Mientras se tejían y destejían alianzas y contraalianzas en la Europa continental, Inglaterra permanecía a la expectativa, manteniéndose en lo que llamaba su «espléndido aislamiento». Bismarck le ofreció participar en varias de sus combinaciones en los años 1879, 1887 y 1889, pero los políticos ingleses no se dejaron seducir, ni de nada valieron tampoco los viajes del Kaiser a Londres en 1889 y 1901 para visitar a su abuela la reina Victoria. En cambio, los primeros incidentes de la transacción Egipto-Sudán-Marruecos aproximaron Inglaterra

Iluminación de las escuadras italiana e inglesa en la visita que hizo la primera al puerto de Cowes en la isla de Wight. Grabado del *Illustrated London News*.



a Francia. A la muerte de la reina Victoria, el nuevo monarca Eduardo VII, que como Príncipe de Gales había vivido largas temporadas en París y era francófilo, hizo avanzar un paso más la aproximación con el arreglo llamado *Entente Cordiale*. La primera fórmula de la *Entente*, redactada en el año 1904, no hacía más que liquidar antiguas disputas coloniales, como la de las pesquerías de Terranova, los límites de Siam, del Níger y Guinea. Pero ni siquiera se mencionaba la obligación de ayuda militar en caso de conflicto.

Así estaban, pues, las piezas sobre el tablero en 1914. Del lado de la Triple Alianza, la completa y formal alianza de Alemania y Austria, con la asistencia prometida a Italia y la recíproca por parte de ésta, pero sólo en caso «de ataque sin provocación por parte de Francia». Del lado de la Triple Entente, la completa y formal alianza entre Rusia y Francia, con la promesa de ayuda moral y hasta material por parte de Inglaterra, caso de ser Francia atacada por Alemania. Era hasta cierto punto un equilibrio europeo de poder que parecía asegurar largos años de paz, mantenida, si no por mutuo afecto, por lo menos por temor.

Los Balcanes en 1913.



La profecía de que los Balcanes serían la «mecha encendida que haría saltar el barril de pólvora de Europa» se realizó cumplidamente en 1914. Para comprender la profecía y su realización hay que recordar que la región limitada entre los Cárpatos, los Balcanes y el mar Negro está ocupada por una serie de grupos nacionales de la más variada procedencia, raza, lengua y religión. Algunos se establecieron allí en la más remota antigüedad, otros llegaron durante la época bizantina, otros a remolque de los turcos. Pero el hecho de haber estado durante siglos sujetos al Imperio bizantino o turco no hizo necesaria una exacta delimitación de fronteras y las diferentes nacionalidades se infiltraron en territorios ocupados por gentes de otro origen. Todavía después de haber recibido completa independencia y haberse fijado sus fronteras, casi científicamente, por expertos delegados de las grandes potencias, ajenos a las pasiones locales, servios, búlgaros y rumanos se querellaban por causa de los límites que se les había asignado. Por lo pronto, los servios y los croatas son eslavos, hablan una lengua parecida al ruso y pertenecen en su mayoría a la Iglesia de rito griego. Los búlgaros son, como los turcos y magiares, de origen mongólico, aunque muy metamorfoseados y con una lengua eslava, y su religión es la ortodoxa. Los rumanos son latinos, descendientes de colonos establecidos en la desembocadura del Danubio por Trajano, y algunos de ellos profesan la religión católica... Los macedonios y albaneses son de raza helénica y caucásica, disputados por griegos, búlgaros y servios...

A fines del siglo XIX todos estos pueblos eran todavía indómitos y belicosos, incapaces de cooperación. Sin un déspota, como por tantos años había sido Turquía, era

lógico que, por algún tiempo, estuvieran sujetos a la tutela de algún vecino capacitado para vigilarlos e impedir las luchas intestinas. Este hubiera tenido que ser Austria: dentro de la Dual Monarquía había importantes grupos de eslavos, verdaderas naciones como Bohemia y Croacia, que por ser eslavas eran tan extrañas a Austria como a Hungría. Por cierto tiempo pareció incubarse en Viena y Budapest la ambición de absorber todos los eslavos del Sur, anexando a Servia, y hacer otra unidad monárquica con el mismo jefe de Estado de la Dual Monarquía. Así, el Imperio austríaco se hubiera convertido en un Imperio danubiano, compensándose con la entrada de los eslavos del valle del Danubio la segregación de los alemanes del Norte, que definitivamente habían sido incorporados al Imperio germánico de Berlín. El Imperio austríaco-húngaro-servio hubiera reunido tres Coronas con un solo Emperador, y el Danubio hubiera sido para ellos no sólo una arteria fluvial, sino también un símbolo, como lo era el Rin para los germanos del Norte. Pero aunque el deseo de esta reorganización danubiana hubiera sido muy ferviente en Viena y Budapest— que no lo era —, el proyecto habría fracasado por la acción desmoralizadora de Rusia.

Los rusos se consideraban como hermanos mayores de los eslavos, tanto balcánicos como danubianos, y reconocían como un deber el sostener su independencia. Ocioso es decir que los pueblos balcánicos se aprovechaban de la rivalidad de Austria y Rusia en protegerlos: podían contar con Austria cuando Rusia aparecía demasiado exigente en cuestiones dinásticas y religiosas, y podían contar con Rusia cuando Austria exigía tratados comerciales que constituían verdaderos monopolios.

Sin embargo, es posible que Austria no hubiese salido del sopor en que la dejara la pérdida de su preponderancia imperial en Alemania a no ser por las llamadas guerras balcánicas de 1912 a 1913. Un año antes, en 1911, Turquía, atacada por Italia, había tenido que ceder lo que le quedaba de soberanía nominal en la costa del Norte de Africa (Trípoli y Cirenaica). Esta, más que derrota, humillación de los turcos reveló a las naciones balcánicas que no tenían nada que perder si ellas atacaban también a sus antiguos opresores. Siempre alentados por Rusia, que garantizaba su absoluta inmunidad en el caso remotísimo de desastre, servios, búlgaros, griegos y montenegrinos coligados declararon la guerra a Turquía y en pocas jornadas llegaron a las puertas de Constantinopla. Pero haciendo honor a la condición de pueblos balcánicos, ya no pudieron ponerse de acuerdo al repartirse el botín: Bulgaria, que había llevado el peso de la campaña, pedía la parte mayor, y Servia, sin tanta razón, no quería pasar por menos. Servios y búlgaros, que habían peleado heroicamente contra los turcos en 1912, guerrearon entre sí con igual furor en la segunda guerra balcánica de 1913. En ella partici-



Los Balcanes en 1914.

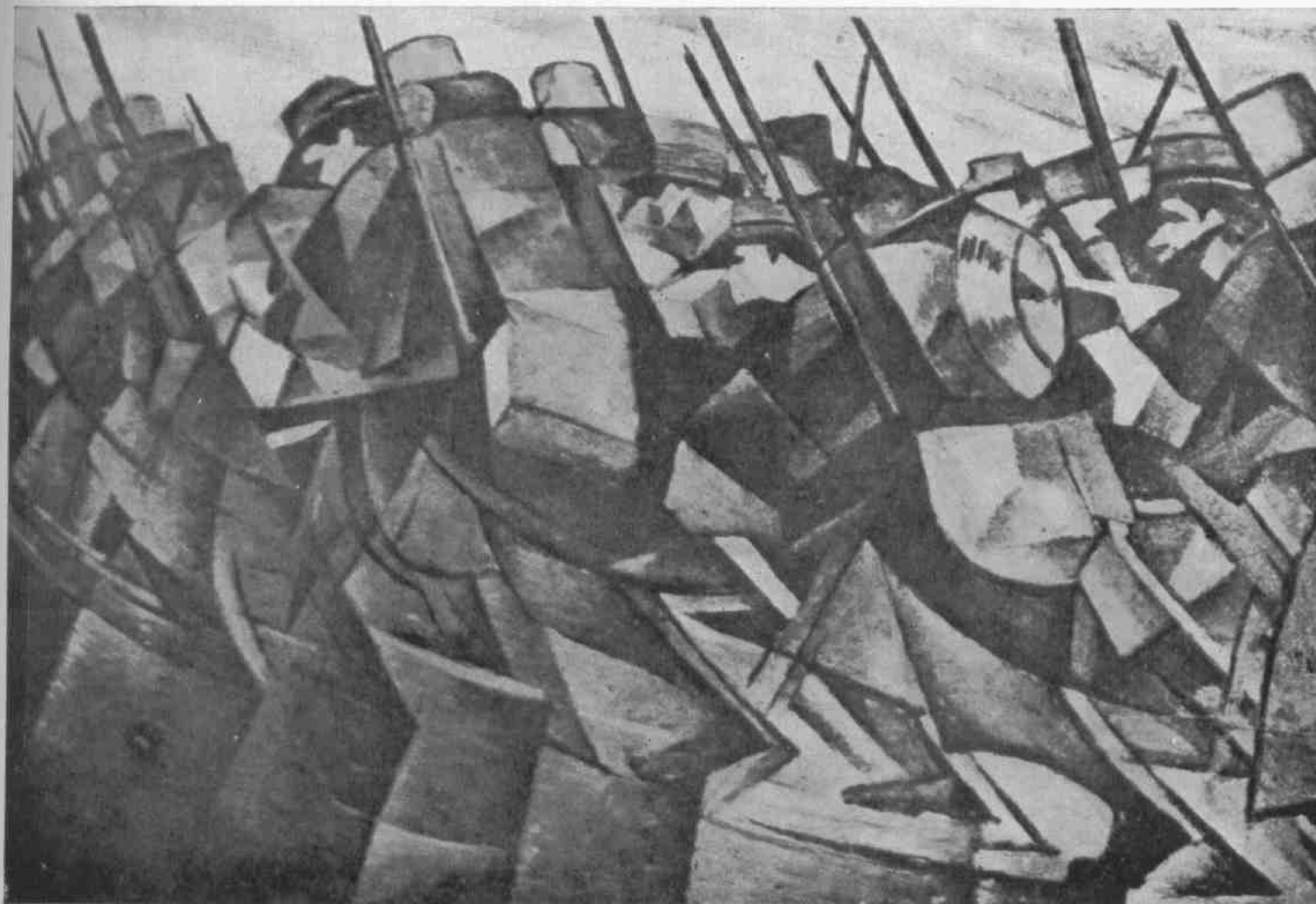
paron para ayudar a Servia contra Bulgaria las demás naciones balcánicas que el año 1912 habían colaborado en la lucha. El resultado fue despojar a Bulgaria de casi todo lo que había conquistado y engrandecer a Servia hasta el punto de hacerla la potencia predominante en los Balcanes. Mas para convertirse en la Gran Servia necesitaba acceso al mar. Esto la emanciparía enteramente, y con una Servia fuerte se desmoronaría el proyecto de la Confederación Danubiana que tenía que incluirla como un vasallo o confederado de Austria y Hungría. Por lo tanto, al hacerse la liquidación de los territorios liberados de los turcos durante las guerras balcánicas, Austria insistió en que se formara un Estado nuevo, Albania, que se interpondría entre Servia y el Adriático. Albania debía formar un reino con un príncipe alemán que sería aliado de Austria. Con Albania por el Sur, Hungría por el Norte, Bosnia y Herzegovina (también eslavas, pero anexadas por Austria en 1908) por el Oeste, y Bulgaria por el Este, Servia, la ambiciosa y decidida Servia, quedaba bloqueada, enclavada dentro de territorios sujetos a Austria.

De momento no manifestó Servia gran irritación, pero con táctica verdaderamente balcánica permitió que se organizaran sociedades secretas para boicotear a Austria. Llevaban nombres bien expresivos: «Acción revolucionaria», «Mano negra», «Unión o muerte». Estas sociedades terroristas tenían ramificaciones en las provincias anexadas por Austria, lo que explica que cuando el archiduque heredero del Imperio austríaco pasó a Sarajevo, capital de Bosnia, para hacer el gesto de sellar con su acto de presencia la anexión definitiva de aquellas provincias, él y su esposa fueron asesinados por los terroristas.

Esta fue la chispa que inflamó la mecha que hizo volar el barril de pólvora de Europa en 1914. Pero el barril estaba cargado, se venía llenando de explosivos desde hacía muchos años, y la explosión tuvo que ser forzosamente formidable.

La Paz después de la Conferencia de La Haya. Caricatura americana de *Life*.





¡En marcha! *Pour Berlin! Nach Paris!*
Como se suponía que sería la guerra de 1914, según pintura cubista de A. Gleizes.

15 LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL. LA SOCIEDAD DE NACIONES

El archiduque heredero de Austria fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914, y hasta el 3 de agosto no estalló la guerra. Durante el mes de julio los diplomáticos y ministros europeos se movieron y cacarearon como gallos de pelea. En realidad nunca habían tenido cabeza y menos corazón; si entre las testas coronadas de la Europa de entonces hubiese habido un verdadero monarca, y entre los políticos un verdadero hombre de Estado, la guerra hubiera podido evitarse. Pero nadie manifestó tener capacidad para imponerse: las recomendaciones del Kaiser a su aliado el emperador de Austria no eran más que para evadir responsabilidades; Inglaterra no manifestó claramente que participaría en el conflicto hasta que vio a Bélgica amenazada; Francia tuvo empeño en mantenerse correcta sin agitarse; Rusia, segura de la alianza francesa, nada temía y movilizaba... Pero, sobre todo, donde había un empeño decidido en no transigir, a menos de «engullir a Servia», era en Viena.

Al tratar después de la guerra de descubrir las causas de aquella catástrofe y de todas las guerras pasadas y por venir, los economistas mencionan cifras, mercados, im-



El emperador de Austria Francisco José.

blar bajo, aunque llevando un buen bastón», pero nunca se hubiera atrevido a hacer manifestaciones declarando la guerra moral y aun bella, como las hicieron los alemanes poco antes de 1914. He aquí algunas expresiones de esta nueva filosofía teutónica. Moltke, el generalísimo alemán, había publicado que «la guerra es uno de los medios de que se vale Dios para el progreso»; el famoso general Von Bernhardi había dicho que la guerra era «una necesidad biológica»; el filósofo Treitschke, discípulo y continuador de Nietzsche, decía, poco antes de 1914, que «los conflictos entre naciones son la principal belleza de la Historia». Se repetía la frase de Heráclito que «de la guerra derivan todos los bienes»... Como única excusa de los que desencadenaron o no supieron atajar la Guerra Europea de 1914 sólo se puede decir que no tenían

perialismos, exceso de población, y repiten lo de «ensancharse o estallar» y la necesidad de «un lugar bajo el sol», que aluden a conquistas. Pero si bien hay que reconocer que el malestar económico pervierte la mentalidad de los pueblos, es más bien para humillarlos que para exaltarlos y rara vez los empuja a arrojarse sobre sus vecinos. Lo que mueve a las naciones a atacar, no son la escasez ni el hambre, sino el exaltado entusiasmo y orgullo nacional. En Austria, durante la crisis de 1914 se hablaba de «misión histórica». La vanidad de los personajes políticos de Viena les impulsaba a recobrar en el Danubio la categoría imperial que habían perdido en el Rin.

Nunca ha habido moralidad en las relaciones internacionales; el noble Cavour ya observaba que «si procediera como persona como tenía que proceder como político, sería el ser más despreciable del mundo». Bismarck decía que «se tenía que ha-



El kaiser Guillermo II.

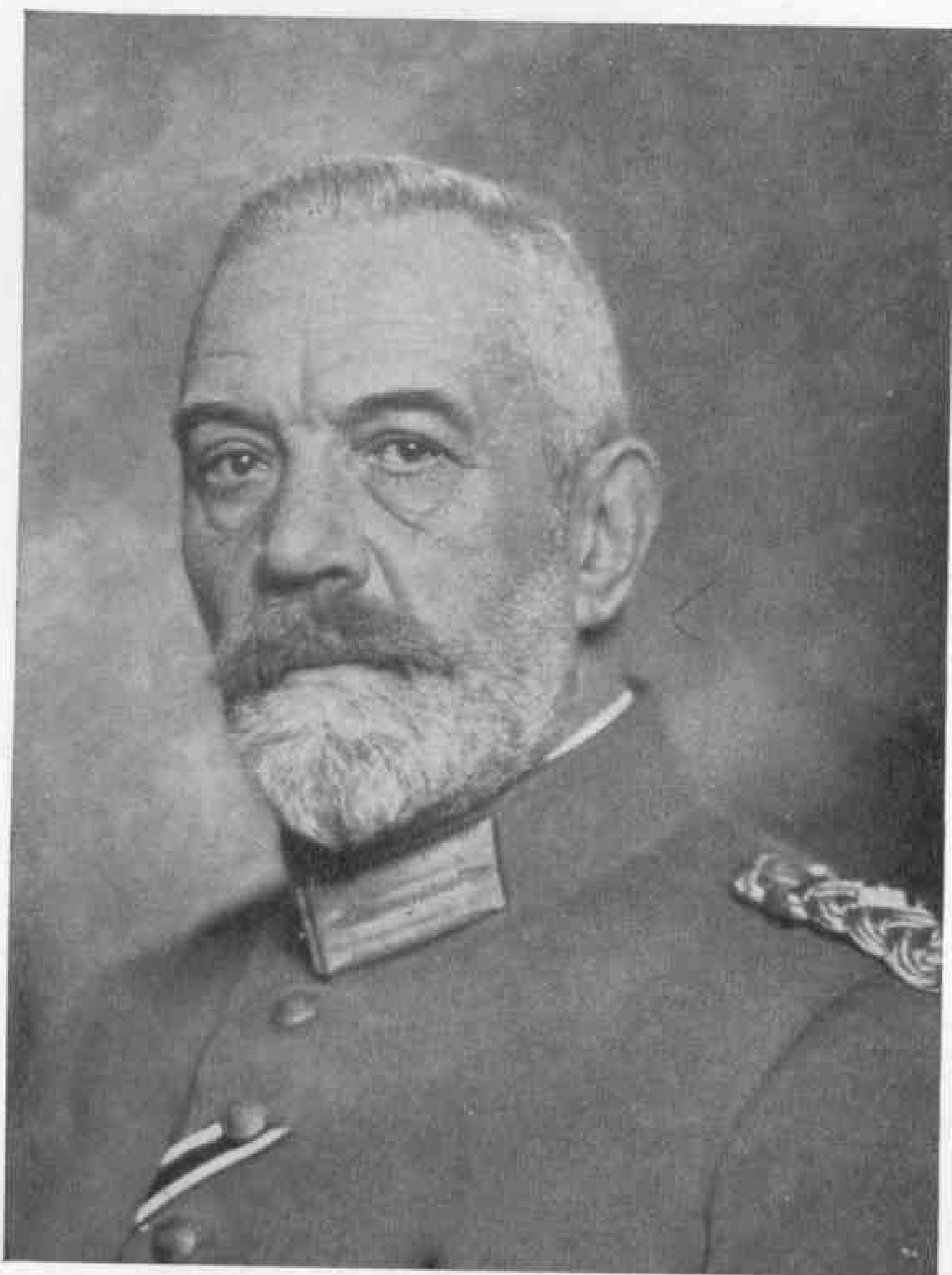
El zar Nicolás II.



idea de lo que iba a ser, del dolor y ruina que iba a producir con sus cuatro años de destrucción y homicidio. Creían todavía en una guerra rápida, de pocos meses, como la guerra franco-prusiana de 1870, con batallas teatrales y el enemigo vencido al perder la capital del Estado. Los franceses pensaban llegar a Berlín, y los alemanes a París casi en los mismos trenes en que se había efectuado la movilización.

La guerra empezó ya con una gran sorpresa. Los alemanes invadieron a Bélgica para atacar a Francia por el flanco y evitar las fortalezas de la frontera del Este. Al ser reconvenido por aquella agresión, el canciller alemán, imbuido en las ideas de Bernhardi y Treitschke, dijo que «la necesidad no reconoce ley» y que el tratado firmado por la propia Alemania, en que garantizaba la neutralidad belga, era «un papelucho» que no valía la pena ni de mencionar.

Si la agresión a Bélgica hubiese derivado de circunstancias insospechadas, el crimen hubiera sido menos odioso, pero estaba premeditada desde hacía muchos años, según el famoso plan del conde Schlieffen. Este contaba destruir al ejército francés en seis semanas y quedar así en libertad para aniquilar luego al ejército ruso, que tardaría en movilizar. Schlieffen estaba gravemente enfermo cuando estalló la guerra de 1914, y murió antes de acabar el año; pero se procedió puntualmente según su estrategia. De los siete ejércitos alemanes del Oeste, tres atravesaron Bélgica, otro violó la neutralidad de Luxemburgo y por aquella brecha entró en Francia, otro trató de forzar la entrada por los Vosgos, otro quedó en Lorena y el séptimo en Alsacia. Los que habían atravesado Bélgica y Luxemburgo no encontraron dificultad; en Francia no se esperaba aquel atropello; por esto el 2 de septiembre, al mes justo de haber comenzado la guerra, los alemanes habían llegado a Chantilly, a 40 kilómetros de París en el Marne, y el Gobierno francés se trasladaba a toda prisa a Burdeos. Entonces ocurrió el milagro de la guerra, el único episodio verdaderamente heroico y sensacional que todavía no se ha podido explicar satisfactoriamente: el generalísimo francés Joffre dio la orden de resistir; más aún, Foch, aprovechándose de un claro, atacó sin pedir permiso; Gallieni, gobernador de París, se lanzó a la aventura, y los alemanes, casi en desbandada, tuvieron que retirarse al otro lado del río Aisne, donde se atrincheraron sin moverse apenas hasta el fin de la guerra. El plan Schlieffen había fracasado y con el atropello de Bélgica sólo se había conseguido forzar a Inglaterra a ponerse del lado de Francia y Rusia: al darse cuenta del fracaso, el generalísimo alemán consideró la guerra perdida, y en cambio los franceses se dieron cuenta de que podían ganarla. Los últimos meses del año 1914 se emplearon por aquel lado en lo que se llamó la Batalla por los puertos del Canal: los alemanes tenían el mayor interés en dificultar las comunicaciones entre Francia e Inglaterra, pero llegaron tarde: franceses, ingleses y belgas se habían precipitado a defender Calais, Dunkerque y Boulogne. Los alemanes sólo pudieron disponer durante el resto de la guerra



T. Bethmann-Hollweg, canciller alemán.

de un pequeño trozo de costa entre la frontera holandesa y Ostende, para desde allí hostigar a Inglaterra.

Mientras tanto los rusos habían invadido la Prusia Oriental, pero para caer en la trampa de los Lagos Masurianos, donde Hindenburg los envolvió, haciendo una matanza y una redada de 45.000 prisioneros. Por el Sur, los rusos habían conseguido algunas ventajas en Galitzia, lo que dio un momento de respiro a los servios, atacados por los austríacos. Así se llegó al final del año, con el siguiente balance de bajas entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos: 700.000 alemanes, 850.000 franceses, 90.000 ingleses, 300.000 rusos; 100.000 austríacos, 70.000 servios... ¡En cinco meses! Y esto aún no daba idea de lo que podía ser la guerra. En abril de 1915, en la batalla de Ypres, los alemanes dieron la segunda sorpresa: la nube de gases asfixiantes. Más tarde los ingleses sorprendieron con los tanques, la aviación se perfeccionó... por fin, los submarinos intervinieron con eficacia. Bombardeando, torpedeando, asfixiando, los beligerantes hacían alarde de tener la Providencia divina de su parte. El emperador de Austria pedía la bendición del Papa para su ejército; el Kaiser decía que Dios estaba a su lado; Francia esperaba ayuda de Juana de Arco; la Iglesia anglicana, con ambigüedades, prometía el Paraíso a los que morían «mártires de la idea democrática», representada por el Imperio británico.

Deliberadamente hemos evitado en este libro la descripción de campañas militares, cuyo valor depende únicamente de la paz que se podrá conseguir después de la guerra, y no vamos a hacer una excepción para la Guerra Mundial, la Gran Guerra o la Guerra Europea, sea como se llame la del año 1914. Pero se desplegó entonces tal cantidad de inventiva para destruir y tal energía para resistir, que señala un cambio en la Humanidad. Daremos algunos datos: para desalojar los alemanes a los rusos de la fortaleza de Gorlice el 1.º de mayo del año 1915 dispararon 700.000 cañonazos; en febrero de 1916, en Verdún, en el espacio de doce horas cayeron un millón y medio de balas de cañón: alteraron la topografía del terreno, hasta arrasar colinas y rellenar valles. La cantidad de bajas fue en proporción: en los ataques y contraataques para tomar y defender Verdún pereció medio millón de combatientes por cada lado.

La táctica cambió también completamente: desapareció la caballería, que fue substituida por la aviación, y la artillería se empleó principalmente en lo que se llamaba *barrage* o cortina de fuego, que iba avanzando delante de las líneas de infantería que se lanzaban al ataque. Todo ataque iba precedido de un verdadero diluvio de granadas grandes y pequeñas concentrado en un reducido sector de las trincheras y destinado, más que a destruir, a desmoralizar al enemigo. Así, a veces se conquistaban algunos centenares de metros, pero no era más que el terreno que se necesitaría para las fosas de los que habían pere-

cido al conquistarlo. En la batalla del Somme los ingleses avanzaron algunos kilómetros en un frente de treinta y cinco, pero tuvieron, en el primer día solamente, 55.000 bajas. Durante aquellos meses de ofensiva, desde julio hasta noviembre de 1916, los ingleses perdieron un promedio de cien mil hombres cada mes y los alemanes calcularon que la batalla del Somme les había costado medio millón de soldados. La ofensiva de Nivelle en Soissons en abril de 1917 costó a los franceses 100.000 hombres y la simultánea de los ingleses en Arras, 84.000; la tercera batalla de Ypres en julio del mismo año 1917 representó para los ingleses y franceses un total de 400.000 bajas y 250.000 para los alemanes.

Se diría que con estas hecatombes tenía que producirse disgusto e insurrección, y aunque lo primero era general y profundo — se llamaba *derrotismo* —, se evitó casi completamente lo segundo. Hubo conatos



El Kronprinz, príncipe heredero de Alemania, que dirigió el ataque contra Verdún.



Mariscal Hindenburg.

de indisciplina entre los franceses, sobre todo después del fracaso de Nivelle en Soissons, pero prevaleció el espíritu de sacrificio. No se trataba ya de patriotismo, gloria nacional, honor... sino de mera conservación de independencia. Una inteligente y persistente propaganda había convencido al pueblo francés, y al inglés también, de que los alemanes no se contentarían, caso de triunfar, con menos de esclavizar al mundo entero. Se les llamaba hunos, vándalos, bárbaros; se recordaba que su carácter racial era el furor teutónico, un sentimiento espontáneo que periódicamente les hacía romper las vallas de las fronteras para arrasar, destruir, quemar y violar a las mujeres de las naciones vecinas. Así se formó el tipo casi mitológico del *boche* o soldado ale-

mán, rapado, mal vestido, medio idiota, contrastando con el *poilu* francés, mal afeitado, pero tenaz, ingenioso, al que se añadieron el *tommy* inglés, alto, delgadito, agudo, y más tarde el *sammy* americano, atlético, limpio, calmoso. Todos ellos aparecieron en caricaturas y se derrochó ingenio, *humour* y *esprit* para hacer broma de la espantosa tragedia, pero lo singular es que la guerra no produjo ningún talento artístico, y hasta los escritores y artistas que se alistaron como *poilus* o *tommies* se atrofiaron en las trincheras. Se publicaron grandes cantidades de «periódicos del frente», que se imprimían en los pueblos vecinos a la línea de fuego y que eran redactados por los oficiales de las guarniciones, pero todos, absolutamente todos, eran hojas locales de la más supina vulgaridad. Chistes sobre la comida, los zapatos limpios de un capitán, las visitas de inspección, los suspiros de nostalgia del soldado recién casado, la fácil promiscuidad de la camarera del café... pero nada épico, nada trágico, ni del trágico cotidiano, ni siquiera el drama del pequeño horizonte que podía verse desde un sector de las trincheras. Los libros que reflejaban algo de la Guerra Europea aparecieron después, pero daban la misma impresión de fastidio, de tedio, de monotonía, sin más esperanza que la de que una bala anónima de la trinchera de enfrente se llevara la vida. Un *poilu* matando a un *boche* y un alemán matando a un *tommy,* a esto se reducía la Guerra Mundial para el pobre soldado de las gigantescas batallas del Somme, de Arras o de Soissons. No; la guerra no mejoró a la Humanidad, desarrollando nuevos sentimientos, y esto se pudo ver claramente en el espíritu que quedó en los combatientes que escaparon del desastre. No pensaron más que en vivir, gozar, respirar, libres de la pesadilla de la guerra pasada, que hacían lo posible por olvidar a todo trance.

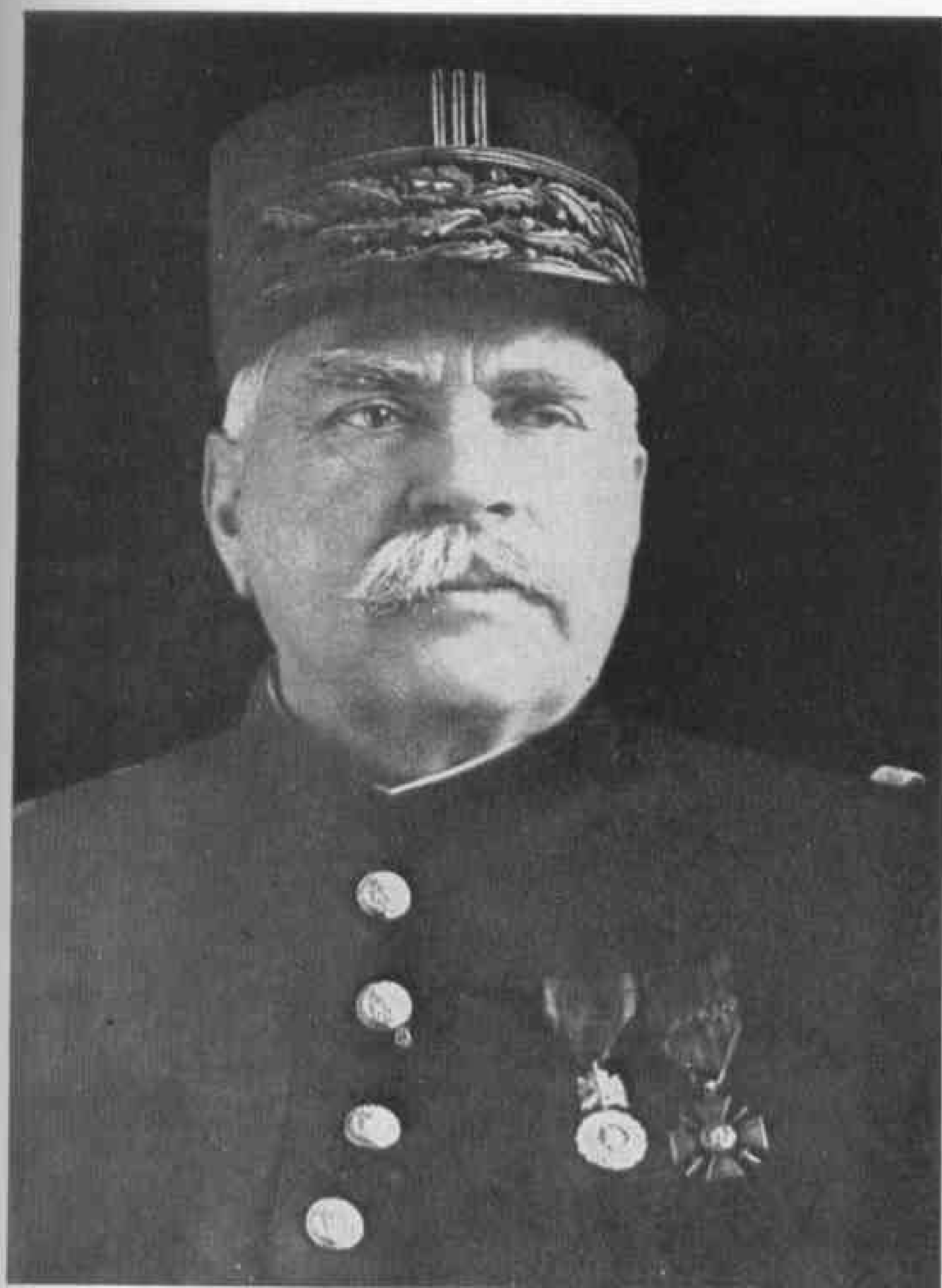
Lo único que se perfeccionó en un grado



General Ludendorff.

General Mackensen.





Mariscal Joffre.

comparable a la magnitud de los intereses y fuerzas en acción fue la propaganda. Ingleses y franceses movilizaron lo mejor de sus escritores y profesores para presentar al público mundial su caso como de pura defensa, y servir en bandeja de plata la novela de que la guerra era para evitar que Alemania esclavizara a la Humanidad. Se tenía que mantener al mundo libre para que pudiera gobernarse democráticamente y evitar el peligro de ser aplastado por la bota de montar del militarismo alemán. Aquella no era una guerra más, si no la última guerra, era la guerra para terminar la guerra. Con estas razones y el oro inglés, pronto el mundo entero participó, aunque nominalmente, en la gran contienda. Italia, Portugal, después Rumania y Grecia, China y Japón declararon la guerra a Alemania; por otro lado, Turquía y Bulgaria se declararon contra los *Aliados,* como se llamaban a sí mismos franceses, ingleses y rusos. En el tablero de las naciones pronto faltaron algunas, y otras contaron muy poco. De las dos que habían originado el conflicto, Rusia y Austria, la primera se tuvo que retirar ya en 1917. Después de una revolución que destronó al zar y arrinconó a los socialistas parlamentarios, Rusia firmó el tratado de paz de Brest-Litowsk, que concedía a Alemania cuanto quiso exigirle. El joven emperador de Austria, Carlos, sintiéndose irresponsable de pasados errores y fatigado de la guerra, enviaba a su cuñado el príncipe Sixto de Borbón a Francia para explorar las condiciones de paz. Italia era un factor secundario del lado de los aliados desde su desastre de Caporetto en octubre de 1917; Turquía era incapaz de ofrecer la menor resistencia en Mesopotamia y Palestina; Rumania firmaba una paz separada en marzo de 1918 concediendo a Alemania grandes reservas de trigo, sal y petróleo; Portugal nunca había servido más que para dejar paso a través de sus colonias a las tropas que iban a desalojar a los alemanes de Africa... Resumiendo, la guerra parecía haber quedado reducida a un duelo a muerte entre Alemania e Inglaterra, en la que Francia y Austria hacían de padrinos, aunque perdiendo lo mejor de su juventud.

Y cuanto más tiempo pasaba, más se convertía el duelo en un duelo a muerte

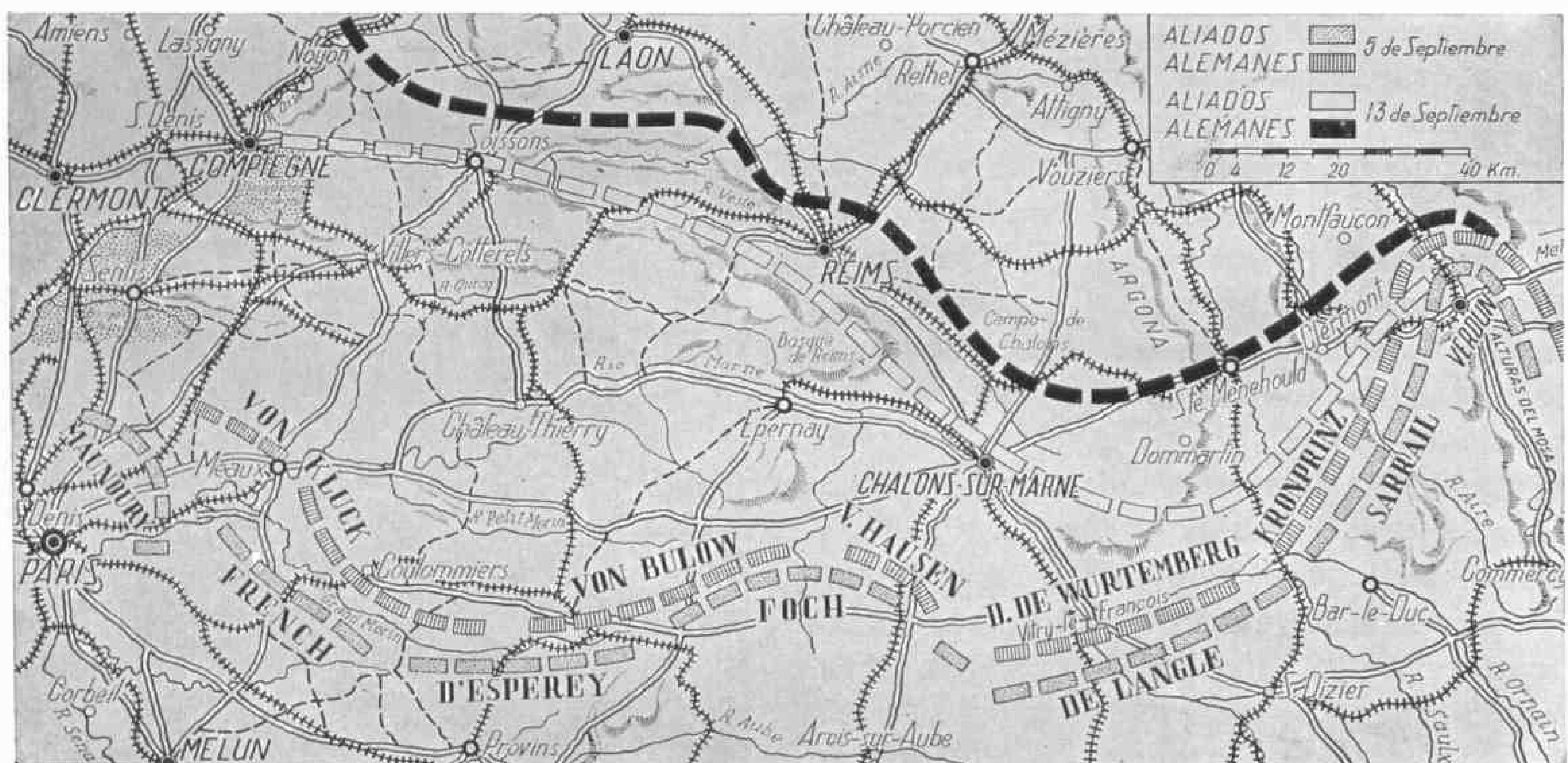
General Gallieni.



por hambre. Inglaterra había bloqueado Alemania con sus cruceros, que eran dueños absolutos de los mares, y Alemania trataba de bloquear Inglaterra con sus submarinos. Durante el año 1917, cuando empezó la guerra submarina sin restricciones, los submarinos alemanes hundieron buques de los aliados que en conjunto desplazaban más de cinco millones de toneladas. El propio Lloyd George confesó más tarde que había faltado muy poco para que Inglaterra no hubiera sucumbido por hambre. Pero ya en 1918 los astilleros ingleses producían más tonelaje que el que seguían hundiendo los alemanes y, por fin, intervino el factor decisivo: los norteamericanos entraron en la guerra.

Dos fueron las causas de la intervención americana: la primera, la propaganda; la segunda, la cuestión financiera. La propaganda había hecho circular, por medio de periódicos que buscaban popularidad y difusión con noticias sensacionales, la especie de que si los hunos, o sea los alemanes, vencían a los ingleses, tarde o temprano irrumpirían en América. Se había hecho de Inglaterra el campeón de la democracia, la libertad y la justicia; en cambio, Alemania, desde el atropello de Bélgica, era la verdadera personificación de la autocracia. La segunda causa de la intervención era que los banqueros americanos habían concedido créditos a Inglaterra y Francia por valor de mil quinientos millones de dólares. Caso de triunfar Alemania, esta suma estaba completamente perdida.

No sabemos cuál de estos dos factores pesó más en la conciencia del presidente Wilson, el cual, según la Constitución americana, era el único que tenía la iniciativa de aconsejar o desaconsejar la guerra. Probablemente el primero, porque Wilson era un intelectual algo romántico y sólo medianamente enterado de las condiciones del Viejo Mundo. Había empezado como profesor de Historia Americana en la Universidad de Princeton, había sido gobernador del Estado de Nueva Jersey y además era algo aficionado al bello sexo; así que entre galanteos y política local apenas había viajado por Europa, que únicamente conocía por los libros. No hablaba más que inglés



Situación de los ejércitos beligerantes antes y después de la batalla del Marne.

y apenas chapurreaba el francés... Sin embargo, era bastante sentimental y sincero para comprender cuánta inmoralidad internacional e injusticia podía derivarse del triunfo teutónico, y en consecuencia el 2 de abril de 1917 aconsejó al Congreso de los Estados Unidos que declarara la guerra a Alemania. Las cifras dirán lo demás: antes de acabarse la guerra el Gobierno americano había concedido a los Gobiernos aliados créditos por valor de diez mil millones de dólares y se habían alistado en el ejército y la marina diez millones de hombres.

A principios de 1918 había ya un millón de soldados americanos en Francia, y lo más grave era que no parecían impacientes para acabar pronto. Se les había entregado para su exclusivo uso el puerto de Burdeos y allí iban descargando flemáticamente locomotoras, grúas, rieles, traviesas, maquinarias, miles de automóviles y camiones y provisiones de toda clase. Mientras para los combatientes europeos aquella guerra era una sombría pesadilla, que querían acabar a todo trance, para los americanos era un deporte peligroso, pero interesantísimo, que casi tenían empeño en prolongar. Sin embargo, en las pocas acciones en que participaron, los americanos dieron pruebas de saber jugarse la vida y perderla con gran dignidad.

Por otra parte, el presidente Wilson había lanzado unas bases para terminar la guerra: los 14 puntos, en los que se precisaba que la paz debía hacerse sin anexiones ni indemnizaciones. Acaso ofrecía demasiado.

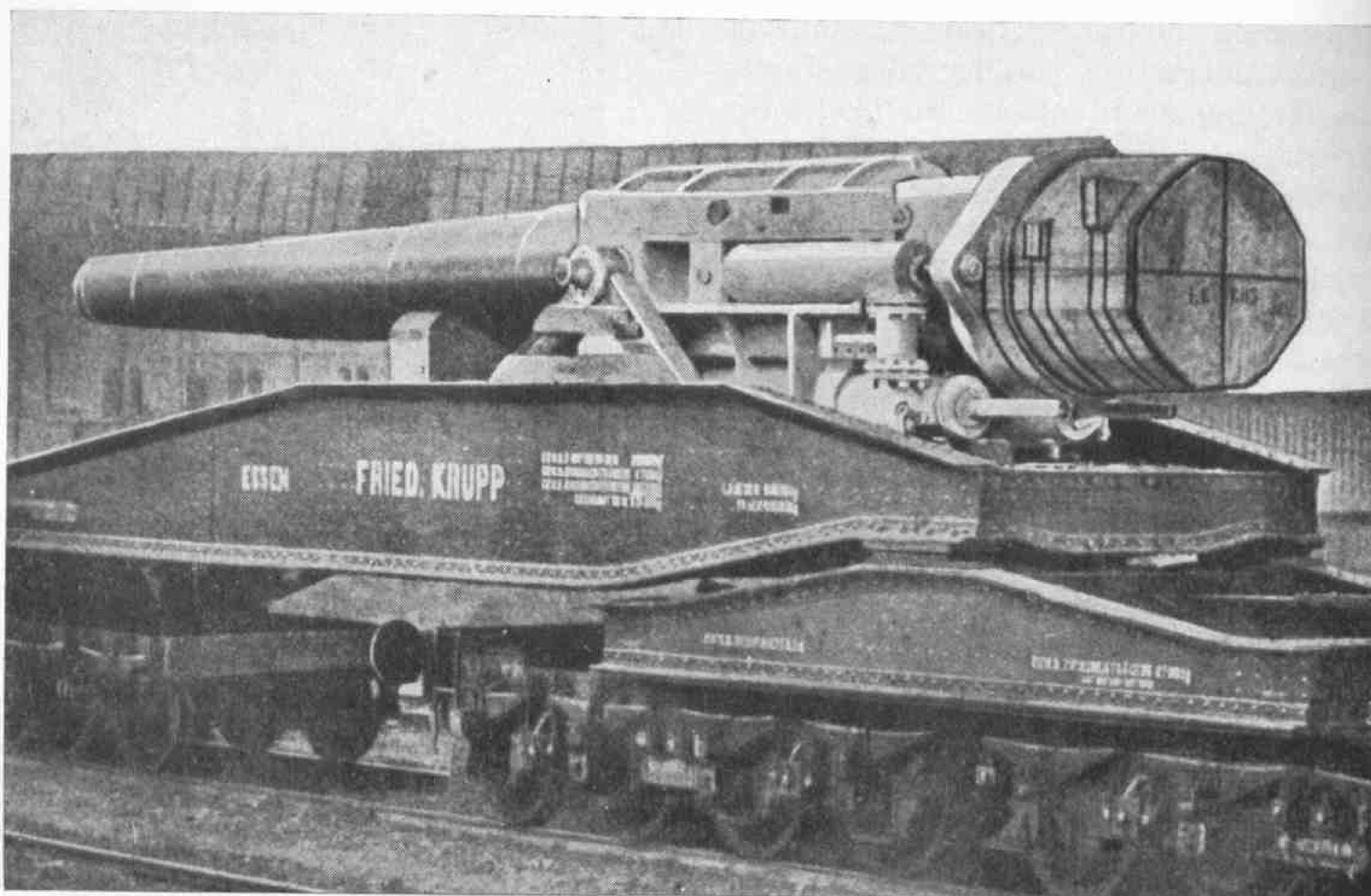
Fiándose en aquellas condiciones, Alemania, hambrienta, agotados los recursos, desconcertada y sobre todo indisciplinada, pidió un armisticio que fue una verdadera rendición.

Las condiciones de la paz definitiva se discutieron en París en un Congreso de delegados de todas las naciones que directa o indirectamente habían participado en la guerra... todas, ¡excepto los vencidos! Fue otra novedad, algo sin precedentes entre gentes civilizadas. Los vencidos tuvieron que aceptar los tratados que se habían redactado por los vencedores, sin poder participar en las discusiones. Fue un juicio que condenó a los criminales — los vencidos — sin concederles el derecho de defensa. Al llegar el día de la firma los plenipotenciarios alemanes se encontraron con un documento que no podían hacer más que firmar. Fue una sentencia — los alemanes todavía llaman al Tratado de Versalles, que jurídicamente acabó la guerra, un *Diktat*, es decir, una condena —.



Mariscal Foch.

La gran mayoría de los delegados del Congreso de París no participaron tampoco en la discusión de los tratados, excepto en aquellas partes que les interesaban directamente. La redacción se hizo con un verdadero ejército de expertos, pero ya se sabe lo que son los expertos reclutados entre los empleados de ministerios o cancillerías. Tenían ciertamente información de las condiciones políticas actuales y hasta de la his-



El monstruoso mortero alemán del 42.

toria de las naciones que iban a restaurar a la vida o reconstruir, pero carecían de imaginación para percatarse de sus posibilidades y sus necesidades en el futuro. Así se creó una nueva Polonia; una Checoslovaquia artificial; se engrandeció a Servia, convirtiéndola en Yugoslavia; se extendió a Rumania en detrimento de Hungría; se castigó nuevamente a Bulgaria y se formaron varios Estados bálticos para aislar a Rusia. Se trató de empequeñecer Alemania, y Austria quedó reducida a una República enana. Lo peor del caso es que se procedió deliberadamente con dos pesos para la balanza: las naciones beligerantes se dividieron en buenas y malas, en inocentes y culpables, recibiendo las naciones buenas el territorio que se quitaba a las malas.

Wilson protestó de esta manera apasionada de hacer justicia, y con él los pacifistas que habían quedado en Europa *au-dessus de la mêlée* (por encima de la contienda), pero de momento fueron desoídos.

Actualmente se reconoce el servicio que prestaron los pacifistas durante la Guerra Mundial. Ya en otoño de 1914 en Inglaterra se fundó una «Unión para la conservación de la Democracia» *(Union of Democratic Control)*, que pretendía preparar la política de la postguerra. Proponiendo la dirección de los negocios extranjeros por una comisión parlamentaria, reconocía la incapacidad de la diplomacia, a la que se acusaba de haber preparado, o no haber sabido evitar, la hecatombe. Igualmente en Alemania, ya en noviembre de 1914, se había fundado la «Asociación para la Patria Nueva», que después de la guerra cambió su nombre por el de «Liga alemana para los Derechos de la Humanidad» *(Deutsche Bund für Menschenrechte)*, que funcionó hasta 1933. En 1915, antes de entrar los

Estados Unidos en la guerra, un centenar de pacifistas americanos, a los que se unieron muchos de otros países neutrales subvencionados por Ford, fueron a Europa para tratar de separar a los combatientes, como hubieran hecho con dos perros furiosos. El episodio del buque Ford tuvo un final de opereta; sin embargo, reveló que la mentalidad de muchas personas de categoría no estaba intoxicada por la propaganda de los beligerantes. En Inglaterra hubo más de 16.000 casos de reclutas que se negaron a aceptar las armas y que tuvieron que emplearse como camilleros, pero muchos rehusaron incluso servir en las brigadas sanitarias y pasaron en la cárcel los años que hubieran tenido que pasar en las trincheras.

Así ya no es de extrañar que el presidente Wilson, en mayo de 1916, en plena guerra, hiciera una primera declaración de su idea de una Sociedad de Naciones. Más tarde, con la Sociedad de Naciones, Wilson no sólo trató de humanizar la guerra y reducirla al mínimum con tratados de arbitraje (todo lo que habían esperado lograr los pacifistas), sino de organizar el mundo con un mecanismo internacional en tiempo de paz que evitase las injusticias que conducen a la guerra. La gran modestia de los pacifistas les había impedido proponer nada que cambiara el régimen político de las naciones; habían querido ser prácticos reduciendo su ambición a tratados de arbitraje... y la guerra con su macabra realidad había puesto de manifiesto la gran verdad, la verdad fundamental, esto es: nunca habrá paz sin justicia.

Tanque alemán capturado en el frente francés.



Wilson, con todo y ser un profesional de la historia, no precisó sus ideas del nuevo régimen internacional, y cuando por su iniciativa se intercaló en el Tratado de Versalles el Pacto de la Sociedad de Naciones, todo quedó en embrión, como si con su deliberada ambigüedad los redactores del pacto hubiesen querido dejar a otros la oportunidad de formular la interpretación más práctica y razonable.

Pero es evidente que la Sociedad de Naciones tenía dos misiones a cumplir: primero, mejorar en lo posible el mundo en tiempo de paz, y segundo, evitar la guerra. Generalmente se olvida lo primero; se acusa a la Sociedad de Naciones de ineficacia en el orden político; la Europa de la postguerra, igual que antes de 1914, continuó velando las armas como si estuviera en vísperas de un nuevo combate. Pero lo que se olvida es que la Sociedad de Naciones ha hecho poquísimo bien a la Humanidad en el orden cultural, social y de higiene... y, sin el prestigio de servicios realizados, la Sociedad de Naciones no tenía más autoridad que la que le concedían en cada crisis política los Gobiernos de las naciones que formaban parte de ella. Sin haber cumplido su misión de mejorar la suerte del mundo atropellado por la guerra, no podía pretender realizar la segunda misión de evitar definitivamente las hostilidades.

A veces en la Asamblea de la Sociedad de Naciones se mencionó como algo nuevo *l'esprit de Genève,* o sea «el espíritu de la Sociedad de Naciones». Acaso hubo un síntoma de este espíritu en los primeros días de la Sociedad, cuando Nansen, Bourgeois, Lord Cecil y el general Smuts, o después, cuando Briand y Stresemann, pero el sincero reconocimiento de la necesidad de un cambio se extinguió, y los últimos años de la Sociedad de Naciones no fueron más que una supervivencia profanada por componendas, cábalas, pasteleos y concesiones.

Tanto los políticos que formaban el Consejo y acudían a la Asamblea como los periodistas y diplomáticos que constituían el Secretariado, desconocedores por completo de las leyes del espíritu, presenciaron su propio fracaso. No comprendían cómo con palacios fantásticos, con suficientes recursos económicos, con la presencia de tantos políticos de categoría ministerial, con el nombre retumbante de la institución y hasta con la necesidad de una Sociedad de Naciones... la suya, la que forjaron, hubiese de perecer. No comprendían por qué un hombre solo, como Dunant, llegó a realizar una obra sana y robusta como la Cruz Roja, mientras que ellos, siendo legión y por carácter oficial, vieron día por día menguar su reputación e influencia. ¿Por qué, por qué esta caída?... Pues porque los políticos y diplomáticos que formaban la inmensa mayoría del Consejo, la Asamblea y el Secretariado de la Sociedad de Naciones no recibieron y eran incapaces de recibir el bau-

Lloyd George con los generales Joffre y Haig durante la ofensiva del Somme.

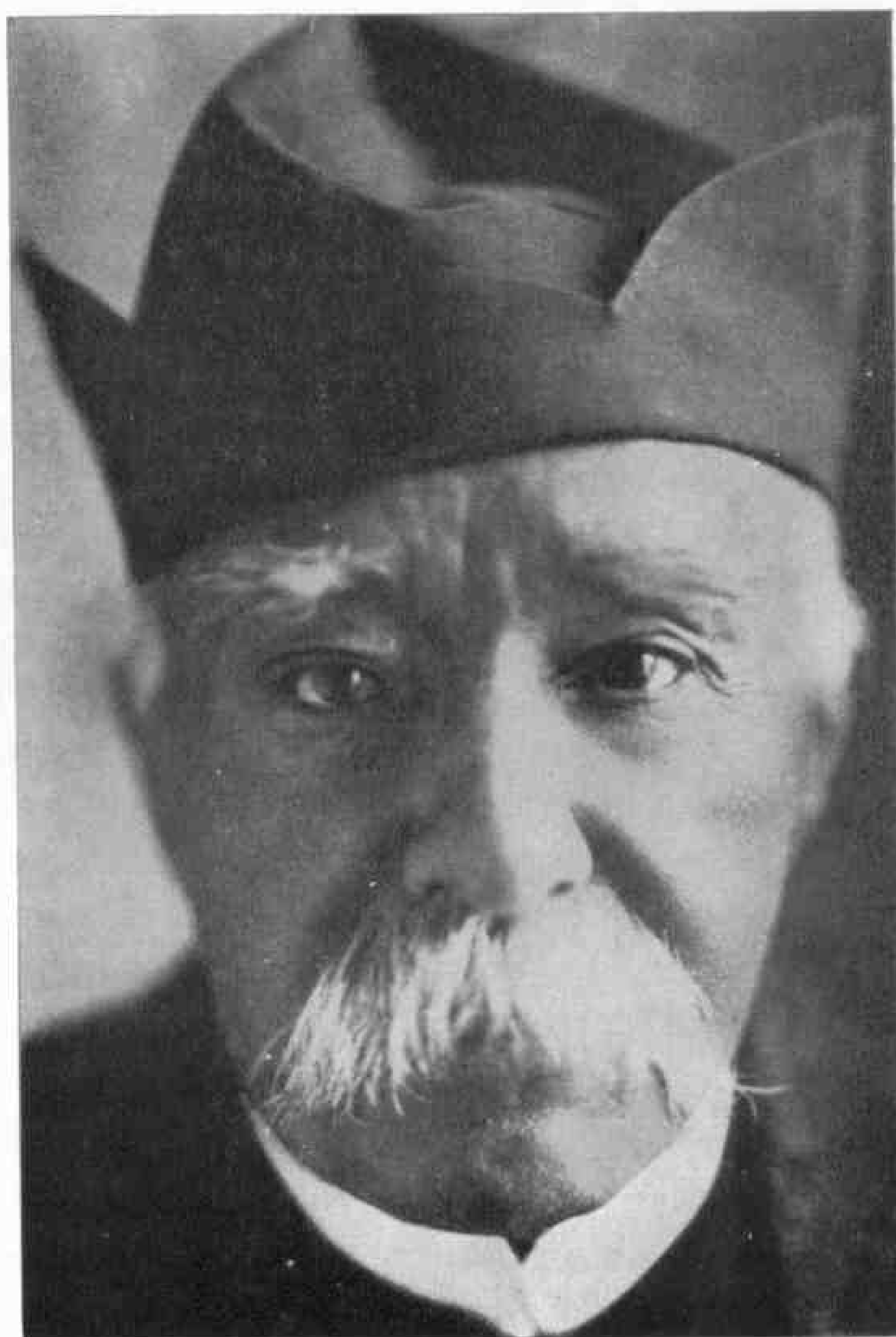


tismo de fuego de una Pentecostés humanitaria; sonreirían si se les hubiese hablado de conversión, salvación, metamorfosis espiritual, tanto para cada uno de ellos como para cada una de las naciones que representaban; y si se les dijese que lo que cambia al mundo es la fe y no la fuerza, hubieran mirado al que así hablaba como a un enajenado. Claro que pedirles entusiasmo por una humanidad futura establecida sobre la justicia hubiera sido demasiado, pero por lo menos deberían haber recordado los fenómenos históricos que en lo pasado cambiaron el mundo y procurarse la colaboración de gentes de espíritu apostólico para suplir lo que a ellos les faltaba.

Pero ya es hora de que expliquemos al lector lo que fue, o hubiera debido ser, la Sociedad de Naciones. Hemos hablado del Pacto; he aquí en qué consistió:

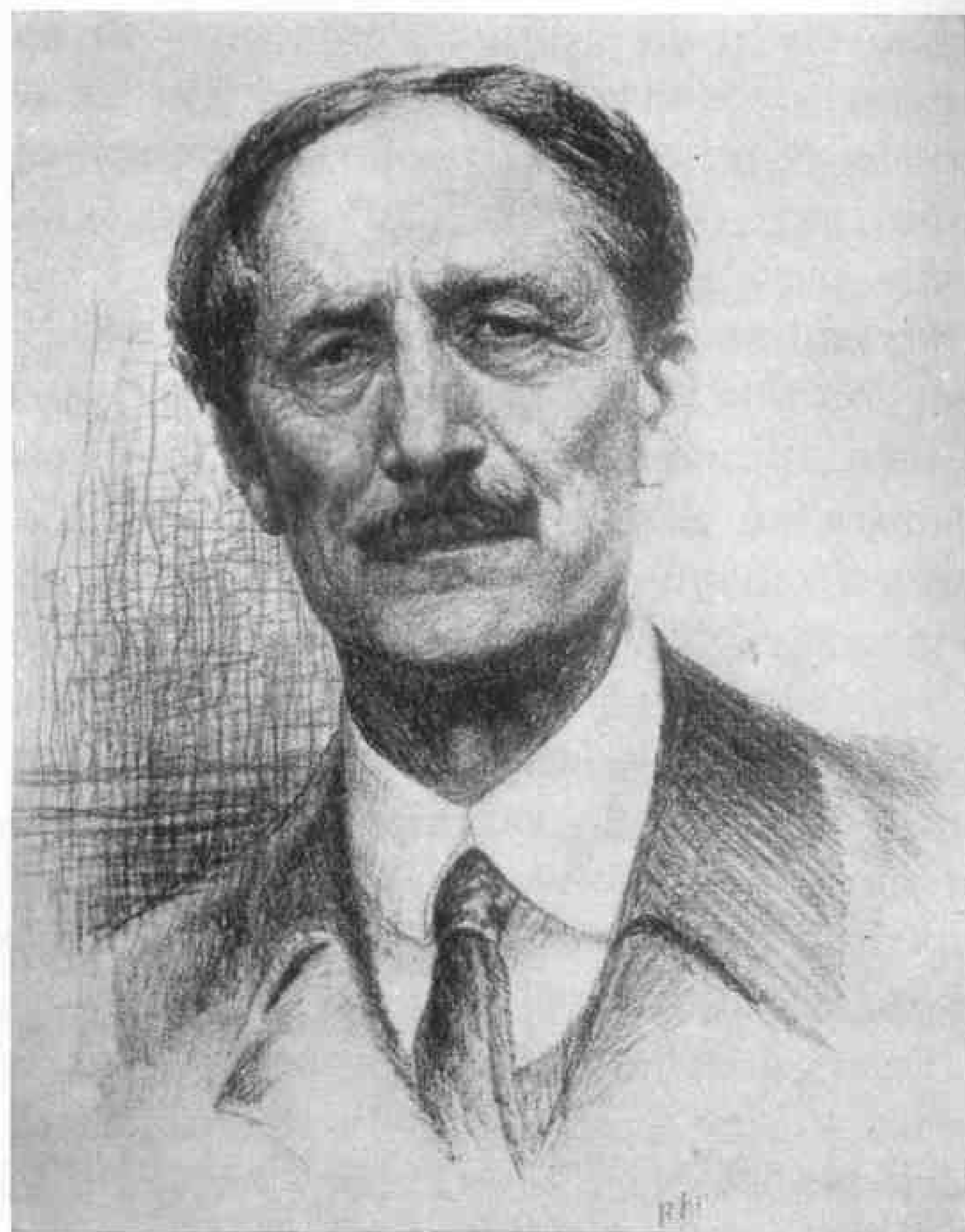
El Pacto era un documento tratado que obligaba *ipso facto* a todos los firmantes del Tratado de Versalles, pero al cual podían adherirse también los neutrales, es decir, todos los pueblos de la Tierra. Esto daba a la Sociedad de Naciones un carácter universal, aunque precario, porque todo miembro de la Sociedad que considerase conveniente retirarse de ella, no tenía más que avisar sus intenciones con dos años de anticipación para que quedase al final de este plazo desligado de todo compromiso resultante de haber formado parte del Areópago de Naciones. De ahí se derivaba que, si al principio, no habiendo ningún peligro en participar en las tareas de la Sociedad, muchos Gobiernos consideraron un lujo necesario hacerse miembros de la Sociedad de Naciones, otros, al observar que ciertos artículos del Pacto les coartaban sus ansias de expansión, pasaron simplemente la tarjeta de retirada y se deshicieron del impedimento que representaba para su ambición el Pacto de la Sociedad de Naciones.

El objetivo de la Sociedad aparecía diluido vagamente en varios artículos del Pacto. El artículo 10 dice textualmente: «Los miembros de la Sociedad se comprometen a respetar y mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política presente de todos los miembros de la Sociedad. En caso de agresión, de amenaza o de peligro de agresión, el Consejo determinará los medios para asegurar el cumplimiento de esta obligación.» Obsérvese que los Estados miembros de la Sociedad de Naciones se comprometían a mantener las fronteras y la completa independencia de los demás Estados miembros de la Sociedad de Naciones y defenderlos, no sólo de la agresión de otro asociado, sino de la de otra potencia cualquiera ajena a la Sociedad. Es decir, que si un día ocurría un conflicto armado entre México, que era miembro de la Sociedad, y los Estados Unidos, que no lo fueron, automáticamente todos los Estados que formaban parte de la Sociedad de Naciones estaban obligados por el Pacto a defender la integridad territorial y la independencia mexicana.



Georges Clemenceau *(el Tigre)*.

Es más: «Se declara expresamente que toda guerra o amenaza de guerra, afecte o no directamente a alguno de los miembros de la Sociedad, interesa a la Sociedad entera, la cual deberá tomar las medidas necesarias para garantizar eficazmente la paz de las naciones» (ART. 11). «Los miembros de la Sociedad convienen en que cada vez que surja entre ellos algún desacuerdo capaz de ocasionar una ruptura, lo someterán al procedimiento de arbitraje, o arreglo judicial, o al examen del Congreso. Convienen además en que en ningún caso deberán recurrir a la guerra sin que haya transcurrido un plazo de tres meses después de la sentencia arbitral, o de la decisión judicial, o del dictamen del Consejo.» Así dice el artículo 12, y parece que es terminante; no obstante, para dar idea de la ambigüedad del Pacto, y hasta de las contradicciones que contiene, copiamos el artículo 13: «Los miembros de la Sociedad convienen en que cada vez que surja entre ellos cualquier desacuerdo, susceptible a su juicio de ser resuelto por arbitraje o arreglo judicial y que no pueda resolverse de manera satisfactoria por la vía diplomática, la cuestión será sometida íntegramente al arbitraje o al arreglo judicial.» En otros términos: mientras el artículo 12 impone el arbitraje sin reservas, el artículo 13 lo establece sólo cuando, *a su juicio,* los Estados consideren que no puede ser resuelto el desacuerdo por la vía diplomática.



Henri Barbusse, enjuiciador de la guerra con el libro *Le feu.*

Romain Rolland, apóstol de la paz.



Los artículos 14, 15, 16 y 17 encargaban a la Sociedad la constitución de un Tribunal Permanente de Justicia Internacional y señalaban el procedimiento para acudir a él o al Consejo de la Sociedad en casos de «desacuerdo». Para evitar conflictos causados por arreglos secretos, los Estados socios se comprometían a registrar todos los



Lord Robert Cecil, delegado de la Gran Bretaña en las primeras asambleas de la Sociedad de las Naciones.

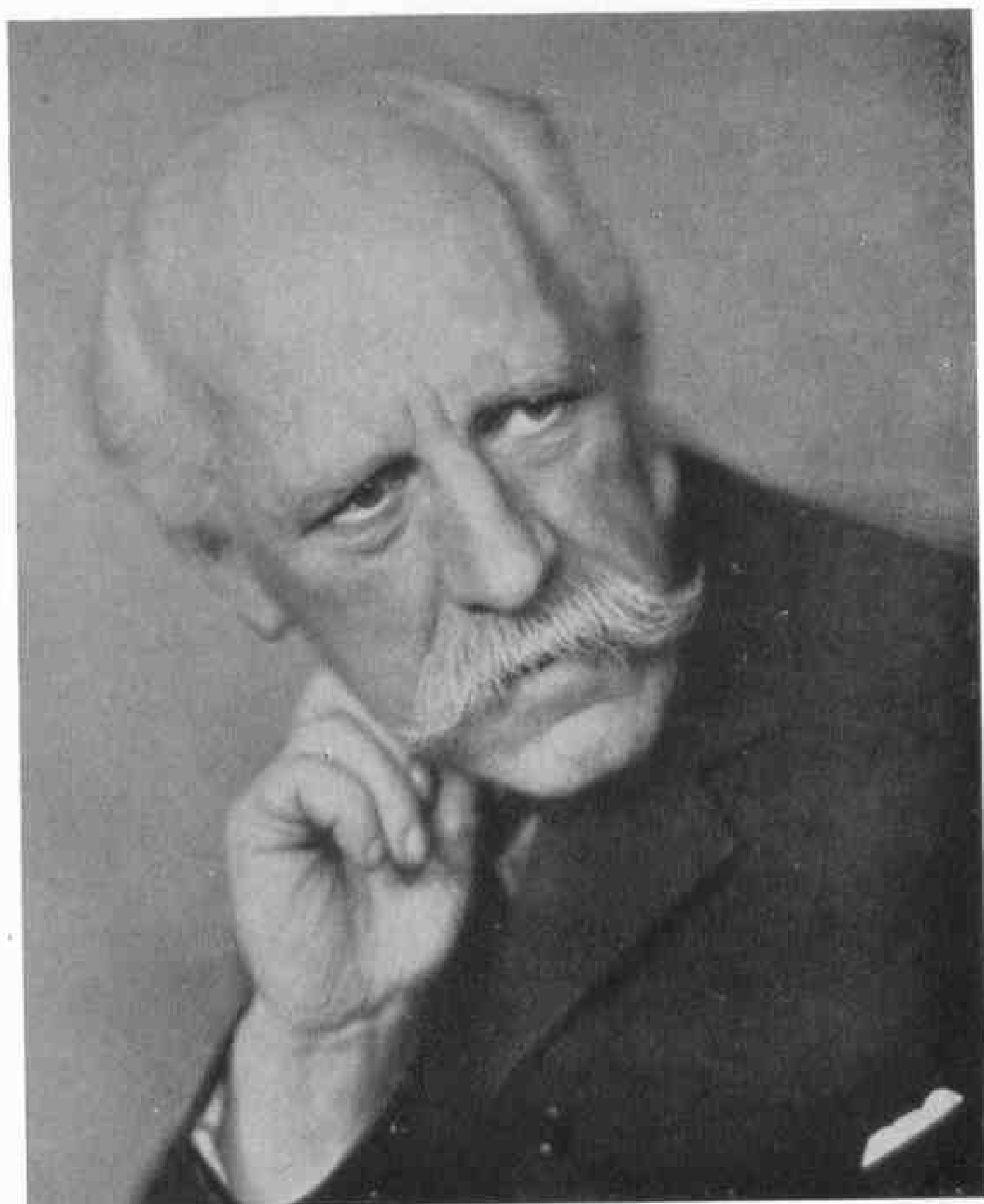
tratados que concertaran en el archivo público de la Sociedad de Naciones. Sobre todo era importante — o hubiera podido serlo — el artículo 19, que dice: «La Asamblea de la Sociedad de Naciones podrá en cualquier tiempo invitar a los miembros de la Sociedad a que procedan a un nuevo examen de los tratados que hayan dejado de ser aplicables, así como de las situaciones internacionales cuyo mantenimiento pudiera poner en peligro la paz del mundo.»

Es evidente, por este artículo 19, que los que redactaron el Pacto (que eran los mismos que trataban de forjar una nueva Europa con los Estados destrozados por la guerra) comprendían que su obra forzosamente tenía que ser imperfecta y que la Sociedad de Naciones podía y debía enmendar errores. ¡Qué diferencia de lo que fue en realidad! La Sociedad de Naciones no se preocupó de proponer ni un solo cambio o modificación en la organización del mundo, tal como quedó después de la guerra. Todas las deficiencias e imperfecciones de los tratados de 1918 tuvieron que ser suplidas o reparadas con la fuerza. La Sociedad de Naciones, en sus diez primeros años de actuación, consideró como su función más importante, si no única, mantener la propia existencia. Después de los diez primeros años el mundo se acostumbró a su ineficacia y poco le importaba que existiera o no en Ginebra una Sociedad de Naciones.

Pero continuemos. La cuestión de los armamentos, que tanto había preocupado a

Primera reunión de la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, el 15 de noviembre de 1920.





Fridtjof Nansen, delegado de Noruega, que se distinguió en las primeras asambleas de la Sociedad de las Naciones.

los pacifistas, tuvo que incorporarse en el Pacto; el artículo 8 era como sigue: «Los miembros de la Sociedad reconocen que el mantenimiento de la paz exige la reducción de los armamentos nacionales al mínimum compatible con la seguridad nacional y con la ejecución de las obligaciones impuestas por una acción común. El Consejo de la Sociedad de Naciones, teniendo en cuenta la situación geográfica y las condiciones especiales de cada Estado, preparará los planes de esta reducción para el examen y decisión de los diversos Gobiernos. Estos planes deberían ser objeto de nuevo examen y revisión cada diez años...»

«...Considerando que la fabricación privada de municiones y material de guerra presenta graves inconvenientes, los miembros de la Sociedad de Naciones encargarán al Congreso de la Sociedad que adopte las medidas necesarias para evitar las lamentables consecuencias de dicha fabricación...» «Los miembros de la Sociedad de Naciones se comprometen a comunicarse entre sí, de la manera más franca y más completa, toda clase de datos relativos a sus armamentos, programas militares, navales y aéreos, y a la situación de aquellas de sus industrias susceptibles de ser utilizadas para la guerra.»

Este artículo no podía ser más claro ni más rotundo, pero tampoco podía imaginarse nada más enojoso para los que incubaban sentimientos de agresión. Sin duda alguna el artículo 8 del Pacto limitaba la soberanía de los Estados miembros de la Sociedad, imponiéndoles la servidumbre de inspección de sus armamentos. De haberse atenido a la letra de este artículo y más aún al espíritu que movió a incluirlo en el Pacto (que era el de los pacifistas anteriores a la Gran Guerra), Europa no se hubiera convertido de nuevo en un campo fortificado. Pero lo único que hizo la Sociedad de Naciones fue compilar estadís-



Léon Bourgeois, delegado de Francia en las primeras asambleas de la Sociedad de las Naciones.



El gigantesco palacio de la Sociedad de las Naciones, cerca de Ginebra, convertido ahora en oficinas de la Organización Mundial de Sanidad (OMS).

ticas, asustar al mundo vociferando cifras de presupuestos de guerra y dar ocasión a que algunos hicieran demostraciones intelectuales amenazando con la bancarrota mundial si se continuaba derrochando en ejércitos y material bélico. Pero la nota sentimental, elevada, conmovedora, que hubiera sacudido a los pueblos y obligado a los Gobiernos a reformarse, ésta no la dio la Sociedad de Naciones. Cuando, en enero de 1931, el Consejo de Naciones se decidió por fin a tomar la responsabilidad de convocar una Conferencia internacional en Ginebra para la reducción de los armamentos, la suerte ya estaba echada. No se reunió hasta febrero del año siguiente; después de oír varios proyectos, uno de ellos enviado por el presidente Hoover, se puso de manifiesto que la Conferencia tenía que acabar con un fracaso. Fue un continuado regateo y un continuado jugar a quién engaña a quién. Alemania se retiró de la Conferencia, regresó a ella y luego volvió a retirarse; Francia propuso su plan, Alemania el suyo; se cambiaron notas, se suspendieron los trabajos, se reanudaron... el consabido método de aguar el vino del entusiasmo con ayuda del tiempo, que había de producir indefectiblemente la desbandada general.

En los párrafos anteriores, al citar artículos del Pacto de la Sociedad de Naciones hemos tenido que mencionar la Asamblea, el Consejo y el Secretariado, los tres organismos de gobierno de la Sociedad. Daremos una breve idea de estos tres organismos. La Asamblea era una especie de Parlamento que se reunía por lo menos una vez al año con delegados escogidos en cada país, no por votación popular, ni aun parlamentaria, sino por obra de los políticos que usufructuaban el poder. Fácilmente se comprenderá que estos ministros, o altos empleados de administración, no debían de ser necesariamente devotos de la causa humanitaria. Algunos iban cada año a la Asamblea como irían a pasar unas vacaciones más o menos aburridas en Ginebra y sólo para defender los intereses de sus respectivos países. Cada país tenía un voto en la Asamblea, y sus decisiones debían ser por lo menos





Aristide Briand y Gustav Stresemann, que, como representantes de Francia y Alemania en el Consejo de la Sociedad de las Naciones, intentaron la pacificación de Europa.

aprobadas con una mayoría de dos tercios de los miembros representados en la sesión.

El Consejo, al principio, se compuso de nueve miembros, cinco de ellos con carácter permanente, que eran «las principales potencias aliadas» (Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Gran Bretaña), y otros cuatro designados cada año por la Asamblea (ART. 4). Pero este artículo fue modificado varias veces: los Estados Unidos no llegaron a formar parte de la Sociedad y en cambio se creyó que correspondía dar un sitio permanente a Alemania y a la República de los Soviets. En cuanto a los sitios no permanentes elegidos por la Asamblea, al principio fueron cuatro, después seis, por fin nueve. Así, pues, el Consejo debería tener quince miembros, seis permanentes y nueve elegidos cada año.

La impaciencia que demostraron los Gobiernos para estar representados en el Consejo demuestra la importancia que éste tenía en el mecanismo de gobierno de la Sociedad. Y, en efecto, aunque ambos (Consejo y Asamblea) tenían idéntica autoridad y el mismo derecho de iniciativa, el Consejo acabó por ser el ejecutivo y la Asamblea fue limitándose cada vez más a la fiscalización de la actividad del Consejo en el año anterior y a elegir los consejeros no permanentes. La Asamblea aprobaba cada año el presupuesto de ingresos y gastos de la Sociedad. Los ingresos se obtenían por cuotas o contribuciones de los diferentes Estados en proporción a sus recursos, desde los que pagaban menos, como El Salvador y Liberia (seis mil pesos oro), hasta la cuota mayor de la Gran Bretaña, que era de seiscientos mil. En conjunto, la Sociedad de Naciones recaudaba unos seis millones de pesos oro al año... ¿En qué se invertían? En el Secretariado, el Tribunal de La Haya, una

Oficina Internacional del Trabajo y las Comisiones de técnicos que asesoraban al Consejo.

El Secretariado de la Sociedad de Naciones, compuesto de «miembros permanentes», esto es, de funcionarios con pingües contratos vitalicios, hubiera debido ser un laboratorio de las ideas humanitarias para infundirlas con persistente ingenuidad en los políticos que llegaban cada año a la Asamblea. En lugar de ser esto, un vivero de filantropía y pacifismo, el Secretariado era una perfecta burocracia internacional, sólo eficaz para convencerse de su absoluta ineficacia. Al entrar en el Palacio de la Sociedad de Naciones los políticos que cada año llegaban a Ginebra deberían haberse sentido sumergidos en una atmósfera filantrópica y elevados por una corriente de humanitarismo a un nivel superior al de sus respectivos ministerios; pero, en lugar de esto, encontraban en el Secretariado un personal frío, apagado, lúgubre, apto para recibir sugestiones, pero no para sugerir ideas. El Secretariado se excusaba de su incapacidad diciendo que su función era obedecer: la Asamblea se excusaba de su inutilidad por la falta de recursos, y el Consejo se excusaba de su impotencia por la imposición de los Gobiernos. Pero no olvidemos que se puede obedecer insinuando las órdenes que deben venir, que los recursos sumaban seis millones de pesos y que los Gobiernos no hubieran resistido la insubordinación del Consejo que tomara decisiones por unanimidad.

Pero hay más. La ineficacia de la Sociedad de Naciones se manifestó hasta en sus departamentos no políticos. La Sociedad se estructuró desde el principio con departamentos ajenos a la política, y en los que hubiera podido conquistar el reconocimien-

Primera sesión del Consejo de la Sociedad de las Naciones celebrada en París *(Palais Royal)* el 16 de enero de 1920.



to, la gratitud, la popularidad de todos los habitantes del planeta. Sólo los títulos de estos departamentos ya dan idea de sus posibilidades: Higiene internacional, Cooperación intelectual, Protección de mujeres y niños, Reglamentación de la producción y distribución de narcóticos, Correlación de servicios de comunicación y tránsito, Disminución de los armamentos militares, Relaciones económicas, Cuestiones jurídicas, Información internacional y, por fin, Departamento inspector de los Mandatos y Departamento de las Minorías. De estos dos últimos, que son la clave de la Sociedad futura, hablaremos en el próximo capítulo. Pero basta con haber mencionado los títulos de los departamentos no políticos de la Sociedad de Naciones para que se comprenda el crimen de lesa humanidad que representa su fracaso. Ya hemos criticado su lentitud en convocar la Conferencia del Desarme, que se reunió cuando el ímpetu inicial del pacifismo estaba extinguiéndose. Podríamos explicar el escándalo de la Comisión de narcóticos y de la Protección a mujeres y niños... pero en cuanto a otras, ni escándalos hubo. Nada, nada, un vacío defendido por una burocracia. Desafiamos a que ningún hombre culto declare que ha recibido un solo beneficio de los trabajos de la Comisión de cooperación intelectual, o que la Comisión jurídica de la Sociedad de Naciones haya hecho avanzar un solo paso la jurisprudencia internacional... o que ningún obrero haya recibido protección del colosal *Bureau* Internacional del Trabajo.



Woodrow Wilson, el campeón de la justicia, fundador de la Sociedad de las Naciones.



Primera manifestación revolucionaria en las calles de Petrogrado en julio de 1917.

16 1918-1936: VEINTE AÑOS DE PAZ PRECARIA EN EUROPA

Durante los años de la Gran Guerra de 1914-1918, políticos, intelectuales, banqueros, industriales y todas las clases responsables de la matanza en las trincheras, decían que aquélla debía ser la última guerra, que era una guerra a la Guerra, y que los muertos no habían caído en vano, puesto que la Humanidad saldría cambiada de tamaña hecatombe. Pero los hombres de Estado que continuaron al frente de los Gobiernos después de la guerra eran los mismos que la habían provocado, o que no habían sabido evitarla, porque los jóvenes habían muerto en los campos de batalla. Además, la imaginación de la Europa Occidental se había paralizado con la obsesión de vencer, vencer a toda costa; y los supervivientes, viejos, miopes y cansados, no podían imaginar nada mejor que volver las cosas a como estaban antes — *the old good times!* — y gozar, sobre todo ellos, de una última ráfaga de prosperidad en la sociedad burguesa agonizante.

Pero ya antes de la guerra, desde la mitad del siglo XIX, los presupuestos de las naciones se saldaban con gran déficit. Era, en realidad, hipotecar lo futuro, porque sólo con un largo período de superávit se lograría el equilibrio de lo que se estaba gastando o despilfarrando. La guerra aumentó el déficit de manera fabulosa. Para vencer no se reparó en gastos. Lloyd George decía que ganaría aquel que tuviese «la última bala de plata». Fue Inglaterra, na-



Los Cuatro Grandes *(the Big Four)*, Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando, recibiendo la opinión del mariscal Foch. Abril de 1919.

turalmente, la que con ayuda de América pudo disparar aquel último proyectil de metal acuñado, pero quedando también arruinada. La deuda pública de la Gran Bretaña durante la guerra subió de mil millones de libras esterlinas a siete mil millones, cuyos solos intereses representaban casi un millón de libras diarias. Se calculó que aquella suma equivalía al trabajo constante de dos millones de obreros... o sea que dos millones de ingleses estarían esclavizados indefinidamente para pagar los intereses de la deuda. Añádanse a esto las pensiones y viudedades, los gastos de administración o personal del Gobierno, que, como en todos los países, se habían triplicado, y se obtendrá como resultado que el término medio de la contribución que debían pagar los ingleses todos, grandes y pequeños, viejos y jóvenes, era de diecisiete libras por año, unos 85 pesos oro. Poco jolgorio parlamentario, liberal y burgués podía hacerse con esta carga sobre las espaldas de cada contribuyente.

Los demás países vencedores de Europa estaban en condiciones análogas, y además Francia y Bélgica se encontraban con grandes regiones devastadas. ¿Cómo reparar aquella ruina y continuar viviendo? Pues sencillamente, imponiendo a Alemania la servidumbre de pagar, pagar, pagar siempre. La cantidad exacta de lo que tenía que pagar Alemania había quedado sin precisar en el Tratado de Versalles; debía fijarla una Comisión de Reparaciones, pero se entendía que la servidumbre duraría sesenta años — tres generaciones — y que la cantidad exacta sería el máximo, todo lo que pudiera ahorrar Alemania durante este período, por lo menos cincuenta y seis mil millones de pesos oro.

Alemania protestó de aquella cifra astronómica, superior a la suma que se calculaba para toda su riqueza pública y privada, y consiguió que la Comisión de Reparaciones la rebajara en 1921 a treinta y tres mil millones de pesos. Pero con el interés que se acumularía por espaciarse los pagos en un período de sesenta años, la cantidad continuaba siendo poco más o menos la misma. Además, lo que había pagado desde que terminó la guerra, que era casi todo lo que le quedaba realizable y disponible en el país, se había asignado al mantenimiento de los ejércitos de ocupación y gastos y sueldos de las innumerables comisiones que los vencedores enviaron a Berlín para asegurarse de que se cumplían sin restricciones las cláusulas aprobadas en el Tratado de Versalles.

Es difícil aventurar lo que hubiera ocurrido caso de que los aliados, vencedores, hubiesen querido cooperar con los vencidos y aceptar a Alemania desde un principio en una verdadera Sociedad de Naciones — no la de Ginebra — para levantarse todos a una. Pero con la idea de que los alemanes eran los únicos responsables de la

guerra — lo que discutieron y todavía niegan ellos — y con el sentimiento de que no podía tratárseles más que como enemigos, los aliados cometieron tantos errores, que acabaron por dar a Alemania la convicción de que la guerra continuaba, y ya no era para ganar o perder, sino para vivir o morir.

En 1923, apenas los ejércitos de ocupación aliados se habían retirado del territorio nacional, Alemania declaró que necesitaba una moratoria de cuatro años para rehacer su economía si tenía que continuar los pagos fijados por la Comisión de Reparaciones. Inglaterra se manifestó dispuesta a acceder, pero Francia, que había gastado ya, no sólo lo que había ido recibiendo de Alemania, sino la mayor parte de lo que esperaba recibir en lo futuro (más de siete mil millones de pesos) para reconstruir las regiones devastadas, no quiso transigir e invadió de nuevo Alemania con un ejército al que no se opuso resistencia alguna. Esta vez no era una ocupación militar la que intentaban los franceses, sino la toma de posesión de la región del Ruhr, donde se encuentran establecidas la mayoría de las fundiciones e industrias derivadas de Alemania.

Para darle un carácter internacional, los franceses se hicieron acompañar de algunos soldados belgas e italianos, pero tanto la iniciativa como la dirección de la aventura del Ruhr corrieron exclusivamente a cargo de Francia. El Ruhr es relativamente pequeño, una zona de 100 kilómetros de largo por 50 de ancho; pero de allí sacaban los alemanes el 85 por 100 de su carbón y el 80 por 100 de su hierro y acero. Los franceses calculaban que haciendo producir las inmensas fábricas del Ruhr obtendrían beneficios bastantes para cobrar sus cuotas de reparaciones. Pero el Gobierno de Berlín declaró el boicot a los invasores; aconsejó, casi ordenó la huelga, la no cooperación, pagando del tesoro nacional los salarios de los obreros que holgaban por las calles.

Así, aquel Estado que pedía una moratoria o suspensión de pagos para sus deudas, retribuía con sus fondos a los que se

Grupo de *espartaquistas*, soldados y obreros, por las calles de Berlín, en actitud levantisca.





Morteros al servicio de las fuerzas leales, emplazados en el centro de Berlín.

oponían al secuestro por parte de los acreedores. En esta guerra económica del Ruhr —que duró todo el año 1923— ambos beligerantes, franceses y alemanes, salieron perdiendo: el franco bajó de manera alarmante y empezó la fantástica depreciación del marco. Alemania quebrantaba con el sabotaje a sus enemigos, pero ella también se empobrecía y desmoralizaba. Por esto, deseando acabar con la ocupación del Ruhr hizo manifestaciones de querer reanudar los pagos y se nombró una comisión de economistas para trazar otro plan de reparaciones. Fue presidida por el banquero de Chicago Charles G. Dawes, expedito, poco escrupuloso, hábil y tenaz en la política y en los negocios. El Plan Dawes consistía en prestar a Alemania 200 millones de pesos oro, autorizándole con esta «cobertura» para emitir papel moneda por un valor cuatro veces superior al del oro. Alemania pagaría 250 millones anuales, y de haber querido cooperar, con aquel respiro de cinco años podía haber mejorado su situación. Pero es evidente que de continuar en su resistencia a aceptar la idea de considerarse criminal, culpable y vencida, con los 200 millones de Dawes —oro real y verdadero— y los billetes autorizados hasta cuatro veces dicho valor, Alemania pagaría cuatro o cinco anualidades de 250 millones, pero no más... esto fue lo que ocurrió: en 1929 pedía otra vez nueva moratoria.

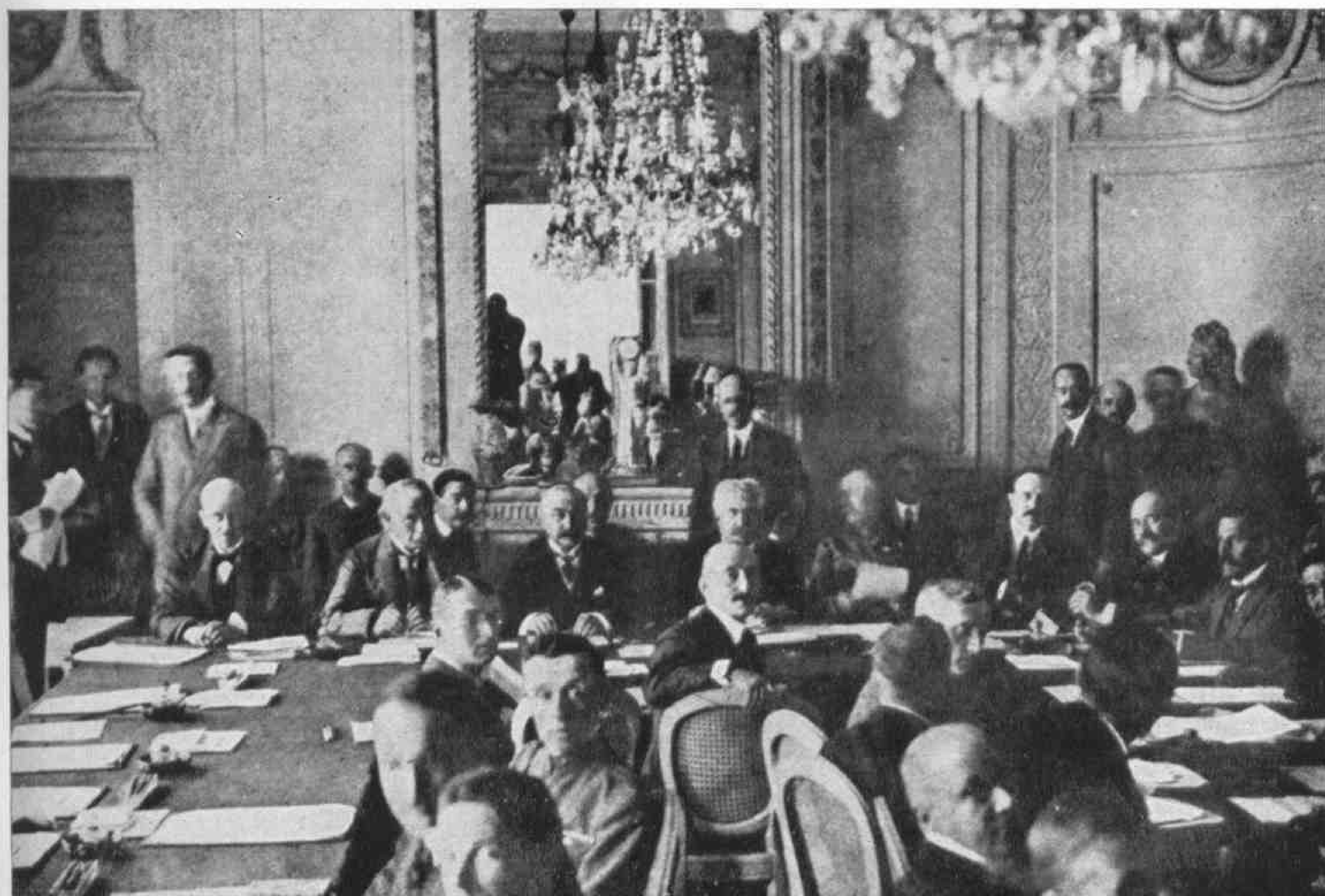
Nuevamente se nombró otra comisión de expertos en economía internacional, presidida esta vez por el americano Owen D. Young, y otro plan —el Plan Young— propuso en 1929 una escala de pagos por un período de sesenta años. Pero en 1931 Alemania pidió una nueva suspensión de pagos, amenazando con la bancarrota. Ya no se trataba del antiguo marco alemán —éste se había hundido durante la ocupación del Ruhr—, sino del nuevo marco —el reichsmark—, emitido después del Plan Dawes. Para evitar la bancarrota de Alemania los vencedores hicieron nuevas concesiones: se suprimió toda apariencia de dominio u ocupación y se redujo el pago de reparaciones a una sola cuota de 750 millones de pesos, poco más de la centésima parte de aquellos 56.000 millones que se querían exprimir al principio. Estos 750 millones los anticipaba un Banco internacional de Basilea, de manera que el dinero era todavía el de los aliados; daban con una mano para cobrar con la otra. Alemania debía liquidar los 750 millones al cabo de quince años.

Acaso el lector se haya extrañado por la intervención de los norteamericanos en la cuestión de las reparaciones; pero no

hay que olvidar que Francia, Inglaterra y sus consocios habían recibido durante la guerra sumas enormes de banqueros y aun del Gobierno de los Estados Unidos. Y allí, en América, no se admitía la excusa de que si Alemania no pagaba tampoco podían ellos pagar a sus acreedores. Coolidge, el presidente taciturno, al ser preguntado si era moral que los Estados Unidos forzaran a pagar a los aliados europeos, dijo fríamente: «¿No han alquilado ellos la moneda?» Para Coolidge, el puritano seco y desabrido, no pagar el dinero recibido a rédito era como no pagar el alquiler de la vivienda o el salario del obrero.

El asunto de las reparaciones fue sólo una de las causas de la ruina de Alemania; hasta cierto punto sirvió de pantalla para encubrir el fracaso de su política interior. Inmediatamente después de la guerra, Alemania se dio una Constitución, que se llamó de Weimar porque en aquella ciudad, cobijada por la sombra de Goethe, se reunió la Asamblea Constituyente. La Constitución de Weimar instauraba una República con presidente elegido por votación popular, como en los Estados Unidos; aunque con un mínimum de prerrogativas, como en Francia; con un Gobierno responsable ante la Cámara, como en Inglaterra, y con la posibilidad de imponer leyes por plebiscito, como en Suiza... En resumen, una combinación de elementos diversos de la ideología política del siglo XIX. La única novedad era un Consejo de Economía Nacional, compuesto de 250 técnicos de la industria, la banca y el comercio, que tenía que informar para las leyes de asunto económico, pero cuyo informe no tenía carácter obligatorio, sino que era simple recomendación. Este Consejo, en lugar de cobrar importancia, se fue eclipsando; en cambio, los partidos políticos, que eran seis o siete al principio, se multiplicaron hasta veinticinco con representación en la Cámara o Reichstag. Eran no sólo partidos que representaban ideas o clases, como los Socialistas, Católicos, Centristas, Demócratas..., sino que ade-

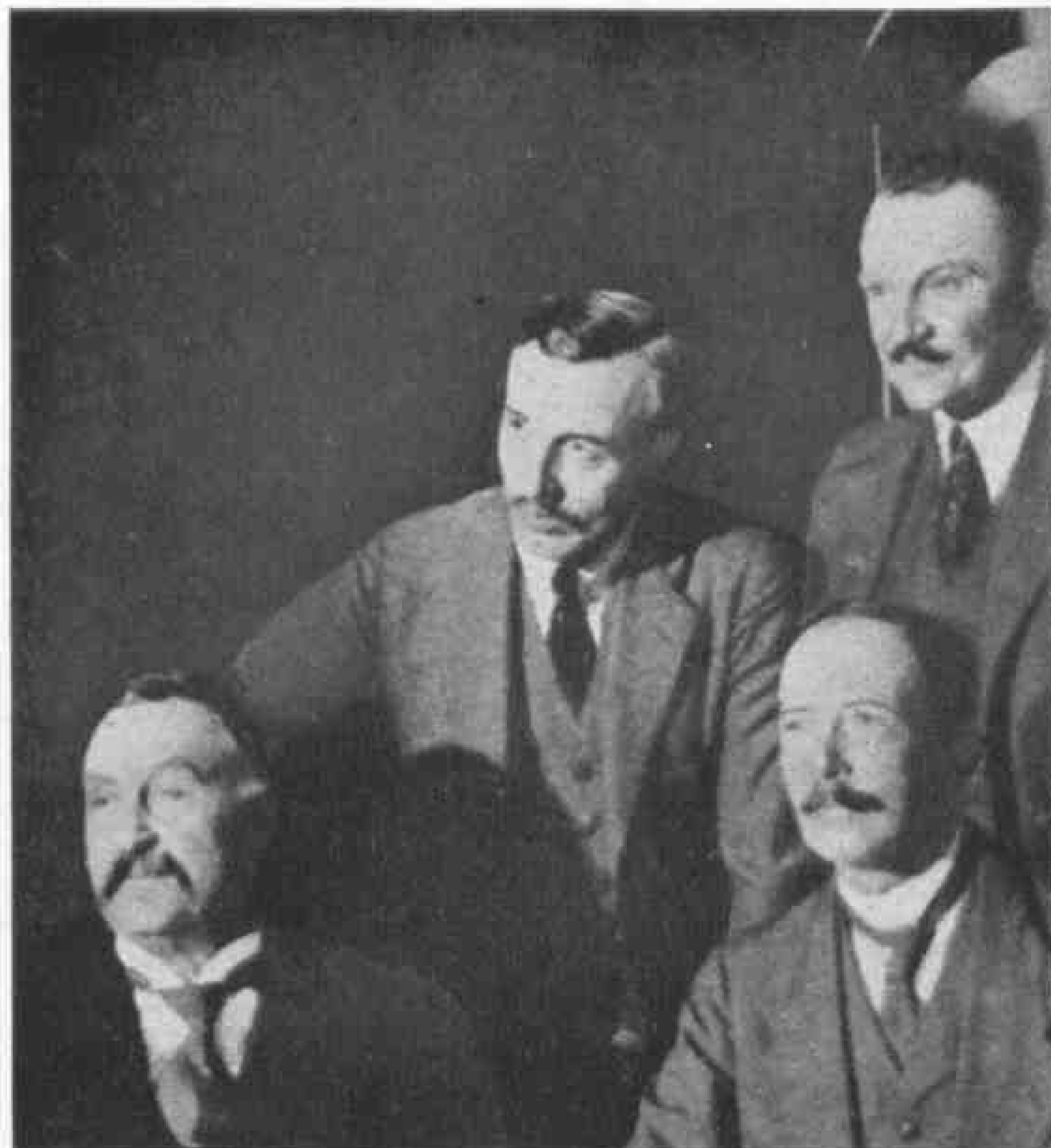
La Conferencia de Spa para tratar de las reparaciones. Julio de 1920.



más había el grupo de los Junkers o grandes terratenientes, el de los Ferroviarios, el de los Navieros, el de los Industriales..., que se coligaban para conseguir medidas que les interesaban, pero que se separaban cuando se trataba de política general. Y como —igual que en Inglaterra— el Gobierno tenía que dimitir al perder la mayoría en la Cámara, el Parlamento alemán —el famoso Reichstag— tenía que ser disuelto y reelegido a cada momento, para que el canciller, o sea el presidente del Consejo de ministros, pudiera verse apoyado por una nueva coalición.

Todavía hay en Alemania y en el mundo entero quienes aseguran que sin la presión exterior de las reparaciones y sin la agitación revolucionaria, la Constitución de Weimar hubiera acabado por prevalecer y hacer la felicidad de un régimen liberal parlamentario, como los que disfrutaron nuestros padres y abuelos. Pero los que tal dicen olvidan que Alemania pagaba las cuotas de reparaciones y simultáneamente lanzaba empréstitos formidables en el exterior; que la caída del marco la libró de deudas, creando una nueva clase media de los que pagaban hipotecas con papel que no tenía valor, y, por fin, que no sale la roña en un cuerpo sano. Hay que recordar que quien puso como canciller a Adolfo Hitler fue el presidente Hindenburg, la persona más opuesta por su educación y temperamento al jefe del nazismo. Hindenburg era un aristócrata reservado, del norte de Alemania, un militar con tres gloriosas campañas en su haber, ya octogenario; Hitler era un germano del Sur, de cuarenta y cinco años, un hijo del pueblo, audaz, entusiasta. Deseaba algo, y no para sí, sino para toda su raza; pero en política el deseo y la fe valen más que el saber y las doctrinas. Los veinticuatro partidos del Reichstag no pudieron coligarse contra el partido de Hitler; sus ambiciones personales, mezquinas, del momento, les impidieron advertir que se estaban suicidando. Hindenburg apeló a todos los recursos parlamentarios antes de consentir en aceptar a Hitler como canciller. Preveía que Hitler, con su nazismo, invalidaría la Constitución de Weimar, destruyendo aquel mecanismo de gobierno que él como presidente tenía que proteger... Al fin accedió. En enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller por Hindenburg; en marzo unas elecciones generales le dieron la mayoría en el Reichstag y pocos días después se hacía conceder por aquella Asamblea poderes dictatoriales por un período de cuatro años, disolviéndola en seguida por tiempo indefinido. Se procedió con visos de legalidad y con todas las formalidades de rigor; se leyó tres veces la ley que concedía poderes dictatoriales, como era de reglamento, y al expirar el plazo, en 1937, se renovó después por otros cuatro años con el apoyo de una votación de otro Reichstag idóneo.

El nazismo triunfante repudiaba una por una las ignominias del Tratado de Versalles, reconstruía el ejército y la marina, reorganizaba la industria con un plan nacional y coordinaba la hacienda y la administración



Los delegados alemanes en la Conferencia de Spa.



Adolfo Hitler.

hasta el punto de transformar la Alemania vencida y envilecida de 1918 en la Germania del tercer Reich, la Gran Alemania, arrogante, conquistadora, de 1939.

Recuérdese que ninguna de las modificaciones del Tratado de Versalles fue obtenida por concesión y acuerdo de la Sociedad de Naciones; todas, absolutamente todas, fueron arrancadas a la fuerza. Por ejemplo, en 1931 Alemania pidió permiso para hacer un convenio aduanero con Austria a la Sociedad de Naciones. Adoptó respetuosamente para ello el procedimiento jurídico internacional, pero debido a la presión de Francia, por un solo voto en contra (ocho contra siete) el Tribunal de La Haya denegó la autorización. Traspasó sin protesta los límites que se le impusieron para su ejército, que no debía ser más que una policía de 100.000 hombres armados; nadie la atajó al fortificar su frontera; se anexó a Austria y Checoslovaquia, percibiendo únicamente gestos de irritación de los demás Estados europeos.

Italia obtuvo menos de lo que deseaba en el reparto del botín hecho por los aliados, aunque sí lo bastante para tener en qué ocuparse administrándolo. Y, sin embargo, ya en 1922, más de diez años antes de la elevación de Hitler al mando de canciller, Mussolini, con «la marcha sobre Roma», un puro y simple gesto de rebelión, se apoderó del poder y se desembarazó del Parlamento.

Cabe preguntar cuál fue la causa de la revolución fascista y de su rápido triunfo... Pues, por un lado — como en Alemania más tarde —, la falta de una seria oposición por los innumerables partidos de extrema derecha, centro y extrema izquierda, incapaces de formular un régimen de gobierno más moderno, más eficaz que el liberal del siglo XIX. Pero, además, los miles y miles de postergados — *spostati* se llaman en Italia — que habían esperado que la guerra les proporcionaría una mejora, un ascenso, una situación, al ver que esto no ocurría, se hicieron todos fascistas o comunistas. Italia había sido siempre un país de gente pobre y maltratada, primero por los extranjeros dominadores, después por sus propias pandillas de políticos; su situación geográfica la favorece, pero le falta carbón, hierro y hasta sus productos agrícolas son insuficientes. Antes de la guerra nadie tenía iniciativa ni valor para quejarse; pero el legionario no era un resignado, había aprendido a combatir, no le espantaba la superioridad moral, el prestigio, la tradición. Hubiera podido morir en las trincheras por defender el suelo nacional; ahora, si convenía, se haría matar por un pedazo de pan. Fascistas y comunistas pelearon rabiosamente durante el año 1920; hubo muertos, incendios de fincas y bosques, tentativas de ocupación de fábricas y talleres por parte de los comunistas; estacazos, también muer-

tos y purgas de aceite de ricino por parte de los fascistas. La burguesía parlamentaria presenciaba aquellas violencias sin intervenir, pero con simpatía por el fascismo, porque parecía un mal menor y por lo menos tenía un jefe resuelto, un condotiero como los que admiraba Maquiavelo. El fascismo era también nacionalista — garantía de moderación — y era dinástico, respetuoso para la casa de Saboya.

Pronto los fascistas revelaron que no iban a crear otro partido más en competencia con los ya existentes. Mussolini decía al principio que el fascismo era el antipartido. La Carta de Reorganización arrinconó a los vejestorios del antiguo régimen y el rey quedó como un glorioso trofeo de la otra revolución, la romántica de Garibaldi, Mazzini y Cavour. Mussolini, con más prerrogativas que un antiguo emperador romano, tomó el título de *Duce* o Jefe del Estado, pero en realidad él era el Estado. Estaba asesorado por un Consejo Fascista de veinticinco miembros, que escogía él mismo. Este Gran Consejo Fascista seleccionaba de una lista de mil nombres que preparaban los gremios y corporaciones los quinientos que se inscribían en la candidatura única y global para diputados. Por fin, el Duce nombraba a los alcaldes y los prefectos o gobernadores de provincias, de manera que la participación popular quedaba reducida a un mínimum. Un régimen parecido adoptó el nazismo en Alemania diez años después.

Desgraciadamente, los fascistas, que supieron imponer disciplina y mejorar la nación físicamente en su aspecto exterior, no consiguieron mejorar su economía ni lograron tampoco estructurar el nuevo régimen de una manera satisfactoria. Para contentar a los *spostati,* para evitar la miseria y el paro, se procedió a ejecutar obras gigantescas que en condiciones normales hubieran podido demorarse.

Algunos patriotas emigrados y muchos extranjeros detestaban las prácticas de Mussolini y aseguraban que dentro de Italia el descontento era enorme, la revolución inevitable, la ruina inminente. Pero ninguno de ellos tenía nada que ofrecer para substituirlo; unas elecciones, decían, otra vez el régimen parlamentario, otra vez los partidos... como si éstos pudieran curar los males que el fascismo no había disminuido, pero que eran resultados de los errores que ellos mismos cometieron. Parece una paradoja, pero entonces los reaccionarios eran los liberales; el fascismo, como el nazismo, proclamaba la supremacía del bien público sobre el interés privado. La fórmula perentoria e inmediata era: «Todo para el Estado, nada fuera del Estado o contra el Estado.» Según la fórmula de Salazar, el caudillo portugués: *Tudo pela Nação.*

Análoga solución representa el sovietismo ruso, aunque exagerada por dos circunstancias especiales. El alma rusa, propensa a



Marcha sobre Roma. Entrada de las legiones fascistas por la Puerta del Popolo. 28 de octubre de 1922.



Los fascistas desfilando delante del Palacio del Quirinal.

morbideces, quiere o todo o nada. ¡Es el mal ruso! Al parecer —en el sentido europeo—, un ruso nunca es enteramente normal; si se le rasca, no es el tártaro el que se encuentra debajo de la piel, sino el paranoico. Además, Rusia saltó de la autocracia zarista al comunismo sin pasar por la etapa liberal. Lenin evitó este rodeo. Cuando después de varios intentos de Duma o Parlamento, en el año 1917, se vio que los partidos empezaban a disgregarse, Lenin los barrió por la violencia, sin que se dieran apenas cuenta de su eliminación. El resultado fue que si el Gobierno de Rusia era antes sólo para una clase, el proletariado procedió con idéntico exclusivismo. Lenin dijo a H. G. Wells, cuando éste fue a visitarle: «¿Por qué tenemos que hacer concesiones, cuando ellos no las hicieron?» Ellos, para Lenin, eran la burguesía, la clase media..., todo lo que no fuera el proletariado. Trotski explicaba que, contemplando ambos el gigantesco edificio del Parlamento inglés en Westminster, Lenin exclamó con tono despectivo: «Esto es todo lo que ellos saben hacer», significando por *ellos* no sólo los ingleses, sino los burgueses capitalistas de todos los países. «Ellos» no podían producir más que imitaciones costosas y aparatosas de obras medievales. «Nosotros», para Lenin, quería decir el proletariado del mundo entero, los descamisados, los rotos, los pobres, los muertos de hambre, que deberían formar una casta tan internacional como la aristocracia. Por esto la Revolución rusa recibió de Lenin este doble carácter de mundial y de clase. No se ha hecho para mejorar a Rusia, sino a los obreros y campesinos; frecuentemente se repite el error de averiguar si el pueblo ruso en su conjunto está mejor o peor, cuando lo único que interesaría a Lenin si resucitara y lo único que interesa a sus continuadores es si el paria, el desheredado, está en la actualidad allí mejor que antes.

Otra circunstancia que dio a la Revolución rusa su carácter de violencia es que tuvo que defenderse, no sólo de los de den-



Encuentro del rey de Italia y Mussolini, el 4 de noviembre de 1922.

tro, sino también de los de fuera, lo cual no ocurrió ni en Alemania ni en Italia. Los de fuera, desde el primer día, se dieron cuenta del peligro que representaba para «ellos» la infección roja y trataron de ahogarla con la invasión; después fueron demorando hasta el último momento el reconocimiento del Gobierno comunista.

La guerra había puesto de manifiesto lo profundo y pernicioso que era el mal ruso. La familia real había perdido el seso, el generalísimo dirigía las operaciones militares desde un tren con más iconos que mapas, la oficialidad y la intendencia dejaban al pobre soldado sin raciones ni municiones. Contaban con las reservas inagotables de hombres que podrían oponer siempre a los ejércitos teutones. Pero esta humanidad tenía alma, tenía cuerpo, y no se resignó a la carnicería. En marzo de 1917 estalló la revolución en Petrogrado; los soldados se amotinaron. Pocos días después el zar abdicó a favor de su hermano Miguel. Este, sin ambiciones, dijo que aceptaría solamente si el pueblo demostraba su voluntad eligiendo una Asamblea por sufragio universal y directo, la cual después le eligiera a él como soberano. No eran tiempos para tantos escrúpulos; además, el Gobierno provisional moderado que debía convocar la elección hizo protestas a Francia e Inglaterra de querer continuar la guerra con Alemania. De todo se aprovechó Lenin. Su programa inmediato era: paz con Alemania, confiscación de las grandes haciendas y fábricas, confiando las tierras a los soviets de campesinos y las industrias a los comités de obreros, nacionalización de la producción y supresión de privilegios de clase.

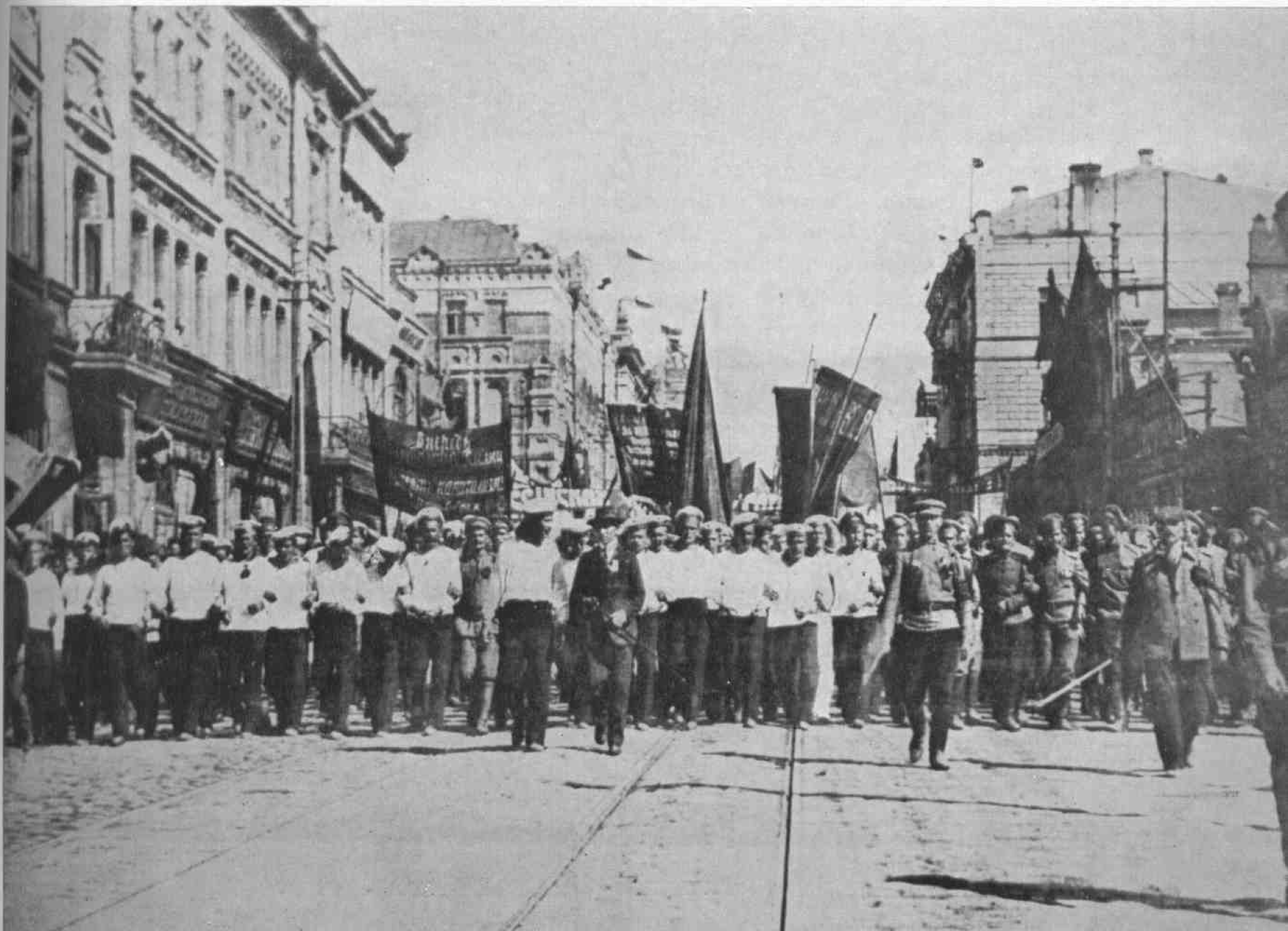
El Gobierno provisional, formado por profesores, doctores y políticos de tipo radical, socialista, pero no totalitario, se opuso al bolchevismo de Lenin. La partida se jugó en noviembre de 1917 y en pocos días se consolidó un nuevo Gobierno provisional llamado «Soviet de los Comisarios del Pueblo», en el que Lenin era el presidente y Trotski el comisario de Negocios Extranjeros. Inmediatamente se negoció la paz con Alemania; los rusos firmaron todo lo que exigieron los teutones; el famoso tratado de Brest-Litowsk fue un primer *Diktat*. Rusia tuvo que conceder su parte de Polonia, Curlandia, Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia, Ucrania, Kars, Batum y Ardahan: quedaba reducida a un territorio menor que el que Pedro el Grande heredó de sus mayores. Pero quedaba en libertad de hacer su experimento de comunismo o socialismo totalitario bajo «la dictadura del proletariado».

El primer año — el de 1918 — la «Rusia roja» tuvo que emplear todas sus energías en defenderse de «ellos», los «blancos» de fuera y de dentro, que en varias ocasiones hicieron peligrar su mera existencia. De esta terrible prueba salió victoriosa y además recobró casi todas las provincias que había enajenado en Brest-Litowsk, sobre todo Ucrania. Después de varios ensayos de constitución se creó por último una federación o Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en monograma la URSS. Son de diferente magnitud, pero desde la mayor, que es la Rusia propia y tiene más de cien millones de habitantes, hasta la menor, con sólo un millón, todas tienen idénticos derechos y autonomía: lo único ineludible es la obligación de mantenerse comunistas, sin conce-

siones a la propiedad privada. La Unión se gobierna por un Congreso de Soviets o representantes de los Soviets provinciales, que se reúnen cada dos años en Moscú. El Congreso de Soviets se compone de 1.500 miembros y su función principal es nombrar un Comité Central Ejecutivo de la Unión, que a su vez nombra los Comisarios o ministros y fiscaliza su actuación. Como se ve, la voluntad popular debería manifestarse por medio de los representantes al Congreso de los Soviets, pero éstos son elegidos por los Soviets locales y han de pertenecer necesariamente al partido comunista. De los doscientos diez millones de súbditos de la Unión, en 1959, sólo ocho millones llegaron a aceptarse como miembros del «partido».

Por lo que antecede y teniendo en cuenta la idiosincrasia peculiar del alma rusa, no puede asegurarse que el «experimento rojo» haya sido un éxito o un fracaso. Todo lo que se haga en Rusia o con rusos estará siempre afecto del «mal ruso». El terror al principio, las purgas del partido después, han demostrado qué frialdad en la violencia pueden desplegar los comunistas eslavos. Lo importante en un libro como el nuestro sería dilucidar si aquel régimen totalitario, empleado por genuinos europeos, que raciocinaran normalmente, es o será practicable en lo futuro. La Humanidad tiende a la socialización, nacionalización o estatificación. Durante todo el siglo XIX, paralela a la corriente de individualismo liberal, hemos visto producirse otra de comunismo

Manifestación de marinos y soldados en Vladivostok, el 1.° de mayo de 1917.





Lenin.

socialista. Lenin no se concibe sin Marx, ni éste sin Fourier, Owen, Cabet, Saint-Simon y Babeuf. Probablemente la Humanidad no está hecha para el comunismo, pero tampoco le satisface la seudodemocracia que ha venido preconizando siempre la burguesía.

En Rusia el comunismo ha tenido que retroceder, sin abandonar la fe en la teoría. Ya antes de la muerte de Lenin, en 1924, se transigió con la llamada Nueva Política Económica, la «Nep», porque los campesinos se resistían a cultivar la tierra si las cosechas tenían que ser confiscadas por el Estado. Se les permitió arrendar parcelas para su uso particular y hasta emplear cierto número de mozos de labranza. Los talleres con menos de veinte obreros fueron también desnacionalizados. Poco después, el Estado acometía la reconstrucción de la gran industria con el primer Plan Quinquenal. Se concentró toda la atención y energía en producir maquinaria, extraer minerales, electrificar... Al mismo tiempo se empleó la organización de grandes haciendas a cargo del Estado, con riguroso método científico. El segundo Plan Quinquenal ya concedió más interés a la producción de objetos de uso diario e individual; los rusos pudieron finalmente obtener los objetos de primera necesidad y hasta de comodidad que en los demás países se consiguen naturalmente.

No han sido sólo Rusia, Italia y Alemania los que han repudiado el liberalismo parlamentario del siglo XIX. El caso de Hungría es muy característico; después de la guerra se estableció un Gobierno totalitario marxista presidido por Bela Kun, que desató el terror rojo sobre todo el país y que terminó por la ocupación de Budapest por las tropas rumanas; después de mezclarse en la política húngara un Habsburgo y de



Trotski.



Represión de la manifestación de julio de 1917 por el Gobierno provisional.

oponerse los aliados a que reinara ningún miembro de dicha familia, la reacción blanca tomó el mando de la nación, que por fin se conformó a regirse por la dictadura de un almirante.

En Yugoslavia el rey, que era, por educación, más que democrático, después de haber asistido imperturbable por espacio de varios años a la lucha estéril de los partidos en el Parlamento, donde llegaron a agredirse a tiros, cogió por fin el timón y pilotó solo la nave del Estado. En Polonia, un veterano socialista, Pilsudski, a quien la guerra colocó en primer plano, se esforzó durante varios años en establecer el régimen liberal previsto por la Constitución, pero al retirarse y dejar la presidencia, el caos de los partidos le obligó a volver, esta vez para arrogarse la autoridad de un dictador. Había en el Sejm polaco partidos de todas clases, ideas y religiones, hasta un partido de mahometanos con tres diputados.

En Portugal, en Grecia, en Turquía, en Rumania ocurrió lo mismo, y si no ocurrió



en Francia es porque el Gobierno francés no es una democracia, sino una burocracia. Pero que hasta en Francia la reforma de la Constitución era imprescindible, lo prueba el que se sucedieron treinta y cuatro gobiernos desde noviembre de 1917 a junio de 1936, o sea en menos de veinte años.

En España se vio fracasar de la manera más palpable el régimen parlamentario con la segunda República. El autor de este libro peroró, clamó, escribió, mientras se elaboraba la fatídica Constitución republicana, suplicando a los bisoños políticos de la Asamblea Constituyente que se enteraran antes de infligir a la nación un régimen a todas luces anacrónico. Pero todo fue inútil; el furor oratorio dominaba de tal modo a los políticos improvisados que discutían la Constitución, que todo lo que fuera mermarles las posibilidades de pasar a la posteridad como otros Demóstenes y Cicerones les parecía que era limitar la soberanía de sus electores. La Cámara Unica de la República española tenía que estar reunida en sesiones — aunque no tuviera nada en que

Lenin, pensativo, fotografiado en un patio del Kremlin y, abajo, dirigiendo una alocución en el primer Congreso de todos los rusos. Mayo de 1917.





El Estado Mayor del ejército blanco. El general Wrangel con oficiales franceses e ingleses de los destacamentos de intervención. Agosto de 1920.

ocuparse — nueve meses al año. El ministerio era responsable delante del Parlamento, y con las innumerables facciones personales en que se habían disgregado los partidos de derecha e izquierda — de centro nunca los hubo —, se cambiaba el ministerio varias veces al año. Hubo trece gobiernos en los cinco años de República. La Cámara tuvo que ser renovada por elección tres veces en el transcurso de esos cinco años y el primer Presidente de la República elegido por la Cámara fue depuesto por ella sin prueba ni juicio.

La Constitución española, de la que se ha dicho que en lo social y económico era un trasunto empobrecido de la constitución alemana de Weimar, llevaba en su seno el principio de su propia destrucción; era anticuada por lo menos de medio siglo. El autor de este libro, desahuciando a la República, en aquellos días siniestros de noviembre de 1931, cuando se votaba definitivamente la Constitución, amargado, desolado, previendo el desastre que aquélla iba a ocasionar, propuso en los periódicos, algo irónicamente, la «Constitución del 1940 — la del sentido común —».

La administración pública desde todos sus aspectos, el mecanismo peculiar del Estado moderno, cada día más complicado y frágil, requiere un personal técnico, capaz por lo menos de asesorar a los políticos. Este personal técnico tendría que ser permanente, activo y con autoridad. Los ministros deberían abstenerse de introducir en el programa legislativo de la próxima sesión, medidas que no hubieran sido aprobadas por sus consejos de expertos. Así el Parlamento se reduce a una Asamblea para autorizar al Poder ejecutivo y tomarle cuentas al fin del término de su ejercicio. Toda transgresión excediéndose en las autorizaciones o

en los gastos, es un crimen de lesa majestad, y el soberano — el pueblo, el *demos* — puede declarar fuera de la ley a aquellos inhábiles o procaces políticos. Esta es la verdadera democracia del siglo xx, la única posible. El parlamentarismo de la mitad más uno, que estuvo en boga a lo largo del siglo xix, aplicado hoy no es democracia, es partidocracia, que a menudo se convierte en canallocracia.

El resultado del fracaso de la República parlamentaria en España fue una guerra civil acompañada de miles de asesinatos. Perecieron miles de personas *liquidadas* y otras tantas heroicamente en el campo de batalla. La guerra civil duró casi tres años, con asistencia de legiones extranjeras por ambas partes, y triunfaron los nacionales, que además tenían un jefe, el general don Francisco Franco Bahamonde, proclamado generalísimo de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire y Jefe del Estado español y Caudillo de los españoles, quien, al estallar el Movimiento Nacional, se trasladó en avión desde Canarias, donde residía, a Africa, se puso al frente de la campaña liberadora, cuyos hechos culminantes fueron las batallas de Brunete, Belchite y Ebro, la heroica resistencia del Alcázar de Toledo y las campañas del Norte y Cataluña, y llevó al Ejército Nacional de victoria en victoria hasta la completa derrota del ejército rojo en 1.° de abril de 1939.

La gran sorpresa, agradable sorpresa, ha sido el casi renacimiento de Portugal. También allí hubo un ensayo de republicanos vejestorios, encabezados por un medio sabio, Machado, pero tuvo que arrinconarse para dejar paso a un régimen de economía moderna, dirigido por Salazar, profesor de Coimbra.

Durante los años de paz precaria, entre el 1918 y el 1940, la ciencia pura hizo grandes progresos que expondremos en un próximo capítulo. Pero fue sin ninguna aportación nueva de los centros oficiales y

El progreso del automóvil en los años que siguieron a la guerra: modelo de *Bugatti* de carreras del año 1924.





La mecanización del campo: máquina para cosechar heno.

mucho menos de la sombra de organización internacional que se instaló en Ginebra. Ningún hombre de ciencia, ningún pensador, ningún literato, recibió estímulo, ayuda o gratitud de la Sociedad de Naciones. La sección de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones fue de una ineficacia tal, que hizo creer que era víctima de un sabotaje por parte de los políticos, quienes podían sospechar peligros en la internacionalización del pensamiento.

Sin embargo, fue época en que se aplicaron muchísimos inventos, realizados en el período anterior. El automóvil, por ejemplo, cada año recibió nuevos detalles de construcción que lo hicieron económico y popular. Los tractores para la industria y la agricultura puede muy bien decirse que son una aplicación de la idea del tanque militar, inventado por los ingleses durante la primera Gran Guerra, pero su solidez y simplicidad no se lograron hasta 1920.

La aviación, que antes de la primera Guerra Mundial estaba en un período experimental, se perfeccionó por su empleo en los frentes militares, pero sólo en los últimos años ha conseguido garantías de seguridad. Es acaso la invención humana que se ha perfeccionado más rápidamente.

Otros inventos perfeccionados en aquellos

veinte últimos años fueron el fonógrafo y el cinematógrafo. El aparato para reproducir sonidos era de una infidelidad enojosa a principios del siglo. Inventado por Edison, como tantas otras cosas, llegó entonces a dar no sólo el sonido, sino el tono de la voz. Su aplicación a la radio ha hecho posible distribuir música e información a las regiones más apartadas.

Las ciudades cambiaron de aspecto, sobre todo por la noche, por la iluminación de la luz fría de gas neón. Es otro invento que venía de antiguo: se había notado que la electricidad al atravesar un tubo con un gas algo enrarecido producía una luz que cambiaba de color según las substancias. Pero en 1928 la luz eléctrica fría era aún sólo una curiosidad de laboratorio.

Por último se inventó el material elástico que sirve para elaborar fibras de seda artificial. Al principio se producían diluyendo la celulosa—pasta de madera—con sulfuro de carbono y haciéndola *congelar* o cuajar al salir a gran presión. De esta manera se obtuvieron fibras *viscosas* que llamamos *rayón*. Pero tras muchísimos años y emplear sumas enormes, en laboratorios con químicos especializados, los norteamericanos consiguieron por fin sin celulosa, con sólo calcio y carbono, la molécula del *nylon*, que es más elástica y dura que la seda natural, y también menos pesada y cara.



Anuncios luminosos por medio del gas neón, de luz fría, en Nueva York.



Las ruinas de Berlín. La Puerta de Brandeburgo, en el corazón de la ciudad, bajo el fuego enemigo (mayo de 1945).

17 LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

A mediados del siglo XVIII, filósofos y políticos neoclásicos dogmatizaron el catecismo de los Derechos del Hombre, y éste fue aplicado con todas sus consecuencias por la Revolución francesa. Sólo Mazzini, al advertir su fracaso, se atrevió a lamentar aquel Decálogo al revés, que concedía derechos al hombre sin imponerle deberes.

Algo parecido sucedió con la teoría de las Nacionalidades. A mediados del siglo XIX, filósofos y políticos románticos, convencidos de la realidad o de la posibilidad de existencia de «almas colectivas», proclamaron el catecismo de los Derechos de las Naciones, sin precisar tampoco sus deberes. Las naciones, como los individuos, debían ser libres, con derecho a encerrarse dentro de sus fronteras, sin servidumbres para con las naciones vecinas.

La teoría de las Nacionalidades — ¡parece increíble! — aplicóse sin reservas al redactar los tratados de paz que liquidaron la guerra de 1914 a 1918. Wilson, en su mensaje al Congreso de los Estados Unidos en que proponía entrar en la contienda, había declarado que ello se hacía para iniciar «una Era de paz, en la que las normas de conducta que exigíamos a cada uno de los individuos dentro de un Estado, se exigirían también a cada una de las naciones



Hitler discutiendo con el *Gauleiter* de Austria, Seyss-Inquart, después de la ocupación de Viena.

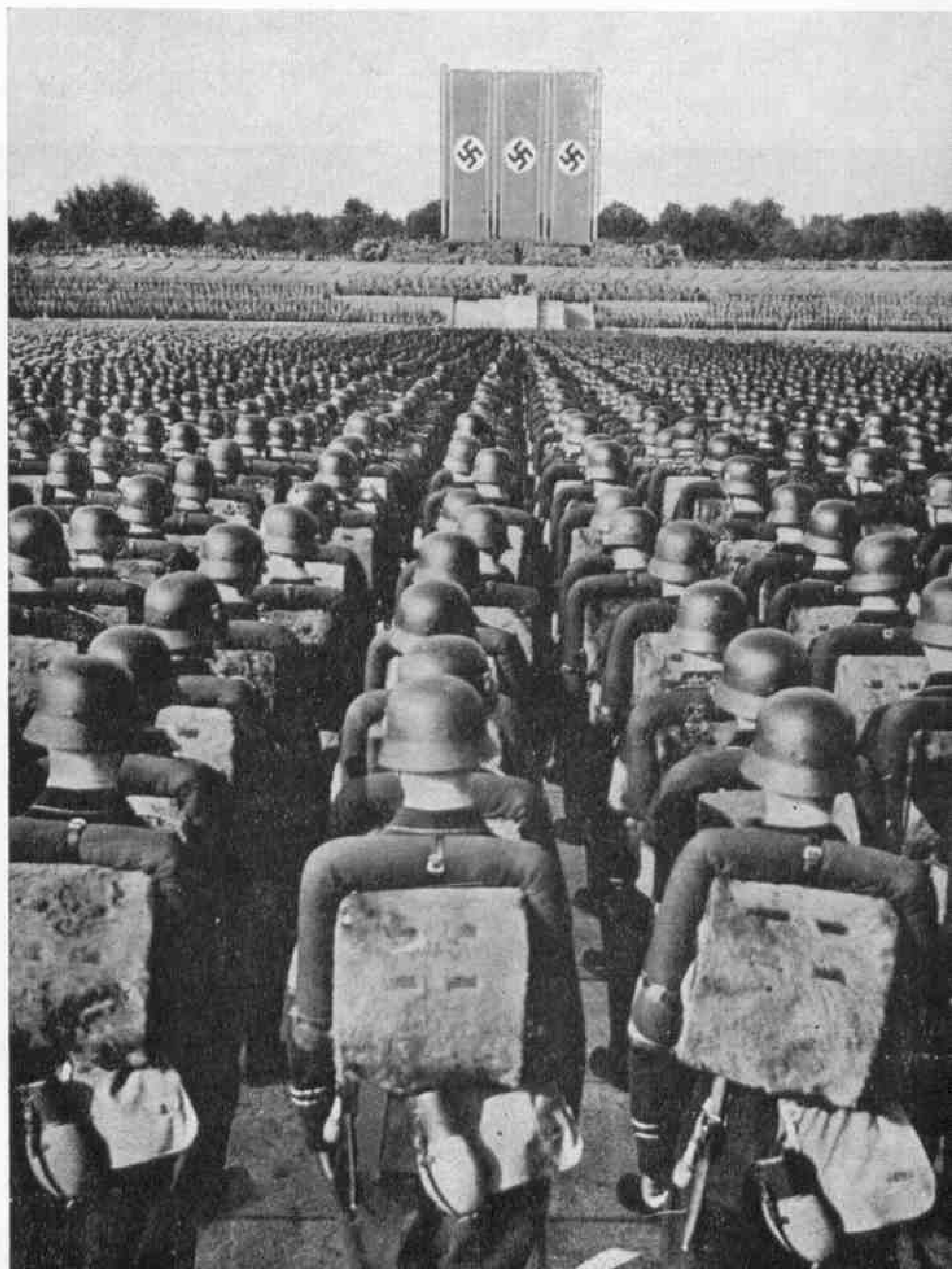
dentro del gran concierto de la Humanidad». Insinuó ya entonces, en abril del año 1917, que la aplicación de este nuevo concepto de responsabilidad internacional debía mantenerse por «una Liga de naciones libres que prefirieran los intereses colectivos a sus provechos particulares». La calificó de «Liga de Honor», porque Wilson, todavía romántico, creía que las almas colectivas serían más perfectas que las almas individuales. Ya hemos visto en capítulos anteriores como la Liga de Honor de Wilson se redujo a una Sociedad de Naciones para políticos, parlamentarios, burócratas y desechos de diplomacia. Pero, en descargo de los insípidos funcionarios de Ginebra, hay que confesar que su tarea era imposible, por no haberse concretado con antelación un código internacional de deberes de naciones, aunque fuera basado en principios de simple cortesía. Todavía hoy no sabemos cómo definir qué es una nación. La mayoría de los profesionales del Derecho político convienen en que un grupo étnico no tendría derecho a ser reconocido como nación si no tiene conciencia de su personalidad y no está en posesión de un territorio vinculado a la estirpe por un largo período de dominio indisputado. Por esto el pueblo judío, sin territorio hasta el año 1948 en que se constituyó el Estado de Israel, no podía calificarse de nación, y Marruecos con territorio, pero sin conciencia de su personalidad, tampoco lo era. Por esta definición se comprende que había naciones de personalidad dudosa, de conciencia nacional adormecida, y naciones con conciencia, pero cuyo territorio les fue usurpado. Además, muchas naciones rebasaron los confines que el destino parecía haberles reservado para solar nacional. Así tenemos vascos y catalanes a ambos lados del Pirineo, teutones a ambas orillas del Rin, eslavos más allá de los ríos y pantanos que debían separarlos de los teutones... y podríamos continuar poniendo ejemplos.

Estas dos grandes dificultades, de grupos con nacionalidad indefinida y grupos nacionales establecidos en territorio de otras naciones, hubieran podido solventarse, o por lo menos minorarse, si la Sociedad de Naciones hubiera aplicado con entusiasmo y sinceridad los dos grandes instrumentos que, aunque embrionarios, le concedía el Pacto de su fundación: el régimen de los Mandatos y el de las Minorías. Las naciones imperfectas, demasiado jóvenes o enfermas, habrían debido ser adjudicadas a un tutor — nación mandataria — que cuidara de sus intereses hasta que cobraran fuerzas o conciencia para valerse por sí. No hubiera habido inconveniente en que el Japón extendiera su autoridad mandataria en Manchuria, si se hubiese podido asegurar a la China que, una vez recobrada por ésta su normalidad estatal, recobraría, indefectiblemente, aquella provincia de más allá de la muralla. Pero la Sociedad de Naciones nunca precisó a quién correspondía la soberanía de los territorios sujetos al régimen de Mandatos: si, por ejemplo, en Siria la soberanía era inalienable prerrogativa del pueblo sirio bajo mandato, o si estaba traspasada provisionalmente a la República Francesa mandataria, o si, por la

duración del mandato, quedaba la soberanía confiada a la Sociedad de Naciones, que la devolvería a los sirios cuando su nación pudiera considerarse ya capaz, o de mayor edad. El resultado fue que nadie vio en los Mandatos más que una hipócrita manera de apropiarse territorios de naciones débiles; fue la continuación del antiguo régimen de Protectorados, que permitía a los Estados protectores aprovecharse de los recursos del país *protegido* con un mínimum de ejército de ocupación. Y así el régimen de los mandatos se sostuvo de una manera vergonzosa en los territorios concedidos a los vencedores por los tratados del año 1919, pero no se generalizó como única manera de evitar que naciones indefensas fueran presa de naciones voraces.

La segunda clase de dificultades, o sea las que provienen de la implantación de grupos avanzados en territorios de otra nacionalidad, hubiera podido allanarse imponiendo una general fiscalización del tratamiento que recibían las minorías en los países en que se habían establecido. Es evidente que el tronco madre de una estirpe tendrá siempre empeño en que las ramas implantadas en suelo extraño reciban allí un tratamiento digno y no queden reducidos sus individuos a ciudadanos de segunda clase, y es también evidente que naciones que tienen arraigados dentro de sus fronteras grupos que las rebasaron en el pasado quieran asimilárselos y empleen a veces métodos extremados. Para esto, tarde o temprano, tendrá que establecerse en el mundo un cuerpo internacional de vigilancia uniforme para todos los Estados, mucho más respetado que el mínimo *Bureau* del Secretariado de Ginebra, que debía atender los asuntos de las minorías con funcionarios de escasa categoría. Con tales antecedentes creemos será más fácil comprender las causas de la segunda Guerra Mundial y los desastrosos resultados de su liquidación. Ya hemos explicado que el escamoteo de sus colonias a título de mandatos, además de las reparaciones, ocasionó en Alemania un estado de ánimo irritable, peligrosísimo para el resto de Europa. Además, había el enojosísimo asunto de las minorías; grandes bloques de la nación alemana se habían incluido dentro de las nuevas fronteras establecidas por el tratado de Versalles. Más de tres millones de alemanes quedaron como una minoría dentro de la flamante República de Checoslovaquia. Casi no podía haberse hecho de otro modo, pues eran grupos de alemanes que se habían infiltrado desde antiguo en Bohemia y llegaban hasta cerca de Praga. De haberse marcado las fronteras de acuerdo con los intereses raciales, Bohemia quedaba enteramente a merced de Alemania. Por esto se fijaron de acuerdo con los límites geográficos, dando a Checoslovaquia por fronteras

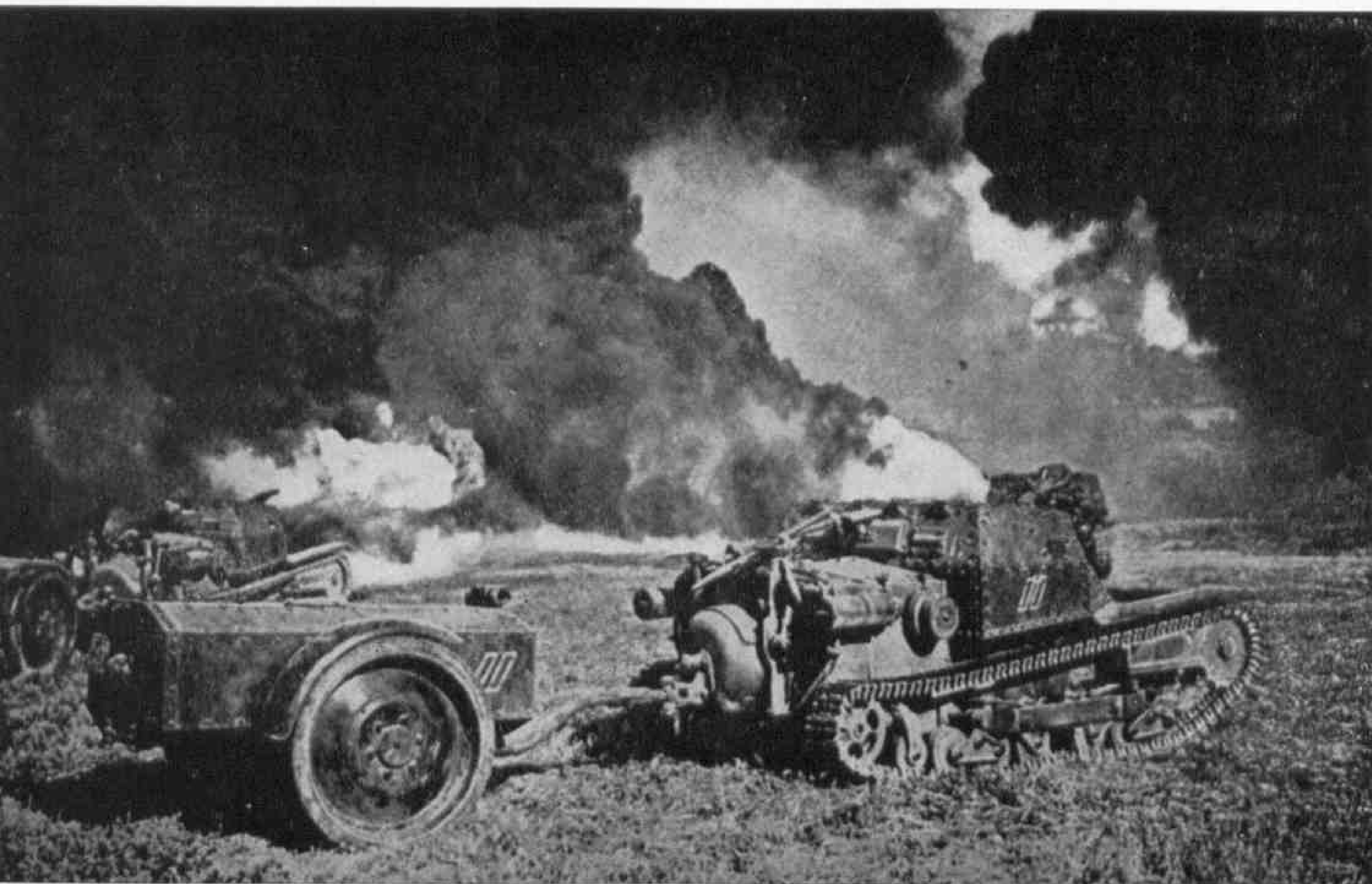
El Congreso de Nuremberg, celebrado en septiembre de 1938, dio ocasión a la exhibición por el Reich alemán de un amenazador despliegue de fuerzas.



una cadena de montañas: dentro quedaban los tres millones y medio de alemanes sudetas. Eran una minoría de raza y lengua germánica extraña al resto de Checoslovaquia, verdadero mosaico de gentes, pero todos de raza eslava. Si al organizarse el nuevo Estado Checoslovaquia se hubiese dividido en cantones, como Suiza, acaso germanos y eslavos hubieran podido convivir y aun fraternizar; pero el temor de desafección y la separación hicieron que los fundadores de la República establecieran un Gobierno parlamentario fuertemente centralizado.

Además, Praga se convirtió en cabeza de una coalición animada por Francia, la *pequeña Entente* de los eslavos, que incluía a Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. Era para protegerse de Alemania. Esta, dirigida por Hitler, contrarrestó la maniobra organizando las *minorías* de los germanos como unos Estados dentro del Estado y dándoles jefes y representantes del Reich llamados *Gauleiter*. Empezaba la guerra; una guerra sorda de ataques y contraataques, en la que hubo, sin embargo, víctimas por ambas partes. Primeramente Hitler y sus colaboradores empezaron por fomentar una revolución en Austria, que había quedado como una República enana, sin recursos ni posibilidades. Con la excusa de una intervención, la anexión *(Anschluss)* quedó consumada en marzo de 1938. Las potencias europeas no dijeron nada. Fiado en la impunidad, durante el verano del mismo año Hitler movilizaba todas las fuerzas del Reich para atacar a Checoslovaquia. Parecía inevitable una catástrofe: Francia no podía abandonar a aquella aliada suya; la *pequeña Entente* entraría en acción, y acaso Rusia, la mayor de las naciones eslavas, acudiría a defender la República de Praga. Entonces Chamberlain, jefe del Gobierno inglés, tomó la resolución de dirigir-

Tanque lanzallamas del ejército italiano.





La guerra moderna. Ataque inicial de una isla por el descenso de grandes masas de paracaidistas.

se personalmente a Hitler, y por la intermediación de Mussolini el 29 de septiembre de 1938 se reunieron en un hotel de Munich para decidir la suerte de Checoslovaquia los representantes de cuatro naciones —obsérvese, cuatro naciones: Inglaterra, Alemania, Francia e Italia—, sin contar para nada con la nación interesada, que era Checoslovaquia, ni contar con Rusia, ni con las naciones de la *pequeña Entente*, que debían interesarse en el asunto. Hitler recibió, como consecuencia de esta extraña negociación, los territorios ocupados por los alemanes del Sur, y la frontera de límites naturales se cambió por la de las razas.

En Munich hizo Hitler manifestaciones de no querer ir más allá; no se presentaba como agresor de los eslavos, sino como defensor de los germanos; pero en aquella ocasión comprendió la debilidad moral de sus enemigos, Francia e Inglaterra, y sobre todo la vaciedad y la vanidad de la *pequeña Entente* y las pocas ganas que tenía Rusia de proteger la independencia de Estados burgueses, aunque fueran de raza eslava.

La mutilación de Checoslovaquia puso también de manifiesto su defectuosa constitución. En lugar de tratar de reparar el daño, consolidando lo que les quedaba, las diversas variedades de eslavos que se habían agregado para formar a Checoslovaquia riñeron entre sí, y a los pocos meses había varios Gobiernos locales y algunos en plena rebelión. Hitler recogió de un zarpazo, sin disparar un tiro, lo que había quedado libre de Checoslovaquia según el convenio de



La Conferencia de Munich de 29 de septiembre de 1938.

Munich. El 15 de marzo entraban en aquella zona las tropas hitlerianas, se establecía la independencia (?) de Eslovaquia y las efímeras Bohemia y Moravia quedaban sometidas al Reich. Francia no manifestó gran dolor por la desaparición de su aliada del mapa de Europa, pero el Gobierno inglés se sintió ofendido (más que injuriado); la ofensa era el no haber mantenido Hitler la promesa que se dijo que había hecho a Chamberlain: esto es, de no ir más allá de lo acordado en Munich, aunque es difícil asegurar lo que se pactó en Munich y qué valor tienen las promesas hechas en una reunión de cuatro amigos — mejor dicho, enemigos — alrededor de una mesa de hotel. Pero todavía es más difícil conjeturar si Hitler se hubiera detenido si, en lugar de aquel *gentlemen's agreement,* se hubiese convocado un Congreso de naciones y lo allí estipulado hubiera sido respetado por todos los interesados en mantener la paz. La ineficacia de la Sociedad de Naciones fue en este caso más deplorable que en crisis anteriores.

Finalmente Hitler puso sus miras en Danzig, ciudad alemana que había quedado como alma en pena, sin ser del Reich ni dejar de serlo, con un comisario nombrado por la Sociedad de Naciones y un senado municipal, enclavada dentro de Polonia. Allí también envió Hitler a su *gauleiter,* fomentador del descontento y organizador

Las móviles fronteras de Polonia. En noviembre de 1939 se corta la barrera que separaba a Lituania del territorio de Vilna.



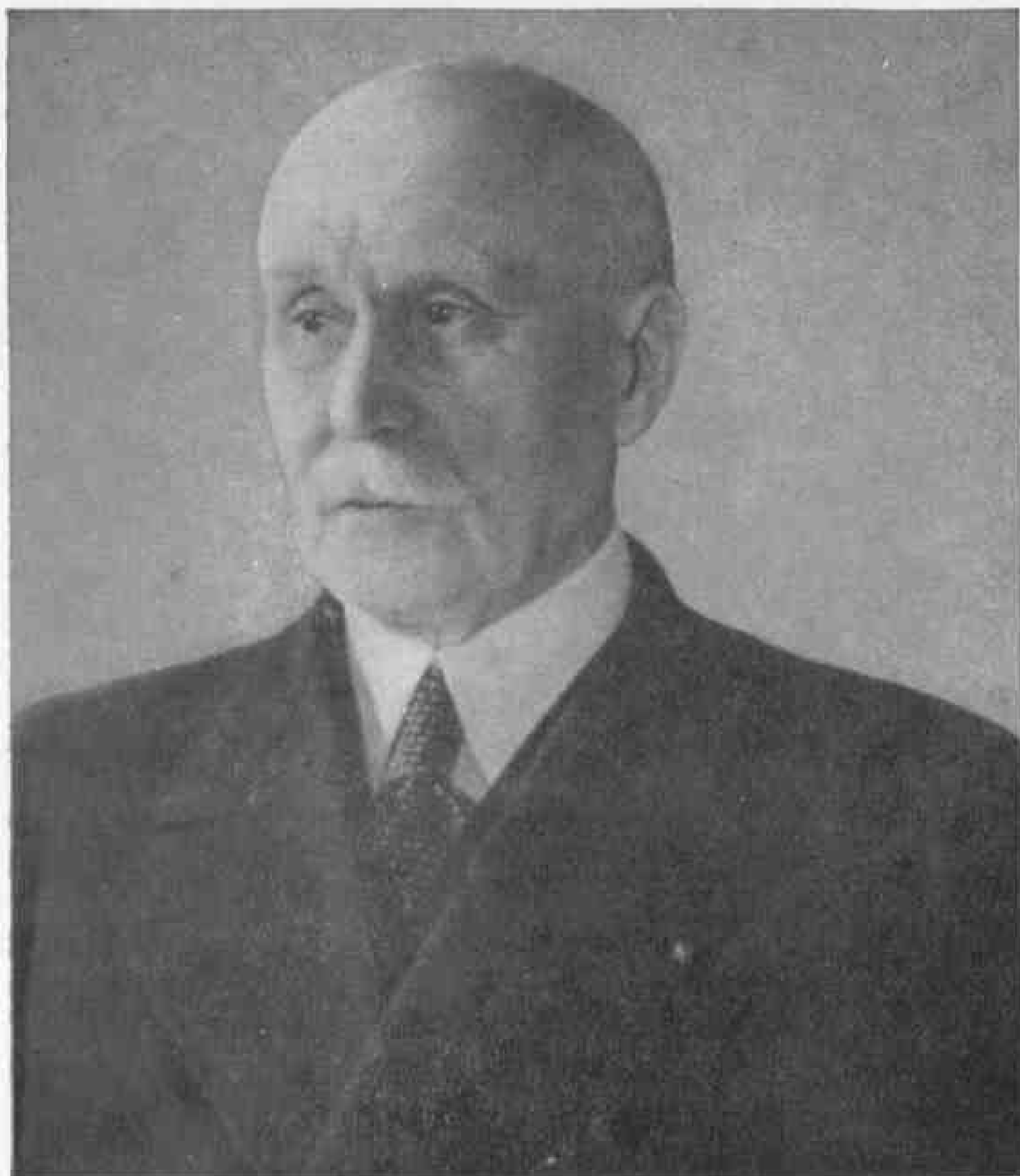


Stalin, dictador de la URSS, y von Ribbentrop, ministro de Negocios Extranjeros del Reich, corroboran con estrecho apretón de manos la firma del pacto germano-soviético.

del sabotaje, jefe político sin carácter oficial, pero con más autoridad que el comisario y el presidente del Senado. Polonia, interesada en mantener el carácter anómalo del régimen de Danzig, se negaba a toda concesión porque se creía sostenida por Inglaterra. Se decía en Europa que Polonia tenía carta blanca *(a blank cheque)* del Gobierno inglés para desafiar a Alemania. En efecto, el 31 de marzo de 1939, el propio Chamberlain decía, textualmente, en la Cámara de los Comunes, las siguientes palabras: «Al objeto de aclarar perfectamente la posición del Gobierno de Su Majestad... debo informar a la Cámara de que... en la eventualidad de una acción cualquiera que amenazara claramente la independencia polaca, y a la cual, en consecuencia, el Gobierno polaco juzgara vital resistir con sus fuerzas nacionales, el Gobierno de Su Majestad se sentiría obligado a prestar inmediatamente al Gobierno polaco todo el apoyo que estuviera en su poder.» Declaraba, además, que la actitud de Francia era idéntica. El 6 de abril Inglaterra y Polonia subscribían un acuerdo para el posible caso de agresión, directa o indirecta, de una tercera potencia. El 13 de abril Inglaterra y Francia daban también garantía a Grecia y Rumania ante la posible contingencia de agresión. Por su parte, Alemania reforzaba su posición mediante el tratado de alianza con Italia (22 de mayo de 1939) y sobre todo, unos meses después (23 de agosto), mediante su acuerdo con la URSS, hecho asombroso que dejó a



Un momento histórico. Proclamación en Londres del estado de guerra entre la Gran Bretaña y Alemania (3 de septiembre de 1939).



El mariscal Pétain.

Europa como viendo visiones. ¿Acaso no era esto hacer el juego a la nación soviética, interesada en devorar a Polonia, en promover una guerra entre «naciones capitalistas» y en estar ausente de ella, para sacar, a fin de cuentas, la *mejor tajada?* Si el Reich alemán hubiera procedido con más cautela y Polonia no se hubiera creído autorizada sin reservas, ¿se hubiese podido acaso solventar el asunto de Danzig sin provocar una guerra europea? El embajador inglés en Berlín hace la sugerencia de que Hitler debió de decirse a sí mismo: «¿Es que en el caso de entrar Inglaterra y Francia en España les hubiera declarado yo la guerra?» Por seguro que no. Pues entonces, tampoco Inglaterra y Francia intervendrían en una guerra entre Alemania y Polonia. Si es así, pensaba como un alemán. Los ingleses, ya ofendidos por la descortesía de Hitler al no mantener el pacto de Munich, se creyeron insultados al atacar Alemania a Polonia y repartírsela con Rusia. El 3 de septiembre de 1939 Inglaterra rompía las relaciones con Alemania y arrastraba a Francia a una guerra por fronteras y puntillos que no le interesaban. El autor de este libro se encontraba en París en los primeros días de la guerra, y no oyó un solo clarín, ni un grito de *¡Viva Francia!*, ni un canto de la *Marsellesa*. Los reservistas iban a la movilización maldiciendo a la vez a los alemanes y a los ingleses.

Es un fenómeno bien conocido que las crisis nerviosas de las naciones producen espejismos y alucinaciones colectivas. Europa esperaba una defensa heroica de Polonia; se referían cifras fantásticas de su caballería. Pero, como se ha dicho justamente, «el heroísmo anacrónico de la caballería polaca se estrelló ante los monstruos de hierro de las columnas blindadas alemanas». Sucumbió, pues, Polonia en pocos días en una guerra en que casi no tomaron parte más que aviones. Después, sin declaración previa, Alemania ocupó Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda, que podían convertirse en enemigas. Mientras tanto, Rusia invadía Finlandia, que opuso tenaz y heroica resistencia. En la primavera de 1940 empezó la *Blitzkrieg* o guerra relámpago en el Oeste. Los cuerpos de Ejército alemán, equipados científicamente, revelaron unas tácticas que desmoralizaron a ingleses y franceses. Los dirigentes esperaban que la guerra sería simplemente la continuación de la de veinte años atrás, que el *poilu* francés resistiría la embestida en unas trincheras piojosas, mientras el *tommy* inglés se prepararía, limpio y acicalado, para asestar el golpe de gracia. Pero los alemanes no les dieron tiempo de realizar aquella segunda representación del gran drama del año 1914. Avanzaban en innumerables aludes de camiones blindados, irradiando incendio y destrucción, a la velocidad de 40 millas por hora. Francia se rindió a las tres semanas, y los contingentes ingleses que habían desembarcado tuvieron que reembarcar diezmados en toda clase de navíos.

La guerra relámpago aterrorizó, no sólo a los beligerantes, sino también al resto del mundo: revelaba en los alemanes inverosímil capacidad de organización y destrucción. Se llamó al nuevo sistema de ataque *guerra mecanizada* y se excusó la derrota de Francia como un caso de sorpresa. Pero,

en realidad, Alemania no empleó en las hostilidades ningún elemento nuevo; aprovechó los ya conocidos: camiones, aviones, tanques, motocicletas, paracaídas; es más, había hecho alarde de ellos exhibiéndolos en interminables paradas y desfiles delante de sus enemigos. El jefe de la aviación francesa fue invitado a Berlín para ver unas maniobras y regresó diciendo: «Es preciso que busquemos aviones de desecho para dar víctimas a los alemanes, mientras adiestramos a aviadores que puedan usar aparatos realmente modernos.» Neville Henderson cuenta que el ministro de Aviación alemán Goering le refirió exactamente el número de aviones ingleses, comparándolo con el de los alemanes, para acabar sonriendo con la frase: «Si se declara la guerra, tendré cuidado de respetar vuestra casa, que será la única que quedará en pie a los pocos días en Londres.» A Lindbergh se le enseñó cuanto quiso, y a su paso por Inglaterra confesó la superioridad de Alemania. No; no había, pues, misterio.

Pero era incluso algo tan lógico lo que ocurrió, que los flemáticos ingleses lo habían previsto muchos años antes. El escritor H. G. Wells termina su *Historia del Mundo* copiando unos párrafos del jefe de Estado Mayor inglés después de la guerra de 1914-1918: «La que va a venir, dice el jefe británico, será diferente de la guerra pasada. Tendremos máquinas para atacar y defendernos; los aviones bombardearán la población civil detrás de las líneas de combate, produciendo un terror que desmoralizará a los combatientes.» Sin embargo, los políticos parlamentarios no hicieron caso de estas advertencias; en los Estados Unidos, un general, jefe de aviación, Mitchell, fue destituido sencillamente porque se atrevió a exponer su opinión de que los aviones podrían atacar y destruir un buque de guerra. Era una ceguera inexplicable, una sordera suicida...

La entrada de Italia en la guerra (10 de junio de 1940) no modificó grandemente el curso de las operaciones. Se lanzó a ata-

Rotterdam, la floreciente ciudad holandesa, después del ataque aéreo de los alemanes en mayo de 1940, en que sólo la catedral quedó en pie en su distrito central.





Una fecha dolorosa para Francia. El 14 de junio de 1940, la bandera del Tercer Reich ondea en los principales edificios de París.

car a Grecia, pero fue detenida por los montañeses de Albania y Macedonia en la cadena del Pindo. Su defensa de las colonias africanas la condujo a derrotas y retiradas. Pero desvió el centro de gravedad de la guerra hacia los Balcanes y permitió a Alemania ocupar a Rumania y Bulgaria sin que ella misma, que debía creerse con superior derecho a ocupar las naciones balcánicas, manifestara recelos porque su aliada se le anticipase. Alemania tenía que recordar que por la puerta trasera de Salónica había recibido el golpe mortal de la pasada guerra. El *raid* del general francés Franchet d'Esperey avanzando desde Salónica y amenazando el valle del Danubio causó entonces el desvanecimiento de Austria y sus intrigas para la rendición.

Mas aquella experiencia pareció haber sido provechosa lección para los alemanes. La guerra *relámpago* precipitó las cosas en forma tal, que, en el año 1940, como se ha dicho, la resistencia de Francia se derrumbó, se llegó a un armisticio por separado con Alemania, y Francia quedó dividida en dos zonas: una ocupada por el enemigo y otra, bajo el Gobierno del mariscal Pétain, con sede en Vichy, más o menos *libre*, pero condicionada por las circunstancias.

Estas circunstancias colocaron en este momento (1940-41) a Alemania en una posición extraordinariamente ventajosa frente a sus enemigos. Ante todo había conseguido una superioridad estratégica que no tuvo en la guerra anterior, esto es: la que le daban los puertos del canal. Más aún: dominaba la costa francesa hasta la frontera española. Mantuvo agarrotadas a casi todas las pequeñas naciones de Europa y con Rusia continuó repartiéndose el botín sin querellarse. Rusia ganó con la guerra la mitad de Polonia, que no le costó un soldado, y además a Estonia, Letonia y Lituania. Fue en verdad al principio (y luego seguiría siéndolo) la única que había ganado.

La Gran Bretaña luchó en tanto casi sola, porque Irlanda se había declarado neutral, y el Canadá, Australia y Nueva Zelanda aportaron contingentes, pero sin aquel gran entusiasmo que manifestaron en la guerra anterior. La Unión Sudafricana condicionaba su intervención en el conflicto. La India, cuya sublevación hubiera producido grandes dificultades, parece, sin embargo, que comprendió, con un sentido moral y político admirable, que su pasividad sería recompensada con un tratamiento más humano que el que alcanzaría con la rebelión.

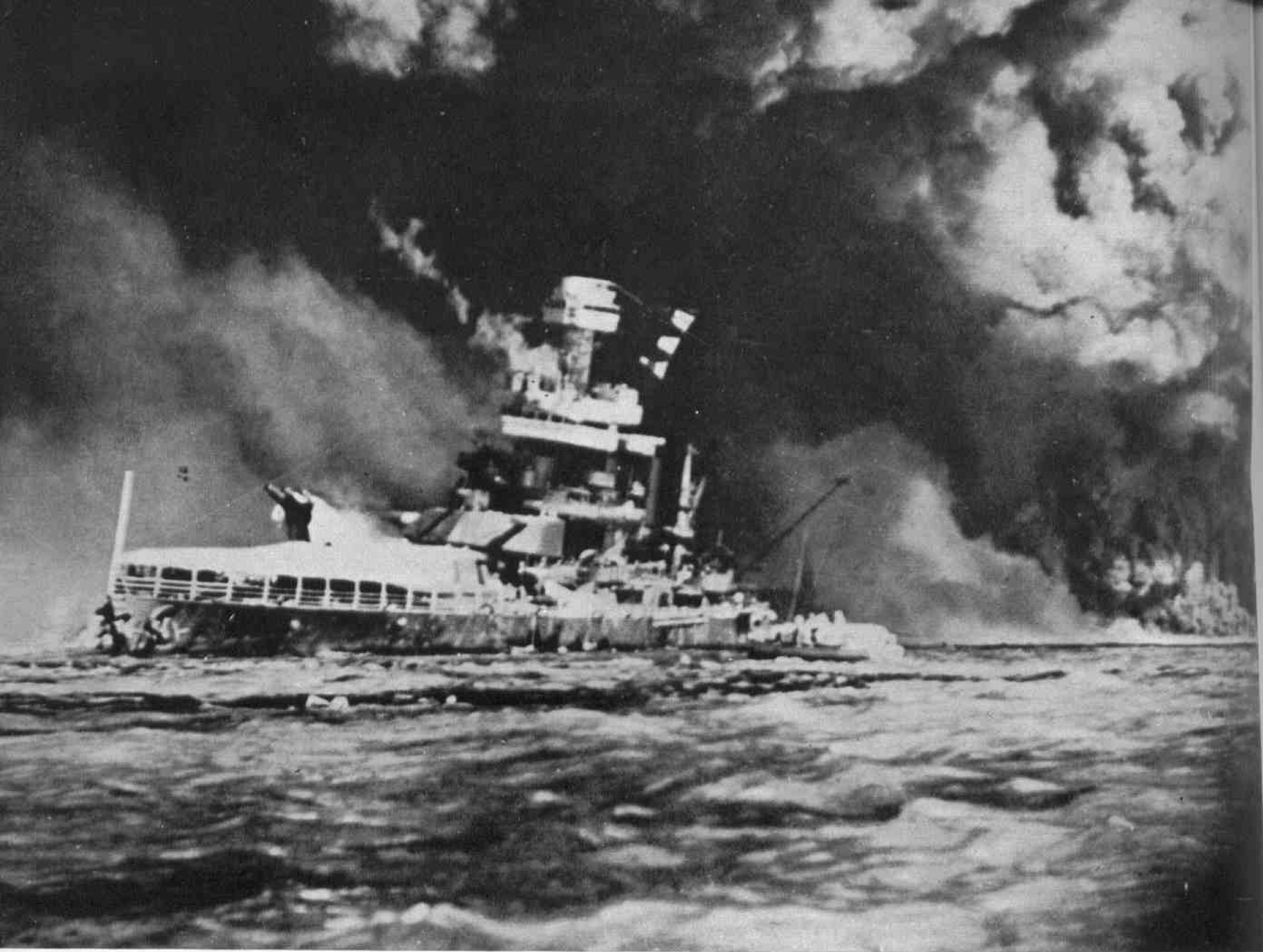
El autor de este libro creía, como una gran parte de la opinión mundial, que, al desplomarse Francia en el año 1940, los políticos de la vieja Inglaterra considerarían



Bombas sobre Londres. En pleno día, en la tarde del 7 de septiembre de 1940, las bombas enemigas incendiaron, en varios puntos, los muelles y almacenes de la ciudad, quedando Londres envuelto en llamas y humo.

a Dunkerque como otro Austerlitz, esperando calmosamente la ocasión para otro Waterloo, que de seguro les habría proporcionado la rivalidad de teutones y eslavos de Oriente. Pero el disgusto de sentirse ofendidos, burlados, al faltar Hitler a los compromisos contraídos en Munich, produjo en los británicos la obsesión de que no se podía demorar la destrucción del «hitlerismo», como llamaban ellos al nazismo, y resolvieron acabar aquel asunto de una vez, seguros de quedar encima, «on the top», como habían hecho otras veces. ¿No había Inglaterra triunfado siempre? Pues triunfaría esta vez también. No tenía todavía medios de combate, pero tenía la voluntad de combatir. ¡Quería vencer!, y esto bastaba. Y se decidió la guerra a muerte. Se afirma que Hitler ofreció pactar. «No; nada con el hitlerismo — fue la respuesta —. Si esta isla sucumbe, continuaremos la guerra desde el Canadá o Australia, pero no haremos la paz sin la victoria completa.» Así hablaba por lo menos Churchill, el verdadero *bull-dog,* que con *sangre, sudor* y *lágrimas* y con tenacidad británica dirigiría entonces las operaciones militares y diplomáticas de la guerra. Este infatigable luchador había sido llamado a la jefatura del Gobierno británico, en substitución de Chamberlain, en aquel mismo trágico 10 de mayo en que Hitler iniciaba su ataque contra Bélgica y Holanda. No tardaría en reconocerse la enorme trascendencia de este nombramiento para la causa de las naciones aliadas.

En los trágicos días en que Francia negociaba su rendición, Inglaterra le propuso la creación de un Imperio único, Franco-Británico o Anglo-Francés, que administraría las colonias de ambas naciones y regularía la vida internacional después de la



La escuadra norteamericana sorprendida en Pearl Harbour por los bombarderos japoneses.

guerra. El proyecto era vago, y la hora de proponerlo, absurda: era como intentar el remedio de una anciana agonizante con un casamiento. Churchill, sin embargo, se conformaba en aquellos momentos con toda clase de renuncias, hasta consentía en mermar la independencia económica y política del Imperio inglés; todo, todo, menos transigir con Hitler.

Pero con Francia no se podía contar ni aun como compañera de infortunio. Su incapacidad en defenderse se fue explicando con revelaciones publicadas después de la rendición. La rivalidad de Daladier y Reynaud, tan desastrosa en el corto período que duró la guerra, provenía al parecer de la enemistad de sus respectivas amantes: la condesa A y la marquesa B. En la mesa de estos jefes de Gobierno había una línea telefónica que comunicaba directamente con aquellas señoras, que sugerían ascensos y destituciones. Durante un año, las fábricas de aeroplanos de Lyon no terminaron un solo avión, porque se cambiaban los modelos cada vez que cambiaba un ministro. Los ataques nazis en Oriente eran cada vez más osados. Después de Rumania y Bulgaria, Alemania ocupó Grecia: conquistó Creta con una fantástica invasión de paracaidistas, y desde allí parecía querer llegar hasta Egipto para cerrar el Canal de Suez. En realidad, la ocupación de los Balcanes

por una Alemania ya instalada en Francia, Bélgica, Holanda, Polonia, Dinamarca y Noruega, y aliada bélicamente con Rusia, con Italia y con el Japón, convertía al Reich de potencia europea en potencia mundial. Pero estalló la guerra con Rusia... y desatendió el Mediterráneo oriental.

Este parece haber sido el gran error de Hitler: haber atacado a Rusia; pero, ¡a cuántos comentarios de estrategia de mesa de café no se presta aquel incidente! Los alemanes nunca lo explicaron de modo satisfactorio. Primero dijeron que Rusia había faltado no entregando petróleo y trigo en las cantidades convenidas; después dijeron que creían hacer un servicio a la Humanidad combatiendo el comunismo ruso. ¡Quién sabe!

Aparte cábalas y suposiciones, el panorama de la contienda mostró ya, a mediados de 1941, algunos hechos incontrovertibles. Ante todo, la patente inmoralidad que servía de base al pacto germano-ruso: el reparto descarado de los países intermedios, que no podía ser sino semillero de querellas entre ambas potencias cómplices; la penetración alemana en los Balcanes había de *resonar dolorosamente* en el Kremlin. Por otra parte, la Alemania invasora de media Europa precisaba cada día mayor cantidad de víveres, petróleo, cereales, para sostenerse en los países invadidos; los suministros de su aliada se le antojaban ya precarios; ¿no sería más audaz y provechosa la antigua idea de una expansión germana por el sur de Rusia? Las inmensas riquezas

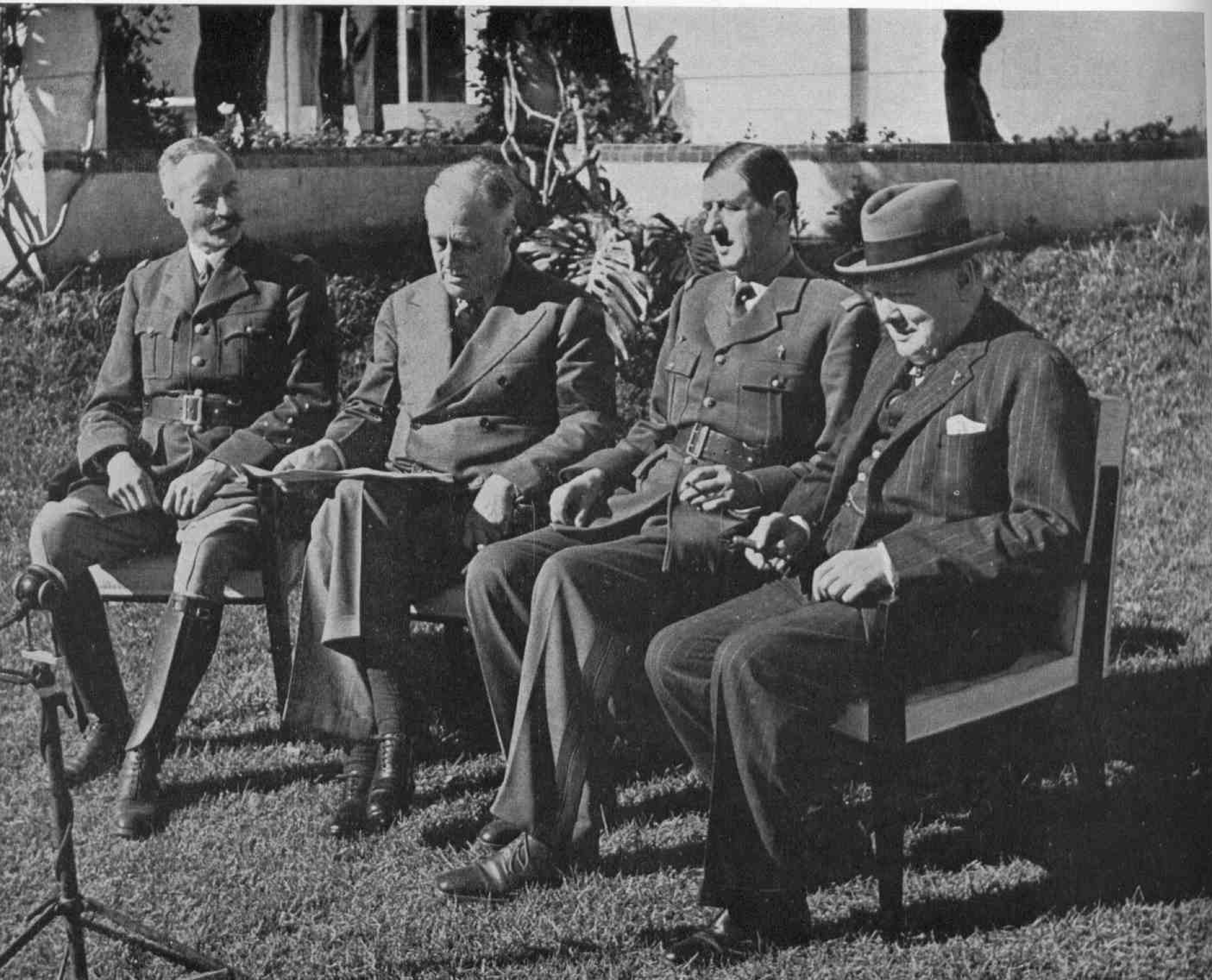
El «infierno de Stalingrado» durante los violentos y constantes ataques aéreos de la aviación alemana en octubre de 1942.



de Ucrania y del Cáucaso y una puerta abierta hacia el Oriente Medio eran gajes muy dignos del esfuerzo... En cuanto a Rusia, ¿no creería ya llegada la hora — logrados los objetivos del reparto de Polonia y el desencadenamiento de la lucha entre las *potencias capitalistas* — de desentenderse de su ávida aliada y esperar, en otro cambio de postura, el momento de dictar su ley al mundo? Todo esto desembocó en el paso del Niemen por el Ejército alemán en la noche del 21 al 22 de junio de 1941, sin previa declaración de guerra, en la más desgraciada de las operaciones militares que Hitler pudo concebir. Antes de transcurrido un mes, el 12 de julio, Inglaterra y Rusia firmaban un pacto de mutua asistencia. El 22 de mayo de 1942 este pacto pasaba a ser formal tratado de alianza por un plazo de veinte años.

La entrada de los Estados Unidos en la contienda ya fue más difícil y también de mayor importancia. Se discutió y se combatió con todas las armas de propaganda, del soborno y el sentimiento. De un modo general, al empezar la guerra en 1939 la opinión casi unánime en los Estados Unidos era no repetir la aventura de la guerra del

Conferencia de Casablanca. El general Giraud, Roosevelt, De Gaulle y Churchill.



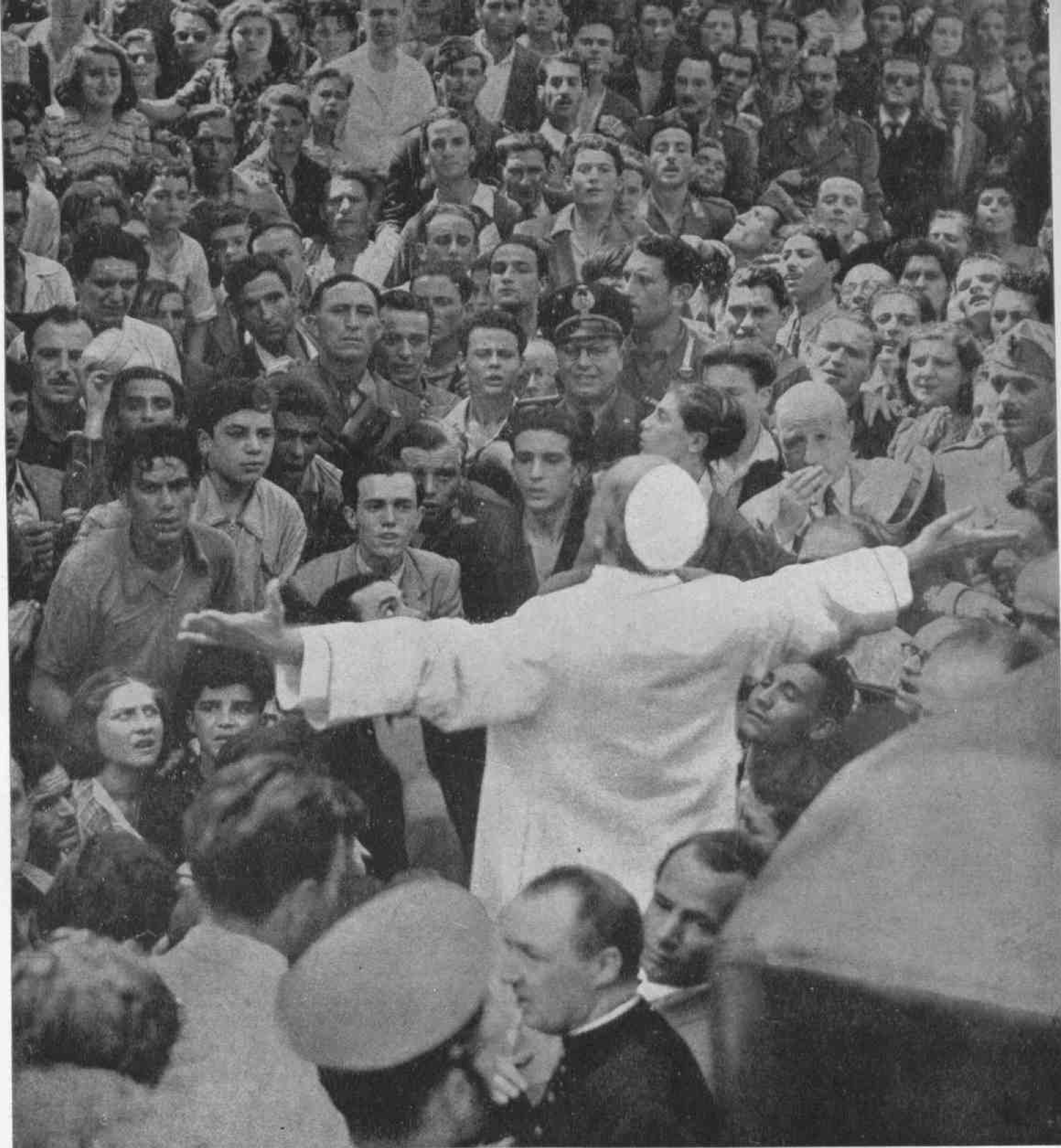


En el amanecer del 10 de junio de 1943, llega a las playas de Sicilia la primera oleada de la invasión anglo-americana: los primeros soldados que alcanzan tierra trabajan activamente en la playa para hacer más fácil el desembarco de los que les seguirán.

año 1914 y dejar que los europeos encontraran ellos mismos la solución de sus problemas. Pero la propaganda incesante de los periódicos y las hábiles maniobras de expertísimos agentes británicos produjeron un cambio de opinión, llegándose. en principio, al acuerdo de prestar la máxima ayuda a Inglaterra, con la sola salvedad de no enviar ejércitos a Europa *(all, short of war* — todo, menos la guerra —). Sin embargo, una minoría insistía desde el comienzo en que debía ser *todo* sin salvedades, y por otra parte no se comprendía tampoco cómo se podría ayudar a un beligerante con todos los recursos de una nación sin incurrir en la ira y provocar las represalias del otro beligerante.

En defensa de la nueva intervención de Norteamérica en los asuntos europeos se empezó diciendo que era imprescindible evitar a toda costa la derrota de Inglaterra, pues su armada era una protección para los Estados Unidos, que tenían que mantener toda su flota en el Pacífico. Se apuntó que, en el caso de triunfar Alemania, buscaría en Sudamérica una expansión territorial y comercial que había perdido al despojarla de las colonias traspasadas como *mandatos* por el tratado de Versalles. Mas, sobre todo, había el empeño declarado del presidente Roosevelt, que, no obstante asegurar que nunca se llegaría a enviar ejércitos a Europa, hizo de América «el arsenal de las democracias»; lo que quería decir de Inglaterra.

Sus frases, acuñadas con pasión legítima, exaltaban la necesidad de «establecer la cuarentena o aislamiento moral de las naciones agresoras» (léase Alemania) y acusaban a Italia de «apuñalar por la espalda a un vencido», viniendo a demostrar que bastaría un cohete disparado contra América para que ésta se decidiese a declarar la guerra a Alemania. El primer *Bill* o ley del Congreso americano que concedía poderes extraordinarios a Roosevelt para ayudar a



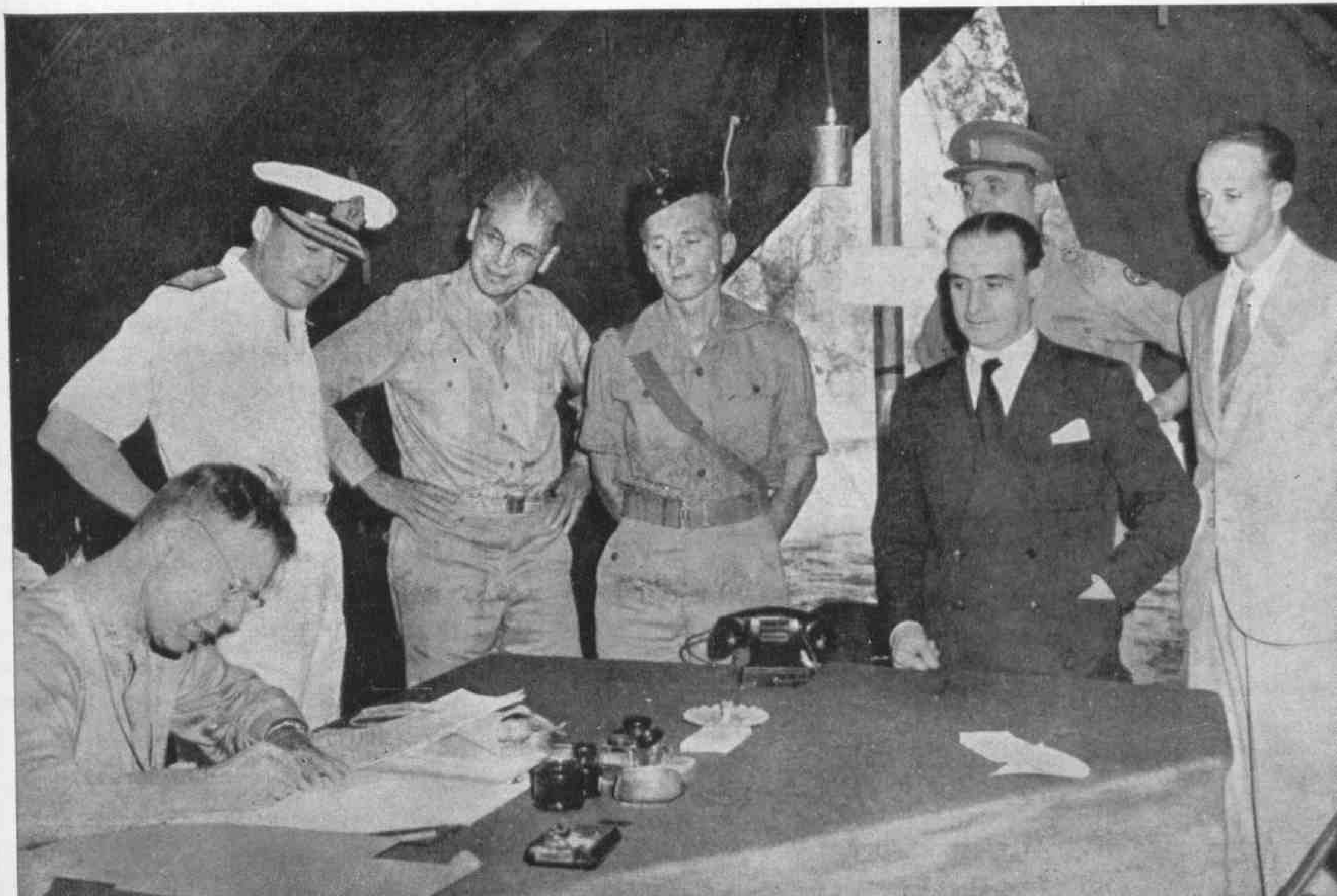
Después de los bombardeos de Roma, Su Santidad Pío XII se mezcla a la multitud de la Ciudad Eterna, exhortándola y consolándola (agosto de 1943).

Inglaterra (11 de marzo de 1941) lleva el nombre de «ley de préstamos y arriendos a las democracias». El año anterior, y a cambio de la entrega de 50 destructores, la Gran Bretaña había concedido el derecho a establecer bases navales y aéreas norteamericanas en varias de sus colonias del hemisferio occidental. Eran concesiones o arriendos por noventa y nueve años, que lo más probable es que se conviertan en dominios a perpetuidad.

Con tales anticipos, con habilidad política extremada, con elocuencia insuperable, hablando desde la radio en *charlas junto al hogar (fireplace chats)*, Roosevelt supo maniobrar la nave del Estado dirigiéndola hacia el vórtice del remolino de la guerra. Tenía la seguridad de que era inevitable,

inmediato, el ataque del Japón, irritado por haber sido excluidos sus naturales durante años hasta de un mínimo contingente de inmigración: ningún japonés podía establecerse legalmente en los Estados Unidos, aunque llegara con capital y fuera persona culta. Pero Roosevelt decía a Churchill, pocos días antes del ataque, que podría entretener a los nipones tres o cuatro meses más *(I could baby them)*. Ocurrió, sin embargo, entre tantas y tan bien estudiadas previsiones, lo más imprevisto: el 7 de diciembre de 1941, de madrugada, los japoneses atacaron sin declarar la guerra, y de un solo golpe, por sorpresa, destruyeron la escuadra americana que estaba en la base naval de Pearl Harbour de las islas Hawai. El desastre fue dramático en extremo: con los buques se ahogaron las tripulaciones en un mar de petróleo encendido. La tragedia impresionó de tal manera a la opinión norteamericana, que ya no se trató de disminuir la crueldad de la guerra, sino de llevarla a la conclusión con todas sus consecuencias. Al día siguiente, los Estados Unidos e Inglaterra declaraban la guerra al Japón; Alemania e Italia la declaraban a los Estados Unidos el día 11. La segunda Guerra Europea acababa de transformarse en mundial. Los europeos todavía no se han dado cuenta de lo que representó la movilización norteamericana. Se suspendieron las obras en construcción y se edificaron inmensas fábricas de producción de material de guerra. Los arsenales improvisados botaban al agua varios buques cada día; en pocos meses se construyeron acorazados cuya construcción hubiera precisado años en tiempos normales. Se racionó a la población, y todo cuanto produjeron los talleres y los campos se seleccionó para separar lo primero y más necesario, que requisaban el Ejército y la Marina. Sobre todo, se sacrificó a una generación. En las islas del Pacífico, con la fe-

Firma de la rendición de Italia (3 de septiembre de 1943).





Montecassino después del bombardeo americano de 1943.

roz resistencia que oponían los japoneses, murieron cientos de miles de norteamericanos. Enviaron a Europa y Africa, a regiones enteramente desconocidas, legiones de obreros y campesinos, que no sabían por qué el destino los había escogido para ir a morir en aquellas tierras viejas, sucias y malolientes. Junto a Nápoles, en el paso del río Rápido, una división de 5.000 *cowboys,* vaqueros de Texas, quedó reducida a 425 en un solo día.

Los Estados Unidos no sólo movilizaron toda su población, su industria y su economía, sino que enviaron pertrechos sin medida a los aliados. Para salvar a Rusia, empezaron dirigiendo los convoyes por el norte de Siberia, por el océano Glacial Artico, hasta que, viendo como se les hundían más de la mitad de los transportes, construyeron una línea de ferrocarril desde el golfo Pérsico al mar Caspio. Los convoyes cruzaban el Pacífico por el Sur, desembarcaban en Basora tractores, maquinaria y municiones para subirlos a las tierras altas de Persia, donde los recibían los rusos. Por su parte, éstos se retiraban socarrando el suelo para que los alemanes no encontraran nada aprovechable, y sobre todo opusieron una resistencia inesperada defendiendo las capitales, que los alemanes sitiaban y bloqueaban ya inútilmente.

Por el momento la entrada del Japón en la guerra favoreció extraordinariamente las operaciones bélicas del Eje. Ya en enero de 1942 los germano-italianos contuvieron en Libia la ofensiva inglesa y recuperaron buena parte de la Cirenaica. La guerra en el Pacífico, al dividir las fuerzas navales aliadas, mejoró la situación del Eje en el Mediterráneo; el 26 de mayo el mariscal Erwin Rommel, jefe del «Afrika Korps», desencadenó su gran ofensiva, conquistó Tobruk, cruzó la frontera de Egipto, alcanzó El Alamein (1.° de julio) y amenazó seriamente Alejandría y el Canal de Suez, golpe que podría ser mortal para el Imperio Británico. Con el desierto a su espalda, sin embargo, Rommel no pasó de aquella osada posición. Al mismo tiempo, Alemania desencadenó en Rusia su máximo esfuerzo, dirigiendo los golpes hacia el frente meridional, con el propósito de separar las regiones del Volga y el Cáucaso y, naturalmente, con miras a ocupar los pozos petrolíferos y trazar las posibles futuras operaciones hacia Persia y la India. El 16 de mayo, en efecto, conquistaron los alemanes Kerch, que les facilitó el paso para el Cáucaso. Presionaron sobre Rostov, que conquistaron a fines de julio; se adueñaron de los pozos petrolíferos de Maikop y Grozny, e izaron su bandera en la cumbre del Elbruz. Por el otro lado alcanzaron el Volga en Stalingrado y entraron en aquella capital el día 5 de septiembre. ¿Podían decir por ello que habían vencido en Rusia? Como en tiempos

de Napoleón, los hechos demostraron que no, sino todo lo contrario. La conquista de Stalingrado llevó al ejército alemán (como llevó siglo y pico antes al napoleónico) a una distancia inmensa de sus bases y permitió al enemigo atacarle por distintos flancos hasta dejarle aislado totalmente. Ya el 23 de septiembre los rusos desencadenaron su poderosa ofensiva contra el noroeste de Stalingrado, y después de largos meses de lucha y de penalidades, el día 30 de enero de 1943 el ejército alemán del mariscal von Paulus quedó aniquilado y su jefe fue hecho prisionero.

En tanto, bajo las órdenes del general Montgomery (después mariscal), los ingleses lanzaron en Africa una nueva ofensiva en que los aliados emplearon por primera vez elementos paracaidistas. Rommel fue derrotado; el 3 de noviembre cruzó de nuevo la frontera entre Egipto y Libia, y siguió después retrocediendo.

Al llegar esta época fue cuando la entrada de los norteamericanos en la guerra alcanzó su máxima eficacia y cuando se produjo uno de los que habían de ser más trascendentales acontecimientos para el resultado final de la guerra. Mientras los alemanes realizaban los ya señalados máximos esfuerzos en Africa y en Rusia, los anglosajones preparaban un ejército formidable para ser transportado en convoyes navales allí donde menos tal vez podía esperárseles. Venciendo o burlando la potencia submarina de los germanos, las tropas norteamericanas desembarcaban el 8 de noviembre de 1942 en Marruecos y en Argelia, donde sólo por fórmula se les resistieron algunas contadísimas guarniciones y donde inmediatamente se pusieron a su lado los elementos franceses de la Resistencia.

Este hecho determinó que las fuerzas alemanas ocuparan totalmente la zona todavía llamada *libre* de Francia y que, en unión de los italianos, saltasen sobre Córcega y Túnez. Los aliados, sin embargo, ocupaban a su vez Trípoli (23 de enero de 1943) y Túnez y Bizerta (7 de mayo). Cuatro días después los aliados consiguieron la rendición de los restos del ejército germano-italiano en Africa, quedando dueños y señores de toda la costa septentrional de dicho Continente.

¿Existió por entonces alguna gestión, más o menos oficiosa, de conversaciones para la paz por parte de Alemania? Es difícil saberlo, y por ello será más discreto continuar ateniéndonos a los hechos. Estos nos cuentan como Roosevelt y Churchill celebraron en Casablanca, el 14 de enero del año 1943, una nueva reunión para establecer el principio de «rendición incondicional» de las potencias enemigas como único medio posible de dar por terminada la guerra. Es significativo que a la reunión no asistiera Stalin. Pero de ella, sin duda, surgió el plan de la gran ofensiva aérea sobre Alemania. El 1.° de marzo se dio el primer ataque «de saturación» contra Berlín por



Altos jefes alemanes presentándose ante la tienda del mariscal Montgomery para la firma de la capitulación de parte de lo ejércitos alemanes (3 de mayo de 1945).

las aviaciones inglesa y norteamericana conjuntamente.

Por otra parte, la ocupación del Africa del Norte por los aliados debilitaba notablemente a Italia. La pérdida total del Imperio (Abisinia, Somalia, Eritrea y Libia), el desembarco de los aliados en Africa del Norte, las victorias de Montgomery, los bombardeos intensivos contra las ciudades italianas y algunos hechos de carácter político daban el golpe de gracia al escaso entusiasmo del pueblo italiano por esta guerra. El derrumbamiento fue rápido y total. El 11 y el 12 de junio las islas de Pantellaria y Lampedusa eran las primeras en capitular; el 10 de julio los aliados desembarcaban en Sicilia, hallando una mínima resistencia. Casi en seguida se producían en Roma decisivos acontecimientos políticos. Una tormentosa sesión del Gran Consejo Fascista celebrada en la tarde del 24 de julio daba por resultado que al día siguiente Mussolini presentase al Rey su dimisión, que le fue aceptada sin rodeos. Al salir de la audiencia Mussolini era detenido y el mariscal Badoglio fue encargado de formar Gobierno. El partido fascista quedaba automáticamente disuelto.

La fórmula precisa de «rendición incondicional» establecida en Casablanca por los aliados contribuyó a alargar las negociaciones secretas entabladas entre el mariscal Badoglio y el general norteamericano Eisenhower, invasor de Sicilia. El acuerdo entre Italia y las potencias democráticas desembocó, sin embargo, en el Armisticio firmado el 3 de septiembre y hecho público el 8; los alemanes, no obstante, llamándose todavía *aliados* de Italia, tomaron posiciones en la península, ocuparon lugares estratégicos, liberaron a Mussolini de su prisión en un hotel de los Apeninos y le ayudaron a constituir, en las zonas industriales de la Italia del Norte, una República Social Fascista, mediatizada por Hitler.

A partir de este momento se precipitaron los acontecimientos. La segunda mitad del año 1943 y la primavera del 1944 presenciaron lo que se ha llamado «asalto definitivo al castillo europeo» por parte de los aliados. Se reconoció al Comité de Liberación Nacional Francés, presidido por De Gaulle, como único representativo de Francia, y se concedió a la Italia del Sur el carácter de cobeligerante, después, naturalmente, de haber declarado el Gobierno de Víctor Manuel la guerra a Alemania. El 4 de junio de 1944 los ejércitos aliados entraron en Roma, al mando del mariscal Alexander. Víctor Manuel III dejó la corona, y su hijo y heredero, el príncipe Humberto, tomó el título de Lugarteniente General del Reino. En tanto, los rusos, que hacía tiempo que se habían lanzado a la ofensiva, derrotaron a los germanos, produciéndose el hundimiento general del frente del Este.

El día 6 de junio de 1944, tras una fabulosa preparación naval y aérea, en la que intervinieron once mil aparatos, un ejército anglo-norteamericano desembarcó en la costa de Normandía, entre la base de la península de Cherburgo y la ciudad de Caen. Dos días después los anglosajones entraron en Bayeux y el 27 en Cherburgo; columnas motorizadas y blindadas se lanzaron desde estos puntos contra las todavía numerosas fuerzas de ocupación de Francia. El rodillo ruso atacaba implacable a los alemanes por el Este, y el «castillo europeo» alemán se veía hundirse por todas partes.

No seguiremos paso a paso las incidencias de la guerra. Es indudable que aquella condición precisa de «rendición incondicional» prolongó todavía la lucha hasta la completa ocupación y aniquilación de Alemania. Mussolini fue asesinado cerca de la frontera suiza (abril de 1945) por una partida de guerrilleros; Hitler moría o desaparecía misteriosamente antes de darse por vencido. Alemania era un campo de ruinas, arrasada por el incesante bombardeo de los aviones ingleses y norteamericanos, cada día mayores, más eficaces y más numerosos. La aviación, que había empezado la guerra, fue la que realmente la terminó en Europa. Goebbels se suicidaba en la Cancillería y Himmler se quitaba igualmente la vida al ser capturado por los ingleses. Totalmente



Los primeros destacamentos rusos acampados en la Puerta de Brandeburgo, de Berlín.

destruido, Berlín se rendía a los rusos el 2 de mayo de 1945; Hamburgo caía al día siguiente en manos de los ingleses; diversos ejércitos alemanes rendíanse a los norteamericanos el día 4, mientras todas las fuerzas germanas de Holanda, noroeste de Alemania, Dinamarca, Heligoland e islas Frisonas se entregaban a los ingleses.

En la ciudad de Reims, antiguo lugar de la coronación de los reyes de Francia, se reconoció el 7 de mayo de 1945 la «rendición incondicional» de Alemania a los aliados, no precisamente en la histórica Catedral, sino en una pequeña escuela de ladrillo en que había instalado su Cuartel General el generalísimo Eisenhower. Unos diez millones de alemanes quedaban prisioneros. Todas las fuerzas aún no sometidas se entregaban a los vencedores en distintos puntos del teatro de la guerra. Esta había durado cinco años, ocho meses y seis días.

Quedaba todavía, sin embargo, por desollar el duro rabo del Japón: no era grano de anís, para los norteamericanos, la lucha en el Pacífico. En un principio todo había hecho prever que el Japón se resistiría con furor suicida y que se tendrían que conquistar las islas del Archipiélago pagando caro por cada palmo del suelo, como sucedió en la conquista de las islas del Pacífico y las Filipinas. Pero con dos bombas atómicas los norteamericanos destruyeron dos grandes ciudades (6 y 8 de agosto de 1945: Hiroshima y Nagasaki), y el Japón no tuvo más remedio que rendirse a discreción, como Alemania. Ello ocurría exactamente dos días después: el 10 de agosto de 1945. La capitulación *sin condiciones* fue firmada el 2 de septiembre a bordo del acorazado norteamericano *Missouri*, en aguas de la bahía de Tokio, recibiendo el general Mac Arthur las firmas de los delegados japoneses, representantes del Estado Mayor, del Gobierno y del Emperador..., que esta vez no juzgaron oportuno rematar con el *harakiri* la derrota, puesto que no les habían vencido los enemigos, sino aquellas extrañas sobrehumanas fuerzas de la energía atómica desencadenada.

Al terminar la guerra del 14 los aliados pidieron la extradición del Kaiser, refugiado en Holanda, y este país no la concedió. Esta vez se fue más lejos: se exigieron extradiciones y se juzgó a los vencidos como responsables de la guerra *(war criminals):* unos se suicidaron y otros fueron ajusticiados. Mussolini fue asesinado; Hitler desapareció; el rey de Italia y el príncipe heredero tuvieron que abandonar el país; el rey de Bélgica, que capituló con todo su ejército, no es ya rey; el mariscal Pétain, el heroico defensor de Verdún, murió nonagenario, recluido en una fortaleza de la isla de Yeu; el emperador del Japón es el único que permanece en su antiguo puesto.

Apenas terminada la guerra ya se hablaba de *la próxima*. En estas eliminatorias de naciones han quedado ya las dos finalistas:

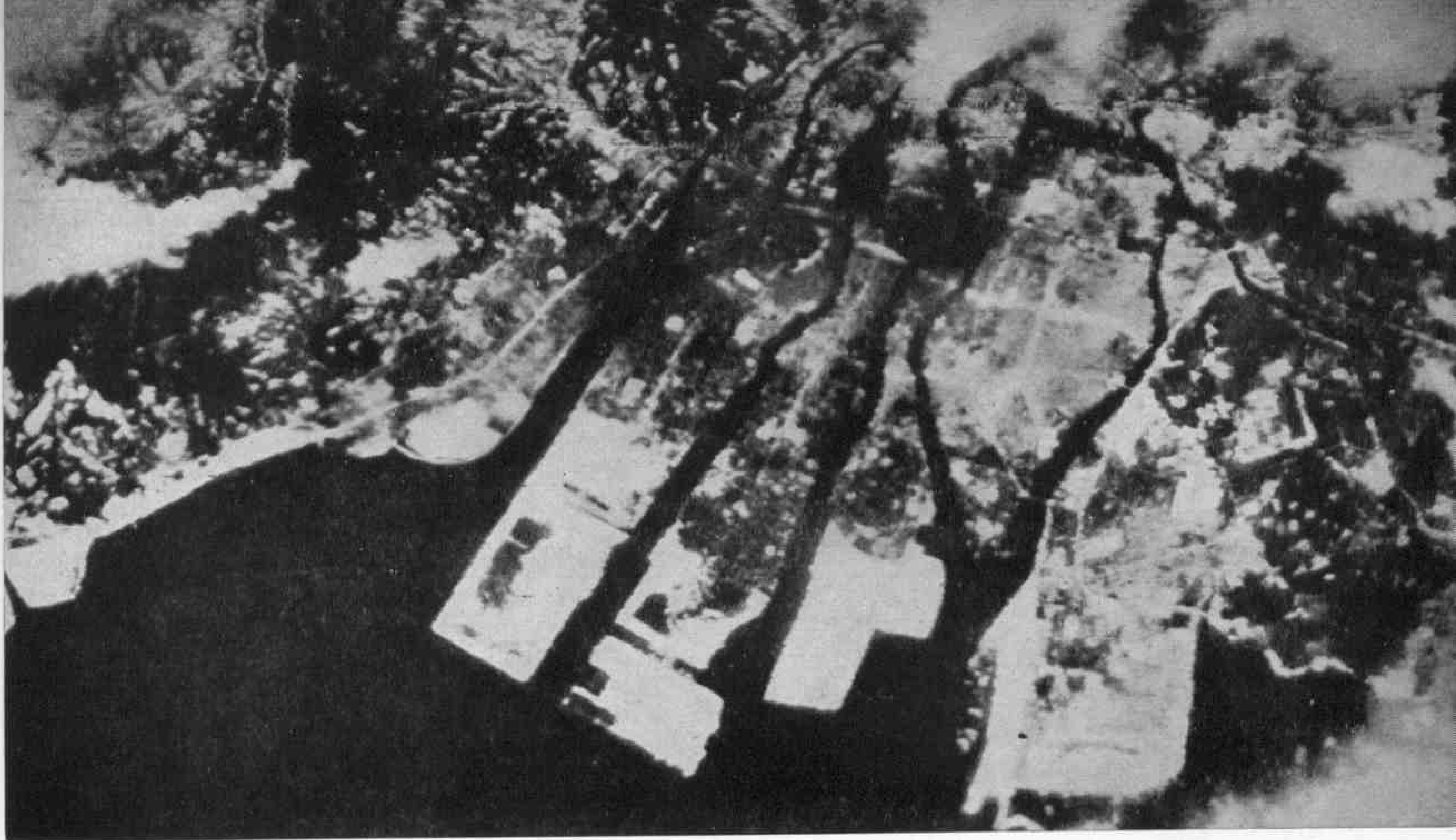


Fotografía de reconocimiento de Hiroshima antes de la explosión de la bomba atómica. Se perciben claramente los canales del delta del río Otagawa.

Norteamérica y la URSS, las cuales representan las dos ideologías que hoy imperan en el mundo. Parece que la partida está en pie y que se espera el momento oportuno para *la final,* con mayor o menor entusiasmo por los partidarios de ambos bandos. ¡Qué triste destino el de la Humanidad, en lucha continua consigo misma!

Pero no es éste un libro de carácter descriptivo destinado en especial a explicar hechos de armas, sino más bien orientado a consignar las consecuencias de las campañas y hasta sólo las de aquellas que por su magnitud cambiaron el proceso de evolución de la Humanidad. Por esto, más que acciones bélicas que están todavía presentes en la memoria, hemos de recordar los esfuerzos que se hicieron durante la guerra en los laboratorios y en las universidades con institutos oficiales de investigación. Para acelerar la victoria, se llevaron a cabo o se perfeccionaron grandes inventos por cada grupo de beligerantes. Algunos ya producen beneficios en tiempo de paz. Por ejemplo, el radar. Lo mismo sucede con el proyectil cohete, perfeccionado por los alemanes, que con descargas sucesivas llevaba una tonelada del más terrible explosivo a una distancia de cien kilómetros. Con aquellas bombas cohetes es muy probable que los alemanes hubieran podido destruir enteramente las ciudades británicas de haber perfeccionado su invento sólo unos meses antes, pero llegaron tarde. Hoy tenemos aeroplanos con motor de reacción que se mueven como los cohetes volantes en lugar de ir impulsados por el motor de explosión.

Otro gran paso ha sido la desintegración del átomo, poder adquirido para el bien o el mal de la Humanidad. Como la bomba cohete, la bomba atómica es el resultado final de años de preparación en varios países. El principio teórico en que se funda la explosión del átomo no tenía ningún se-



Primera fotografía obtenida después de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima. En una extensión de más de 7 kilómetros cuadrados la destrucción fue absoluta.

creto, pues se conocían sus inverosímiles consecuencias y se habían hecho experimentos en pequeña escala, pero lo que no se conocía, y no se conoce todavía más que por un grupo muy pequeño de sabios de cinco países, es la manera de aprovecharlo, de retenerlo y de descargarlo a voluntad. Para fabricar unas cuantas bombas atómicas, los Estados Unidos emplearon más de dos mil millones de dólares y tuvieron que construir una ciudad amurallada, donde, junto a las fábricas, hay teatros, escuelas, bancos e iglesias. Los que están allí encerrados no pueden salir sino con permisos muy especiales, y, por otra parte, cada uno de ellos conoce sólo uno de los innumerables y enigmáticos secretos de la producción.

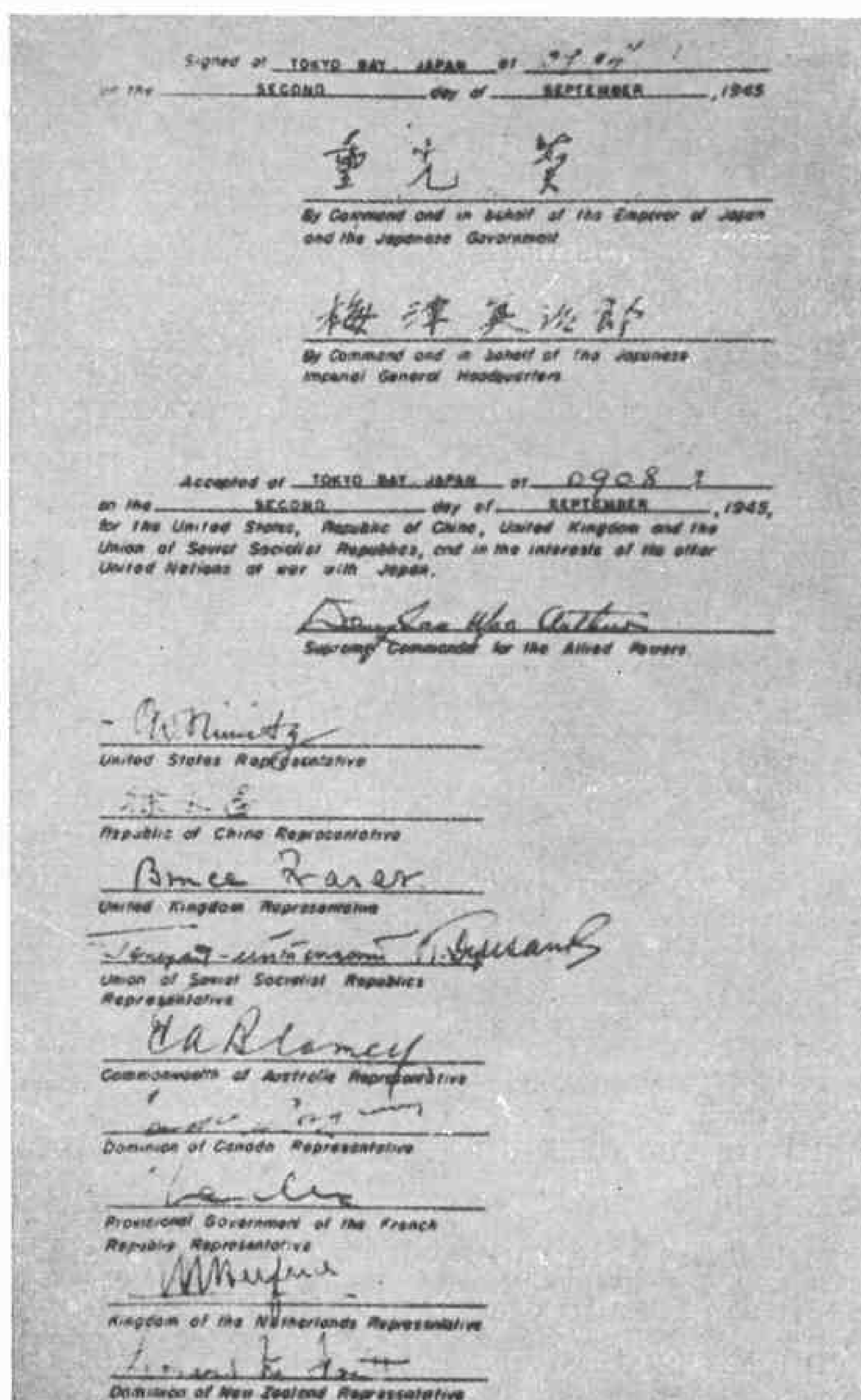
Se introdujeron infinidad de mejoras en artefactos y productos para la guerra. Se construyeron aviones gigantescos; algunos de ellos para ir acoplados: uno cargado con el combustible y el otro con los explosivos. Se empezaba a poder dirigir aviones sin tripulación, guiados por ondas hertzianas análogas a las que se usan para telegrafía sin hilos. Se fabricaron submarinos perfectos y en gran cantidad: podían llegar a los puntos más distantes del Globo; otros, enanos, cuya tripulación se reducía a uno o dos fanáticos, pudieron introducirse en bases navales protegidas por redes y boyas, y allí torpedear unidades enemigas.

Se mejoraron los mecanismos de los automóviles, y no hay que decir que se inventaron nuevos explosivos, nuevos tipos de bombas y cañones. Pero todavía se tuvieron que ganar muchos combates palmo a palmo, valiéndose de la infantería. El elemento hombre aún cuenta más que la máquina.

No se emplearon en esta terrorífica segunda Guerra Mundial gases asfixiantes ni bacterias, como se temía al principio de la contienda. Ambos contendientes estaban seguros de ser ellos víctimas de represalias del mismo género si empezaban aquella clase de ataque. Ambos estaban provistos de gases más terribles que los que usaron en la guerra pasada. Pero los laboratorios al servicio del ramo de guerra no sólo preparaban

los elementos para dañar al contrario, sino que trabajaban para encontrar métodos de evitar o disminuir las bajas producidas por las enfermedades y las heridas. Se descubrieron innumerables drogas para reducir al mínimo los casos de infección. Se generalizó el empleo de las sulfamidas, que cada soldado llevaba a dosis preparadas en la mochila, y con ellas se evitaron gran número de gangrenas. Y sobre todo se tenían siempre a mano, junto al campo de batalla, cantidades considerables de suero de sangre clasificado para inyectar a cada herido la cantidad y clase que convenía.

Indudablemente la Medicina y la Cirugía militares, tanto en su aspecto profiláctico o preventivo como en el terapéutico o curativo, han realizado también considerables progresos en esta última guerra, como los realizaron en la del 1914 y en todas las guerras anteriores. Hoy no se dan ya en las campañas aquellas terribles epidemias de tifoidea, gripe o paludismo, que antiguamente causaban más víctimas que los proyectiles, ni se ve tampoco ningún caso de tétanos ni de infección de las heridas. Se rehabilitan los mutilados por medio de prótesis admirables, se les dota de cierta capacidad para el trabajo, a fin de que no resulten pesadas cargas para la sociedad y puedan disimular sus lacras a los ojos de las gentes. Y todos estos adelantos de las ciencias médicas extienden luego sus beneficios a la práctica civil, minorando los accidentes del trabajo, los del tráfico, etc., y sus graves consecuencias.



Signed at TOKYO BAY, JAPAN at ______ on the SECOND day of SEPTEMBER, 1945

重光葵

By Command and in behalf of the Emperor of Japan and the Japanese Government

梅津美治郎

By Command and in behalf of the Japanese Imperial General Headquarters

Accepted at TOKYO BAY, JAPAN at 0908 I on the SECOND day of SEPTEMBER, 1945, for the United States, Republic of China, United Kingdom and the Union of Soviet Socialist Republics, and in the interests of the other United Nations at war with Japan.

Supreme Commander for the Allied Powers

United States Representative

Republic of China Representative

United Kingdom Representative

Union of Soviet Socialist Republics Representative

Commonwealth of Australia Representative

Dominion of Canada Representative

Provisional Government of the French Republic Representative

Kingdom of the Netherlands Representative

Dominion of New Zealand Representative

Firma del tratado de rendición del Japón.



Submarino atómico norteamericano «Nautilus».

18 FRONTERAS DE LA CIENCIA CONTEMPORANEA

A fines del siglo XIX la ciencia parecía haber llegado a un punto desde el cual no se podía avanzar más; se había conseguido establecer una amplia síntesis que abarcaba el universo entero y no se creía que nadie ni nada fuera capaz de alterarla. Así, la tabla periódica de Mendeleiev encasillaba los elementos de manera inamovible y las leyes establecidas por la física procuraban soluciones para todos los problemas debido a lo que se consideraba su comprobada solidez.

Mas esa visión idílica duró poco. En dos o tres embates, aquella ciencia se hundió. Muchas de las ideas que se consideraban fundamentales se han tambaleado. Ahora bien, el hombre no se arredró por ello, y actualmente ha levantado otro sistema sobre unas bases diferentes por completo. Sin embargo, el hombre de hoy no se siente tan seguro de su ciencia como el del siglo XIX y está convencido de que trabaja sobre hipótesis; de ahí su desasosiego y dolor actuales: las neurosis y la angustia vital... Y es que quizá la muerte de la ciencia del siglo pasado haya dado nacimiento, no a otra ciencia, sino a otra civilización nueva, cuyos primeros vagidos se perciben a través de las dos artes que requieren mayor sensibilidad espiritual: la pintura y la música.

Quizás el campo donde el avance de la ciencia haya sido más importante y al mismo tiempo de trascendentales consecuencias sea el de lo infinitamente pequeño. Desde los griegos Leucipo y Demócrito se venía creyendo que los cuerpos del Universo estaban formados por átomos (que quiere decir indivisible), los cuales eran las últimas partículas en que se puede dividir la materia. Newton concretó esta idea diciendo que «Dios había formado la materia de partículas sólidas, macizas, duras e impenetrables, que ni se gastaban ni se podían dividir». A principios del siglo XIX, Dalton

precisó que el átomo es cien veces más pequeño que lo que se puede ver con ayuda del más poderoso microscopio. Se necesitaba, según el propio Dalton, 10^{18}, o sea un trillón de átomos de hidrógeno, para llegar a obtener el peso de un gramo. ¡Quién hubiera sido capaz de imaginar nada menor!

Consecuentes con este principio, los químicos del siglo XIX sostuvieron que era la menor porción de materia que intervenía en las reacciones químicas; pero como ciertos fenómenos no se explicaban por las propiedades atribuidas a aquellos átomos, nuevos investigadores se dedicaron a analizar la estructura íntima de éstos. Quizá convenga recordar que ya Aristóteles había argumentado a los atomistas de su tiempo que no comprendía por qué se había de admitir que los cuerpos grandes podían dividirse y los átomos no. Y, efectivamente, las investigaciones dieron la razón a Aristóteles: el átomo está compuesto de partes, un núcleo central, con carga eléctrica positiva, y una corteza eléctrica negativa (pues los átomos son neutros), constituida por los electrones.

Estudiemos cada una de estas partículas, empezando por los electrones. Thomson, a finales del siglo pasado, analizando la acción del paso de una corriente eléctrica de gran potencial por un tubo que contiene una minimísima cantidad de gas enrarecido (la que puede quedar en él al hacer el vacío), en el cual se forma una nube luminosa alrededor del polo negativo, sentó que aquella nube era algo que se desprendía de los átomos por la acción de la electricidad, y ese algo eran fragmentos de átomos, a los que denominó electrones. En 1911 Rutherford estableció un modelo de átomo planetario, con el núcleo en el centro y los electrones a su alrededor, en órbitas como las del sistema solar. La última capa de electrones determinaba la valencia: si en ella existen 8 electrones, la valencia es neutra, como en el caso de los gases nobles; si existen 1 ó 7, el átomo tiene una valencia positiva o negativa, etc. Bohr (1913) enunció que los electrones están en órbitas espaciadas



W. C. Röntgen.

según las leyes cuánticas; más tarde se añadió (Sommerfeld, 1916) que esas órbitas eran elípticas y que se trasladan lentamente alrededor del núcleo. Uhlenbeck y Gouldsmith suponen que el electrón está animado de un movimiento de rotación sobre sí mismo, llamado *espín,* el cual puede ser positivo o negativo según el sentido del giro. Pauli sentó que en cada órbita no gira más que un electrón, y Broglie (1923) afirmó que el electrón era un corpúsculo asociado a una onda. En realidad, parece que la mejor definición del electrón es la de Einstein: *una discontinuidad del campo electromagnético que se mueve,* y no debe considerarse propiamente como materia ni como energía, puesto que es la materia misma y la misma energía.

Por lo que respecta al núcleo, digamos que hoy consta que son más de 30 las partículas que lo componen, casi todas muy

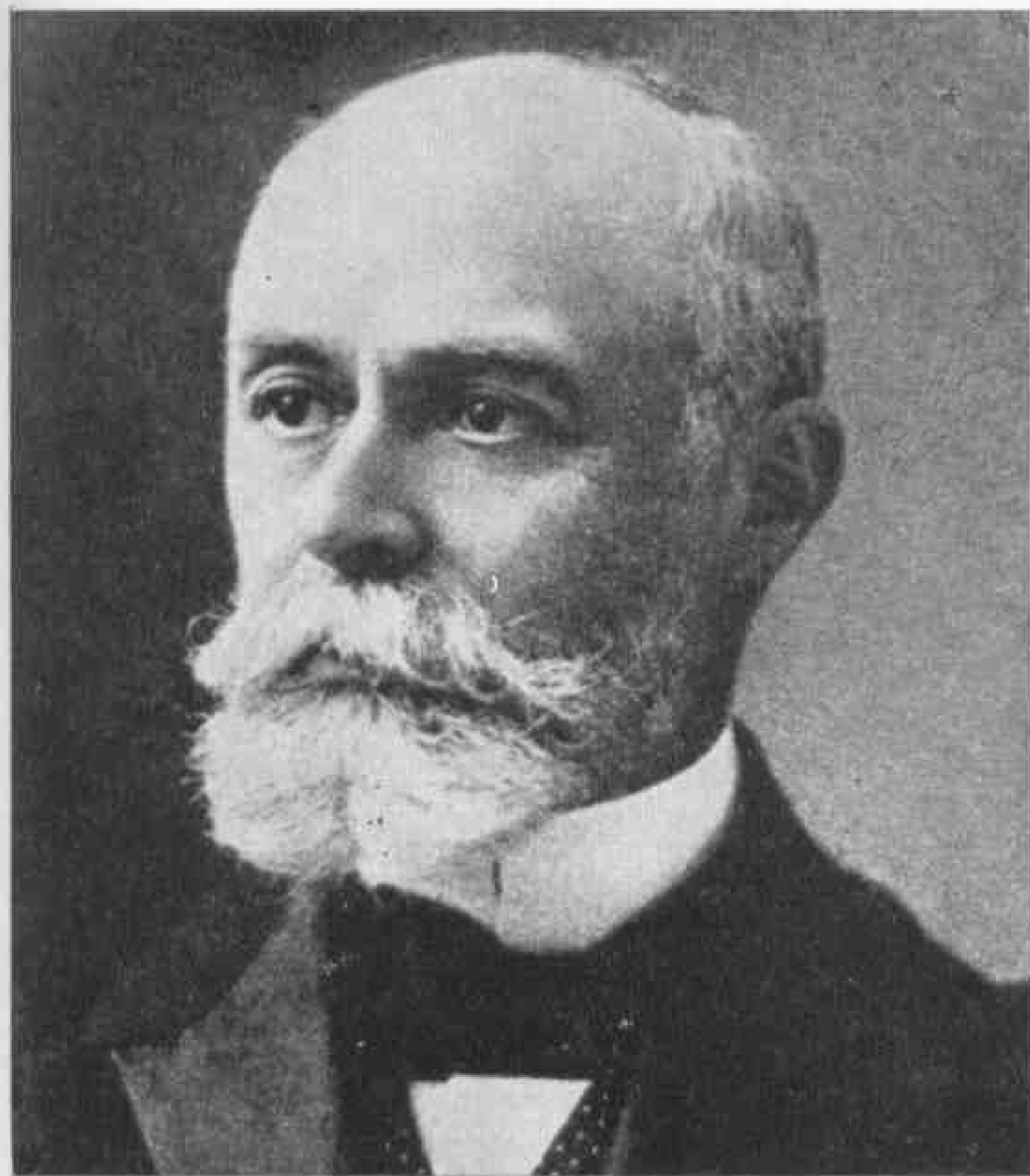
inestables. Las que gozan de mayor estabilidad son los protones y los neutrones. Estando los electrones cargados de electricidad negativa, fue preciso imaginar, para explicar el estado de equilibrio del átomo, la existencia de otras partículas cargadas de electricidad positiva; a éstas, ya antes de descubrirlas, se las llamó protones. El protón es, pues, una partícula con carga eléctrica positiva y peso 1.850 veces superior al del electrón. Los neutrones parecen ser un 0,14 por 100 más pesados que los protones, pero son indiferentes en cuanto a carga, por lo cual se suponen formados por la unión de un protón y un electrón.

Pero no se han detenido aquí los hallazgos, sino que en 1932 se descubrió el electrón positivo, y en 1955, ahondando más estos estudios, en el laboratorio de Berkeley han encontrado también el protón negativo, y Cork y sus colaboradores, en 1956, el antineutrón, que se consideran como antimateria y son inestables en nuestro Universo.

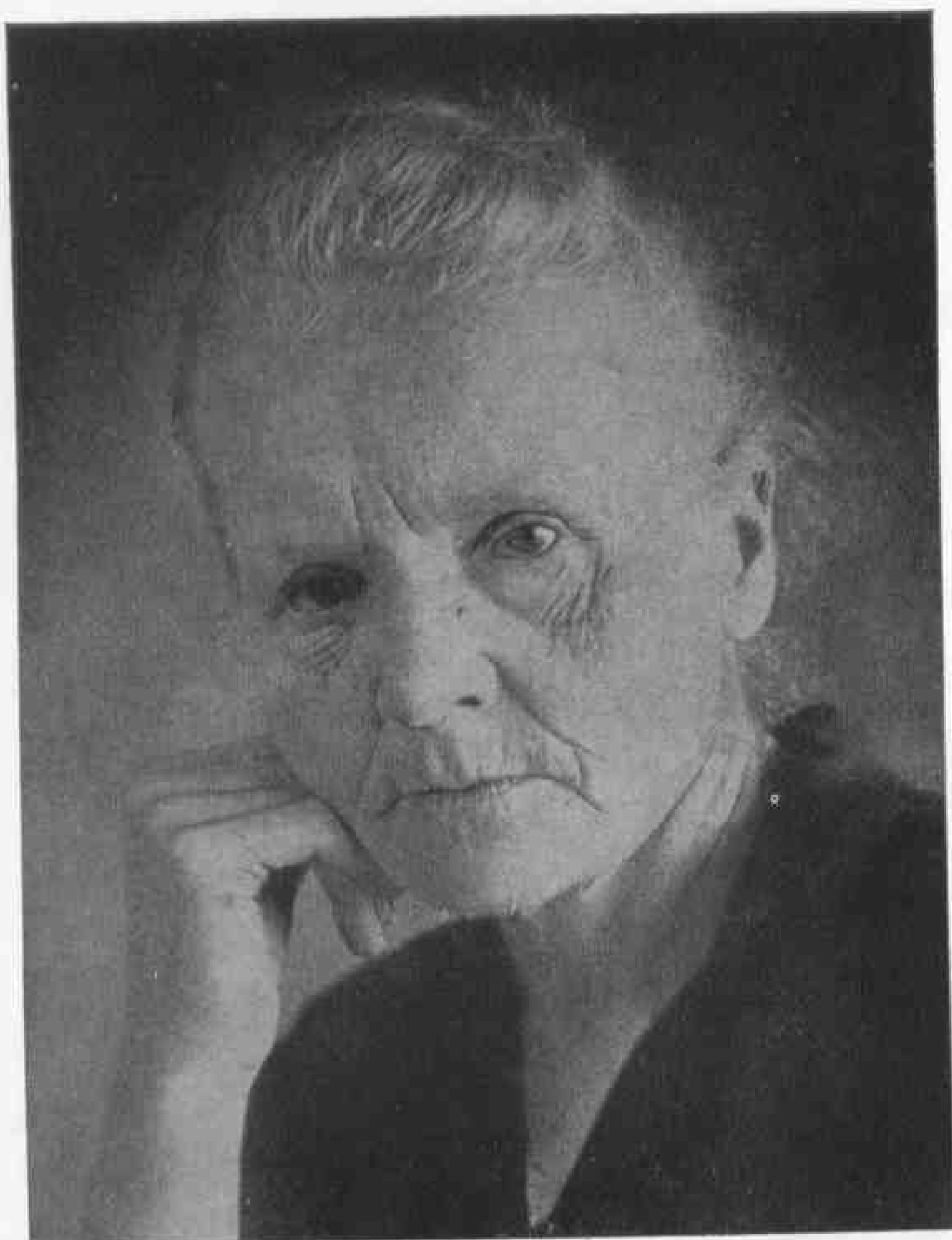
Los cuerpos simples están formados por estos átomos, los cuales varían en complicación. El más sencillo es el de hidrógeno, cuyo átomo tiene un protón y un electrón; el segundo es el helio, con un protón y dos electrones..., el oxígeno tiene ya un protón y ocho electrones... y así aumentan hasta, por ejemplo, el radio y el uranio, con 88 y 92 electrones.

Ahora bien, los esfuerzos para averiguar las estructuras atómicas iban encaminados, además de a procurar la satisfacción del conocimiento, a la utilización de la enorme cantidad de energía que encierra el átomo. Pero antes de continuar la exposición de estos hechos, bueno será que retrocedamos un tanto en el tiempo y expliquemos dos descubrimientos cuyos resultados se imbrican con la teoría atómica.

Un poco antes de que se descubriera el electrón, Röntgen, físico alemán, manejando un tubo de Crookes notó que la luz fluorescente que se veía en el polo negativo del tubo tenía que ir acompañada de algo que atravesaba cuerpos opacos, porque una placa fotográfica se impresionaba aun dentro de su chasis cerrado. En otros términos: al ser atravesado por una corriente eléctrica, un tubo con gas enrarecido emitía, además de los rayos de luz que impresionaban nuestra vista, otros rayos que Röntgen llamó *rayos X*, porque desconocía su naturaleza, los cuales eran invisibles para nuestra retina, pero impresionaban la placa fotográfica. No todos los cuerpos eran igualmente permeables a los rayos X; he aquí el orden de permeabilidad decreciente de los cuerpos expuestos a estos rayos: agua, hueso, marfil, vidrio, sal común, azufre, hierro, latón, mercurio, plomo, platino... Ya se comprende, pues, que de este descubrimiento se aprovechara inmediatamente la medicina. El mismo Röntgen observó que cubriendo una placa de madera con una pasta de platino-cianuro de bario, ésta se ponía fluorescente al exponerla a los rayos X, y que al interponer entre el tubo emisor y la tabla de cianuro un metal o un hueso, se veía su sombra en la substancia fluorescente. Es decir, que no sólo podíamos fotogra-



H. Becquerel.



María Sklodowska (Mme. Curie).

fiar un esqueleto, sino verlo proyectado en la pantalla de platino-cianuro.

El descubrimiento de los rayos X fue coronado por el del radio. Becquerel (1852-1908), que se dedicaba a estudiar las substancias fluorescentes, quiso ensayar si la luz de estas substancias impresionaba las placas fotográficas. Colocó para ello una placa sensible dentro de un sobre de papel negro algo grueso y aplicó encima el mineral de sulfato de uranio, que tiene propiedades fluorescentes. Entre el paquete con la placa fotográfica y el sulfato de uranio interpuso una moneda de plata. Al cabo de cuatro días la placa estaba impresionada con la sombra de la moneda. La consecuencia que dedujo fue que, en efecto, los cuerpos fluorescentes no sólo devolvían la luz que habían almacenado expuestos al sol, sino que *se disolvían,* emitiendo una luz invisible que atravesaba el papel negro.

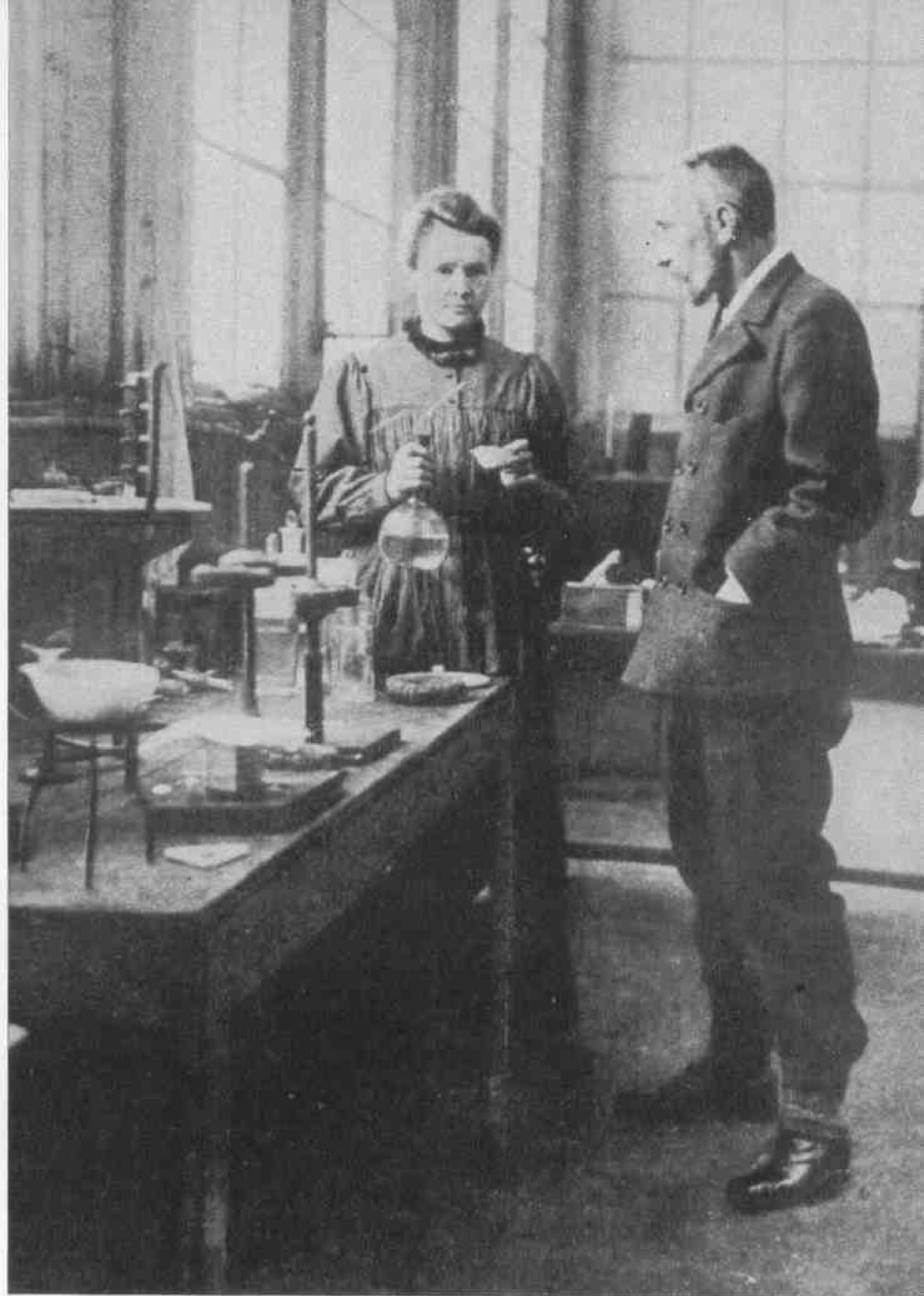
Becquerel repitió el experimento con otras substancias fosforescentes, y el efecto parecía proporcional a la cantidad de uranio que contenían. La primera idea que asaltó a Becquerel fue que los fenómenos de radiación que revelaban aquellos minerales eran debidos únicamente a la presencia del uranio, entonces el único que producía la emisión de los rayos invisibles. Pero un mineral procedente del norte de Bohemia, que por cierto no tenía mucho uranio, producía efectos muy superiores a los que de él podían esperarse dada su composición. Becquerel supuso en seguida que había allí otro cuerpo más activo que el uranio para esta clase de fenómenos, y propuso el problema de su descubrimiento a una señora polaca que estudiaba en la Sorbona: María Sklodowska, casada con un profesor de Instituto, Pedro Curie. Durante dos años, de 1896 a 1898, Curie y su esposa lucharon de la manera más tenaz y en medio de la mayor pobreza para extraer del mineral que se resistía a cederla la diminuta cantidad del nuevo elemento que buscaban. Le llamaron *radio* porque irradiaba luz en la obscuridad y no necesitaba del estímulo de los rayos solares para después devolver luz como hacían los cuerpos fluorescentes. No; el radio brillaba mágicamente con luz propia sin consumirse, despedía calor sin quemarse y actuaba a distancia con efectos muy superiores a los de los rayos X. Aunque al principio pareció algo fantástico, se le catalogó como *Ra* y se le incluyó con el número 88 en la serie periódica de los elementos o cuerpos simples.

Pronto Rutherford y Soddy explicaron que las rarezas del radio eran debidas a que sus átomos se iban desintegrando espontáneamente, y al deshacerse emitían, además de luz, electrones y rayos X, otros rayos peculiares del radio que se llamaron rayos *gamma.* Es decir, que si es razonable que al protón del hidrógeno haya de serle fácil mantener sujeto su único electrón, los últimos elementos de la serie periódica (el radio, el torio y el uranio), que poseen muchísimos electrones, habrán de ser inestables.

Al desprender electrones, estos cuerpos cambiarán de naturaleza; así, por ejemplo, se ha calculado que un gramo de radio,

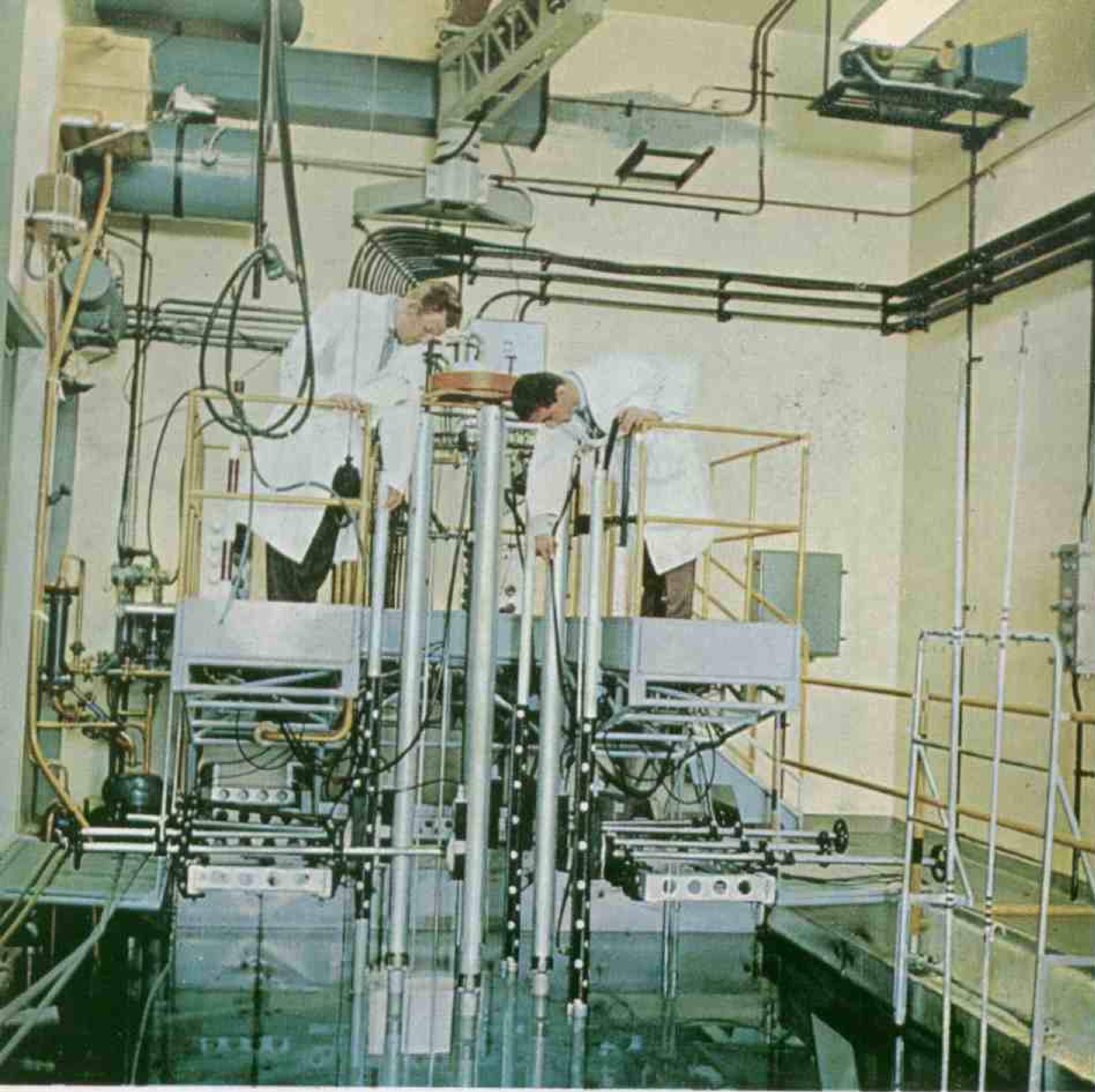
automáticamente, perdiendo electrones, se transformará al cabo de dos mil años en un gramo de plomo. Pero durante este tiempo, los rayos emitidos por aquel gramo de radio podrían destruir los ejércitos de todas las naciones del mundo y podrían curar millones de víctimas de cáncer incipiente. ¿Qué son, pues, estos rayos fatales, mortíferos, pero también beneficiosos cuando se administran apropiadamente? He aquí la explicación moderna: Recuerde el lector la teoría del espectro de la luz: al atravesar un haz de rayos luminosos un prisma de vidrio se descomponía en rayos rojos, anaranjados, amarillos, verdes, azules, añiles y violados... Todos ellos son visibles, todos se acompañan de calor y producen efectos químicos, como, por ejemplo, la descomposición del nitrato de plata en la placa fotográfica. Así que se descubrieron los rayos invisibles, tanto los emitidos por tubos con gas enrarecido como los emitidos por el radio, se pensó que acaso estarían también contenidos en el haz de luz solar y que se hallarían en la región obscura más allá del color violado del espectro. Y efectivamente, una placa fotográfica colocada en el lugar ya en tinieblas que sigue al violeta se impresiona, un termómetro marca aumento de temperatura... y el haz de rayos invisibles (o lo que fuere) se refleja, como se refleja el haz de rayos luminosos en un espejo. Para explicar su invisibilidad nos valemos de la comparación de la luz con el sonido. De la misma manera que un sonido demasiado agudo no se oye, también hay rayos de luz cuyas ondas de propagación son tan cortas que no impresionan nuestra retina. Estos son los denominados rayos alfa, rayos beta y rayos gamma: los primeros son los que Röntgen designó con el nombre de rayos X; los rayos beta son los que emiten los electrones al disociarse el átomo, y los rayos gamma son exclusivos del radio y unas cuatro mil veces más penetrantes que los alfa.

Una vez llegados a este punto, se comprende que la misma descomposición que naturalmente se efectúa en el radio se podría obtener en otros átomos si se consiguiera romper su núcleo, y así podría ser una realidad el sueño de la alquimia y aprovecharse la energía que se liberara al realizar esta operación.



Los esposos Curie en su laboratorio.

Para ello se han sometido los núcleos atómicos al bombardeo de diversos proyectiles infraatómicos cuya energía sea suficiente para penetrar en el interior nuclear y hacer variar el número y clase de partículas que lo forman por escisión, captación y emisión de las mismas; con ello se producen unas transformaciones que proporcionan núcleos más ligeros que aquellos de que se ha partido. También se consigue la fusión de los núcleos ligeros para dar núcleos atómicos más pesados sometiendo los primeros a elevadísimas temperaturas.



Reactor «Ispra 2», instalado en Ispra (Italia) por la C. N. R. N.

La primera operación, que en un principio fue muy difícil, se consiguió finalmente utilizando las partículas existentes en el interior de los núcleos atómicos y denominadas *neutrones,* compuestas de un protón y un electrón, a semejanza del átomo de hidrógeno, pero unidas íntimamente entre sí formando un corpúsculo eléctricamente neutro. Al lanzar un chorro de neutrones contra los núcleos de los elementos químicos de peso atómico elevado se produce la escisión de los mismos, liberándose nuevas cantidades de neutrones que a su vez destruyen otros núcleos, y así sucesivamente, lo que da lugar a la llamada *reacción en cadena* que progresa en forma multiplicativa, hasta disgregar en breves segundos los diversos átomos de la substancia, con liberación de la energía interna que contiene. Esto quiere decir que al destruirse la materia se crea energía.

Cada rotura de un átomo de elemento desintegrable, como por ejemplo del uranio, pone en libertad una cantidad de energía, en forma cinética, evaluada en 7.520 millones de electrón-voltios. Se tendrá una idea de cómo puede liberarse tan extraordinaria cantidad de energía si se considera que la velocidad de los electrones alrededor de un núcleo atómico excede de los 200.000 kilómetros por segundo. Como el número de átomos contenido en un solo gramo de materia es del orden de los trillones, la energía liberada al desquiciarse el átomo y ponerse en libertad sus elementos constitutivos es fenomenal.

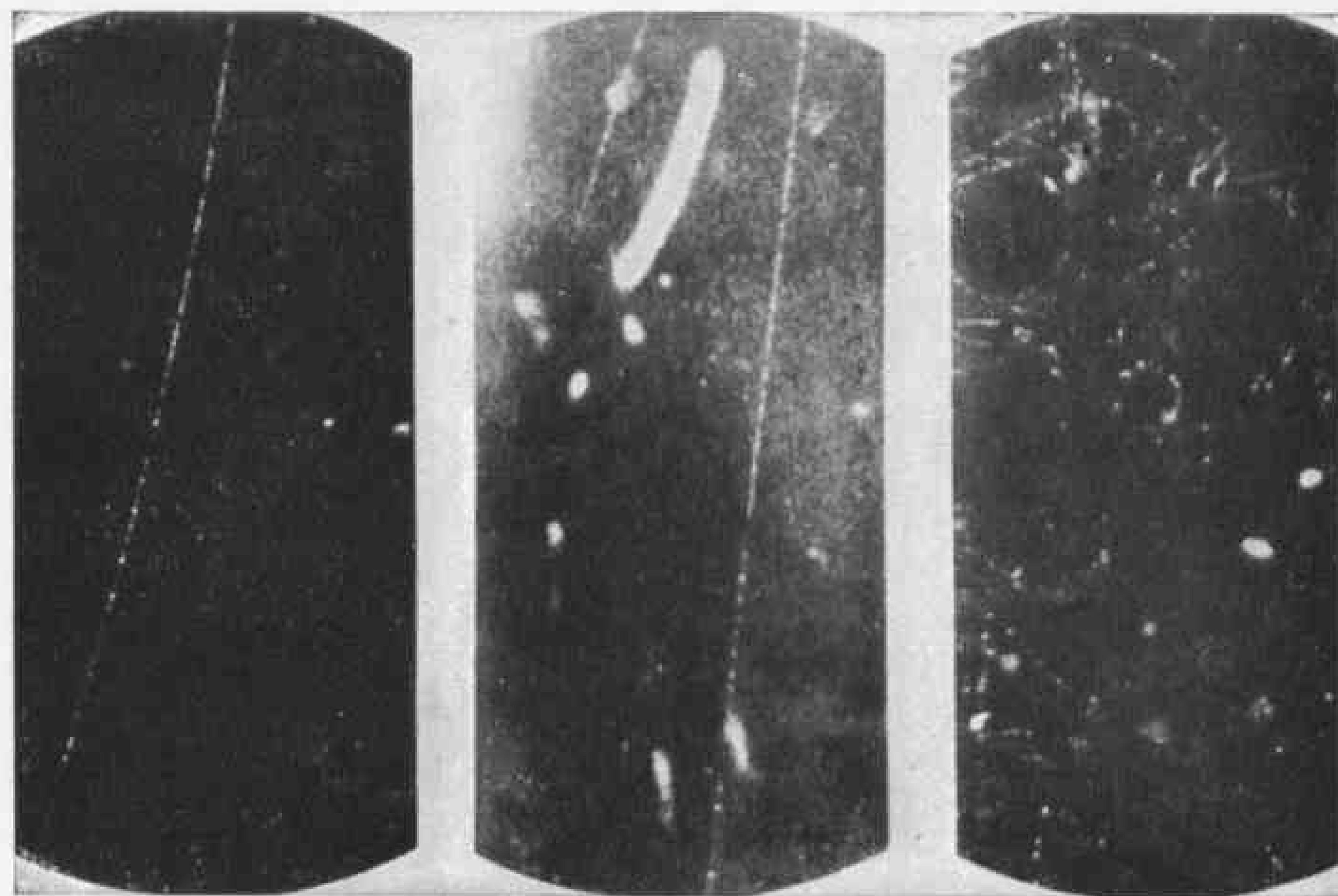
Para conseguir la energía y aceleración suficientes de las partículas con el fin de romper el núcleo atómico se han construido unos aparatos especiales denominados aceleradores de partículas atómicas. Los principales de ellos son: el *ciclotrón,* que permite obtener energías superiores a los 100 millones de electrón-voltios; los *beta-*

trones, que alcanzan los 1.000 millones, y el *sincrotón,* que logra acelerar partículas al 99,94 por 100 de la velocidad de la luz.

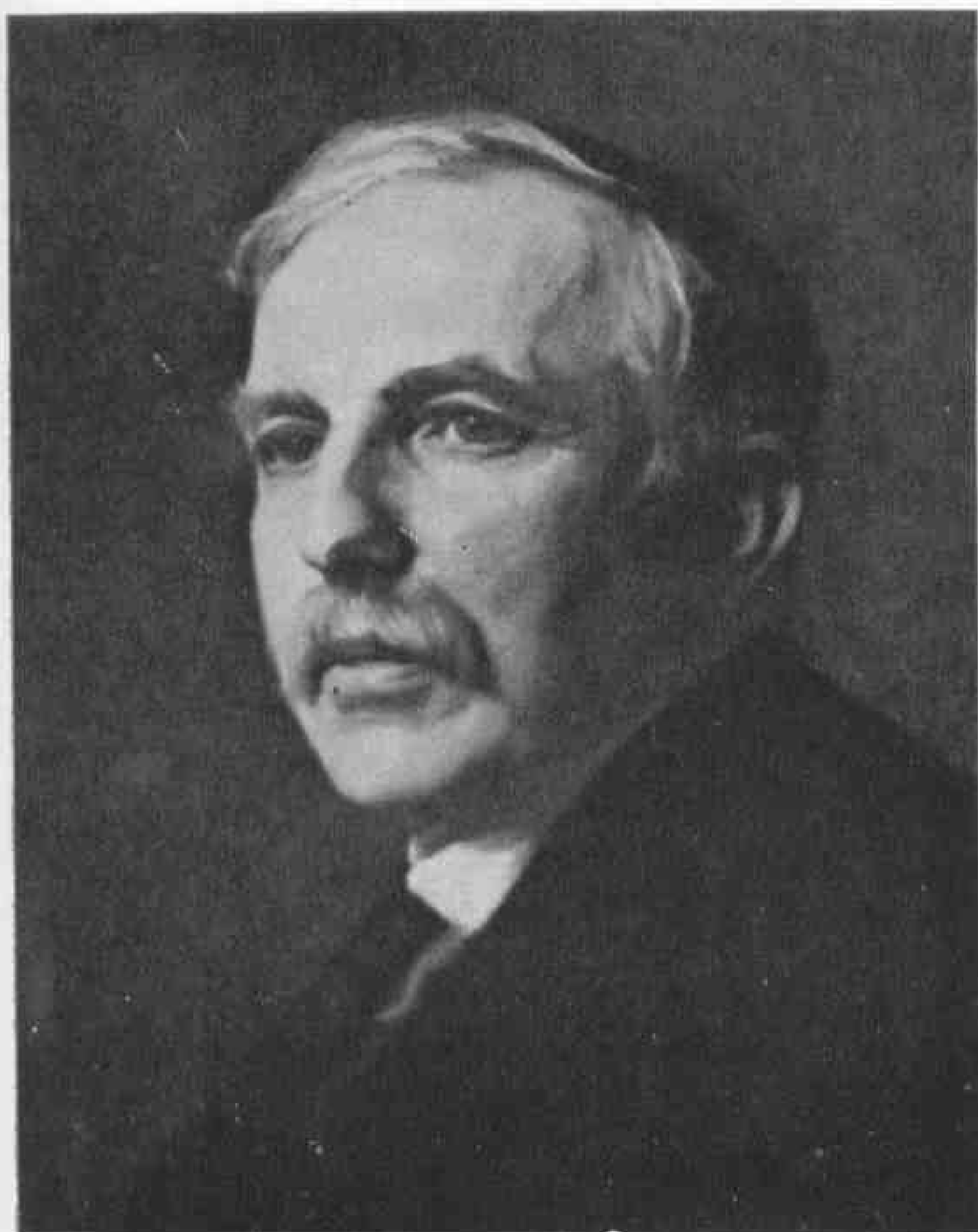
Pero todo esto no ha quedado en estudios experimentales, sino que se ha pasado inmediatamente a la utilización de la energía almacenada en los núcleos atómicos.

Dejando aparte la bomba atómica, de efectos puramente destructivos, el primer paso para ello fue la construcción de la pila atómica, la cual en resumen es un artificio destinado a frenar y revisar la reacción en cadena provocada por el bombardeo de un núcleo atómico; al reducirse la velocidad de la reacción, la energía atómica desarrollada puede aprovecharse en forma de calor, recogido del refrigerante que rodea el aparato donde se verifica la reacción.

La navegación ha sido la primera en beneficiarse de la aplicación de la energía atómica. El motor propulsor consiste, como en la pila atómica, en un reactor en el cual se aprovecha el calor transmitido al agua de refrigeración al producirse la reacción atómica; este calor vaporiza el agua contenida en un segundo circuito y el vapor que así se origina mueve las turbinas. El submarino norteamericano *Nautilus* y el rompehielos ruso *Lenin* son los prototipos de los buques de la era atómica. Sistema parecido es el empleado en las centrales de producción de energía eléctrica, las primeras de las cuales han sido la de Calder Hall, en Gran Bretaña, y la de Shippingport, en Estados Unidos. Mayores dificultades se encuentran para la consecución de un motor atómico adaptable a la aviación, pero se abrigan fundadas esperanzas de que su realización será un hecho inmediato.



Rastros de los elementos del átomo al ser éste bombardeado por fuertes corrientes eléctricas por Thomson y Rutherford.



Lord Rutherford.

En resumen, el hombre está en posesión de una fuerza de poder de destrucción aterrador, pero que se dispone a utilizar para el bien y cuyas posibilidades son inmensas y no ha hecho más que entrever.

Esto en cuanto se refiere a la física nuclear, o física que trata del estudio de las diversas fuerzas que mantienen unidas las partículas de un núcleo atómico. Pero, ¿qué ha sucedido en la física no atómica, la que podríamos llamar clásica?

Aquí también los resultados conseguidos son extraordinarios. Dejando aparte otras realizaciones (de que trataremos más ade-

lante), lo más notable ha sido el establecimiento por Einstein de una teoría que ha revolucionado los conceptos de la física clásica: la de la relatividad. En ella se niegan una serie de principios que se habían considerado como básicos y se sienta una concepción completamente nueva del Universo. Desprovistas de fórmulas, lo cual es muy difícil, las teorías de Einstein pueden resumirse así: 1.º *La luz es una constante universal* y al mismo tiempo velocidad límite, es decir, que es independiente de la velocidad del emisor y del medio por el que se propaga. 2.º *El tiempo y el espacio son relativos.* Puesto que la velocidad depende del espacio y del tiempo ($v=\frac{e}{t}$), en un sistema que pase del reposo al movimiento al ser constante la velocidad forzosamente tienen que variar las magnitudes que miden el tiempo y el espacio: si una de ellas se acorta, la otra se alarga (un proyectil de 10 metros de longitud a 100.000 kilómetros por segundo se acortaría un metro y el reloj del piloto se atrasaría 6,66 minutos por cada hora terrestre); en otras palabras: en todo campo gravitatorio existe un tiempo local que depende de la velocidad del punto que se considere, tiempo que es diferente del que existe fuera de ese campo gravitatorio; el espacio en sí no tiene forma y su forma y medida quedan definidas en cada caso por la situación de las masas contenidas en él. 3.º *Relatividad de la masa.* Cuando un cuerpo está animado de movimiento, en virtud de la fórmula $M=\frac{F\,t}{v}$ la masa aumentará cuando aumenten el tiempo o la velocidad. 4.º *Equivalencia de masa y energía.* Como al aumentar la masa aumenta la energía cinética que posee todo cuerpo en movimiento, y a la inversa sucede al decrecer, puede decirse que las variaciones de masa y energía son dos manifestaciones inseparables e intertransformables en que se presenta la materia. Por lo tanto, la materia puede considerarse como una forma condensada de energía y la energía como una forma diluida de la materia. La fórmula que relaciona este concepto es la célebre $E=m.c^2$ (energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz), que en realidad es el punto de partida del desarrollo posterior de la energía atómica.

Casi todas estas teorías han tenido confirmación experimental en el estudio de los componentes del átomo; sin embargo, últimamente parece poder afirmarse que la velocidad de la luz no es constante. De todos modos, la relatividad debe tomarse como una teoría que ha solucionado muchos problemas que carecían de él considerados por la física clásica, la cual pasa a ser un caso particular de la relatividad.

Ahora, ya en posesión de las teorías de la irradiación, del átomo y de la relatividad, estamos en condiciones de pasar a lo



Rompehielos atómico ruso «Lenin».

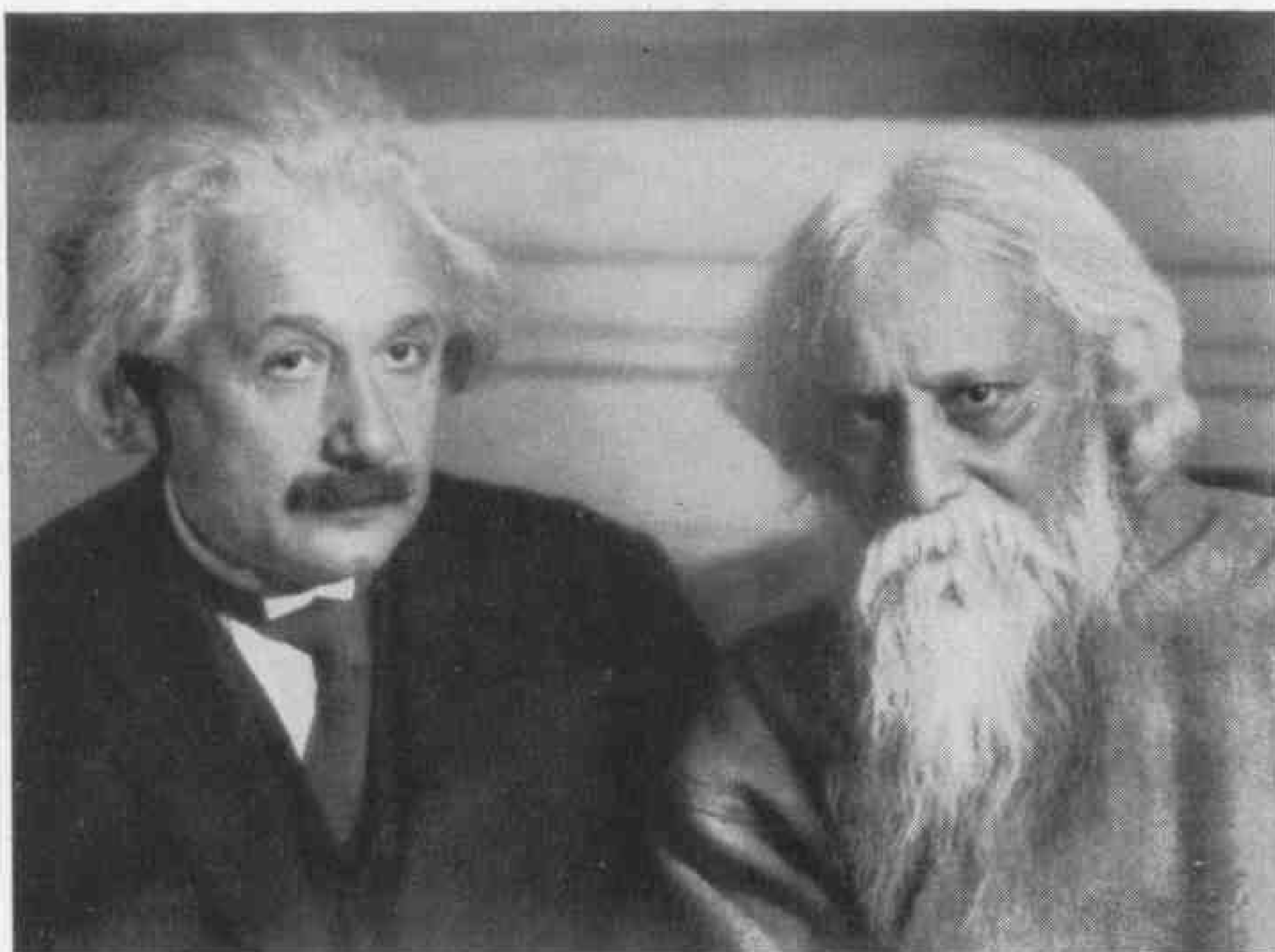


El buque atómico norteamericano «Savannah» en el puerto de Barcelona.

infinitamente grande. En las ciencias astronómicas se han hecho progresos considerables, pero por haber tratado de casi todos ellos en el tomo primero de esta obra no los repetiremos aquí. Sí daremos, en cambio, unas cuantas ideas acerca de las teorías cosmogónicas y cosmológicas actuales. La consecuencia que puede deducirse de todas ellas es la de que siempre llegamos al problema del primer motor, por lo menos hasta el momento presente; en efecto, se sabe que las estrellas producen los elementos partiendo del átomo de hidrógeno, el cual podría proceder de la desintegración de los neutrones. Esto implica la creación del universo en unos segundos, pues la radiactividad de los neutrones es de tipo rápido.

Pero también podría producirse el átomo de hidrógeno por la materialización de los rayos gamma de energía superior a los 2.000 millones de electrón-voltios, produciéndose así protones positivos y negativos (estos últimos inestables). Como se ve, en ambas hipótesis habría que explicar la presencia inicial de neutrones y rayos gamma.

Por otra parte, la desviación de las rayas del espectro de los astros hacia el rojo parece indicar que la fuente de donde nos llega su luz se separa de nosotros. De aquí que exista otra teoría según la cual hace unos 5.000 millones de años una explosión fenomenal proyectó en el espacio nebulosas y constelaciones que continúan aún alejándose de nosotros.



Einstein y Rabindranath Tagore. Testimonio de la tendencia a la humanización de los grupos sociales.

Ambas teorías postulan, por otra parte, una creación terminada (producción de los átomos a partir del hidrógeno) o una creación no terminada, que continúa (rayos gamma).

¿Y cómo es el universo en que estamos inmersos? Según Einstein, el espacio ha de ser curvo y finito, pues la luz se incurva al pasar junto a grandes masas y es atraída por la materia y vuelve a su punto de origen.

Así, pues, dos teorías parecen prevalecer en la actualidad: la del espacio finito y la del estallido inicial, en la que las galaxias van separándose y aumentando de velocidad hasta rebasar la de la luz (velocidad límite), momento en el cual pasan a un no ser inconcebible por nuestra mente en el que son posibles los imposibles de este mundo nuestro, y a la inversa. De la primera teoría, Einstein, su autor, no estaba muy seguro en sus últimos tiempos. La segunda, en cambio, parece hallar confirmación en el descubrimiento de la antimateria, o sea el electrón con carga positiva y el antiprotón y antineutrón, que se transforman en energía al chocar con un electrón normal. ¿Existe, pues, otro universo en el cual el protón negativo es el motor inicial? Un encuentro de tal universo con el nuestro provocaría un cataclismo inimaginable en el cual todo lo existente se convertiría en energía radiante y después en protones y antiprotones.

Abandonando ahora el campo de los infinitamente grandes y pequeños, pasemos a exponer otros descubrimientos realizados en la física práctica, que son también de trascendental importancia.

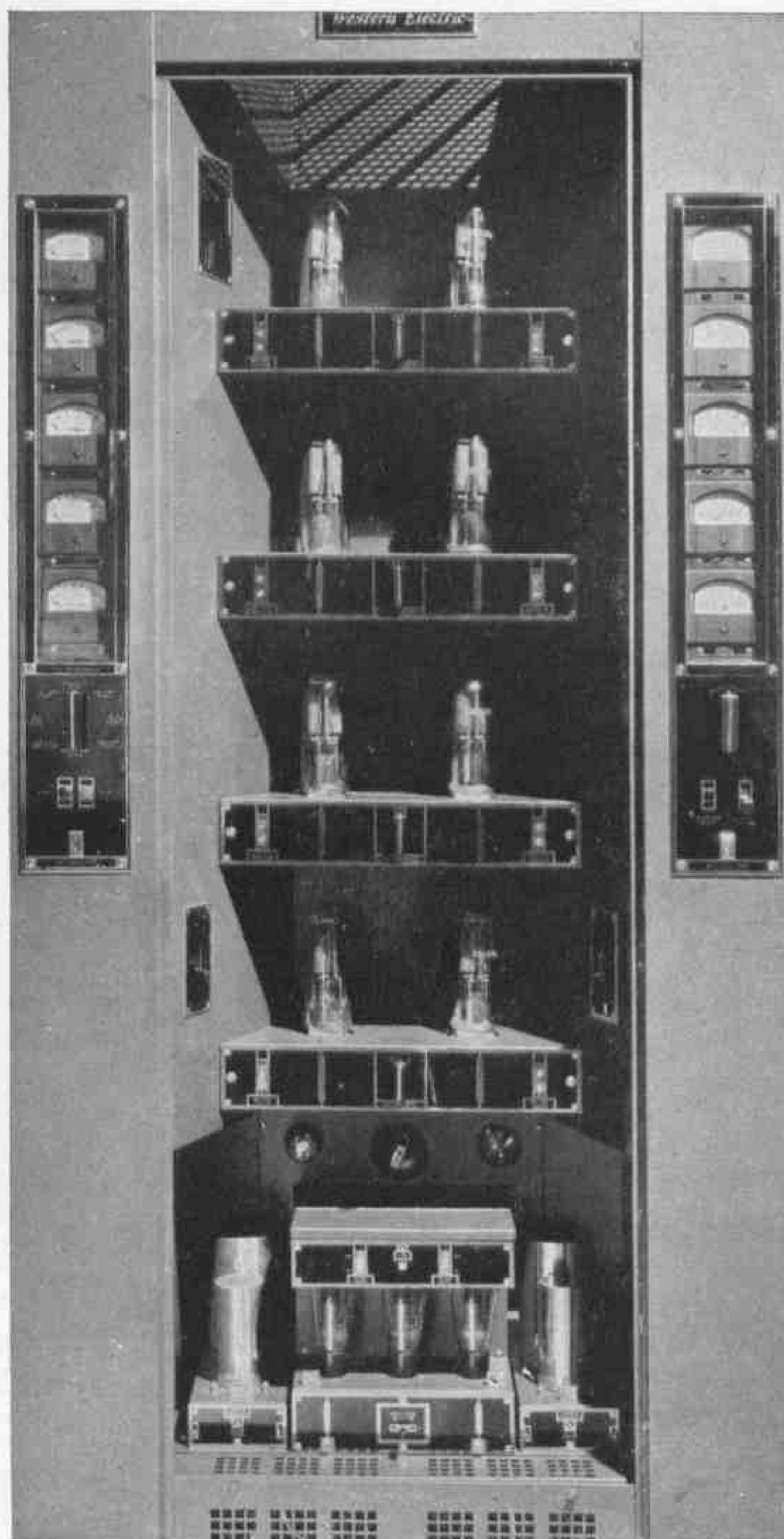
En primer lugar debemos citar la telegrafía sin hilos. En principio, la telegrafía sin hilos es pura transmisión de electricidad a distancia, resultado del fenómeno de inducción eléctrica (explicado en el tomo anterior). En este fenómeno hay ya un primer caso de telegrafía sin hilos: el carrete inductor hace de antena emisora y el carrete inducido hace de aparato receptor. Sepárense con distancias de miles de kilómetros, con montañas y océanos de por medio, y el fenómeno será el mismo; lo único que cambia es el tipo de electricidad, que ya no es la misma que pasaba por el carrete inductor e inducía otra idéntica en el inducido. La electricidad que se usa para la telegrafía sin hilos es la que se llama de ondas hertzianas porque fueron descubiertas por Enrique Hertz, profesor de Karlsruhe, en 1888. Hertz observó las propiedades de este nuevo tipo de electricidad; pero murió joven, a los treinta y siete años, sin poder ver las consecuencias tan trascendentales de su descubrimiento. Es más: preguntado si con el tiempo se podría hablar a distancia empleando sus ondas eléctricas, contestó negativamente.

En términos generales se puede decir que los físicos ingleses fueron quienes consiguieron aprovecharse del descubrimiento de Hertz. Sus graduales y pacientes progresos no son para describir en este libro. Pero duele no poder sino mencionar los nombres de Lodge, Kelvin, Branly, Jackson, nobles y generosos hombres de laboratorio que hicieron posible la telegrafía sin hilos con todas sus derivaciones. Sin embargo, para la mayoría de los mortales sólo el nombre del italiano Marconi va unido al magno des-

cubrimiento. Y no se puede negar que Marconi merece la mayor gratitud por haber perfeccionado los aparatos emisores y receptores de las ondas hertzianas, pero desde el punto de vista teórico la ciencia pura o experimental no debe nada a Marconi.

La telegrafía sin hilos no ha quedado limitada al envío de señales, cuyas combinaciones forman el código Morse y representan las letras y signos del alfabeto, así como los diez primeros guarismos fundamentales. Substituyendo las *ondas amortiguadas* que producían los aparatos primitivos por *ondas continuas* y superponiendo a éstas otra onda de frecuencia audible, se ha conseguido transmitir la palabra y la música a cualquier punto del Globo, dando con ello lugar al nacimiento de la *radiodifusión,* mediante la cual los radioyentes, desde sus casas particulares y moviendo sencillamente el botón de su aparato que regula la sintonía con las diferentes emisoras, captan las noticias y las diversas manifestaciones artísticas y culturales que les transmiten de los lugares más remotos del mundo.

Un digno complemento de la radiodifusión ha sido en estos últimos tiempos la *televisión,* que se ha extendido rápidamente por las principales naciones europeas y americanas. En lugar de modular la onda continua de una estación emisora con otra onda de frecuencia audible, se modula con los impulsos luminosos, convertidos en corriente eléctrica, producidos por un rayo de luz que explora sucesiva y rapidísimamente los distintos puntos en que puede considerarse descompuesta la imagen de un objeto, a semejanza de un fotograbado o clisé tipográfico. La onda radioeléctrica transmitida produce en el aparato receptor, provisto de una pantalla fluorescente muy sensible, una serie de destellos luminosos correspondientes a los distintos puntos en que se ha descompuesto la imagen del objeto televisado. Como la exploración total del objeto en el transmisor se verifica en una pequeñísima fracción de segundo, la persistencia de estas impresiones en la retina produce el efecto de una síntesis del objeto.



Típico transmisor de telefonía sin hilos al pie de la antena.

Derivado importantísimo de la ciencia radioeléctrica es el aparato denominado *radar,* nombre que proviene de la contracción de las palabras inglesas *radiodetection and ranging,* es decir, reconocimiento y localización mediante la radio. Técnicamente, el radar puede compararse con un aparato acústico, que emite sonidos y permite encontrar la posición de objetos porque reflejan los sonidos en el eco. El radar es en



E. R. Hertz.

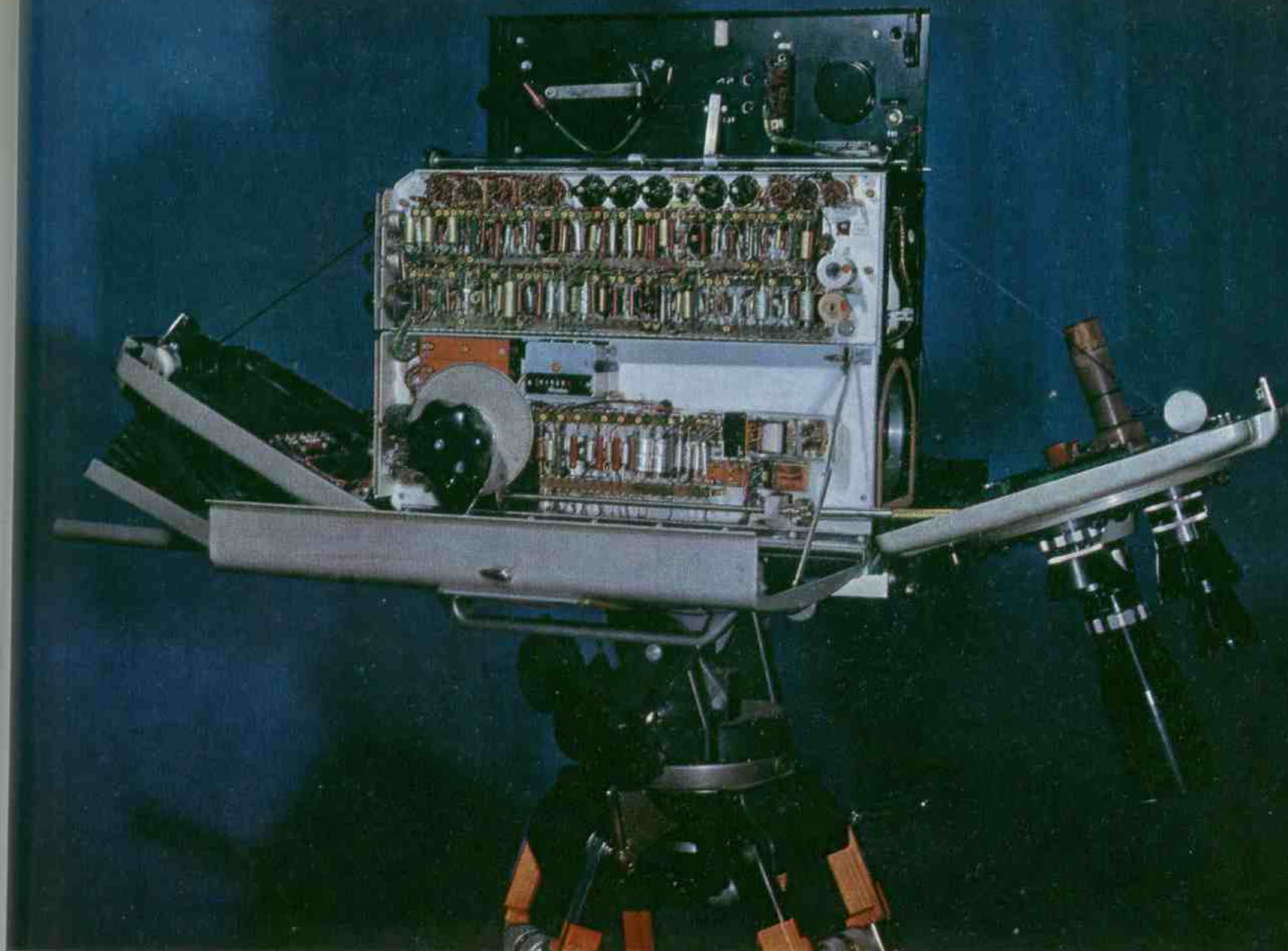
esencia un reflector parabólico de impulsos de ondas eléctricas dirigidas en estrecho haz, a semejanza de los sonidos de que hemos hablado. Explora los distintos lugares del espacio mediante un movimiento adecuado. Al chocar el haz de ondas eléctricas con un objeto, son reflejadas nuevamente y parte de ellas llegan al lugar de donde fueron emitidas e impresionan un receptor acoplado a un tubo de rayos catódicos provisto de una pantalla fluorescente. Midiendo el tiempo que emplean las ondas en su recorrido se tiene conocimiento de la distancia a que se encuentra el objeto hallado, y combinando los impulsos recibidos con un equipo receptor de televisión se obtiene la silueta del objeto y sus principales detalles, aunque se encuentre cubierto por nubes o envuelto en la obscuridad más absoluta.

El radar desempeñó un papel decisivo en la segunda Guerra Mundial. Bastará decir que en las batallas nocturnas de Inglaterra de 1940 fue posible derrotar a una fuerza alemana compuesta de 2.000 grandes aviones de bombardeo con sólo 700 aviones de caza británicos provistos de radar; varios buques de la escuadra japonesa fueron hundidos, en medio de una obscuridad absoluta, con la primera andanada de los cañones navales norteamericanos, dirigidos por un aparato de radar acoplado a ellos. Actualmente existen proyectiles de combate que se guían por radar y pueden perseguir perfectamente un blanco móvil hasta chocar finalmente con él.

Otro invento de repercusiones insospechadas ha sido el del motor de explosión, que ha permitido el desarrollo del automovilismo y la aviación. En esencia, el motor de explosión consiste en un cilindro dentro del cual estalla la mezcla de un combustible gracias a la chispa proporcionada por una bujía, y la fuerza de la explosión así originada impele al émbolo que se desliza por dentro de tal cilindro o bomba; una va-

G. Marconi.



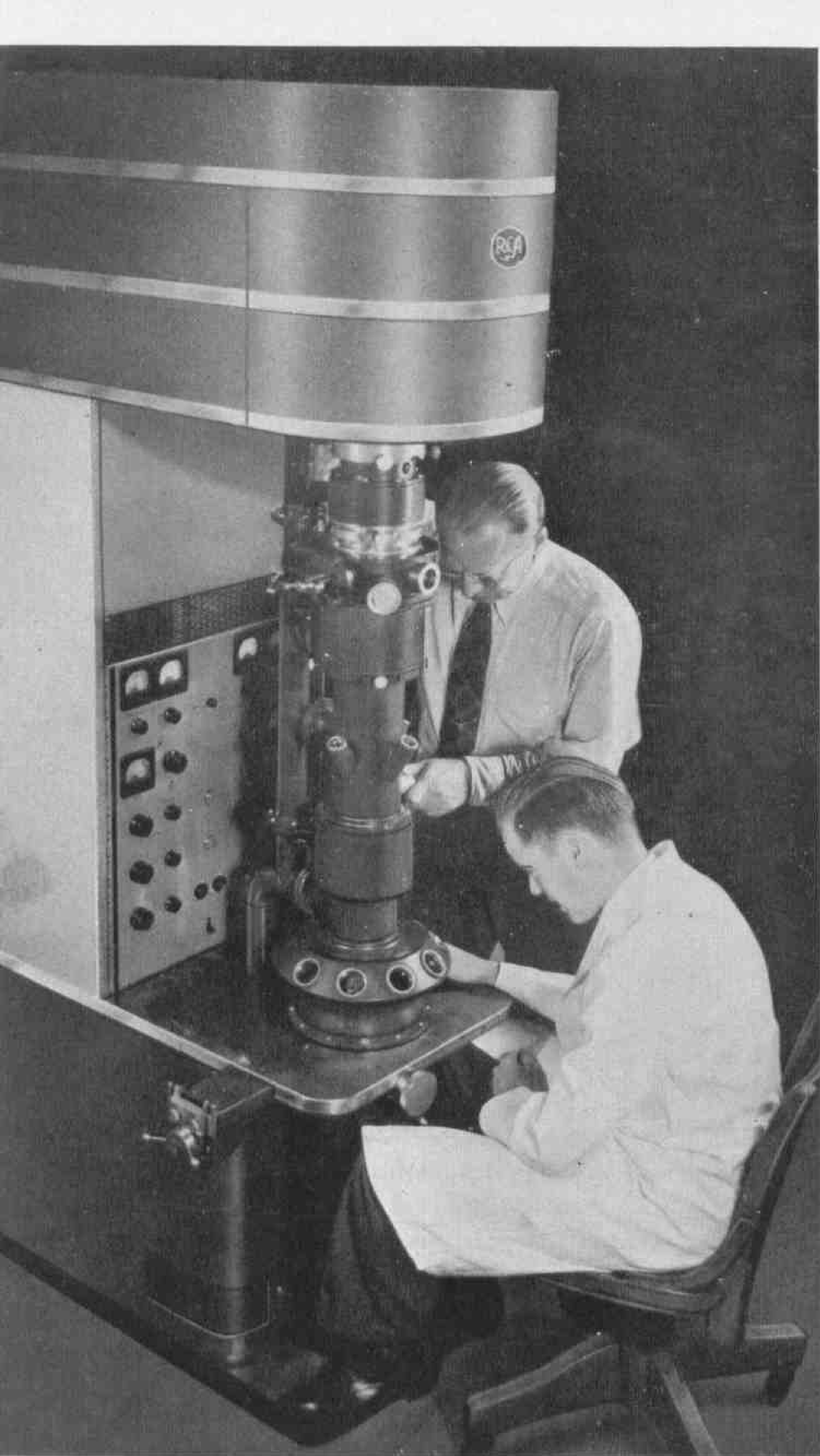


Interior de una cámara de televisión. Estudios de T.V.E. en Barcelona.

riante la constituye el motor Diesel, en que la inflamación se consigue por la gran compresión de la mezcla detonante, sin necesidad de chispa alguna.

El origen del automóvil se remonta a los trabajos de Lenoir y Daimler, si bien sus resultados son poco conocidos y por ello se atribuye el invento al norteamericano Selden. En realidad el automóvil responde al deseo del hombre de independizarse de la fuerza animal y de la servidumbre de los carriles. De aquí que se tratara de aplicar el vapor a un artefacto que fuera capaz de deslizarse por la superficie del suelo; esto último sólo se consiguió con ventaja al disponer de la gasolina como combustible del motor; éste es la parte esencial del automóvil, que va recubierto por la carrocería, armazón exterior que oculta el motor y protege los asientos de los ocupantes. El primer automóvil de gasolina fue el de tres ruedas construido por el alemán Benz, al que siguió el motor del francés Roger de Montais, perfeccionado por Serpollet, y otros; desde entonces, los automóviles han ido progresando hasta llegar a los modelos actuales.

Algo parecido ha ocurrido con el avión. Si bien el deseo de volar aparece en el hombre desde muy antiguo, los ensayos efectuados sólo produjeron, además de enormes desilusiones y pérdidas de vidas, los planeadores o aparatos de vuelo sin motor. Fue la aparición del motor de explosión lo que facilitó mucho la resolución de los problemas que planteaba el vuelo de aparatos más



Microscopio electrónico que llega a aumentar 30.000 diámetros, construido por la «Radio Corporation of America».

pesados que el aire. Los primeros en dar solución práctica al asunto fueron los norteamericanos Wright (1903), quienes acoplaron un motor de 16 caballos construido por ellos a un planeador biplano, con lo cual consiguieron que un aparato más pesado que el aire se sostuviera elevado durante doce segundos. Junto a los hermanos Wright hay que citar los esfuerzos del francés Levavasseur y el brasileño Santos Dumont. Cuando éste logró volar 220 metros en 21 segundos, los Wright ya recorrían distancias de más de 30 kilómetros. Inmediatamente después de esto la aviación consiguió grandes éxitos, pero fue la primera Guerra Mundial la que impulsó grandemente su desarrollo, el cual permitió el desenvolvimiento posterior de la aviación comercial. La segunda Guerra Mundial presenció la aparición de nuevos tipos de aparatos, como los «Stukas» alemanes, los «Spitfire» ingleses y las «Fortalezas volantes» norteamericanas, aunque la transformación total sólo se produjo hacia el final de la contienda, cuando los alemanes descubrieron el motor de reacción y el motor cohete. El resultado más espectacular del motor de reacción ha sido el de permitir superar la velocidad del sonido y el de volar a alturas supraestratosféricas; todo ello unido a dispositivos de radar, radiofaros, etcétera, ha beneficiado también a la aviación comercial, pues actualmente se construyen grandes aviones con todo lujo de comodidades que recorren enormes distancias con muy pocos accidentes.

Junto a estos tipos se ha desarrollado el aparato apto para posarse sobre las aguas (hidroavión) y el destinado a realizar el vuelo vertical (autogiro y helicóptero). Actualmente estamos presenciando el auge de los convertiplanos, o combinación de aeroplano y helicóptero, así como la aparición de aparatos voladores individuales.

El desarrollo maravilloso de la aviación, los descubrimientos atómicos, los avances de la astronomía, todo ha creado un ambiente científico que ha originado la astronáutica, o ciencia del arte de navegar por los espacios interplanetarios y, en último término, siderales.

Sus precedentes son muy antiguos, pues la idea de un vehículo interplanetario apa-

reció en el siglo XVII, la recogió Julio Verne y la pusieron en vías de realización los alemanes durante la segunda Guerra Mundial con los proyectiles V-2. El desarrollo de estos últimos ha permitido establecer las bases de esta ciencia. Sin embargo, sólo se han dado los primeros pasos en la astronáutica, pues las naves espaciales aún no son un hecho; pero de momento se ha conseguido el lanzamiento al espacio de unos objetos que se han transformado en satélites artificiales de la Tierra y del Sol. Ahora bien, la consecución de los logros de esta nueva ciencia está mezclada con la pugna política y de prestigio que mantienen Estados Unidos y Rusia, por lo cual a veces los éxitos obtenidos quedan desvirtuados por su falta de finalidad científica; así se ha iniciado una carrera del espacio, en la que los éxitos fulgurantes se los están atribuyendo los rusos, pero es posible que las realizaciones norteamericanas, menos espectaculares, sean a la larga más eficaces. En la falta material de espacio para dar un amplio informe de todos los lanzamientos, resumiremos los más destacados. Los rusos lanzaron el *Sputnik I* el 4 de octubre de 1957, seguido el 3 de noviembre del *Sputnik II,* que llevaba como tripulante la célebre perra «Laika». Espoleados por estos éxitos, los norteamericanos colocaron en órbita el *Explorer I* (31 de enero de 1958) y el *Vanguard I* (17 de marzo). Los rusos consiguieron apuntarse un nuevo tanto a su favor al lanzar el *Sputnik III,* cuyo peso era superior a una tonelada. Una vez conseguido establecer satélites en una órbita regular alrededor de la Tierra, se pensó en dirigir los experimentos a los planetas más próximos al nuestro, y nuevamente los rusos lanzaron un cohete a la Luna (1 de enero de 1959) que no consiguió su objetivo y se convirtió en el primer planetoide artificial; este intento fue seguido por el lanzamiento del *Pioneer IV,* norteamericano, el 3 de marzo de 1959, que también falló y fue el segundo planetoide artificial; pero fueron los rusos quienes consiguieron establecer contacto con la Luna mediante su *Lunik II* (12-13 de septiembre de 1959), que alunizó en su superficie, y con el *Lunik III* (4 de octubre), que dio la vuelta a su alrededor, la fotografió por su cara oculta y envió la fotografía a la Tierra. El *Pioneer V,* norteamericano, colocado en una órbita tangente a las de la Tierra y Venus, ha retransmitido, desde una distancia de 8 millones de kilómetros, datos relativos al espacio que recorría, que han sido recogidos por el radiotelescopio gigante de Jodrell Bank. Los norteamericanos han obtenido un gran avance en astronáutica con la recuperación de la cápsula lanzada por un satélite colocado en órbita *(Discoverer XIII,* 11 de agosto de 1960); si bien los rusos hicieron

Puesto de radar de la cadena que protege a los Estados Unidos.





Yuri A. Gagarin, el primer astronauta de la humanidad.

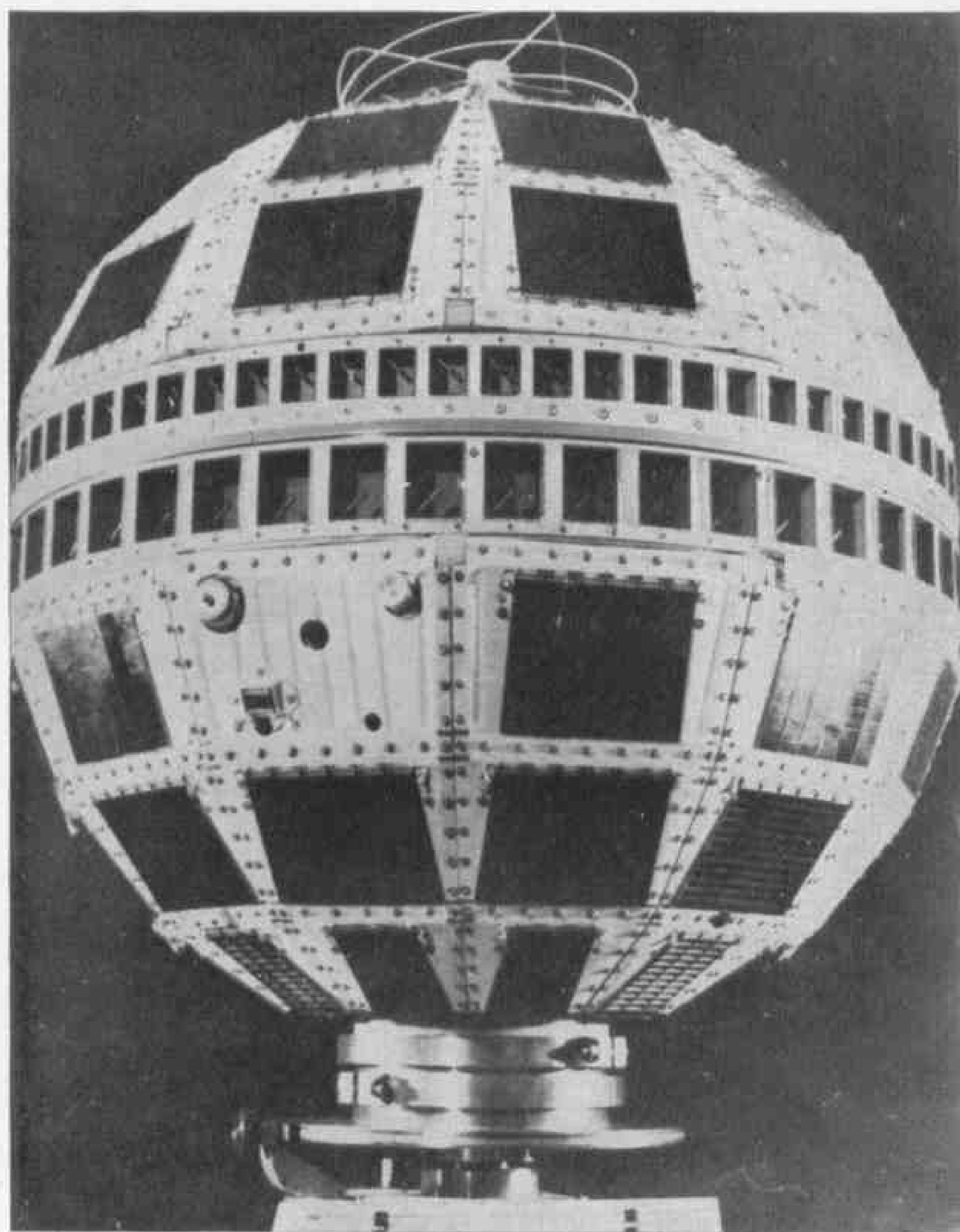
regresar a la Tierra su *Sputnik VI* (19 de julio de 1960), que llevaba dentro dos perros que se recuperaron en perfecto estado. Los últimos éxitos astronáuticos han consistido en el lanzamiento por los rusos de un proyectil-cohete en dirección a Venus (12 de febrero de 1961) y la vuelta a la Tierra de otra nave espacial con un perro a bordo (9 de marzo de 1961); los norteamericanos, por su parte, han recuperado una cápsula de proyectil que llevaba en su interior un chimpancé (31 de enero de 1961). Y los rusos, el día 12 de abril de 1961, colocaron en órbita la nave espacial *Vostok* tripulada por Yuri A. Gagarin, el cual ha sido, durante la hora y los cuarenta y cinco minutos que mediaron entre su lanzamiento y el retorno a la superficie de la Tierra, el primer astronauta de la humanidad, seguido pocos días después (5 de mayo) por el norteamericano Alan Shepard, quien fue lanzado a una altura de 185 kilómetros y gobernó la nave espacial durante su descenso; Virgil Grissom realizó un vuelo parecido el 21 de julio del mismo año. El *Vostok II* fue lanzado el 6 de agosto de 1961, llevando al astronauta Titov, y se mantuvo en órbita durante 25 horas. El primer vuelo en órbita americano fue el del coronel John H. Glenn (20 de febrero de 1962), seguido del de Scott Carpenter (24 de mayo de 1962)

Desde entonces, los esfuerzos de rusos y americanos tienden a ensayar vuelos simultáneos, porque el «encuentro espacial» constituye la etapa necesaria para llegar a la Luna. En este aspecto, en agosto de 1962 los rusos lanzaron al espacio los *Vostok III* y *IV*, tripulados por Nicolayev y Popovich, y en junio de 1963 los *Vostok V* y *VI*, en los que viajó el matrimonio Valeri F. Bykovski y Valentina Terechkova. En octubre de 1964 colocaron en órbita el *Vosjod*, en el que tres hombres dieron vueltas a la tierra durante veinticuatro horas. Por su parte, los norteamericanos consiguieron, con su *Ranger VII*, unas fotografías de la Luna que representan un enorme avance sobre las logradas por el *Lunik III* cinco años antes.

En el campo de las ciencias naturales continúa todavía siendo uno de los mayores misterios el cómo y el cuándo empezaron y empiezan los fenómenos vitales. De lo inerte a lo vivo, el foso continúa infranqueable. Y esto es casi una enojosa sorpresa, porque de la misma manera que se habían apreciado los componentes del átomo, se observaron componentes en la célula, reduciéndola a elementos todavía más pequeños. Parecía, pues, que la distancia entre los electrones y los minúsculos componentes de la célula debía ser menor que entre los cuerpos químicos que llamamos orgánicos y los inorgánicos... pero no es así.

A finales del pasado siglo todavía se creía que la célula estaba formada por un envoltorio, como cáscara o membrana, que contiene un líquido llamado *protoplasma* y un núcleo central. En condiciones normales la célula absorbe materia de su alrededor, la transforma en substancia propia y se divide formando nuevas células con nuevos

núcleos. Los biólogos modernos han propuesto explicaciones para el fenómeno de división de la célula, esencial en la vida, analizando la constitución química de las materias que forman el protoplasma y el núcleo. La mayoría se han reducido actualmente a fórmulas químicas y algunas se han sintetizado o producido artificialmente; pero todas, hasta lás más simples, como el azúcar, la glicerina, el almidón, son de composición complicadísima. Las indispensables para las funciones vitales, o sean las proteínas, están compuestas de los llamados *ácidos aminados* o *aminoácidos,* cuyas moléculas tienen centenares de átomos. Ahora bien, se ha calculado que una célula viva contiene unas dos mil moléculas, y si algunas de ellas tienen centenares de átomos, no hace falta más para comprender en qué punto de infinitesimidad ha ido a esconderse el misterio de la vida.



El «Telstar II», satélite artificial norteamericano para retransmisiones de televisión.

Ni hay siquiera grandes esperanzas de que sumando en las cantidades que se descubren mediante el análisis químico los elementos componentes de la materia viva se organicen éstos con las cualidades de estabilidad y regeneración que tienen las células animales y vegetales. Es indudable que hay algún agente *catalizador* o activador que las espolea y obliga a organizarse. Este puede ser uno de los mismos elementos químicos de que se componen los cuerpos vivos: una sal, un ácido; pero es más probable que sea algo externo, de naturaleza y carácter ajenos a la materia. He aquí un párrafo del discurso presidencial de Ralph S. Lillie en la Asociación Americana para el progreso de la Ciencia, en 1937: «Mi convicción es que un concepto puramente físico no es suficiente para explicarse los fenómenos de la materia viva. Digo esto sin querer disminuir el mérito de los procedimientos de análisis en biología. Estos son indispensables para descubrir los factores externos que están siempre presentes en los organismos.» Con un poco más de audacia, Lillie usaría el término que ya no está de moda: el espíritu...

Pero si hemos progresado poquísimo en aclarar cuál es aquel principio interno o externo que anima la materia, en cambio hemos averiguado muchísimo de cómo se perpetúa la vida con los fenómenos de la reproducción. Su estudio constituye hoy una ciencia aparte de la biología, llamada *Genética.* Su fundador o precursor fue el monje Juan Gregorio Mendel, cuya vida, entre los años 1822 y 1884, transcurrió sin que el mundo se percatara de sus importantísimos descubrimientos. En el monasterio de agustinos de Brünn, en Moravia, Mendel hizo sus experimentos con guisantes, cruzando pies de guisante enramador con pies de guisantes enanos, o bien pies de guisantes amarillos con pies de guisantes verdes, o pies de guisantes arrugados con otros de grano liso, y encontró que las leyes de la herencia eran idénticas en todos los cruzamientos. Publicó sus resultados en un periódico local de Brünn, en 1866 y 1870,



Un cohete preparado para su lanzamiento en la base J. F. Kennedy de Cabo Cañaveral, Estados Unidos.

y allí permanecieron olvidados hasta 1900, en que fueron descubiertos por Bateson. El hallazgo de los artículos de Mendel, tan precisos, casi matemáticos, causó la misma sensación que el cumplimiento de una profecía. Pareció asegurar una respuesta a la lamentación de Darwin, quien deploraba en su *Origen de las Especies* que «las leyes que rigen la herencia son completamente desconocidas».

Es probable que si se hubiera tenido que experimentar con guisantes, conejos, gallinas, cuya reproducción es relativamente lenta, como hacían Mendel y Bateson, la queja de Darwin estuviese justificada aún hoy, pues Mendel sólo consiguió averiguar que los hijos de padres de diferentes caracteres, en la primera generación eran análogos a uno de los progenitores, y que los caracteres del otro reaparecían regularmente en la proporción de 1 a 3 en la segunda generación. Pero en el año 1909, Thomas H. Morgan, de Nueva York, tuvo la idea de observar los fenómenos de la reproducción y la herencia en la mosca de la fruta, que en diez días pasa de larva a insecto adulto

y con un par de progenitores da varios miles de individuos en cada generación. Y desde entonces no ha cesado de experimentar con esta mosca, la ya famosísima *Drosophila melanogaster*. Los trabajos de Morgan, proseguidos con celo infatigable y tenaz entre un grupo de colaboradores activísimos, nos ayudan a descubrir los misterios de la generación más que las disquisiciones de todos los filósofos, fisiólogos y poetas que habían tratado anteriormente de los problemas del celo y del amor.

Morgan no sólo comprobó en escala gigantesca con miles de generaciones de moscas y millones de individuos las leyes de Mendel, sino que descubrió otras y la causa de su regularidad. En el interior de la célula aparentemente simple del óvulo y en la célula casi idéntica del espermatozoo hay unos filamentos llamados *cromosomas* porque se coloran al teñir la célula en una materia colorante. Fueron observados y bautizados ya por Waldeyer en 1888 y se han comparado a «jeroglíficos de las células germinales» que Morgan tenía que descifrar. Obsérvese que no sólo en los gérmenes de la mosca, sino en los de todos los seres vivos, hasta del hombre, cada cromosoma está formado de pequeños elementos unidos a modo de cadena; estos corpúsculos elementales, llamados *genes,* son los generadores de los caracteres: así hay genes que determinan el color, otros la forma de ciertos órganos, otros acaso el carácter, otros la propensión a enfermedades hereditarias, etcétera. Hoy se conoce bastante bien la localización de los genes en los cromosomas, hasta el punto de que se trazan los mapas genéticos de los seres igual que se dibuja el contorno de los órganos o el trayecto de los vasos y los nervios. El lugar que el gene ocupa dentro del cromosoma se llama *locus* o *loci.* Los genes diferentes pero que ocupan un mismo *locus* en el cromosoma se



G. Bateson.

J. G. Mendel, descubridor de los principios de genética.



llaman *alelos,* y la modificación de *locus* de los genes origina las *mutaciones.*

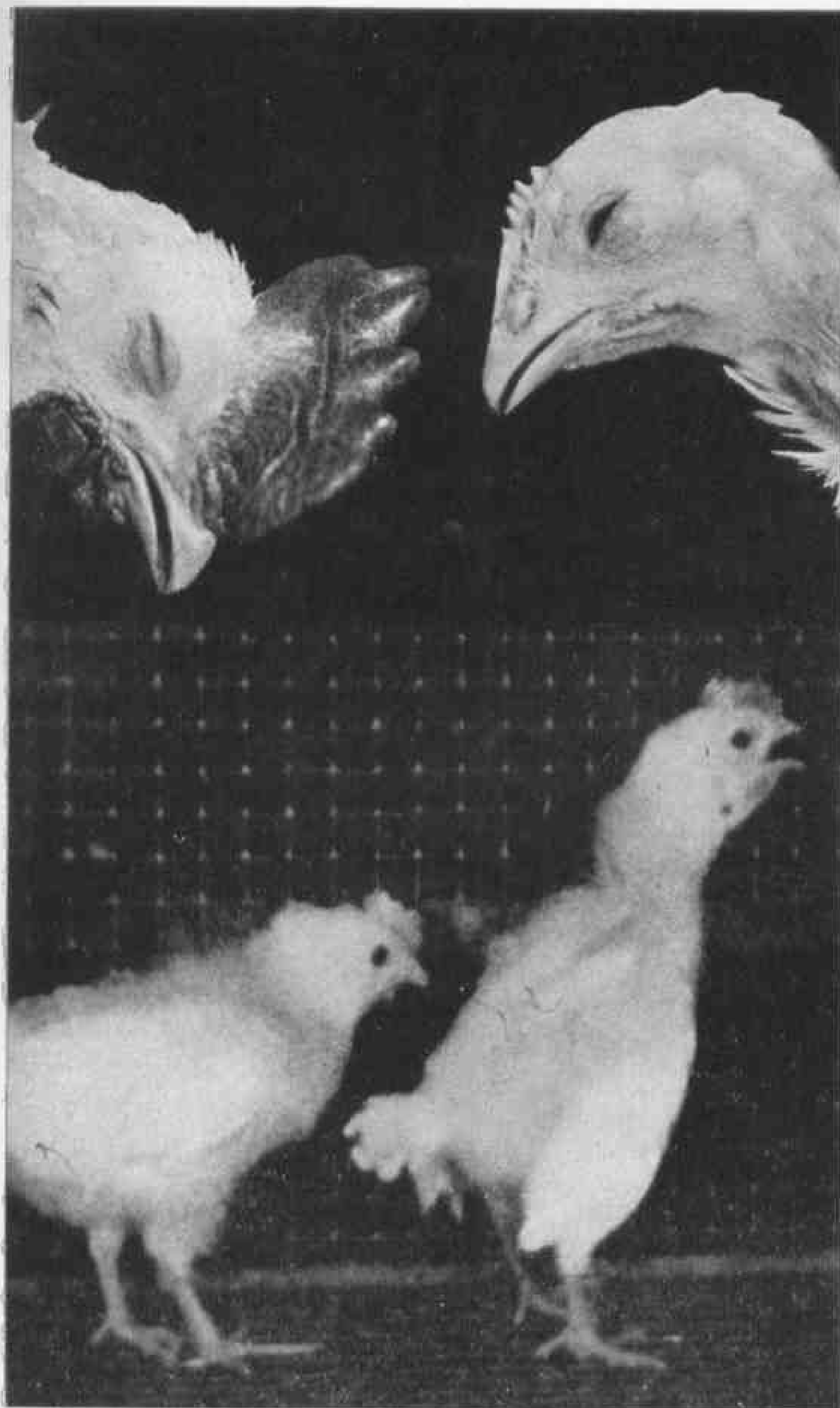
Los descubrimientos de la genética moderna demuestran que se puede intervenir modificando los *loci* de los genes, con lo cual se obtienen generaciones dotadas de ciertos caracteres más deseables que los que se obtendrían naturalmente. Tratando con medios físicos (calor, rayos X, rayos alfa) las células germinales de sus moscas, Morgan ha conseguido alterar los resultados previstos por las leyes de la genética. Sin embargo, no es lo mismo operar con huevos de mosca que con el óvulo humano, y no porque éste sea mayor (no lo es mucho), sino porque los huevos de mosca tienen sólo cuatro cromosomas, mientras que el óvulo humano tiene cuarenta y ocho, y si se recuerda que los caracteres están regulados no por el cromosoma entero, sino por los genes que lo integran, se ve que la dificultad sube de punto y aumenta miles de veces. Nadie ha visto todavía los genes; son elementos invisibles aun para el más poderoso microscopio: su relación con la célula y su función en la vida se pueden comparar con la de los protones y electrones con relación al átomo, y a los cuales, sin que nadie haya visto tampoco, se localiza exactamente en el átomo.

El segundo gran campo de la biología experimental moderna es la endocrinología o estudio de las glándulas de secreción interna. Su nombre deriva de las palabras griegas *endo,* interior, y *krino,* segregar, separar. Al principio se creyó que sólo cuatro glándulas de aspecto insignificante activaban con sus secreciones el crecimiento y regulaban el funcionamiento de los demás órganos y aun de todo el organismo. Estas cuatro glándulas eran las suprarrenales encima de los riñones, el páncreas en el abdomen, el tiroides en el cuello y la pituitaria en el cráneo. Producen unos jugos que van directamente al torrente circulatorio y cada una de aquellas cuatro glándulas tiene su misión capitalísima en la economía de la vida de los animales superiores. Pero actualmente se ha reconocido que no sólo las cuatro glándulas internas que podríamos llamar clásicas intervienen en los fenómenos de crecimiento, envejecimiento y funcionamiento, sino que casi todas las demás glándulas secretan, aparte su substancia principal, uno o varios jugos que tienen actuación análoga a los que secretan las cuatro glándulas mencionadas. En todos estos jugos de acción interna hay unos cuerpos químicos que llamamos *hormonas,* palabra que viene del verbo griego *hormao,* excitar, estimular. Muchas hormonas todavía se tienen que extraer o retirar de los propios órganos que las producen, pero otras ya se fabrican sintéticamente como preparados químicos. Digamos algunas palabras acerca de las cuatro glándulas clásicas.

Las glándulas suprarrenales son unas excrecencias, como crestas de gallo, que se yerguen rígidas y tiesas sobre el polo supe-



T. H. Morgan.



Dos polluelos de la misma edad y sexo, uno tratado con hormonas y otro siguiendo su desarrollo natural.

rior de los riñones. Van a ellas grandes cantidades de sangre, que luego salen sin aparente transformación. Pero secando las glándulas suprarrenales y disolviendo con éter la grasa que puedan contener, queda un polvo gris que inyectado en la sangre eleva su presión inmediatamente. Hoy se vende este polvo fabricado sintéticamente con el nombre inocente de *adrenalina,* pero basta una sola millonésima de gramo para elevar casi un centímetro la presión sanguínea del hombre adulto. Sin embargo, es de uso corriente en medicina para reforzar y regular la acción cardíaca.

Recientemente se ha extraído de las glándulas suprarrenales una hormona, la *cortisona,* que también se obtiene por vía sintética industrialmente, la cual cura con gran rapidez el reumatismo articular, por inveterado que sea.

La segunda glándula clásica de secreción interna es la tiroides. Se encuentra en el cuello y su falta de desarrollo o mal funcionamiento produce el cretinismo. La glándula tiroides regula las funciones de asimilación, y sus trastornos son causa de obesidad y desnutrición, caída del cabello, impotencia, pereza, indolencia..., males que un tiempo parecían pecados y que muchas veces sólo son resultado de insuficiencia de la hormona tiroidea. Su extracto químico, la *tiroxina,* se usa no sólo para casos agudos de cretinismo, sino para activar órganos atrofiados o fatigados.

El más espectacular descubrimiento en endocrinología es el de la *insulina.* La *diabetes mellitus* había sido descrita por los médicos grecorromanos como «la fusión de la carne que se escapa con la orina». ¡Terrible perspectiva! Desde hace casi tres siglos se sabía que el páncreas ejercía una función importante en la producción de la diabetes, y se había observado también que esta glándula tenía en su masa grasosa unos nódulos o islas. Asimismo se había reconocido que la orina de los diabéticos era dulce, con lo que se descubría que lo que se escapaba por ella no era la carne disuelta precisamente, sino puro azúcar. Algo ocurría, pues, en el páncreas de los diabéticos que impedía la función tan necesaria de asimilar el azúcar que se forma con la digestión. Un joven profesor de la Universidad de Toronto, Federico Grant Banting, descubrió en 1921 que la insulina o producto que elaboran los islotes del páncreas era la encargada de regular la producción del azúcar en los fenómenos de la digestión. En los diabéticos la insulina era deficiente. Abel, de Baltimore, encontró su fórmula; la insulina puede obtenerse hoy por vía

sintética y ya no se ha de extraer del páncreas de vacas, carneros y hasta del páncreas de bacalao y otros peces como se hizo al principio. Se emplea no sólo para combatir la diabetes, sino también con dosis muy fuertes para producir un choque mental —el coma— que representa una notable ayuda en ciertos casos de demencia.

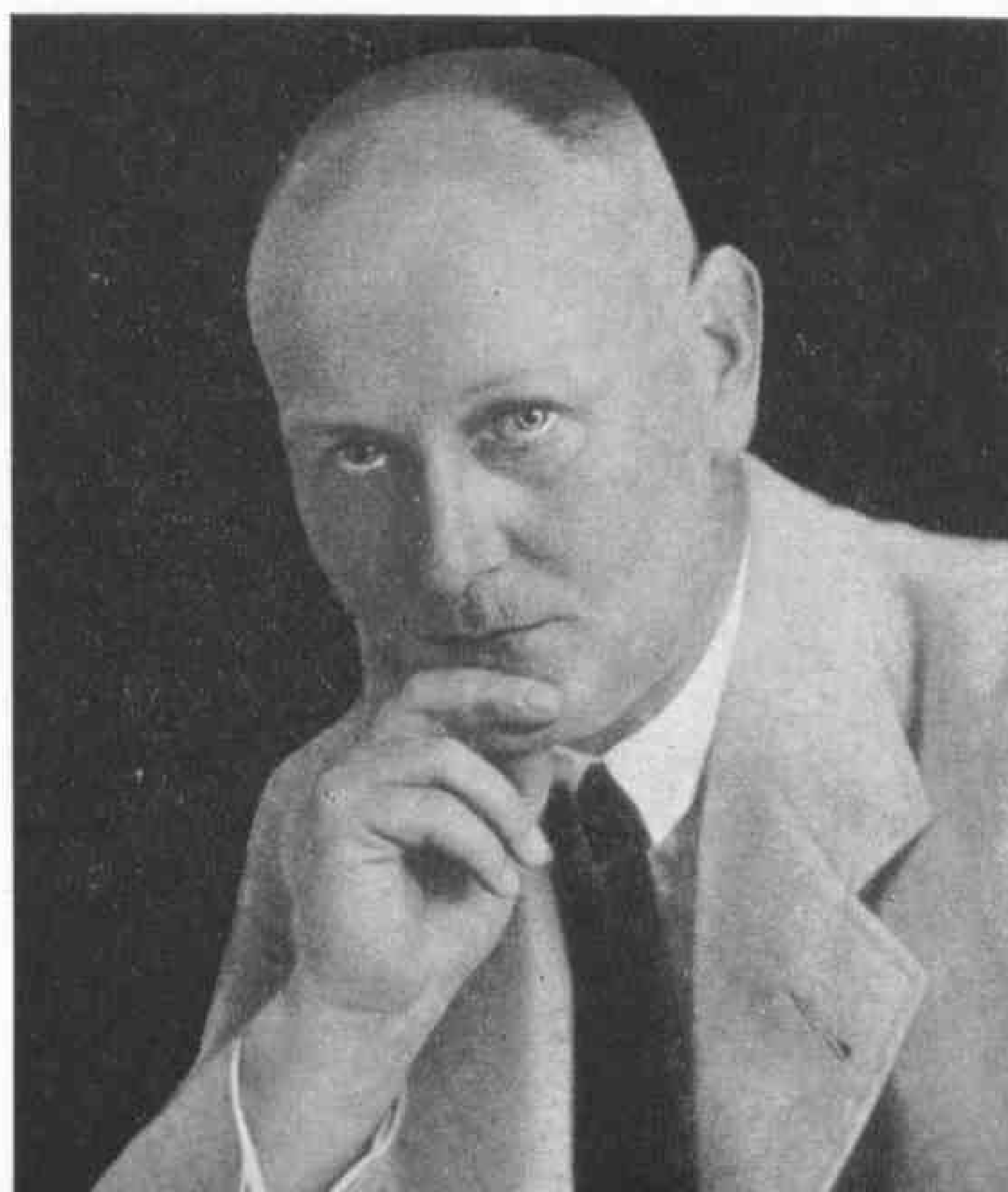
La cuarta glándula clásica, la pituitaria o hipófisis, se encuentra en la base del cerebro, dentro del cráneo. Regula el crecimiento; es la mágica interventora del desarrollo de los organismos, limita la estatura y probablemente la medida de cada órgano; obliga a cada pieza integrante del mecanismo animal a adoptar la forma y dimensiones que el conjunto requiere; regula el ritmo del sueño, el del metabolismo del agua y el sexual. ¡Qué sublime misterio! Se han encontrado en ella numerosas e importantes hormonas cuyo descubrimiento y sintetización tendrá efectos incalculables.

Pero, como hemos dicho anteriormente, no sólo las glándulas de secreción interna clásica secretan hormonas, sino que las secretan casi todas las demás glándulas: ovario, testículo, estómago, intestino. Todas producen un efecto activador, y se han anunciado por charlatanes y curanderos como otras tantas fuentes de juventud que podrían restaurar la energía de viejos e impotentes. En ciencia, como en política, en religión y hasta en arte, abundan los impostores y usurpadores, que aprovechan siempre lo que es auténtico y genuino para que sirva de pedestal a lo espurio y falso que proponen para su lucro.

Hemos expuesto brevemente lo que se ha averiguado con las dos nuevas ciencias, Genética y Endocrinología, acerca del proceso de la generación del organismo y de su desarrollo gradual y funcionamiento regular. Vamos ahora a decir algo respecto de los enemigos de los órganos y las células. Son los microbios y bacterias. Hoy ya no espantan; a muchos de ellos se les mantiene a raya por medio de vacunas; el bacilo de la tuberculosis es atacado hoy día tan prematuramente al descubrir sus efectos con los rayos X o con las cutirreacciones, que no tiene gran oportunidad de acabar con el enfermo; a otros microbios se los destruye con productos químicos enérgicos que respetan el cuerpo humano. En 1935, el profesor alemán Gerhard Domagk descubrió el poder antibacteriano de un grupo de substancias sintéticas denominadas *sulfamidas,* que han venido a revolucionar, simplificándolo eficazmente, el tratamiento de las afecciones microbianas. Parece que las sulfamidas no obran como los desinfectantes o antisépticos químicos que neutralizan los gérmenes patógenos disolviéndolos o asfixiándolos, sino que los detienen e inmovilizan (bacteriostáticos).

A estos productos puramente químicos hay que agregar los denominados *antibióticos,* los cuales, como indica su mismo nombre, impiden el desarrollo de la vida de las especies microbianas. En el año 1928, un bacteriólogo inglés, Alejandro Fleming, se dio cuenta de que un moho, de los que suelen infectar y destruir las preparaciones, aniquilaba también los microbios de cultivo a consecuencia de los productos que secretaba. En el año 1929 publicó sus resultados, revelando que los filtrados de solu-

G. Domagk.





F. G. Banting, descubridor de la insulina.



A. Fleming, descubridor de la penicilina.

ciones de aquel hongo tenían un poder destructor contra los gérmenes de diversas enfermedades infecciosas. No matan directamente los microbios, pero producen un efecto inhibidor: el microorganismo se mantiene aletargado y acaba por morir. El profesor Fleming dio el nombre de *penicilina* al producto secretado por el hongo que acababa de descubrir, a causa de que pertenecía al género *Penicillium,* y desde entonces sus mágicos efectos han podido comprobarse en numerosas enfermedades. Gracias a las investigaciones, proseguidas sistemáticamente, sobre la composición y la constitución química de la penicilina, esta substancia en la actualidad se obtiene completamente pura y cristalizada.

El número de microorganismos sensibles a la acción de la penicilina es muy considerable, y entre ellos se cuentan los de la sífilis, del ántrax, tétanos, difteria, neumonía, gonorrea, meningitis, septicemia, etc., cuyas infecciones constituían verdaderas plagas para la Humanidad. Muchos otros agentes infecciosos son prácticamente insensibles a dicho antibiótico; por esta causa diversos investigadores han continuado el camino descubierto por Fleming y encontrado nuevos antibióticos, como la *estreptomicina,* la *cloromicetina,* la *tirotricina,* la *aureomicina,* la *gramicidina* y otros que actúan contra especies microbianas resistentes a la penicilina.

La estreptomicina fue descubierta en el año 1945 por Selman A. Waksman, microbiólogo americano de origen ruso. Se extrae del *Actinomyces griseus,* uno de los hongos microscópicos que viven en la tierra fresca.



C. Eijkman.

Su acción se ejerce sobre numerosos gérmenes patógenos, entre los cuales se cuentan los de la meningitis y la tuberculosis. La tirotricina tiene acción local sobre el bacilo diftérico; la aureomicina, la cloromicetina y la gramicidina poseen también enérgicas acciones bacteriostáticas frente a gérmenes tan peligrosos como los del tifus, la disentería, el cólera, la gripe y los de ciertas manifestaciones gangrenosas.

Todavía se está muy lejos de haber agotado el dominio de la acción de los antibióticos, y es de esperar que se sucederán nuevos descubrimientos. De todos modos, la cloromicetina y la aureomicina representan ya un gran paso para la lucha contra los microbios, pues pueden administrarse por vía bucal, esto es, con píldoras o tabletas, en lugar de inyecciones.

A principios de 1952 apareció la hidracida del ácido isonicotínico, producto maravilloso que ataja los progresos de la tuberculosis y ahorra los costosos tratamientos en sanatorios de montaña que se hacían interminables. La hidracida del ácido isonicotínico es sumamente barata y está al alcance de todos los bolsillos.

No obstante estos maravillosos descubrimientos, quedan invisibles, irreducibles, inatacables hasta el presente con los antibióticos: los diabólicos virus filtrables, los cuales acaso no son ni siquiera materia viva como son los cocos y bacilos, pero que actúan como si lo fueran, ya que se reproducen, adquieren virulencia y la pierden con la fatiga que en el propio virus produce una epidemia. Existe un virus que provoca la trágica parálisis infantil; otros virus causan la fiebre amarilla, la rabia y probablemente el simple resfriado y la gripe. Contra todos ellos se preparan en los momentos actuales vacunas eficientes.

Es posible que sea también un virus el agente del cáncer, pero no hay prueba de ello, lo cual sería un gran paso. El cáncer es la calamidad moderna: en los Estados Unidos, a partir de los treinta años, una persona de cada diez muere de cáncer. Su maligna actividad va en aumento, o por lo menos se tiene hoy más en cuenta. El cáncer no es contagioso, lo que parece demostrar que no es causado por ningún microbio ni virus. Injertando un fragmento de tejido canceroso en un sujeto sano no prende ni produce daño. Pero, en cambio, otros caracteres del cáncer, como su difusión por todo el cuerpo en las últimas fases de la enfermedad, hacen pensar que existe en él un factor activador que, si no es un virus, actúa como si lo fuera. En el momento de escribir estas líneas, lo único que se ha podido poner en claro después de muchos años de incesantes esfuerzos por una legión de investigadores provistos de recursos ilimitados, con preparación, devoción y desinterés, es que el cáncer es una lujuriante reproducción celular inicialmente local que después se generaliza; no es fatalmente hereditario, si bien ciertas razas y familias parecen tener una predisposición que no tienen otras. Las razas nórdicas, por ejemplo, son más propensas al cáncer que

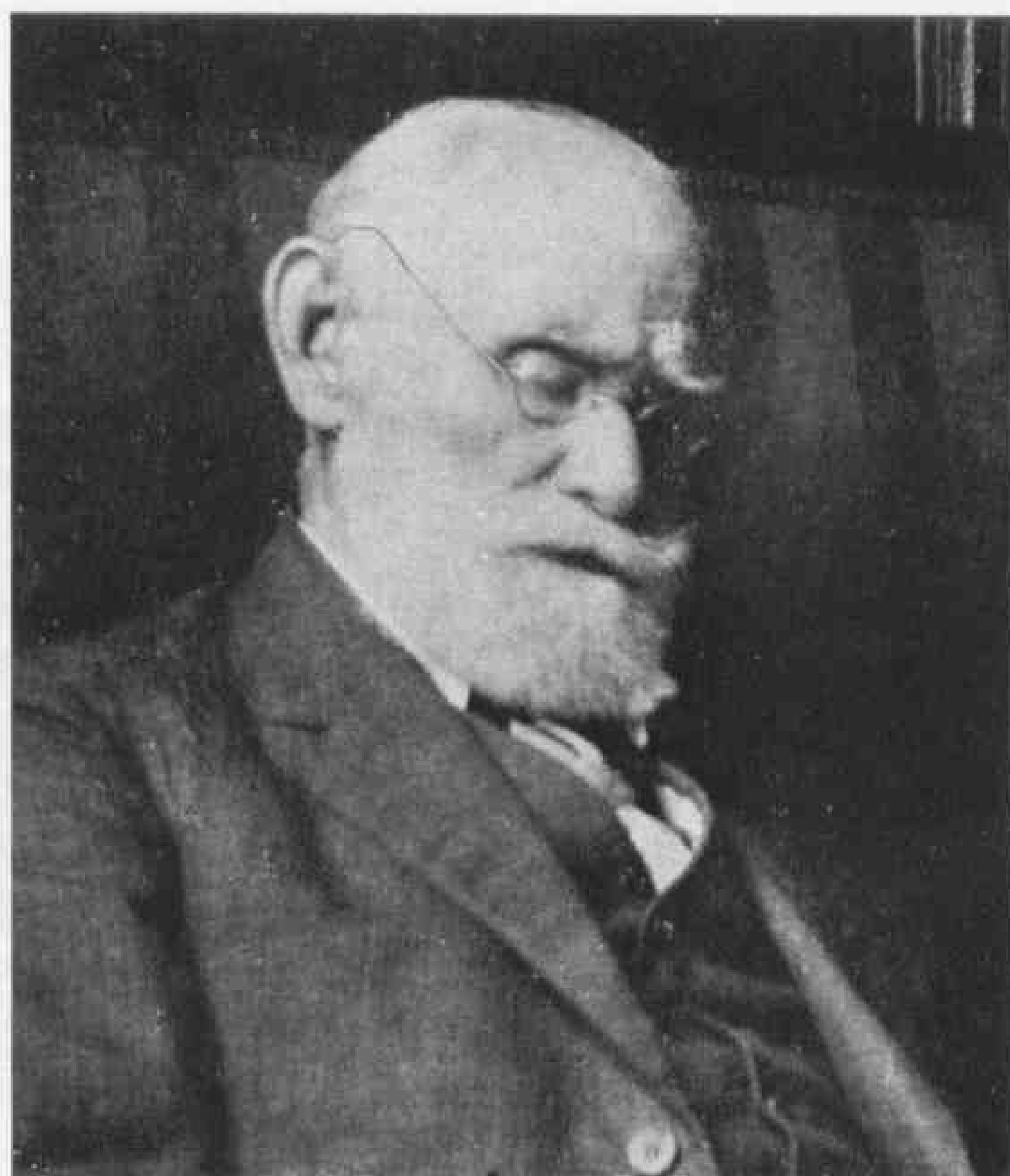
las mediterráneas. En España causa mayores estragos en aquellas regiones en que se establecieron en épocas pretéritas celtas y teutones. Contra el cáncer se ensayan substancias antimitóticas (mostazas nitrogenadas) y hormonas (ováricas en el hombre, testiculares en la mujer) con prometedora esperanza, dada la supervivencia lograda y la mitigación de los síntomas.

Pasando ahora a la nutrición, vemos que hoy se hace intervenir en ella un nuevo factor, que tiene tanta importancia en la economía vital como las mismas hormonas. Nos referimos a las *vitaminas,* entrevistas por Eijkman en sus estudios sobre el beriberi y descubiertas por Funk. Parecen ser también elementos catalíticos o activadores de la nutrición. Se encuentran en las substancias alimenticias, a veces a dosis homeopáticas, otras en cantidad suficiente para ser aisladas y aun objeto de extracción industrial. De la misma manera que las hormonas regulan los órganos, las vitaminas activan o regulan la nutrición.

Por último, tenemos que mencionar que a estas horas, a mediados del siglo XX, la ciencia también ha avanzado en el campo del diagnóstico y tratamiento de la locura, que hoy se considera como una enfermedad y no como un misterio.

En el campo de la fisiología, dos capitales descubrimientos abren horizontes para el futuro. Uno es el fenómeno llamado de los *reflejos* condicionados descubierto por Pavlov. Si un perro se acostumbra a comer delante de un trapo rojo, al cabo de un tiempo bastará presentarle el trapo rojo para que las glándulas salivales y el estómago empiecen a secretar lo mismo que si tuviera que digerir algo que, sin embargo, el perro no ha comido. Este fenómeno, llamado paradójicamente «secreción psíquica», se ha repetido en innumerables procesos fisiológicos; el organismo, como demuestra la cibernética, actúa inconscientemente, automáticamente, por una acción refleja de un órgano sobre el cuerpo entero.

El segundo gran descubrimiento es que por los nervios circulan corrientes eléctricas que son la causa de la excitación de las fibras nerviosas y que en definitiva producen la contracción muscular y el movimiento. La posibilidad de reducir el fenómeno de la acción nerviosa a electricidad fue vislumbrada por Adrian, de Oxford, y la delicada experimentación de medir las corrientes nerviosas y observar su paso a través de las soluciones de continuidad que tienen las fibras la ha realizado el español Lorente de No, en el Instituto Rockefeller. Sorprende que algo tan complicado en apariencia como el movimiento, y quizás el pensamiento, tenga acaso el mismo origen o la misma manera de transmitirse que la fuerza eléctrica que mueve las dínamos o enciende una lámpara.



I. P. Pavlov.

Más resonante y sensacional, aunque probablemente menos científica en el método de elaborarla, fue la nueva doctrina del psicoanálisis lanzada por Freud y corroborada por sus discípulos apóstatas Jung y Adler. Según Freud y sus continuadores, conservamos en la mente, sin darnos cuenta de ello, infinidad de sensaciones, juicios y reacciones, muchas de ellas sexuales, que permanecen amodorradas o dormidas hasta que

un día se despiertan y nos obligan a resoluciones extrañas. Ilógicas en apariencia, son como sacudidas morbosas que no podemos dominar. Freud compara estos fenómenos a lo que ocurre en una casa donde se retiran al desván objetos inútiles y se olvidan hasta que un incendio en el desván revela la importancia destructora de aquellos trastos viejos. El psicoanálisis ha tratado de ir más allá de lo aceptable, suponiendo que algunas de estas funciones del inconsciente se basan en sensaciones recibidas en el período prenatal, esto es, antes de nacer, y también exageran Freud y sobre todo sus discípulos en la importancia suprema que dan a la *libido,* como llaman al apetito sexual, suprimida o reprimida en la época de la pubertad. Pero, con todo y haber sufrido el descrédito de los curanderos y farsantes, el psicoanálisis excusa la mayor parte del arte moderno, y hasta fenómenos políticos recientes.

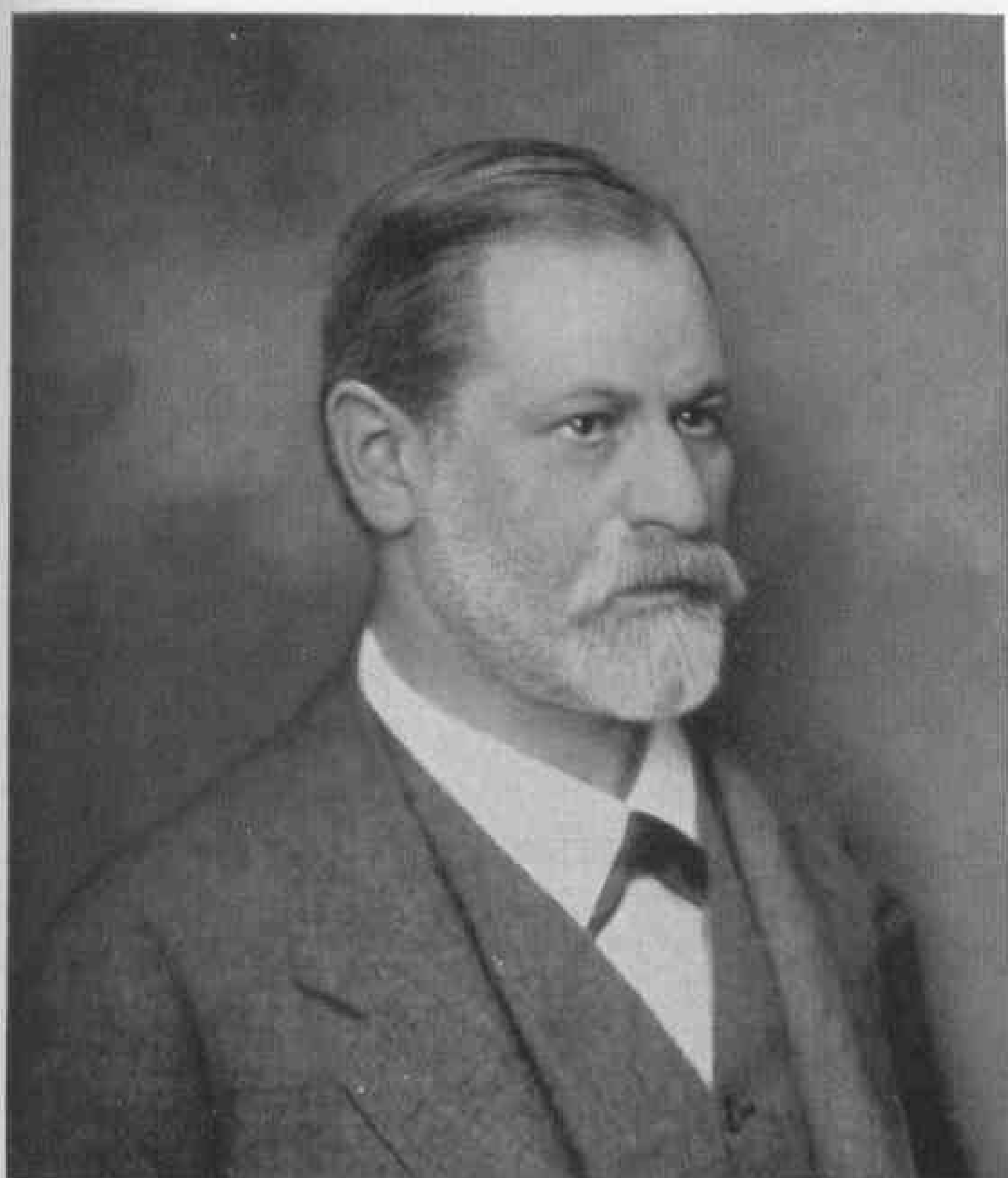
Por fin, un nuevo método de enunciación se está elaborando con la lógica simbólica por Whitehead, Russell, Carnap y otros. Es un esfuerzo para reducir las ideas a la misma precisión que tienen las fórmulas matemáticas. Actualmente esta nueva lógica dificulta más que facilita la comunicación, pero es algo en vías de desarrollo y es de esperar que su simplificación le permita popularizarse. Es algo cuya posibilidad ya sospecharon Raimundo Lulio y Leibniz. Especialmente Lulio con su *Ars Magna* casi profetizó el nuevo instrumento de discurso y raciocinio que representará la lógica futura. Y si se tiene en cuenta que los grandes pasos de la Humanidad hacia delante no se han obtenido más que con un simultáneo progreso del conocimiento y la expresión, el hecho de que algo más categórico y preciso pueda llegar a substituir nuestra lógica actual, todavía aristotélica, da esperanzas de que una nueva etapa para la vida humana es casi inminente.

E. D. Adrian.



No se pretende con la nueva lógica pensar nada nuevo, sino expresar el pensamiento con matemática precisión. Interesa ahora saber lo que se piensa actualmente todavía con vieja lógica. Parece raro que en una época como la nuestra, cuando estamos agobiados por dificultades de técnica y de organización política, aparezcan escuelas de *Filosofía Novísima.* Lo más raro es que intentan empalmar sus especulaciones de tipo metafísico con las de Descartes, Hume, Berkeley y otros pensadores que se empeñaron en resolver en el siglo XVIII las cuestiones de la existencia del yo pensante, del ser, de la realidad objetiva y de las posibilidades del conocimiento. La jerga es la misma, la del *ego,* del *cógito,* del *sum* y sus derivados, con palabras alemanas de por medio, pues que la Filosofía Novísima se engendró en Alemania por Husserl en el período de «armisticio», o sea entre las dos guerras mundiales.

Se reconoce como causante de esta nueva agitación filosófica a Kierkegaard, un pensador de Dinamarca, cuya influencia apenas se hizo sentir mientras vivió. Kierkegaard fue un solitario preocupado de su propia existencia. En el abismo de la persona humana descubre, no la curiosidad, ni el deseo de saber, sino angustia y desesperación. Para Kierkegaard el gran filósofo fue el patriarca Job, que se encara con



S. Freud.

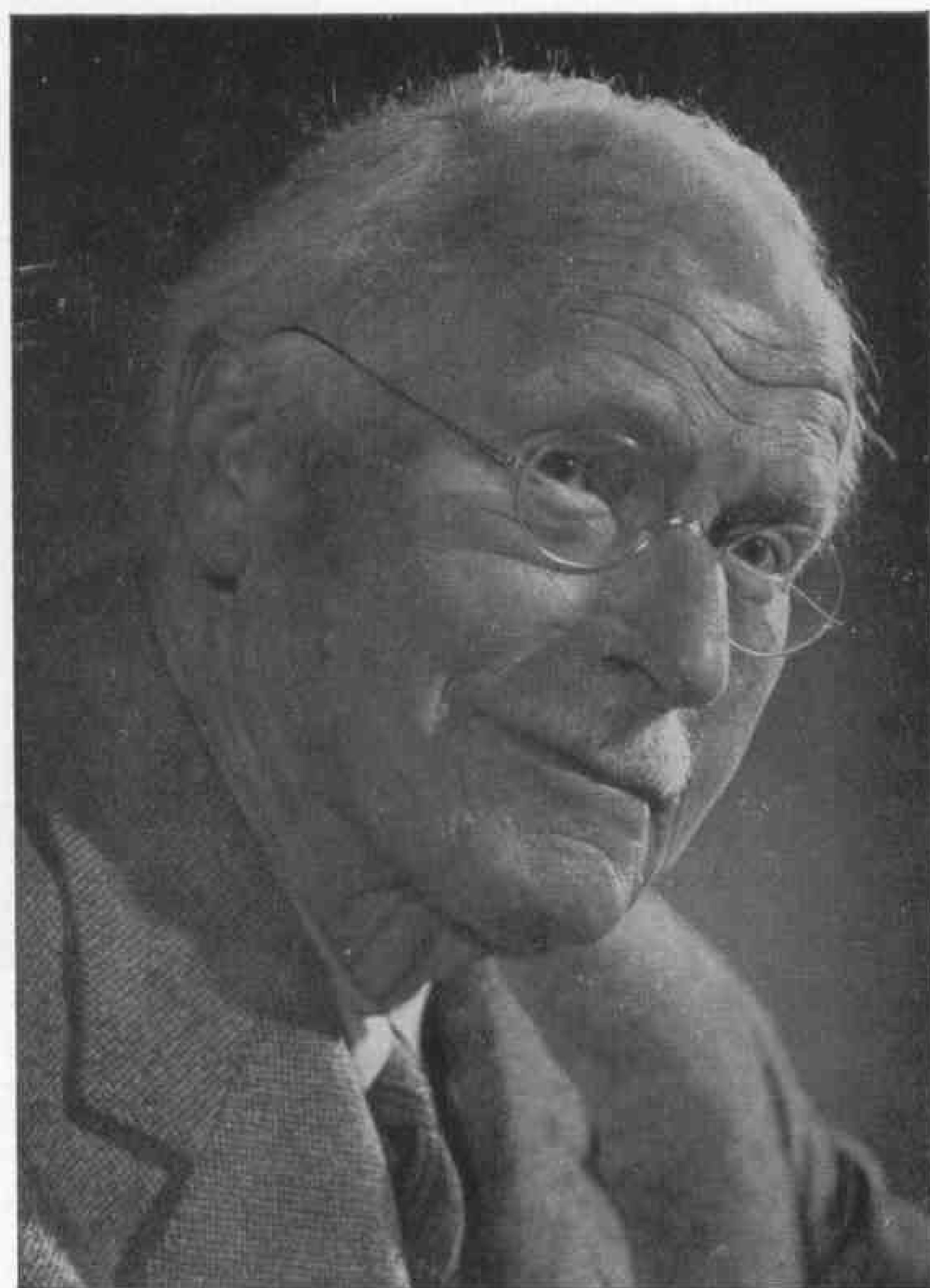
Dios, quejándose no sólo de su miseria, sino también de que le abandone en aquel estado sin darle explicación.

Pero Kierkegaard hace todavía filosofía-literatura simultánea a la filosofía-ciencia de los discípulos de Bergson. Y los alemanes impacientes quieren, hasta en épocas como la presente, filosofía «filosófica». Así se explica la aparición del existencialismo. *Existenzphilosophie* es el nombre que se da a las tendencias del pensamiento que han enseñado hasta hace poco en las universidades alemanas y suizas profesores como Heidegger y Jaspers, ambos realmente grandes por la sinceridad y el método con que exponen y elaboran sus pensamientos. Pero a su lado hay los existencialistas del ensayo, de la novela, hasta del teatro, que definen la *condition humaine* como resultado del tedio, del asco, del hombre mismo. En lugar del «pienso, luego existo», diríamos: «siento náuseas de mí, luego soy hombre... y ya como hombre pienso, reconozco mi miseria, mi pecado; percibo lo que hay fuera de mí y organizo en virtud de ello un sistema cósmico y moral».

Pero mientras la filosofía sigue estos rumbos, un revuelo extraordinario se ha producido con los descubrimientos de la cibernética. Cibernética es un término aplicado por el norteamericano Wiener para indicar las técnicas de los sistemas automáticos, tanto animales como mecánicos, y que después se ha extendido para englobar desde las máquinas más sencillas hasta los cerebros electrónicos más complicados. Los biólogos han ampliado muchísimo más su sentido al demostrar el paralelismo existente entre la ejecución de un movimiento mecánico (debido a una «información» recibida por la máquina) y un movimiento reflejo (debido a una impresión sensorial), y hasta se sostiene que los fenómenos sociales, debidos también a «informaciones», podrían considerarse como problemas mecánicos y resolverse por máquinas calculadoras. Algunos autores, llevando al máximo estas deducciones, han llegado a suponer un mundo futuro regido completamente por máquinas pensantes y de gobierno.

Todas estas ideas han agitado las cuestiones teológicas. Los hombres de ciencia son

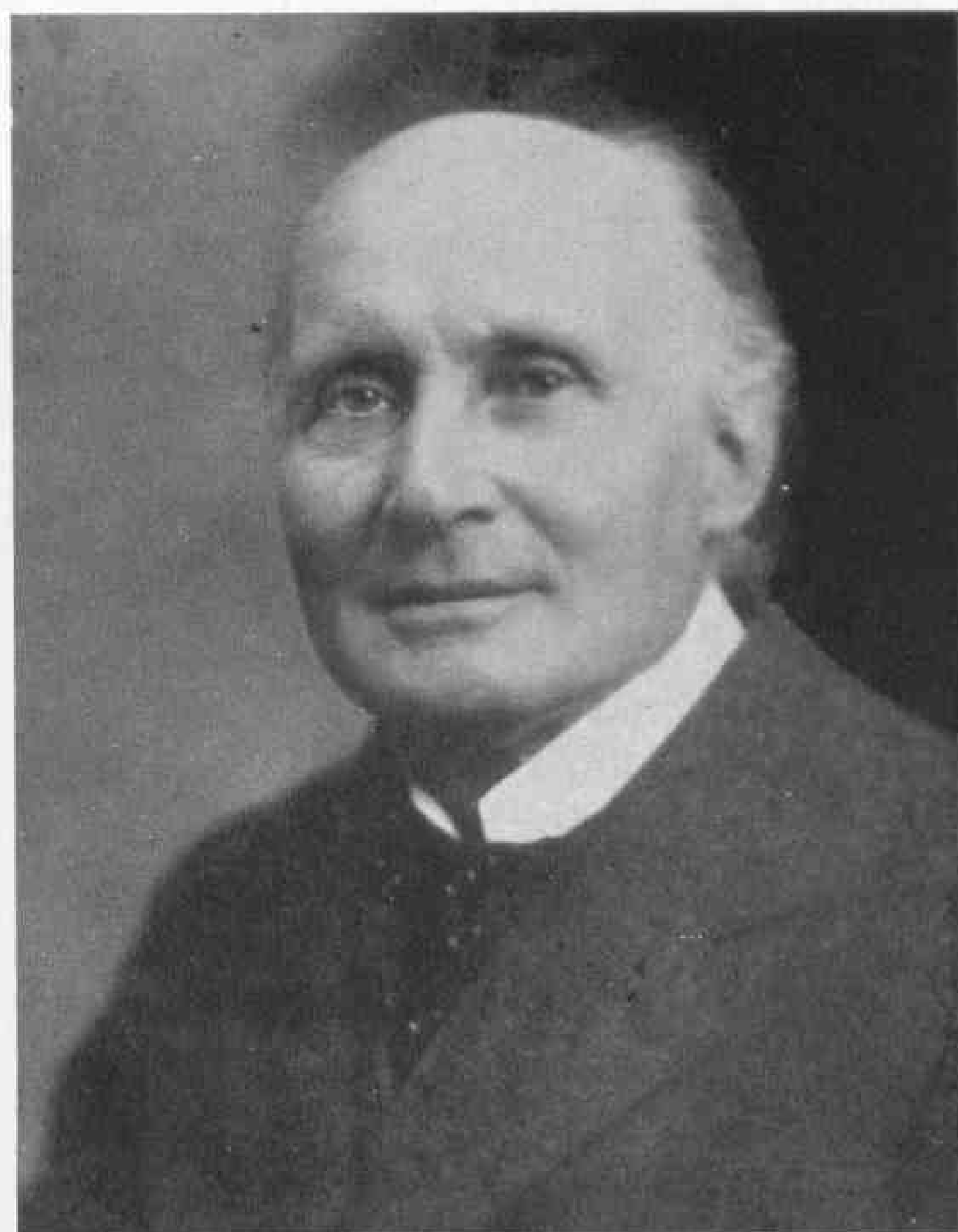
Carl Gustaf Jung.



creyentes de muy diversas maneras, desde los estrictamente agnósticos, que rehúsan preocuparse de las causas primeras, hasta los que consideran compatibles el pensar como ateos y creer como católicos o protestantes. Sin embargo, y aunque la moral presente sea todavía algo muy vago, sin imperativos categóricos ni preceptos o mandamientos de carácter religioso, una sola virtud obliga a todos aquellos sabios: la moralidad científica. Copiamos las últimas palabras pronunciadas por el gran biólogo Adrian en su discurso presidencial de la Sociedad para el Progreso de la Ciencia en la reunión de Oxford de 1954: «Si queremos aprovecharnos del progreso obtenido con nuestra curiosidad, hemos de hacer mejores ciudadanos, conocernos mejor y procurar vivir con una estricta moralidad.»

Estos consejos o preceptos puramente científicos no satisfacían la ambición de las gentes semicultas que habían vivido siglos imbuidas de ideas religiosas. La multitud de creyentes deseaban saber si de todos los progresos de la física, química y astronomía se había llegado a obtener más información de lo que los antiguos llamaron Causa Primera — el Sumo Hacedor —. El vulgo y los sabios que habían asistido a lecciones y sermones de vaga Teología querían saber si habíamos progresado en lo que debía ser el conocimiento de Dios. Con la ciencia hemos aprendido muchos caracteres de la Creación. Conocemos algo de cómo está compuesto y algo de cómo funciona el Universo, las leyes de su mecanismo. La hemos medido con unidades que son el tiempo que emplea en atravesar el espacio un rayo de luz.

Pero nada de ello ha permitido, sin embargo, aclarar cómo se formó y lo que es causa de su permanencia. Todo parece actuar como si hubiera alguien que le diera cuerda lo mismo que a un reloj.



A. N. Whitehead,
fundador de la *Lógica novísima.*



Un aspecto del Aeropuerto Internacional de Nueva York.

19 EL MUNDO DE LA POSGUERRA

Si bien es cierto que la primera Guerra Mundial dejó al mundo empobrecido, pero manteniendo todavía esperanzas de restaurarse con arreglo a los principios del liberalismo del siglo XIX, la segunda lo ha dejado aturdido, pues ha servido para demostrarle que muchos, no nos atrevemos a decir todos, de los principios en que había basado su política habían caducado y pretender reinstaurarlos era casi una locura.

Para comprender lo ocurrido en esta posguerra, hay que recordar que la lucha contra las potencias del Eje aglutinó una serie de fuerzas e ideologías dispares con la finalidad de destruir a sus enemigos, pero sin que ninguna de aquellas fuerzas se comprometiera a hacer la más mínima concesión en ninguno de los postulados que informaban cada una de sus ideologías. Una vez desaparecido el motivo que las unía, se han manifestado cada vez con mayor fuerza y sin trabas de ninguna especie.

En realidad, podemos decir que son tres las ideologías que luchan; pero a medida que pasan los años va quedando más claro que esos tres mundos no son entidades simples, sino que cada uno tiene sus propios problemas internos; las cuestiones económicas y sociales complican hasta el extremo las actitudes políticas e ideológicas.

La primera de estas ideologías es la teoría anglosajona, que, teniendo fe en el individualismo más absoluto, se empeña en que todos los pueblos de la Tierra se gobiernen por un sistema de dos partidos que alternan en el poder, siendo elegidos los gobernantes por sufragio más o menos directo. Este sistema crearía la única garantía de paz, y, por lo tanto, los anglosajones creen que su deber, como más expertos en el régi-



Franklin Delano Roosevelt.

men democrático, es imponer sus métodos parlamentarios a los demás pueblos, todavía en menor edad política. El problema de la «exportación de la democracia» tropieza con el grave inconveniente de que muchos de los países que la han recibido no estaban preparados ni políticamente ni socialmente para desenvolverse de manera adecuada en un régimen de esta clase.

Por otra parte, los eslavos, casi sorprendidos de su fuerza, creen que su deber es hacer llegar los beneficios del colectivismo estatal y el socialismo integral a la Humanidad toda. También han alcanzado la conclusión de que si bien existe una Paneslavia con alma racial, casi una patria común de los eslavos, que engloba a rusos, ucranianos, polacos, croatas, checos, búlgaros y serbios, la finalidad de su régimen es el internacionalismo comunista. Si junto a este ideal colocamos el vago mesianismo universal que late en el alma rusa (ya vislumbrado en el zar Alejandro y en las novelas de Dostoievski), tendremos explicada hasta cierto punto una de las constantes políticas de nuestra época.

En último término hay que tener en cuenta la ideología sustentada por uno de los países vencidos, el Japón, que sembró en toda el área de su bélica dominación la semilla de una doctrina de Monroe para el uso de Extremo Oriente: Asia para los asiáticos. La difusión de esta doctrina ha producido como reacción la aparición de un feroz nacionalismo que ha acabado también extendiéndose a Africa.

En resumen, los factores de la posguerra son tres: 1.°, imperialismo de tipo democrático, vinculado a los Estados Unidos; 2.°, imperialismo comunista, capitaneado por la URSS; 3.°, nacionalismo afro-asiático.

El primer problema que había que resolver una vez terminada la guerra era el de las relaciones de los países vencedores entre sí y con los vencidos, es decir, la posibilidad de tratar de compaginar los distintos intereses e ideologías que se manifestaban antagónicos. Este problema, planteado ya durante la guerra, trató de solucionarse mediante la creación de un organismo supranacional, herencia de la Sociedad de Naciones, la denominada Organización de las Naciones Unidas.

Veamos rápidamente su formación y constitución.

El día 1 de enero de 1942, una declaración de cuarenta y ocho países, por la cual éstos se comprometían a luchar sin descanso contra las fuerzas del Eje, empleaba por vez primera el nombre de Naciones Unidas. Después, entre los meses de agosto y octubre de 1944, se celebraron unas conferencias en Dumbarton Oaks en las que delegados de los países que luchaban contra Alemania y el Japón elaboraron un proyecto de Carta casi idéntica a la que aprobaron cincuenta naciones reunidas en San Francisco de California, en unas sesiones que duraron del 25 de abril al 27 de junio de 1945. El 24 de octubre de ese mismo año quedaron constituidas oficialmente las Naciones Unidas.

Los propósitos que las animan tienden a

la universalidad y se refieren tanto al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y el fomento de las relaciones amistosas entre los diferentes países, como a la cooperación internacional para resolver problemas económicos y culturales. Tienen como base el principio de la igualdad soberana de todos los miembros de la organización, quienes se han comprometido a arreglar toda disputa internacional por vías de paz y de justicia, no recurrir a la amenaza ni a la fuerza en sus relaciones con los demás Estados, prestar a las Naciones Unidas todo su apoyo en cualquier acción que éstas emprendan de acuerdo con la Carta y no apoyar a Estados contra los cuales se decida una acción preventiva.

Los organismos principales de que se compone son seis: Asamblea General, Consejo de Seguridad, Secretaría, Consejo Económico y Social, Consejo de Administración Fiduciaria y Tribunal Internacional de Justicia. Aquí sólo expondremos el funcionamiento de los tres primeros, por ser los más importantes.

La Asamblea General está formada por la reunión de todos los Estados miembros de la Organización, cada uno de los cuales tiene un voto. Sus acuerdos se toman por la mayoría de las dos terceras partes en los asuntos importantes; en los de trámite basta la simple mayoría. Es más bien un organismo consultivo y tiene a su cargo la elección de los miembros no permanentes del

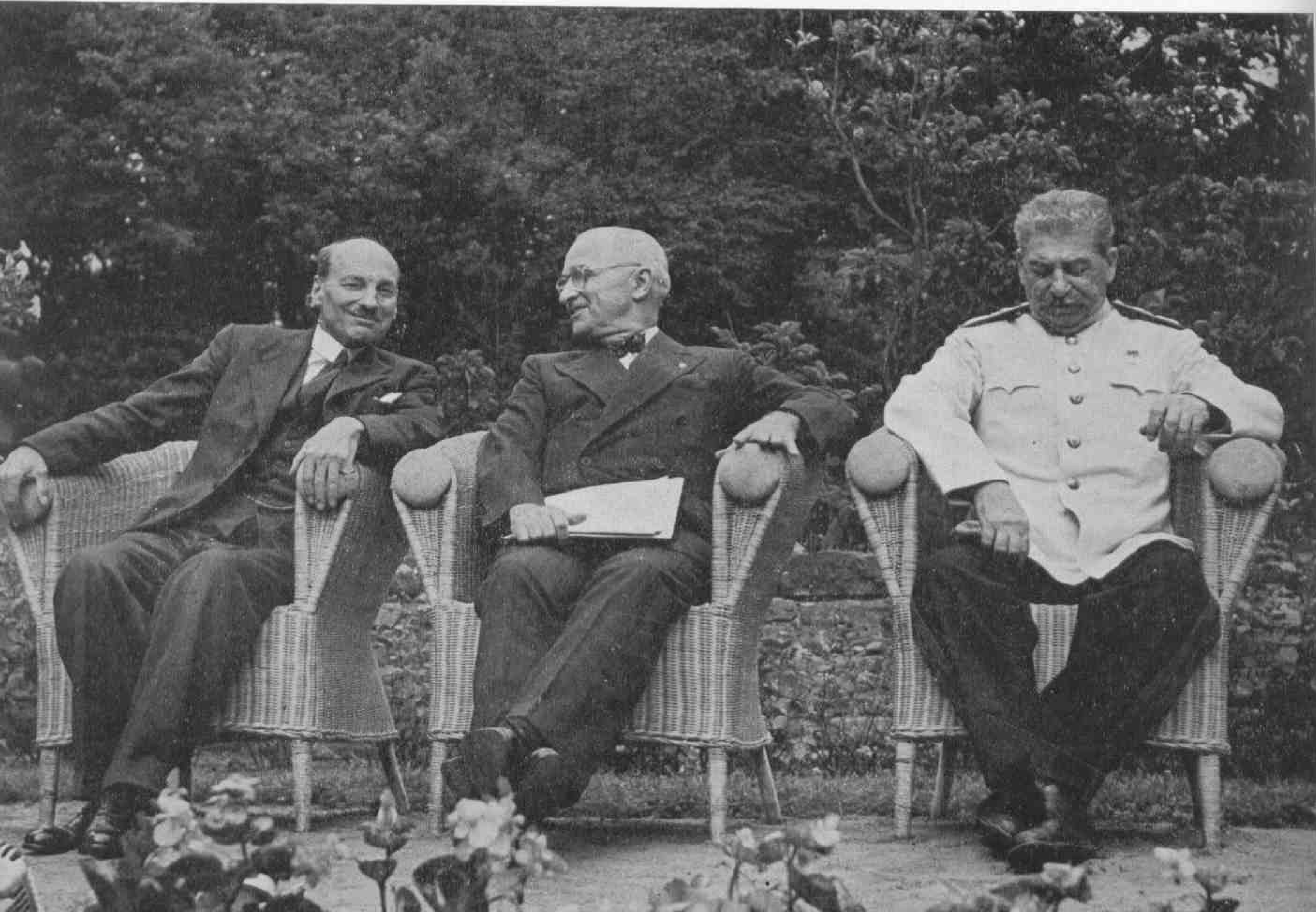
Aspecto de la Conferencia de Potsdam, junio de 1954.



Consejo de Seguridad y la del Secretario General, y el estudiar y aprobar los presupuestos; en cambio, en los asuntos verdaderamente importantes de la política mundial no puede sino recomendar o aconsejar. Se reúne dos veces al año (en primavera y otoño), aunque pueden convocarse reuniones extraordinarias de la misma. El 3 de noviembre de 1950 se llevó a cabo una modificación substancial de la Carta, que consistió en adoptar la resolución de que, si el Consejo de Seguridad no consigue llegar a un acuerdo por el empleo del veto, la Asamblea General será convocada en veinticuatro horas y los acuerdos que ésta tome por mayoría de los dos tercios de votos no podrá suspenderlos ni modificarlos el Consejo de Seguridad.

El Consejo de Seguridad se compone de once miembros, divididos en cinco permanentes (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China) y seis elegidos por la Asamblea General para un período de dos años. Sus funciones consisten en el mantenimiento de la paz en todos sus aspectos, recomendar la admisión de nuevos miembros, ejercer la administración fiduciaria de las Naciones Unidas en zonas estratégicas y dar informes a la Asamblea General. Para llegar a un acuerdo es necesario que la propuesta obtenga el voto favorable de siete miembros, cinco de los cuales deben ser de los miembros permanentes. El voto en contra de uno de éstos se llama «veto» e invalida todo acuerdo. El Consejo funciona permanentemente.

Los tres Grandes en Potsdam: Attlee, Truman y Stalin.



Aspecto de la sala de sesiones en una reunión de las N.U.

La Secretaría la forman el Secretario General y sus auxiliares. El Secretario es el principal elemento administrativo de las Naciones Unidas; está facultado para llevar ante el Consejo de Seguridad cualquier asunto que pueda alterar la paz mundial. Cada año somete a la Asamblea un informe sobre lo realizado por la Organización.

Además de los citados anteriormente, figuran como organizaciones especializadas la OIT (Organización Internacional del Trabajo), la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), la OACI (Organización de Aviación Civil Internacional), el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el Fondo Monetario Internacional, la CFI (Corporación Financiera Internacional), la OMS (Organización Mundial de la Salud), la UPU (Unión Postal Univer-

Konrad Adenauer.





Monumento al puente aéreo en Berlín.

sal), la OMM (Organización Meteorológica Mundial), la OCMI (Organización Consultiva Marítima Internacional) y la OIEA (Organización Internacional de Energía Atómica).

Hasta aquí la institución teóricamente establecida. El funcionamiento práctico no ha sido, desde luego, perfecto, pero presenta un balance no desdeñable. La tensión entre las grandes potencias puso en grave peligro a la Organización, sobre todo debido a los abusos del veto por parte de la Unión Soviética; en los años de guerra fría, la O.N.U. llegó a convertirse en una plataforma de propagandas opuestas. En 1950, una circunstancia casual (la ausencia del delegado soviético) dio lugar a la primera decisión importante, que fue el apoyo de las Naciones Unidas a la acción de los Estados Unidos en Corea, y la creación de una fuerza internacional. Más decisiva fue, en 1956, la intervención de la O.N.U. para detener y neutralizar el ataque de Israel, Gran Bretaña y Francia a Egipto, gracias al acuerdo tácito, en este punto, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Y en 1960, la decisión personal del Secretario General Dag Hammarskjold hizo posible la intervención activa de las Naciones Unidas en el Congo, aunque aquí los intentos de pacificación se están perdiendo en el laberinto del primitivismo racial y la confusión económica, agravados aun por las presiones de los grandes bloques internacionales.

Una pregunta cabe hacerse inmediatamente después de leer lo que antecede: ¿Han fracasado las Naciones Unidas? La respuesta ha de ser rotundamente negativa. Las Naciones Unidas no han fracasado. Para juzgarlas hay que tener presente que no es posible que naciones como las europeas, por ejemplo, lancen sus siglos de historia por la borda, y que otras más jóvenes desechen unos métodos de vida y una ideología que las han llevado a compartir la cima del poder mundial. Teniendo todo esto en cuenta hemos de llegar a la conclusión de que las Naciones Unidas constituyen, a pesar de sus defectos, lo mejor de cuanto podemos disponer los hombres de nuestra época.

Porque es evidente que hoy el mundo va adquiriendo conciencia de su unidad: por una parte, el comunismo ha tendido siempre a la unión mundial; y por otra, en los Estados Unidos existe, desde la primera Guerra Mundial, una poderosa corriente de universalismo que lleva a sus políticos y aun a sus ciudadanos a creer que la humanidad avanza hacia una federación de naciones, y en Europa son evidentes las señales de deseos de unificación. Las pruebas de ello son muchas y de distintos órde-

nes: la evolución demográfica, que obligará a hallar soluciones de conjunto para sus problemas, y en especial el económico; el desarrollo de unas comunicaciones que tienden a empequeñecer el mundo; la realización de programas científicos y técnicos (conquista espacial, por ejemplo) que exigirán la colaboración de todos los países. Así, pues, si tanto el comunismo como la democracia se ven abocados, por las nuevas formas de vida sobre todo, a la unidad, ¿qué importancia real puede tener que el jefe de uno de los bloques que dominan el mundo golpee con un zapato el pupitre de su escaño durante una sesión de la Asamblea de las Naciones Unidas?

Sintetizado ya el problema de las ideologías de los triunfadores de la guerra y el sistema creado para facilitar la convivencia política, tracemos en rápidos rasgos lo que ha sido la postguerra hasta el momento presente. Ahora bien, para la correcta exposición de estos sucesos bueno será que consideremos dividida esta posguerra en tres períodos: el llamado de «apaciguamiento», el de la «guerra fría» y el de la «coexistencia pacífica».

El apaciguamiento, puesto en práctica ya durante la guerra, se debe en gran parte a la política personal del presidente Roosevelt, que contaba con atraer al Gobierno ruso a la colaboración sincera y eficaz, en los problemas planteados, en virtud de su sola influencia personal; la otra parte se debió al entusiasmo que provocó entre el pueblo norteamericano la enorme capacidad de sacrificio de que dieron muestras los rusos en su lucha contra el Tercer Reich.

Reunión de la OECE en el castillo de La Muette.





Reunión de la NATO celebrada en Westminster (junio de 1959).

Aunque Roosevelt murió antes de llegar a sus últimas consecuencias, Truman, su sucesor, no se dio cuenta de los peligros que implicaba hasta que ya era demasiado tarde. En realidad, el apaciguamiento fue la desigual lucha entre el idealismo democrático norteamericano y el imperialismo ruso de signo comunista.

En mayo y septiembre de 1945 terminaba la guerra por capitulación del Tercer Reich y del Japón, respectivamente. La política que iba a seguirse era la del apaciguamiento. En efecto, el 5 de junio la Comisión Aliada de Control, según lo acordado en Yalta, publicó una declaración en la que se establecía la división de Alemania en cuatro zonas de ocupación: los territorios situados al este del Elba, con Sajonia y Turingia, quedaban para la URSS; Baviera y parte de Wurtemberg y Baden, para Estados Unidos; Westfalia, el Ruhr, parte de Renania y Hannóver con Hamburgo y el Schleswig-Holstein, para Gran Bretaña; y parte de Wurtemberg, de Baden, de Renania y todo el Sarre, para Francia. Se accedía a todas las exigencias planteadas por la URSS durante la guerra, especialmente en materia de reparaciones.

Algo parecido ocurrió en la Conferencia de San Francisco, donde se admitió, en la Organización de las Naciones Unidas, el derecho de veto, también exigido por Rusia. Poco después se celebró la conferencia de Potsdam (16 de julio a 2 de agosto), entre Truman, Stalin y Churchill-Attlee, en la que se consiguieron acuerdos incompletos acerca del restablecimento de la paz, los criminales de guerra, la ocupación de Alemania, las fronteras de Polonia, los futuros tratados de paz, y, sobre todo, algo verdaderamente constructivo: la formación de un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, órgano de intercambio periódico de puntos de vista entre los vencedores.

Sin embargo, las sucesivas reuniones de este Consejo, desde septiembre de 1945 a diciembre de 1946, evidenciaron el profundo abismo que separaba a Occidente de Oriente. Las relaciones entre los antiguos aliados fueron enfriándose: las dos partes pronunciaron discursos en que se acusaban mutuamente de ser los responsables del desconcierto. Cada bando imponía su ley en las zonas ocupadas por sus tropas, dejando a Europa dividida de hecho en dos zonas de influencia, a las que separaba un «telón de acero». Se prepararon los tratados de paz que debían firmarse con todos los antiguos aliados de Alemania, pero sobre el destino de este país no se pudo llegar a ningún acuerdo; ante el fracaso, los Estados Unidos y la Gran Bretaña decidieron, a fines de 1946, unificar económicamente sus territorios de ocupación, y poco después Francia se adhirió a este acuerdo, y se creó un Consejo Económico con ciertos poderes legislativos. De esta triple unión nacería la República Federal Alemana. El apaciguamiento había muerto.

El período siguiente es el denominado de la «guerra fría». Sus inicios hay que situarlos en la época en que la presión rusa sobre Turquía y la de los Estados balcánicos sobre Grecia era intensísima y el presidente Truman les concedió ayuda económica y militar (Doctrina Truman, mar-

Rockefeller, gobernador de Nueva York, contemplando el «Muro de la vergüenza» de Berlín.



zo de 1957). El segundo paso fue el establecimiento del «Plan Marshall», debido al entonces secretario de Estado norteamericano general George Marshall, anunciado en un discurso pronunciado en la Universidad de Harvard el día 5 de junio de 1947, en que sostuvo la necesidad de ayudar económicamente a la reconstrucción de Europa. Pocos días después se reunió en París una conferencia, en la que tomaron parte Gran Bretaña, Francia y la URSS para preparar las bases de aquella ayuda; pero ya desde el primer momento la URSS puso reparos a este plan aduciendo que impondría cierta intervención en los asuntos internos de los países que recibieran ayuda. Al final, tanto ella como los países comunistas renunciaron a la aceptación de tal plan. La división del mundo en dos bloques era un hecho. Durante algún tiempo, la Europa Occidental tuvo que temer, si no un ataque directo del ejército soviético, una subversión interna de los agitadores comunistas; dentro de cada país, dos bloques antagónicos se hacían la guerra a muerte, tanto en el parlamento como en los sindicatos.

Gracias al Plan Marshall, Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica y Holanda pudieron reponerse de las enormes pérdidas materiales experimentadas durante la guerra. Quizá como respuesta a este intento norteamericano, los representantes de los partidos comunistas europeos se reunieron en septiembre de 1947 y crearon el *Kominform,* oficina de información para coordenar las actividades comunistas en toda Europa, (disuelta en 1956); en 1949 se constituyó el *Comecon,* organismo de coordenación económica entre los países comunistas.

Dos cuestiones centraban, no obstante, las tirantes relaciones entre el Este y el Oeste: la energía atómica y Alemania. La Unión Soviética se sentía en el fondo amenazada por el monopolio americano de las armas atómicas, y lanzó a sus espías por el mundo entero para hacerse con el secreto de su fabricación, mientras una comisión de las Naciones Unidas trataba en vano de conseguir un acuerdo para su control. Paradójicamente, la explosión de la primera bomba rusa, en 1948, contribuyó a establecer una especie de equilibrio, que se extendió, en 1953, al campo termonuclear, al conseguir la URSS su bomba de hidrógeno.

Alemania seguía siendo una pieza importantísima en el tablero de juego europeo. Al crear los aliados occidentales una entidad económica, a la que se fueron otorgando poco a poco ciertos derechos políticos, la reacción rusa, con el bloqueo de Berlín, que iba a señalar el apogeo máximo de la presión comunista sobre Occidente y al propio tiempo el inicio de su retroceso. Después de la rendición de Alemania, Berlín había quedado dividido en cuatro sectores,



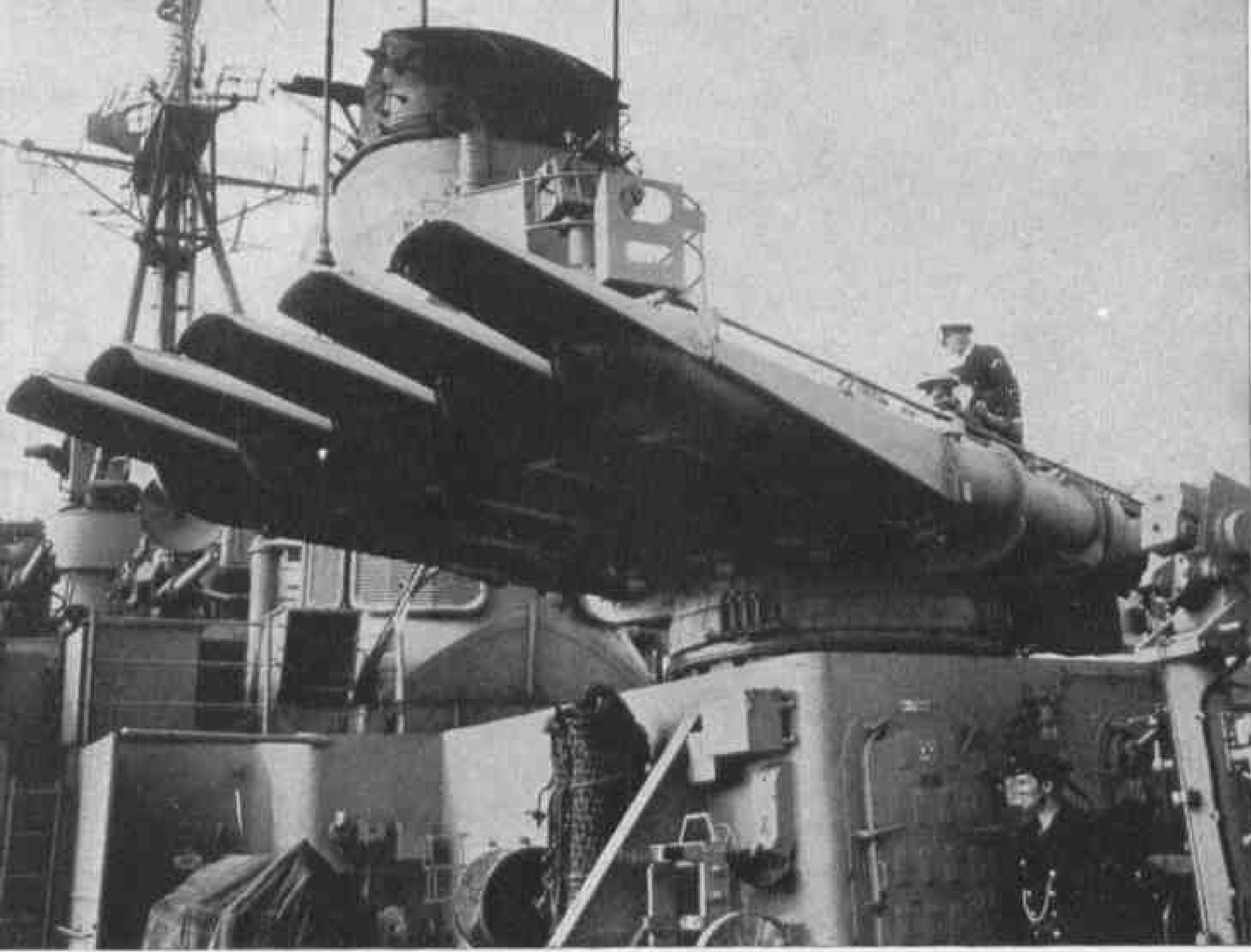
Mao-Tse-Tung.



Llegada de Kruschev a Washington para celebrar su entrevista con Eisenhower.

ocupado cada uno de ellos por norteamericanos, ingleses, franceses y rusos. Desde junio de 1948 a mayo de 1949 los rusos bloquearon los accesos de los occidentales a su respectivo sector de ocupación de Berlín, con la finalidad de que éstos abandonaran la ciudad. Pero entonces aquellos mismos occidentales que parecían batirse en constante retirada llevaron a cabo un hecho que dejó al mundo estupefacto: el puente aéreo, o sea el abastecimiento de sus fuerzas y de la población alemana de sus zonas mediante la aviación, la cual, además, sólo tenía para volar un estrecho corredor aéreo. La espectacularidad de esta acción no consistió tan sólo en el hecho de oponerse a un acto de fuerza, sino que residió en el temple, eficiencia, técnica, disciplina y sangre fría que requirió tal operación.

Ante la amenaza, Occidente reaccionó uniendo sus filas y organizándose militarmente. De entonces arranca un movimiento para unificar a los diversos países europeos, dándoles fuerza para resistir, en lo político como en lo económico, a la posible agresión externa o interna del comunismo. El primer paso remoto lo dieron Bélgica, Holanda y Luxemburgo, que crearon una unión aduanera, el Benelux, al terminar la segunda Guerra Mundial. El segundo fue la creación de la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), en abril de 1948, para coordinar las necesidades económicas de los países acogidos al Plan Marshall y distribuir los beneficios del mismo; al terminar el Plan, este organismo se convirtió en Organización Económica de Cooperación y Desarrollo (OECD), cuyo objetivo consiste en promover el desarrollo de la producción y el comercio entre los países



Rearme alemán: batería de tubos lanzatorpedos de un destructor de la nueva marina germana.

atlánticos, así como la elevación del nivel de vida en los países poco desarrollados (1960). El Consejo de Europa, creado en Mayo de 1949 con su sede en Estrasburgo, y al que han ido incorporándose casi todos los estados europeos, representa un lazo cultural e ideológico, y al mismo tiempo un tímido proyecto de asociación política.

En el campo económico las tendencias unificadoras en Europa han tenido efectos mucho más profundos. En 1950, el ministro francés Schuman propuso la unión de las industrias alemanas y francesas del carbón y del acero, a la cual podrían asociarse otros países; en consecuencia se constituyó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), que agrupaba a Francia y Alemania Occidental junto con Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Si fracasó, como se ha dicho antes, el intento de doblar este acuerdo con la creación de un ejército europeo, la asociación de los países antes citados se reanimó con el establecimiento del Euratom y sobre todo del Mercado Común Europeo (Roma, 1957), cuyos resultados, sobre todo en el aspecto industrial y comercial, han constituído un éxito rotundo, que ha suscitado ya la asociación al mismo de Grecia y Turquía y las negociaciones con otros varios. Ante estos hechos, Gran Bretaña favoreció la creación de la zona Europea de Libre Comercio (en inglés, EFTA), de lazos mucho más laxos, con el objetivo principal de facilitar la relación económica de sus miembros (Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Suecia y Suiza, con la Gran Bretaña) con el Mercado Común.

El problema de la defensa de Occidente dio cierta prioridad a los planes de asociación militar, iniciados en 1948 con el Tratado de Bruselas, que era una alianza de los países de la Europa Occidental, en la que ingresó en 1955 la propia Alemania Federal al fracasar la Comunidad Europea de Defensa, que debía haberse encargado de canalizar el rearme alemán. La medida capital fue la firma del Pacto Atlántico (4 de abril de 1949), estrecha alianza de diez naciones europeas con los Estados Unidos y el Canadá, al que luego se unieron Grecia y Turquía; la organización militar del Pacto (OTAN) levantó un ejército de 55 divisiones, cuyo mando se encargó al general Eisenhower. En cuanto a Alemania, la parte ocupada por los occidentales se constituyó en República Federal con el beneplácito de los aliados; su capital se estableció en Bonn, y su Gobierno fue dirigido, hasta 1963, por el canciller Adenauer. Por su parte, los comunistas de la zona de ocupación rusa crearon la República Democrática Alemana. Es-

Revolución húngara. Derribo de la estatua de Stalin.




El Alcázar de Toledo tal como quedó después del asedio, con tres de sus torreones y casi la totalidad de una fachada demolidos por efecto de las minas y la incesante acción artillera.

ta solución, que condena al pueblo alemán a quedar dividido en dos naciones de regímenes opuestos, es evidentemente inestable, y a menudo explosiva, pero parece ser aceptada como un mal necesario que puede paliarse, pero no suprimirse; los incidentes suelen centrarse alrededor de la situación en Berlín, último símbolo de la unidad alemana, al que los rusos dividieron en dos, en 1962, por medio de un muro interior.

La acción comunista se dirigió también al Asia. En primer lugar, el régimen de Chang-Kai-Chek se había derrumbado en China. El fin de la guerra contra el Japón no había significado la paz en China, pues los ejércitos nacionalistas continuaron la lucha contra las fuerzas comunistas; éstas se beneficiaron enormemente de la ocupación de Manchuria por los rusos y la posesión de los inmensos depósitos de armas abandonados por los japoneses y también les fue posible adquirir las armas que los Estados Unidos entregaban a Chang-Kai-Chek. El resultado fue que en menos de un año los nacionalistas perdieron todo el territorio continental y hubieron de refugiarse en Formosa. Esto creó un desasosiego en toda aquella zona cuyas consecuencias se están palpando todavía.

Pero esto no fue lo grave. Lo peligroso fue la guerra de Corea. Dividida la península después de la derrota del Japón en Corea del Norte (ocupada por los rusos) y Corea del Sur (ocupada por los norteamericanos), los esfuerzos de los occidentales, tras la retirada de todas las fuerzas de ocupación, para la formación de una Corea unificada provocaron una reacción violenta. El 25 de junio de 1950 los ejércitos de Corea del Norte atravesaron el paralelo 38, frontera de ambas Coreas; las tropas de Corea del Sur no pudieron hacer más que retirarse. Los momentos eran emocionantes. ¿Qué iba a pasar? El presidente Truman ordenó que la marina y la aviación de los Estados Unidos ayudaran a las fuerzas de Corea del Sur y convocó la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que condenó a los norcoreanos y exigió su inmediata retirada al norte del pa-



La presa de Aldeadávila, en el Duero, la mayor de la Europa occidental.

ralelo 38; al no ser obedecido se dispuso la intervención militar, que corrió a cargo de los Estados Unidos, pues las demás naciones enviaron ayudas «simbólicas». Tras la resistencia a ultranza de norteamericanos y surcoreanos en Fusán, los norteamericanos desembarcaron en Inchón y llegaron hasta la frontera con Manchuria, lo cual provocó la entrada en liza de las fuerzas comunistas chinas y la retirada de las norteamericanas. La idea de que era necesario establecer la paz se abrió camino, y el 10 de julio de 1951 empezaron las negociaciones para conseguir un armisticio, que terminaron, tras varias alternativas, en 1953 (armisticio de Panmunjón).

Pero la lucha no había terminado aún en Asia. El imperialismo comunista inició su actuación en Indochina, que llegó a su punto culminante en 1954 con el asedio por los rebeldes de la fortaleza francesa de Dien Bien Phu, cuya ocupación aceleró la necesidad de llegar a un acuerdo. La Conferencia de Ginebra acordó un alto el fuego a base de dividir el Viet-Nam en dos partes: el del Norte, con todo el Tonquín, para los comunistas, y el del Sur, democrático, y la retirada de todas las fuerzas francesas.

Pero ni la creación del Pacto del Sudoeste Asiático (en inglés, SEATO) ni el directo apoyo militar de los Estados Unidos han bastado para afirmar en el poder a los regímenes pro-occidentales de la península indochina. En Laos, y como mal menor, una nueva conferencia de Ginebra, en 1961, hizo aceptar el Gobierno neutralista del príncipe Suvana Fuma, y en el Viet-Nam del Sur, después de la caída y asesinato del occidentalista Ngo-Dihn-Diem (noviembre de 1963) las facciones militares y religiosas oscilan entre la neutralización y la extensión de la guerra que sostienen contra las guerrillas comunistas.

Tras las negociaciones para el armisticio en Corea, la muerte de Stalin (6 de Marzo de 1953) había abierto un gran paréntesis en la «guerra fría». Sus sucesores, Malenkov

Despedida de Franco y Eisenhower después de la visita del último a Madrid el 23 de diciembre de 1959.





El fallecido Mohamed V de Marruecos acompañado de su hijo, actual soberano, y del dirigente argelino Ferhat Abbas.

primero, y luego y sobre todo Kruschev procuraron reducir la tensión por medio de acuerdos parciales. Después del arreglo de Indochina vino el tratado de paz con Austria, y finalmente la conferencia de los Cuatro Grandes en Ginebra (julio de 1955), cuyo «espíritu» sirvió para definir y proclamar la «coexistencia pacífica» entre los dos grandes sistemas opuestos. Dentro del bloque comunista, esta simple palabra significaba una rectificación por lo menos táctica de algunas de las teorías de Marx y Lenin sobre la necesidad de la violencia interna e internacional para lograr el triunfo del comunismo, y abrió una crisis profunda que todavía no ha sido resuelta. El punto de partida fue, en febrero de 1956, el XX Congreso del Partido Comunista Soviético, en el que se inició la política de desestalinización; los propios partidos comunistas de los llamados países satélites mostraron su inquietud, y polacos y húngaros intentaron librarse de la tutela de Moscú. Los primeros lo consiguieron en parte, y sin violencia, pero el levantamiento de Hungría fue aplastado por la fuerza con la intervención del ejército ruso (octubre de 1956). Kruschev vaciló ante las graves consecuencias de su política, pero consiguió triunfar sobre los enemigos a su alrededor; sin embargo, pronto apareció un desacuerdo creciente entre la actitud política y los principios teóricos del comunismo ruso y chino, y en cada nueva crisis internacional (revolución del Irak, desembarco de los americanos en el Líbano, tensión en el estrecho de Formosa), a lo largo de 1958, los chinos adoptaron una postura intransigente, mientras Kruschev se inclinaba una y otra vez por la contemporización, buscando un acuerdo con los Estados Unidos. Lo consiguió casi en su visita al presidente Eisenhower (entrevistas de Camp David, septiembre de 1959), pero poco después surgió el incidente del avión-espía americano, que hizo fracasar estrepitosamente la reunión de los Grandes en París. Entretanto, el cisma comunista quedó abierto y patente en la reunión de Moscú de noviembre de 1960, y se agravó en el XXIII Congreso del Partido Comunista Soviético (octubre de 1961), en el cual se aceleró el proceso de desestalinización, ordenando la retirada del cadáver de Stalin del mausoleo que compartía con Lenin en la Plaza Roja, y la substitución de su nombre en los accidentes geográficos. Ante la terrible crisis cubana de octubre de 1962 —que coincidió además con el ataque chino a las fronteras de la India— Kruschev aceptó también una solución blanda frente a la firme resolución del presidente Kennedy; la política de coexistencia culminó, en agosto de 1963, en la firma del tratado de suspensión de pruebas nucleares. Sin duda todo ello colmó la impaciencia de algunos comunistas ante el «subjetivismo» y el «revisionismo»

del jefe soviético; su destitución llegó por fin en octubre de 1964, en vísperas de la explosión de la primera bomba atómica china, que él había procurado impedir.

En cuanto a España, una vez lograda la victoria en su Cruzada de Liberación, hubo de enfrentarse con acuciantes problemas de toda índole, planteados no sólo por la ruina económica resultante de la lucha que la había devastado durante casi tres años, sino también por la circunstancia de coincidir el período de posguerra con la segunda Guerra Mundial, que acababa de desencadenarse. Años llenos de amenazas y de inestabilidad en que su caudillo, el Generalísimo Franco, tuvo que dirigir su política con la habilidad y el acierto con que había dirigido las operaciones militares, ya que estaba en juego la neutralidad de su pueblo, expuesto a verse envuelto en un conflicto bélico de enorme envergadura

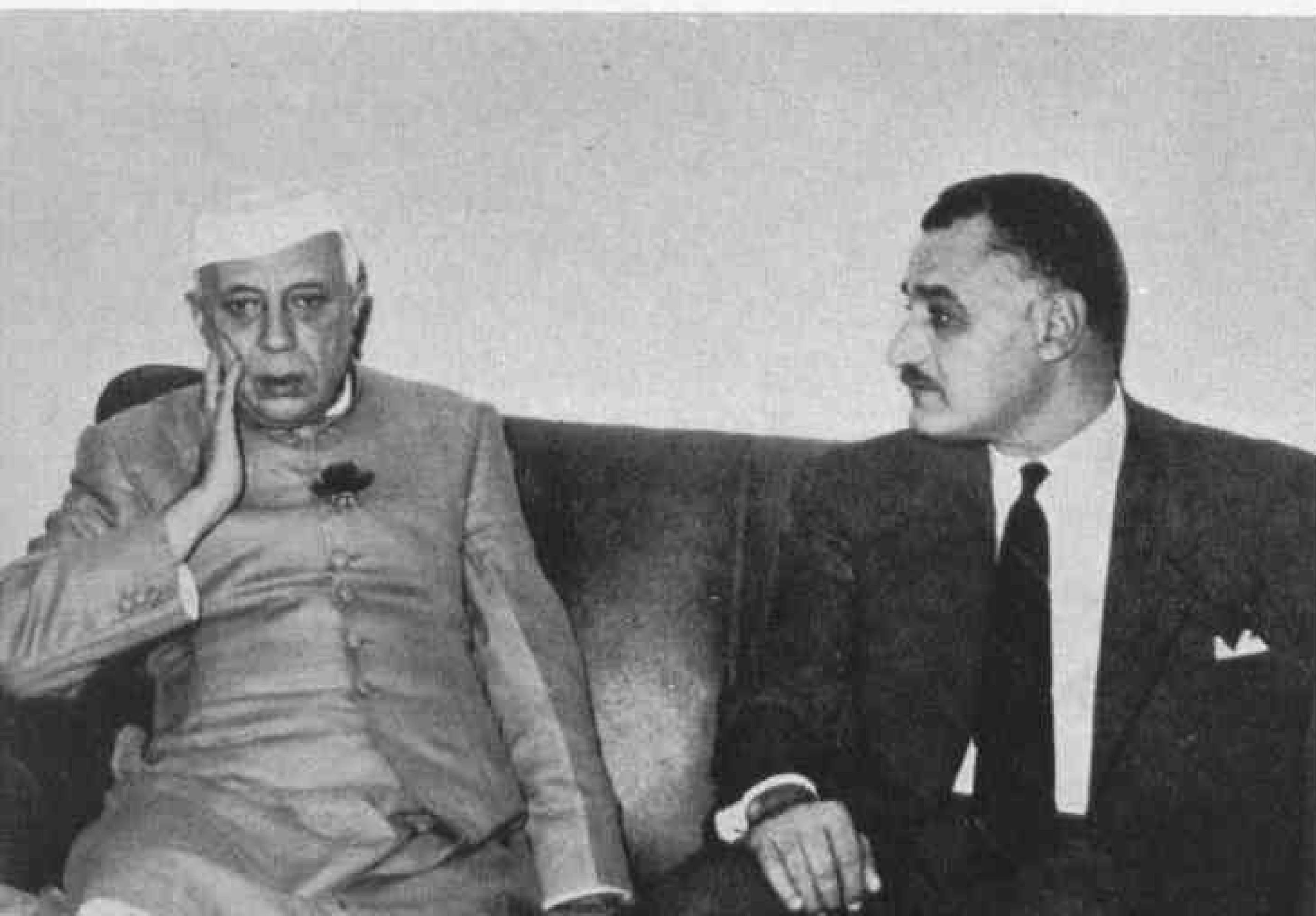


Ben Bella.

Tropas leales en Argel durante el levantamiento de los «ultras» de Salan.

Marruecos: Presa de Bin-el-Ouidan.

cuando apenas había empezado a restañarse las heridas de su sangrienta contienda. No beligerante, pero inclinado a las potencias del Eje, que le habían apoyado en los años difíciles de la lucha civil, Franco supo, sin embargo, resistirse a las exigencias de Hitler y con ello prestar un servicio a los Aliados, que éstos reconocieron públicamente, si bien no quisieron olvidar pasadas actitudes y, ya en la paz, iniciaron una política de aislamiento hacia España que culminó en la decisión de las Naciones Unidas, en diciembre de 1946, de recomendar a sus miembros la retirada de embajadores o ministros en Madrid. La medida no hizo otra cosa que fortalecer interiormente al régimen, que, al mismo tiempo, iba poco a poco modificando su estructuración hacia una democracia de tipo orgánico con Cortes, referéndum, Fuero de los Españoles, etc. En la Ley de Sucesión del 26 de julio de 1947, el Generalísimo Franco definió el Estado como un reino, es decir, la monarquía tradicional, aunque sin monarca.



El fallecido Pandit Nehru, con Nasser.



Patrice Lumumba.

Todo este conjunto de circunstancias ha retrasado la recuperación de España. Aislada, excluida de los beneficios del Plan Marshall que tanto contribuyeron a reconstruir a otras naciones europeas, incluso las vencidas, y teniendo que valerse por sí misma en la ingente labor, ha conseguido sobrevivir y prosperar en el aspecto económico, creando una industria casi inexistente y modernizando la tradicional, revalorizando las zonas de cultivo y construyendo presas y pantanos para hacer frente a la demanda de energía de la nueva industria y acometer ambiciosos planes de regadío de inmensas zonas que antaño eran desolados páramos.

A estos logros económicos, han de añadirse los conseguidos en el plano internacional y que todos presentan un denominador común: el reconocimiento de España como una nación en la comunidad europea. El acuerdo con Portugal, el Concordato con la Santa Sede, el acuerdo militar y económico con los Estados Unidos, el ingreso en la UNESCO y, finalmente, su aceptación como miembro de las Naciones Unidas han venido a afirmar la voluntad española de ser parte de ese Occidente amenazado ante el que ella proclamó siempre sin rebozos su inquebrantable anticomunismo. En la actualidad ha ingresado en el Fondo Monetario Internacional y en la OECE, y ha solicitado entrar en negociaciones para vincularse al Mercado Común Europeo.

Fortalecidos por la creación del Bloque Ibérico los tradicionales lazos de amistad entre los dos pueblos hermanos que comparten la Península, Portugal ha seguido sin agitaciones interiores todo el desarrollo de los acontecimientos mundiales, disfrutando del orden y la paz que le ha proporcionado Oliveira Salazar, el docto profesor convertido en gobernante. No puede aventurarse un juicio sobre la futura actitud de la nación, porque el hombre lleva en su propia naturaleza el descontento, incluso el descontento de vivir en paz, pero en los últimos tiempos ha habido algunos brotes de algo que tal vez es sólo apetencia de poder, de ese poder que Salazar se niega a compartir con políticos profesionales. En



Moishe Tshombe.

lo exterior, Portugal se enfrenta con el problema de sus provincias de ultramar, unas de las cuales, las de la India, ha perdido ya, absorbidas por el «pacifista» Nehru, y otras, las africanas, que no pueden substraerse a los vientos nacionalistas del continente, sobre todo cuando se tiene por vecino al turbulento Congo ex belga.

Nos resta ahora examinar la última cuestión candente dentro de esta posguerra, el nacionalismo afro-asiático. Es éste un movimiento de extraordinarias repercusiones sobre Europa, pues este continente había monopolizado hasta comienzos de la segunda Guerra Mundial los territorios subdesarrollados del Africa y el sudeste asiático. En él han intervenido dos factores esenciales: el despertar de las conciencias nacionales y el nacionalismo económico.

Puede decirse que este movimiento se ha originado en Asia, y en su producción han tenido papel principal varias circunstancias, que trataremos de sintetizar así: 1.º, existencia de un espléndido pasado histórico que rechazaba la tutela extranjera (India); 2.ª, ocupación japonesa, que fomentó el odio contra el hombre blanco y su dominio sobre el asiático; 3.ª, anticolonialismo de los Estados Unidos, que ha atribuido a los habitantes de los territorios colonizados capacidad política de poderse gobernar por un procedimiento democrático entendido a lo occidental; 4.ª, actividad comunista, que coincidía con el Japón en su odio al europeo y animaba a su vez la resistencia contra aquella nación.

El nacionalismo africano ha aparecido como una continuación del asiático, y en él ha intervenido de modo decisivo el ideal panislámico defendido por la revolución egipcia y el presidente Nasser; este movimiento se ha extendido a los pueblos del Africa negra.

La distensión entre las grandes potencias, y la aceptación práctica del principio de coexistencia pacífica han hecho que muy a menudo el interés mundial, y el campo principal de la competencia entre los dos grandes bloques políticos y económicos, se centraran en el llamado «tercer mundo», formado por un número considerable de países asiáticos y africanos.

Los países que han recuperado su independencia o se han constituido por primera vez en la historia son naciones de bases económicas muy débiles, con una agricultura arcaica y escasísimo desarrollo industrial; las bases sociales suelen ser atávicas estructuras tribales, y la carencia de tradición de administración y gobierno es casi total. No suelen poseer unidad religiosa y sobre todo en el Africa negra falta en absoluto tradición cultural e histórica.

De ahí la inseguridad en que se desenvuelve su vida independiente, y la aparición de subagrupaciones de estados rivales, ya sea en el aspecto político o en el económico, o bien en el de las relaciones internacionales. Sin embargo, las múltiples características comunes les han llevado a buscar algunas fórmulas de colaboración. La conferencia de estados afro-asiáticos que se celebró en Bandung, en abril de 1955, todavía en el alborear de la «coexistencia pacífica», hizo mucho para afirmar la peculiaridad de los problemas de estos nuevos países, situados entre los dos bloques rivales. Entonces esta actitud fue duramente criticada en los ambientes occidentales, obedientes a las normas morales que en política propugnaba el secretario de Estado americano Foster Dulles; pero el simple hecho de la coexistencia ha venido a justificar su postura, y se han celebrado reuniones de «países no alineados» en Belgrado (septiembre de 1961) y El Cairo (octubre de 1964). Por su parte, los estados africanos, superando diferencias lingüísticas y raciales, y serios problemas de fronteras, heredados de la época colonial, han constituido la Organización de la Unidad Africana (Conferencia de Addis-Abeba, mayo de 1963).

Es imposible reseñar en detalle las vicisitudes de la evolución hacia la independencia de las naciones asiáticas y africanas. En ciertos casos ha sido la violencia la que ha dado vida a los nuevos estados; en otros, la previsión y el realismo británicos, y la



Aproximación de los «enemigos irreconciliables»: la triunfal visita de De Gaulle a Alemania.

generosa comprensión del presidente francés general De Gaulle han permitido una transición pacífica, que no ha excluido ni eliminado las graves crisis ulteriores. Veamos solamente algunos de los hechos principales.

La península del Indostán fue la primera en conseguirla, y fue también un modelo de liberación pacífica, y demostración de los profundos conocimientos políticos de Gran Bretaña, la cual ha ido cediendo sus prerrogativas sin derramamiento de sangre. De todos es conocido que la India ambicionó su independencia casi desde el momento mismo de someterse a Inglaterra. Las dos grandes guerras mundiales pusieron de manifiesto tanto la adhesión de la India al Imperio Británico como sus deseos de independencia. La política india se centró en dos organizaciones fundamentales: el Congreso Nacional Hindú y la Liga Musulmana, que recogían las aspiraciones distintas de dos grupos humanos de diferente religión. Las diferencias entre ambas se hicieron más patentes durante la segunda Guerra Mundial, pues el Congreso no admitía el estatuto de dominio ofrecido por Gran Bretaña y la Liga se oponía a cuanto no fuera separación entre Estados musulmanes y no musulmanes. También durante esta guerra los japoneses, desde la frontera misma de la India, protegieron un Gobierno provisional de la India Libre con residencia en Singapur. En 1945 Gran Bretaña repitió su ofrecimiento del estatuto de Dominio, y con mayores o menores protestas se efectuaron

elecciones para la constitución de una Asamblea Central, en las que triunfaron los partidos del Congreso y la Liga Musulmana. En 1946 se estableció un Consejo ejecutivo y una Asamblea legislativa para que elaborara la futura constitución. Este Gobierno interino lo presidió ya el Pandit Nehru. La Asamblea legislativa reunida en Lahore, acordó la separación de la India y el Pakistán (junio de 1947), países que, constituidos en Dominios, alcanzaron su independencia en agosto de 1947. Tras haber renunciado el rey de Inglaterra al título de emperador de la India (22 de junio de 1948). se votó una constitución republicana que les permite formar parte del Commonwealth sin que tengan que jurar fidelidad al rey.

Casi contemporáneas fueron las independencias de Birmania (enero de 1948) y Ceilán (febrero de 1948), si bien el segundo país quedó dentro del Commonwealth.

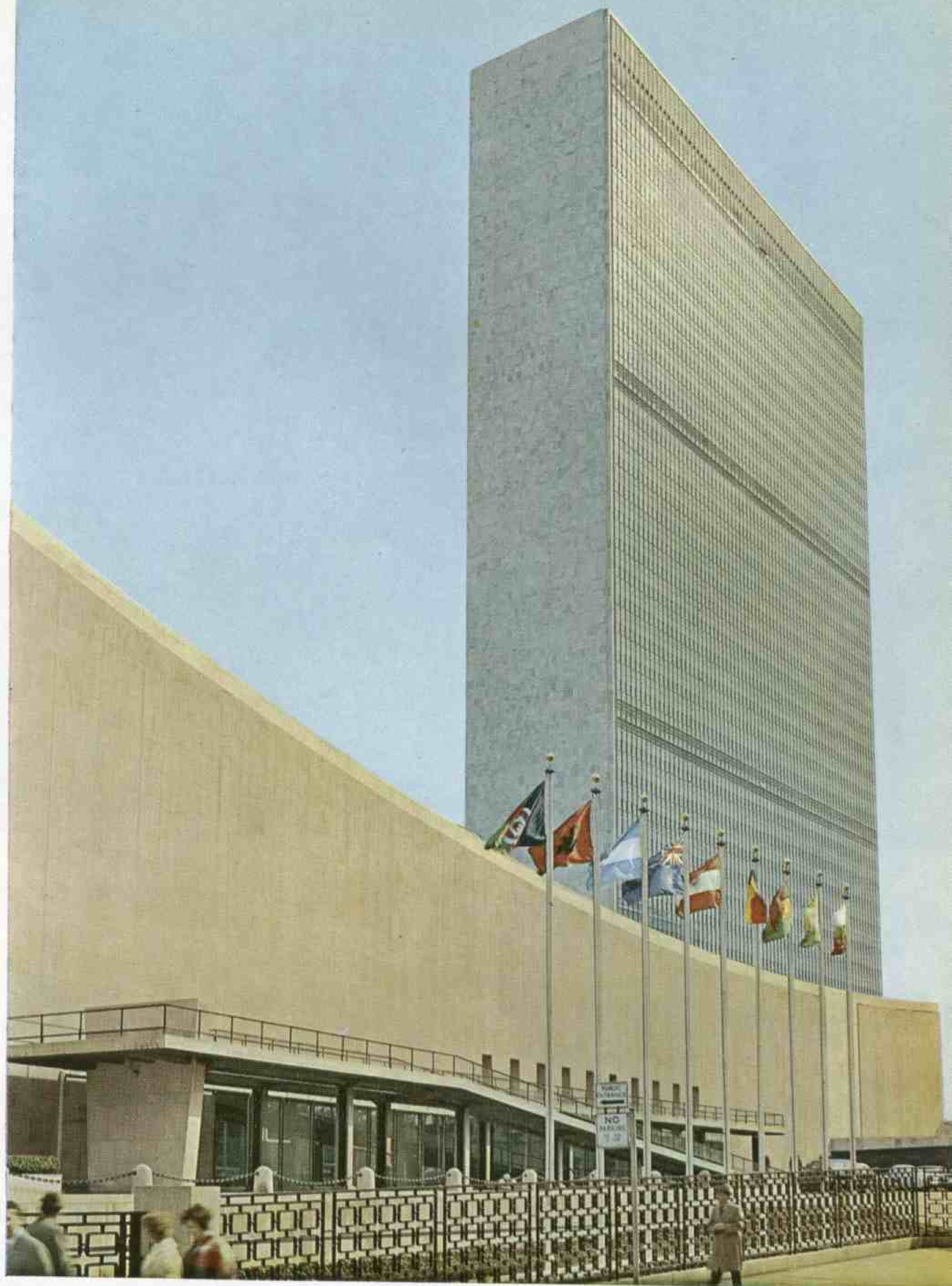
Más accidentada fue la liberación de las Indias holandesas. Durante la ocupación japonesa se formó un Gobierno indígena presidido por el Dr. Sukarno, quien, inmediatamente de la rendición de los japoneses, proclamó la República. Mientras las tropas inglesas ocupaban el país y Holanda protestaba del gesto del Dr. Sukarno, el Ejército Popular Indonésico declaró la guerra a la antigua metrópoli. Después de varias alternativas bélicas se llegó al acuerdo de Linggadjati (25 de marzo de 1946), en que se convino en la creación de un Estado indonesio federado a Holanda. La puesta en práctica de este tratado ofreció tantas dificultades, que en 1947 y 1948 los holandeses tuvieron que reemprender la acción militar, que en ambas ocasiones detuvo la ONU. Por último, en diciembre de 1949 Holanda reconoció a los Estados Unidos de Indonesia, con los cuales estableció un tratado de alianza. Finalmente, en una conferencia celebrada en La Haya en agosto de 1954 quedaron rotos los hipotéticos lazos que unían la República de Indonesia a Holanda.

Por otra parte, en el Próximo Oriente, los antiguos protectorados también quedaban desvinculados de la nación protectora. Así, la República del Líbano fue reconocida por Francia en 1945; Siria adquirió la plenitud de soberanía en 1946, así como Transjordania.

Sangrienta en grado sumo, en cambio, fue la independencia indochina. En esta región coincidieron plenamente dos de los factores enunciados al principio: recrudecimiento del deseo de independencia fomentado por los japoneses y un movimiento revolucionario de ideología comunista, el Viet-Minh. La ocupación de Indochina por los japoneses provocó un gran movimiento de resistencia en el que desde 1941 empezaron a sobresalir los comunistas. Al retirarse los japoneses abandonaron el poder en manos de éstos, quienes destronaron al emperador de Annam, Bao Dai, y constituyeron la República del Viet-Nam, formada por Tonquín, Annam y Cochinchina, con capital en Hanoi. Francia hubo de reinstalarse en Cochinchina militarmente, y en 1946, interrumpidas las hostilidades, ambos contendientes llegaron a un acuerdo en virtud del cual Francia reconocía a la República del Viet-Nam como Estado independiente dentro de la federación indochina. La disputa por la inclusión de Cochinchina (1946) en el Viet-Nam desencadenó de nuevo la guerra. En 1947, Francia ofreció a Indochina que entrara en la Unión Francesa, pero el Viet-Nam, con el apoyo de la China comunista y la URSS, fue ganando terreno, hasta que cayó el baluarte francés de Dien Bien Phu. En la Conferencia de Ginebra de 1954 Francia retiró a sus tropas del Viet-Nam del sur y se estableció que la separación entre el Viet-Nam del Norte y el del Sur fuera el paralelo 17° N.

El movimiento nacionalista en Africa comenzó por los países árabes, y en este aspecto Egipto ha desempeñado el papel principal. En julio de 1952, los llamados «oficiales libres», apoyados por la organización «Hermandad Musulmana», destronaron al rey Faruk. Se creó un Consejo de Regencia y después un solo regente, quien nombró primer ministro al general Naguib. Al año

Palacio del Secretariado General de las Naciones Unidas en Nueva York.



siguiente se proclamó la República, con Naguib como presidente y primer ministro, cargo este último en el que pronto fue substituido por Nasser, paladín del panislamismo, quien acabó por suplantar a Naguib. El nacionalismo egipcio transcurrió por vías más o menos tranquilas alimentando el proyecto de construcción de una presa gigantesca en Assuan. Al mostrarse los occidentales algo remisos en financiar la operación, Nasser anunció, en el discurso llamado «de las carcajadas», la nacionalización del canal de Suez (26 de julio de 1956). La Compañía del Canal trató de llegar a un acuerdo, pero Nasser se negó a cualquier transacción con los firmantes del Convenio de 1888. El



Traslado de los restos del presidente John F. Kennedy.

problema se planteó en el Consejo de Seguridad, que no llegó a un resultado práctico. Entonces los israelíes irrumpieron en el Sinaí y alcanzaron las inmediaciones del Canal (noche del 29 al 30 de octubre de 1956); Francia y Gran Bretaña lanzaron un ultimátum a Egipto exigiéndole el establecimiento de fuerzas de ambas naciones en el Canal para salvaguardarlo. Egipto se opuso, y Francia y Gran Bretaña atacaron. La intervención de la ONU y la del presidente norteamericano Eisenhower detuvo la acción franco-inglesa. Nasser había triunfado. Si ya antes venía fomentando la rebelión en los países del Oriente Medio, después de estos hechos aumentó mucho más su intervención, apoyado por su agrandado prestigio de adalid del Islam. En febrero de 1958 se unieron Egipto y Siria, que formaron la República Arabe Unida (RAU), con Nasser como presidente, a la que al mes siguiente se federó el reino del Yemen.

Esto tendía a trastrocar el sistema del Oriente Medio, y a ello trató de oponerse el reino de Jordania por su federación con el Irak, cuya duración fue meteórica, pues el 14 de julio de 1958 el golpe de Estado del general Kassem originó el asesinato del rey Feisal, su tío y el primer ministro Nuri Es Said y la disolución de la federación con Jordania. El movimiento de Kassem representó, hasta su asesinato en 1963, una política de oposición a los designios de Nasser. Mientras tanto, la República del Líbano estaba en guerra civil desde marzo de aquel mismo año (1958), y se creyó que tanto el Líbano como Jordania caerían en poder de la RAU, pero entonces el presi-

dente del Líbano, Chamoun, pidió ayuda a Estados Unidos y Jordania a la Gran Bretaña, los cuales enviaron tropas hasta la completa pacificación de aquella zona.

Por otra parte, la existencia de la RAU no ha sido tampoco de muy larga duración, pues, en septiembre de 1961, Siria, basándose en motivos de tipo económico, decidió separarse de Egipto, el cual no pudo oponerse a ello y hubo de limitarse a afirmar que continuaría conservando el nombre de RAU. Dada la oposición entre Nasser y Hussein de Jordania, se comprende que éste prestara su ayuda inmediata al nuevo régimen sirio.

La separación de Francia de los territorios del norte de Africa ha tenido diversas fases. Al final de la segunda Guerra Mundial esta zona estaba ocupada por las fuerzas anglo-norteamericanas y las de la Francia Libre. En Túnez fue depuesto el bey reinante y substituido por un pariente suyo; las reformas introducidas por Francia no pudieron detener el movimiento nacionalista del partido Neodestour, y se proclamó la independencia en marzo de 1956. El bey fue depuesto al año siguiente y se instauró la República. En 1961 surgió una grave disputa con Francia por la posesión de la base naval de Bizerta.

Algo más agitada ha sido la independencia de Marruecos. Desde el final de la guerra el sentimiento nacionalista era tan patente en el protectorado, que en 1953 los franceses se vieron obligados a deponer al sultán Mohamed ben Yusef, a quien substituyeron por su pariente Muley Arafa. España, que compartía el protectorado en la Zona Norte, no aceptó el cambio de sultán, y al final Muley Arafa hubo de abdicar ante la oposición popular (1955); poco después volvía Mohamed V y al año siguiente Marruecos alcanzaba la independencia.

El movimiento independista en Argelia es muy antiguo, pero no se manifestó en forma violenta hasta noviembre de 1954, en que apareció como rebelión armada dirigida por el FLN (Frente de Liberación Nacional), fomentada por Egipto y Túnez y apoyada constantemente por la Liga Arabe. Primero

Reconstrucción alemana: locomotora V-200 de los ferrocarriles germanos.



fueron guerrillas, pero después se ha ido estructurando el Ejército de Liberación. La lucha se ha caracterizado por la perpetración de atentados y golpes de mano, incluso en Francia.

La ONU intervino para recomendar conversaciones directas para llegar a un acuerdo. La postura de los franceses de Argelia se fue endureciendo ante la perspectiva de negociaciones, y apareció el contraterrorismo. El 13 de mayo de 1958 tuvo lugar un alzamiento en Argel, y se constituyó una Junta presidida por el general Salan, entonces comandante en jefe del ejército francés en Argelia. Estos hechos provocaron la caída de la IV República Francesa y la subida al poder del general De Gaulle, el cual se esforzó en buscar una solución al conflicto. Los resultados del referéndum sobre la nueva Constitución francesa (28 de septiembre de 1958) se interpretaron como favorables a una Argelia francesa, pero ya antes de la votación el FLN había constituido en El Cairo un Gobierno provisional de la República argelina. El general De Gaulle ofreció el 16 de septiembre de 1959 la autodeterminación dentro de los cuatro años siguientes a la pacificación del país, y luego fue evolucionando claramente hacia una solución negociada. Los grupos ultrafranceses de Argelia se opusieron a sus planes, y levantaron barricadas en Argel a fines de enero de 1960, y luego se sublevaron los generales «ultras», con Salan a la cabeza, el 22 de abril de 1961, pero fracasaron al no tener eco en la metrópoli. Finalmente se llegó a un acuerdo con los nacionalistas en la conferencia de Evian, y tras un nuevo referéndum se proclamó la independencia de Argelia el 3 de julio de 1962. Pero la vida política de la Argelia independiente no ha sido muy tranquila: el radicalismo de su presidente Ben Bella ha concitado la oposición de varios de sus antiguos colaboradores, e incluso una revuelta armada en las comarcas orientales.

Gran repercusión mundial ha tenido, en cambio, la independencia del Congo Belga. En una conferencia celebrada en Bruselas el 27 de enero de 1960 entre belgas y congoleños se acordó que el 30 de junio del mismo año el Congo alcanzara plena independencia. Llegado tal día, la colonia del Congo se convirtió en República independiente, con Kasavubu como presidente y el líder Lumumba como primer ministro. Inmediatamente se produjo una reacción del negro contra el blanco con rápida intervención de las fuerzas belgas en favor de estos últimos, que ensangrentó las tierras congoleñas. El Gobierno, ante la imposibilidad de restablecer el orden, pidió ayuda a las Naciones Unidas, que formaron un contingente de ocupación a base de fuerzas de los países afroasiáticos. Mientras tanto, dos ideologías políticas se iban manifestando en el país: la federalista, sostenida por el jefe Tshombe, de la provincia minera de Katanga, y la unitaria, alimentada por Lumumba, quizá el único político congoleño partidario de la unidad. Los desórdenes se complicaron al declararse algunas fuerzas de las N. U. en favor de Lumumba, olvidando la estricta neutralidad. Kasavubu creyó hallar la paz destituyendo a Lumumba y nombrando un Gobierno de técnicos, pero Lumumba reaccionó destituyendo a su vez a Kasavubu. Finalmente, el coronel Mobutu destituyó a ambos, si bien después reconoció a Kasavubu. La estrella de Lumumba empezó a palidecer, hasta que fue detenido y por último pereció asesinado, junto con dos elementos de su Gobierno. Toda esta tragedia se ha desarrollado dentro de un gran desorden, sublevaciones de tribus, brotes de canibalismo y venganzas por odios ancestrales: triste muestra de la incapacidad de los negros para gobernarse, así como manifestación de los errores cometidos por ciertos sistemas coloniales. La labor de las N.U. quizá no ha sido muy acertada, pero hay que tener en cuenta que ha contado siempre con la oposición de la Unión Soviética, pues Lumumba para hacer triunfar sus ideas de unidad, se apoyaba en el bloque comunista, y éste era el único que le apoyaba a él. Aunque una conferencia celebrada en Tananarive acordó la constitución federal del Congo, la situación polí-



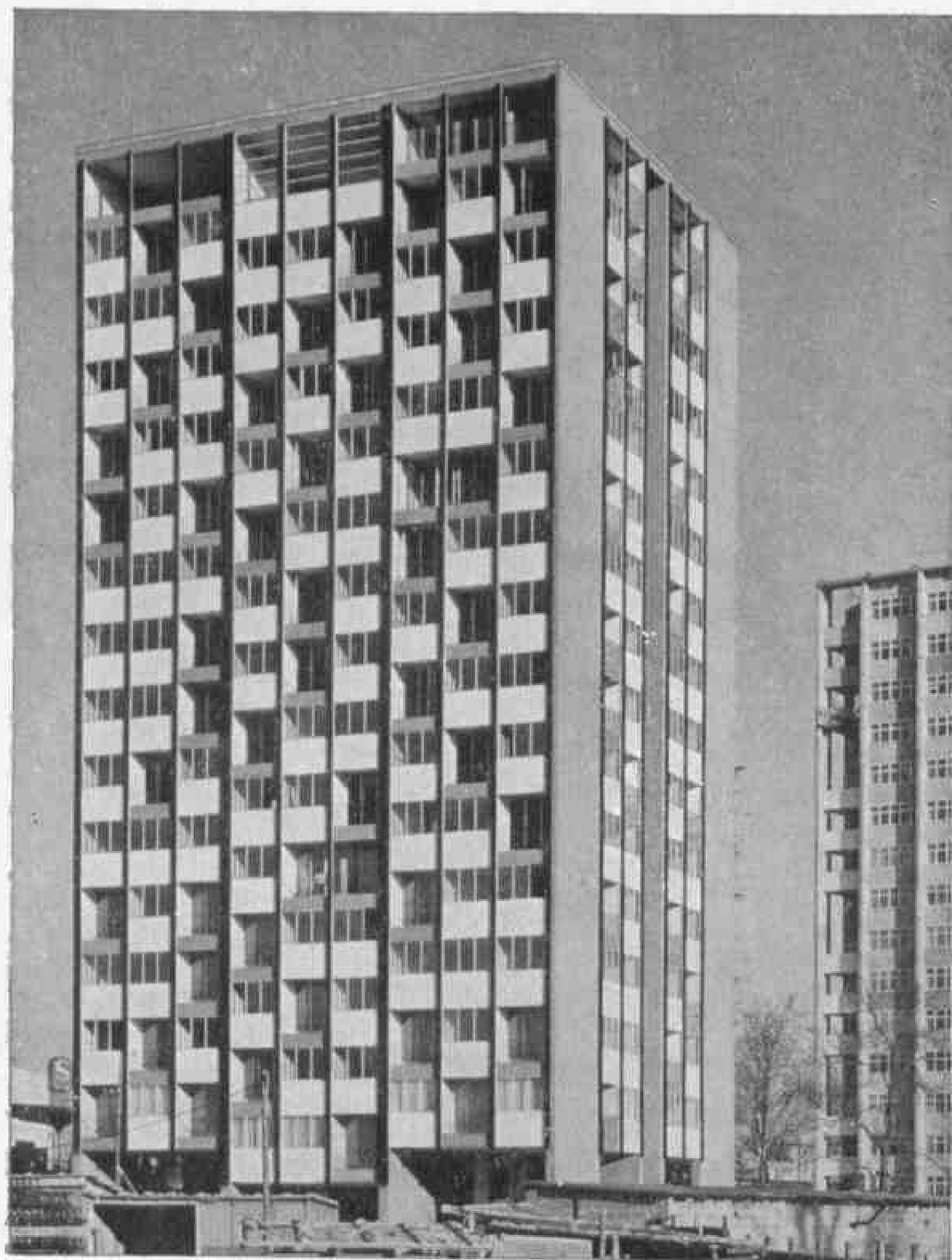
Ingeniería actual: Puente de Tappan Zee, en la autopista que une a Nueva York con la frontera canadiense.

tica evolucionó hacia el centralismo, incluso propugnado por las N.U., al que se opuso el presidente de Katanga, Tshombe. Como no se llegaba a un acuerdo, el Congreso de Seguridad acordó que las tropas de las N.U. procedieran a la ocupación e integración de la provincia secesionista en el seno de la unidad nacional.

En julio de 1964 la tropas de las N.U. dieron por terminada su actuación en el Congo, y el Gobierno fue confiado al antiguo rebelde y exilado Tshombe, que cuenta con fuerte ayuda extranjera; contra él ha vuelto a brotar la salvaje rebelión de las provincias orientales, que tiene su centro en Stanleyville.

Esta es la política exterior de las naciones del mundo en que vivimos. Pero, ¿qué ocurre en su interior, en el individuo?

Aquí se perciben síntomas de un gran cambio político y económico. En el mundo futuro se tolerará al individuo libertad de pensamiento, y hasta de expresión (mientras no perturbe a los demás), pero se le limitará la libertad de acción. La regulación por el Estado será para el mayor rendimiento posible del esfuerzo individual, y para evitar quiebras y bancarrotas con pérdida del capital empleado en las iniciativas privadas. La intervención gubernamental se ha aplicado por necesidad durante las guerras, y los ánimos están preparados para aceptar restricciones gubernativas. En los años difíciles, hasta los empresarios y capitalistas pudieron apreciar algunas ventajas de la regulación. Hay todavía partidarios de la libertad de iniciativa individual regulada por la oferta y la demanda; son los que dicen que el capitalismo sin trabas produjo los beneficios del progreso industrial del siglo XIX. Afirman que el capitalismo no ha fracasado, sino que todavía no ha



La habitación humana de nuestra época: viviendas en Hansa, Berlín.

empezado a funcionar, y que sólo el individuo es el que puede iniciar y dirigir sus propias fundaciones. Pero hasta en Inglaterra, el país más liberal, dijo el arzobispo de Canterbury: «Cuando una empresa, por su extensión o calidad resulta un monopolio, debe ser manejada por el Estado.»

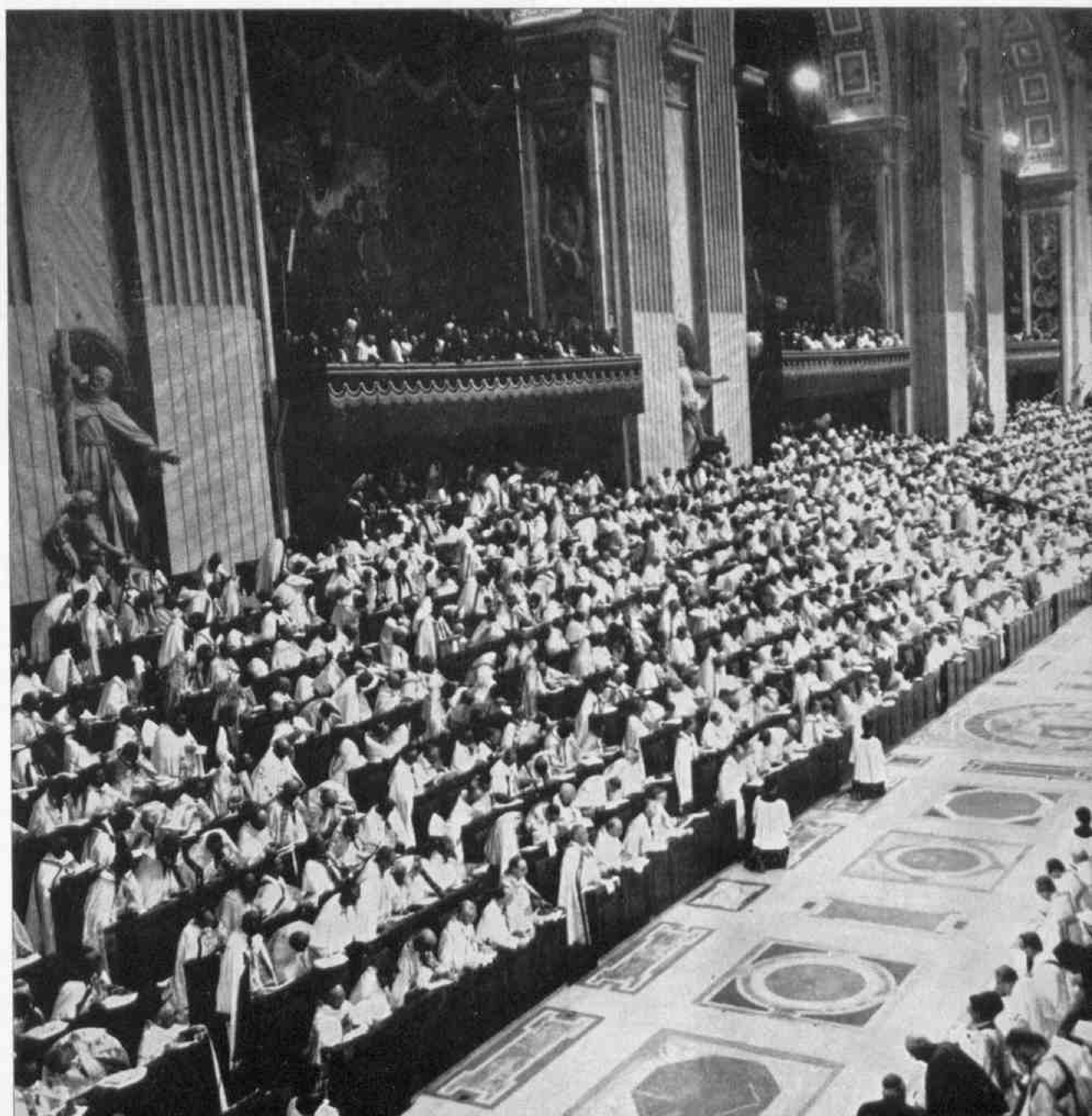
Nadie objetará a que empresas que son o deben ser monopolios, como los teléfonos, los ferrocarriles, las líneas de comunicación, aviación, etc., sean nacionalizadas o municipalizadas; pero ya será más difícil conseguir unanimidad para la nacionalización de las minas, energía eléctrica, industrias, habitación y explotaciones agrícolas — mas tampoco pretende el Estado llegar a tanto—. Se espera que el Estado funcione como regulador, como comanditario, facilitando primeras materias o capital, o como técnico, impidiendo errores que producirían trastornos graves en toda la nación, actuando como vigilante, protegiendo a los obreros con fijación de salarios, defendiendo al pequeño industrial de competencias maliciosas y, por fin, absorbiendo a los parados en casos de crisis, que se pueden evitar emprendiendo obras públicas. En esos momentos en que los empresarios no pueden mantener a su personal el Estado debe acudir con recursos nacionales, y es preciso que los haya acumulado con fuertes impuestos en los tiempos de prosperidad. Al sobrevenir la crisis, los impuestos deben reducirse a un mínimo; han de tenerse ya preparados con el respectivo presupuesto proyectos de obras nacionales para evitar el topetazo de la desocupación. Esta es la que se ha dado en llamar «economía elástica», porque los precios van forzados por la inflación y la deflación de la moneda, lanzando emisiones en tiempo de crisis y retirando billetes en épocas de prosperidad.

Se argüirá que tal régimen de participación constante del Estado en la producción y distribución no sólo exige una burocracia, sino que quita aliciente a la lucha comercial, atrofia iniciativas, empobrece, mutila, anula a los productores y distribuidores de espíritu creador. Pero obsérvese que el otro régimen de un individualismo sin cortapisas y basado en el equilibrio que produce la competencia no impide que se acuda al Estado en busca de protección con aranceles y subsidios. Todos los Gobiernos actuales prodigan concesiones a la industria privada, protegiendo la exportación por medio de primas con objeto de que los productos puedan competir ventajosamente en el mercado internacional.

A la política de regulación le dio carácter de evangelio la famosa Carta del Atlántico, redactada por Roosevelt y Churchill. Prometía acabar definitivamente con los peligros del hambre, la desocupación, la revolución y la agresión. Era la panacea de un seguro «contra todo riesgo, desde la cuna a la tumba». Sea, pues, para un bien o para un mal, sea movimiento hacia la derecha o movimiento hacia la izquierda, el resultado es que el Estado se va convirtiendo en un socio, cuando no es el patrono, en el campo

de la iniciativa privada. En los países de economía reducida esta intervención del Estado parece una impertinencia, pero dan miedo el dolor y la miseria que produce, en un país fuertemente industrializado una crisis económica con su correspondiente paro. Imaginémonos cuántos millares de obreros especializados viven, al producirse éste, sin ocupación, gastando sus ahorros: unos pasando meses y meses en la taberna, otros fumando la pipa sentados en el umbral de su puerta. Para aprovechar esta mano de obra y estos técnicos es por lo que el Estado debe dedicarse a construir puertos, pantanos, carreteras, viaductos, parques, bloques de viviendas, derribando las viejas, incómodas y malsanas. Hasta pueden y deben utilizarse los astilleros, y con un subsidio ordenar la construcción de buques a precio de coste más un pequeño beneficio. Todo esto se está haciendo en la actualidad y se hará en mayor escala y con más eficacia todavía en el futuro. Al comienzo de una nueva Era falta experiencia en las personas que deben aplicar los métodos nuevos de gobierno y falta comprensión en los individuos que deben beneficiarse de ellos o sufrirlos. En este traspaso entre lo viejo y lo nuevo, la sociedad pasa por un período de adaptación moral que parece incapacidad.

El más grande de los historiadores modernos, Arnold Toynbee, que ha creado genialmente la psicología de las naciones, en el volumen X de su *Study of History* reconoce que el *Homo Œconomicus* se suicida y está condenado a ser substituido por otro tipo más espiritual. Se perciben ya señales de su aparición, hay un fermento de preocupación moral y de deseo religioso. Como al fin de la civilización grecorromana, el hom-



Aspecto de la basílica de San Pedro del Vaticano durante una de las sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II.

bre siente tedio, angustia, miseria en el alma. Por esta razón, sin duda, el mundo entero — y no sólo los católicos — ha acogido con un enorme interés, con una gran esperanza, los frutos sucesivos de la generosa actividad del buen Papa Juan XXIII: las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in terris,* verdadero programa de paz cristiana, y la convocatoria del Concilio Ecuménico Vaticano II, que, entre otros logros, ha dejado ver la posibilidad del acercamiento de todas las iglesias cristianas.

Todavía vivimos en un «desierto espiritual», pero los daños que pueden producir los descubrimientos, no sólo físicos, sino también de carácter moral, en el porvenir serán una prueba para que el hombre nuevo se «remonte con alas forjadas por el dolor de la catástrofe» a un estado mejor.

El llorado pontífice Juan XXIII.



INDICE ONOMASTICO, GEOGRAFICO Y DE MATERIAS

A

B

C

Ch

D

E

F

G

H

I

J

K

L

Ll

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

W

X

Y

Z





